Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

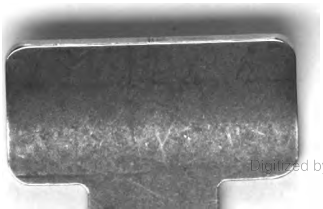
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Northwestern
University Library
Evanston,
Illinois 60208-2300



Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

NICOLÁS MAQUIAVELO

EL PRÍNCIPE

COMENTADO

POR

NAPOLEÓN BONAPARTE

SEGUNDA EDICIÓN

Digitized by Google

VERSIÓN CASTELLANA

DE

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO

Main
320.1
M149XSg
2003

Queda registrado y hecho el depósito que marca la ley.

Impreso en España

Printed in Spain

Imp. "Sáez Hermanos".—Martín de los Heros, 65.

Digitized by Google

EL PRÍNCIPE

Digitized by Google

Digitized by Google

INTRODUCCION

§ 1.—VIDA DE MAQUIAVELO

En pocos autores clásicos hará más falta que en el por mí hoy traducido, conocer las particularidades de su existencia, porque, teniendo muchos de sus libros íntima relación con la biografía del escritor, sirven de comentario unas veces y constituyen otras la explicación de lo que a primera vista pudieran parecer extravíos del hombre. Trátase, en efecto, de uno de los personajes más desacreditados en la historia de la política, de los de reputación más odiosa, de los de nombradía más infame. No hay, en el mundo político, celebridad menos envidiable que la suya, ni nombre que, como el suyo, haya dado que hablar tanto a la fama, en el concepto de contraseña para todo acto maldito. Según sus numerosos detractores, él inventó la mentira, la traición, la insolente perfidia, la fría crueldad, la ambición sin conciencia, la tiranía sin remordimientos. Diríase que nada de esto había existido antes de la aparición de su obra, y que, para juzgarla severamente, y de modo definitivo condenarla, ni siquiera merece la pena tomar la precaución elemental de transportarse a la sociedad y a la época en que vivió el autor. Consigno el hecho como rasgo saliente en censores de mala fe, que carecen del hábito de la paciencia comprensiva y de la perseverancia en el trabajo, confirmando una vez más el axioma de que lo que se gana en velocidad opinante y

Digitized by Google

en vaguedad simplista de criterio, se pierde en madurez e intensidad de juicio. Por mi parte, seguiré un método opuesto, y apuntaré, ante todo, algunas noticias biográficas (1), que haciendo conocer al autor, preparen el ánimo para interpretar rectamente su obra.

Niccoló Machiavelli nació, en Florencia, el 3 de mayo de 1469, y murió, en la misma ciudad, el 22 de junio de 1527. Y nació y murió también en la misma calle Plaza (hoy calle de Guicciardini), y en la misma casa número 16 (cerca del Palacio Pitti y del Ponte Vecchio, en el barrio de Santa Felicita), casa propiedad de su familia, y que, sin indicar opulencia, revelaba bienestar. Cierto que la extrema sencillez de la vida en la Florencia de entonces, al descartar la necesidad de lo confortable, dabe, aun a la casa del que no carecía de nada, un aspecto de desnudez inhospitalaria, sórdida y repelente. La casa de Maquiavelo se parecía, sin duda, a las casas italianas de la época, pequeñas, sucias, con aposentos de techo bajo, con los animales domésticos a su albedrío por ellas, con las deyecciones debajo de las camas y en cacharros no tan herméticamente cerrados que no transcendiesen sus olores, y con una sola habitación, la famosa loggia, abierta a la calle llena de sol, pero únicamente amable durante los meses tibios, pues en invierno había de estar cerrada, y los florentinos pasaban el verano en el campo.

El origen de la familia de Maquiavelo ha sido objeto de debates (2). Que era antigua y noble, que surgiera de un rango de popolani de distinción, y que había suministrado no pocos magistrados a la república, ningún biógrafo lo pone en tela de juicio. En la imposibilidad de promover aquí ninguna cuestión de raza, y de investigar qué sangre corría por las venas del que había de ser llamado Machia-

---

(1) Quien desee ampliarlas, acuda a Nitti (*Machiavelli nella vita e nelle opere*), a Tommasini (*La vita e gli scritti di Machiavelli nella loro relazione col machiavellismo*, libro del cual sólo se publicó el tomo I, que es completamente biográfico) y a Mariani (*Biografi e critici di Machiavelli*).

(2) Véase a Ferrara, *Maquiavelo*, 41, 43.

Digitized by Google

velli l'Istorico, y conocido comúnmente por el nombre de segretario fiorentino, sólo indicaré no tener fundamento serio la especie, acreditada por algunos biógrafos, de que Nicolás descendía de los famosos marqueses de Toscana, y particularmente de un marqués, Hugo, que vivió hacia el año 850. Tampoco es seguro que los primitivos Machiavelli fuesen señores feudales de Montesportoli, los cuales, prefiriendo la ciudadanía fiorentina a la conservación de su ilustre prosapia, se hubieran sometido a la ley de aquella naciente república. Una memoria de la familia encontrada en los documentos que se conservan en la Biblioteca Marucelliana de Florencia bajo el título de Ricordanze di famiglia di Rostoro di Lorenzo Machiavelli, ofrece muchos datos, confirmados luego por Ricci, nieto del escritor, y de los que resulta que Boninsegna Machiavelli heredó de los señores de Montesportoli ciertos derechos, en 1393, pero que el jefe de la familia fué otro Boninsegna Machiavelli, que vivió hacia el año 1120, y que de uno de los hijos de éste, de Dono, salieron los Maquiavelos de Florencia. En lo que no cabe duda, en lo que todos los biógrafos están conformes, es en que esa familia fué una de las güelfas que seguían a Sesto de Oltrarno, y que abandonaron a Florencia en 1260, después de la derrota de Montaperti. Un Boninsegna Machiavelli sufrió, en 1267, destierro con la fracción güelfa, y tres de sus hijos juraron la paz, en el gran acto de conciliación con los gibelinos, en 1280. Reintegrada a la patria, se condecoró a dicha familia con el grado del Gonfalonierato di Giustizia, cuya dignidad, en quien la poseía, equivalía a la de dux, y tuvo, en el transcurso del tiempo, cincuenta y tres priori, que, con el gonfaloniere, formaban la suprema magistratura de la república.

Estos son datos incontrovertibles. Bernardo, padre de mi biografiado, y que éste perdió a los dieciséis años, era hijo natural de Nicolás Boninsegna Maquiavelo, ilegitimidad que en alguna ocasión esgrimieron los enemigos del "secretario fiorentino", sin excluir a Biagio Buonaccorsi, que fué su constante auxiliar, para que lo removieran del cargo que ocupaba. Ilustre, como toda la ascendencia familiar, por sus servicios públicos, Bernardo ejerció de ju-

Digitized by Google

risconsulto y de tesorero de la Marca, y, con este cargo, sostuvo el lustre de la casa, superior a la medianía de su fortuna, la cual consistía en unos inmuebles, que producían una renta modesta, pues no pasaba de 132 florines comunes, o sea 110 oro. Poseía, además, dos casas propias: la ya mencionada de Florencia y otra de campo, en San Casciano a Decimo, donde la familia pasaba alguna parte del año, y donde Maquiavelo escribió sus mejores libros. Cuanto a la madre, Bartolomea Nelli, pertenecía a una estirpe más clara, más distinguida y más apreciada en Florencia que la de los Maquiavelos. Por su antigüedad y por su nobleza, provenía del conde de Borgomiovo di Fucecchio (fines del siglo X), y, en 1361, había tenido, en Florencia, un gonfaloniere y cinco priori. Poetisa de vocación (1) y mujer de no escasa cultura y de honestas costumbres, Bartolomea había estado casada, en primeras nupcias y sin sucesión, con Nicolás Benizzi, y parece haber hecho dichoso a su segundo marido. Dió a éste cuatro hijos: dos varones, Nicolás y Totto, y dos hembras, Primerana y Ginebra, que esposaron con Francisco Vernaccia y con Bernardo Minerbetti, respectivamente. La herencia paterna pasó a manos de los hijos de Nicolás, por haber Primerana y Ginebra disminuído sus patrimonios, y por haber Totto, que se hizo sacerdote, cedido el suyo, por convenio de 21 de junio de 1506.

No se sabe a punto cierto qué clase de educación se le dió a Nicolás, aunque todo hace suponer que fuese muy buena, lo mismo en el respecto mental que en el social. Algunos biógrafos (Giovio, Villari, Gioda) opinan que Maquiavelo no era hombre excesivamente ilustrado, y que desconocía el griego. Otros, empero (Passerini, Nitti, Triantafillis), afirman y demuestran que conocía el griego tan perfecta y tan profundamente como el latín. El ambiente del Renacimiento, que le rodeaba, estaba demasiado saturado de humanidades y de filosofía, para que a un individuo poco docto se le tomase en cuenta. En medio de aquella terre d'Italia tutte piene di tiranni, como en tiempo de Dante,

(1) Litta, en sus *Famiglie celebri d'Italia*, atestigua que compuso algunas odas a la Virgen.

Digitized by Google

Florencia era una ciudad libre, próspera, culta, y, bajo Lorenzo el Magnífico, se había convertido en un centro de mundanismo, de riqueza y de intelectualidad. Cierto que Maquiavelo, quizá por lo lento de su formación espiritual, tardó en pertenecer a la Academia Platónica, entonces muy concurrida, y al cenáculo de los Orti Oricellari. Pero ya veremos que, posteriormente, llegó a ser uno de los más acreditados miembros de ambas instituciones.

Parece que, en su infancia, Maquiavelo fué un niño díscolo y travieso, cuyo carácter preocupaba a sus padres, y a quien estimaban poco amigos y vecinos. Y, en su pubertad, la vida incorrecta y los hábitos plebeyos e fuori della regla, como le improperaba el correctísimo Guicciardini, no le aumentaron reputación (1). Sus biógrafos convienen en que, quizá por esa circunstncia, no se preocupó nunca Maquiavelo de los antecedentes genealógicos de sus progenitores, ni de la nobleza de su sangre, ni de la claridad de su estirpe. Sólo en una carta al cardenal de Perugia dice con cierto orgullo: "Si alguien quisiera justa lance perpendere la familia nuestra y la de los Pazzi, y si en toda otra cosa nos juzgara iguales, en liberalidad y en virtud de ánimo, nos hallaría muy superiores." Uno de sus tres primeros trabajos (2) es también una carta, escrita con harta retórica, y en la que defiende los derechos de su familia. Por lo demás, poco se sabe de sus andanzas de aquella época. Unicamente, en 1494, le hallamos de secretario de Marcelo Virgilio, hombre sumamente erudito, que, cuatro años más tarde, era jefe de la cancillería de la república, cargo que exigía una participación muy activa en los negocios diplomáticos. Maquiavelo creció con su protector, y, en su oficina, hubo facilidad de estudiar copiosos documentos y escrituras importantes, y de conocer las

(1) Sanctis, *Storia deca letteratura italiana*, II, 64.

(2) El segundo fué otra carta incompleta en latín, y el tercero un comienzo de traducción (que se conserva de su puño y letra en la Biblioteca Nacional de Florencia) del libro que San Víctor, obispo de Utica, escribiera sobre la persecución de los cristianos de Africa, llevada a cabo por Smipu, rey de los vándalos, el año 500 de Cristo.

Digitized by Google

tradiciones diplomáticas de Florencia, en cuya meditación engolfóse su espíritu investigador.

Hasta los veintinueve años no entró Maquiavelo en la escena política, y su vida privada había sido insignificante. A esa edad (19 junio 1498), y en reñida oposición con cuatro concursantes, obtuvo el cargo de jefe de la Segunda Cancillería de los Señores, por decreto del Consejo Máximo (1). Ocupó tan importante puesto catorce años y cinco meses, y, durante su actuación en él, llevó a feliz término veintitrés legaciones en el exterior y no pocas comisiones internas. Pin Soler, el traductor catalán de Maquiavelo (2), pretende que éste era enviado a las embajadas y a las legaciones "más como espía distinguido que como embajador fastuoso", y que se le prefería a otro legado "porque gastaba poco, investigaba mucho y volvía pronto". En medio de su insidia, estas especies pueden apuntarse como otros tantos elogios para el florentino genial, al que honran en grado sumo, puesto que reconocen en él modestia, economía, espíritu inquisitivo y prontitud en las gestiones, a lo que hubiera debido añadir Pin Soler, porque consta en todos los biógrafos, que Maquiavelo demostró, en dichas gestiones, no sólo su capacidad, sino que también su celo por la patria. Más adelante se sabrán otros detalles: que ahora no puedo levantar mano de mi labor de pura biografía, en la cual ocupan lugar muy preferente los hechos que he de relatar a continuación. Empero, para dar idea de la

---

(1) Los biógrafos juzgan que probablemente Marcelo Virgilio, que ocupaba ya la Primera Cancillería, influyó en esta predilección por su protegido Maquiavelo, que tenía contrincantes bastante cultos. La Señoría confirmó el 14 de julio la designación de Maquiavelo, cuyo sueldo era de 200 florines comunes, que, con el descuento de nueve *denari* por libra, impuesto por la reforma de 20 de diciembre de 1494, quedaban reducidos a 100 florines oro al año, cantidad que, para aquella época, representaba lo que hoy 4.000 duros.

(2) Su versión catalana se intitula *El príncipe o breu comentari sobre la vida y les obres de Nicolau Machiavelli*, y se publicó en Barcelona, en 1916.

Digitized by Google

importancia que, como diplomático, se concedía a Maquiavelo, cúmpleme (y me bastará) apuntar algunas de las diferentes legaciones que desempeñó, durante ese período de su vida. En 1500 estuvo en Francia; en 1501, en Pistoya; en 1503, en Urbino, para tratar con César Borgia; en el mismo año, en Roma, con ocasión del Conclave de que había de salir Papa Julio II; en 1504, otra vez en Francia, para obtener de Luis XII medios de defender a Florencia contra las amenazas de los venecianos y de los españoles; en 1506, de nuevo en Roma, para tratar con Julio II; en 1507 y en 1509, en el Tirol y en Mantua, cerca del emperador Maximiliano; en 1510, por tercera vez en Francia, para ver de evitar la guerra entre Luis XII y Julio II. Parece, por consiguiente, haber sido un buen embajador, solicitado siempre para los casos más graves y más delicados de la política interior y exterior, cosa que no debe maravillarnos en un descendiente de la vieja nobleza italiana, ávido de acometer las más arriesgadas empresas diplomáticas, y que era tan diestro en la dirección como tenaz en la ejecución. Pero, principalmente, descúbrese ya en él por aquel tiempo una extraordinaria flexibilidad en el trato y en el manejo de los hombres. Poseía excepcionales dotes (que le eran naturales, sin duda) de competencia en asuntos civiles y militares, puesto que, en el intervalo de referencia, se le nombró, primero, secretario de los diez magistrados que se ocupaban de la libertad y de la paz (i dieci di libertá e di pace), y después, secretario de los nove delle milizie, y, en calidad de tal, redactó las Due provisioni per instituirse milizie nationali, la primera para la infantería y la segunda para la caballería. En ambos cargos, Maquiavelo se distinguió en grado sumo, como hombre de disciplinas intelectuales y de amplia cultura, que más tarde había de desarrollar ampliamente en sus obras literarias. Nadie, como él, se expresaba tan fácilmente, ni demostraba mayor seguridad en la concepción, ni denotaba mejores dotes políticas, ni hacía observaciones más profundas. Todos los que rodeaban a Maquiavelo le tenían por hombre de talento prócer y de conocimientos vastos. Biagio Buonaccorsi, que le servía de consultor amanuense, estaba admirado de la facilidad con que su

Digitized by Google

jefe redactaba los documentos oficiales. Punto es éste que, para mí, tiene gran importancia, pues me sorprende la serenidad de funcionario público con que Maquiavelo se produjo, entre las agitaciones de una época turbulentísima para Florencia, época de banderías, de facciones y de reforma constitucional. Permítaseme un paréntesis a tan interesante tópico.

La Señoría, que era entonces el poder ejecutivo, se componía del gonfaloniere y de los priori, y de ella dependían las cancillerías, una de las cuales sabemos ya que dirigía Maquiavelo. Había, además, el Consiglio Maggiore, el de los ochenta y el de los veinte accopiatori. Tal era la organización del Estado, organización amenazada constantemente por las rivalidades y por las violencias de los partidos. Los arrabbiati (rabiosos) y los piagnoni (llorosos), conocidos también por los nombres de bianchi (blancos) y de frateschi (frailunos), constituían grandes núcleos, que se disputaban la posesión del poder ejecutivo, y que no divergían sino en su modo de interpretar el método con que había de gobernarse la ciudad. Venían después los bigi (grises) y los tiepidi (tibios), pancistas que diríamos hoy, los cuales estaban siempre de acuerdo con los que gobernaban, hasta que vislumbraban su caída. Por último, existían los palleschi, revoltosos o revolucionarios, que propugnaban la restauración de los Médicis, y los compagnacci, que formaban la juventud dorada, disipada y de acción, y que eran contrarios a la rigidez de costumbres que predicaba Savonarola. Gracias a la prudencia y a la habilidad de Maquiavelo, la reforma constitucional se hizo, al fin, de conformidad con todos los grupos, suprimiéndose los veinte accopiatori, y creándose, en 26 de agosto de 1502, un gonfaloniere vitalicio.

Tal fué la vida de Maquiavelo hasta poco después de los treinta años, y la que siguió valió mucho más, pues indicado queda que la ocuparon casi por entero misiones diplomáticas. La primera legación fué cerca del señor de Piombino. Gioda le supone una legación anterior, pero no es cierto. Se trata de la que se le dió a Nicolás Mannelli, y la confusión viene del nombre. Ahí empezaron las primeras experiencias políticas de Maquiavelo, y parece

Digitized by Google

que habría que admitir que, como oficinista recluído en las limitaciones del ambiente burocrático, temiese hallarse falto de soltura y de crítica en el mundo de las relaciones exteriores. Pero es un hecho averiguado que sus inclinaciones no se modificaron demasiado con su nuevo vivir en nuevo ambiente, antes bien, continuaron siendo las usuales y propias de su clase. La astucia dominaba todo su espíritu, y la vanidad de su condición de ciudadano libre de Florencia se apoderó de todas las horas que le dejaban libres los deberes de su situación y estado, por ser hombre que no pensaba en su trabajo más que cuando estaba en él. Desde temprano, sintiera el aguijón de la ambición. En su primera juventud había tanteado a ciegas, "como el cíclope en su antro" (según la pintoresca expresión de Burns), los muros de la covachuela en que se hallaba confinado. Pero las dos únicas salidas eran la puerta de la economía sórdida o el sendero del tráfico ruin. La primera era una abertura tan angosta, que Maquiavelo nunca hubiera podido estrecharse lo bastante para pasar por ella, y el segundo lo odió siempre, por haber cieno a la misma entrada. Aceptó, pues, con júbilo cuantas ocasiones se le ofrecieron de desplegar su vuelo en el mundo de las relaciones exteriores, aprovechando la todavía escasa experiencia política que adquiriera en sus silenciosas meditaciones del despacho de la Segunda Cancillería.

Una de las más difíciles comisiones diplomáticas de Maquiavelo fué (12 agosto 1499) la legación cerca de la famosa condesa Catalina Sforcia, hija natural del duque de Milán, y cuyo hijo Octavio Riazio, señor de Forlí, que se había obligado, el 9 de junio de 1498, a servir a Florencia con sus hombres de armas y con cien caballos, por el precio de 15.000 florines, no había acudido al llamamiento que se le hiciera, a comienzos de 1499. La república no planteaba cuestión alguna y simplemente decía que había dejado de pagar un servicio que no se le había prestado. No se allanó a ello la condesa, y manifestó que el duque de Milán, su tío Ludovico el Moro, llamaba a Octavio en su ayuda, por haber recibido noticias de que los franceses se preparaban a entrar en Italia. Ella, empero, no aceptaba la invitación, para no faltar a los compromisos

Digitized by Google

contraídos con Florencia, dando así nuevo vigor a un contrato de hecho extinguido, y a un negocio que la república consideraba resuelto. Esta fué la segunda legación que incumbió a Maquiavelo, quien advirtió en seguida que la condesa poseía un maquiavelismo muy superior al que podía soñar él mismo, y que la invocación al terrible Ludovico el Moro y a la posible entrada de los franceses era un ardid de la Sforcia para inquietar a los mercaderes florentinos, si amigos del dinero, no menos amigos de la paz. Maquiavelo no consiguió nada positivo, pero dejó en suspenso las negociaciones, de suerte que a la Señoría le pareció bien cómo el legado había cumplido el encargo, si es que no notó la ausencia de funcionario tan diligente, activo y eficaz, como insinúan el citado Biagio Buonaccorsi y Agustín Vespucci di Terranova, otro empleado de la Secretaría.

Durante las legaciones, Maquiavelo consagraba al amor las horas que le dejaban libres sus diplomáticos deberes, y se resarcía de las enfadosas quiebras del oficio en brazos de la voluptuosidad, llevando una existencia bastante licenciosa. Al regreso de una misión que se le había encargado cumplir en Siena, tuvo una hora de cordura, que le indujo a abandonar el alegre parrandeo a que hasta entonces se abandonara. En Florencia había hecho numerosas amistades, debido a su ingenio feliz y a su carácter amable, y, entre estas amistades, figuraba la del rico y linajudo caballero Ludovico Corsini, casado con una Cambioni, y a cuya hija Marietta pidió en matrimonio Maquiavelo. Se le aceptó, y Marietta Corsini le llevó al himeneo una crecida dote. La fecha del casamiento se ignora con exactitud, aunque, desde luego, se verificó dentro del año 1502. Los hijos de aquella unión fueron cinco: Bernardo, Luis, Pedro, caballero de Jerusalén; Guido, sacerdote, y una hembra, Baccia, que esposó con Juan de Ricci. A pesar de ser Marietta un alma singularmente elevada y pura, cuya preocupación constante y cuyo más caro placer eran lo recto y lo honrado, Maquiavelo no hizo mucho aprecio de ella, ni demasiado tampoco de sus vástagos, antes bien, continuó fuera del hogar su interminable carrera amorosa, sin perder los hábitos vanidoso y mundano que le

Digitized by Google

eran característicos. Su público, sus amigos, sus acciones, sus luchas, le conducían al mismo resultado: vivir entre los grandes y la gente cortesana, en una sociedad de maneras artificiales, de lenguaje calculado, de adulación hipócrita, de costumbres equívocas. Por eso, aquel hombre que tomaba la fuerte autoridad marital y paternal de la familia por base y por norma de la sociedad, no fué, a lo que parece, dechado perfecto de maridos y de padres.

A poco de contraer nupcias, en 1503, hubo de abandonar Maquiavelo a Florencia, para, como enviado de la república, desempeñar un papel importante junto a César Borgia. Fué, pues, a encontrarse con el duque de Valentinois, y, según Ferrara (1), quizá de ese encuentro haya dependido gran parte de su celebridad. Garnett (2) observa que las notas de la misión de Maquiavelo, que se han conservado, atestiguan la impresión que la supremacía de César Borgia, hecha a base de villanía y de habilidad, produjo en su espíritu, y que continuó fascinándole años más tarde, al componer su manual de arte político, en el que el duque de Valentinois aparece como un virtuoso (en el sentido romano o antiguo que a la palabra italiana "virtú" daba el autor de Il principe), porque tenía la fuerza de obrar conforme a los dictados de una implacable lógica, rectilínea o sinuosa, según los casos, pero siempre exenta de escrúpulos. Dos años después, empleado en una misión en Roma, vió la caída de César Borgia y la elevación del Papa Julio II, a quien acompañó, en otra misión, a la conquista de Bolonia. Por aquel tiempo fué también enviado en embajada a Alemania y a Francia, y, en opinión del segundo de los citados críticos, sus observaciones sobre los caracteres y sobre la situación política de ambas naciones demuestran gran sagacidad. Poco más tarde, perturbáronse los asuntos de la república, encerrada como estaba entre los poderes trasalpinos, los Estados Pontificios y los desterrados Médicis. Maquiavelo trabajó activamente en organizar sus recursos militares, pero sus esfuerzos no dieron resultado alguno. Así, al cabo de tres lustros de

(1) *Maquiavelo*, 42.
(2) *The literature in Italy*, XII.

Digitized by Google

práctica diplomática y cancilleresca, se encontraba perfectamente desilusionado, aun cuando no se atreviese a confesárselo a sí mismo.

En noviembre de 1512, al recobrar los Médicis a Florencia con ayuda de la Santa Liga, Maquiavelo fué privado de sus oficios, sujeto a prisión desde diciembre hasta marzo, y puesto en libertad, al fin, pero desterrado del territorio florentino por un año. Acusado después de complicidad en la conjura contra el cardenal de Médicis y futuro Papa León X, sufrió de nuevo cárcel y torturas, de las que le libró más la equidad de sus enemigos que la generosidad del prelado. He ahí sus primeras humillaciones oficiales y sus primeras rebeldías internas. A imagen de esos instantes, toda su vida fué un tejido de dolores y de desventuras. Hasta dónde llegaron, sólo su retrato y su historia pueden decirlo. Tuvo, sin embargo, la grandeza de alma suficiente para no darse por ofendido exteriormente, y para no protestar contra los que le perseguían, repitiendo, con Sócrates: "Las leyes de la patria nos hieren injustamente, respetémoslas". Esta noble actitud hizo que, ante su resignación altiva, se doblegase la soberbia de los omnipotentes ministros y de los primeros señores, y, simple hidalgo sin fortuna, trató siempre con ellos de igual a igual. Durante su segundo proceso, la indiferencia de Julián de Médicis, elegido Papa en 1513, con el nombre de León X, no le inspiró un rencor duradero, dado que le elogió siempre como protector de las artes, de las letras, de las ciencias, de la moral privada y pública, y, en el capítulo XI de El príncipe, después de referir las causas de que la Iglesia romana, bajo los pontificados de Alejandro VI y de Julio II, se hubiese elevado, aun en las cosas temporales, a superior dominación cultural y política, escribió: "Por ende, al suceder León X a Julio II, halló el Papado elevado a un altísimo grado de dominación, y hay motivos para esperar que, si sus predecesores lo engrandecieron con las armas, el nuevo Pontífice lo engrandecerá más aún, y le hará venerar, con su ingenio, con su cultura, con su bondad y con las infinitas virtudes que sobresalen en su persona". La razón de este encomio es clarísima. Sobreponiendo su ardor patriótico a sus resen-

Digitized by Google

timientos personales, Maquiavelo esperaba que el nuevo Pontífice, que había heredado de sus predecesores una enorme fuerza en las instituciones militares y políticas, restauraría a Italia en su dignidad, en su civilización y en su independencia. Porque toda la doctrina del florentino genial se resume, como veremos muy pronto, en la fórmula de que la misión del hombre sobre la tierra es el patriotismo. Para Maquiavelo, el primer deber del hombre es la gloria, la grandeza y la libertad de la patria. Tres siglos más tarde, Garibaldi, el gran patriota, repetirá a Maquiavelo, cantando a Italia por este tenor:

Io la vorrei desserta
Ei suo palagi infranti
Pria di vederla trepida
Sotto il bastón del vandalo.

Bajo el peso de sus desdichas, Maquiavelo se retiró al campo a meditar y a trabajar como escritor. Ya que no podía servir a la patria con empleos, quiso servirla con libros, buscando en el estudio un consuelo a las tristezas de su situación. De aquella época de infortunio data la composición de sus mejores y más extensos libros: Il principe, Discorsi sopra Tito Livio, Storie fiorentine y Sette libri dell'arte della guerra, amén de la comedia rotulada Mandragola y de la especie de novela histórica que intituló Vita di Castruccio Castracani. Durante los días amargos de penuria, que soportó fácilmente y con ánimo sereno, el diplomático florentino se acogió a su pequeña posesión de San Casciano. Allí, según nos dice en una interesantísima carta que ha llegado hasta nuestros tiempos, se consoló con el estudio de los antiguos, la conversación con sus rústicos vecinos y la composición de sus obras. Reducido a la soledad, pensó, en su retiro, que, sin una renovación de ideas, era imposible conducir a Italia a un destino noble, y rompió el silencio, para preguntar a la sociedad en que vivía: "¿Qué eres? ¿Adónde vas?" (1).

Tuviéronle en olvido los Médicis hasta 1519, en que Lo-

(1) Sanctis, *Storia della letteratura italiana*, II, 65.

Digitized by Google

renzo Strozzi lo acercó a ellos, después de haber sufrido la miseria y la preterición. El cardenal de Médicis, más tarde el Papa Clemente VII, se acordó de él para que redactara una memoria respecto al mejor procedimiento de administrar el Gobierno de Florencia, memoria en la cual Maquiavelo demostró mucha destreza en conciliar los intereses de la casa de los Médicis con los de su patria. Su consejo no fué seguido, y en 1520, el cardenal le encargó que escribiera la historia de Florencia, con un salario de 100 florines anuales. La opinión que se tenía de su talento y de su afectuoso e ingenuo carácter le conservó, en la adversidad, verdaderos amigos, y en las floridas conversaciones de los Orti Oricellari era escuchado como un oráculo. Pertenecían los Orti a su amigo Rucellai, que murió muy joven, y a ellos acudían también otros camaradas: Vettori, Buonacorsi, Casavechia, Vespucci y Virgilio. Entre todos constituyeron una verdadera escuela literaria, donde se reunían otros muchos miembros de la Academia Platónica, fundada por Cosme de Médicis (el Viejo), y donde todos se ejercitaban, mediante la lectura, en lecciones de filosofía, de historia y de política al modo sabio. A instancias de sus compañeros, Maquiavelo completó y perfeccionó los discursos que sobre Tito Livio comenzara y preparara en San Casciano, y también el libro en que trataba y razonaba acerca de la milicia (1). Por la misma época (1520), estuvo en Carpi, en el capítulo de los Hermanos Mínimos (Frati Minori), cerca de los cuales desempeñó una embajada en nombre de la república de Florencia. Toussaint Guiraudet, uno de los traductores franceses de Il principe, al examinar los documentos de esa embajada, habla del "sacrificio que el secretario florentino hizo", y cita con complacencia algunas frases antimonacales de una carta que Guiciardini dirigió a Maquiavelo en aquella ocasión. Helas aquí: "Cuando os veo de orador republicano al lado de los frailes, y considero con cuántos reyes, príncipes y duques habéis negociado, se me vie-

(1) Véase el prefacio puesto por Camerini a la edición de Milán de las *Storie fiorentini*, publicadas por Sonzogno en 1877.

Digitized by Google

ne a la memoria Lisandro, quien, a continuación de infinitas victorias, y lleno de inmortales trofeos, tuvo el encargo de distribuir la carne a aquellos mismos soldados a los que había mandado tan gloriosamente". Pero Toussaint Guiraudet se guardó muy bien de trasladar la réplica de Maquiavelo (1) a Guicciardini, no menos respetuosa para con los observantes menores de Carpi que honrosa para él mismo. "No creo haber perdido el tiempo en estudiar la historia y la comunidad de los religiosos, aun mendicantes (zoccoli), puesto que he aprendido a conocer muchas reglas suyas, que son primorosas en muchos respectos, y espero sacar provecho de ello en sazón oportuna, siquiera no sea más que para compararlas con otras reglas que pertenecen al orden civil de los Estados". En las cuales palabras, escritas por un autor eruditísimo del Renacimiento, es muy de reparar el sincero anhelo de apreciar las cosas buenas y útiles, encuéntrense en el lugar en que se encuentren.

En 1522 cayó sobre Italia una peste terrible, referida por Maquiavelo, peste que arrasó al país, y que duró hasta 1527, tomando, en este último año, su violencia máxima, pues dentro de Florencia perecieron 40.000 personas, y 250.000 en toda la península. Sobre tanta desgracia, vióse el alma recia y entera de Maquiavelo, que acudía, sin darse tregua de descanso, a los lugares de mayor peligro. Fué verdadero milagro que escapase con vida de él, y debieron la suya, muchos de los que pensaban que su última hora era llegada, al celo, a la intrepidez, al valor y a la presencia de ánimo del autor de Il principe. En pago de estos servicios, se le volvió a la vida activa, y, después de varias embajadas sin importancia, se le nombró secretario de la recién establecida magistratura de los Cinque Procuratori della Mura. En 1527 se ocupó en fortificar a Florencia, contra un posible ataque del ejército imperial, que cayera sobre Roma. Guicciardini, presidente de la Romaña, le utilizó para formar, en este país, una milicia nacional, a la cabeza de la cual Maquiavelo puso al célebre condottiere Juan de las Bandas Negras (2). Anduvo en compañía

(1) *Opere*, XI, 74 (edición de Florencia de 1782).
(2) Estuvo en ello acertado, porque los hombres igno-

Digitized by Google

de las fuerzas que la Santa Liga mandó contra Carlos V, con objeto de hacer una demostración para libertar al Papa, y ésta fué su última comisión, o mejor, la última acción resaltante de su vida. Durante su ausencia, fué derribado el Gobierno de los Médicis y proclamada la república (3 mayo 1527), suceso altamente agradable a sus secretos deseos. Pero sus complacencias le habían hecho odioso al partido patriótico, y volvió a su ciudad natal, aquejado de un terrible dolor de vientre (probablemente un ataque de apendicitis), y para verse objeto de la sospecha y de la aversión generales. Grande mortificación le produjo esta arbitrariedad, que unía nuevas aflicciones morales a sus dolores físicos y a la siniestra perspectiva de dejar a su mujer y a sus cinco hijos en la miseria. Por fin, vino la muerte a dar término a tan azarosa cuanto gloriosísima existencia, cerrando éstas sus anales en el folio quincuagésimooctavo. Se le enterró en la iglesia de la Santa Cruz, en el panteón de su familia, y por dos siglos y medio, su tumba permaneció desconocida y sin particular distinción o señal, hasta que un inglés ilustre, lord Nassan Clavering, conde de Cowper, removió sus frías cenizas, para colocarlas en lugar adecuado. Y, después, se le levantó un monu-

---

rantes son prácticamente más eficaces que muchos doctos y filósofos, ricos en conocimientos y en buenas intenciones, pero incapaces de conducirse en la vida real, y menos aún en la guerra. Croce (*Filosofía della pratica*, 24), apoyándose en una anécdota de Bandello (*Novelle*, I, 4, introducción), habla del caso con zumba maligna, y razona por este tenor: *È evidente che in questi casi el cosiddetto ignorante ha le cognitizioni che fanno all'uopo e che mancano al dotto e al filosofo, i quali sono da dire perciò, proprio essi, veri ignoranti: come di fronte a Giovanni dalle Bande Nere era ignorante Niccoló Machiavelli quando tenne gli spettatori per due ore al sole a bada per ordinari tremila fanti secondo quell'ordine che aveva scritto, e mai non gli venne fatto; e il signor Giovanni inveca, in un batter d'occhio, con l'aiuto dei tamburini, li ordinò in vari modi e forme, e condusse seco messer Niccoló a desinare, ché altrimenti (conclude l'aneddotista) per aquel giorno non si desinava.*

Digitized by Google

mento en Florencia, cuna de aquel varón insigne, digno de parangonarse con los de la artística y docta Grecia y con los de la soberbia y triunfante Roma.

§ 2.—PERSONALIDAD DE MAQUIAVELO

Que el secretario florentino, tomado individualmente, es un personaje de líneas confusas, confiésanlo casi todos sus biógrafos, aunque cuidando de añadir que, en sus rasgos aparentes, es una fisonomía esencialmente florentina, que tiene mucha semejanza con Boccacio, con Lorenzo de Médicis y con sus demás contemporáneos (1). Lo que apenas comprende ningún biógrafo es el hecho indubitable de que Maquiavelo no podía ser, para los que le conocieron en vida, objeto de las ásperas polémicas surgidas después de su muerte, y prolongadas hasta nuestro siglo. Sin embargo, ese hecho no es difícil de explicar. La experiencia unida a la crítica, la verdad escueta acompañada del análisis demostrativo, el buen deseo aliado a la sinceridad, producen siempre en demócratas románticos, indoctos, fanáticos o impresionables, que de tales no conservan más que el nombre, efectos como los de las sacudidas sísmicas, de tremenda conmoción e insólita pavura. De aquí la serie de censuras en que, durante cuatro siglos, se desaforó un democratismo estulto frente al autor de Il principe, y gobernada por la recta razón va la pluma de Ferrara (2), cuando se pronuncia contra tan injustas invectivas en esta forma: "Si Rucellai, Vettori, Buonaccorsi, Casavechia, Vespussi, Virgilio, pudieran contemplar, desde sus tumbas, la agitación que la posteridad desencadenó sobre el nombre de aquel amigo, no siempre querido, pero siempre conter-

---

(1) *Macchiavelli per la sua coltura litteraria, per la vita licenziosa, per lo spirito beffando e motteggevole e comico, si legá al Boccacio, a Lorenzo di Médici e a tutta la nuova letteratura* (Sanctis, *Storia della letteratura italiana*, II, 63).

(2) *Maquiavelo*, 1, 6, 38.

Digitized by Google

tulio amable, se preguntarían, de seguro, si, efectivamente, se trataba del compañero afanoso en el cumplimiento de sus deberes, del concurrente a los Orti Oricellari, del postulante continuo, del funcionario a quien se encomendaban las legaciones difíciles, aunque sin concederle nunca el título de embajador de la república, y del olvidado, pequeño y modestísimo propietario de San Casciano, o si se juzgaba a otro personaje del mismo nombre... Quienes leyeron sus trabajos manuscritos o en las primeras ediciones, no parecen haber recibido ninguna impresión profunda de tal lectura... Hasta mediado el siglo XVI, no encontramos sino algunas voces ligeramente admirativas... Pero, cuando se rompe el nexo entre Maquiavelo y su tiempo, y se forja la verdadera posteridad, estalla la tormenta, se le injuria, se le acusa de los peores delitos, se le atribuyen las más viles intenciones, se le condena, y, con la violenta censura, se le forma un gran pedestal, y se le eleva a la celebridad universal, que hubiera espantado a su pequeña alma de funcionario... En realidad, aquel hombre que jugaba con los gañanes en la bodega de la encrucijada, que relataba a Vettori sus aventuras amorosas, a veces de una lubricidad repugnante, y que suplicó empleos y sueldos con sumisión de pobre espíritu, había visto claro en el campo de las tranformaciones seculares, porque se hallaba dotado de ingenio penetrante y de práctica de Gobierno."

Conforme como estoy, en principio, con todo esto que apunta Ferrara, me permitiré, no obstante, indicar que sobre Maquiavelo había ya, al tiempo de su muerte, toda una leyenda de hombre impío y de energúmeno procaz. Mientras fallecía en paz con la Iglesia, confesando le sue peccate a Fray Mateo, alguien dijo que había muerto como una bestia. Blasphemans evormit improbum spiritum, escribió el jesuíta Raynand en sus Eroteremata de bonis et malis libris, publicados en 1658. Pero quien más insistió en pueriles acusaciones de irreligiosidad fué Bayle (1), el cual afirmó rotundamente que Maquiavelo murió como ateo, y que, en su agonía, no recibió los sacramentos de

(1) *Dictionnaire historique et critique* (en la palabra *Machiavel*).

Digitized by Google

la Iglesia más que por haberle obligado a ello los magistrados. Semejante mentira la autoriza con el testimonio de Varillas, y remite a las Aneddote di Firenze de este autor. Parece imposible llevar más lejos la mala fe en las aseveraciones biográficas. Bayle calumnió a Varillas, y trampeó con su nombre, para mantener su fraudulento aserto. Abriendo las Aneddote por la página 165, conforme a la edición hecha por Liers en La Haya (1687), y que Bayle no podía menos de conocer, se ve ser falso que Varillas califique a Maquiavelo de incrédulo, y, cuando habla de las circunstancias del fallecimiento del gran secretario, lo hace tan clara y terminantemente en favor del autor del Dictionnaire historique et critique, como que no le da más que el varapalo enorme de decir precisamente todo lo contrario de lo que él asegura. Y el relato de Varillas concuerda con un monumento privado de autenticidad incontrovertible, que, después de aquella edad, se descubrió en los archivos de la familia Nelli, de Florencia. Es el original de una carta que Pedro, hijo de Maquiavelo y testigo presencial de sus postreros instantes, escribió a Pisa a su primo Francisco Nelli, profesor en aquella ciudad, y en la cual le notifica que su padre acabó sus días, no sólo con la tranquilidad del justo, mas también confesando cristianamente, con la asistencia del mencionado Fray Mateo, "que le hizo compañía hasta su aliento último", y con gran consuelo de su piadosa familia (1). A mayor abundamiento, hay dos testamentos del secretario florentino, que prueban que fué católico practicante. En uno, otorgado a 22 de noviembre de 1511, Maquiavelo entrega su alma omnipotenti Deo ejusque gloriosissima matri semper Virginis Mariae, totique coelisti curia Paradisi humiliter ac devote comendavit, etc. En el otro testamento, otorgado a 27 de noviembre de 1522, consta que in primis animan omnipotenti Deo commendans, corporis sepultu-

(1) Baldini (*Collectio aliquot veterum monumentorum*, prólogo), traslada así los términos de la carta: *Lasciossi confessarse le sue peccate da Frade Mateo, che gli ha tenutò compagnia fino á morte. Il padre nostro ci ha lasciato in somma povertá, come sapete,* etc.

Digitized by Google

ram elegit in sepulcro majorum. Sería, pues, tan vituperable como absurdo inmiscuirse, a cuatro siglos de distancia, en la conciencia religiosa de un hombre de aquella época, para convertirle en librepensador y en revolucionario. Sea cual fuere el concepto personal que Maquiavelo inspire, no puede negársele que fué buen católico, como buen italiano del siglo XVI, y que abandonó el humano Carnaval socorrido por los auxilios espirituales de la Iglesia. Y, sin embargo, otro de los enemigos de Maquiavelo, el jesuíta Binet, acreditó, en 1730, en su Salut d'Origéne, la falsa anécdota de que, habiéndose presentado juntos el Infierno y la Gloria a la elección de Maquiavelo moribundo, éste había dicho que prefería ir al Infierno, porque allí vería a Séneca, Tácito, Plutarco, etc., mientras que en la Gloria no vería más que a pobres gentes, contrahechas y andrajosas. Embuste manifiesto, originado del testimonio del protestante Spizet, a quien Binet remite, y propalado por los jesuítas con incomparable astucia. Porque Spizel (1) confesaba que él lo sabía de un tal Marchand, y resulta que Marchand lo adujo apoyado en la autoridad del Padre Binet, de quien también lo tomó el antes citado Reynaud, a fin de embaucar la pública atención, pensando jaquear al fundador del maquiavelismo. El calumnioso cuento no podía ser más afrentoso a los que le dieron soga. Bayle erró torpemente, escudándose en la epístola 99 de Marchand, el cual no había sino con indignación de semejante infundio, manifestando que temía verlo repetido en una edición que de las Opere de Maquiavelo se hacía entonces en Pernes, cerca de Basilea. La aserción de Bayle cae, pues, por el suelo, y no solamente se desvanece, por carecer de autenticidad, la supuesta visión de Maquiavelo moribundo, sino que da muestras de ser ficción poética y desvariada. La extravagancia, incoherencia, despropósito y absurdo que el relato implica, no tan sólo hace inverosímil la realidad del hecho, mas también imposible su verdad en las circunstancias en que se le coloca.

Maravilla el empeño que muchos críticos han puesto y

(1) *Scrutinio atheismi*, 135.

Digitized by Google

ponen todavía en atribuir a los escritos de Maquiavelo un sentido irreligioso, oscureciendo cosas muy claras, con achaque de ilustrarlas. Sanctis (1) habla del asunto en la siguiente forma: E visibile in Machiavelli, lo spirto incredulo e beffando di Lorenzo di Medici, impresso sulla fronte della borghesia italiana in quel tempo... Non crede a nessuma religione, e perciò le acceta tutte, e manificando la morale in astratto vi passa sopra nella pratica della vita. Esto se llama ver en Maquiavelo ideas que él nunca imaginara, y de las cuales se riera, ciertamente, si las hubiera llegado a conocer. Más prudente y más sensato, Passerini se limita a decir que Maquiavelo, como otros muchos hombres de letras de su patria, credeva quello che nei piu tenere anni aveva apresso da progenitori, credeva e taceva, osservando per abitudine le pratiche del culto volute dall' uso, senza fissare troppo lo sguardo nelle astruse verita della fede. De una manera general, ello es cierto. Maquiavelo no combate las verdades de la fe, pero las deja aparte. Sería, sin embargo, poco juicioso colgarle opiniones avanzadas propias de la época presente, quizá porque, siendo hombre superior a la suya, condenó algunos abusos cometidos en materia de religión, y tuvo cierto instinto laico y seglar, por lo que tal vez no fué muy amigo del clero. Así, declaró que ningún razonamiento humano lograría probar la divinidad de la Escritura, y que, para creer en ella, necesita cada cual una revelación sobrenatural y personal, apoyada en los hechos históricos que aquel libro sagrado refiere, y cuya interpretación determina el magisterio infalible de la Iglesia Católica. Como Descartes, quería Maquiavelo que quedasen encerradas en un arca sagrada las verdades de la fe, y esto era ya toda una revolución, aunque negativa, pues emancipaba al hombre del mundo sobrehumano, sin faltar al dogma católico por ello.

Lo que, sobre todo, conviene no perder de vista, es que Maquiavelo, siempre consecuente consigo propio, no miraba la religión más que desde el aspecto político, en su doctrina de la gobernación de los Estados. Oigamos lo que

(1) *Storia della letteratura italiana*, II, 64.

Digitized by Google

acerca del asunto escribe (1): "Jamás hubo Estado alguno al que no se diera por fundamento la religión, y los más previsores de los que fundaron Imperios. (Solón, Licurgo, los romanos, etc.) le atribuyeron el mayor influjo en las cosas de la política. Tres motivos debieron inclinarles a ello. El primer motivo era que la religión hacía pasar felizmente a las naciones de su nativa ferocidad a la sociabilidad de la civilización, como se vió, gracias a las instituciones religiosas de Numa, en el pueblo romano, que era fiero enteramente bajo la dominación de Rómulo. Su segundo motivo debió ser que una gran cantidad de acciones, reputadas como útiles por las personas prudentes y advertidas, no presentan, de hecho y en primera instancia, razones lo bastante evidentes para que los demás se convenzan de su bondad, y los caudillos de las naciones, para desvanecer obstáculo tan temible, contaban entonces con el socorro de la religión, que llegaba a persuadir a la multitud, por haberse ésta habituado a sus creencias y a sus preceptos. Ultimamente, su tercer motivo fué que hay empresas dificultosas, peligrosas, hasta contrarias a la disposición natural de los pueblos, y, sin embargo, necesarias para su prosperidad, a las que no es posible decidirlas más que mostrándoles que están prescritas por la religión, o que, a lo menos, se hallan bajo sus auspicios. Y como en todas partes existen ejemplos convincentes de todo esto, por ellos puede verse cuán útil es la religión a la política."

Al expresarse en tales términos, Maquiavelo no hacía más que repetir lo que la sabiduría antigua, amaestrada por la experiencia y por la tradición universal de los pueblos, llegó a comprender, y que nos transmitió por conducto de Platón (en su tratado De legibus), de Aristóteles (en su Retórica) y de Cicerón (en su comentario In Verrem). "En toda república bien ordenada (decía Platón) debe llevarse el primer cuidado al establecimiento de la religión verdadera, no de una falsa o fabulosa, y atender a que el soberano se eduque en ella desde su infancia."

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, I, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV.

Digitized by Google

Aristóteles aseveraba igualmente que ninguna sociedad podría formarse ni perpetuarse si la religión no presidía a su nacimiento, y no le comunicaba aquella fuerza divina, que, ajena a las obras de los hombres, es la vida de las instituciones duraderas. Cicerón (1), partiendo del principio de que religio vera et fundamentum reipublicae, explicaba por qué los antiguos legisladores veían en ella la ley común, la fuente de las demás leyes, el apoyo y el regulador (omnia religione moventur) de los Estados constituidos según la esencia o la voluntad de una Suprema Inteligencia. Estas máximas, admitidas en todas partes como regla inmutable, fueron, también en todas partes, el fundamento de la organización social (2). De aquí nacía aquella importancia, a veces excesiva a nuestros ojos, que se daba, no sólo a las creencias públicas, sino hasta a las más menudas ceremonias del culto. De aquí aquella íntima unión de las leyes religiosas y de las leyes políticas en la constitución de cada ciudad, fuese cual fuese la forma de su Gobierno. De aquí, en fin, el gran poder del sacerdocio, tanto en las naciones civilizadas como en las bárbaras. Maquiavelo entendía ser preciso que hubiese en esto algo necesario y conforme a la naturaleza del hombre y de la sociedad, puesto que, en ningún lugar ni en ningún tiempo se presentó excepción alguna a hecho tan primitivo y tan permanente.

¿Era, pues, utilitario y pragmático el criterio religioso del secretario florentino? En gran parte, no cabe duda. Sería injurioso para su cultura intelectual suponer que derivase la religión de las trapacerías de los sacerdotes y de los príncipes, sistema en que la política, tras de inventar la religión, habríala hecho necesaria y obligatoria. Tenía demasiado talento para no comprender que en los tuétanos mismos del hombre se halla el origen de la religión, y que, sin la universalidad y la constancia de este su carácter primitivo, en vano sacerdotes y príncipes hubie-

(1) *De legibus*, I, IV; II, V. Compárese con Platón, en el libro II de su tratado *De republica*.

(2) Lamennais, *La religion dans ses rapports avec l'ordre politique et civile*, I, I.

Digitized by Google

ran hecho correr la voz de que las leyes habían descendido del cielo, y de que un elemento divino informaba las instituciones civiles, y causaba los acontecimientos raros. Pero es indudable que, sin ver en la religión una sarta de supercherías increíbles e impuestas al pueblo por los legisladores, Maquiavelo, siempre empapado en los clásicos latinos, exageró demasiado la etimología que deriva la palabra religión del verbo religare (atar o encadenar), y hubo poca cuenta de las etimologías que la derivan de relegere (leer y releer), de religere (escoger o elegir) y de relinquere (secuestrar el ánimo o apartarlo del uso común). Maquiavelo encomia la religión principalmente por la utilidad que de ella sacan los Gobiernos para enfrenar a la plebe moralmente y de antemano, sin necesidad de refrenar sus desmanes por la fuerza y a posteriori. Un poco de cielo y otro poco de Papa, pero como energía espiritual para contener al pueblo en la obediencia y en la observancia de las leyes. Los que, por reducir todos sus ideales al cielo, olvidaban los intereses de la tierra, cuyos representantes era los soberanos temporales, y los que, por exaltar al Papa, lo hacían jefe despótico de esos soberanos y de los pueblos, parecíanle a Maquiavelo dos clases de hombres igualmente indeseables para su patria. Opinión era del secretario florentino que "Italia no hubiera experimentado los horrendos desastres a que se había visto entregada si, en ella, los Papas no se hubieran convertido en soberanos temporales, ni adquirido la inmensa dominición terrena que les habían proporcionado los pontificados de Gregorio VII y de Alejandro VI". Los teólogos sacaron pie de estas afirmaciones para llamar hijos de Lutero y maquiavelistas a los estadistas que, venerando la religión, y aun invocándola en socorro de los Gobiernos, no pensaban que un principado debía regirse como una teocracia (1). No teniendo aquellos piadosos varones idea algu-

(1) *La forma più grossolana della corruttela della razza italiana era la licenza del linguagio e dei costumi, massime nel clero... La licenza accompagnata con l'empietà e l'inchedulità avea a suo principal centro la Corte Romana, protagonisti Alessandro VI e Leone X. Fú la vista di quel-*

Digitized by Google

na de la ciencia práctica de la gobernación de los Estados, desaprobaban que Maquiavelo, en el libro VII de sus Storie fiorentine, hubiese dicho que no es posible conservarlos con oraciones y con rosarios (che gli Stati non tenevano con Pater-Nostri), sin echar de ver que, al pensar así, en nada se apartaba de la fe católica. Maquiavelo, cuyo sistema político tantas afinidades guarda con el desarrollado un siglo más tarde por Hobbes en su Leviathan (1), jamás llegó a afirmar, como el filósofo inglés, que el soberano civil es Papa, y más que Papa; que él es quien debe decidir de los libros canónicos; que sus gobernados, si él lo ordena, deben renunciar a Cristo, o a lo menos de boca; que su autoridad es irresistible, en religión como en política; que el pacto primitivo le hizo dueño de las conciencias en la misma medida que de las acciones de sus súbditos; que, por ende, los sectarios no tienen el pretexto de su conciencia, para perturbar el Estado. No sólo no sostuvo nada de esto Maquiavelo, sino que, en su sentir, debiendo convenir las máximas generales de la política a todos los países y a todos los Estados, cualquiera que sea su creencia particular, el estadista no debe considerar la religión más que en general, y en cuanto elemento conservador del orden en la vida pública. Tan doloroso espectáculo es el de la debilidad y la locura de los príncipes, como consolador el de su fuerza y su prudencia. Pero la religión dispone de medios más eficaces que los príncipes contra la perversidad de los hombres que aquéllos tienen que regir. El respeto de Maquiavelo por la religión se encierra en esta máxima suya: La religione rispetata é osservata é il sostegno dei Governi, é trascurata é il preludio sicuro de loro rovina (2). Sin embargo, Maquiavelo, siempre con los ojos abiertos a las durezas e im-

---

la Corte che infiammó le ire de Savonarola e stimoló alla sepœrazione Lutero e i sui concittadini (Sanctis, *Storia della letteratura italiana*, I, 66).

(1) Sobre este punto merece leerse el estudio publicado por Montuari en la *Revista Filosófica* de 1905 con el título de *Il principe di Machiavelli e la politica de Hobbes*.

(2) *Discorsi sopra Tito Livio*, I, XII.

Digitized by Google

purezas de la realidad, no ve en la religión sino el suplemento de las leyes, y observa que la espada y la justicia deben ocupar ambas manos de los príncipes. El Estado no puede vivir sin religión, pero Maquiavelo quiere una religión al servicio del Estado, que sea en manos de los príncipes un medio de Gobierno. No que la religión no deba hallarse presente en los ánimos de los príncipes, para dirigir el uso que hagan de los dos atributos de su majestad real: la espada y la justicia. Desgraciadamente, si los príncipes confiasen por entero a la religión el cuidado de la seguridad de su persona y de su reino, lucharían solos o con fuerzas desiguales contra la felonía coaligada de sus enemigos, que únicamente con medios coactivos pueden domeñar o exterminar. Los hombres son más sensibles a las cosas materiales que a las morales, y, si la religión logra con frecuencia asombrosos éxitos, siguiendo el camino sesgado de la persuasión protectora, su autoridad es muy inferior a la de los príncipes, que siguen el camino recto de la imposición coercitiva. Bueno es, no obstante, que ambos poderes ejerzan entre sí una acción recíproca, sobre todo en el ejército, que es el brazo derecho de los reyes, Il temore di Dio esser dee il primo pregio del soldato (1). Maquiavelo testifica que, en tiempo de los emperadores romanos, los soldados que eran cristianos fueron los mejores y los más adictos, a causa de que les estimulaba, no como a los que eran paganos, un fanático amor a la patria y una continua humillación a las vanidades de la humana gloria, sino un vivo y sagrado ardor en el cumplimiento de su deber, y un noble afán de enderezar entuertos, de socorrer a los débiles, de vengar a los oprimidos, de emancipar del yugo extranjero a los pueblos indefensos. Al final del libro II de su tratado Dell'arte della guerra, Maquiavelo escribe: Allá religione cristiana deesi l'aureo novo diritto delle genti, e la moderazione ed umanitá con cui trattansi presso cristiani, fino e nemici. Al hablar de la política enteramente pagana y energética de los romanos antiguas (agere et pati fortiter romanum est) y de su culto de los dioses falsos, reconoce cuánto más

(1) *Dell'arte della guerra,* proemio.

Digitized by Google

provechosa es a los Estados la religión del Evangelio. "Así como la observancia del culto divino es una de las causas de la grandeza de los Estados, así también el menosprecio de él, a que nos propasamos, es la causa de su ruina. El temor del príncipe no resulta necesario más que cuando se entibia el de Dios, y cuando el Estado camina hacia su disolución... Los príncipes y las repúblicas que quieran preservarse de la corrupción, deben, ante todas cosas, mantener en su integridad la concerniente a la religión, y hacer de modo que no cese nunca de ser reverenciado. No hay mayor indicio de la ruina de un Estado que ser en él menospreciado el culto divino (1). Estas palabras expresan toda la religiosidad de Maquiavelo, quien se siente enajenado de admiración y de gratitud para con las órdenes de San Francisco y de Santo Domingo, que acababan de restablecer en su vigor y en su pureza la religión cristiana, decaída y desfigurada por la mala conducta de los jefes del clero. El secretario florentino no se cansa de alabar los eminentes servicios que aquellas órdenes habían prestado, así a la Iglesia como a los Estados (2).

Tergiversando el pensamiento de Maquiavelo, algunos críticos han pretendido que atribuía al cristianismo y a su educación ascética la flaqueza del cuerpo y del ánimo, que hacía al italiano inepto para restaurar la libertad e independencia de su patria. En confirmación de tan falso aserto, dicen que Maquiavelo establece el eje de la vida en el centro de la patria, o sea en la tierra, y que protesta contra la virtud de la humildad y de la paciencia, que han disarmato il cielo e effeminato il mondo, y que hacen al hombre más apto para soportare le injurie che a vindicarle. Empero ambas imputaciones se hallan confundidas con las palabras mismas de Maquiavelo sobre el asunto. La primera fúndanla los críticos de referencia en haber afirmado el autor de los Discordi sopra Tito Livio que la religión cristiana no había contribuído a la seguridad y a la elevación de las repúblicas italianas de la Edad Media. Pero se les olvidó añadir que Maquiavelo no echa-

(1) *Discorsi sopra Tito Livio,* I, II, XII.
(2) *Discorsi sopra Tito Livio,* III, I.

Digitized by Google

ba la culpa de semejante calamidad a dicha religión, sino al abuso que se había hecho de ella, y a las malas costumbres de sus principales ministros. Hasta tal punto es ello cierto, que, para mejor vindicarla, acusaba a los cristianos de la república florentina de no ser tan celosos en su patriotismo como lo fueran los idólatras de la república romana. ¿En qué quedamos, pues? ¿Es prueba de irreligiosidad juzgar así? El silencio dan por toda respuesta, y el silencio muestra lo hueco de su primera imputación. Cuanto a la segunda, no necesita, para ser confutada, más que traducir íntegro el texto de Maquiavelo (1). Helo aquí: "Si entre nosotros puede creerse que el cielo esté desarmado y el mundo afeminado, esto no nace en modo alguno de la religión, puesto que proviene de la bajeza con que los hombres la interpretaron, conforme a la molicie de su educación, en vez de penetrarse de la virtud que la religión prescribe. Si la empleáramos como ella desea que se la emplee, en la defensa y en la gloria de la patria, veríamos que exige que amemos a ésta, que la honremos, y que luchemos por su libertad e independencia hasta los límites extremos de la abnegación y del sacrificio."

Maquiavelo era un hombre de Plutarco, porque tenía, como los antiguos, el fanatismo de la patria. De aquí su contraste con los hombres y con las instituciones de la Edad Media. En su sentir, las ideas que engendraran aquellas instituciones habían muerto ya, carecían de eficacia en su época, las conciencias estaban vacías de espiritual contenido, y este ocio interno era la raíz de la corrupción italiana. El pueblo no podía renovarse si no se le rehacía una conciencia y un espíritu conformes con los que la antigüedad poseyó. Y esto fué lo que intentó Maquiavelo, en quien el patriotismo absorbía a la religión misma. El escollo de las sutilezas metafísicas, contra el cual chocó el catolicismo, durante toda la Edad Media, por el predominio de la Escolástica, no detuvo jamás al autor de Il principe. Maquiavelo no paró nunca su atención en dogmas teológicos ni en sistemas místicos, y toda su fe se concentró en una resolución personal, patriótica, fija, que, ha-

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, II, II.

Digitized by Google

biendo sobrepujado en intensidad a toda otra consideración, aspiraba a dirigir, con los cánones de una política eminentemente realista, los destinos de la humanidad. Por eso se burlaba de los ergotismos escolásticos (argutandi ars), descartaba las especies sensibles e inteligibles, rechazaba la autoridad de las citas, y sólo admitía las enseñanzas experimentales de los hechos históricos.

Entremos ahora en algunas particularidades de la personalidad de Maquiavelo. Físicamente, era de estatura común, ni alto, ni bajo. Su salud dejó bastante que desear, pues sufrió frecuentes dolencias de estómago. Vivaz el aspecto de su rostro, correspondía a su amable temperamento. El cráneo, de cuyo volumen nada puede decirse, estaba bien configurado, y acusaba un desarrollo totalmente regular, y los ojos, en los retratos que de Maquiavelo se conservan, tienen un color oscuro. La tez parece haber sido parda, con un ligero tinte blanco. Y nada más añadiré tocante a lo físico. Cuanto a lo moral, aunque su vida fué libre y su musa licenciosa, respetó, admiró y honró siempre a los que practicaban el bien, y su falta de elevación ética en política práctica se vió largamente redimida por su abundante tesoro de la virtud tan capitalmente necesaria a los italianos de su época, y de la que la mayor parte se hallaban desprovistos: el patriotismo. En la conversación era piacevole e officioso con gli amici, y pocos de éstos fueron tan agudos como él. Discurriendo un día con Claudio Tolomei sobre quiénes fuesen los hombres más doctos, si los de Florencia o los de Siena, y habiéndole dicho aquél que in Firenze gli nomini hanno meno scienza, e sonno meno dotti che in Siena, Maquiavelo repuso: Anche in Siena gli nomini sonno piú pazzi, senza eccetuare voi. Arguyéndole cierto individuo haber enseñado al príncipe a ser tirano, contestó: lo ho insegnato a principi esser tiranni, ma ho anche insegnato a popoli come spergnerli. Y preguntado por un embajador veneciano qué le parecía de Bembo, quien, siendo veneciano también, enseñaba en lengua toscana a los florentinos, respondió: Dico quello que direste voi, se un fiorentino insegnase la lingua veneziana a un veneziano.

Nada retrata mejor el verdadero carácter de Maquiavelo

Digitized by Google

que su actitud espiritual ante Savonarola. Sabido es que éste, maniático y violento, gritaba: "La Iglesia no es ya la Iglesia, pues en ella se vende todo... ¡hasta la sangre de Cristo!" Maquiavelo estaba conforme con él, mas no aprobaba de un modo absoluto su fanatismo apocalíptico, por parecerle que terminaría en un fracaso. El autor de Il principe comparecía en la vida florentina (a los veintinueve años) cuando acababa de hacerse pública la noticia de la excomunión de la Savonarola, a quien la Señoría era adversa, y alrededor del cual se adensaba la tempestad que había de conducirle, pocos meses después, al patíbulo. Para evitar mayores escándalos, había ordenado a su fiel discípulo Fray Domenico de Pescia que predicase en San Lorenzo a las mujeres, mientras él, dejado el Duomo, se había retirado a San Marcos, donde sólo dirigía la palabra a los hombres. Allí fué Maquiavelo a escucharle, lo que sabemos por una carta suya, dirigida a un amigo de Roma con fecha de 8 de marzo de aquel mismo año. En ella, apunta ya, en medio de todas aquellas pasiones acaloradas, sus dotes de investigación fría. Oyó a Savonarola con una sonrisa de ironía indulgente, y le pareció un poco extraño y absurdo el lenguaje del grande y nobilísimo fraile, a quien más tarde llamaría profeta disarnato. El dualismo entre Maquiavelo y Savonarola no era un dualismo entre dos sensibilidades, dos espíritus, dos hombres, sino entre dos doctrinas, dos civilizaciones, dos mundos. Reconociendo la razón que a Savonarola asistía contra el clero corrompido de su época, Maquiavelo no dejaba de advertir que sin leyes draconianas, y sin un ejército poderoso que obligase a cumplirlas, toda propaganda demagógica en el alma de la plebe resultaría inútil, y que en vano por ella subiría como un incendio la furia de la invectiva, de la execración y de la destrucción. Sin embargo, cuando Maquiavelo hablaba como poeta, sentía toda la sugestión emocionante de Savonarola, a quien, en los Decennali, dedicó los siguientes versos:

Io dico di quel gran Savonarola
Il quala afflato di virtú divina
Vi tenne involto colla sua parola.

Digitized by Google

Para mejor penetrar en las entrañas del Renacimiento italiano, y explicarse las doctrinas de Il principe, **no hay medio mejor que detenerse con insistencia, comparándolos, en Maquiavelo y en Guicciardini, su gran contemporáneo y rival. Los dos eran escritores consumados, los más perfectos que se hubiesen visto en la Italia de entonces; los dos eran órganos acreditados del partido patriótico y maestros en el arte de convencer o persuadir; los dos eran limitados en la filosofía y en la historia, incapaces de considerar los sentimientos de una manera desinteresada, atentos siempre a ver en las cosas motivos de aprobación o de censura; los dos creían que, fracasada la ética teológica o eclesiástica, sólo el Estado podía ser otra vez el fin supremo del esfuerzo humano y el objeto dominante de la moral; los dos apelaban a la autoridad de los antiguos en defensa de sus sentencias; los dos profetizaban como los dos testigos del Apocalipsis, contra el dominio papal y contra los males y las calamitosas circunstancias de la época. Pero aquí se detenían las analogías entre Maquiavelo y Guicciardini, cuyas personalidades y cuyas tendencias constrastaban en todo lo demás. Maquiavelo fué aborrecido, rencoroso y el más infortunado de los hombres. Guicciardini fué amado, benévolo y feliz. Maquiavelo fué disoluto, y llevó al teatro las heces de su libertinaje impenitente. Guicciardini fué correcto en todas las relaciones de la vida, y no sintió la menor inclinación a escribir comedias. Tradicionalista fué Maquiavelo, y el antiguo Estado romano, contrapuesto a la condición del mundo que contemplaba, llegó a ser, para él, un modelo, una inspiración, un ideal. Racionalista fué Guicciardini, y la razón privada era su único criterio, regla y medida para pensar y para obrar. Idealista fué Maquiavelo, por su ciencia universal, que le convertía en un genio de orden creador, y de ahí que, con toda su astucia, algunas veces se convirtiese en forjador de utopías (1). Realista fué Guicciardini, que**

(1) "La debilidad del método de Maquiavelo consiste en que, mientras declara que trata de la política con espíritu práctico, él no lo es bastante." (Garnett, *The literature in Italy*, XII.)

Digitized by Google

poseía un gran genio práctico, infalible en su esfera. Maquiavelo ponía toda su gloria en difundir las enseñanzas políticas de las antiguas civilizaciones, estimándolas manantial de todo bien. Guicciardini, censor de antiguos desmanes, sólo aspiraba, sin inventar y sin generalizar, a deshacer preocupaciones, juzgando la civilización clásica fuente de errores de perspectiva. Maquiavelo, a quien el estudio de los autores clásicos le produjo una especie de intoxicación, desconfiaba de llegar a la certeza de una reforma radical o a la creación de algún sistema insólito de ciencia política o de filosofía moral, y mucho menos de algún Estado o pueblo nuevos, por lo que doblaba la punta, y, sin buscar más fundamentos, estribaba en la antigüedad. Guicciardini, fiado en la viveza de sus luces, acometía las cuestiones más arduas, puestas la experiencia y la aceptación de las cosas tales como son por fundamento de la ciencia política, de donde que su originalidad, aunque indudablemente considerable, se redujo a dar una forma exacta y muy lucida a las doctrinas corrientes en sus días (1). Maquiavelo imaginaba con los fastos de sus mayores remozar las virtudes de sus coetáneos. Guicciardini no deseaba mantener esperanzas de tan elevada clase, y miraba por cosa de sueño discernir en lo pasado, pues harta materia daban a la crítica los vicios imperantes en su tiempo. Maquiavelo creía, engolfado en el piélago de sus estudios históricos, y Guicciardini razonaba, sin buscar planes sistemáticos ni gustar de hipótesis atrevidas, y recogiendo únicamente el fruto de la propia y ajena observación diaria. Maquiavelo, después de todas sus fracasadas experiencias, aguardaba aún, como una doncella encantada, un príncipe ideal. Guicciardini sabía que no le había, y que, aunque le hubiese, los bárbaros serían demasiado fuertes para él (2). Maquiavelo lanzaba públicamente trenos de indignación contra los empresarios de muerte que pretendían ser políticos, y no podía soportar, ni concebir siquiera, que

(1) El mismo Guicciardini, en sus *Ricordi politici e civili*, sentó el aforismo de que "un sano juicio es mejor que un gran talento".

(2) Garnett, *The literature in Italy*, XX.

Digitized by Google

la nación italiana se gozase en su ignominia, y que gustase de ver su propia figura moral con una traza ridícula y disfrazada por sus representantes en el Gobierno bajo formas que excitaban el horror y la aversión. Guicciardini, amigo del secreto, tragaba lo que quería decir, y sólo abría el pecho para aceptar fríamente la situación y para ponerse a las órdenes de un mal Gobierno, con la condición redimente de que, por lo menos, fuese un Gobierno de italianos por italianos. El idealismo de Maquiavelo contrastaba con el espíritu positivo de Guicciardini, que, alejado de toda construcción sistemática, no dió a sus consejos políticos más valor que el de simples máximas, observaciones, paliativos y astucias, para la guía más o menos sabia de la máquina social (1). Sin embargo, Maquiavelo, que acabó por entrar al servicio de los Médicis, y que no ocultaba los días gloriosos que Florencia debió a Cosme y a Lorenzo, jamás se hubiera atrevido a escribir de ellos lo que Guicciardini pensó y escribió de sus empleados papales por el siguiente tenor: "Nadie detesta más que yo la avaricia, la ambición, la torpeza y la pereza de los clérigos. Sin embargo, la posición que he tenido siempre cerca de varios Pontífices, me ha obligado a amarlos por mi propia ventaja. A no ser por tal consideración, hubiera amado a Lutero como a mí mismo, no con objeto de librarme de las leyes introducidas por la religión cristiana, según que generalmente se la entiende y se la interpreta, sino por ver reducido ese rebaño de malvados a su genuina condición, esto es, a que se hallen sin vicios o sin autoridad". Tales ingenuidades indican el fin de una edad histórica. El exceso de injusticia en política, como el exceso de inmoralidad en religión, trae consigo la disculpa de las mayores iniquidades, en frío y por cálculo. Maquiavelo, dicho sea en honor suyo, no llevó nunca tan lejos su transigencia

(1) Es el propio Guicciardini (*Ricordi politici e civili*, CCLVII) quien lo advierte por el siguiente tenor: *Questi ricordi sono regole che si possono scrivere in su libri. Ma i casi particolari, che per avere diversa ragione s'hanno a governare altrimenti, si possono male scrivere al trove che nel libro della discrezione.*

Digitized by Google

teórica. Unicamente en la práctica procuró ser cuerdo por experiencia, noble por reflexión y honrado por bondad. Si los levantiscos o intolerantes le arrojaban el ridículo, contestaba, como dos siglos más tarde Mirabeau: "¡No lo acepto!" Donde ganaba estima con las autoridades, apretaba la mano sobre los revoltosos y los protervos, y, si la envidia armaba lazos a su fama, o la mordacidad le dedicaba alusiones o pullas malignas, no hacía caso de aliarse con los malcontentos, sino que se defendía por sí y ante sí, con entereza y con dignidad. Cuando estuvo en la Cancillería, supo mantener su integridad incólume, y sirvió a las personas, aun a muchas que no conocía, siempre gratuitamente, y sin admitir presentes de ninguna clase. Fuera de la Cancillería, conservó su lealtad, y perseveró en sus afectos y en sus opiniones sin acritud y sin bajeza, alabando animosamente a sus protectores caídos y no importándole exponerse a perder por eso los escasísimos recursos con que todavía contaba. Solamente en sus libros trató de convencer a los príncipes de que, en el orden político, lo que decide es el resultado, haya sido precedido de un gran acto o de un gran crimen.

Aunque en su prosa reveló Maquiavelo pretensiones literarias, según las ideas que en aquella edad corrían (1), es lo cierto que sacrificó siempre la forma al fondo. Si su estilo limpio y justo no es el de un advenedizo al campo de las letras, su ideario claro y metódico tampoco es el de un profano en ejercicios de pensamiento. Pero la preocupación por lo sustancial no le hace descuidar la energía y la elegancia de la expresión. En pocos libros se encuentra, en la medida de en los de Maquiavelo, tanta variedad de locuciones, tanta novedad de giros, tanta facilidad de modismos, tanta armonía de períodos, tanta soltura de cláusulas. Su manera de escribir se adapta a todas las inteligencias, y siempre encuentra los medios más oportunos para la mayor amenidad de la exposición. La concisión del lenguaje contribuye a veces a producir un efecto altamente sugestivo en el ánimo del lector, que

(1) Véase a Sanctis, *Storia della letteratura italiana*, II, 62.

Digitized by Google

encuentra definido un concepto complejo en una sola palabra. En Tito Livio se forjó el autor italiano, y de su modelo tomó la nobleza de su dicción, la fuerza conveniente al asunto y la habilidad con que suele cambiar de tono. Cada frase es completa, acabada en sí misma, y encierra una antítesis hábil, un buen epíteto o una figura abreviada. Así, Maquiavelo se despoja de los recursos retóricos de mala ley para reducirse a sencillez artística, y para dar intensidad estética a las floraciones de su gallarda pluma.

Indubitable verdad es que todos los adornos y todas las pompas quedaron excluídos (como él mismo significa) (1) del estilo de Maquiavelo, en el cual sólo resta un montón de argumentos y de hechos apiñados en un espacio reducido, y ligados entre sí por deducciones rigurosas como por grapas de hierro. Sin embargo, pocos prosistas, entre los clásicos italianos, hicieron mejor uso de la toscana locución. Erudito en su lengua vernácula y penetrado de la reverencia que demandaban sus particulares fueros, guardó las leyes impuestas por su casticidad. Rechazando incoherencias, imágenes vagas, acumulaciones fantásticas y desordenadas de figuras, ajustó a debida proporción las cláusulas, sujetó a fin concreto los modismos, y presentó con orden, claridad y determinación los períodos. En su buen sentido de hombre práctico, para quien cum parole non si mantegono li Stati, desdeñó toda fraseología, descartó la imaginación, emancipóse de vacíos discursos, y siguió siempre las lecciones de la experiencia. A poca distancia todavía de la bárbara confusión de la Edad Media, fué austero, duro y aun agreste a veces en sus frases, que no acusan matices estéticos, ni decires artificiosos, ni exorbitancias ridículas. De esta pauta nunca salió su prosa, en la que no se encuentra ninguna expresión sutil y amanerada. Si buscamos elegancia y gracia en ella, la tiene acompañada de vigoroso nervio, gran majestad, profundidad de sentido y magistral gravedad en los discursos, conveniente a pechos varoniles y nada afeminados. A fines del si-

(1) *Il principe*, dedicatoria.

Digitized by Google

glo XVI, el docto Lipsio (1) taxativamente declaraba a este propósito: "Entre cuantos últimamente intentaron hablar de política, no hallé ninguno que pudiera atraerme, pues en los más sólo vi ignorancia presuntuosa con abundancia suma de palabras. El único a quien exceptúo es Maquiavelo, cuyo ingenio es sólido, penetrante, lleno de fuego (ingenium non contemno acre, subtile ignenium) y enemigo de todo rebuscamiento y de toda afectación". Puede decirse de él lo que Taine (2) dijo de Hobbes, conviene a saber: que no emplea sino las locuciones más familiares del uso común y durable, por lo que, desde hace cuatrocientos años, pocas hay en él que hayan envejecido. Penetra hasta el centro del sentido radical, deja a un lado la corteza brillante y pasajera, y circunscribe la porción sólida, que es la materia permanente de todo pensamiento y el objeto propio del sentido común. Siempre, para afirmar, excluye, y alcanza la solidez mediante las supresiones. De todos los lazos que unen las ideas, no conserva más que uno, el más estable, y su estilo no es más que un razonamiento continuo y de la especie más tenaz, compuesto todo él de adiciones y de sustracciones, y reducido a la combinación de algunas nociones sencillas, que, agregándose unas a otras, o separándose unas de otras, forman, bajo diversos nombres, totalidades o diferencias, cuya generación se sigue siempre, y cuyos elementos siempre se desentrañan.

Sin solemnidad declamatoria, sin énfasis oratorio, sin aparato dialéctico y, sobre todo, sin vehemencia literaria, Maquiavelo desarrolla sus temas con un arte sencillo y oculto. Psicológicamente magistral es la disposición sutil con que distribuye los elementos primarios de ese arte en el espacio y en el tiempo, componiendo y fijando cada uno de ellos conforme a su peculiar cometido, recurriendo, en el momento oportuno, ya a los contrastes, ya a las repeticiones, y preparando de antemano el efecto dramático con la mayor serenidad de espíritu. Decía Séneca que a Tucídides se le podían suprimir algunas palabras sin alterar

(1) *Doctrina civilis*, prefacio.
(2) *Histoire de la litterature anglaise*, III, I, I.

Digitized by Google

el sentido y que a Salustio no, y otro tanto podría decirse de Maquiavelo, el cual, a diferencia de otros autores contemporáneos suyos, brilla por la concisión y por la energía de la frase, que consuenan con la acertada distribución del asunto, con la proporción artística de sus partes, y con la armonía que reina entre ellas. Maquiavelo desembaraza a la ciencia de las expresiones y de las teorías escolásticas, y, en potentes succiones, saca de la robusta ubre del pensamiento nacional un nuevo y luminoso chorro de cultura humanística. Escritor del Renacimiento y ciudadano de Roma más que de su patria, vive en la antigüedad, y su ideal lo constituye la destrucción expeditiva de la barbarie intelectual de la Edad Media. En cierto modo, sin embargo, es Maquiavelo negación de la Edad Media tanto como del Renacimiento, pues juzga las cosas como son, no como deben ser, y, a diferencia de los humanistas, subordina el mundo de la imaginación, de la abstracción y del deseo, al mundo de la realidad, de la experiencia y de la observación. Cuando se le compara con los hombres de la Edad Media, adviértese en seguida que se diferencia de ellos en inhibirse de los elementos sobrenaturales y sobrehumanos de la vida, para poner el fundamento de ésta en la patria. Cuando se le compara con los hombres del Renacimiento, nótase sin esfuerzo que su humanismo no es, como el de éstos, puramente doctrinal y erudito, sino eminentemente político y práctico. Pero, en muchos puntos, consuena con unos y con otros. Santo Tomás, en su comentario a la Política de Aristóteles, aplica al tirano las mismas máxima que Maquiavelo, y la consonancia entre ese comentario y el libro de Il principe es tan perfecta en ciertas materias, que varios críticos han dicho que valía la pena estudiarla, y así lo haré más adelante yo. Cuanto a la cultura humanística, es la de Maquiavelo en el sentido, por una parte, de que éste propugna la doctrina del Estado laico y emancipado de la teocracia, y, por otra, de que el autor de Il principe se inspira constantemente en los clásicos autores, como lo demostró brillantemente Amelot de la Houssaie, al hacer el paralelo entre Tácito y el secretario florentino.

La Edad Media reposaba sobre la negación de la vida

Digitized by Google

terrena y la contemplación de la futura. El destino final del hombre no estaba en este mundo, sino en el otro. La vida terrena no se consideraba sino como apariencia y sombra, sin realidad alguna, o con una realidad puramente simbólica, pues la misma Beatriz de Dante no era más que una alegoría, en que la realidad no aparecía como lo que es, y sí como lo que debe ser. Sólo en el cielo se hallaba la vida eterna de beatitud, a la que únicamente podía conducir el cristianismo, y, por eso, la Edad Media proyectó hacia el cielo, el infierno y el purgatorio un orden de cosas conforme a la verdad y a la justicia. De esta concepción, a la vez teológica y ética, brotó la Divina Comedia de Dante, y la Escolástica, principalmente representada por Santo Tomás, fué la forma más racional y más científica de semejante concepción. La filosofía religiosa y moral de la Edad Media se resume en esta fórmula: "Dios es el supremo bien, y sólo identificándonos con El, y concentrando en El nuestro pensamiento y nuestro corazón, llegaremos a ser verdaderamente felices. Unicamente Dios lleva a Dios, y, si dejamos de pensar en El, nos alejamos de El sin sentirlo" (1). Ahora bien: tal modo de considerar la existencia humana hubo de repercutir beneficiosamente en la política, moralizándola de una manera extraordinaria. Bajo Carlomagno no existía ya diferencia alguna entre las leyes morales y las leyes civiles. Siendo el Estado la más alta expresión de las actividades e intereses humanos, Carlomagno admite sencillamente, cual verdad de evidencia notoria, que debe dirigirse a realizar el bien espiritual de la humanidad, y que, por ende, ha de hacerse cargo, no sólo de lo tocante a la organización de la legislación militar y civil, sino hasta de la reglamentación del clero (2). Pero, tan pronto sube Gregorio VII al Solio Pontificio (1073), empieza la larga lucha del poder eclesiástico y del poder temporal, representados, respectivamente, por el Papa y por el Emperador. En Canossa, és-

(1) Véase mi obra sobre *El federalismo expuesto por Pi y Margall*, 102.

(2) Henderson, *Select historical documents of the Middle Ages*, II, II.

Digitized by Google

te se humilla a aquél, y, de entonces en adelante, los acontecimientos se precipitan rápidamente, y el conflicto se extiende, sin cambiar nunca de dirección (1). El compromiso del Concordato de Worms (1122), cerca de cincuenta años después de haber empezado la controversia, vela débilmente el triunfo de los Papas, estableciendo la supremacía de las fuerzas representadas por la autoridad eclesiástica, pero era evidente que la Sede de Roma había vencido (2). Los elementos espirituales y éticos de la religión se habían sobrepuesto a los elementos temporales y utilitarios de la política, y la vida terrena veíase iluminada por un rayo de lo alto, que prohibía al hombre toda sensualidad grosera, todo cálculo interesado, toda curiosidad nociva, toda originalidad funesta. El Renacimiento, desenfrenado e inventivo, negaba todo valor a este plan vital de la Edad Media, y entregaba las almas a los arrebatos, a los caprichos, a los desenfados y a las rarezas de la fantasía, que no se preocupaba más que de satisfacerse, que sentía sed de novedades y de singularidades, y que amaba la audacia y la extravagancia, como la religión amaba la quietud y la obediencia. La lucha con el Asia por las cruzadas, la porfiada guerra contra los árabes de España, el predominio teocrático, la sujeción de todos poderes al Pontificado, cuanto había constituído la preocupación y la grandeza de la Edad Media, se consideraba ahora como un conjunto de necesidades estúpidas, cuando no de locuras insensatas. Boccacio daba de mano al espiritualismo medieval, caricaturizaba el misticismo religioso, y las supuestas virtudes de clérigos y de frailes éranle materia de solaz y de pasatiempo. Sus escritos significaban, en forma cómica y licenciosa, una pura negación de lo pretérito, negación que tenía por base la glorificación de la carne y del pecado, y que representaba una reacción del epicureísmo contra el ascetismo. Como teoría, la indiferencia, y como práctica, la licencia. Tal era la ideología dominante en Italia cuando Maquiavelo escribió su libro de Il principe. Rechazada la

(1) Kidd, *The wersten civilization*, IX.
(2) Hallam, *View of the state Europa during the Middle Ages*, VII.

Digitized by Google

ley, quedó el interés, y, separada la moral de la política, no restó ya más que la diplomacia, es decir, la falsa noción de mirar "la ruina y la perdición de un Estado como la conservación y el acrecentamiento de los otros", para emplear las palabras mismas que, en sus Memoires, estampó Castelnau, escritor del siglo XVI (1). Maquiavelo vivió en este ambiente malsano, y participó de él en grado sumo. La posteridad ha infamado su nombre, a la vez que practicaba su doctrina, no comprendiendo que el maquiavelismo no era la invención de un hombre, sino el sentimiento de todo el género humano en los tiempos pasados, y hasta en los presentes, y que maldecir al autor de Il principe sería maldecir la imperfección humana (2). Maquiavelo escribió su libro para los Estados y para sus jefes, y no lo hubiera escrito para las naciones. Y lo escribió mirando solamente a los intereses de los pueblos, y dejando a un lado todo elemento de moralidad. No vió que los pueblos, tanto como entidades económicas y mercantiles, son entidades jurídicas y responsables. No entrevió nada de la tendencia más profunda de los principios cristianos, al mezclarse su influencia con otras causas en el desenvolvimiento de nuestra civilización, y que es la tendencia a separar la teoría puramente económica y política del Estado de la moral y de la religión, mas no en sentido de que éstas queden arrinconadas en la vida pública, sino de que, por el contrario, la dirijan en más amplia esfera que el Estado, al cual competen únicamente fun-

(1) "La diplomacia es el sacerdocio del interés, y tiene dos objetos principales: procurar el bien propio, y provocar el mal ajeno. Una nación, por ejemplo, arruina a otra. En ello no encuentra provecho alguno, pero siempre adquiere una superioridad relativa de riqueza, y, por consiguiente de poder. La diplomacia debe, pues, estar exenta de todo escrúpulo, en el orden ético, y sus funciones se reducen a una sola: engañar. Calle o hable, amenace o insinúe, grite o aconseje, afirme o niegue, no lleva otro fin. Su silencio, sus discursos, sus cóleras, sus halagos, su gesto, su figura, todo es mentira en ella." (Lamennais, *Amschaspands et Darvands*, 283.)

(2) Laurent, *Les nationalités*, II, II.

Digitized by Google

ciones administrativas, financieras, militares y políticas. Maquiavelo no comprendió este gran progreso, traído al mundo por el cristianismo. Cautivado su entendimiento por la antigua teoría romana del Estado y por su ideal inherente de la secularización de la religión (1), plantea la cuestión preguntando cuál es, en definitiva, la autoridad suprema que ha de dirigir al hombre al cumplimiento de su fin. Y responde que la religión de los antiguos romanos era el Estado, el cual constituía el objeto de todo esfuerzo humano y la esencia de toda moral humana. En este presupuesto, la ética, las aspiraciones, los ideales y la política del antiguo Estado romano, son los ejemplos que Maquiavelo propone como dignos de ser imitados. Rasgo es éste común a la mayor parte de las manifestaciones del pensamiento del humanismo en Italia (la artística, la literaria, la filosófica, la religiosa), y que resalta en las teorías de Pico de la Mirandola, Gemisto Plethon, Nettesheim, Pomponacio, Telesio, Campanella, etc., todos los cuales, aunque divergentes en opiniones y en tendencias, se dan la mano, y están de acuerdo en un punto, a saber: que la Europa culta debía tornar con entusiasmo y con sentimiento de respeto al estudio renaciente del arte, de la literatura, de la filosofía y de la religión de las civilizaciones antiguas. El cardenal Bembo, a quien los devaneos de su juventud le dieron tres hijos, habidos en una mujer pública, llegó en este punto hasta el ridículo, y hasta la misma impiedad, pues su exagerado apego a las locuciones de la antigua Roma le hizo llamar al Papa vicarius deorum inmortalium, a la excomunión aquae et ignis interdictio, al colegio de cardenales collegium augurum, etc., y, escribiendo a un su familiar, le prohibía que leyese las epístolas de San Pablo, como cosa grosera, necia e impertinente (omitte has nugas, non enim decent gravem virum tales ineptiae). Y, si de tal modo procedía todo un príncipe de la Iglesia, ¿qué mucho que diesen la misma nota los que no se hallaban en igual caso? Así, no es de extrañar que, en su aspecto intelectual, el Renacimiento italiano expresase, en muchos

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, I, XI, XV; III, XV, XVII.

Digitized by Google

de sus representantes, la inclinación a una especie de metafísica muy parecida a la del antiguo neoplatonismo, y que, en su aspecto social, tendiese hacia las aspiraciones de un vago humanitarismo panteísta (1). Pero el nombre de fama universal que ha llegado hasta nosotros como representente de esa tendencia en política ha sido el de Maquiavelo, para quien carecía absolutamente de sentido el elemento cristiano, que, en los conceptos del sistema de creencias asociado a nuestra civilización, proyecta los principios de la moral humana más allá de cualquier equilibrio posible en lo presente (2). Al sentir la oposición entre el Estado secular de Roma y el trascendentalismo ético que después introdujo el cristianismo en la Historia, Maquiavelo no puede explicarse este fenómeno más que como la irrupción de una especie de anormalidad en la naturaleza. Por eso, la rama preceptiva de la ciencia política llegó a ser, en su mente, por completo independiente de las doctrinas éticas del cristianismo (3). Los preceptos que le interesaban no se referían ya a ninguna clase de religiosidad del Estado y de cristianización de sus instituciones, sino que eran sencillamente reglas generales de la conducta individual, puestas en vigor por la autoridad civil soberana (4). Tal fué el ideal concebido por Maquiavelo, en cuanto cabe expresarlo en tan pocas palabras. Pero ¿qué razones pueden alegarse en abono de una manera de pensar tan opuesta a las enseñanzas de los hechos históricos, y tan contrarias a la ley misma de la perfectibilidad y del progreso humanos? Kidd (5) observa que "todas las primeras fases del Renacimiento italiano se distinguen por el mismo hecho característico. Significan un esfuerzo, no para ensanchar la antítesis abierta en el intelecto occidental por el cristia-

(1) Véase a Kuno Fischer, *Geschichte der nueren Philosophie*, I, V.
(2) Kidd. *The western civilization*, IX.
(3) Véase a Pollock, *History of the science of politics*, 113, 115.
(4) Véase a Erskine Holland, *Elements of jurisprudence*, III.
(5) *The western civilization*, IX.

Digitized by Google

nismo, antítesis de que depende la potencialidad propia de nuestra civilización, sino para cerrarla otra vez (1). Como en las teorías neoplatónicas del siglo III, la tendencia en casi todo el Renacimiento italiano, y especialmente en Maquiavelo, es sólo hacer retrogradar al mundo a un punto que realmente el proceso evolucionario había dejado atrás... Bajo la superficie del movimiento humanista se distingue siempre la concepción de la suficiencia de la naturaleza humana existente, y el deseo de expresarla con completa libertad, como hicieron las antiguas civilizaciones, tendencia que, en algunas de sus formas, viene a ser una especie de deificación de la naturaleza. La diferencia entre esta fase del humanismo del siglo XVI y el neoplatonismo del siglo III ha sido a menudo discutida extensamente. Pero el hecho principal del movimiento humanista, mirado en conjunto, que es lo que verdaderamente interesa, se destaca con claridad. Es el de que, en esta fase del Renacimiento italiano y particularmente en la política representada por Maquiavelo, vemos al intelecto occidental en el umbral de una nueva época, sintiendo ya, en verdad, la fuerte impulsión de su espíritu, pero sin pensar aún más que en llevar adelante el proceso progresivo de nuestra civilización, y sin cerrar enteramente la antítesis característica, que es la causa evolucionaria que separa la significación de nuestra era de la de todo el pasado de la raza."

Lo que ha dañado a la reputación de Maquiavelo son las ilusiones formadas con respecto al catolicismo y a la caballería. Se ha imaginado que hubo, en la Edad Media, una política cristiana de la cual eran órganos los Papas, y ¿qué podía ser esa política sino la expresión de la moral pura del Evangelio? Se ha pensado asimismo que la caballería introdujo en las relaciones del feudalismo cuanto en ella había de nobles y delicados sentimientos, y también al catolicismo se le ha otorgado el honor de esos sentimientos. Después se ha supuesto que Maquiavelo había sustituído el ideal católico por la vil doctrina del interés.

---

(1) Véase a Pearson, *The etic of free tought*, II, VIII.

Digitized by Google

"En esas ilusiones (advierte Laurent) (1), hay tantos errores como palabras. Estudiando al Papado en acción, compruébase que su influencia directa sobre la política fué casi nula. Cuando obraba por su cuenta, diríase que era la encarnación de la antigua Roma. La Santa Sede, como el Senado Romano, no retrocedía ante la violencia, ni ante la perfidia. Papas hubo que hubieran sido dignos discípulos de Maquiavelo, y que, en realidad, fueron sus maestros. ¿No confiesa él mismo que, gracias a la vecindad de la Corte Romana, se encontraban los italianos sin fe y sin ley? Cuanto a la caballería, las leyendas se han tomado por realidades. ¿Quiérese una prueba irrefragable de que, ni la caballería ni el catolicismo, produjeron una doctrina internacional digna del Evangelio? Basta consultar la historia de los tiempos que separan la Edad Media de la moderna, y en los que existía una sociedad educada por el catolicismo, y que se hallaba bajo la tutela de la Iglesia. Ahora bien: el siglo XIV cuenta, entre sus héroes, personajes cuyas hazañas celebraron los romances y las crónicas. Los Boucicault y los Duguesclin pasaban por ser las flores de la caballería, y, sin embargo, aquellos ilustres señores miraban como una inocentada la lealtad a los juramentos. Al menos, se conducían como si tal fuese su ideario, puesto que se les vió invocar la generosidad de sus adversarios para tenderles un lazo, y hacerles perecer (2). En el siglo XV, los príncipes se mostraron como dignos sucesores de tales héroes." Oigamos a un historiador (3), que se ha complacido en describir las costumbres de aquel tiempo, conforme a las noticias de los cronistas. "Los príncipes (consigna) habían perdido todo aprecio a la virtud y al honor, y todo horror al vicio y a la rectitud. Sólo pensaban en destruirse unos a otros por la guerra y por el exterminio, o por medio del puñal y del veneno. Habían olvidado las leyes de Dios, o creían que no estaban hechas para ellos." La religión no servía más que para engañar a los que eran harto simples para considerarla como un fre-

(1) *Les nationalités*, II, II, I.
(2) Sismondi, *Histoire des français*, VI, 239.
(3) Barante, *Histoire des ducs de Borgogne*, VII, 177.

Digitized by Google

no. En vano trataban los mismos príncipes de respetarse o de aliarse por las más solemnes promesas, y en vano juraban sobre los Santos Evangelios, sobre el santo canon de la Misa, sobre la santa cruz de Jesucristo, Evangelios, canon y cruz que tocaban con las manos (1). El hecho es que sus juramentos se los llevaba el viento, como a ligero y sucio polvo. Hay más, y es que el asesinato se convirtió en teoría. ¿Y por quién? Por gentes de Iglesia. ¿Y en qué autoridad fundaban la violación de todas las leyes morales? En los ejemplos de las Sagradas Escrituras. Y el crimen, que predicaban como una acción honrosa, lo ejecutaban con toda la astucia y con toda la cobardía imaginables. Proclamaban a todas horas y con la Biblia en la mano que la muerte más conveniente para los tiranos era la que se ejecutaba por medio de las emboscadas y de la traición. El franciscano francés Petit, en su Justification du duc de Bourgogne, consideraba el tiranicidio como una acción moral (2), y todavía en 1598, y en su tratado De rege et regis institutione (por cierto dedicado a Felipe III), el jesuita español Mariana defendía el mismo criterio, y aplaudía el asesinato de Enrique de Bearne. En verdad que no llegó a tanto Maquiavelo, que condenó el asesinato político desde el punto de vista ético, rechazó el engaño gubernativo hecho a sabiendas, y no justificó el regicidio en sí mismo, sobre todo tratándose de un rey legítimo. Unicamente sostuvo, al tratar de cómo podrá un pueblo deshacerse de su tirano, que si, después de agotados todos los medios, no consigue la república librarse del monstruo, será lícito matarlo. Maquiavelo planteó en abstracto el problema de la permisibilidad de un acto reprensible, pero exigido por la seguridad del Estado, y lo resolvió en concreto, no como filósofo de la naturaleza y de la moral, sino como filósofo de la sociedad y de la historia. No tenía el aire estático y contemplativo del hombre de la Edad Media, ni el tranquilo e idílico del hombre del Renacimiento, sino el moderno del hombre que, conducido de hecho en hecho,

(1) Barante, *Histoire des ducs de Borgogne*, IX, 19.
(2) Barante, *Histoire des ducs de Borgogne*, II, 184.

Digitized by Google

justifica a cada momento la exactitud de sus observaciones, y comprueba el valor de sus experiencias. Semejante instrumento científico y pragmático siega, en el campo de los prejuicios, con una rigidez y con una despreocupación de autómata. Para Maquiavelo, el mundo no está regulado por fuerzas preternaturales, ni causales, ni contingentes, sino por el espíritu humano, que procede según leyes orgánicas, avasalladoras y fatales. En cada objeto y en cada suceso hay un fenómeno primitivo, irreductible y constante, que es como el núcleo sólido a cuyo alrededor vienen a agregarse los ricos desarrollos que lo completan. El sino histórico no es lo maravilloso, ni la mecánica, ni la fortuna, sino la forza delle cose, determinada por las tendencias del espíritu humano, que es indestructible en su esencia, inmutable en su facultad e inmortal en su producción. Así, Maquiavelo halla en la psicología su panacea, en la historia su modelo, en el hombre su materia, en la lógica su forma, en la sociedad culta su auditorio, en las verdades medias su fórmula. El fundamento ideológico de sus teorías es la cosa effetuale, tal como hoy la muestran la observación y la experiencia.

Sin dejar de reprobar muchas de sus doctrinas, caen nuestras simpatías, por otros conceptos, del lado del inexorable autor de Il principe, cuyo colosal esfuerzo en pro de la libertad y de la dicha de su patria no ha sido aún justamente aquilatado, ni estimado como se debiera. El gran escritor florentino era un hombre, inspirado por el patriotismo más sincero y más puro. Si se le ha tachado de escéptico, con sobrada ligereza, no es tanto porque lo fuera, cuanto porque, como todos los pesimistas, decía que, a pesar de los adelantos realizados en la sociedad, en la civilización, en las leyes y en las creencias, el hombre continúa siendo tan perverso, en el fondo, como en las épocas de barbarie y de salvajismo, y que si hay algún progreso, es en el mal. Espíritu crítico y razonador, pudo apreciarlo todo fácilmente, desde sus observatorios, que se llamaban Florencia y el Cinquecento, cuando las espasmódicas crisis de crecimiento sacudían a las instituciones políticas italianas, y de su análisis práctico dedujo los re-

Digitized by Google

medios (1). Su doctrina no tenía nada de singular, pues era la de los Papas y la de los príncipes, y, por eso, fué recibida con general aceptación (2). Pero pasaron algunos siglos, y la figura de Maquiavelo dió pábulo a todo linaje de calumnias: Varchi, en sus Storie fiorentine, dice al propósito: "La causa del odio que se le ha tenido en alto grado y universalmente, debióse, más que a su léxico licencioso y a su vida no más honesta e impropia de su rango social, a la obra que compuso con el título de Il príncipe". Y, en otra parte, añade: "Si Maquiavelo, con el conocimiento que poseía de la gobernación de los Estados, y con su práctica de las cosas del mundo, hubiese guardado más sinceridad en su existencia y más gravedad en sus costumbres, se podría, a mi juicio, parangonarle más con los escritores antiguos que con los modernos." Por desgracia, Maquiavelo no encontraba ya un solo partidario en el siglo XIX, aunque lo contrario hubiese sucedido en el siglo XVI. Las dos opuestas tendencias que desde el primero hasta el último de esos siglos se pusieron frente a frente, la conservadora y la liberal, condenaron igualmente a Maquiavelo (3), como predicador de astucia, falsedad, doblez, perfidia y empleo de cualquier clase de medios para afirmar el poder de dominación en la gobernación de los Estados. Laurent (4) cree que la humanidad revocará esa sentencia, y que se mostrará más indulgente con el hombre, aun no participando de su criterio político. La comparación de los sentimientos del siglo XVI con los del siglo XIX sirve de justificación a Maquiavelo, a la vez que de prueba del adelanto ético que se ha realizado en la política internacional. Las diversas apreciaciones de que ha sido objeto Maquiavelo dan un solemne mentís al

---

(1) Ferrara, *Maquiavelo*, 36.

(2) Laurent, *Les nationalités*, II, II, I. Compárese con Villari, *Machiavelli e i suoi tempi*, I, 6, 9; II, 38, 45; III, 107, 200. Esta obra de Villari, ilustrada con nuevos documentos, es quizá la mejor que sobre Maquiavelo se ha escrito.

(3) Véase a Ferrara, *Maquiavelo*, 7.

(4) *Les nationalités*, II, II, I.

Digitized by Google

pesimismo histórico y a las ilusiones que se forjan los partidarios del patriotismo concebido al modo antiguo. Pero no se puede anatematizar esta clase de patriotismo, por más que juzgase que todo le estaba permitido en contra de los enemigos de la propia nación. Sin ella, ninguna generación se hubiera hallado enlazada con las otras, y los hombres hubieran vivido y muerto aislados, como las moscas de un estío. Y lo que hace más loable el patriotismo de Maquiavelo es que se aparta en gran medida del que, en la Edad Media, privara. En la Edad Media, no existía realmente el concepto de patria, sino el de la fidelidad al monarca y el de la subordinación a sus ministros. Los hombres nacían súbditos del Papa o del Emperador, ambos a dos delegados de Dios en la tierra. Savonarola proclamaba rey de Florencia a Jesucristo, reservándose, bien entendido, el derecho de representarlo e interpretarlo a su modo. El escritor italiano de quien tomo estos detalles (1), observa que ése es un rasgo que ilumina todas las ideas de aquel tiempo, al paso que, en Maquiavelo, el concepto de patria cobra mayor anchura. Patria no es, para él, su ciudad, sino toda la nación. En la utopía de Dante, Italia es el jardín del Imperio. En la utopía de Maquiavelo, es la nacionalidad independiente y autónoma. La patria del secretario florentino es una divinidad superior a la moral y a los códigos, y todo era lícito para honrarla, aun las acciones que, en el orden privado, podían ser delictivas. Su interés y su voluntad eran suprema lex. Los derechos del hombre no entraban en el código de la libertad, la cual quedaba reducida a la participación más o menos larga del ciudadano en la cosa pública. El individuo se absorbía en el ser colectivo, convirtiéndose en el instrumento de la patria. Y estas opiniones las enunciaba Maquiavelo no como suyas, sino como deducidas del espíritu de la antigua Roma, exactamente como ahora lo hace Mussolini.

El uso circunspecto del espíritu crítico aconseja la limitación prudente de su aplicación a la personalidad del gran secretario. Decía Guerrazzi que, no pudiendo dar una ba-

(1) Sanctis, en el tomo II de su *Storia delle letteratura italiana*.

Digitized by Google

talla, escribía un libro. Con harta más razón hubiera debido decir Maquiavelo que, no pudiendo gobernar a la sociedad humana, escribía para que sus libros la gobernasen. De aquí que juzgase con severidad hombres y cosas. La fortuna dimostra sua potenza, dove non é ordinata virtú a resistirle, é quiri volta i suoi impetu, dove la sa che non sono falti gli argini e i ripari a tenerla. En contracambio. a Maquiavelo se le ha de conceder la palma de discreto entre los contemporáneos suyos, porque, no tan sólo guardó ley en el explicar con hechos los consejos que a los príncipes daba, mas también hizo a muchos ventaja en las reflexiones que los hechos le sugerían. No quería hundir a la política en el fango popular, para que la pisoteasen las pezuñas de una soez muchedumbre, porque su propia naturaleza se oponía a ello. Quería, por lo contrario, despojar de inútiles postizos, guiñapos y zaleas, la túnica gloriosa que envolvía con natural y sencillo atavío a la matrona itálica. Por eso, distó mucho de ser un agitador de pueblos, como Savonarola, a quien conoció en su juventud, pero no admiró sin reservas, como ya vimos. Tampoco fué un gran capitán, ni descolló como artista vigoroso, aunque sí como prosista elegante, y, en expresión de Foscolo, nadie escribió con más claridad, ni con más sobriedad, ni con más fuerza, y ello en un tiempo en que la lengua de Dante era simplemente el idioma vulgar (1). Pero supo hacerse reflexivo, correcto, capaz de saber y de perfeccionar su propia habla, con viveza de atrevidas locuciones, con copiosidad de frases nuevas, con tenaz eslabonamiento de incisos llenos de vida, de cuyo ajustado enlace resultó un decir tan majestuoso, culto, eficaz, que será de todo punto imposible al lector emprender la lectura, sin sentirse arrebatado a continuarla hasta el cabo, por la enérgica corriente del bien dispuesto discurso, en que cada palabra es un rasgo, y cada pensamiento un libro. Macchiavelli scrive come gli viene tuto inteso alle cose, é con l'aria di chi reputi indegno della sua gravitá correre appresso alle parole é á periodi. Dove non penso alla forma, riusci maestro della forma. E, sen-

(1) Ferrara, *Maquiavelo*, 2.

Digitized by Google

za cercarla, trovó la prosa italiana (1). Pero, con esas pretensiones limitadas, lo que perdió en delicadeza, lo ganó en pompa. Había formado su arte no estudiando más que los monumentos de la urbanidad latina, y se había aficionado a los artificios y a los triunfos del estilo solemne. En realidad, su arte era la política, y su sistema el de la suavidad diplomática: arte y sistema que practicaba en nombre de un pequeño pueblo de poco más de cien mil habitantes, y en un período de desgracias permanentes, de asaltos constantes, de vejaciones continuas, "en el cual el bello geste hubiera sido grotescamente inútil" (2). No siempre anduvo medido en el uso de su arte y de su sistema, y a veces el cinismo con que se produce, repugna y amengua el mérito de sus obras. Pero éstas resultan pinturas fieles de los acontecimientos y de las vicisitudes de la época, y tienen, por ende, un valor inapreciable como documentos históricos. Conforme a esto, no serán demasiado reprensibles algunas de sus observaciones, siempre que se las tome como planes de la dirección de los negocios públicos, o trazas mañosas en la ejecución de intentos políticos.

La psicología de Maquiavelo se aparta un tanto de la común de los pensadores. Le alientan, sin duda, las mismas aspiraciones, y le mueven los mismos resortes que a éstos. Pero, en él, existen dos que obran con desusado vigor: el culto a la verdad y la pasión por la exactitud. No sólo abarca familiar y enérgicamente cada objeto, sino que lo descompone, y aduce el inventario de sus pormenores. Posee el secreto de lo que los griegos llamaban διαιρὲοές , de διαιρὲω , dividir y explicar por detalles. Tiene una inteligencia tan potente como minuciosa, y su manera es a la vez inquisitiva y didáctica. Parece que ha medido la historia y que la ha encontrado pequeña para la grandeza de su ingenio, crítico, analítico y rebuscador. Puede procurarnos sobre cada hecho y sobre cada acontecimiento un sumario de noticias aisladas y de circunstancias secas, pero tan admirablemente dispuestas y tan

(1) Sanctis, *Storia della letteratura italiana*, II, 63.
(2) Ferrara, *Maquiavelo*, 3.

Digitized by Google

bien coordinadas, que dan la ilusión de que todas, en conjunto, proceden unas de otras, como los fenómenos de sus leyes y los efectos de sus causas. Severo en sus juicios históricos y profundo conocedor de las intrigas de los políticos, todo lo descubre y todo lo sujeta a maduro examen, exponiéndolo siempre con admirable concisión, con los recursos de su dialéctica abrumadora, con la indignación de un hombre apasionado de lo antiguo y amante de las patrióticas y cívicas virtudes, que lamenta tanta vileza, y a quien disgusta tanto desorden como existía en sus contemporáneos. La excesiva dureza en el modo de juzgar a los hombres, es lo único que se ha echado en cara al autor de los Discorsi sopra Tito Livio, obra que muchos han mirado como la mejor de Maquiavelo, aunque en todas muestre la grandeza de su talento original, que, como indicado queda, era, ante todo, crítico, analítico y rebuscador, y que sólo en las deducciones se muestra pragmático, sintético y constructivo. Así, de un solo hecho o de un solo acontecimiento, sacaba docenas de reflexiones, o por añadidura, o por derivación, o por afinidad. Y, una vez hechas las reflexiones, con tal arte las ofrecía, con tal armonía las expresaba, con tal enlace las presentaba al lector, que ninguna dificultad ofrecía su inteligencia, por nuevas o por insólitas que pareciesen. El reproche de indiferentismo ético no tiene un gran contenido de verdad, a menos que se trate de contraponer ciertas manifestaciones seculares de orden espiritual a las que él hacía con criterio personalísimo. Mas no por ello fué Maquiavelo de esos escritores que se regocijan en sí mismos y que se miran en el espejo de su individualidad, como Narciso en la fuente, dando de mano a las enseñanzas morales de la tradición. El gran secretario acataba lo que había de bello, de verdadero, de bueno, de útil, en ellas, y no es difícil recoger, en sus escritos, pasajes dignos del más severo moralista.

No se crea por eso que Maquiavelo era gazmoño ni melindroso, que esto habría sido grave falta en un hombre llamado a las lides del pensamiento y a las luchas del mundo. Sabía perfectamente dar a cada hora su propio afán, concediendo a las relaciones sociales parte del

Digitized by Google

tiempo, porque entendía que igualmente se ha de cumplir con Dios y con los hombres. Si tomó la pluma, no fué por vanagloria literaria, sino para poner la alta política al alcance de todas las inteligencias y de la más mediana cultura. Aquella política al modo sabio era al mismo tiempo una política prude, doméstica, de manejo cómodo. Formidable polemista, parecía, sin embargo, un simple narrador de parábolas. Conocía la vida como un banquero sus cuentas, y, una vez hecha su aritmética operación, desdeñaba o aplastaba a los charlatanes que disputaban sobre ella en torno suyo. Era uno de esos espíritus vigorosos y limitados que se llaman positivos, tan frecuentes entre los humanistas del Renacimiento, uno de esos espíritus de la familia de Montaigne y de Grocio, dotados de esa penetración de la mente a la cual el sofisma no engaña, y de esa elocuencia del alma, bien superior a la retórica. Sólo tales espíritus ascienden a la cumbre de la celebridad por sus propios e indiscutibles méritos, y sólo ellos saben despreciar esa palabrería abstracta, que priva al hombre de toda equidad intelectiva y de todo respeto a las realidades de la experiencia y de la historia, para llenarle de presunción gratuita y de teorías vacuas, o dígase, de utopías que flotan vagamente en la imaginación de los soñadores de bajo vuelo, como lo son todos aquellos que quieren hacer dormidos lo que sueñan.

§ 3.—OBRA DE MAQUIAVELO

Cuarenta y seis producciones, entre libros y opúsculos, salieron de la pluma del secretario florentino, y su colección más entera y más cuidada es la de las Opere complete di Niccoló Macchiavelli, publicadas, en Milán y en 1850, en dos grandes volúmenes de ancho formato y de compacta letra. Esta edición, que es la de que más directamente me he servido, supera a las demás que se conocen, si bien no es de desdeñar la que, en seis tomos y en Florencia, sacaron a luz Fanfani, Passerini y Milanesi, de 1873 a 1877. Anteriormente, se habían impreso varias ediciones de las obras completas de Maquiavelo, con las fe-

Digitized by Google

chas de 1782, 1796, 1811, 1813, 1819, 1843, 1848, etc., algunas de ellas con el retrato del autor, con las variantes del manuscrito de la Biblioteca Laurenziana, y con la representación del mausoleo que el gran duque Leopoldo mandó erigirle en la iglesia de la Santa Cruz de Florencia. En 1852, Polidori publicó sus Opere minori, y, en 1883, Alvisi editó sus Lettere familiari. Los escritos históricos y los políticos son aquellos a que principalmente debe Maquiavelo su fama y su popularidad. Nada puede privarle de la gloria de haber sido el moderno Aristóteles, en lo tocante al arte del Gobierno y a la teoría del Estado, y el primero, o, a lo menos, el primer gran escritor que derivase de la historia una filosofía práctica y que elevase a ciencia la política, pues el mismo Varchi, aun siendo su enemigo, le reconoció su alta pericia en dicha ciencia. Pero, en conjunto, su labor abarca casi todas las disciplinas humanas de carácter humanístico, así erudito como literario. Mateo Toscano le define elegantemente: Machiavellus florentinus, fertile ingenium, recondita eruditione cum expolisset etruscam comediam, historiam, poesim heroicam, politicam, omnes denique bonas artes pari felicitate tractavit. Y Giovio dice: Habili siquidem ingenio ac ubi solertiam intenderet, plane mirabili, cuncta qua adgredentur elegantissime perficiebat, sive seria, sive jocosa scriberentur.

Sus primeras producciones políticas, que datan de 1499, son: Discorso sopra le cose di Pisa, Del modo di trattare i popoli della Valdichiana ribellati y Descrizione del modo tenuto dal duca Valentino nello ammazare Vitellozzo Vitelli, Oliveroto da Fermo, il signor Pagolo e il duca di Gravina Orsini. En ellas hace gala de su soltura para el manejo de los procedimientos diplomáticos, justifica ciertas medidas extremas en política, y se muestra gran conocedor del mundo y del corazón humano. Cuatro opúsculos dió a publicidad, en 1508 y en 1510: Ritratti delle cose della Francia, Ritratti delle cose dell'Alamagna, Rapporto di cose della Magna, Discorso sopra le cose della Magna e sopra l'Imperatore. Distínguense estos opúsculos, porque, no sólo se fundan en la psicología colectiva con todos los rigores empíricos que impone, sino que, además, constituyen una perfecta, sintética y práctica semblanza de las cuali-

Digitized by Google

dades innatas y de los sentimientos característicos de los pueblos francés y alemán de la época a que Maquiavelo se refiere. Un bosquejo psicológico del mismo género, aunque ceñido a los contérminos de su patria, trazó en la Nature di uomini fiorentini. E igual índole que las precedentes, bien que referidas a asuntos más particulares, tienen las memorias que redactó con los títulos de Istruzione fatta á Girolami quando a 23 d'Ottobre parti per Spagna all'Imperatore, Discoro sopra il riformatore lo Stato de Firenzo fatto ad istanza di Papa Leone X y Allocuzione fatta ad un magistrato nell ingreso dell'ufficio.

Pero, evidentemente, la más distinguida de las producciones políticas de aquella época, y la más extensa de cuantas Maquiavelo escribió, es la intitulada Legazioni e commisioni. En ninguna de sus obras muestra más sencillez y más pureza en la locución a la vez que más maestría y más variedad en el estilo, ni más conocimiento y más manejo de los recursos diplomáticos, ni más valentía en las observaciones, ni más originalidad en los diseños de los retratos que dibuja. A no pocos ha maravillado que un ingenio tan templado y tan grave en las reflexiones, se produjese con tanta viveza y hasta con tanto donaire en la exposición de sus bregas y de sus controversias con los representantes de Gobiernos extranjeros. Aunque a veces desestime algunas de las opiniones por él oídas, y trate de deshacer las dificultades y las réplicas de sus contrarios, pero en el discurso de las contiendas, como si le hiciese mella la fuerza de ciertas objeciones, parece aflojar en la lucha diplomática, y ceder el campo, sin valor para revolver y para desbaratar al enemigo. Al tener por mejores determinadas soluciones, no pretende desautorizar o hacer sinrazón a otras, y esta imparcialidad de Maquiavelo es la mejor respuesta a los que le reputan por espíritu dogmático, despótico y propugnador execrable de todas las felonías.

En 1771 se publicó, en Roma, una obrita intitulada La mente di un uomo di Stato, donde un insigne magistrado dispuso, en regularidad de capítulos, varios preceptos, sentencias y máximas de Maquiavelo, que forman, en conjunto, un verdadero sistema político. Este trabajo, que en

Digitized by Google

las mejores ediciones (sobre todo en la de Milán de 1850) figura como del propio Maquiavelo, lo es, efectivamente, en el sentido de constituir un resumen sintético de su filosofía política, hecho a base de fragmentos coordenados de su producción total. Estos últimos son meramente aforísticos, sin otro sistema o unidad más que la que deriva de la inteligencia en que han sido impresas por la experiencia y por la reflexión. La misma nota se acusa en las Lettere familiare, colección de cartas que fué acogida con entusiasmo por los lectores de aquel tiempo, aunque su interés actual, fuera de lo que hace relación a problemas tan eternos como la conciencia humana, es principalmente histórico y psicológico. Sin embargo, supera a la obra del mismo título, que publicó por la misma época nuestro cronista Antonio de Guevara, y merece ser llamada, con más motivo que la del último, "suma rara de epístolas de oro". Su principal falta es campear en ella cierta hinchazón, en Maquiavelo poco común, y que quita la verdad con que deben ornarse las obras de tal género. El Estratto di lettere ai dieci di Balia es pieza más interesante por su contenido, y busca seguir siempre las huellas de la política en los negocios civiles, pero no está exento de los defectos de su anterior hermana. Dentro de la misma clase de escritos figuran la Lettera all'Imbasciatore, el Discorso morale, las Sentenze diverse y el Memoriale, en los cuales domina el pensamiento, profundamente político, de cauterizar, insinuando o dogmatizando, aconsejando o afirmando, proponiendo o imponiendo, las llagas de una sociedad corrompida. Con vistas a lo económico, pero sin salir del conjunto de los intereses políticos, compuso Maquiavelo el Modo de far somma di danari per la patria da pagarsi presto e volentieri. Hay, en este escrito, partes serias, que revelan un experto hacendista injerto en el más agudo de los psicólogos. Pero algunos de sus planes financieros, por la manera como gusta de conexionarlos con las desdichas políticas y con los desastres de la gobernación, sin concretar sus remedios más eficaces, recuerdan, por más de un concepto, aquella ópera bufa del abate Casti, en la que el rey Teodoro, atormentado desde su pubertad por la

Digitized by Google

penuria, replica a quien le recuerda las desventuras padecidas, en la antigüedad, por Darío, Temístocles y Mario:

Figlinol mio, codeste istorie,
Le so ben, le ho lette anch'io.
Ma vorrei, nel caso mio,
Non istorie, ma danar.

De todos los libros de Maquiavelo, el que ha dejado en la sombra a los demás, el traducido a todas las lenguas, y el más famoso, por ende, es Il principe, y lo es con razón, por ser el más característico. De aquí que, más que ningún otro, haya desatado la pluma de los detractores de Maquiavelo. Il principe se escribió en 1513, como consta de lo que el mismo autor indica en su capítulo XIII, habiendo sido emprendida su redacción en los primeros meses del Pontificado de León X, y acabada en el segundo año de su reinado, en que Maquiavelo lo presentó y lo entregó a Lorenzo de Médicis, sobrino de aquel Papa. Voltaire supo que se imprimió por primera vez en 1515. Pero las investigaciones de los mejores eruditos han puesto en claro que no se publicó, en compañía de las demás obras de Maquiavelo, hasta cuatro años después de la muerte de éste, coincidente con el año en que la facción popular echó de Florencia a los Médicis (1527), o sea en 1531. Clemente VII, en Breve de 22 de agosto de dicho año, concedió privilegio de impresión al tipógrafo pontifical Blado, no sólo para Il principe, mas también para las Storie fiorentine y para los Discorsi sopra Tito Livio, queriendo que gozase de dicho privilegio, no sólo en los Estados Romanos, sino que asimismo en todos los otros de la cristiandad, y amenazando con penas a los falsificadores. Opera quomdam Nicolai Machiavelli civis fiorentini in materno sermone conscripta, videlicet HISTORIAM, ac DE PRINCIPE, et DISCURSIBUS imprimere... Omnibus et singulis impressoribus bibliopolis alliis cucuscumque Status, gradus et conditionis existentibus nostrae ditione temporaliter non subjectis, in virtute sanctae obedientae, et sub excommunicationis latae sententiae poena nobis vero et Sanctae Ro-

Digitized by Google

manae Ecclessiae mediate vel inmediate subjectis, districte poecipimus et mandamus, etc., etc.

Pocos asuntos de literaria discusión han proporcionado mayor controversia que el objeto de Il principe. El autor ha sido juzgado por este célebre libro, y el libro a su vez juzgado, no en su valor lógico y científico, sino en su valor pragmático y ético. Sin embargo, Maquiavelo no lo escribió para engañar, y, si lo hizo con el solo propósito de buscarse la benevolencia y la gracia de Lorenzo el Magnífico (cosa que probablemente era en él un motivo de segundo orden), así como en pro del proyecto, que tuvo curso en aquel tiempo, de investir a Juliano de Médicis con la soberanía de la Romaña, teatro de las proezas de César Borgia, hubiera mostrado mucho más celo en ponerlo bajo su protección (1). En Il principe se ha creído ver un códice razonado de irreligión, de impiedad, de despotismos, de tiranía, que se funda en la torpe máxima de que el fin justifica los medios, y el éxito todas las acciones, aun las más abominables, y se ha llamado maquiavelismo a este sistema. Pero el designio de la obra no se halla en modo alguno informado por semejante tendencia, sino por otra realista y empírica, que obra y trabaja para devolver a los Gobiernos su seriedad política y su actividad útil. El mismo Maquiavelo, en el capítulo XV protesta de parecerle piu conveniente andare dietro alla veritá efettuale della cosa che alla imaginazione di essa. Una buena y justa regla de crítica hubiera exigido que el tratado de Maquiavelo se considerase en su totalidad, y no en fragmentos, las más de las veces desfigurados, tanto más cuanto que Il principe fué mirado como una producción admirable por aquellos esclarecidos Médicis, que, más que todos los otros príncipes de su tiempo, contribuyeron a restablecer en Europa, con las artes, las letras y las ciencias, la civilización, la gobernación y el orden, suplantados, al cabo de los siglos, por una horrenda barbarie. Si la doctrina de Il principe es execrable, como lo dicen sus detractores, ¿por qué encontró tanto favor en la Corte Romana y en las demás cortes extranjeras? Los Pontífices Paulo III, Ju-

(1) Garnett, *The literature in Italy*, XII.

Digitized by Google

lio III y Marcelo II, que sucedieron uno tras otro a Clemente VII, le dieron su más terminante aprobación, y Sixto V hizo de su propia mano un extracto de él. De Carlos V se asegura que lo llevaba siempre consigo. Y lo mismo se cuenta de Enrique IV de Francia. Mustafá III le mandó traducir al árabe, para poder servirse directamente de sus preceptos, y recomendaba a su hijo su lectura. Así y todo, Il principe hubiera pasado completamente desapercibido, produciendo, cuando más, cierta impresión en los ambientes cortesanos, si sucesos posteriores no hubiesen venido, por causas muy diversas y muy complejas, que serán examinadas más adelante, a darle una significación por completo ajena al pensamiento de su autor. De 1531, en que se publicó, a 1559, en que se le ocurrió a un censor fanático incluirlo en el catálogo de autores proscritos publicado en el Pontificado de Paulo IV, transcurrieron veintiocho años, sin que nadie chistara. Por el contrario, la primera mitad de ese período es de universal aplauso para Il principe, y la segunda de olvido e indiferencia. Jamás me cansaré de repetir este dato trascendental, para probar con él que aquella obra siguió, como todas, la natural evolución del tiempo. Y sólo un ridículo odio de ultratumba, unido a la exasperación producida por los progresos de la herejía protestante y de la incredulidad humanística en los miembros del Concilio de Trento, pudo sugerir, en el ánimo de los exaltados, la idea de incluirla en el Indice publicado por Pío IV, y creado tan sólo para los libros o escritos que contuvieran ataques al dogma, al magisterio eclesiástico, a la moral y a las buenas costumbres (1).

Dejando a un lado la opinión de los que entienden Il principe literalmente, tal como Maquiavelo lo explicó, y como sin duda quiso que se entendiera, la verdad es que los críticos andan muy divididos en este punto. Unos

(1) Bayle y otros autores suponen que *Il principe* fué condenado por Clemente VIII, en vista de la crítica que hizo de su ideario el jesuíta Possevin. Pero no es cierto, pues se le condenó, como indicado queda, muchos años antes. Más tarde volveré sobre este punto.

Digitized by Google

pretenden que, en Il principe, hay un oculto sentido político y aun religioso, mientras que otros afirman que Maquiavelo quiso retratar a la sociedad de su época, caracterizada por la indiferencia en la teoría y por la licencia de conducta en la vida práctica. En tanto que unos consideran a Maquiavelo como un moralista, que, con el pretexto de dar lecciones a la humanidad, enseñaba verdades a los príncipes y al público, otros opinan ser Il principe un manual para los tiranos, como las Memorias de Tiberio, tan diligentemente puestas en práctica por Domiciano, y tan bien previstas por Augusto, cuando aconsejaba, a quien fué su inmediato sucesor, que se conformase con que dijesen de él mal, y no se lo hiciesen. Quién ve, en Il principe, un libelo tremendo de oposición a la política papal; quién insinúa que la cultura revelada allí no es extraordinaria, y que el autor no deseaba saber, por hallarse su espíritu sumido por entero en la vida práctica; quién cree descubrir, en su contenido más hondo, una declamación contra los profeti disarmati, admirables en la poesía, pero ridículos en la realidad; quién, en fin, cree que el libro es una refinada ironía sobre la tiranía, bajo el plan sarcástico de la anónima y epigramática colección de Versus ludicri in Romanorum Caesares, si es posible una analogía tan modesta. Desde varios puntos de vista, podría la crítica pasar alternativamente por cualquiera de esas interpretaciones. Pero me parece que Garnett (1) ha dado con la más acertada, cuando escribe: "Si la sátira hubiera sido el objeto principal de Maquiavelo, debiera haberse mostrado más mordaz y más sangrienta, y resulta que el poder de su ironía despreciativa se revela únicamente en el corto capítulo que trata de la monarquía de los Papas (2). Proba-

(1) *The literature in Italy*, XII.

(2) Napoleón, al anotar el capítulo de Maquiavelo sobre los principados eclesiásticos, dice también: "Su ironía merecía por cierto todos los rayos espirituales de la potestad temporal del Vaticano... Entendió mal Maquiavelo los intereses de su reputación, y la Corte Romana no le perdonó la historia indiscreta de cómo adquirieron su máxima dominación política Alejandro VI y Julio II."

Digitized by Google

blemente era su objetivo indicar cómo se construiría un Estado capaz de arrojar al extranjero de Italia, y restaurar la independencia de esta nación. Pero su intención no podía expresarse con seguridad, y de ahí que su obra aparezca repulsiva y mala, a causa de que la ragion di Stato, que propone como una apología, y que infringe el código moral, no se muestra patriótica, sino egoísta." Su tratado parece anticuado, en nuestros días, en que la conciencia nacional se manipula tan fácilmente como la conciencia individual. Pero, en épocas oligárquicas, pasaba razonablemente por un manual perfecto de política, y ejerció grande influencia sobre los hombres de Estado de los siglos XVI y XVII (1). El abate Genovesi tenía a Maquiavelo por el primero que había sentado los principios relativos a la índole del pueblo y a la libertad de Italia, y Monsefior Bottari hizo del secretario florentino este justo elogio: Che nelle bisogne di nostra repubblica impiegato, mostró colla prudenza dell'adoperare, e coll'acutezza di suoi scritti, chiarissimo argomento e dell'altezza del suo ingegno, e della sagacitá del suo senno maravigloso in conoscere gl'interni fini degli uomini, ed in saper volgere a suo piacimento ambe le chiavi del cuor loro. Toussaint Guiraudet (2), aunque adversario de Maquiavelo, después de haberle dado el nombre de "horrendo consejero de los reyes", se contradice formalmente en seguida, confesando que Il principe "está lleno de verdades útiles y capaces de dirigir, en su conducta política, al estadista que poseyera la mayor moralidad". En los siglos XVI y XVII, cuando los asuntos públicos eran manejados por muy pocos gobernantes, Il principe era digno de ataque y de defénsa. En nuestra democrática edad, un estadista que arreglara su conducta, conforme a sus máximas, se convertiría muy pronto en objeto del odio de las multitudes (3). Sin embargo, esas máximas encierran prudentes advertencias que pueblos y Gobierno no debieran echar nunca en saco roto.

---

(1) Garnett, *The literature in Italy*, XII.
(2) *Discours préliminaire à Machiavel*, 2, 62.
(3) Garnett, *The literature in Italy*, XII.

Digitized by Google

Napoleón se extrañaba de que "el visionario de Montesquieu" se refiriese a Maquiavelo en su capítulo sobre los legisladores, cuando el secretario florentino, en su capítulo sobre las diferentes especies de tropas, taxativamente afirmaba que, no concibiéndose leyes malas a base de armas buenas, dejaba a un lado las leyes, para ocuparse solamente de las armas. Poco seguro, dada la condición humana, de la concordia entre la moral y la política, Maquiavelo, con su experiencia del arte de gobernar a los hombres tales como ellos son, no concebía que el derecho pudiera defenderse con medio más eficaz que la fuerza. Su poderosa apología en pro de un ejército popular es a la vez una filosofía de la guerra y un manual de estrategia militar, hoy ya anticuada, pero entonces altamente científica. Hay una relación íntima entre la obra de Il principe y la de I sette libri dell'arte della guerra, escritos en forma de diálogos, hacia 1520 ó 1521. En la primera, Maquiavelo insiste particularmente en la parte que en la producción del hundimiento de los Estados italianos, y en el consiguiente decaimiento del espíritu público entre los ciudadanos, había tenido la costumbre de descansar en soldados mercenarios, tan turbulentos como traidores. Sabido es que los más de los famosos campeones de Italia, en los siglos XV y XVI, estaban al frente de tropas que habían alistado a su costa, y a las que pasaban un sueldo, tan pronto de este como de aquel príncipe. Los Estados italianos los vieron servir sucesivamente en los dos partidos enemigos, en el curso de un mismo año, y tales fueron Bartolomé Coleani, Jacobo Sforcia, Picinino, etc., etc. "La ruina de Italia en estos tiempos (decía Maquiavelo) proviene de que, por espacio de muchos años, delegó confiadamente su defensa en tropas mercenarias, que lograron, en verdad, algunos triunfos en favor de tal o cual príncipe peninsular, y que se mostraron valerosas contra varias tropas del país, pero que, a la llegada del extranjero, manifestaron lo que realmente eran, valían y significaban." En el Arte della guerra, Maquiavelo recomienda la formación de un ejército de ciudadanos y puntualiza cómo debe ser organizado y dirigido en batallas y en sitios. Su experiencia en asuntos militares, así como en la administración,

Digitized by Google

había sido considerable, y en modo alguno debe ser desdeñado como autor táctico (1). Cierto que el arte militar hallábase en vísperas de grandes cambios, que han convertido muchas de sus previsiones e instrucciones en inútiles. Pero otras continúan siendo maravillosamente clarividentes, aun con relación a las guerras de hoy: que, con relación a las anteriores a su época, bien puede afirmarse que, al ahondar en el estado de los ejércitos de entonces, Maquiavelo dió al traste con las rutinarias prácticas bélicas hasta la sazón conservadas, y le ocurrió la traza de inventar un sistema marcial de nuevo cuño, original y completo. Además, estableció una ética guerrera, lógica e inflexible, en que la virtud muda de significado, pues no es sentimiento moral, sino simplemente fuerza y energía. Maquiavelo asegura que el deseo de paz es señal evidente de abulia civil y de abatimiento político. Extremadas y peligrosas son las pretensiones del pacifismo a toda costa, porque no se nivelan con la verdad. "Ser hombre, es ser luchador." La guerra es tan necesaria como la lucha de los elementos en la naturaleza, y si todo lo que tienda a humanizarla en lo posible merece reconocimiento universal, suprimirla en absoluto es una utopía contraria a la realidad de las cosas, y a la larga, funesta para la fuerza, la salud y el florecimiento de los pueblos. Maquiavelo, en su Arte della guerra, recuerda lo que decían los antiguos, a saber: que la muerte, que al borde del lecho aparece esquelética y sombría, sonríe graciosa en los campos de batalla, y que, mientras que se la vuelve la espalda, con temor, en la cama, se la busca y se la desafía, con arrogancia, en las lides bélicas. Suprimida la guerra, se suprimiría la poesía de un bello morir, y el bien supremo, como cantó Petronio, es poder mirar con ojos plácidos un acero desnudo a dos dedos de la frente (2).

---

(1) Garnett, *The literature in Italy*, XII.

(2) "La guerra ha tenido siempre cierta salvaje hermosura, que ha enamorado a todos los hombres fuertes. Pocos habrán sido los jóvenes que no hayan soñado con ser militares, y pocos los viejos que, en épocas tormento-

Digitized by Google

En el mismo plano que el Arte della guerra han de colocarse cuatro monografías especiales del secretario florentino: Due provisione per istituirse milizie nazionali nella Republica Fiorentina, Consulto per l'elezione del Comandante delle Fanterie, Relazione di una visita fatta per fortificarse Firenze y Spedizione á Guicciardini. Insiste allí Maquiavelo en la inutilidad peligrosa y nociva de las tropas mercenarias, y pone como ejemplo significativo el de los venecianos, los cuales obraron con seguridad y con gloria, mientras ellos mismos hicieron la guerra, no intentando nada contra la tierra firme, y dejando a su nobleza el cuidado de pelear valerosamente con hombres del pueblo bajo armado. Egnario, en sus Esempi delli illustri veneziani, consigna que eran muy prudentes, porque miraban como malos ciudadanos a aquellos compatriotas suyos que en el continente tuvieran posesiones. Nos quedan algunos discursos pronunciados en el Senado por el ilustre dux Moncenigo, en los que ordenaba a los venecianos que se abstuvieran en absoluto de conservar posesiones de aquella especie, ya en su nombre, ya con nombres prestados. Pero, cuando se pusieron a luchar en tierra firme, siguieron los estilos del resto de Italia, se sirvieron de legiones pagadas, perdieron todo su valor, caminaron de fracaso en fracaso, y, en una sola batalla, la de Vaila, fueron despojados de adquisiciones que les habían costado ochocientos años de enormes fatigas. Cuanto a las fortalezas, Maquiavelo no es partidario de ellas en modo alguno. "El duque de Urbino demolió sus fortalezas, porque amado, como lo era, de sus gobernados, temía hacérseles aborrecible, manifestando desconfianza en su lealtad, y, por otra parte, no podía defender aquellas plazas contra sus enemigos, a no tener un ejército en campaña" (1). Los Bentivoglis se tornaron prudentes a costa del Papa Julio II, el cual, "habiendo construído una ciudadela en Bolonia, y puesto en ella un gobernador que hacía asesinar a los boloneses, perdió la fortaleza y la ciudad, luego que

---

sas, no hayan pensado en ser guerrilleros." (Fuente, *Reyes, favoritas y validos*, 259.)

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, III, XXIV.

Digitized by Google

aquéllos se hubieron sublevado contra su gobernador". Maquiavelo alaba la precaución de algunos príncipes que, para defender su Estado, edificaron fortalezas que sirviesen de freno a cualquiera que concibiera designio contra ellos, y de seguro refugio a sí mismos, en el primer asalto de una rebelión. Sin embargo, no acepta el valor provisional de tal medida sino con muchos distingos y con muchas reservas. Cuando a la muerte de Felipe Visconti, último duque de su estirpe en Milán, los ciudadanos se constituyeron en república, y nombraron por general de su ejército a Francisco Sforcia, éste les persuadió a demoler la fortaleza que los Viscontis habían construído, y que era, según él, un obstáculo a la libertad de los ciudadanos. Pronto se arrepintieron los milaneses de haber destruído la ciudadela, cuando Francisco Sforcia hubo vuelto sus armas contra ellos mismos. No pudiendo defenderse eficazmente ya, se vieron forzados a abrirle sus puertas. Pero, apenas logró hacerse soberano suyo, pensó en reedificar la ciudadela, y, como semejante designio atemorizaba a los milaneses, discurrió, para seducirlos, someterlo al examen de los ciudadanos por barrios, y tuvo, en cada uno de ellos, adictos oradores, los cuales se condujeron tan bien, que la creación de la fortaleza pareció pedida al duque por el pueblo mismo. Mandóla reedificar Francisco Sforcia, pero más vasta y más fuerte que antes lo fuera, y, para tapar la boca de los murmuradores, construyó al mismo tiempo un soberbio hospital en la ciudad: que nunca dejan los usurpadores de levantar edificios útiles y hermosos, para encubrir la odiosidad de su tiranía. Ahora bien: la ciudadela que Francisco Sforcia reedificó en Milán, hizo a los príncipes de su familia más audaces, con lo que se volvieron más violentos y más aborrecibles. Maquiavelo (1) manifiesta que "aquel castillo no sirvió, en la adversidad, ni a los Sforcias ni a los franceses, que sucesivamente fueron dueños suyos, sino que, por lo contrario, les perjudicó infinito, a causa de que, satisfecha su soberbia en poseerle, los unos y los otros desdeñaron tratar con miramiento y con respeto al pueblo... Si un príncipe construye forta-

(1) *Discorsi sopra Tito Livió*, II, XXIV.

Digitized by Google

lezas, le sirven en tiempo de paz, pero únicamente para hacerle más osado en maltratar a sus súbditos, y en tiempo de guerra, le son inútiles, porque, embestidos entonces por los enemigos de fuera o de dentro, es imposible que les resistan... Si un príncipe quiere recuperar un Estado perdido, no lo conseguirá nunca por medio de sus fortalezas, a no ser que disponga de un ejército que pueda pelear contra el que le despojó. Pero, disponiendo de dicho ejército, le será posible recuperar su Estado, aunque carezca de fortalezas."

De la misma época que el Arte della guerra son dos opúsculos: el Sommario delle cose de la citá di Luca y la Vita di Castruccio Castracasi. Ambos opúsculos dan idea del modo ameno e insinuante con que escribía el autor, y ofrecen una muestra característica de la mezcla admirable de lo curioso y lo profundo, de lo descriptivo y lo pragmático, de lo exacto y lo anecdótico, que tanto distingue los trabajos de Maquiavelo. En el Sommario, hace una notable pintura histórica de Luca, y presenta un buen arsenal de personajes y de episodios. Cuanto a la Vita, diseño biográfico de Castruccio Castracani, príncipe de aquella ciudad en el siglo XIV, es poco más que una novela, en la cual procuró simbolizar al soldado y al estadista ideales. En el mismo sentido, aunque con mayor exactitud en los detalles, se mueven sus Framenti storici, precioso mosaico de eruditas disertaciones, y su Descrizione della peste di Firenze del anno 1527, donde relata a maravilla todos los horrores de aquella epidemia que cayó sobre Italia.

Lugar intermedio entre la ciencia política y la histórica ocupan los Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio, libro del cual Colero hizo el siguiente elogio: Machiavellus in decem libros priores Titi Livii facundus est, et ut solet acutus. En ese libro leyeron Rousseau y Montesquieu lo que ambos escribieron de más juicioso. El abate francés Vertot le fué más particularmente deudor de las ideas profundas e instructivas, que forman el principal mérito de su Histoire des revolutions romaines. El abate italiano Conti (1), que se hallaba en París, al salir a luz la obra de su

(1) *Opere*, II, 112.

Digitized by Google

colega francés, escribió al célebre marqués Maffa de Verona: "Supongo habréis leído la Histoire del abate Vertot, el cual ha reducido a sistema las reflexiones sueltas que el secretario de Florencia hizo sobre Tito Livio, pero sin profundizarlas bastante a veces." Aunque la primera impresión de los Discorsi, como la de Il principe y la de las Storie forentini, data de 1531, Guicciardini, en el prefacio al volumen I de sus Opere inedite, hace constar que Maquiavelo empezó a escribirlos hacia 1516, y que los leía en los Orti Oricellari, invitando a sus amigos a dar mayor perfección y cumplimiento al tema que él se había propuesto desarrollar. Sabido es que Tito Livio había dividido su Historia en 142 libros, subdivididos en Décadas, nombre con que generalmente se conoce, y recorría un período de setecientos cuarenta y cuatro años. Maquiavelo ciñó su comentario a la primera década, y los Discorsi hállanse enteramente concentrados en el estudio de Tito Livio. Pero su capital importancia no consiste en las apostillas puestas a los hechos referidos por el historiador romano, sino en la aplicación de éstos a los principios generales de la política y a las circunstancias de la patria misma del escritor, aplicación desenvuelta con rigor de método y con frialdad de lógica. Garnet (1) cree que los Discorsi pueden definirse, en cierto modo, como Il principe, escrito en una escala más amplia, más copiosamente ilustrado con ejemplos históricos, y cuyo efecto es mucho más agradable. En Il principe, Maquiavelo aparece como el mero analista científico de la política y cabe cuestionar razonablemente su propósito real. Pero sus Discorsi no dejan duda acerca de su verdadero patriotismo, ni de su preferencia hacia la moral respecto de la tortuosidad de los medios, fuera de los casos en que, a su juicio, interviene el interés del Estado.

Señalemos ahora los ocho libros de las Storie fiorentine, empezados después de 1521, acabados en 1525, publicados en 1531, y dedicados al santissimo e beatissimo Padre e signor nostro Clemente VII, que aceptó públicamente la dedicatoria. Fossi dice de ellos: Si pero meglio che da qualumque altro suo scritto elaborato e finito ricavare il

(1) *The literature in Italy*, XII.

Digitized by Google

vero spirito, carattere e abilitá del segretario, vedendovisi dappertuto, oltre la naturaleza dello stile, certa profonditá di pensare, acompagnata da giuste riflessioni secondo l'occorrenza degli affari, che qualificano l'uomo grande anche senza studio e senza artificio. Estas palabras reducen a su justo valor la opinión de ciertos críticos, para quienes las Storie no son, como los Discorsi, una obra de pensamiento profundo, ni tienen autoridad en todos respectos. La diferencia de estas dos obras acaso se encuentre sólo en el plan, y en que las Storie dan más importancia a lo anecdótico que los Discorsi, pero sin que en unas y en otros dejen de reconocerse formas y tendencias parecidas. Extiéndense las Storie desde los comienzos de Florencia hasta la muerte de Lorenzo de Médicis, en 1492, y el solo libro I da a conocer ya la doctrina, el genio y la penetración del autor. Cierto que, por lo que toca a la parte documental, en ese libro toma mucho, casi literalmente, de Flavio Biondo y de sus predecesores. Pero, si esto es un lunar, bien merece disculpa en quien, como Maquiavelo, antes de especialista en erudición era filósofo de la historia. En cambio, no es probable que hubiese visto la obra de Guicciardini sobre el mismo asunto, porque esa obra quedó sin publicar, y de ella sólo ha llegado hasta nosotros un fragmento. Las Storie de Maquiavelo difieren de cuantas les precedieron en el orden de la publicidad, por representar y significar la primera restauración feliz del estilo clásico de la historia en una lengua vulgar europea. Estilo conciso, cumplido, elegante, el más propio de los historiadores filósofos, y que corresponde a pensamientos elevados, y a una manera profunda de juzgar los hechos y los hombres. Si hay que censurar algo, es el apartamiento frecuente e inconsiderado de la estricta materia de los sucesos referidos. Pero, aun aquí, Maquiavelo no digresiona sino para acopiar abundantes noticias de los Estados próximos a Florencia, ensanchando, filosófica e históricamente, el marco cronístico, y determinando las íntimas relaciones de aquella república con el curso general de la política italiana, sin invención o equivocación sería en su sentido. En las Storie, se trasluce el espíritu florentino, a través de las mallas propias del genio que las creó. En ellas, los bustos históricos

Digitized by Google

van pasando en desfile de seres que viven con vida de certidumbre, aunque a ratos Maquiavelo, artista con el sentimiento y con la imaginación de un poeta, conocedor del corazón humano, ardiente patriota, que llora los males sin remedio de su tiempo, acentúe o modifique ligeramente incidentes reales, con objeto de darles el colorido particular que deseaba. En ellas, en fin, se mueve, en fieles, animadas y fúlidas descripciones, la vida pública de una comunidad, cuyos principales caracteres eran más afines a los de la ciudad de Atenas que otros cualesquiera que se hayan visto en la tierra desde que aquélla desapareció. La historia sobrepuesta a los secos testimonios, más sentida que narrada, y que no está en los meros archivos mnemotécnicos, sino que en la reflexión pragmática se inscribe: tal es la historia de que Maquiavelo se muestra competente cultivador. Garnett (1) conviene en que la cualidad que hará siempre conservar una historia, por mala que sea, y que se reduce a deleitar instruyendo, cualidad sin la cual, aun las buenas, tan sólo pueden subsistir como libros de referencia, jamás se halla ausente de la del secretario florentino. El mismo crítico inglés reconoce, por otra parte, que la falta capital de Maquiavelo, como la de su émulo Guicciardini, consiste en haber emprendido de un modo excesivamente limitado el examen de los asuntos humanos, y en haberlos juzgado de un modo sobradamente exclusivo por lo que estaba pasando en su propio rincón. Sin embargo, la imperfección de los materiales documentales hacía extremadamente difícil todo ensayo de filosofía de la historia, y la época de Maquiavelo y de Guicciardini se hallaba demasiado ocupada en las labores administrativas para dedicarse a investigaciones profundas. Además, estas investigaciones se veían obstruídas en otro sentido por la triste necesidad de relatar desventuras y males sociales sin cuento, lo que, con relación a Maquiavelo, debe ponerse más a la cuenta del historiador que del pensador, y aún más a su siglo, que representa entero y completo, pero con sombríos colores. A pesar de su mismo sentido político, tenía un ideal, y él mismo nos dice sencillamente cuál era, al señalar su prueba

(1) *The literature in Italy*, XII.

Digitized by Google

y su fracaso. Siempre admirable dentro de las ideas de su edad, Maquiavelo no había previsto que el nivel general de rectitud había de elevarse grandemente después de aquel tiempo, y fué uno de sus errores cardinales negar la capacidad de progreso a la naturaleza humana, y afirmar que ésta debía ser esencialmente la misma en todas las épocas. Pero hasta en semejante error, bosquejo anticipado de los riccorsi de Vico, aparece un principio genérico de filosofía de la historia, y late el germen del verdadero carácter científico que esta disciplina intelectual ha de tener, si no ha de degenerar su noble ejercicio en mero discurso declamatorio o en simple crónica descriptiva. Para que la historia pueda cumplir su doble función pedagógica y científica, necesita dos cualidades: que sea pragmática en sus enseñanzas, y que atienda a lo pasado, no sólo por las lecciones que da al presente, sino porque tales lecciones constituyen la demostración objetiva de que la índole de la naturaleza humana se muestra idéntica a través de los siglos y de las generaciones. En esto, justo es reconocerlo, Maquiavelo tuvo la intuición profética de la teoría de las causas actuales, aplicada primero a la geología y a la biología, y después a la antropología y a la historia, y que vislumbraron también los filósofos del siglo XVIII (1). Los grandes historiadores florentinos, cuando no les cegaban sus preocupaciones sobre los ponderados misterios de la tan vulgar como ominosa "razón de Estado", sabían apreciar, si no el progreso, la "continuidad" del desenvolvimiento del género humano, y eran demasiado empíricos en sus apreciaciones y demasiado enemigos de lo trascendental, para no calificar los hechos con arreglo a la mencionada teoría. Así, según la observación de Guicciardini, "las cosas pasadas dan luz a las futuras, porque el mundo fué siempre de la misma suerte, y todo lo que es y será, ha sido en otro tiempo, y las mismas cosas vuelven bajo diversos nombres y colores". Decía Maquiavelo, en igual sentido: "El cielo, el sol, los elementos, los hombres, han sido los mismos siempre". Por eso, ambos historiadores fueron a la vez historiadores moralistas e historiadores psicólogos: moralistas, porque con-

(1) Véase mi libro sobre *Voltaire*, 189.

Digitized by Google

sideraban exclusivamente el interés de la sociedad, y juzgaban a los hombres del pasado de acuerdo con dicho interés; y psicólogos, porque consideraban que la sociedad, cuyo primer deber es vivir, no tiene el derecho a ser tolerante o suave con los individuos, y juzgaban a los hombres del pasado, no a través del prisma de lo justo y de lo injusto, sino como víctimas de las circunstancias y actores de un drama fatal, que debe comprenderse y explicarse con frialdad y sin indignación. El mérito de Maquiavelo estuvo en aplicar a la historia criterio tan acertado, que introdujo en ella las ecuaciones y las reducciones de que las ciencias del cálculo se sirven. El aspecto de las matemáticas fué el que dió a la historia, cuando exigió su reconstrucción completa y rígida, a imagen de la red de figuras ideales que los geómetras instituyen en medio de los cuerpos. Por ende, la historia no es, para él, un resultado de designios providenciales, ni tampoco un amontonamiento de hechos fortuitos, sino una concatenación necesaria de causas y de efectos, sometida a leyes universales e inmutables. Hay mucha originalidad en este grave rigorismo. En términos generales, la teoría de las causas actuales se formula, en la mente del autor de las Storie fiorentine, como teoría de la invariabilidad del medio. Al criterio en que se inspira, no dejan de acompañarle inconvenientes de consideración, porque las asimilaciones históricas, que ilustran el entendimiento en el orden pragmático, lo embotan en el orden eurístico, y, a fuerza de regular las espontaneidades de la vida en el tiempo, y de templar o disminuir lo que cada época tiene de original con relación a las otras, conducen al pensamiento borroso, uniforme, simplista e incomprensivo. Un proverbio latino reza que non bis in idem, lo cual significa que no sucede dos veces la misma cosa, o, mejor traducido, que no suceden dos veces las cosas de la misma manera. Si ya la doctrina del retorno eterno a plazo de dilatadísimas series de siglos es, cosmológicamente, poco satisfactoria, la del retorno constante a plazo de menores y más cortos períodos, es, históricamente, menos satisfactoria aún. Pero, a pesar de todo, la teoría de la invariabilidad del medio, aceptada sin exageraciones,

Digitized by Google

es absoluta y permanente, por estar fundada en las cualidades más constantes de la naturaleza humana.

No le bastaban a Maquiavelo la prosa y la crítica política e histórica, y, para expresar sus sentimientos y sus pensamientos más íntimos, necesitaba poesía y versos. Sus Poesie, sus Serenati y sus Canti carnascialesche, son muestras de esa parte de su labor, correcta en lo retórico, pero salpicada de la pimienta del poeta. No sufren comparación sus poesías con las de Dante y con las de Petrarca, que poseen ese botón de donde brota el chispazo que hiere las fibras colectivas. Pero nada tienen que envidiar a las de los mejores poetas toscanos, tanto por la facilidad y por la gracia de su versificación como por la exactitud del pensamiento y de la idea. Esta exactitud denota que la poesía constituía, para Maquiavelo, una obra de estudio, no de inspiración; un empleo del gusto, no del entusiasmo; una fuente de distracciones, no de emociones. Falto de imaginación, Maquiavelo sobreabunda en talento. El crítico se sobrepone al vate, y, en expresión de Sanctis (1), il suo poetare é un discorrere. Por eso, no faltan, en su haber poético, muestras de didactismo. En tercetos compuso la pastoral titulada Capitoli dell'ocasione, di fortuna, dell'ingratitudine, dell'ambizione (2), y en tercetos compuso también I Deccennali (que, en algunas ediciones, lleva el título de Primo Decennale), árida crónica delle fatiche d'Italia di dieci anni, relato de los acontecimientos de esos dos lustros, escrito en quince días y con fecha de 1504. Esta producción, bosquejo en verso muy condensado de los sucesos de su tiempo, y que debe ser considerada como una sátira, revela a Maquiavelo como un genio cómico de primer orden y de rango no inferior a Ariosto, aunque menos ricamente dotado. Pero su reputación como poeta proviene más bien de sus Capitoli, disquisiciones en verso, de cuya fácil familiaridad es difícil poder hallar paralelo en ninguna otra literatura. El poema satírico Dell'asino d'oro, elegante versificación de algunas partes

(1) *Storia della leteratura italiana*, II, 62.

(2) En algunas ediciones, esta obra lleva el título de *Capitoli per una bizarra compagnia.*

Digitized by Google

de la novela de Apuleyo de igual título, es la producción que principalmente revela su característica poética, y, en general, su característica literaria. De lírico hizo bien escuálido papel, pues nunca supo expresar hondamente su sentir. En cambio, fué insuperable como versificador humorístico, que aprendiera a bromear en los clásicos, manejándolos con sagacidad y con oportunidad. Porque, contra lo que se ha dicho, era hombre de vasta erudición en clásicas literaturas. Lo prueba así su traducción de la Andria de Terencio (L'Andria di Terenzio tradotta in toscano la rotuló), modelo de versiones fieles, correctas e ingeniosas. Penetrado de los poetas romanos, hasta a los más afectados se los sabe de memoria, una memoria atestada de versos latinos, y títulos al uso latino son los de cada uno de los capítulos de Il principe. Aun entre sus obras serias, el Dialogo sulla lingua (1), donde, con la pericia de un filólogo consumado, defiende la preeminencia del toscano sobre los demás dialectos de Italia, y da fe de sus grandes conocimientos en materia de latinidad, y de su competencia para difundirlos en forma clara, amena, llena de atractivos y de vigor. Maquiavelo quiere instruir al par que recrear, porque su educación humanística es tan sólida como comprensiva. Si en buen lugar figura entre los poetas, es, en parte, gracias a su sistema clásico.

Como novelista, sólo ha dejado la Novella piacevolissima o novella di Belfagor arcidiavolo, y en ella se comprueba que su vena es satírica, ante todo. En eso, es culminante como un Ecla. Abandonando el decoro de la historia, escribe en un estilo libre, digno de Aretino. El Belfagor es una sátira, harto maliciosa, contra las mujeres, y, si allí hubiera querido representar el carácter de la suya, como se ha supuesto por algunos críticos, habría que creer que no fué muy afortunado en el matrimonio, y que éste, antes que de pebetero de aromas, de panal de mieles, de vaso de néctares, le sirvió de cáliz que le aheleaba los

(1) El título completo y exacto de esta obra es el de *Discorso ovvero dialogo in cui si esamina se la lingua in cui scrissero il Dante, il Boccacio e il Petrarca, si debba chiamare italiana, toscana o fiorentina.*

Digitized by Google

labios con su amargo licor de pesadumbre. Pero ya hemos visto que semejante conjetura no concuerda con los datos biográficos más verosímiles, conforme a los cuales Marietta fué, probablemente, buena esposa y mejor madre, aunque a Maquiavelo no parece haberle interesado mucho, puesto que continuó en sus correrías extramatrimoniales. Por lo demás, el asunto del Belfagor, asunto que en aquella misma época trató también Brevio en una novela de igual título, y que en el siglo XIX resucitó Thackeray, procede de una leyenda que se convirtió en una parte del repertorio universal de la ficción, y que se basa en la idea, irresistiblemente cómica, de la aversión del diablo al matrimonio, no como mandamiento divino, sino como un daño a su propia paz y a su propio bienestar.

Cultivó también Maquiavelo el arte escénico. Fuera de su Commedia en verso y de su Commedia en prosa, hay que hablar, siquiera sea someramente, de la Clizia y de la Mandragola. La Clizia, aunque, por lo tocante a su factura, revela con suma puntualidad el carácter del estilo de Maquiavelo, que es la elegancia dentro de la sencillez y la vena satírica llevada hasta el sarcasmo, ofrece el inconveniente de hallarse falta de originalidad, pues no es más que una paráfrasis de la Casina de Plauto, con su padre y su hijo enamorados de la misma joven, y con la humillación del viejo libertino al verse despreciado por su mujer. Desprovista de invención, la Clizia carece también de interés de desarrollo y de abundancia de recursos teatrales. En cambio, la Mandragola vale, según Voltaire, por todas las comedias de Aristófanes. En su composición halló solaz Maquiavelo, recién salido de la cárcel, después de la caída de su partido y de la pérdida de su posición política, en 1512, y en ella conservó espíritu netamente toscano, marcándose, en sus maneras, los rasgos que las nuevas tendencias literarias habían adquirido en el país. La Mandragola promovió tanto ruido en Florencia, que el Papa León X quiso que fuese representada en Roma, aunque hoy difícilmente podría representarse en parte alguna, por lo poco edificante de su argumento, que no sólo peca contra las costumbres, sino que falta a la decencia y al

Digitized by Google

decoro. Y, como acrecienta Garnett (1), "su cinismo es peor que su inmoralidad, pues su argumento consiste en la estratagema mediante la cual una esposa inocente es persuadida a admitir un amante, coóperando a tan loable fin todos los personajes, incluso el marido, que, sin embargo, se engaña por completo en un punto material. A pesar de lo desagradable de tal situación, probablemente se funda en un suceso real, y, a todo evento, la comedia no es una pálida copia de Plauto o de Terencio, sino que está llena de fuertes y vivos caractores individuales y de escenas del efecto más positivamente cómico. Particularmente vigoroso es el retrato del bribón del confesor, que por sí solo prueba cuán preparado y cuán maduro se encontraba aquel tiempo para Lutero. Una docena de comedias de igual mérito hubieran llevado a grande altura el teatro italiano." Por desdicha, no apareció ningún sucesor de Maquiavelo, que a un entendimiento poderoso y a un carácter serio unía un humorismo profundo y un estilo elevado. Por eso, sus obras literarias desde ningún punto de vista amenguan su reputación de historiador y de político. Más que otro alguno de sus contemporáneos, fuera de Leonardo de Vinci, se acercó a conseguir nombre de genio universal. Ningún hombre de su tiempo se halla intelectualmente en lugar más alto, y su labor entera es un gran fresco de idearios, que abarca toda la cultura de su siglo.

Difícil sería, aun al más erudito, leer todo lo que se ha escrito en Italia y en el mundo sobre la obra del gran secretario. Mussolini confiesa que le han faltado tiempo y voluntad para ello. "Cuando, en 1924 (dice), redacté unos breves comentarios a Il principe, después de releer atentamente este libro, que llamaría de buen grado el vademecum de todo hombre de Gobierno, hube de reconocer que nada nuevo explicaba al público. Unicamente quería poner el menor número de intermediarios entre Maquiavelo y yo, para no perder el contacto directo entre su doctrina y mi doctrina, entre su manera de gobernar y mi manera, entre sus observaciones de los hombres y de las cosas

(1) *The literature in Italy*, XVII.

Digitized by Google

y las mías. Por ello, mi trabajo no fué una fría disertación escolástica, sino más bien un drama, sí, como creo, cabe denominar drama la tentativa hecha por el espíritu para tender un puente por encima del abismo que separa las generaciones y los acontecimientos." En hecho de verdad, Mussolini sólo se propuso evocar la figura de uno de los personajes más fascinantes de la historia, y apuntar el hondo interés que su labor ofrece para cuantos se preocupan de los destinos de la humanidad, y señaladamente para las vanguardias de la política. Y, si un maquiavelista de esa talla, e italiano de añadidura, no se atrevió a más, ¿cómo osaría yo, mero expositor crítico de un clásico autor extranjero, llevar demasiado lejos las consecuencias de mis juicios?

§ 4.—SISTEMA DE MAQUIAVELO

Si precisa es, y casi siempre agradable, la noticia de la vida, de la personalidad y de la obra de los escritores, indispensable de todo punto resultaba al tratarse del secretario florentino, y, por eso, me he detenido tanto en exponer su biografía, su bibliografía y su labor. Hay tal diferencia en el modo de juzgar al escritor y al hombre, que, al paso que al primero sólo se le prodigan elogios, en el orden estrictamente literario, al segundo se le señalan muchos lunares en el orden filosófico, muchas faltas en el orden moral, y muchas abominaciones en el orden político. Cuál sea el valor de acusaciones tan graves, lo hemos visto ya en parte, y lo seguiremos viendo cada vez más íntegramente. Pero lo importante, al llegar aquí, es dar a conocer las doctrinas que componen el ideario del maquiavelismo en toda su extensión. Depurados ampliamente los hechos históricos que explican el criterio de Maquiavelo, pasaré al análisis de su sistema, resumiéndolo en los puntos más fundamentales (1).

---

(1) Me han precedido en la tarea algunos críticos, entre otros, Caffi (*Nietze's Stellung zu Macchiavellis Lehre*), Mundt (*Machiavelli und das System der modernen Poli-*

Digitized by Google

Curiosidad sería merecedora de consideración determinar lo que todavía, a cuatro siglos de distancia, hay de vivo en Il principe. Porque, a este respecto, una interrogación que se impone es la de saber si los consejos de Maquiavelo podrían ser aún de alguna utilidad para los directores de los Estados modernos. El valor del sistema político de Il principe, ¿está circunscrito a la época en que fué escrito el volumen, y es, por ende, necesariamente limitado y en parte caduco, o es, por lo contrario, universal y actual, sobre todo actual? En 1924 y en un artículo publicado en la revista Gerarchia, de que es director, Mussolini respondió a la pregunta afirmando que "la doctrina de Maquiavelo es hoy más vital que hace cuatro siglos, porque, si los aspectos exteriores de la existencia humana han cambiado profundamente, no se han registrado variaciones profundas en el espíritu de los individuos y de los pueblos. Si la política es el arte de gobernar a los hombres, es decir, de orientar, de utilizar, de educar sus pasiones, sus egoísmos, sus intereses, mirando a fines de orden general, que, al proyectarse en el porvenir, rebasan los límites de la vida individual: si tal es la política, el elemento fundamental de este arte es incontestablemente el hombre, y de él hay que partir, por consiguiente". Pero el hombre de que parte Maquiavelo no es un ser racional y libre, sino un ser emotivo y domeñado por la sociedad. El método de las matemáticas es el que aplica a las ciencias morales y políticas, cuando discierne los impulsos simples de nuestra naturaleza de hombres, para transformarlos por grados en móviles más complejos, y cuando, con la sensación y el deseo, compone los deberes, los derechos, las leyes, las instituciones, como los geómetras, con la línea recta y la línea curva, componen los poliedros más com-

---

tik), Fester (*Machiavelli*), Nourrison (*Machiavel*), Novicow (*Machiavel et la politique moderne*), Frank (*Reformateurs et publicistes de l'Europe*), Macaulay (*Critical and historical essays*), Thudicum (*Pro Machiavelli*), Nisol (*El Estado y el derecho nuevo*), Mendizábal (*Elementos de derecho natural*), Prisco (*Filosofía del diritto*), Mancini (*Prelazioni giurdice con un saggio sul Machiavelli*) y Cantú (*Caratteri historici*).

Digitized by Google

plicados. Ser imperceptible y efímero, en medio del océano sin orillas de la transformación social e histórica, el individuo queda fatalmente absorbido en la colectividad, lo mismo en el espacio que en el tiempo. Y que ésta fuese la peculiar y característica concepción de Maquiavelo, lo comprueban claramente sus obras, en todas las cuales vemos planteado el desacuerdo entre la fuerza organizada del Estado y el fragmentarismo de los particulares y de los grupos.

Sentadas de hecho estas premisas, es evidente que, en el sistema político de Maquiavelo, sólo se estima posible la obtención de resultados provechosos de la libertad, partiendo de un rígido ideal colectivo y absolutista, en que nadie resista al soberano. La libertad, tal como la concibe Maquiavelo, sólo puede realizarse por medio de la sociedad civil y en la solidaridad más estricta de cada uno con respecto a todos los demás. Haga lo que quiera el poder público con un ciudadano, y sea el que fuere el pretexto, nunca comete injusticia. No ha existido, ni existe, ni probablemente existirá jamás, un régimen exclusivamente consentidor, que deje pasar y que deje hacer. Maquiavelo escribía en Il principe, mucho antes que Mussolini lo repitiera: "Todos los profetas armados han sido vencedores, y los desarmados, batidos". Conforme las enseñanzas de la experiencia, ello depende de que el temperamento de las colectividades es voluble, y de que, si cuesta poco trabajo persuadirles de un proyecto, cuesta mucho retenerles en esta persuasión. Y, sin embargo, hay que organizarse de una manera tal, que cada vez que las multitudes pierdan una convicción, se les torne a ella a la fuerza. Moisés, Ciro, Teseo, Rómulo, no hubieran conseguido que se observasen mucho tiempo sus respectivas constituciones, si hubiesen estado desarmados" (1). El dictamen de Maquiavelo cuanto a este punto es del tenor siguiente: "Conviene notar que el natural de los pueblos es variable. Fácil es hacerles creer una cosa, pero difícil hacerles persistir en su creencia. Por cuyo motivo es menester componerse de modo que, cuando hayan cesado de creer, sea posible cons-

(1) *Il principe*, VI.

Digitized by Google

treñirlos a creer todavía". Esto último fué lo que hizo Moisés, y por eso triunfó. Y, para sacar en limpio con más fundamento y con más claridad su tesis, Maquiavelo acrecienta, en otro libro (1): "Cualquiera que lea la Biblia con atención, verá que Moisés, para impedir que se quebrantasen sus leyes, mandó dar muerte a infinitos hebreos, que, por celos, se oponían a sus designios". Léese, efectivamente, en el capítulo XXXII del Sepher Veelleseмoth: "He aquí lo que dice el Señor Dios de Israel: Ponga cada uno su cuchilla sobre muslo y pase y vuelva de puerta a puerta por el campo, y mate a su hermano, y a su amigo, y a su pariente. Y los hijos de Leví cumplieron la orden de Moisés, y perecieron del pueblo, en aquel día, como tres mil hombres" (veintitrés mil, rezan algunas versiones).

Donde Maquiavelo cree mejor comprobado su criterio psicológico es en el caso de Jerónimo Savonarola, dominico de Bolonia y predicador muy célebre de Florencia. Maquiavelo ha escrito la historia de esta ciudad, y a cada paso salta la misma idea, conviene a saber: que Savonarola había persuadido al pueblo de que tenía secretos coloquios con Dios (2), y que en esto radicó el secreto de sus primeros y formidables éxitos. Cierto que, como después afirmó Hobbes, "decir que Dios ha hablado en sueños a un hombre, es decir simplemente que ese hombre ha soñado que Dios le hablaba. Decir que ha tenido una visión, o que ha oído una voz, en estado de vigilia, es decir que ha soñado entre dormido y despierto. Decir que había por una inspiración sobrenatural, es decir que siente en sí mismo un ardiente deseo, o que abriga una convicción poderosa, en cuyo abono no puede alegar una razón natural y suficiente." Pero el pueblo no entiende de estas psicologías, y empezó creyendo a pie juntillas en las revelaciones divinas y sobrenaturales de Savonarola. Más tarde, sin embargo, dejó de creer en ellas, lo que ocasionó su ruina, según Maquiavelo, quien apunta la siguiente observación psicológica: "Por estar desarmado, Savonarola vió

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, III, III.
(2) *Storie fiorentine*, I, II.

Digitized by Google

malogradas las nuevas instituciones que propusiera a la multitud. Apenas ésta comenzó a no creerle ya inspirado, se encontró él sin medio alguno para mantener coercitivamente en su creencia a los que la perdían, ni para inducir voluntariamente a creer a los que no creían ya."

Se ve que Maquiavelo era un ducho e inteligente psicólogo de las multitudes. Y su habilidad, por lo que a esto toca, se destaca aún más netamente en lo que dice con relación a los principados nuevos que se adquieren por el valor personal y con las armas propias. "Nótese bien que no hay cosa más ardua de manejar, ni que se lleve a cabo con más peligro, ni cuyo acierto sea más dudoso, que el obrar como jefe, para dictar estatutos nuevos, pues el que, a ejemplo de Savonarola, tal hace, tiene por enemigos activísimos a cuantos sacaron provecho de los estatutos antiguos, y aun los que puedan sacarlos de los recién establecidos, suelen defenderlos con tibieza suma, tibieza que dimana en gran parte de la escasa confianza que los hombres ponen en las innovaciones, por buenas que parezcan, hasta que no hayan pasado por el tamiz de una experiencia sólida. De donde resulta que los que son adversarios de tales inovaciones, lo son por haberse aprovechado de las antiguas leyes, y hallan ocasión de rebelarse contra aquellas innovaciones, por espíritu de partido, mientras que los otros sólo las defienden con timidez cautelosa, lo que pone en peligro al príncipe" (1).

En el caso de Savonarola, hallamos confirmado, en todas sus partes, el anterior parecer de Maquiavelo. Los historiadores superficiales pretenden que Alejandro VI condenó al suplicio a Savonarola, por ser éste enemigo encarnizado del Renacimiento. Pero el tribunal que le condenó era de Florencia, y en esta misma ciudad se ejecutó el terrible fallo. El Papa nada tenía que ver con Florencia, ni intervino en el asunto más que para absolver a Savonarola de las censuras eclesiásticas, y para enviarle indulgencia plenaria. Cantú (2), no sin grave fundamento, arguyó no haber sido aquél "un asesinato religioso, sino un asesinato

(1) *Il principe*, VI.
(2) *Storia universale*, VII, 353.

Digitized by Google

enteramente político, pues mientras que unos le veneraban como héroe y como santo, otros le maldecían como impostor y como demagogo". Al mismo sentir se había arrimado ya nuestro Mariana, que, hablando de la muerte de Savonarola, dijo: "Si fué con razón o a tuerto, aun entonces no se pudo del todo averiguar. En Florencia, muchos hasta el día de hoy repútanle por mártir, y otros condenan su atrevimiento, cuyo parecer tengo por más acertado." Ni contra lo indicado obsta el juicio de Mateos-Gago (1), que había así: "No negaré yo la austeridad de la vida, el celo apostólico, y si se quiere, las grandes virtudes, con que se presentó al público el famoso predicador. Pero la condición más sobresaliente que tuvo fué la de poseer una rara elocuencia, que fascinaba a las muchedumbres, hasta dominarlas por completo. Comenzó predicando contra los vicios con tal éxito, que, en poco tiempo, llegó a ser el árbitro de Florencia. Pero, arrastrado por su celo imprudente y por los aplausos populares, verdadera causa de su perdición, bien pronto convirtió el púlpito en tribuna demagógica, y su apostólico ministerio en negocio político. El clero, los obispos, el mismo Papa, los ricos, la nobleza y especialmente los Médicis, todos salieron a la vergüenza pública por sus nombres propios, en medio de los aplausos de las masas, para las cuales se deja entender que no había más que bajas adulaciones. Claro es que tal conducta le había de acarrear muchos y poderosos enemigos. Los llorones (piagnoni), que así llamaban a sus partidarios, vinieron a las manos con los tibios (tiepidi), como él llamaba a sus émulos, y en más de una ocasión corrió la sangre por las calles de Florencia. Estos escándalos fueron denunciados a Alejandro VI, que lo citó a comparecer. El religioso desobedeció, y el Papa le prohibió predicar. Pero él continuó haciéndolo con más calor que nunca, y entonces fué excomulgado. Y, como es tan difícil a un orador callejero sostener su popularidad, sucedió que Savonarola fué un día silbado y hasta apedreado por aquellas mismas turbas que tanto le habían aplaudido, y sus enemigos aprovecharon tan favorable co-

(1) *Colección de opúsculos*, IV, 167.

Digitized by Google

yuntura, le hicieron prender por el superior de su convento, y lo sujetaron a un tribunal de quince jueces, que lo odiaban, saliendo el infeliz condenado a la horca, y a que su cadáver fuera quemado, como se verificó a 23 de mayo de 1498."

Esa es la historia, y ella comprueba lo afirmado por Maquiavelo (1), al examinar "si los tibios frente a las innovaciones tienen suficiente consistencia por sí mismos, o si dependen de los radicales, es decir, si, para dirigir su operación, necesitan rogar, o si pueden obligar. En el primer caso, no aciertan nunca, ni conducen cosa alguna a buen fin, al paso que, si pueden obligar, rara vez dejan de conseguir su objeto". No se me oculta que sus sentimientos e ideas, en este punto, eran los de todo el mundo en su edad. Ni los reyes, ni los ciudadanos, ni los Papas mismos, se sentían inclinados a las buenas acciones, a la mansedumbre evangélica, a la exaltación mística, a la piedad devota, a la justicia inflexible, a la equidad extremada. En el libro IV de sus Storie fiorentine (2), Maquiavelo consigna que los hombres de las repúblicas italianas no se inquietaban de lo que era justo o injusto, y que cuidaban solamente de lo que era útil o pernicioso a la ciudad (ma poi che si viveve oggi in modo, che del giusto e dell'ingiusto non si aveva a tenere molto conto, voleva lasciare questa parte indietro, e pensar solo all'utilita o allo pregiudizio della città). Ni había ya religión, ni temor de Dios, y los más pérfidos se servían de la fe jurada para engañar a los que, en su sencillez de espíritu, creían aún en los juramentos. En el libro III de sus Storie (3), Maquiavelo supone que la gloria no pertenecía a los que practicaban la ley del deber, palabra que no tenía ya sentido, ni en Florencia, ni en Roma, y que se admiraba a los que mejor sabían engañar (quanto l'inganno riesce più facile e sicuro, tanto più lode e gloria se ne acquista). En el mismo libro III (4), el secretario fiorentino atestigua que "al-

(1) *Il principe*, VI.
(2) *Opere*, I, 480.
(3) *Opere*, I, 382.
(4) *Opere*, I, 405.

Digitized by Google

canzar el fin" era la fórmula que comprendía toda la moral y todo el derecho, pues todos se reían de la conciencia, se burlaban de la infamia, y la victoria, aunque fuese debido a medios infames, no infamaba nunca al vencedor (coloro che vincono, in quacunque modo vincono, mai non ne ripostano vergogna). Maquiavelo, que no quería perder el tiempo en vanas retóricas, aceptaba como inevitable ese estado de ánimo de la opinión pública de su época, y todo su afán consistió en encauzarlo y en aprovecharlo para altos fines patrióticos.

Y aun no es completa esta explicación, pues me falta decir por qué la conciencia de Maquiavelo no estaba a la altura de su talento. Mi sincera opinión es que, a la mayoría de los grandes políticos, el instinto les guía, y el discurso les pierde. Pedregoso es, ciertamente, el camino de la gobernación puramente teórica o exclusivamente empírica, lleno de tropiezos, arduo de andar, ocasionado a mil caídas, que a algunos les hacen dar de ojos en tierra. Maquiavelo no fué una excepción de esta regla general. Para excusarle, se ha dicho que Il principe era un libro especial, sin relación con las demás obras del autor. Mas, como nota Laurent (1), ésta es una suposición gratuita. No hay más que abrir los Discorsi sopra Tito Livio para convencerse que en ellos dominan los mismos principios. Laurent cita un ejemplo, que revela el fin que se proponía el célebre escritor. Rómulo da muerte a su hermano, y en seguida consiente en la de Tito Tacio, asociado por él a su trono. Veamos qué lección saca Maquiavelo de ese doble crimen. "No debe creerse que por ambición pueda cada cual deshacerse de sus rivales, y es preciso ver el fin que se proponía Rómulo con aquellos dos homicidios. Una república no está bien constituída más que por un solo hombre, y por ende, un legislador hábil empleará toda su industria para concentrar el poder en sus manos. Los espíritus prudentes no condenarán el que un hombre

(1) *Les nationalités*, II, II, I. Compárese con Mohr, *Geschichte und Literatur des Staatswissenschaften*, II, 81, 88. Véase también a Burd, *The prince of Machiavelli*, 81, 91.

Digitized by Google

superior haya empleado un medio extraordinario para el importante objeto de fundar una república, o de establecer una monarquía. Lo que cabe desear es que, en el momento en que el hecho le acuse, el resultado le disculpe, y, si el resultado es bueno, cuéntese absuelto. Tal es el caso de Rómulo" (1). De esa manera, los fundadores de repúblicas o establecedores de monarquías se hallan exentos de las reglas comunes de la moral. Y otro tanto ha de afirmarse de los que salvan al Estado de un gran peligro. Sabido es que el Senado Romano infringió el tratado de las Horcas Claudinas, para conservar un ejército, en el cual estribaba la salvación de Roma. Maquiavelo (2) da su aprobación a semejante conducta. "La defensa de la patria es siempre buena, cualesquiera que sean los medios que se empleen. Cuando se trata de la salud de la patria, no se debe detener nadie por consideración alguna de equidad o de injusticia, de humanidad o de crueldad, de oprobio o de gloria, porque el punto esencial, que conviene se sobreponga a todos los demás, es asegurar su libertad y su salvación." Maquiavelo cometió la gran falta de aceptar esa política inmoral. Pero es menester no olvidar que su criterio representaba un principio político que era entonces la opinión del vulgo a una que de los espíritus selectos.

Antes de proceder a un examen más profundo del sistema político de Maquiavelo, tal como aparece en Il principe, es preciso establecer exactamente los fundamentos económicos en que lo apoya. Por lo que a esto concierne, Maquiavelo, a fuer de lógico inexorable, quiere la intervención de soberanos y de gobiernos en la administración del procomún. "La seguridad pública y la protección directa que el príncipe concede a la agricultura y al comercio, son el nervio suyo. Así, pues, debe estimular a sus gobernados a ejercer pacíficamente su oficio, tanto en la agricultura como en el comercio o en cualquiera otra profesión, de modo que el temor de verse quitar sus propiedades no disuada al labrador de hermosearlas, y que el miedo a los tributos no impida al mercader abrir una tienda. El princi-

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, I, IX.
(2) *Discorsi sopra Tito Livio*, III, III.

Digitized by Google

pe mismo ha de preparar recompensas para todo el que quiera entregarse a semejantes tareas, pues tiene interés y obligación en hacer prosperar su Estado por todos los estilos (1). En aquella época, los filósofos y el pueblo aspiraban al reposo y a la prosperidad. Por su misma etimología, la civilización consistió siempre en facere cives, o sea en hacer ciudades pacíficas y florecientes. "Se fundaron y se construyeron las ciudades, o por pueblos que, esparcidos en diferentes puntos de la misma región, deseaban reunirse para su seguridad común y para su beneficio común o por pueblos que habían huído de su propio país. Pero ¿conviene que una ciudad esté situada en un paraje fértil, o en un territorio que no lo sea? Es menester sentar por principio que el primer cuidado de los legisladores debe ser alejar en lo posible, de la colonia que reúnen, la ociosidad, causa del desorden y aun de la corrupción de las sociedades. La esterilidad del suelo obligará a los habitantes al trabajo, del que tendrán necesidad para proporcionarse medios de vida, y esta necesidad les impedirá dejarse llevar de la ociosidad. No obstante, valdrá más edificar las ciudades en terrenos fértiles, cuando, por medio de buenas leyes, se induzca a los moradores a laborar sin desmayos, a pesar de los abundantes presentes de la naturaleza, lo cual se vió en la feliz constitución de Roma" (2). Como después Hobbes, entendía Maquiavelo que el dinero, como cosa más útil, vale más que la misma ciencia. Por eso "no es rico el que es sabio, como decían los estoicos, sino que es sabio el que es rico". Cuanto a los tributos, para que no se repartan con igualdad, "es menester que las leyes, y no los hombres, hagan su distribución. Manteniéndose económico el príncipe, ejerce su liberalidad con respecto a aquellos a quienes no toma nada, y cuyo número es infinito. No es avaro entonces más que con relación a los que querían que se les diera, y cuyo número es corto".

Eminentemente formalista, intencionalista, hedónica, la moral de Maquiavelo es un cálculo de utilidad, en cuyo fondo hay una balanza, que pesa cantidades de dicha. No

(1) *Mente di uomo di Stato*, VII.
(2) *Discorsi sopra Tito Livio*, I, V.

Digitized by Google

es la acción en sí la que se considera buena o mala, sino la finalidad a que tiende. Maquiavelo procura representarse, por acumulaciones de cifras, la desproporción que existe entre el fin y los medios, desproporción que se convierte en antinomía, cuando el primero legitima los segundos. Por tal arte, queda asentada la negación de la moral misma, puesto que el fin justifica la perfidia lo mismo que la buena fe, y la crueldad lo mismo que la clemente dulzura. Escuchemos a Maquiavelo: "En las acciones de los príncipes, sólo se considera el fin que llevan. Dedíquese, pues, el príncipe a vencer todas las dificultades, y, si lo consigue, sus medios nunca dejarán de ser estimados como honrosos. El vulgo es siempre llevado por las apariencias y seducido por el éxito, y, en el mundo, no hay más que vulgo". Desde este punto de vista, todos los crímenes resultan legítimos, porque todos pueden tener su utilidad, por lo menos momentánea, y lo que se busca, en política, es la ventaja del momento. La raposa y el león son los animales que deben imitar los príncipes. De la primera aprenderán a ser diestros, y del segundo a ser fuertes. Los que desdeñen el papel de la raposa, no entienden gran cosa del oficio, que es una mezcla de cálculo y de orgullo, pues ha de aspirar a administrar justicia pública con la frialdad del que prepara un buen negocio, y a apoyar sus sentimientos de gobernante en sumas de provechos. El ejemplo del león no basta, porque este animal no se preserva de los lazos, y la raposa sola no es suficiente, porque no puede librarse de los lobos. Es necesario, pues, ser raposa para conocer los lazos, y león para espantar a los lobos (bisogna essere volpe a conoscere i lacci, e lione a sbigottire i lupi (1). Pero los que no toman por modelo más que al último animal, no entienden sus intereses. "Ne quid nimis: no caigamos en los extremos. No consideremos al león como árbitro de la fuerza, ni nos reduzcamos a la raposa como conspiradora de engaños. El león puede enseñar al político la noble fuerza, y la raposa puede adiestrarlo en la astucia" (2). Los príncipes que, por indolencia,

(1) *Il principe*, XVIII.
(2) Azorín, *Il politico*, 51. Durante la composición de

Digitized by Google

o por torpeza, se inhiben de llevar a la práctica tan sana divisa, están condenados a servir a sus pueblos de víctimas propiciatorias. No temieron el lazo, teman el martillazo, que les descarga la indignación popular sobre sus cabezas, si ya el temor a su furia no les dejó ver el armado enredo. Lógica salida de madre de la indignación popular, por haber ellos querido andar al aire de sus ruines antojos.

Al tratar de las formas de Gobierno, Maquiavelo prescinde de principios teóricos, y se ciñe a consideraciones pragmáticas. Para él, la diferencia entre esas formas no es tan extraordinaria como creen muchos, y, además, existen en ellas defectos innatos que las desnaturalizan en el terreno de los hechos, y tendencias fatales que vician sus mejores y más justas aplicaciones. Remontándose desde el principio teórico hasta el hecho primordial, completamente palpable y sensible, Maquiavelo sigue de grado en grado la filiación y el parentesco de las diferentes especies gubernativas de que es tronco. "Hay tres Gobiernos buenos y tres malos. Los tres buenos son el principado, el Gobierno de los grandes y el Gobierno popular, y los tres malos nacen de la corrupción de los primeros. El principado se convierte fácilmente en tiranía o despotismo, para servirme de la expresión moderna. El Gobierno de los grandes degenera en el de un corto número de ellos, y es lo que llamamos oligarquía. El Gobierno popular cae en la licencia, y es lo que nombramos anarquía (1). No rechaza, pues, Maquiavelo el Gobierno popular o república sino en cuanto se torna anómico, y, por ende, anárquico y enemigo de toda legislación y de toda justicia, ya que, en griego, ánomos es lo mismo que sin ley (ἀ νὸμος), injusto, inicuo, despreciador de la ley, lo que a la vez produce desigualdad de condiciones, desemejanza de deberes, desproporción de

---

mi trabajo, no he tenido a mi disposición la edición castellana de la obra del ilustre Azorín, por lo cual me he visto obligado a servirme de la traducción italiana hecha por Beccari, y publicada en Florencia y en 1910. A esta versión corresponden, pues, mis citas.

(1) *Discorsi sopra Tito Livio,* I, II.

Digitized by Google

derechos, y se transforma así en un absolutismo político más caótico que el del Gobierno de los grandes y el del principado, y que hace mayores la perfidia, la crueldad y la tiranía. No fué Maquiavelo, como algunos creen hoy, y quieren hacer creer a los demás, partidario decidido de ninguna forma de Gobierno. Sistematizador objetivo de los resultados de la crítica y de la historia, se limitó a señalar los defectos e inconvenientes de cada forma en particular y sus relaciones mutuas. En su Discorso á Leone X, observa que, "en cuantas ciudades existe una grande igualdad entre los ciudadanos, no puede establecerse el principado, y si se quisiera crear uno en un país en que reina esa suma igualdad, sería menester comenzar por introducir allí la desigualdad de condiciones, creando muchos nobles feudatarios, que, juntos con el rey, tuviesen sumisos, con sus armas y con su unión, el Estado y las provincias. Un monarca que está solo y sin nobleza hereditaria que le rodee y que le sostenga, no puede soportar el peso del principado, y necesita, para llevarlo, de un intermediario colocado entre él y el pueblo." Maquiavelo, por tanto, reconoce el origen feudal y aristocrático de la monarquía, ni más ni menos que los republicanos y los demócratas modernos (1). Pero cuida a la vez de hacer la más perentoria distinción entre monarquía y tiranía: "De la monarquía al despotismo (dice) (2) va una diferencia enorme. El despotismo no existe más que en un soberano absoluto, que gobierna por sí mismo, o por medio de ministros que son sus esclavos, y a los que crea y destruye con

---

(1) Napoleón consideraba también como "una antigualla feudal" el régimen aristocrático de la monarquía francesa, y prefería el régimen absolutista del sultanato turco, aunque temiendo verse obligado a resucitar aquella antigualla, si sus generales persistían en imponérsela como una ley. Sin embargo, alababa a los hombres del 93, por haber destruído enteramente a la nobleza, conscientes de la imposibilidad de contentarla. Para Napoleón, la Revolución había comenzado bien por esa parte, y mejor todavía en no querer armar realmente más que al pueblo.

(2) *Il principe*, XIV.

Digitized by Google

una sola palabra. La monarquía se mantiene, cuando admite una nobleza hereditaria, poseedora de derechos y de cargos que no cabe conferir sino a una determinada clase de ciudadanos." Aquí se halla la semilla de lo que hay de más especioso en la famosa doctrina de Montesquieu sobre el mismo asunto. El autor del Esprit des lois, después de afirmar que toda monarquía se funda sobre el honor, representado por la nobleza hereditaria (en su aspecto de aristocracia militar), establecía la misma perentoria distinción que Maquiavelo entre el despotismo y la monarquía propiamente dicha, sin advertir que esa distinción era más bien una diferencia de grados, fundada en el desenvolvimiento histórico, que una diferencia de naturaleza fundada en consideraciones filosóficas. Voltaire, comentando a Montesquieu (1), observaba que no existe diferencia entre el despotismo sin leyes y la monarquía pura, en que uno solo hace la ley. "Son (decía Voltaire) dos hermanos tan semejantes, que con frecuencia se toma el uno por el otro. Confesemos que han sido, en todos tiempos, dos enormes gatos, a quienes los ratones han intentado poner un cascabel al cuello." La ley es este cascabel, que advierte, al menos, el peligro. Montesquieu aprobaba la venalidad de los cargos en la monarquía. "¡La monarquía (le respondía Voltaire) no está, por consiguiente, fundada más que en vicios! ¡Hubiera sido mil veces mejor, como asevera un sabio jurisconsulto, vender los tesoros de todos los conventos y la plata de todas las iglesias, que vender la justicia!" Por eso, la parte administrativa y técnica de las monarquías no fué nunca un modelo de organización, ni un dechado de equidad.

Censuró Maquiavelo a los que proponían fabricar a toda costa un nuevo Gobierno para Italia. La sola idea de semejante Gobierno bastaba para llenarle de enojo y de horror. Maquiavelo deseó siempre derivar del pasado todo lo que poseía su patria, como una herencia legada por los ascendientes. Este es el eje alrededor del cual gira Il principe. Quería, sí, fundar y constituir un gran Estado italiano sobre la base del derecho y con la visión clara de que

(1) Véase mi libro sobre *Voltaire*, 120.

Digitized by Google

su nación brillaba entonces en Europa como un cielo estrellado en las tinieblas de la noche. Mas no la consideraba preparada para que políticos estultamente optimistas la rellenasen, como si fuera ave disecada de un museo, de paja, con papeluchos emborronados acerca de la ilegitimidad de la fuerza y de la bondad ingénita de la naturaleza humana. Al decir que los hombres están inclinados hacia el mal, no hacia el bien, quería significar con ello que los gobernantes no han de predicar el bien, sino hacerlo cumplir por medio de disposiciones, no procedentes de la voluntad divina, sino de los ineludibles deberes de conservación social. "No existe Estado donde no hay obligación, y es, por ende, necesario crear una fuerza suficiente para defender a las instituciones en el interior y en el exterior" (1). Esta doctrina representaba la ruina de la tradición teocrática, porque Maquiavelo veía en el Papado temporal, no sólo un sistema de Gobierno absurdo e innoble, pero hasta el principal peligro para Italia.

Maquiavelo no era un bandido, sino uno de los ingenios más notables de Italia en el siglo XV, y yerran los que le consideran como apóstol irreductible de la tiranía sistemática. En su concepto, no debe haber un tirano más que allí donde el pueblo está corrompido. "El que establece en una ciudad un buen Gobierno, sea republicano, sea aristocrático, sea monárquico, no lo establece de hecho y contra sus intenciones más que por poco tiempo, pues no puede impedir que degenere en su contrario, como con frecuencia sucede a la virtud misma" (2). Estimando que no existe sociedad sin leyes, las cuales son obra humana por excelencia, no derivaba el derecho de un origen divino, y estaba convencido de que el fundamento de las repúblicas es el consenso común o la vox populi, como el de los reinos es la fuerza o la conquista legitimada y asegurada por el buen Gobierno. "Las ciudades que se rigen republicanamente, mudan de Gobierno a menudo, y esto no acaece por un efecto de la libertad o de la servidumbre de que en ellas se goce, sino por el de una servi-

(1) Ferrara, *Maquiavelo*, 36.
(2) *Discorsi sopra Tito Livio*, I, IX.

Digitized by Google

dumbre acompañada de licencia. Allí hay siempre dos partidos opuestos: el de los ministros de esclavitud y el de los ministros de libertinaje, que intrigan al pueblo. Unos y otros proclaman altamente la libertad, pero ninguno de ellos quisiera someterse a las leyes, ni a la justicia, ni a los hombres. Y lo más indomable en un Estado republicano es el poder ejecutivo, que dispone de las fuerzas de la nación. Unicamente a los grandes se les debería conferir, pero ¿cómo elegirlos, sin riesgo de engañarse? ¿Cómo asegurarse de que ese mismo poder ejecutivo no se corromperá nunca?" Henos aquí reducidos a confiarnos en los hombres más que en las leyes, y no es eso lo que Maquiavelo quería. "Los hombres son malos todos, con escasa diferencia, y el áncora del bien público está por entero en las leyes. Ellas consiguen que los hombres se abstengan de obrar mal, más por necesidad que por voluntad de hacerlo." Pero ¿cómo llegar a este medio inaccesible? Sería necesario lograr a un tiempo dos cosas: por una parte, limitar el poder ejecutivo en grado tamaño, que el que sea depositario suyo no pueda abusar de él, y, por otra parte, impedir su desmesurada extensión, sin que este freno amengüe en nada su actividad. Maquiavelo quería asentar las instituciones sobre el sentimiento del derecho, y el sentimiento del derecho sobre el respeto a la autoridad, no tanto política como civil. En muchas repúblicas se instituyeron magistrados cuyo ministerio era templar la autoridad, y a estos hombres los llama Maquiavelo (1) "custidios de la libertad". En algunas, se confió su custodia a los grandes, como a los eforos en Lacedemonia y a los inquisidores de Estado en Venecia. En otras, se encomendó a los jefes del partido popular, como a los tribunos de la plebe en Roma, y esta elección le parece a Maquiavelo preferible. "Resultan de ella, en verdad, ciertos inconvenientes, pero menores que en la otra, y que es dable precaver, o, a lo menos, debilitar. Para ello, convendría dar a cada ciudadano la facultad de acusar al que tramase alguna innovación en el Estado, y aun convertir el uso de esa facultad en una obligación para todo ciu-

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, I, V.

Digitized by Google

dadano, y no en una infamia para todo hombre de bien. Hasta resultaría útil que, apartando de semejantes delaciones el menor borrón de ignominia, se las recompensara con alguna señal de mérito" (1). En su Discorso a Leone X, Maquiavelo insiste en que "las acusaciones de tal índole se sujeten a un sindicato de gran número de ciudadanos, porque un corto número jamás tiene valor suficiente para solicitar y para obtener el castigo de los grandes, no siendo en el caso de que se haga concurrir a bastante número de ciudadanos, para que los cargos hechos a aquéllos no puedan disculparse u ocultarse". Y este recurso es demagógico en su esencia. ¿A quién, en efecto, ponen los demagogos en lugar del derecho y de la autoridad? Al pueblo soberano, es decir, a la arbitrariedad veleidosa de la mayoría, contada por cabezas. Maquiavelo niega que el mayor número posea el derecho y la autoridad de deshacer una Constitución republicana. "Cuando una república se dirige a la corrupción no basta oponer a este mal el preservativo de buenas leyes, sino que es preciso mudar poco a poco las instituciones antiguas, a fin de que no se pongan en oposición con las nuevas. Y, cuando la corrupción llega a su colmo, el único medio que queda para restablecer el orden es que un hombre solo se apodere de la autoridad. Si nuestra rectitud en sus designios, debe atraer las formas de la Constitución republicana más hacia el Estado monárquico que hacia el popular, a fin de que los ciudadanos que no sean corregibles ya por las leyes, hallen un freno que los retenga. El querer hacerles ser buenos, empleando otros recursos, exigiría muy crueles providencias, o sería una cosa totalmente imposible" (2). Por otra parte, comunísimo es también que la monarquía se pervierta por sí misma con el abuso de la autoridad de que está revestido el rey. "Desde que se convino en nombrar monarcas hereditarios, sus herederos degeneraron de la virtud de sus antepasados, y, abandonando toda dignidad y toda equidad en sus acciones, pensaron que a los príncipes sólo les tocaba sobre-

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, I, VI.
(2) *Discorsi sopra Tito Livio*, I, XVIII.

Digitized by Google

pujar a los demás hombres en magnificencia y en la posesión de las demás delicias de la vida, de lo que resultó que empezaron por ser menospreciados, y acabaron por ser aborrecidos, y vieron motivos de temor en este odio. Del temor pasaron pronto a las ofensas, cambiaron su gobernación en tiranía, y ocurrieron entonces muy naturalmente las conspiraciones y las conjuraciones contra ellos" (1). Juzgando que ningún hombre, ni ninguna reunión de hombres, tienen potestad para despojar a un soberano de su propio bien y de su herencia, Maquiavelo estima que la sucesión electiva acarreaba asimismo inconvenientes, que, aunque de otra clase, no por ello son menos formidables, pues dicha elección suele ocasionar guerras civiles. Y es que, en este vasto océano de la política, no se encuentran más que escollos por todas partes. "Afortunado el bajel provisto de un ilustrado piloto, que encuentra su particular beneficio en la necesidad de conducirle felizmente al puerto." Maquiavelo (2) concluye que "es razonable apoyarse, no solamente en las leyes, sino que también en los hombres". Por más que esta verdad no era cosa de su gusto, confesaba, sin embargo, que "le es más fácil a un príncipe prudente y noble hacerse amar de los buenos que de los malos, y obedecer a las leyes que mandar a sus súbditos. Cuando los hombres están bien gobernados, no apetecen, ni solicitan, otra libertad". Agotada la fuente práctica de ésta, se seca todo el arroyo, y ello aun en el caso de que la corrupción no proceda del abuso de la autoridad. "Se insinúa una nueva especie de corrupción, en el corazón de los Estados, por medios insensibles y dulces, que la naturaleza misma de las cosas facilita. La virtud conduce al reposo, el reposo a la ociosidad, la ociosidad al desorden, y el desorden a la ruina. Por otro lado, empero, el desorden nace de la ruina, la virtud del orden y la prosperidad y la gloria de la virtud. Los hombres juiciosos observaron que las artes y las ciencias vinieron después de las armas, y que los capitanes precedieron a los escritores y a los filósofos. Cuando las armas han logrado

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, I, II.
(2) *Mente di un uomo di Stato*, XIII.

Digitized by Google

victorias, y éstas proporcionado tranquilidad a los pueblos, la virtud de los guerreros se corrompe en la pereza honesta y sabia del cultivo de las letras, y el funesto ocio se introduce en las ciudades bajo forma más falaz y más seductora para los espíritus" (1). En esta consideración de Maquiavelo se descubre el germen de los sofismas en que abunda la declamación de Rousseau contra las artes y las ciencias en relación con las costumbres. Para uno, como para otro, la literatura y la filosofía, elementos de un mundo de imaginación y de abstracción colocado fuera de la realidad, pervierten la ética, rompiendo la cadena entera de la comunidad y la continuidad sagrada de la tradición. Uno y otro elogian lo pasado a expensas de lo presente, y oponen la buena fe y la sencillez de los antecesores a la pérfida doblez y a la corrupción de los contemporáneos. Y hay que convenir en que Maquiavelo concilió su conducta práctica con su criterio especulativo, desdeñando ser tenido por letrado y por pensador. Escribir era, para él, una actividad de segundo grado, a la cual descendía porque la injusticia de los nuevos gobernantes no le permitía dar sus talentos a la cosa pública (2).

Juzga Maquiavelo (3) ser necesario que "la conducta del príncipe con sus consejeros reunidos y con cada uno de ellos en particular, se desarrolle en tal forma, que todos conozcan que, cuanto más sinceramente le hablen, tanto más le agradarán". Juan II, rey de Portugal, contestó a un cortesano, que, adulándole, le pedía un cargo: "Lo reservo para una persona que no me ha lisonjeado nunca." Sin embargo, no es, por otra parte, menos cierto que "conviene que los buenos consejos, de cualquiera parte que vengan, dimanen, en definitiva, de la prudencia del propio príncipe, y que no se funden en sí mismos como tales" (4). Alfonso, rey de Aragón, decía que le parecía tan soberanamente absurdo el que los monarcas fuesen gobernados por sus ministros, como el que los generales fuesen diri-

(1) *Discorsi sopra Tito Livio,* I, IX, XIII.
(2) Ferrara, *Maquiavelo,* 30.
(3) *Il principe,* XXIII.
(4) *Il principe,* XXIII.

Digitized by Google

gidos, por sus tenientes (1). Nunca, en un principado vigoroso, debe el soberano delegar uno solo de sus poderes, ni aun en su primer ministro, por muy sabio y por muy hábil que éste sea, pues ello provoca de hecho una verdadera suplantación. El cardenal Richelieu, con maña, daba el nombre de servicio real a lo que era degradación real. Haciéndose rey de Francia, le privaba a Luis XIII de la dignidad regia, y le degradaba, con achaque de servirle (2). ¿Qué hubiera pensado Maquiavelo de semejante conducta, él, que si por algo alababa a los reyes franceses anteriores a Luis XIII y contemporáneos suyos, era porque, no sólo se sobreponían a sus ministros, pero ni siquiera toleraban que hubiese fracciones o partidos que no fuesen adictos a sus personas? "El rey de Francia no sufriría que nadie se dijera del partido del rey, porque esto significaría que había otro partido diferente del suyo" (3). Hay que distinguir, sin duda, entre la conducta que el príncipe debe seguir con sus ministros en general, por vía de precaución previsora y prudente, y la que debe seguir con aquel de sus consejeros que le merezca absoluta confianza. Aun aquí, empero, la norma que le conviene, es la estrictamente interesada del do ut des, aunque invertida. Felipe II decía a Ruy Gómez, su primer ministro: "Cuida de mis negocios, y cuidaré de los tuyos." Cuando el príncipe vea a sus ministros pensar en ellos más que en él, y regirse, en todas sus acciones, por el provecho personal, quede persuadido de que semejantes hombres jamás le servirán bien (4). El príncipe no ha de contar en absoluto, ni con su consciente obrar, ni con su buena suerte tampoco, sino que, rechazando por igual la dogmática certidumbre de sus cálculos y la ilusoria confianza en lo imprevisto, ha de adaptarse continuamente a las variaciones producidas por los tiempos y por las circunstancias. Ma-

(1) Panormitano, *De rebus gestis Alfonsi*, II, I.
(2) "Richelieu ponderaba con la maña que llamaba servir al rey, lo que es desagradable." (Quevedo, *Hora de todos*, 40.)
(3) *Discorsi sopra Tito Livio*, III, XXVII.
(4) *Il principe*, XXII.

Digitized by Google

quiavelo (1) cita el ejemplo de Soderino, que "procedía en todo con dulzura y con paciencia. Su patria y él lo pasaron perfectamente, mientras que aquel modo de proceder fué bueno para los tiempos y para las circunstancias. Pero, cuando llegó el momento de actuar con vigor, no pudo Soderino resolverse a ello, de lo cual resultó su ruina y la de su patria. Si Soderino hubiera querido hacer uso de toda la autoridad que su dignidad de gonfaloniero le daba, hubiera podido arruinar el reciente poder de los Médicis, y, por tanto, mantener a Florencia en régimen de república". Pláceme también trasladar aquí el retazo que trae Maquiavelo, en el libro II de sus Storie fiorentine, en esta forma: "La prudencia del príncipe estriba en conocer la calidad de los tiempos y de las circunstancias, y en tomar por bueno el partido menos malo posible. El que aguarda que los sucesos le acarreen facilidades para obrar, no acometerá jamás empresa alguna, y, si lo hace, la empresa redundará con la mayor frecuencia en su daño." El célebre fraile Sarpi, historiador del Concilio de Trento, decía asimismo: "En todos los negocios de este mundo, he notado que nada precipita tan pronto en el peligro como el sumo cuidado de alejarse de él, y que la mucha prudencia degenera comúnmente en imprudencia."

Es muy de ver la preocupación más arraigada de Maquiavelo. Traza suya es, en su discutida obra, contemplar particularmente la condición de los príncipes nuevos, porque, en su época, no los había más que de esta especie en Italia. Cierto que admite la legitimidad de los principados hereditarios, garantizados por una larga sucesión de ascendientes en el mismo trono, y de los principados mixtos, "miembros añadidos a principados antiguos que se poseen de antemano" (2). Pero su capital obsesión son los principados de nueva formación, cuyos derechos e intereses, aun en los casos en que los impone la fuerza o la astucia, no se mantienen y se consolidan sino por el libre y unánime consentimiento de los pueblos, de donde la prudencia que requieren, la integra probidad que exigen,

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, 122, IX.
(2) *Il principe*, III.

Digitized by Google

el mérito que representan, y el enorme peso que significan, por la necesidad, en quienes los usufructúan, de conciliarse el amor de sus gobernados, si no quieren correr el peligro de que éstos les destronen. La verdad sea que los clásicos españoles hicieron muy parecido uso del criterio de Maquiavelo en punto a esa clase de gobernación. Díganlo sus textos. "El que gobierna bien una ciudad que otro gobernó mal, la gobierna y la restaura", insinúa Quevedo, en su Marco Bruto. Y otro clásico, Santamaría (1), escribe: "El que bien sabe y entiende qué cosa es gobernar, y ser cabeza, sabe que Gobierno y carga es todo uno". Maquiavelo ve en el príncipe nuevo un caso de perenne iniciativa política. Porque el príncipe nuevo no gobierna para refrendar tradiciones, ni para tolerar prejuicios del pueblo que le aceptó, yéndole a la zaga, sino para antecogerle los pasos de cerca, o para no moverse de su compañía, como paje de hacha. Maravillosa disposición del príncipe nuevo, que, a diferencia de otros de condición distinta, halla en el esfuerzo personal recurso con que robustecer el pueblo, lumbrera con que ilustrarlo, y ejemplo con que hacerlo más digno.

¿Cómo debe conducirse un Gobierno con los Gobiernos extranjeros? A esta pregunta no se puede contestar de una manera positiva y clara, porque los recursos de que se compone la política son amasijos de lodo y de sombra, que, cuanto más se estudian, más ceguera producen en el entendimiento y más repugnancia en el corazón. Los exaltadores del derecho natural y del derecho de gentes, denigrando la barbarie salvaje y los males innúmeros que las colisiones entre Estados traen consigo, querían sustituir la fuerza por la ley, reprobaban la guerra como un crimen, y predicaban la pacificación del mundo. Pero todas sus bellas máximas no probaban nada para el político italiano, quien reivindicó los fueros de la fuerza, cuando la ley no basta para infundir temor al enemigo, y para mantener el derecho lesionado por una injuria. "La modestia no aplaca jamás al enemigo, antes al contrario, le hace más insolente, y quizá vale más quitar algo por la

(1) *Tratado de república*, IV.

Digitized by Google

fuerza que por el temor de la fuerza" (1). La fuerza es, muchas veces, el único medio de obtener justicia, aun tratándose de elementos foráneos y extraños a la nación. "Si no conviene adherirse por temor a las solicitudes de los extranjeros, conviene prestarse a ellas por justicia, y hacer entonces con la mayor puntualidad y con el más escrupuloso cuidado lo que la equidad dicta. Es menester no omitir nunca el reparar y el vengar los insultos hechos a los extranjeros, cuando éstos se quejan de ellos" (2). El derecho natural legitima la guerra, cuando ésta es necesaria para defender la vida y los bienes del que se ve atacado, pero "no debe abusarse de la victoria, para no poner en la desesperación a los vencidos, ni hacer nunca juntas dos guerras importantes" (3). El buen sentido de Maquiavelo le libró del extravío de creer que los hombres habían sido creados por Dios para destrozarse mutuamente. Sin embargo, no admite una abdicación completa de los derechos de cada nacionalidad en aras de la pacificación del mundo. Unicamente exige que las guerras se hagan por causas justas, no por causas fútiles, ni atendiendo a informaciones engañosas, porque, una vez empeñadas, ya no hay límites a las consecuencias que acarreen, ni sabe el que las declara adónde le conducirán. "Un Gobierno no emprenderá el declarar la guerra a otro sobre el simple testimonio de aquellos fugitivos que se llaman emigrados, pues su extremado deseo de volver a entrar en su país les induce a creer naturalmente muchas cosas que son falsas, y a las que añaden otras, que son de su invención. Unido lo que creen a lo que quieren creer, os llenarán en tanto grado de esperanza de triunfo, que, fundándoos en sus noticias e informes, haréis el gasto de unos preparativos bélicos que no os servirán de nada, o emprenderéis una guerra en la que no obtendréis más que derrotas" (4).

El amor de Maquiavelo a la antigüedad era tan intenso, cual puede inferirse de las siguientes palabras: "Si se

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, II, XIV.
(2) *Discorsi sopra Tito Livio*, II, XIV.
(3) *Discorsi sopra Tito Livio*, II, XXVI.
(4) *Discorsi sopra Tito Livio*, II, II, XXXI.

Digitized by Google

considera el respeto que la antigüedad infunde, y el valor que a menudo se da a meros fragmentos de una estatua de los tiempos clásicos, que a todos les gusta poseer; si, por otra parte, se ven los maravillosos ejemplos que nos presenta la historia de las monarquías y de las repúblicas de Grecia y de Roma, y los prodigios de valor y de prudencia llevados a cabo por capitanes, reyes y legisladores, que se sacrificaron por su patria; si se les encuentra más admirados que imitados, cuando no dados al olvido, hasta el punto de que no queda ya vestigio de aquella tradicional virtud, fuerza es sorprenderse y afectarse profundamente ante ello... Seguir los ejemplos de los antiguos, no sólo parece hoy difícil, sino imposible, y diríase que el cielo, el sol, los elementos y los hombres han cambiado de orden, de movimiento, de orientaciones, de energías, y que son diferentes de lo que eran en otro tiempo" (1). Según Maquiavelo, aquellos ejemplos no se seguían entonces con verdadero fervor, y este dato mostraba, por sí solo, que el amor patrio, que tanto se ponderaba aún, tenía más de retórico e ilusorio que de cierto y efectivo, porque carecía del elemento que impulsó a Grecia y a Roma en sus empresas, y que era el sentimiento de la libertad. "Si, en el día, hay algunas ciudades independientes en Italia, en lo antiguo estaba poblada de Estados libres, desde la Lombardía hasta el cabo de Mesina... Recorred ahora el país de los samnitas, y no hallaréis más que desiertos. La causa de este gran cambio es que el país, antes libre, es actualmente esclavo" (2). Maquiavelo se consideró, en su época, como paladín del patriotismo entendido al antiguo modo, y desde este punto de vista sometió a censura severísima la obra nefasta de los extranjeros que habían sometido a su nación a servidumbre, y que los italianos del siglo XVI, tocados del mismo delirio de grandezas que los romanos de otrora, denominaban bárbaros. Con mano de cirujano sajó en el corazón de las miserias más vivas, y no parecerá extraño que un hombre de tan vigoroso temple como él sacara la consecuencia natural, esperando que del fondo de

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, prólogo.
(2) *Discorsi sopra Tito Livio*, II, II.

Digitized by Google

tantos males opresivos surgiese un salvador intrépido. "Si fué necesario que el pueblo de Israel estuviera esclavo en Egipto, para que pudiese apreciar el valor y los raros talentos de Moisés; que los persas gimiesen bajo el duro dominio de los medos, para que conociesen la grandeza y la magnanimidad de Ciro; que los atenienses experimentasen los inconvenientes de una vida errante y vagabunda, para que comprendiesen vivamente la magnitud de los beneficios de Teseo; así también, para apreciar el mérito de un libertador de Italia, ha sido preciso que ésta se haya visto traída al miserable extremo en que está ahora. Sus habitantes, en efecto, se han encontrado más ferozmente vejados que el pueblo de Israel, más cruelmente maltratados que los persas, más extensamente dispersados que los atenienses. Sin jefes y sin estatutos, han sufrido de los extranjeros todo género de robos, despojos, desgarramientos, desolaciones y ruinas" (1). Vencida, conquistada, despedazada, Italia aguardaba un libertador que la emancipase de los bárbaros que la escarnecían. Y Maquiavelo pensaba que ese hombre providencial debía salir de la insigne familia de los Médicis, a la que dirigió la siguiente exhortación: "Después de tantos años de expectación inquietante, Italia espera que aparezca, al fin, su redentor, en el tiempo presente. No puedo expresar con cuánta fe, con cuánto amor, con cuánta piedad, con cuántas lágrimas de alegría, será recibido en todas las provincias que han sufrido los desmanes de los extranjeros. ¿Qué puertas estarán cerradas para él? ¿Qué pueblos le negarían la obediencia? ¿Qué italiano no le serviría? Todos se hallan cansados de la dominación bárbara. Acepte, pues, vuestra ilustre casa este proyecto de restauración nacional con la audacia y con la confianza que infunden las empresas legítimas, a fin de que la patria se reúna bajo vuestras banderas, y de que bajo vuestros auspicios se cumpla la predicción del Petrarca: El valor peleará con furia, y el combate será corto, porque el denuedo antiguo aún no ha muerto en los corazones de los italianos" (2).

(1) *Il principe*, XXVI.
(2) *Il principe*, XXVI.

Digitized by Google

Tales acentos no son el grito de un malvado impudente, sino el de un patriota fervoroso. Mas, como observa Laurent (1), si el patriotismo de Maquiavelo tiene la grandeza del viejo patriotismo griego y romano, tiene también sus escollos e inconvenientes. Para el ciudadano de Grecia y de Roma, la patria era un ídolo, al que lo sacrificaba todo, comenzando por su propia personalidad. Y, si el ciudadano absorbía al hombre, y quedaban desconocidos los derechos de la naturaleza, ¿qué respeto podía guardarse con los que se reputaban enemigos de la patria? El amor a ella conducía al odio a las demás patrias, y, ante aquella idea, desaparecía la de todo hombre que conserva el sentimiento del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto. Y ése fué el patriotismo de Maquiavelo: un altar sangriente sobre el cual estaba dispuesto a sacrificarle todo. La salud del pueblo es la suprema ley: he aquí toda la moral antigua y he aquí toda la moral maquiavélica. Italia veíase subyugada, era menester echar a los bárbaros, y, para vencerlos, se requería un hombre que concentrase en sus manos las fuerzas dispersas entre las ciudades desunidas. Pero ¿cómo establecer la unidad indispensable allí donde reina una diversidad infinita? ¿Cómo unir espíritus profundamente divididos y mil ambiciones rivales? La obra no es practicable sino por medio de un salvador, y, para allanarle el camino, Maquiavelo no retrocede ante nada, ni ningún sacrificio le es costoso. Tal es la explicación del libro de Il principe.

Es del dominio de todos los versados en historia que, si Roma cosechó numerosos laureles, en el transcurso de su actuación republicana e imperial, no por ello merece los inconsiderados elogios que le han dirigido espíritus de escaso sentido crítico. Los hechos de la dominación romana han llenado de viento muchas cabezas, y va siendo hora de poner las cosas en su lugar. "A la Roma antigua se la admira, pero no se la ama. El romano es el hombre del hecho. Esta fiera humana no se crió jamás con pan del alma... En los siglos que duró la dominación romana, que fué una grandiosa barbarie, ningún destello de ideal

(1) *Les nationalités*, II, II, I.

Digitized by Google

influyó lo más mínimo, para que, en el arte, en la filosofía, en la moral, en el derecho, en la política y en la religión se dejasen de ver siempre relucir los colmillos de la loba que amamantó a Rómulo" (1). En materia de actuación internacional, los métodos de Roma pueden formularse en dos divisas: saqueo del mundo y reinado de la fuerza bruta. Así, cuando a la historia tradicional y clásica de Roma, plagada de fábulas, ficciones, leyendas y quimeras, se opuso la consulta y la meditación de los documentos coetáneos (de los legítimos, se entiende), los eruditos imparciales vieron venirse a tierra con ruidoso estrépito todos los portentos con que a los lectores se alucinaba, porque, acostumbrados, durante generaciones enteras, a tenerlos por ciertos e indubitables, advirtieron con asombro que, tras un mediano análisis, se trocaba en ilusoria la gloria supuesta, el hecho portentoso y la hazaña increíble.

Curiosa sería la historia de la explotación del orbe por los romanos. Como la ambición siempre es el pretexto para satisfacer alguno de los siete pecados capitales, la avaricia, en Roma, era el pretexto de la ambición, y los hombres sólo buscaban preturas y provincias, para obtener el derecho de botín. Asia había sido saqueada por Sila, saqueada por Mitrídates, saqueada por Lúculo, saqueada permanentemente por los publicanos, y, en sus arruinados países, Pompeyo encontró aún con qué duplicar las rentas del tesoro y con qué enriquecer a su ejército (2). Dueños del universo, los romanos se reservaron todos sus tesoros. Ladrones menos injustos como conquistadores que en su calidad de legisladores, habiendo sabido que el rey de Chipre poseía inmensas riquezas, forjaron, a propuesta de cierto tribuno, una ley por la cual se adjudicaron la herencia de un hombre vivo y la confiscación de un príncipe aliado (3). El Catón de virtud severa opinó, como condición republicana, no dar la libertad a Chipre, para poder guardar a favor de Roma su dinero. La conducta de Craso en Asia fué más bien la de un traficante que la de

(1) Campoamor, *El ideísmo*, 118.
(2) Laurent, *Rome*, I, IV, 4.
(3) Montesquieu, *Grandeur et décauence des romains*, VI.

Digitized by Google

un general. No encontrando ya nada que robar a los habitantes, empezó a violar los templos (1). La sed de oro le llevó a hacer la guerra a los partos, contra la fe de los tratados, y sin tener para ello autorización del pueblo (2). Ptolomeo Auletes, padre de Cleopatra y bastardo de Sátiro, monarca de Egipto, procurando que en la república romana le reconociesen por rey, regaló una gran suma a Julio César, que entonces era cónsul, y que estaba muy empeñado, y dió otra cantidad a Pompeyo, para hacer pasar la decisión en el Senado, consiguiendo, por veintiséis millones, el título de aliado del pueblo conquistador. No exageraba Catón cuando decía a Ptolomeo Auletes que, aunque el Egipto entero se convirtiese en metal, no se hartaría la codicia de los grandes de Roma (3). Ocasión es ésta de repetir con un escritor español (4) que existía menos ferocidad en una manada de lobos hambrientos que la que se empleó constantemente en todos los siglos que duró el dominio de Roma. Cuanto a virtudes, el mismo autor decía que no se encontraba un romano que tuviese corazón, pues todos eran unas máquinas ingeniosas de carne y hueso. Para hallar un hombre de bien en la historia de Roma, es menester leerla entera, y el honor de Régulo y la modestia de Cincinato tendrán algo de verdad, pero parecen inverosímiles. Y no es que el Imperio hubiese relajado las costumbres de los republicanos, a pesar de los espejismos pretéritos de Tácito. Los emperadores, sin excluir a Nerón, fueron caracteres más aceptables que algunos que pasaban por republicanos de los más puros. No quiero referir acciones públicas y privadas de austeros varones y de castas matronas, porque los idiomas modernos ni siquiera tienen palabras para pintar aquella licencia inaudita. Los últimos años de la república parecen una inmensa orgía de crímenes, despojos y livandades. ¿Podía subsistir la república, cuando los hombres que la

(1) Plutarco, *Vita Crasi*, XVII. Josefo, *Antiquitatum*, XIV, VII, I.
(2) Laurent, *Rome*, I, IV, 4.
(3) Plutarco, *Vita Catonis Minori*, XXXV.
(4) Campoamor, *El ideismo*, 121.

Digitized by Google

gobernaban habían llegado a esos excesos de delirio? Los individuos, las ciudades, las provincias, los Estados, no hallaban ya ninguna garantía para sus más sagrados derechos, y la fuerza bruta, unida a la locura del saqueo, regía al mundo (1). Por toda compensación, los romanos concedían el título de ciudadano y de aliado, título que a un solo individuo le salía más caro que todos los impuestos juntos que se han establecido después sobre los títulos nobiliarios. Tal título era un fuero que concedían los romanos a los que pagaban bien, en virtud del honor que habían conquistado con la espada de "protectores de los reyes". Y, con esto, y con su maldita invención de las municipalidades libres y aliadas de Roma, perpetuaron en el globo, acaso para siempre, el desgobierno, pues su sistema constituía el modo de esclavizar con independencia. "Los romanos de la antigüedad, como los ingleses de nuestros días, en lo exterior no tenían más religión que la que les era útil, y en lo interior no hay diferencia, ni siquiera de forma, entre los idolillos de los negros de Angola y los dioses de aquellos salteadores de caminos. La ausencia de todo idealismo de la sociedad romana hizo que fuese su Dios el dinero, su derecho la fuerza, su moral la dominación, su administración la rapiña, su política la gobernación de los patricios contra los plebeyos, y el fin de todo la esclavitud dentro y la sumisión fuera" (2). ¿Se concibe que de semejante estado social, más propio de bandidos que de ciudadanos, derivase Maquiavelo las añoranzas y las nostalgias patrióticas con que estimulaba a los italianos de su siglo? Por muy desmoralizados que éstos estuviesen, ¿podría compararse su estado social con el de la antigua Roma?

Lo que hoy llamamos decadencia, Maquiavelo lo denominaba corrutela, y la base de todas sus especulaciones giró alrededor del hecho de la corrupción de la raza italiana, y también latina, y de la sanidad de la raza germánica (3). No fué otro su deseo que poner en aborrecimiento de los

(1) Laurent, *Rome*, I, IV, 4.
(2) Campoamor, *El ideismo*, 120.
(3) Sanctis, *Storia della letteratura italiana*, II, 66.

Digitized by Google

italianos la autoridad y la cabida que en el mundo y en el vulgo tenían los empresarios de muerte que llevaban a la nación a una ruina próxima y completa. Muy particularmente los Papas eran, para él, los fautores y los fomentadores de tamaña infamia. En el libro I de sus Discorsi (1), dejó caer de su pluma las siguientes acusaciones sinceras: "Nosotros, los italianos, debemos al Pontificado y a los clérigos, como primer regalo, el de ser corrompidos e impíos, pues los pueblos que más cerca están de la Iglesia Romana son los que tienen menos religión. Les debemos otro favor mayor aún, que es causa de nuestra ruina: el de que la Iglesia ha mantenido y mantiene dividida a Italia, siendo así que ningún país llegó a ser poderoso y feliz sino a condición de estar todo él unido bajo las leyes de una república o de un príncipe, como acontece a Francia y a España. Y la culpa de que Italia no haya alcanzado la realización de ideal tan deseable y tan noble, es de la Iglesia solamente. Habiendo usurpado el poder temporal de una gran parte de Italia, no ha sido, ni lo bastante fuerte y lo bastante emprendedora para hacerse dueña del resto, ni tan débil que no haya podido llamar en su socorro a poderosos extranjeros contra los nacionales, según que se vió, antiguamente, cuando, por medio de Carlomagno, expulsó a los lombardos, que eran ya señores de casi todo el país, y, en nuestros días, cuando arrebató el poder a los venecianos, con el auxilio de los franceses, y arrojó a éstos del territorio peninsular, con la ayuda de los suizos. La Iglesia, tan incapaz de ocupar como de permitir que otro ocupase a Italia, ha sido causa de que ésta no haya podido constituirse bajo ningún jefe, y de que haya tenido que someterse a muchos, efecto de lo cual se halla en tal grado de división y de debilidad, que ha venido a ser presa, no ya de los apellidados bárbaros, sino que también de cualquiera que se ha tomado el trabajo de invadirla. Tal es el agradecimiento que debemos a la Iglesia, y a ella tan sólo".

Maquiavelo, pensativo e inquieto, en medio de aquel carnaval italiano, juzgaba la corrupción imperante desde un

(1) *Opere*, III, 258.

Digitized by Google

punto de vista histórico muy certero, pues la consideraba como la misma Edad Media en putrefacción, muerta ya en la conciencia, pero viva todavía en las formas y en las instituciones (1). Hemos visto, en el siglo XIX, cómo Italia recobró su unidad e independencia, por simples llamamientos al patriotismo de la nación. Esto era imposible en la época de Maquiavelo, y, aun cuando no lo hubiera sido, no habría tocado sus labios el carbón ardiente de un Mazzini. Podía hablar únicamente como político a otros políticos, por lo que, como si se dirigiese a un cuerpo de científicos experimentadores, excluyó intencionalmente toda clase de consideraciones morales (2). Pero su negación no era tampoco mera bufonería o puro efecto cómico, consciente y voluntariamente urdido. En aquella negación latía la afirmación de un nuevo mundo, surgido en su espíritu. Y, por eso, su negación fué seria y elocuente (3).

La Italia de la época de Maquiavelo, esclava de los extranjeros y destrozada por desatentados príncipes, ni aun sentía la fuerza que da la desesperación, para luchar por su libertad. El programa de Maquiavelo se resumía en la fórmula de "Italia para los italianos". Anhelaba ver expulsados del país a los extranjeros, y quería una Italia unida y libre desde la cima de los Alpes hasta las aguas del mar Jónico. El Papa Julio II, contemporáneo de Maquiavelo y tan afortunado guerrero como experto político, se había impuesto la misión de arrojar a los bárbaros de Italia, como depone Guicciardini (4). Pero, aun suponiendo que hubiera logrado echar del territorio a los franceses, nada hubiera ganado en ello la unidad e independencia de Italia, y la situación hubiera continuado la misma que el secretario florentino había pintado con tanta exactitud (5). No es hipérbole, ni juicio temerario, el de Guicciardini tocante al plan de Julio II, sino dictamen lleno de falsedad, que, si se diera mintiendo, no sería más contrario a la

(1) Sanctis, *Storia della letteratura italiana*, II, 67.
(2) Garnett, *The literature in Italy*, XII.
(3) Sanctis, *Storia della letteratur aitaliana*, II, 68.
(4) *Storia d'Italia*, IX. II.
(5) Laurent, *Les nationalités*, I, II, 3.

Digitized by Google

realidad de las cosas, porque la fuerza de éstas condenaba a los Papas a ser un obstáculo a la reunión y a la emancipación de los pueblos de Italia. La pasión de Julio II por su patria era fuerte, no cuanto a la concentración de los pueblos de Italia, sí cuanto a la extensión del poder temporal de la Santa Sede. Esta es la verdad, y en vano se invoca su odio a los bárbaros, puesto que, no pudiendo nunca el Papado dominar sobre toda la península, Italia y sus Pontífices "se encontraban dentro de un terrible círculo, tan fatal e invariable como los del Infierno de Dante". Si Julio II era tan patriota, ¿por qué se hizo cómplice de la Liga de Cambray, verdadera alianza de bandidos contra Venecia, que constituía el baluarte de Italia? El mismo comprendía cuán anómalo y contraproducente resultaba librar a Italia de los bárbaros, llamándoles para despojar a una república peninsular, como se puede notar en el libro VII de la Historia Venetiae del cardenal Bembo, donde se califica de vacilante la conducta de Julio II, quien hubiera querido retroceder en un camino que, lejos de desplazar a los extranjeros de la nación, les abría la más anchurosa puerta, y eternizaba allí su dominio. Maquiavelo creía llegada la hora de poner término a aquella indignísima farsa, que, lejos de reprobar, secundaban príncipes y emperadores, güelfos y gibelinos, poseedores del señorío tradicional y representantes del estado llano, a todos los cuales, estragados en su nativa condición, les había el tiempo gastado los aceros. Reducirles otra vez a esa nativa condición, hubiera sido para los Papas labor de importancia y digna de grandes encomios. Pero ni unos ni otros, como Maquiavelo vió muy bien, querían comprometer su situación en lo que estimaban dudosas aventuras. Así, Papado e Imperio, güelfismo y gibelismo, clases feudales y comunales, todas estas instituciones habían quedado demolidas en la mente de Maquiavelo. Y habían quedado demolidas porque en su mente había surgido un nuevo edificio político y social (1).

Si se entiende por patriotismo, como muchos quieren, la voluntad ansiosa de salvar a la propia nación, cuando se la ve corrompida u oprimida, no cabe negar que los Dis-

(1) Sanctis, *Storia della letteratura italiana*, II, 69.

Digitized by Google

corsi sopra Tito Livio de Maquiavelo logran este fin con rara habilidad. Pero, en realidad, no es la "salvación de Italia" la que en la mente del secretario florentino triunfa, sino el afán de entregarla, atada de pies y de manos, a un libertador, que infaliblemente hubiera sido un tirano. Esa salvación que sólo permite el uso de la inteligencia individual en cuanto pueda servir a los fines del Estado, paraliza de antemano toda aspiración libre, todo movimiento autónomo, todo uso independiente de la razón, en favor de una tiranía incontrastable de sentimientos de antemano estimulados, pero a los que falta la idea del deber. Y en este disimulado escamoteo del juicio privado, que quebranta la personalidad a expensas del interés común, decididamente reside, para nuestra noción del derecho, el aspecto "inmoral" de todo el maquiavelismo. Por eso, se ha dicho con exactitud que la política de Maquiavelo representa una llaga de Italia, llaga que, en nuestros días, amenaza extenderse por toda Europa: la decadencia moral. Desde tal punto de vista, la política de Maquiavelo se juzga y se condena por sí sola, pues arranca de la diadema de la dignidad del hombre el brillante de las iniciativas ciudadanas, poniendo en los huecos las falaces cuentas de vidrio de su cesarismo monstruoso e impenitente.

Muchas razones harían suponer, aunque, en realidad, veremos cuántas y cuáles reservas deben presentarse, que el excesivo estatismo de Maquiavelo derivó de la mala disposición psicológica con que juzgó siempre las cualidades nativas de la naturaleza humana. "¿Qué son los hombres (pregunta Mussolini) en el sistema político de Maquiavelo? ¿Cuál era su concepto de los hombres en general y de los italianos en particular? ¿Era optimista o pesimista? Y, al decir hombres, ¿debemos interpretar la palabra en el sentido restringido de una cierta especie de hombres, sus compatriotas y sus contemporáneos, apreciados por él como tales, o debemos situar la palabra hombres más allá del espacio y del tiempo, y verles en el aspecto de la universalidad y de la eternidad?... Lo que resulta de la más superficial lectura de Il principe es que Maquiavelo experimentaba un pesimismo agudo en presencia de la naturaleza humana. Como todos los que han tenido ocasión de practicar

Digitized by Google

un comercio vasto y continuo con sus semejantes, Maquiavelo es un despreciador de los hombres, y gusta de representarlos por su lado más negativo y más humillante... Y ese juicio sobre los hombres no es accidental, sino fundamental, en el espíritu de Maquiavelo y en todas sus obras. Hay aquí una convicción experimental, desoladora, fría y debemos tomar en consideración este punto inicial y esencial, para seguir los desenvolvimientos sucesivos del espíritu de Maquiavelo. Evidentemente, al juzgar a los hombres como los juzgaba, no se refería tan sólo a los de su época, que vivían y que guerreaban a caballo, sino a los hombres en conjunto, no limitados en el espacio y en el tiempo. Mucho ha transcurrido desde entonces, pero, si me fuera dado juzgar de mis semejantes de hoy, no podría atenuar en modo alguno el juicio de Maquiavelo, antes bien, lo agravaría quizá." Sobre la cárcel tapiada del mundo civil donde encerraba y estrechaba a la maligna bestia llamada hombre, Maquiavelo asentaba como última piedra, para eternizar el cautiverio político, la historia entera y toda la psicología, no sólo del individuo, sino del conjunto de la sociedad, resumida por él en una perpetua lucha entre el pueblo y sus directores. Si el crimen es útil a veces, la virtud puede ser dañosa más a menudo, y al príncipe le basta mostrar sus exterioridades, aparentando poseerla. Hasta se atreve a decir Maquiavelo (1) que, si la posee realmente, y la observa siempre, le es perniciosa en ocasiones, al paso que suele serle provechosa, si aparenta poseerla, aunque de hecho sea todo lo contrario. "El príncipe debe esforzarse por adquirir reputación de bondad, de clemencia, de piedad, de fidelidad y de justicia, y debe tener todas esas buenas cualidades, pero quedando en todo momento dueño de sí mismo, para desplegar las contrarias, cuando lo crea conveniente. Doy por sentado que un príncipe, y sobre todo un nuevo príncipe, no pueda ejercitar impunemente todas las virtudes, porque el interés de su conservación le obliga frecuentemente a violar las leyes de la humanidad, de la caridad y de la rectitud". La excesiva persistencia de esa inclinación al pesimismo pragmático es

(1) *Il principe*, XVIII.

Digitized by Google

un signo de pequeñez de espíritu, lo confieso. Sin embargo, no la juzgo demasiado censurable, puesta enfrente del optimismo demagógico y de su facilidad desordenada de modificar el Estado tan a menudo, tan profundamente y de modo tan veleidoso como cambian las modas y los caprichos.

¿Qué porvenir prometía la humanidad, a no apoyarla la autoridad política, sino la disolución y el caos, pues no llevaba en sí gérmenes de moralidad y de orden? Según Maquiavelo (1), "los hombres son ingratos, volubles, disimulados, huidores de peligros y ansiosos de ganancias. Mientras les hacemos bien, y necesitan de nosotros, nos ofrecen sangre, caudal, vida e hijos, pero se rebelan cuando ya no les somos útiles. El príncipe que ha confiado en ellos, se halla destituído entonces de todos los apoyos preparatorios, y decae... Los hombres se atreven más a ofender al que se hace amar que al que se hace temer, porque el afecto no se retiene por el mero vínculo de la gratitud, que, en atención a la perversidad ingénita de nuestra condición, toda ocasión de interés personal llega a romper, al paso que el miedo a la autoridad política se mantiene siempre con el miedo al castigo inmediato, que no abandona nunca a los hombres." Cuanto a lo que toca al egoísmo humano, se encuentra, en sus Frammenti storici, lo que sigue: "Los hombres se quejan más de un bien que se les ha arrebatado que de la muerte de un hermano o de un padre, pues la muerte se olvida, y la pérdida de un bien, no. La razón es evidente, dado que todos saben que un hermano o un padre no pueden resucitar, en tanto que un bien se recobra a veces". En otra obra (2), Maquiavelo escribe: "Demuéstranlo cuantos discurren sobre la vida civilizada, y corrobóranlo mil ejemplos de la historia, que es necesario a quien organiza una república, y ordena sus leyes, suponer a los hombres malos y prestos a usar, con facultad libre, de la protervidad natural a su alma. Los hombres no hacen el bien más que arrastrados por la necesidad, y donde la libertad existe, y la licencia tiene curso,

(1) *Il principe*, XVIII.
(2) *Discorsi sopra Tito Livio*, I, III.

Digitized by Google

se entregan rápida y continuamente a la confusión y al desorden". Un príncipe prudente debe evitar promesas que sean contrarias a sus intereses. Carlos V, siempre que prometía, empleaba la fórmula de a fe de hombre de bien, y después hacía todo lo contrario de lo que había jurado. He aquí lo que escribía Maquiavelo a este propósito: "Yo no me ocuparía en dar ciertos preceptos al príncipe, si todos los hombres fuesen buenos. Pero, como todos son malos, y se hallan de continuo dispuestos a faltar a su palabra, el príncipe no debe hacer alarde de ser fiel a la suya, y esta falta de palabra es siempre fácil de justificar. Toda la dificultad está en desempeñar bien su papel, y en saber fingir y disimular oportunamente. Y los hombres son tan simples, que el que quiera engañarlos, encontrará incautos sin esfuerzo alguno". A tales extremos habían conducido a un espíritu lógico y consecuente la experiencia del corazón humano y el conocimiento de lo que existe en su fondo más íntimo. La frase inglesa for play, que en español vale por "juego limpio", no entró jamás en la política de Maquiavelo. Sentirse el príncipe en íntegra posesión de todos sus actos interiores y de todos los actos exteriores de sus súbditos, tenía necesariamente que parecer al gran secretario como atributo indispensable de la soberanía. Ahora bien: entregar ésta al príncipe sin reservas era, en Maquiavelo, un propósito acariciado con afán y perseguido con extraordinaria tenacidad a través de su obra. "Un príncipe (leemos en ella) debe comprender que no le es posible observar las normas de ese criterio optimista que hace mirar como virtuosos a los hombres, puesto que a menudo, para conservar el orden en su Estado, se ve en la precisión de obrar contra sus promesas, contra sus impulsos de caridad y aun contra su religión."

Me sería fácil continuar las citas, mas no lo creo indispensable. Los textos preinsertos bastan para demostrar que Maquiavelo practicó anticipadamente el método de Hobbes, negando bondad innata y sentimientos de justicia al corazón humano. "Los hombres no se asocian más que por interés o por vanidad, es decir, por amor de cada uno a sí mismo, no por amor a los otros... Antes de que los hombres se uniesen por leyes, cada uno se arrogaba el de-

Digitized by Google

recho de hacer lo que quería contra quien quería... El origen de las sociedades grandes y duraderas no es la benevolencia mutua. En el estado de naturaleza, todos tienen el deseo de dañar... El hombre es un lobo para el hombre... El estado de naturaleza es la guerra, y no así como quiera, sino la guerra de todos contra todos, y esa guerra es por esencia eterna." El desencadenamiento de las sectas, el conflicto de las ambiciones, la caída de los gobiernos, el desbordamiento de las imaginaciones agriadas y de las pasiones maléficas, habían sugerido esa idea del hombre y de la sociedad (1), idea que persistió inmanentemente aun en los regímenes políticos fabricados por los enciclopedistas franceses del siglo XVIII, los cuales pecaban, a través de Rousseau, de un inconmensurable e incurable optimismo. Maquiavelo, que no participó por un solo momento de este optimismo falaz, no se ilusiona, ni ilusiona al príncipe. En su mente, es fatal la antítesis entre el príncipe y el pueblo, o sea entre el Estado y el individuo. Lo que se viene llamando utilitarismo, pragmatismo y cinismo de Maquiavelo, despréndese lógicamente de su inicial posición, pues la palabra príncipe debe entenderse como Estado. Traslademos las palabras de Mussolini a este propósito: "En el concepto de Maquiavelo, el príncipe es el Estado. Mientras que los individuos, arrastrados por su egoísmo, tienden al atomismo social, el Estado representa una limitación y una organización. El individuo aspira a evadirse continuamente, a sustraerse a las leyes, a no pagar los impuestos, a no hacer la guerra. Contados son los que, héroes o santos, sacrifiquen su propio yo en el altar del Estado. Todos los demás hállanse en instancia de revuelta contra él. Las revoluciones de los siglos XVII y XVIII han intentado resolver ese desacuerdo que existe en la base de todas las organizaciones sociales del Estado, convirtiendo el poder en una emanación de la libre voluntad del pueblo. ¡Ficción notoria e ilusión pura! Ante todo, lo que se denomina pueblo no ha sido definido jamás, por ser una entidad propiamente abstracta en cuanto enti-

(1) Taine, *Histoire de la litterature anglaise*, III, I, I. Compárese con Morley, *Machiavelli*, 81, 97.

Digitized by Google

dad política, y no saberse exactamente dónde comienza y dónde concluye. El adjetivo de soberano, aplicado al pueblo, es una farsa trágica. El pueblo delega a lo sumo, pero no ejerce la menor soberanía. Los sistemas representativos son más mecánica que moral, y, aun en los países donde más tiempo llevan en uso, hay horas solemnes en que nada se pregunta al pueblo, porque se adivina que la respuesta sería fatal. Arrebátasele la corona de cartón de su soberanía, y se le ordena, sin más examen, o aceptar una revolución, o firmar una paz, o marchar hacia lo desconocido de una guerra, y no le queda al pueblo más que un monosílabo para afirmar y para obedecer. La soberanía graciosamente otorgada al pueblo se le sustrae en los momentos en que la necesidad se hace sentir, y sólo se le deja cuando es inofensiva, o por tal se la reputa, es decir, en los momentos de la administración ordinaria. ¿Imagina nadie una guerra decidida a continuación de un referendum?"

Maquiavelo toma la palabra gobernar a los hombres en su acepción más concreta y a la vez en su sentido más amplio. De un modo general, gobernar vale por reinar, mandar, dirigir. Sólo el príncipe con dominio independiente impera a otros, y sólo el Estado pone en orden a los ciudadanos. De ahí por extensión se aplica a cualquier acto que implique amaestrar, encaminar, guiar los pasos de la vida. Así se gobierna la mano, el pie, la pluma, la danza, el ejército, la nave, la familia, la educación, etc. Pero, en su concepto político, gobernar es regir a los hombres, aunque no a lo bruto y silvestre, sino a lo racional y moral, apacentándoles con la buena enseñanza, y dirigiéndoles por los senderos de la justicia. Sin embargo, lo que hay de más eficaz, según Maquiavelo, es el temor. Por eso, el príncipe debe mirar a ser temido más que amado. Si administrar lo que a los súbditos conviene es deber elemental del príncipe, hacerse respetar de ellos por el miedo es obligación más sagrada aún. La coacción sola no basta para que el pueblo se intimide, si no va precedida de ese saludable pavor con que responden las almas sencillas a las previas amenazas de los que pueden ejercer sobre ellas doloroso constreñimiento. Nadie veneraría al príncipe, sin conocer

Digitized by Google

la fuerza coercitiva que le asiste, y que se halla en manos de sus gobernantes y de sus soldados.

Muy en uso está hoy, entre los agitadores políticos, el captarse la voluntad del pueblo, bien adulándole, bien excitando sus pasiones más viles, bien induciéndoles a luchar contra los poderosos. Si abrimos el libro dedicado por Maquiavelo (1) a comentar al más excelso de los historiadores romanos, no deja de causar asombro el ver que, por espacio de once capítulos, con reconocer al pueblo buenas cualidades instintivas en la elección de sus directores, ni una sola vez le concede condiciones racionales para ello. El parecer de Maquiavelo viene muy a nuestro propósito. Helo aquí: "Determinamos al pueblo, hablándole de magnanimidad y de valor, y, cuando un orador hábil quiere inclinarle a un fin menos decente, es menester a lo menos que se encubra con los visos de prendas tales. Por el mismo espíritu, el pueblo se pone a escoger con preferencia, y a elevar a los honores, al que se ha distinguido por alguna acción magnánima y valerosa, más en lo civil que en lo militar, porque las acciones de tal naturaleza son más raras en el primer orden que en el segundo. Una consecuencia lógica de esta índole del pueblo es la de no engañarse más que raras veces, al elegir las personas más dignas para los cargos públicos, aunque yerra más fácilmente en el juicio de las cosas para que dichas personas puedan merecer o no su elección. El legislador prudente no debe, por tanto, eludir nunca el juicio del pueblo en lo concerniente a la distribución de los grados y de las dignidades, pero sin olvidar que la capacidad de la inteligencia del vulgo se limita a comprender lo que hay de sensible en los hechos. Cuando es preciso discurrir, el pueblo no sabe ya más que ir a tientas en la oscuridad." ¡Cuánta sabiduría innata y sutil y cuánta filosofía inconsciente y práctica no hay en el pueblo! Si, en ocasiones, el autor de Il príncipe consiente el despotismo, para llegar a su fin, no es por amor a la tiranía, antes al contrario, sus predilecciones están a favor de la república. Sus Discorsi sopra Tito Livio son un alegato elocuente en pro del Gobierno democrático. No escasea en ellos sus elo-

(1) *Discorsi sopra Tito Livio,* I, XLVII, LVIII.

Digitized by Google

gios al pueblo, cuyas virtudes ensalza, especialmente su constancia y su discreción. Dice y repite que las repúblicas saben elegir a los hombres capaces mejor que los reyes, lo cual les da una inmensa ventaja sobre las monarquías. Su conclusión y su convicción profundas se resuelven en que los pueblos no pueden llegar a ser poderosos más que por la libertad (1). ¿Por qué entonces ha escrito El príncipe? Renovemos la memoria de lo que acerca de ello escribió el preclaro Laurent (2): "Maquiavelo (¡triste es decirlo!) desprecia a los hombres, y sobre todo a los italianos, por hallarse corrompidos hasta tal punto, que les juzga incapaces de salvarse a sí mismos. He aquí por qué quieren un jefe que haga pesar su mano de hierro sobre el pueblo, y que le salve a su pesar y a despecho de sus vicios (3). El gran político se hacía una ilusión funesta y amarga, que es preciso no dejar a los pueblos que se parecen a la Italia del siglo XVI. Cierto que las naciones corrompidas no soportan la libertad, porque son indignas de ella, pero tampoco las salva el despotismo. ¡Singular medio de curar la corrupción aquel que degrada la naturaleza humana! El despotismo no consigue más que tornar el mal irremediable, privando a los hombres del sentimiento de su dignidad y de su responsabilidad. No hay que desesperar nunca de la salvación del género humano. Los individuos y las naciones pueden salvarse, siempre que se haga renacer en ellos la conciencia del deber. Pero, si no tienen fuerza bastante para volver a la moralidad, inútil será que se entreguen a un salvador, pues serán salvadas como Roma le fué por sus Césares." Tal es la enseñanza que el siglo XX debe sacar del estudio de Maquiavelo.

Ayudará, si bien lo miramos, a confirmar lo dicho el testimonio de Rousseau (4). Al aseverar que "el libro de Maquiavelo da grandes lecciones a los republicanos contra los nuevos príncipes", no se refiere a la política del gran secretario en sentido de verdad teórica, sino de utilidad prácti-

(1) *Discorsi sopra Tito Livio,* II, II; III, IX, XXXI.
(2) *Les nationalités,* II, II, I.
(3) *Discorsi sopra Tito Livio,* I, VIII, LV.
(4) *Contrato social,* III, VI.

Digitized by Google

ca. Texto es este de Rousseau que, a mi juicio, vale por resolución de la presente controversia, si alguna pudiera caber en tan expresas palabras, las cuales consuenan con las del propio Maquiavelo, cuando declaró: "Mi intención única ha sido la de escribir cosas útiles y prácticas, para los que sean capaces de comprenderlas, y que tengan por más conducente portarse con arreglo a las verdades de hecho que con arreglo a los bellos planes que sólo en la imaginación existen. He querido más hablar sobre lo que realmente es, que discurrir sobre lo que debería ser, sin tomar en consideración el virtuoso concurso de todos los ciudadanos al bien general. Muchos, en verdad, concibieron con la fantasía bellas repúblicas y maravillosos principados, que no vieron nunca, y que no son más que quimeras. Hay tanta distancia entre el modo como los hombres se conducen, y el que por obligación les corresponde, que el príncipe que abandonara lo que de provechoso se hizo, para realizar lo que él creyera mejor, y que no podría serlo más que en un plano puramente ideal, trabajaría más en su ruina que en su conservación."

¿Qué porvenir espera a los Estados que, sin perjuicio de rendir a la justicia el debido acatamiento, desdeñen la fuerza, la violencia, la coacción, la constricción, los medios coercitivos, severos, previsores, policíacos? Un porvenir de desquiciamiento, desórdenes, subversiones, revueltas, mudanzas catastróficas, trastornos nacionales, turbaciones generales, alteraciones extraordinarias de la cosa pública. La aplicación de esta implacable lógica es El príncipe, a cuyo autor horrorizaba aquella nivelación sistemática de la demagogia, que, desorganizando la sociedad, llevaba al Gobierno a logreros feroces y a usureros trapisondistas, empujados por una turba de prostitutas, taberneros, jugadores, criminales, ladrones, mendigos, y que acabaría por entregar la nación al poder más arbitrario que hubiera aparecido jamás sobre la tierra, si las sanas tradiciones políticas de Roma no volviesen a recobrar su ascendiente en Italia. Pero no menos que a esta irrupción brutal del populacho temía Maquiavelo a las arteras, solapadas y antipatrióticas maniobras de reyezuelos, abogados y curas. Trecose desidero vedere innanzi alla mia morte, ma dubito,

Digitized by Google

ancora che viversi molto, non vedere alcuna: uno vivere di republica bene ordinato nella cittá nostra, Italia liberata da tutti barbari, e liberato il mondo della tirannide di questi scellerati preti (1).

Desde el punto de vista de su filosofía política, Maquiavelo establece que las ideas generales, aplicadas a la práctica, son siempre abstracciones, y, por lo mismo, negaciones de la vida real. Muy en ello estaba el ilustre Laurent (2), cuando afirmó que la doctrina de Maquiavelo es la expresión de las preocupaciones y de los errores que reinan, desde la más remota antigüedad, acerca de las relaciones entre los pueblos, lo cual no es una excusa particular del autor de Il principe, cuya teoría está casi siempre dominada por los hechos, pues sucede eso con todos los sistemas políticos. Los escritores que quieren elevarse por encima de la realidad, se pierden en las regiones de la fantasía, y no ejercen influencia alguna, a lo menos sobre sus contemporáneos. Los que se limitan a dirigir a los hombres, se mantienen en el terreno de la realidad, pero tropiezan con otro escollo, y es que, a fuerza de vivir dentro de los hechos, los erigen en derecho. Los dos grandes filósofos de Grecia son los representantes más genuinos de esas tendencias contrarias. Platón vive en un mundo ideal, y con el nombre de República escribe una utopía falsa e irrealizable hasta cierto punto, pero llena de altas aspiraciones. Aristóteles vive en el mundo real, estudia las constituciones políticas que pudo haber a tiro, y después se pone a redactar su sistema. ¿Y qué le ocurre? Que hallando la esclavitud establecida en todas partes, no se contenta con aceptarla, sino que la justifica. Maquiavelo pertenece a la escuela de Aristóteles. Es, como éste, el hombre de la realidad, y, como éste también, erige los hechos en doctrina. Si no se ha anatematizado a Aristóteles, por haber presentado la justificación de la mayor de las iniquidades sociales, ¿por qué anatematizar a Maquiavelo, siendo así que su única culpa fué la de reflejar en sus libros las concepciones políticas dominantes?

---

(1) Aunque estas palabras son, en realidad, de Guicciardini, las aprueba, y las hace suyas, Maquiavelo.

(2) *Les nationalités*, II, II, I.

Digitized by Google

Maquiavelo es el creador del realismo en el campo de la política. Si otros quieren sacar adelante la moral, él se limita a estudiar el corazón de los hombres. Juntamente con el total, conoce las partes, y no mira lo de fuera, sino lo de dentro. Cuando se le quiere apreciar en su verdadero valor, hay que distinguir el fin que se propone de los medios que aconseja para alcanzarlo. El fin es ideal, los medios, reales, y, por eso, no atiende a los que, bajo pretexto de moralidad, de juridicidad, de espiritualismo, pagan siempre tributo a la moda, a las conveniencias, a las preocupaciones. Descomponiendo las elucubraciones de los políticos idealistas, pone de manifiesto su fealdad real, y las despoja de su belleza ficticia. Si excita a los italianos del siglo XVI a que imiten a sus antepasados, y no se cansa de alabar lo pretérito a expensas de lo presente, es porque sabe que si, en los romanos antiguos, hubo vicio, corrupción, ambición, crueldad, rapacidad, venganza, imprudencia y aun dosis no pequeña de tontería, aquellos hombres, sin embargo, hubieran podido avanzar hasta un grado extremo en la escala de esos defectos, sin temor de llegar, no ya a superar, pero ni a igualar siquiera a sus descendientes degenerados. ¿Qué impulsaba a los romanos antiguos? La unidad, la libertad, el derecho, la civilización. ¿Qué impulsaba a los italianos del siglo XVI? La división, la servidumbre, el interés, la barbarie. Para ser justo con Maquiavelo, conviene hacer notar la manera lacónica, enérgica, casi sañuda, con que fustigó ese estado de afeminamiento político, que, en su época, veía, lo mismo en las repúblicas que en las tiranías y en los papas como en los reyes. Ateniéndose a la vez a lo que había que cumplir y a lo que exigían las circunstancias, convertía la legislación en una ciencia detallada, sólida, prudente, e importaba en la política el criterio positivo de los hombres de negocios. Bajo las fórmulas casuísticas, acomodaticias, móviles, de la jurisprudencia, encontraba las instituciones fijas, inmutables, pesadas, de la historia, como bajo las vagas nubes están las montañas ingentes, que no dan un paso adelante ni atrás. Al atenerse a la experiencia, al trasladar con fidelidad los actos del hombre, al pintar sus rictus dolientes o sus gestos histriónicos, Maquiavelo procede como los deterministas de hoy,

Digitized by Google

que le juzgan irresponsable de todo, por no ser causa de nada. Lo cual se entenderá mejor, si consideramos, cuánto estudio empleaba nuestro autor en tomar por fundamento de sus consejos a los príncipes las observaciones por él hechas en lo que de más íntimo ofrece la condición humana.

Ha dicho Algarotti, en el tomo IX de sus Opere, que "Maquiavelo fué en política y en las cosas del Estado lo que Newton en conocimiento de las ciencias físicas y en los arcanos de la naturaleza". Sin dar a esta sentencia un valor riguroso, bien puede afirmarse que Maquiavelo tomó de las ciencias físicas su idea de la política, y que con arreglo al patrón de ellas quiso reformar las ciencias morales. Acaso el maquiavelismo fué deudor de su asombroso éxito al procedimiento rigurosamente científico que su autor empleó, pues el pensador florentino utilizó en su construcción filosófica mayor riqueza de interesantes hechos y de atinadas observaciones que ningún otro político entre los italianos. Hubo, sin duda, en su sistema errores y hasta anfibologías, que era imposible evitar. Pero, en conjunto, la política aparece allí concebida como una ciencia racional, que se sirve del método analítico e inductivo y que a la vez se permite recurrir a la síntesis, procediendo muy a menudo por analogía y por deducción. Los romanticismos políticos de los tres siglos posteriores pugnaron por acabar con el maquiavelismo, y creyeron conseguirlo en gran parte. Pero fué aquél tan tenazmente valeroso, que, para más a su sabor hacer burla de sus perseguidores, acabó por arrebatarles las armas, bien así como de un enorme puñal saca un hombre industrioso un excelente cuchillo, que, si el uno mata, el otro sirve de provecho.

§ 5.—INFLUJO DE LOS AUTORES CLÁSICOS SOBRE MAQUIAVELO

Amelot de la Houssaie, el mejor traductor francés de Il principe, enriqueció su versión (aparecida en 1683 y que debió hacerse sobre la edición publicada por el célebre Aldo en 1540 ó 1546) con una serie de notas, que señalan las reminiscencias de autores clásicos que a través del libro de

Digitized by Google

Maquiavelo advierte el lector erudito (1). No carece de fundamento este afán de Amelot de la Houssiae en unir a las máximas de Maquiavelo (y a modo de adiciones interpretativas) las que había hallado conformes con ellas en los escritos de Jenofonte, Macrobio, Plutarco, Salustio, Cicerón, Séneca, Tácito, Tito Livio, Dion Casio, Veleyo Patérculo, Virgilio, Plinio el Joven, etc. Sin embozo declaro que los libros de esos escritores antiguos ofrecieron a Maquiavelo preciosos socavones de enseñanza histórica muy aplicable a su época, agitada por la inmensa fatiga y por el tremendo horror de las guerras civiles. Adoctrinado por tan buenos maestros, Maquiavelo camina a pie seguro, como quien levanta banderas y triunfos en las observaciones que hace, y en los consejos que propone. Razón será, pues, que indique las principales concomitancias entre los juicios políticos del secretario florentino y los de los autores clásicos.

Asevera Maquiavelo (2) que, "en los Estados hereditarios, que están acostumbrados a ver reinar la familia de su príncipe, hay menos dificultad en conservarlos que cuando son nuevos". ¿Había dicho Tácito otra cosa? Porque, si, en el libro I de las Historiarum, advierte que quien adquirió un imperio por medio de la violencia o del crimen, no puede conservarlo por el uso repentino de las antiguas moderación y blandura (non posse principatum scelere quaesitum subita modestia et prisca gravitate retineri), en el libro XII de los Annalium, previene que el rigor que conviene emplear, para retener ese imperio, es a menudo causa de perderle con la sublevación de los súbditos, a quienes se les acaba la paciencia (atque illi, quamvis servitio sueti, patientiam abrumpant). Los usurpadores de entonces parecíanle a Tácito, ni más ni menos que a Maquiavelo los de su época, como una suerte de monas que con sus monerías ridículas, hacen mil figuras indignas de la recatada gra-

(1) En el siglo XIX insistieron sobre este punto, primero (1875) Triantafillis, en su *Machiavelli e gli scritori greci*, y después (1888) Ellinger, en *Die antiken Quellen der Staatslehre Machiavelli*.

(2) *Il principe*, II.

Digitized by Google

vedad característica de los príncipes consagrados por su abolengo y por la fuerza de la tradición.

Maquiavelo (1) llamaba sentencia de oro la que la autoridad del clásico Tácito, en el libro IV de sus Historiarum y en el XII de sus Annalium, ponía en boca de un Senado romano, y que se refiere a la inutilidad y a la contraproducencia de los principados mixtos. He aquí los textos: "Admirando lo pasado, sin vituperar lo presente, y aun deseando buenos príncipes, soportaba pacientemente a los que no eran tales, vista la necesidad de vivir según los tiempos en que cada uno está (se meminisse temporum quibus nutus sit. Ulteriora mirari, praesertim sequi, bonos imperatores spectare, qualescumque tolerare)... Como los embajadores de los partos fuesen a Roma a pedir a Claudio otro rey diferente del suyo, el emperador les respondió que semejantes mudanzas no valían nada, y que era necesario acomodarse lo mejor que se pudiera al genio de los monarcas que se tuviesen (ferenda reg ingenia, neque usui crebas mutationes)." Tales mudanzas, casi nunca necesarias, suelen ser perjudiciales a la continuidad de la gobernación. ¿Qué motivos valederos hay, pues, para llevarlas a cabo? Ninguno, fuera de seguirles el humor a los demagogos de oficio, y contemporizar con su negra afición.

Sácase de aquí que los principados mixtos, compuestos de un miembro nuevo que se añade a otro antiguo, no pueden proponerse por modelos de buena gobernación. Al apoderarse de ellos el nuevo ocupante, tiene que satisfacer las ambiciones insaciables de los que se encumbraron, y que no defraudar la confianza que hiciera concebir a sus nuevos súbditos. Si no logra esto, se verá obligado a tomar severas medidas que, tornando la represión política más fuerte, tornen también la paz pública más estable. Tácito, en el libro VI de los Annalium, refiere que los partos, después de haber recibido con los brazos abiertos a Tiridates, por esperar que los trataría mejor que los había tratado Artabano, tardaron poco en aborrecerle tanto como antes le habían amado (qui Artabanum ob saevitiam execrati como Tiridatis ingenium sperabant... ad Artabanum vertere, etc.).

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, III, II.

Digitized by Google

El mismo historiador, en su libro XII, cuenta que, habiendo reconquistado Rhadamisto la Armenia, de la que le habían echado sus gobernados, se condujo con ellos como con unos rebeldes, que no aguardaban más que la ocasión de rebelarse otra vez (vacuam rursus Armeniam invasit, truculentior quam antea: tamquam adversus defectores, et in tempore revellaturos). En todo caso, hay que contar siempre con que la adquisición de un Estado nuevo es peligrosa, si difiere del propio en las costumbres, ya que, según Tácito, la diversidad de las costumbres ocasiona frecuentes disensiones (ex diversitate morum crebra bella). Como mejor recurso preventivo, propone Maquiavelo (1) que el príncipe vaya a residir al Estado nuevo, y en tal sentido decían a Tiberio que hubiera debido ir en persona a mostrar la majestad imperial a unos pueblos amotinados, porque a su simple vista hubieran vuelto a la obediencia (ire ipsum et opponere majestatem imperiatoriam debuisse, cessuri principem vidissent).

Otra confirmación de lo dicho es la manera que Maquiavelo (2) tiene de aplicar las reglas de previsión al futuro por el siguiente temor: "En las cosas del Estado, si se conocen anticipadamente los males que pueden manifestarse, quedan éstos curados muy pronto. Pero, cuando, por no haberlos conocido, se les deja tomar un incremento tal, que llega a noticia de todo el mundo, no hay ya arbitrio que los remedie. Por eso, previendo los romanos de lejos los inconvenientes, les aplicaron siempre el remedio en su origen, y el temor de una guerra jamás les indujo a dejarles seguir su curso. Sabían que la guerra no se evita, y que el diferirla redunda en provecho ajeno. Al decidirse a hacerla contra Filipo y contra Antioco en Grecia, fué para no tener que hacérsela en Italia." Tácito también condenó de infecundo pacifismo a los que suponían que vale más seguir el proceder opuesto. En el libro VI de sus Annalium, afirma que fué estilo de los romanos pelear lejos de su país (fuit proprium populi romani longe à domo bellare), y que Tiberio se atuvo siempre a la máxima de que

(1) *Il principe*, III.
(2) *Il principe*, III.

Digitized by Google

es menester, conservando lo que uno tiene, gobernar las cosas extranjeras con la sabiduría y con la astucia, y tener fuera de la patria los ejércitos (destinata retinens consiliis et astu res externas moliri, arma procul habere). Amelot de la Houssaie observa que los romanos obraban así, para conservar la hacienda y la libertad de Italia, porque, si los extranjeros pusieran el pie en ella, podrían valerse de las riquezas y de las armas del país, lo cual debilitaría a los naturales. Por esto Aníbal decía a Antíoco que no era posible vencer a los romanos más que en Italia.

Generalizando las faltas cometidas por Luis XII de Francia en aquella su campaña de Italia, que le hizo primer árbitro de esta nación, y glosando el error en que incurrió, al ayudar al Papa a apoderarse de la Romaña, y al repartirse el reino de Nápoles con el monarca español. Maquiavelo (1) enseña: "En verdad, el deseo de adquirir es cosa natural y lógica. Los hombres que adquieren, cuando pueden hacerlo, serán alabados, y nadie los censurará. Pero cuando no pueden, ni quieren hacerlo como conviene, serán tachados de error, y todos les vituperarán". Al dictamen de Tácito se atenía Maquiavelo, al hablar así. Porque Tácito, en el libro II de sus Historiarum, pone en boca de Muciano, ministro de Vespasiano, las siguientes palabras, dirigidas al emperador: "Te llamo al Imperio, y helo aquí en tus manos (ego te ad imperiam voco, in tua mano positum est). Sería una bajeza dejarlo a otro, bajo el cual ni aun tu vida estaría segura (torpere ultra et perdemdam republicam relinquere sopor et ignavia videretur, etiam sibi, quam inhonesta tam tuta servitus esset)". Guiado por el ejemplo del clásico, Maquiavelo acusó de torpeza a Luis XII, por cuanto, al dejar en el reino de Nápoles a un monarca que no era más que pensionado suyo, le echó a un lado, para poner a otro, capaz de arrojarle a él mismo. Pero, si la idea de Maquiavelo es justa, no por ello cabe aceptar todas las aplicaciones que de ella hace, como, por ejemplo, cuando indica de qué manera deben gobernarse los Estados, que antes de ocupados por un nuevo príncipe, se regían por sus leyes particulares. Ma-

(1) *Il principe*, III.

Digitized by Google

quiavelo (1) pretende que en caso tal no le quedan al príncipe más que tres arbitrios entre qué escoger: o arruinar a dichos Estados, o ir a vivir en ellos, o dejar al pueblo con su código tradicional, obligándole a pagar una contribución anual, y creando en el país un tribunal de corto número de miembros, que cuide de consolidar allí su poder. Hizo esto Artabano, rey de los partos, en Selencia, transformando su Gobierno popular en una oligarquía, con lo que se asemejaba a una monarquía. Así lo exigía su interés, en sentir de Tácito. Qui plebem primoribus tradidit in suo usu. Nam populi imperium juxta libertatem, paucorum dominatio regiae libidini proprios est. Salustio, en su Bellum Catilinarium, decía también que cuanto se hace para retener una dominación, es decente, y que nada había glorioso sino lo que aseguraba esa conservación (nihil gloriosum nisi tutum, et omnia retinendae dominationis honesta). Sin embargo, Maquiavelo (2), inspirado en los libros IV y XIV de los Annalium, estima que, aunque a veces convenga al príncipe delegar en su primer ministro una autoridad casi ilimitada, otras debe evitar que esta autoridad, en su desmesuramiento, llegue a hacerse odiosa, conforme a aquella reflexión de Tácito, según la cual los representantes de los tiranos han de moderar su ambición a menudo, dado que el soberano, si les concede un ligero favor, al tiempo que le sirven por un crimen, no les tiene después más que un aborecimiento profundo (levi post admissum scelus gratia, dein gravius odio). Así, Tácito no vituperа a Tiberio de que sacrificara con frecuencia a semejantes hombres, para que no se vendieran a otros, ni obrasen igualmente para éstos contra sus intereses (scelerum ministros, ut perverti ab alios, nolebat ita plerumque satiatus veteres, et praegraves adfixit). Cuando César Borgia trató de persuadir a sus pueblos de que no debían imputársele a él los rigores de su primer ministro Orco, sino al duro genio de éste, conocía la verdad expresada por Tácito, al sentenciar que una potestad no está segura nunca de conservarse, cuando da en los excesos (nec unquam

(1) *Il principe*, V.
(2) *Il principe*, VII.

Digitized by Google

satis fida potentia, ubi nimia est). Por eso, mandó dividir a Orco en dos pedazos, y mostrarle así en la plaza pública, con cuyo feroz espectáculo logró que "sus pueblos quedaran, por algún tiempo, tan satisfechos como atónitos" (1). Veleyo Patérculo, en el libro II de su Historia, abundaba en el mismo sentir, pues dijo de Cinna que hizo acciones gloriosas que un hombre honrado no hubiera osado hacer (de quo verè dici potest ausum cum: quae nemo odere bonus, perfessise quae à nullo, nisi fortissimo perfici possent). Temeroso César Borgia de que el Papa sucesor de Alejandro VI no le fuera favorable, y de que tratara de arrebatarle lo que le había dado aquél, imaginó, para precaver este inconveniente, cuatro recursos, uno de los cuales fué, según Maquiavelo (2), el de "extinguir las familias de los señores a quienes había despojado, a fin de quitar al Pontífice los socorros que ellos hubieran podido suministrarle". Al hacer esta observación Maquiavelo se inspiró, sin duda, en la de Tácito, quien consigna que Muciano, primer ministro de Vespasiano, mandó ejecutar al hijo de Vitelio, para ahogar, decía, todas las semillas de guerra (Mucianus Vitelii filium interfici jubet, mansuram discordiam obtendens, ni semina belli restinxisset), porque hay peligro en dejar la vida a los que fueron despojados (periculum ex misericordia). Así, Vespasiano, después de haber adquirido el Imperio, no habría podido proporcionar ninguna seguridad, ni a sus amigos, ni a sus ejércitos, ni a sí mismo, si no hubiera impedido el regreso de su competidor, ordenando que le ejecutasen (ubi Vespasianum imperium invaserit, non ipsi, non amicis ejus, non exercitibus securitatem, nisi extincto, emulato redituram).

Maquiavelo (3) afirma que "los hombres ofenden por miedo o por odio", y compruébanlo las sentencias clásicas. Tácito asegura que, si Nerón depuso a cuatro tribunos, fué por el único motivo de que les temía (exuti tribunatu, quasi principem non quidem odissent, sed tamen extimerentur). El mismo Tácito profiere, en otro lugar, la máxima

(1) *Il principe,* VII.
(2) *Il principe,* VII.
(3) *Il principe,* VII.

Digitized by Google

de que aquel a quien un príncipe teme, es en alto grado ilustre al lado del que le tiene miedo (satis clarus est apud timentem, quisquis timetur). Otro dictamen de Maquiavelo (1) es que "cualquiera que crea que los nuevos beneficios hacen olvidar a los personajes eminentes las antiguas injurias, camina errado". Dictamen apoyado en el de Tácito, para quien la memoria de las ofensas dura mucho tiempo en la memoria de los que permanecen siendo poderosos (quarum apud praepotentes in longum memoria est), sin que los beneficios penetren nunca tan adelante como las ofensas, por cuanto la gratitud se verifica a expensas nuestras, y la venganza a expensas de aquellos a quienes odiamos (tanto proclivius est injuriae, quam beneficio vicem exolvere: qui gratia oneri, ultio in quoestu habetur). Llegó Maquiavelo (2) a pensar que "el que toma un Estado, necesita atender, en los actos de rigor, a ejercerlos todos de un golpe e inmediatamente, a fin de no verse obligado a repetirlos a diario, y poder, no repitiéndolos, tranquilizar a sus gobernados, y hacerles bien en lo sucesivo". Conforme a la indicación de Tácito, así procedió Octavio, el cual, después de haber depuesto el triunvirato, ganó al soldado con dádivas, al pueblo con abastecimientos, y a todos con las delicias de una vida regalada, con que se hizo perdonar cuanto había realizado mientras fué triunviro (posito triunviri nomine militem donis, populum annona, cunctos dulcedine otii pellexit, et quae triunviratu gesserat, abolevit).

Varios eruditos, después de haber considerado bien por qué Maquiavelo (3) dijo que los grandes desean dominar y oprimir al pueblo, notaron, con una justicia conocida de todos los excelentes ingenios, que esa afirmación no era más que el comentario sabiamente fundado de aquella observación hecha por Tácito en el libro I de las Historiarum, y, conforme a la cual, "la avaricia y la arrogancia son los principales vicios de los grandes" (avaritiam et arrogantiam praecipua validorum vitia). Tomando el pulso

(1) *Il principe*, VII.
(2) *Il principe*, VIII.
(3) *Il principe*, IX.

Digitized by Google

Maquiavelo (1) a la manera de establecerse un principado, según que lo sea por el pueblo o por los grandes, resuelve que, cuando éstos no pueden resistir a aquél, forman una gran reputación a uno de ellos, dirigen todas las miradas hacia su persona, y después le hacen soberano. De tal suerte obraron los grandes de Heraclea, quienes, para vengarse del pueblo, que era el más fuerte, llamaron a Clearco del destierro, y le declararon por príncipe suyo. Por lo demás, Maquiavelo reconoce que "el que consigue la soberanía con el auxilio de los grandes, se mantiene en ella con más dificultad que el que la consigue con el del pueblo, porque, desde que es príncipe, se halla cercado de muchas personas iguales a él, y no puede mandarlas y manejarlas a su discreción" (2). Esto obligó a Clearco a exterminar a todos los magnates que le encumbraron, para vengarse de su insolencia, y para contentar en parte al pueblo de Heraclea, vengándole de los que le habían hecho perder su libertad. Maquiavelo (3), de conformidad con ese y otros hechos parecidos, concluye que, "de cualquier modo que un hombre llegue a ser príncipe, debe tirar siempre a cautivarse el afecto del pueblo, pues sin él jamás estará seguro, y, cuanto más cruel se manifieste con el vulgo, tanto más debilitará su autoridad". Los grandes que no se unen al príncipe más que por cálculo o por ambición, "manifiestan que piensan más en sí que en su soberano, y éste debe prevenirse contra ellos, y mirarlos como a enemigos declarados" (4). Valerio Festo, que, en sus cartas ostensibles a Vespasiano, hablaba en favor de Vitelio, y que, en secreto, daba al mismo emperador consejos contrarios a su rival, queriendo con esta doble conducta contraer méritos con uno y con otro, y conservar por amigo al que lograra el trono definitivamente, se hizo justamente sospechoso a ambos. Tácito, en los libros I y II de las Historiarum, observa que todos se apresuraban a servir a Vitelio, cuando sus negocios prosperaban, y que le abandonaron a porfía, cuando la fortuna le fué ad-

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, I, XVI.
(2) *Il principe*, IX.
(3) *Discorsi sopra Tito Livio*, I, XVI.
(4) *Il principe*, X.

Digitized by Google

versa (prosperis Vitellii rebus certaturi ad obsequium, adversam ejus fortuna ex aequo detractabant), de forma que, cuantos al principio habían hecho alarde de un animoso rendimiento, no le manifestaron ya más que una floja indiferencia (languentibus omnium studiis, qui primo alacres fidem atque animum ostentaverant). Y es que, de un modo general, el príncipe, con relación a los que le elevaron, no puede contar nunca de una manera segura, ni con los grandes, ni con el pueblo. Velayo Patérculo, en el libro II de su Historia, refiere lo ocurrido a los Gracos, los dos ídolos del pueblo de Roma. Tiberio Graco fué asaltado y muerto por el pueblo mismo, con aquel solo dicho de Escipión Nasica: "Los que quieran salvar a la república, síganme" (qui salvam vellent republicam me sequerentur), y Cayo su hermano, no se libró de igual suerte. Lo mismo sucedió en Florencia, a Jorge Scali, el cual "fué decapitado en presencia de un pueblo que hacía muy poco le admiraba aún", apunta Maquiavelo, en el libro III de sus Stoire fiorentine, añadiendo esta reflexión: "El afecto del pueblo se pierde tan fácilmente como se logra." Y, cuando, en Il principe acrecienta, rechazando por igual para el soberano el favor de la nobleza y el del vulgo, que "nada es tan débil, ni tan vacilante como la reputación de una potencia que no esté fundada en las fuerzas propias", no hace más que traducir estas palabras de Tácito: Nihil rerum mortalium non instabile et fluxum est, fama potentiae, non sua vi nixoe.

Opinión de Maquiavelo (1) es que "al príncipe no le conviene dejarse llevar por el temor de la infamia inherente a la crueldad, si necesita de ella para conservar unidos a sus gobernados, e impedirles faltar a la fe que le deben, porque con poquísimos ejemplos de severidad será mucho más clemente que los que, por lenidad excesiva, toleran la producción de desórdenes, acompañados de robos y de crímenes, dado que estos horrores ofenden a todos los ciudadanos, mientras que los castigos que dimanan del jefe de la nación, no ofenden más que a un particular". Así, después de discutir la cuestión de si vale más ser amado que temido, concluye que "amando los hombres a su voluntad, y te-

(1) *Il principe*, XVII.

Digitized by Google

miendo a la del príncipe, debe el último, si es cuerdo, fundarse en lo que depende de él, no en lo que depende de los otros, y únicamente ha de evitar que se le aborrezca". Maquiavelo debió hallar estos conceptos en una observación hecha por Plutarco en su Vita Licurgi, donde refiere que, habiendo aflojado mucho Eurition la autoridad real, para complacer al pueblo, y reconociéndose éste más fuerte que él, se volvió indolente y licencioso, de lo que resultó que, cuando, para contenerle, quisieron algunos sucesores de aquel príncipe recuperar la autoridad real, se vieron mortalmente aborrecidos. Quiere Maquiavelo que, cuando el príncipe esté con sus tropas, y tenga que gobernar a miles de soldados, no le preocupe adquirir fama de cruel, ya que, "sin esta fama, no logrará conservar un ejército unido, ni dispuesto para cosa alguna". Tácito, en el libro II de la Annalium, atestigua que los guerreros romanos lo pasaron mejor con la dureza de Corbulón, que mantenía en riguroso vigor la disciplina militar, que con la clemencia de los demás generales, quienes, de puro perdonar a los desertores, causaron la ruina de sus ejércitos. Aun en el orden civil, confiesa Maquiavelo que "a un príncipe nuevo le es dificilísimo evitar la fama de cruel, porque los Estados nuevos están llenos de peligros". Manifiesta paráfrasis de la tesis de Tácito, conforme a la cual "todo príncipe nuevo está vacilante" (novum et mutantem principem), y sus súbditos se rebelan a menudo contra su dominación, hasta cuando no da motivo para ello, porque la mudanza de soberano ofrece mayor facilidad para los disturbios, y hace esperar a los ambiciosos que hallarán más beneficios en las discordias civiles (seditio incessit nullis novis causis, nisi quod mutatis princeps licentiam turbarum, et ex civili bello spera praemiorum ostendebat). Por esto, Luis XI aseguraba que, si en los comienzos de su reinado, no hubiera desplegado rigor sumo, habría pertenecido al número de los nobles desgraciados de que Boccacio hace mención. Tácito dice, en otro lugar, que la causa de que un príncipe nuevo halle gran dificultad en abstenerse de ser cruel es, que, no creyéndole los gobernados fuerte todavía, se toman más libertad con él para obrar licenciosamente (usurpata statim libertati, licentius, ut erga principem novum). César Bor-

Digitized by Google

gia pretendía que la máxima de oderint dum metuum ("aborrezcan con tal que teman"), es tan útil a los príncipes nuevos como perjudicial a los hereditarios. Virgilio, en el libro I de su Æneida, disculpa la inhumanidad del reinado de Dido, observando que su Estado era un Estado naciente, puesto que hace decir a aquella soberana:

> Res dura et regni novitur me talia cogunt
> Moliri, et late finis custode tueri.

Juzga Maquiavelo (1) serle necesario al príncipe saber que "dispone para defenderse de dos recursos: la ley y la fuerza. El primero es propio de hombres, y el segundo corresponde esencialmente a los animales. Pero como a menudo no basta el primero, es preciso recurrir al segundo. Le es, por ende, indispensable a un príncipe hacer buen uso de uno y de otro, ya simultánea, ya sucesivamente". Conforme a su estilo de guardar respeto con los clásicos, ensaya aquella antinomia moral una explicación simbólica, que, por confesión de Napoleón, nadie ha sabido dar antes de él. El deseo de mostrarse arrimado a los antiguos autores, le indujo a traer a consecuencia una tradición por ellos referida, y, según la cual, muchos príncipes de los primitivos tiempos, y particularmente Aquiles, fueron confiados en su niñez al centauro Chiron para que les criara, y les educara bajo su disciplina. Maquiavelo insinúa que esta alegoría no significa otra cosa sino que tuvieron por preceptor a un maestro que era mitad hombre y mitad bestia, o sea, que un príncipe necesita utilizar a la vez o intermitentemente de una naturaleza y de la otra, y que la una no duraría, si la otra no la acompañara. En el caso de que los hombres fuesen buenos, nada habría más detestable que semejante arbitrio. Pero como son malos, el príncipe no debe confiar en su amistad fiel, tanto más cuanto que la amistad que se adquiere, no con la nobleza y la grandeza de alma, sino con el dinero o con el favor, no será de provecho alguno en los tiempos difíciles y penosos, por mucho que se la haya merecido. Tácito, en su comentario In

(1) *Il principe*, XVIII.

Digitized by Google

Agrícola, consideraba muy débiles los vínculos de la mera amistad (infirma vincula caritatis), y escribía al propósito: "Los hombres olvidan su fidelidad, cuando advierten la remuneración de la perfidia... No bien vislumbran un premio a su felonía hábil, estiman que les está permitido todo... Los amigos disminuyen, nos faltan, y pasan a otros, si se les torna adverso el tiempo, y si la fortuna, su codicia o algunas ilusiones de ambición, les airean hacia otra parte... Cierto príncipe perdió, y no obtuvo, algunos amigos, por creer cautivarles con la ostentación de su munificencia, en vez de asegurárselos con la constancia de una buena conducta."

Nuevas concomitancias con los clásicos encontramos en el capítulo que Maquiavelo (1) dedica a explicar las obligaciones del príncipe en lo concerniente a la guerra. Según afirma, "el príncipe no ha de tener otro objeto, ni abrigar otro propósito, ni cultivar otro arte, que el que enseña el orden y la disciplina de los ejércitos, porque es el único que se espera ver ejercido por el que manda... El príncipe no debe cesar de ocuparse en el ejercicio de las armas, dándose a ellas más en los tiempos de paz que en los de guerra, y pudiendo hacerlo de dos modos: el uno, con acciones, y el otro, con pensamientos". Los autores antiguos hablaban en el mismo tono. Tácito, en el libro XV de sus Annalium, cuenta que un rey de Tracia decía que, si no conociera el oficio de la guerra, no se diferenciaría de su palafrenero en nada, y Nerón, en sus días de sabiduría, forjando anticipadamente su plan gubernativo, declaraba que no se mezclaría en otra cosa que en mandar sus ejércitos. En el libro XII, Tácito informa que Casio, gobernador de Siria, aun hallándose en paz, hacía ejercitarse a sus legiones conforme al antiguo uso, y que se conducía en todo como si fuera a atacarle algún enemigo (quanto sine bello dabatur, revocare priscum morem, exercitare legiones, curá, provisu, peringe agere ac si hostis ingrueret). Y Veleyo Patérculo, en el libro I de su Historia romana, refiere que Escipión distribuía todo su tiempo entre los ejercicios de la guerra y de la paz, estando ocupado siempre en las armas y en el

(1) *Il principe*, XIV.

Digitized by Google

estudio y formando su cuerpo en los peligros y su espíritu en la ciencia (neque quisquam hoc Scipione elegantius intervalla negotiorum otio dispunxit: semperque aut belli, aut gracis serviit artibus: semper inter arma ac studia versatus, aut corpus periculis, aut animum disciplinis exercuit).

No se nos vaya por alto lo que Maquiavelo (1) piensa sobre las cosas por las que los hombres, y especialmente los príncipes, son alabados o censurados. En su concepto, aunque fuera de desear que el príncipe estuviese dotado de todas las cualidades buenas, sin mezcla de ninguna mala, como es casi imposible que las reúna todas, y aun que las ponga perfectamente en práctica, porque la condición humana no lo permite, lo más prudente para él es evitar la infamia aneja a ciertos vicios, pero sin temer incurrir en ellos, si le es necesario para conservar su Estado, "ya que, si se pesa bien todo, hay cosas que parecen virtudes, como la benignidad y la clemencia, y, si las observa, crearán su ruina, mientras que otras que parecen vicios, si las observa, acrecerán su seguridad y su bienestar". Singular concomitancia ofrece esta sentencia con la que Plinio el Joven emite en su Panegiricum Trajani, al observar que apenas existe virtud que no esté inmediata a algún vicio, y que de él no reciba algunos asaltos (adhuc nemo extitit cujus virtutes nulla vitiorum confinio laederentur). Amelot de la Houssaie nota, con este motivo, que hay vicios que no impiden a un soberano reinar bien, y ser un buen príncipe. Así, Salomón gustaba mucho de las mujeres, Trajano del vino, etc. Es, pues, menester distinguir entre la vida pública y la doméstica, y entre las virtudes regias y las privadas. Y de igual modo lo entiende Tácito cuando dice que hay muchas cosas que no se alaban en público y que se aprobarían hechas en secreto (palám laudares, secreta malé audiebant). Siempre es laudable obrar bien, pero en política, no siempre se saca utilidad de ello. Cosas muy conformes a la razón, no lo son a la experiencia, y, por consiguiente, es preciso que el príncipe, para cumplir sus obligaciones políticas, se acomode a las necesidades de los negocios, y haga, en beneficio del Estado, lo que no haría, ni

(1) *Il principe*, XV.

Digitized by Google

debería hacer, si no fuera más que un simple particular (morem acommodari, prout conducat). Deseable es, en principio, que sea eminentemente virtuoso, pero cuando conviene serlo (moties expediebat, magnae virtutes). Debe conocer lo que es moral, recto y justo, mas no es oportuno que lo ejecute en todos los casos (omnia scire, non omnia exèqui). Las astucias de la maldad humana no permiten la invariabilidad de la tan respetable como deseable concordia entre la política y la ética, y, por eso, Maquiavelo hace suyas las siguientes palabras de Plutarco: "Si no fuera lícito reinar más que en cuanto se desempeñan todas las obligaciones de la eterna justicia y se observan todas sus reglas morales, ni el mismo Júpiter sería idóneo para ello." De Plutarco tomó también Maquiavelo el ejemplo del león y de la zorra, dos animales famosos en la historia de la política (1). Que el político debe mostrarse a la vez fuerte y hábil, es la doctrina principal de Maquiavelo, y el león y la zorra le suministran un modelo para hacer patente y resaltante su idea, como ya hemos visto. Su máxima a este propósito es la misma que Plutarco puso en boca de aquel célebre Lisandro, quien decía que se entretiene a los hombres con promesas y con juramentos, como se entretiene a los niños con huesecillos y con baratijas. Lisandro dió fin a la interminable guerra del Peloponeso, destruyó la democracia en Atenas, e hizo esclarecidas conquistas. Y, como le afeasen el haber logrado ciertos triunfos por el fraude y por el artificio, respondió, riendo: "Creí deber imitar la astucia de la zorra, cuando no pude acertar fácilmente con la fuerza del león. Lo que no es posible obtener por medios decentes, es menester ejecutarlo por ministerio del dolo y de la industria." También Cicerón, en el libro I de su tratado De officiis, escribió que "de dos modos cabe hacer injuria: o con la fuerza o con el engaño. La fuerza parece propia del león y el engaño de la zorra".

Maquiavelo, crecido entre funcionarios de la administración pública, estaba dispuesto a creer que la liberalidad perjudica al príncipe en medida todavía mayor que la nota

(1) Véase a Azorín, *El político*, 50.

Digitized by Google

infamante de la avaricia codiciosa. "Como el que quiere conservar su reputación de liberal, no puede abstenerse de parecer suntuoso, sucederá siempre que un príncipe que aspira a semejante gloria, consumirá todas sus riquezas en prodigalidades, y, al cabo, si pretende continuar pasando por liberal, se verá obligado a gravar extraordinariamente a sus súbditos, a ser extremadamente fiscal, y a hacer cuanto sea imaginable para obtener dinero. Ahora bien: esta conducta comenzará a tornarle odioso a sus gobernados, y, empobreciéndose aún más y más, perderá la estimación de cada uno de ellos, de tal suerte que, después de haber perjudicado a muchas personas, para ejercitar una liberalidad que no ha favorecido más que a un cortísimo número de ellas, sentirá vivamente la primera necesidad, y peligrará al menor riesgo" (1). De reflexiones como éstas están llenos los autores clásicos. Tácito observa que, si un príncipe, por ambición, agota el fisco, no podrá llenarle más que por medios injustos (si aerarium ambitione exhauserimus, per scelera supplendum est). Hablando de Otón, dice que este príncipe no sabía dar, pero sabía desperdiciar, y que se engañan mucho los que confunden la liberalidad con la prodigalidad. Perdere iste sciet, donare nescio. Falluntur quibus luxirias spesiem liberalitatis imponit. El pensamiento de Tácito es tan justo como profundo, cuando afirma que la liberalidad que no tiene regla, hace concurrir a los demás a nuestra propia ruina (liberaliter ni adsit modus, in exitium vertitur). No siendo Otón más que un particular, todavía hacía gastos, que hubieran sido gravosos hasta para un príncipe (luxariosa etiam principi onerosa). Cada vez que Galba iba a comer a su casa, distribuía centenares de escudos a sus guardias, para hacer más espléndida la refacción. Pero, luego que hubo sido príncipe, se volvió económico en tanto grado, que, a su muerte, no dió a sus sirvientes más que algún dinero, con la más tacaña parsimonia, como si hubiera debido vivir mucho tiempo todavía. Eò progressus est, ut per speciem convivit, quoties Galba apud Othonem epularetur, cohorti excubias agenti, vivitimcentenos numnos dividéret... Pecu-

(1) *Il principe*, XVI.

Digitized by Google

nias distribuit parcè, nec ut periturus. Así, Tácito alaba a Galba, por haber sido parco de su bien propio y avaro del bien público (pecuniae sua parcus, publicae avarus). Cicerón, en el libro I de su tratado De officiis, asegura que el príncipe liberal pierde más corazones que gana, y que el odio de aquellos a quienes toma para dar, es mucho mayor que el reconocimiento de aquellos a quienes da (nec tanta studia asequuntur eorum quibus dederunt, quanta odia eorum quibus ademerunt). Plinio el Joven, en su Panegiricum Trajani y en su epístola 30, pensaba que el príncipe no debía dar nada, si no podía dar a los unos más que tomando a los otros (nihil largiatur princeps, dum nihil auferat), y no quería que se llamase liberales a los que quitan a uno para dar a otro, pues no han adquirido su reputación de liberalidad más que por medio de una verdadera avaricia (quid quod huic donant auferunt illi, famam liberalitatis avaritia petunt).

Otro asunto que a nuestra consideración se ofrece, es el relativo a la manera como los príncipes deben cumplir sus promesas, mediando al propósito la garantía de una grave y formal palabra dada. "¡Cuán digno de alabanza (exclama Maquiavelo) (1) es un príncipe, cuando mantiene la fe que ha jurado, cuando vive de un modo íntegro y cuando no usa de doblez en su conducta!" En este punto, Maquiavelo se hallaba lejos de pensar tan mal como los romanos, los cuales, según Macrobio, no veneraban a Jano como al más discreto y mañoso de los antiguos reyes de Italia, ni le representaban con dos caras, sino a causa de su duplicidad, en la que hacían consistir su prudencia. Por lo demás, Maquiavelo consigna que varios príncipes, desdeñando la buena fe, y empleando la astucia, para reducir a su voluntad el espíritu de los hombres, realizaron grandes empresas, y acabaron por triunfar de los que procedían en todo con lealtad. Con esto, Maquiavelo no hace más que exponer las lecciones de la experiencia, de la que resultan aquellas máximas de política, que, desgraciadamente, la perversidad de los hombres obliga a seguir por necesidad. Engañáronse como perfectos ignorantes, los que creyeron que no exponía esta teoría, deducida de la práctica, más que a fin de hacer

(1) *Il principe*, XVIII.

Digitized by Google

odiosos a los príncipes, porque la halló sancionada hasta en las repúblicas y creyó, con arreglo a ello, que les es igualmente necesaria y por las mismas causas. Tito Livio, en el libro VIII de su Historia, refiere que Anio Setino, pretor latino, al justificar la guerra que su pueblo emprendiera contra Roma, preguntaba, en el Senado, si hubieran debido sus compatriotas observar un tratado, aun siendo justo, si su cumplimiento implicase la pérdida de su libertad (nam si etiam nunc sub umbra foederis aequi servitutem pate possumus). Comentando este texto, Maquiavelo (1) observa que los romanos, en sus primeros acrecentamientos, no se privaron del recurso del fraude. Fué siempre éste indispensable a los que, partiendo de un comienzo muy precario, subieron a elevadas posiciones, y resulta menos vituperable, a proporción que está más encubierto, como lo estuvo el de los romanos. Dada la maldad humana, hay ocasiones en que no queda otro recurso. Como los hombres no observarían su fe respecto al príncipe, si de incumplirla se les presentase ocasión, tampoco el príncipe está obligado a cumplirles la suya, si a ello se viese forzado, y nunca le faltarían razones legítimas para cohonestar su conducta. Plutarco cuenta que, cuando los griegos vacilaban en quebrantar sus tratados con Antígono y con Cratero, después de haber abrazado la libertad que les ofreciera Archidamo, a cuya sabiduría y a cuyas acciones se prodigaron sumas alabanzas, desvaneció aquél sus escrúpulos con una reflexión casi semejante a la de Maquiavelo. "La oveja (les dijo) no tiene jamás sino una sola lengua, pero el hombre no recibió en balde la facultad de tener muchas, diferentes las unas de las otras, y de hacer uso de todas, hasta que haya acabado lo que hubiere emprendido." Al reproducir este rasgo, Plutarco añade que lo que Archidamo quiso significar fué que un Estado, o su príncipe, pueden faltar a su fe, cuando en ello hallen utilidad, y el filósofo griego confiesa que, en efecto, no existe animal cuya voz sea variable en tanta medida como la del hombre.

Excusar no puedo, al llegar aquí, hacer la observación de que Maquiavelo aconseja al príncipe que se ingenie para

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, II, XIII.

Digitized by Google

que en sus actos se advierta constancia, gravedad, virilidad, valentía y decisión. "Un príncipe cae en el menosprecio, cuando pasa por variable, ligero, afeminado, pusilánime e irresoluto" (1). Tácito, en el libro II de las Historiarum, consigna que los romanos despreciaban a Vitelio tanto como le temían, a causa de que pasaba de súbito de las ofensas a los halagos (Vitelium subitus offensis aut intempestivis blanditiis mutabilem contemnebant, metuebantque). La lepra de la conspiración es el mal que padecen los príncipes poco previsores, pero es también un mal que se cura fácilmente si a aquéllos no les faltan las dotes antedichas. "La experiencia enseña que hubo muchas conjuraciones, y que pocas obtuvieron éxito, porque no pudiendo obrar solo y por cuenta propia el que conspira, ha de asociarse únicamente a los que juzga descontentos. Pero ¿y si uno de ellos delata al príncipe la conspiración, con la esperanza de recibir una buena recompensa?" Tácito da un notable ejemplo de esto en aquel Volusio Próculo, que, irritado de que Nerón le hubiese premiado mal por el asesinato de Agripina, reveló su descontento a una mujer. Instóle ésta a que se vengase del César, y entonces él la denunció inmediatamente a Nerón. ¿Y cómo fiará el conspirador en su confidente, ante el dilema de acometer una empresa dudosa y arriesgada, o recibir, si la descubre al príncipe, una ganancia segura? Maquiavelo (2) nota que "es menester que sea muy sólida la amistad del cómplice con el conspirador si el peligro a que se expone no le parece mayor que ella todavía." Además, en ambos, todo es recelo, sospecha y temor a la pena que les impondrán, si fracasan, mientras que del lado del príncipe están las leyes, la defensa del Estado, la majestad de su soberanía y la protección de sus amigos. Tácito, en el libro XV de las Historiarum, enumera las causas que suelen malograr las conspiraciones, son, a saber: 1) el deseo de la impunidad, de que no se lisonjea uno jamás bastante sólidamente para que no sea siempre contrario a los grandes designios; 2) el temor, que llega a unirse a la esperanza; 3) la lentitud de la ejecución; 4) los

(1) *Il principe*, XIX.
(2) *Discorsi sopra Tito Livio*, XXIII, VI.

Digitized by Google

celos y los recelos (1); 5) las dificultades máximas que se manifiestan la víspera de la realización del designio; 6) la codicia del prometido premio, y la inquietud en que se está en verlo ganado por otro que se anticipe en su demanda; 7) el descubrimiento del secreto del conspirador por la torpeza de su aire y por la alteración de su fisonomía; 8) la imprudencia de hacer preparativos ante los criados, darles a aguzar puñales, etc., lo que hace presumir la empresa que se va a acometer; 9) la perspectiva del suplicio; 10) la creencia de que algunos cómplices lo han revelado todo, y que es en balde guardar silencio. Amelot de la Houssaie añade la casualidad, que domina con harta frecuencia en esta clase de asuntos. Así, el conde de Leicester malogró el negocio de Leiden, por el solo motivo de que, habiendo sido preso por deudas uno de los conjurados, e imaginando los más de los otros que era porque alguno de ellos había sido delatado, emprendieron la fuga.

Maquiavelo (2) estima que los príncipes deben dejar a otros la disposición de las cosas odiosas, reservándose a sí mismos las de gracia. Jenofonte había dado el mismo consejo por el siguiente tenor: "Cuando se trata de imponer castigos y penas, el príncipe debe delegar el cuidado de ello a otros, al paso que, cuando se trata de premios y de dádivas, sólo él debe distribuirlos." En sentir de Maquiavelo, "no es fácil contentar a la vez al pueblo y a los soldados, porque el pueblo es enemigo del descanso, y lo es por esto mismo el príncipe de moderada ambición, mientras que los soldados quieren un príncipe cruel, rapaz e insolente". Tácito atestigua que había algunos a quienes inflamaba la memoria de Nerón, no menos que el deseo de la renovación de la antigua licencia (erant quos memoria Neronis, ac desiderium prioris licentiae accenderet). Galba perdió el Imperio y la vida, por haber dicho que no aspiraba a comprar el afecto de sus soldados, sino a ganar sus

(1) Pisón, según Tácito, no se negó a matar a Nerón en su casa de campo, sino porque temía que Sileno fuera puesto en el trono, o que el cónsul Vestino quisiera restablecer la república o crear un emperador a su manera.

(2) *Il principe*, XIX.

Digitized by Google

personas, como también por haber usado de una severidad en la disciplina, que Nerón había deseado perder en la disolución. Por otra parte, el odio y el menosprecio del pueblo a su príncipe engendran fáciles y frecuentes motivos para matarlo, sobre todo por individuos que, como los soldados principalmente, hacen poco caso de morir. Ya Séneca lo sentenció en su epístola IV, afirmando que el que hace corto aprecio de su vida, es dueño de la de su príncipe (quisquam vitam suam contempsit, tuun dominus est). Ametot de la Houssaie nota que Tácito explica las razones del desprestigio (seguido a veces del asesinato) de algunos emperadores de edad avanzada en los siguientes términos: "Cuando se sostenían, era menos con su fuerza que por efecto de su anterior reputación... No viéndolos ya los enemigos exteriores en estado de defenderse, los menospreciaban... Para tener ocasión de no respetarlos, se pretendía que su espíritu estaba en decadencia... Los malvados, siempre entrometidos, llegaban a abusar de su confianza, y a dirigirlos a su discreción... Los libertos que entraban en los cargos públicos, se apresuraban a enriquecerse en ellos, mediante toda especie de rapiñas... Exentos de todo temor, y hallando, sin merecerlas, grandes recompensas al lado de un señor débil y crédulo, robaban y practicaban el mal muy a sus anchas... Por su parte, aquellos emperadores, afectando mostrarse indulgentes para con los mayores ultrajes, y desentendiéndose de los horrendos crímenes cometidos contra ellos, no se apegaban más que a los ordinarios propósitos de la adulación, aun de la más común". Por lo demás, a un príncipe nunca le faltan vengadores, que suelen serlo de su misma dignidad mayestática. Tácito observa que el asesinato de un príncipe es un crimen que su sucesor castiga siempre (scelus cujus ultor est, quisquis successit), y obra así para asegurar su propia vida, todavía más que por vengar a su predecesor. David impuso pena capital al amalecita que sostenía haber dado el golpe mortal a Saúl, aunque éste, ya herido y disgustado de la vida, se lo había pedido por favor. Claudio ordenó que se degollase a Chercas y a Lupo, que habían matado a Calígula, a pesar de que este atentado le había elevado al trono. Vitelio mandó que se ejecutase a los asesinos de Galba y

Digitized by Google

de Pisón. Domiciano hizo morir a Epafrodite, por haber ayudado a Nerón a matarse, no obstante que una sentencia del Senado había condenado a aquel César. Fernando, gran duque de Toscana, castigó con el último suplicio a su cuñada Blanca Capela, que había envenenado al gran duque Francisco, su esposo. El primer cuidado del rey inglés Carlos II, al empuñar el cetro de su padre, fué vengar su muerte en las personas de diez de los más culpables regicidas, después de lo cual se mostró clemente a sus anchas y sin riesgo.

A los que preguntaban a Séneca por qué un maestro como él había formado un discípulo como Nerón, les respondía el ecuánime estoico: "Aun cuando nadie enseñase a los reyes la perfidia y el crimen, el trono se lo enseñaría." De aquí la tolerancia de que, según Maquiavelo, debe usarse, al juzgar las acciones de los príncipes, colocados en un ambiente que no es el de los demás mortales. El príncipe no tiene amigos, y conforme a la frase de Séneca, "la fatalidad no pone jamás los pies en los umbrales de los palacios". ¿Cómo, pues, medir la conducta de los príncipes por el mismo rasero que la del común de los hombres? ¿Cómo no explicarse su continua apelación a la fuerza y al dolo, sobre todo tratándose de príncipes nuevos? Maquiavelo (1), cita como típico el caso de Séptimo Severo, uno de los emperadores romanos más discutidos por la crítica histórica. "Cualquiera que examine atentamente sus actos, hallará que era a la vez un león ferocísimo y una zorra sumamente astuta. Se vió temido y respetado por todos, sin ser aborrecido por sus soldados, y no es de extrañar, por muy príncipe nuevo que fuese, que hubiera logrado conservar un Imperio tan vasto, porque su grandísima reputación le preservó siempre del odio que el pueblo podía cogerle a causa de sus rapiñas." Con arreglo a lo que Dion Casio cuenta en su Historia romana acerca del carácter de Séptimo Severo, resulta que este emperador mostró en su proceder que todo depende de la fuerza ὅτι πάντα ἐκ τῶν ὅπλων ἤρτηται pero que al mismo tiempo fué trapacero, disimulado, mentiroso, pérfido, codicioso, perjuro, y que lo refería todo a sí mismo. No causará asombro, por tanto, que

(1) *Il principe*, XIX.

Digitized by Google

Napoleón sintiese por él honda inclinación instintiva, y que lo elogiase en alto grado. Dion Casio afirma que tenía más afición voluntaria a las ciencias que disposición intelectual para ellas, pero que se produjo incesantemente como varón firme e inalterable en sus empresas, y como político hábil, que pensaba en todo, y que todo lo preveía. Tan violento y peligroso enemigo como generoso y constante amigo, infundía miedo y veneración a una. Pero sus mejores cualidades fueron la serenidad, la valentía y la decisión. Gobernando con cetro de hierro, jamás tembló ante las gentes a quienes hacía temblar, porque entendía, como Séneca, ser contraproducente que el pánico se apodere de quien lo inspira. Cuando se veía amenazado, amenazaba, y cuando se le decía la verdad, manifestaba su desagrado, no pudiendo su orgullo sufrir que se le llamara a la práctica de la virtud.

Dos cosas hay que no se separan nunca: la coacción cruenta y el principado nuevo. "Absteneos de verter sangre, vosotros que ocupáis los tronos", clamaba Séneca, siempre inspirado por la moral estoica. Maquiavelo encontraba que esa súplica, aunque noble, era poco práctica. Cuando los gobernados, y los grandes principalmente, caen bajo la dependencia de un príncipe nuevo, suelen renunciar a la justicia, y desterrar de su corazón todo sentimiento honrado, sabedores, como son, de que quien conserva algún honor, les sirve mal. Como el príncipe no escapa a todos los ojos que le miran, su casa (y el mismo Séneca lo reconoce) es transparente, y deja ver todos sus defectos, por lo cual le conviene, como preservativo, emplear la astucia. Procure, pues, conocer quienes, aun siendo serios y honrados, descuiden sus intereses, y quienes, aun siendo volubles y perversos, se esmeren en serle útiles, para borrar con sus acciones la siniestra opinión que había formado de ellos. Tácito pone el ejemplo de Mario Celso, que fué muy fiel a Otón (mansitque Celso velut fataliter etiam pro Othone fides integra), a pesar de haber sido amigo incorruptible de Galba. El príncipe que adquirió un Estado con el favor de algunos ciudadanos, ha de considerar muy bien el motivo que les inclinó a favorecerle, pues le costará dificultad suma retenerlos como amigos, si obraron así, "no por afecto

Digitized by Google

natural a su persona, sino únicamente a causa de que no estaban contentos con el Gobierno que tenían" (1). Al decir de Tácito, muchos se conducen de tal modo, por aborrecer a los que reinan, y por desear una mudanza (multi odio praesentium, et cupidino mutationis). Muy particularmente debe el príncipe recelar de los militares extranjeros, que hayan entrado a su servicio, por mostrarse a menudo más orgullosos e insolentes que los cortesanos. Tácito atestigua que, admitidas las legiones de Germania en los ejércitos romanos, se jactaban de poder disponer del Imperio.

Todas estas máximas arteras, que hubieran pasado por frases retóricas en una sociedad feliz y justamente regida, no representaban una verdadera dificultad ética en tiempo del gran secretario, al cual no cabe juzgar desde el punto de vista de la moralidad política de nuestra época democrática, cuando, por ejemplo, disculpa el degüello de los mamelucos por Mohammed-Alí. Todo el conato de Maquiavelo estriba en dar por incontestable que "los príncipes se engrandecen, si superan a las dificultades y a las resistencias que se les oponen. Cuando la fortuna eleva a un príncipe nuevo, que, mucho más que un príncipe hereditario, necesita adquirir fama, le suscita enemigos, y le inclina a varias empresas contra ellos, a fin de que halle ocasión de triunfar, y, con la escala que ellos le traen, subir más arriba". Por declaración de Tácito, la vida de Tiberio, antes de llegar al Imperio, estuvo llena de contratiempos y de peligros. Tácito habla también de un tal Caractaco, que no debió su elevación más que a sus vicisitudes, tan pronto adversas como propicias, y que acabó sobrepujando en dominación a todos los demás. El mismo historiador cita el caso de un capitán romano, que se hizo intrépido por haber experimentado alternativamente la buena y la mala fortuna. La soberanía es temerosa, o si la suerte falta, o si los príncipes no cumplen con los deberes que les impone el más elemental instinto de conservación. Para Maquiavelo, la costumbre, muy generalizada, particularmente en Italia, de hacer responsables a los príncipes de las desgracias de un pueblo entero, es deplorable, porque conduce a la sub-

(1) *Il principe*, XX.

Digitized by Google

versión o a la injusticia. Cuando una nación cambia de soberano o de Gobierno cada pocos años, oscilando entre pasajeros impulsos de libertad y profundas caídas, sin salir de un círculo fatal, e incapacitada para avanzar un solo paso en el camino del orden, se advierte que el mal ha llegado hasta las fuentes mismas de la vida pública. Necesario es entonces atacar en sus raíces ese mal por medio de resoluciones implacables, y Maquiavelo aconsejaba a los soberanos que dirigiesen todos sus esfuerzos en tal sentido.

Sostiene Maquiavelo (1) que "nada granjea más estimación a un príncipe que las grandes empresas y las acciones raras y maravillosas", las cuales fomentan y acrecientan su celebridad. Cláusulas cortadas al talle de ésta tiénelas Tácito sin cuento esparcidas en el libro IV de sus Annalium y en el II de sus Historiarum. Según él, los principales desvelos de un príncipe deben dirigirse a adquirirle consideración por conducto de la fama (praecipua rerur ad fama dirigenda), procurando, como Muciano, dar lucimiento a cuanto diga y a cuanto haga (omnium quae diceret, atque ageret, arte quadam ostentator). Pero, como la grandeza de un príncipe encuentra inevitable contrapeso en la mayor o menor de los príncipes vecinos, propónese Maquiavelo (2) la cuestión de la conducta que a aquél le conviene seguir con éstos, y taxativamente declara que debe ser resueltamente amigo o enemigo de ellos, y que esta resolución es siempre más útil que la de permanecer neutral. Para hacer alarde de su persuasión, razona diciendo que, en el caso de una guerra entre dos potencias de su vecindad, si el príncipe no interviene en ella, resultará que, privado de toda consideración e indigno de toda gracia, infaliblemente servirá de premio al vencedor." Muy específicamente lo había sentenciado ya Tito Livio, en el libro XXXV de su Historia, donde decide que, en el referido caso, el príncipe que de intervenir se abstuvo, será, sin honor, el premio del que haya vencido (quippe sine dignitate proemium victoris eritis). Si Maquiavelo (3) afirma que "los

(1) *Il principe*, XXI.
(2) *Il principe*, XXI.
(3) *Il principe*, XXI.

Digitized by Google

príncipes irresolutos, que, por evitar los peligros del momento, retrasan a menudo el rompimiento de su neutralidad, también a menudo caminan a su ruina", a tiro de ballesta se advierte haberse inspirado en Tito Livio, para quien la neutralidad, que sólo ofende a los príncipes de poca monta, no es buena más que para el príncipe que es más fuerte que aquellos que luchan entre sí, puesto que puede convertirse, cuando le agrade, en árbitro y juez suyo. Así, pues, "hay que ser el más fuerte, o unirse con el que lo es", concluye Tito Livio, anticipando el sentir de Maquiavelo en la cuestión.

Arbitrios más pacíficos y más diplomáticos con respecto a la gobernación interior de un Estado propone el secretario florentino; son a saber: 1) que el príncipe proporcione fiestas y espectáculos a sus pueblos en las fechas anuales que estime oportunas; 2) que guarde miramientos con las corporaciones municipales y gremiales; 3) que se reúna a veces con ellas en sus juntas; 4) que conserve, empero, inalterablemente la majestad de su clase; 5) que cuide que, en tales actos, no se humille en manera alguna su dignidad regia (1). Para decidir si hay en semejantes arbitrios afinidad con los antiguos usos, presentemos algunas sentencias clásicas. Conforme a Tácito, los romanos contentaban a los pueblos mucho más proporcionándoles diversiones que abrumándolos con sus armas (voluptatibus, quibus romani plus adversus subjector, quam armis valent). Agrícola, añade, afeminó el natural feroz de los ingleses en tanto grado con el lujo, que llamaban en él dulzura y moderación lo que los hacía esclavos a todos (ut hominis dispersi ac rudes, eoque bello faciles, quieti et otio per voluptates assuesserent... idque apud imperitos humanitas vocabatur cum pars servituti, esset). Augusto se conducía como Maquiavelo indica con relación a las corporaciones tribales y profesionales. Indulserat et ludrico. Neque ipse abhorrebat talibus studiis, et civile verebatur misceri voluptatibus vulgi. En expresión de Augusto, el pueblo que quiere diversiones se alegra de ver participar en ellas a su príncipe, y de tenerle en algún modo por compañero suyo

(1) *Il principe*, XXI.

Digitized by Google

(ut est vulgis, cupieres voluptatem, et, si eodem princeps trahat, laetum). Al tiempo de la elección de los cónsules, se mezclaba Vitelio, como un particular, entre los pretendientes, y aun procuraba conciliarse el afecto y los votos del pueblo presidiendo en las funciones teatrales y del Circo (comitia consulum cum cadidatis civiliter observans, omnem infimae plebi, rumorem in theatro, ut expectator, in Circo, ut fautor affectavit). Y todo ello sin que los soberanos de Roma perdiesen la prestancia y el rigor que a su puesto convenía. Agrícola procedía de modo que, ni su familiaridad, ni su severidad, perjudicasen el amor que le mostraba el pueblo (ita ut nec illi aut facilitas auctoritatem, aut servitus amorem diminuat).

Movió Maquiavelo (1) la duda de si el ser buenos o malos los ministros, depende del grado de prudencia de que hizo uso el príncipe en su elección. La respuesta fué decir: "El primer juicio que formamos sobre un príncipe y sobre sus dotes, no es más que una conjetura, pero lleva siempre por base la reputación de los hombres de que se rodea." Lo referido por Tácito en el libro XIII de los Annalium servirá para afianzar esta solución. Se vaticinó bien del reinado de Nerón viéndole elegir a Corbullón por general de sus ejércitos, porque esta elección mostraba que el mérito tenía libre la entrada, y que dirigía un buen consejo al príncipe. Daturum plane documentum, honestis, an sanis, amicis uteretur, si ducem egregium, quam si pecuniosum et gratia subnixum deligeret... Laeti, quod Domitium Corbulonem proeposuerat, videbaturque locus virtutibus patefactus. No hizo presa Maquiavelo (2) en la tendencia de su época a preferir a los príncipes de genio inventivo, que por sí y anto sí piensan y obran, tendencia contraria al uso de los clásicos, y estimó más convenientes y más fáciles de hallar aquellos otros príncipes que, poco aptos para concebir por sí mismos los proyectos excelentes, poseen sagacidad selectiva en el atenerse a los que le proponen otros. Salgan a la publicidad sus sentencias: "Cuando un príncipe, carente de originalidad creadora, posee inteligencia su-

(1) *Il principe*, XXII.
(2) *Il principe*, XXII.

Digitized by Google

ficiente para discernir con mesura juiciosa lo que se dice y lo que se hace, conoce las buenas y las malas operaciones de sus consejeros, para apoyar las primeras y corregir las segundas, y, no pudiendo sus ministros abrigar esperanzas de engañarle, se le conservan íntegros, discretos y sumisos." Por eso, según Tácito consigna, Sejano, que conocía la penetración y la habilidad de Tiberio, quería, en el comienzo del reinado de este emperador, darse a conocer por la sabiduría de sus consejos (Sejanus, incipiente, adhuc potentia, bonis consiliis notescere volebat). Pero Maquiavelo (1), siempre pesimista y desconfiado, previó el caso de que el príncipe vea a sus ministros pensar en ellos más que en él, y regirse en todas sus acciones por afán de interés personal, caso en el cual quedará persuadido de que jamás le servirán bien, ni estará seguro de su actuación. Tácito cuenta que, después que Sejano hubo salvado la vida a Tiberio en la caverna de la Espelunca, el César puso en él una entera confianza, como en un sujeto que había cuidado más de la vida de su príncipe que de la suya propia (major ex eo, et, ut non sua anxius, cum fide audiebatur). Tigelino, para perder a sus émulos, decía a Nerón que no era como Burro, que abrigaba esperanzas pretenciosas, mientras que él no tenía más fin que la salud de su príncipe (non se ut Burrhum, diversas spes, sed solum incalumitatem Neronis spectare). Amelot de la Houssaie agrega que todos los ministros emplean igual lenguaje, pero que su corazón contradice a menudo lo que sus labios profieren entonces. Comprendiéndolo así, Maquiavelo (2) formuló como máxima moral de la política la de que "aquellos que manejan los negocios de un Estado, no deben pensar nunca en sí mismos, sino en el príncipe, ni recordarle nunca nada que no se refiera a los intereses de su reinado". Tiberio ridiculizó a un senador que se atrevía a hablar de los intereses de su familia en el Senado, y le dijo que se había establecido esta asamblea para deliberar sobre los negocios públicos, y no para oír las impertinentes demandas de los particulares (res familiares et privata negotia).

(1) *Il principe*, XXII.
(2) *Il principe*, XXII.

Digitized by Google

Con todo, Maquiavelo (1) quería que el príncipe, a su vez, pensase en sus ministros, si fuesen buenos y de generosas disposiciones, y les atrajese por la gratitud, confiriéndoles dignidades y cargos. Así lo entendió Tiberio, cuando advirtió a Sejano: "No te molestes por los negocios de tu familia, que en ellos pensó por ti yo, y por ahora nada más te digo. En sazón oportuna me manifestaré reconocido a los servicios que me has prestado."

En la política de Maquiavelo, encaja mejor el sistema de tortuoso y artero disimulo que el de la franqueza. Ve muy bien el peligro de la adulación, y advierte que, para preservarse de él, "bástale al príncipe dar a comprender a los que le rodean que no le ofenden, por decirle la verdad". Pero añade que "si todos pueden decírsela, se expone a que le faltan al respeto" (2). Por eso, Tiberio, que al decir de Tácito, era enemigo de la adulación, no podía, sin embargo, sufrir la licencia en las palabras, y las gentes se veían muy perplejas para saber cómo habían de hablar en presencia suya (augusta et lubrica oratio sub principe qui libertatem metuebat, adulationem oderat). Sin perjuicio de preguntar sobre todas las cosas, y de oír todas las opiniones discretas, ha de negarse el príncipe a oír todas las demás, deliberando después por sí mismo, "poniendo inmediatamente en práctica lo que por sí propio haya resuelto, y mostrándose tenaz en sus determinaciones. Si obra de diferente manera, la diversidad de pareceres le obligará a variar muy a menudo, de lo cual resultará que harán muy corto aprecio de su persona" (3). Así se conducen los príncipes necios, según Tácito. Claudius modo illuc, ut quinque suadentium audierat, promtus... Huc illuc circumajo, quae jusserat celare, quae voluerat jubere. Maquiavelo (4) estima que "el príncipe que consulta con muchos, no recibirá jamás pareceres que concuerden, no sabrá corregirlos y condicionarlos por sí mismo, y ni aun echará de ver que cada uno de sus consejeros piensa en sus propios intereses

(1) *Il principe*, XXII.
(2) *Il principe*, XXIII.
(3) *Il principe*, XXIII.
(4) *Il principe*, XXIII.

Digitized by Google

nada más". Es lo que Tácito había ya apuntado, al consignar que Claudio no sabía seguir las opiniones ajenas, ni conducirse por las suyas propias (neque alienis consiliis regi, neque sua expedire), y que los consejeros de un príncipe se inclinan siempre hacia lo que les interesa a ellos mismos en particular (sibi quisque tendentes), dirigiéndose por el temor al débil, y teniendo por guía la ambición el mayor favorito (quia apud infirmum minore metu et majore praemio peccatur).

Tanta eficacia encontró Maquiavelo (1) en la consolidación de un príncipe nuevo, cuando recurre al sistema de la negociación antes que al de la autoridad, más usual entre los soberanos hereditarios y antiguos, que no pudo menos de exclamar: "Siendo un príncipe nuevo mucho más cauto en sus acciones que otro hereditario, si las juzgan grandes y magnánimas sus súbditos, se atrae mejor el afecto de éstos que un soberano de sangre de inmemorial esclarecida, porque se ganan los hombres mucho menos con las cosas pasadas que con las presentes. Cuando hallan su provecho en éstas, a ellas se reducen, sin buscar nada en otra parte." Lo mismo, y casi en iguales términos, había dicho Tácito, al establecer que los hombres gustan más de las cosas presentes, de que están seguros, que de las antiguas, que sería peligroso apetecer (tuta et praesentia quânta vetera et periculosa malunt), añadiendo que prefieren lo que realmente poseen a aquello que no tienen completa certidumbre de lograr (anteponunt praesentia dubiis). Habla Maquiavelo (2) del dominio de la fortuna en las cosas humanas, y consigna la opinión de los que "llegan a juzgar que es en balde fatigarse mucho en las ocasiones temerosas, y que vale más dejarse llevar entonces por los caprichos de la suerte". Ahora bien: Tácito trajo un bello ejemplo de ello con referencia a Claudio, al que la fortuna destinaba al Imperio, mientras que los romanos se hallaban bien distantes de pensar en él. Mihi quanto plura recentium seu veterum revolvo, tanto majis ludibria rerum mortalium cunctis in negotiis adversantur, quippé famma, spe, vene-

(1) *Il principe*, XXIV.
(2) *Il principe*, XXV.

Digitized by Google

ratione potius omnes, destinabantur imperio quâm quem futurum principem fortuna in occulto tenebat.

Atento a lo real, planteóse Maquiavelo, acerca del príncipe, las consideraciones conducentes a puntualizar cuáles serían las condiciones capaces de crearle dificultades, que podrían enroscársele en los pies. Desenvainando la espada de su crítica contra los soberanos ineptos, por verles fuera de los cotos estrechos en que los clásicos tenían encerrada la buena política, les censura que sacrificasen su discreción a la confianza en su buena suerte, olvidando que ya Aníbal llamaba "madrastra de la prudencia" a la fortuna. No es ésta sino la cuerda acomodación a las circunstancias, el arbitrio a que los príncipes deben recurrir, para conservar sus Estados y sus coronas. "Lo que hace que la fortuna abandone a un príncipe (dice Maquiavelo) (1), es que, mudando ella los tiempos, no muda entonces el príncipe su modo y sus disposiciones." Acusaban de voluble a un rey de Esparta que poseía el arte de obrar con arreglo a las circunstancias. Pero Tácito, en los libros XII y XXXI de los Annalium, puso en su boca la respuesta de que no mudaba él, sino que mudaban las cosas, y que era preciso acomodarse a los tiempos, siendo severo o dulce, según conviniera. Morem accomodari, proud conducat... Remissum aliquid et mitigatum, quia expedierit.

Estas y algunas más reminiscencias de autores clásicos trae Amelot de la Houssaie, en abono del influjo que aquellos autores ejercieron sobre Maquiavelo. Por no ser esfuerzos en menudencias de erudición, sino en cosas de importancia, nos convidan a notar que la independencia de la inspiración y del genio, que a los hombres del Renacimiento se atribuye, no existió, en realidad, y que, de todos los humanistas de aquel período, fué quizá Maquiavelo quien más de cerca siguió los modelos latinos. En nada quita esto a su obra la madurez de los métodos experimentales, el apego a la razón discursiva, la habilidad para las concepciones sintéticas. Sin embargo, de tal manera discurre a veces Maquiavelo, tan confusamente arguye en algunos casos, en tantas contradicciones se envuelve, que siéntese uno

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, III, IX.

Digitized by Google

como tentado a negarle grandeza de ingenio, otorgándole vasta cultura histórica, mas no profundidad de razonamiento. No por ello debe darse a temeridad su audacia valerosa. Si hay en Maquiavelo cosas oscurísimas y controvertibles, que han provocado en su posteridad diferencia de pareceres, también las hay claras y decisivas, tenidas y propugnadas por la uniforme antigüedad.

§ 6.—LOS DETRACTORES DE MAQUIAVELO

La obra del secretario florentino ha pasado por todas las pruebas. No le ha faltado la decisiva, que es la del tiempo, y en verdad que éste, que todo lo resuelve, aunque no todo lo acabe, nos permite hoy juzgar al autor de Il principe con la serenidad de criterio que procuran los recursos de la erudición y las lecciones de la Historia. Repetidas veces he insinuado que pocos escritores han sido tan aborrecidos, tan conspuidos, tan denigrados, como Maquiavelo. Las acusaciones dirigidas contra él no alcanzan sólo a su persona, sino que también a las funestas consecuencias que se supone produjo su libro en el orden político y gubernamental. Todo lo malo que se ha hecho en la esfera de las relaciones internacionales, se supuso procedente de Il principe, tratado al que se presentan los siguientes cargos: 1) espíritu imbuído del principio de autoridad; 2) declaración de que la paz es imposible y la semilla del odio innata en el corazón de los hombres. 3) adoctrinamiento de éstos en el arte de engañar. 4) exaltación de la fuerza o de la astucia, según las ocasiones. 5) aversión a la libertad y a la justicia. 6) lecciones de asesinato y de envenenamiento. Por tales enseñanzas explican los detractores de Maquiavelo muchos hechos históricos. Si Mauricio de Sajonia engañó al emperador, fué porque había leído a Maquiavelo. Los sultanes no adquirieron la costumbre de estrangular a sus hermanos, cuando subían al trono, hasta después que Il principe se tradujo en lengua turca. La matanza horrible de Saint-Barthélemy y la tremenda conspiración de la pólvora no tuvieron otro origen. En fin, falta poco para que Maquiavelo pase por una encarnación del demonio, y el

Digitized by Google

tono crítico con que lord Macaulay, en su Essay on Machiavelli, trata de esas imputaciones, parece mostrar que le ponían en cuidado, puesto que, aun siendo un admirador del secretario florentino, confiesa que la primera lectura de Il príncipe le llenó de admiración y de horror. "Difícilmente se encontraría, ni en el más osado presidiario, una audacia semejante para predicar el crimen. La calma de Maquiavelo, al exponer su horrorosa teoría, tiene algo del genio del mal."

Empero, porque no será bien visto eche yo a malicia de segunda intención el humor pecante de los antimaquiavelistas, más valdrá cargarles la capa de la ignorancia, en cuyos pliegues arrebujados pónense a decir que Maquiavelo, generalmente hablando enseñó la técnica del fraude y del dolo, y que su doctrina es la del crimen por el crimen. Estas censuras son harto populares hoy mismo, y no es cosa de someterlas a un examen demasiado severo. Ellas fueron parte a que algunos apologistas del maquiavelismo se mostrasen escrupulosos en el entresacar ciertos pasajes de Il príncipe, imaginándolos como excelentes fórmulas de virtud, y proponiéndolos por bellas teorías de filosofía moral. A muchos les parece que ésta se halla ofendida allí. A mí me parece inoportuno, incongruente, inepto, perder tiempo en tomarse ese trabajo. Il príncipe no es un libro compuesto para ser leído por los simples particulares, sino un tratado de política destinado a los soberanos en general y a Lorenzo de Médicis en particular, para quien exclusivamente se redactó, y buena prueba de ello es que Maquiavelo impidió siempre que lo hicieran público. Hay más. Cuando, en 1527, el partido popular obligó a Lorenzo a no gobernar ya como príncipe y a no ser más que el jefe de una república, juzgando entonces Maquiavelo que su producción era inútil y peligrosa, trató de recoger la copia suya que había entregado al de Médicis, y que era la única que existía en Florencia (1). El volumen permaneció tan en la oscuridad, que ni siquiera llegó a noticia del público hasta después de muerto el autor. De manera que no es cierto, ni que la publicación hubiera sido para el mundo

(1) Varchi, *Storie fiorentine*, 85.

Digitized by Google

un irritante escándalo, ni que el pueblo la recibiese con general aceptación. La razón es clarísima, habida cuenta de los hechos apuntados. Pero es indispensable, por una parte, que ni una sola voz de los ciudadanos contemporáneos de Maquiavelo protestó contra su política, y, por otra parte, que los Papas y los reyes le dieron a porfía muestras de su aceptación (1). Cosa de donaire es que, en nuestros tiempos, se eche en plaza la odiosidad despertada entonces por Il principe, cuando quien menos parte tuvo en ello fué el gran secretario. Si odiosidad hubo, no recae sobre él, sino solamente sobre el impresor pontifical de Clemente VII y sobre este mismo Papa, que favoreció la publicación del libro con una solemne aprobación (2). ¿Por qué, pues, en 1551, se pusieron las obras de Maquiavelo en la lista de los libros prohibidos por la nueva Inquisición Romana, bajo el pontificado de Paulo IV? ¿Por qué el Concilio de Trento incluyó dichas obras en el Indice que Pío IV aprobó y publicó en 1564? ¿Por qué, a partir de ambas fechas, la inquina contra Maquiavelo creció con los años, en vez de disminuir? Más adelante, se descifrará el enigma. Pero no ha llegado aún la ocasión de revelarlo.

Cuál era la idea, el propósito, el plan de Maquiavelo, al escribir Il principe, se vió desde el comienzo, porque, según la opinión común, insertada en los escritos de Juliano de Ricci, nieto del autor, daba éste a conocer mucho a los nuevos príncipes los medios de asegurarse en sus Estados (icrisce un trattato del modo che devono tenere i principi nacovi nelo consolidarsi negli Stati). Ahora bien: si tal era el designio de Maquiavelo, ¿cómo iba a limitarse a aconsejar a los príncipes la más íntegra e invariable virtud? Para ello, hubiera sido necesario que tomase a los hombres como deberían ser, y no como realmente son: bajos, viles, cobardes, codiciosos. La tonta paradoja de Rousseau de que el mundo es óptimo, la naturaleza sabia, y el hombre bueno, no entró en la mente de Maquiavelo jamás. Por el contrario, consideraba enteramente quimérica esa moral de

(1) Véanse las pruebas en el prefacio a las *Opere* de Maquiavelo, conforme a la edición italiana de 1819.
(2) Varchi, *Storie fiorentine*, 16.

Digitized by Google

contemplativos, de optimistas, de bellacos, de resignados. La falsa confianza en semejante moral de brazos cruzados y de manos quietas frente a la industriosa perversidad humana parecía a Maquiavelo un siroco. ¿Y se puede sostener en serio que el gran secretario enseñó el arte de engañar a los príncipes, porque les previno contra la hipocresía, la alevosía y la deslealtad que en los hombres reinan?

Descendiendo a la significación de los términos que Maquiavelo usa, sacaremos la realidad de su pensamiento con más resolución. "Sé (decía) (1) que nada habría más loable en un príncipe que mantener la fe jurada, obrar siempre como hombre probo, desechar lejos de sí toda astucia, e inclinarse al desinterés, a la moderación, a la justicia, al amor al orden, a la obediencia y a la abnegación de las voluntades de sus súbditos. Pero ¿de qué le servirá la ingenuidad de esas virtudes enteramente solas, cuando se ve rodeado de gobernados, llenos de desordenadas miras de interés personal y acostumbrados a convertir sus promesas y su clemencia en otras tantas armas contra él? ¿No tenemos a la vista la prueba sobresaliente de que la candidez leal, la honradez franca y la bondad confiada de un monarca, cuyos más poderosos subordinados son malos y pérfidos, no traen por resultado más que su desgracia y los desastres de su reino?" Contra semejantes malvados, y no contra los ciudadanos honestos, era contra quienes Maquiavelo prevenía a los príncipes, y respecto a ellos únicamente les aconsejaba el artificio y el disimulo. Justificaba ambas cosas, pero en cuanto sirven únicamente a los estadistas, a los que está reservada exclusivamente la ciencia práctica.

Lo que más cumple es oír el dictamen de los clásicos en esta materia. Julio César tomó siempre por divisa la máxima de Eurípides, conforme a la cual, si a veces es lícito apartarse de la justicia, es cuando no se puede gobernar bien permaneciendo invariablemente fieles a ella (si violandum est jus, regnandi causâ violandum est). Cicerón, en el libro IX de sus Epistolarum, sentenciaba también que, si los ciudadanos deben obedecer a los príncipes, éstos, en lo que hacen con relación a aquéllos o para sí propios, se

(1) *Il principe*, XVIII.

Digitized by Google

ven obligados a obedecer a los tiempos y a las circunstancias. Monek, el estadista que tanta parte tomó en la restauración del rey inglés Carlos II en el trono de su padre, decía que "la política tiene reglas superiores a la inteligencia del vulgo". Villeroi, uno de los ministros del Consejo del rey francés Enrique IV, confesaba que los príncipes que quieren gobernar bien, "gustan más de ofender su conciencia que su Estado". Patrocinó la misma enseñanza Cocey (1), sabio jurista alemán del siglo XVIII, declarando que "la política no se encarga de indicar lo que es justo, sino lo que es útil, y, que suponiendo el derecho que el príncipe posee para obrar de tal o cual modo, le muestra las razones de interés que le autorizan para ello, y según las cuales debe examinar si le conviene usar o no usar de su derecho." En el mismo siglo, el propio Montesquieu (2) no vaciló en escribir: "Todos los vicios políticos no son vicios morales, ni todos los vicios morales son vicios políticos, cosa que no deben ignorar los príncipes, cuando ejecutan algunos de aquellos actos de soberanía, que ofenden el espíritu general." La verdad es que hay algo de pueril en querer colocar las obligaciones de los jefes de Estado en igual plano que las de los ciudadanos, siendo la situación de ambos elementos de la sociedad tan profundamente distinta. Cuando el Decálogo prohibe matar, quiere hablar del individuo en su conducta privada, y no del que gobierna, ni del que administra justicia, que a veces se ven obligados a imponer la pena de muerte por delitos muy graves, bien de carácter político, bien de derecho común. El orden jurídico exige, en ocasiones, que la autoridad realice actos que, en un particular, serían injustos. Los detractores de Maquiavelo, que notan su nombre de infamia, deberían demostrar que no es lícito a los jefes de Estado proceder contra los que provocan desmanes, que hieren el cuerpo so-

(1) *Systema novum justitia naturalis*, 69: Politica non indicat quid justitia sit, sed quod utile... Politica supponit jure nos agere posse et utilitatis saltem rationes indigitat, juxta quas examinare debemus utrum nobis conveniat jure nostro uti, an vero magis utile sit jure nostro non uti.

(2) *Esprit des lois*, XIX, II.

Digitized by Google

cial. A pendón herido entran en el campo de la política, proclamando la dulzura de los jefes de Estado con los malos, sin considerar que esa dulzura ofende a los buenos, quienes, viendo a los malos más favorecidos que a sí mismos, se vuelven indiferentes con respecto a aquellos jefes, y, apoderándose entonces los malos de su débil benignidad, hallan con ello muchos arbitrios para perderlos. A los detractores de Maquiavelo convendríales recordar las palabras del profeta Ezequiel (XVIII, 25) a este respecto: "Pretendéis que las vías del Señor no son justas, pero ¿no son más bien depravadas las vuestras?"

Ultimamente, falta que prueben lo más principal: que Maquiavelo predica el mal por amor al mal, y que es el inventor del crimen. No me quiero ensañar contra esta puerilidad de los que afirman haber dado el gran secretario lecciones de asesinato y de envenenamiento. Por lo que al envenenamiento toca, baste decir que ni un solo caso de él se mienta, ni siquiera como hecho histórico, a través de la obra de Il principe. Es semejante delito tan odioso y tan cobarde (comparado con el asesinato, el cual admite, por lo menos, posibilidad de defensa en el agredido), que parece mentira haya podido suponérsele magnificado por Maquiavelo ni por hombre alguno, sobre todo en un escrito, más o menos moral, pero siempre serio y jamás criminoso. Cuanto al asesinato, si algunos casos de él se citan en Il principe, es solamente como hechos históricos, que sirven de ejemplos de algunos (Agátocles, Oliverot de Fermo, etc.), que, de simples particulares que eran, se elevaron al principado por medio de maldades, y sin que les ayudase el valor o la fortuna. Pero Maquiavelo (1), sin perjuicio de admirar en los tales las fatigas que les costó "conseguir la soberanía sin el favor ajeno, los riesgos con que se mantuvieron en ella merced a multitud de acciones temerarias, pero llenas de resolución, la manera como arrostraron los peligros y salieron triunfantes de ellos, y la sublimidad de su alma en soportar y en vencer los acontecimientos que les eran más adversos", cuida de añadir que "no cabe, ciertamente, aprobar lo que hicieron para lo-

(1) *Il principe*, VIII.

Digitized by Google

grar el poder. La traición de sus amigos, la matanza de sus conciudadanos, su absoluta falta de humanidad y de religión, son, en verdad, recursos con los que se llega a adquirir el dominio, mas nunca la gloria... Su inhumanidad despiadada y su crueldad feroz son perversidades evidentes, que no permiten alabarles, como si merecieran un lugar eminente entre los hombres insignes". No se trata, pues, de relatos apologéticos, ni siquiera exculpadores de aquellos que, mediante crímenes, alcanzaron y consolidaron su autoridad de usurpadores y de tiranos, y menos aún se trata de insinuar que cualesquiera otros, de encontrarse en la misma situación hubieran procedido de igual suerte. Se trata sencillamente de hacer ver a los príncipes que, si suben al trono por medio de crímenes, no podrán sostenerse en él sin perpetrar otros nuevos, y a las naciones que, al aceptar por soberanos suyos a hombres semejantes, se condenarán a ser regidas por sanguinarios déspotas y por execrables monstruos. De modo que, para probar que Maquiavelo tenía por lícito el asesinato como recurso de príncipes, sus detractores muestran la rara habilidad de aducir ejemplos que con razón he de llamar contraproducentes, pues sacan a relucir los de ciertos personajes, cuyas vidas en Il principe pragmáticamente se censuran. Este es el lugar oportuno para recomendarles la apología que del gran secretario hace la docta pluma de Wicquefort, en su libro L'ambassadeur et ses fonctions, donde escribe que Maquiavelo dice todo lo que los príncipes hacen, no lo que debían hacer, y que, si mezcla en ello máximas que suponemos incompatibles con la religión cristiana, es para demostrar cómo proceden los usurpadores y los tiranos, no como ha de producirse un soberano legítimo. El profesor Zambelli, defensor de Maquiavelo, ha puesto en claro también que, en Il principe, no hay la menor intención de arrastrar a nadie a actos tiránicos, sino una teoría sistemática del medio, una lógica de los hechos observados, un arte práctica del del Gobierno, un cálculo aritmético de probabilidades, aplicado al fenómeno social.

Imprudente anduvo Maquiavelo en no dar entrada en su política a escrúpulos sobre la inmoralidad de los medios, declarando que, a su juicio, los medios son indiferentes

Digitized by Google

cuando se trata de la salvación de la patria. Pero ¿no excusa en parte su mal acuerdo la grandeza del fin que el ilustre escritor no dejó de perseguir nunca? Recordemos algunos rasgos del estado de Europa y de Italia en aquella sazón. Los métodos seguidos entonces por soberanos y por gobernantes formaban un hermoso capítulo de la hipocresía llamada derecho de gentes. Pero ¿eran mejores los Papas en este punto? No, sino infinitamente peores y harto más inmorales. En aquellos tristes tiempos, el Pontificado era una máquina admirable, que con sus grandes palancas aporreaba al mundo, y con sus dientecillos roía lo que encontraba, convirtiéndolo todo en polilla. Si el catolicismo hubiese tenido una política internacional, en Italia más que en parte alguna se hubiera manifestado, porque las relaciones eran allí más activas, más avanzada la civilización, y los jefes de la Iglesia intervenían en todas las guerras que desgarraban la península (1). ¿Quién no esperaría ver a los Papas dando ejemplo de probidad pública, de respeto a la justicia y de sumisión a la ley del deber? Es, sin embargo, el espectáculo opuesto el que se ofrece a la vista admirada del historiador, y el mismo Maquiavelo hace la observación en estas palabras: Si los italianos son pérfidos, y están corrompidos, a la Iglesia se lo deben." En vano se dirá que es un enemigo el que habla, pues los hechos atestiguan que el asesinato y el envenenamiento, junto con la superstición, caracterizaban en aquel siglo a los pueblos de Italia. Habilidad y protervia, ateísmo y devoción, traición y crimen: he aquí lo que se encontraba a cada paso en una nación sometida a la influencia directa de la Iglesia (2). Bajo pretexto de consistir su misión en sostener en todas las esferas del país el estado de sabrosísimo sueño que había constituído su felicidad, desde que renunciara a las conquistas, los Papas mezclaban a la religión en los más negros crímenes, no para detener la mano de los culpables, sino para asegurar el golpe, y aun no faltó Santo Padre que a grito herido pidiera que se permitiese al pueblo hacer justicia

(1) Laurent, *Les nationalités*, II, II, I.
(2) Voltaire, *Essai sur les moeurs*, CV.

Digitized by Google

por sí mismo en las ruines personas de los orgullosos caídos.

Se necesitaron esas miserias y esas pasiones para inspirar la muerte a mano airada de Galeas Sforcia, duque de Milán, en plena catedral y en pleno día de San Esteban, y los asesinos dirigieron a éste plegarias fervorosas, a fin de que les otorgase la audacia suficiente para apuñalar a su príncipe. ¿Será posible hablar de la misma época, sin recordar el atentado contra Julino de Médicis y su hermano, atentado que dejó muerto al primero y herido al segundo, que se perpetró también durante la solemnidad de una fiesta religiosa, y que fué ejecutado por un presbítero, planeado por un arzobispo, dirigido por un cardenal, y aprobado y sancionado por un Papa, en interés de sus hijos bastardos? El corazón se oprime y el alma se abate, al considerar aquella vida malvada y aquel delirio inmenso del Papado en el siglo XV, los cuales no tenían más síntomas visibles en la vida de la nación que los execrables vicios y las nefandas costumbres de una corte corrompida: la de los Borgias. La sociedad de bandidos en que figuraron el español don Rodrigo de Borja, elevado al Solio Pontificio con el nombre de Alejandro VI, y su hijo César, fué de las más abominables y al mismo tiempo de las más cultas que hayan gastado talones en el escenario político de Italia. Alejandro VI, que tuvo cuatro hijos y una hija de una moza romana, creó a uno de esos hijos sacrílegos, primero arzobispo de Valencia y luego cardenal, como consta del testimonio que aduce nuestro Mariana, y se hizo retratar de rey mago, prosternado ante una Virgen, que no era otra sino Julia Farnesio, según Cantú. Y bien: todavía hay algo más monstruoso que el Papa monstruo, y es que este Papa mantuvo muy alto, en el Solio Pontificio, el honroso epíteto de eminentísimo y sapientísimo jurisconsulto, que ganó desde que fué estudiante, en la Universidad de Bolonia, y ahí está el catálogo de sus diez obras, que no me dejará mentir. Como patriota fundó la Universidad de Valencia, ciudad que le debe también la ampliación de su magnífico templo metropolitano. Como Pontífice, fué admirable su celo por la defensa de la fe cristiana, e incansable

Digitized by Google

su tesón en dar leyes sabias para la reforma de las costumbres del clero. Como hombre de Gobierno, su vida está compendiada en estas palabras de Roca, en su Historia de los turcos: "Hizo respetable la justicia, dió seguridad a Roma con inexpugnables fortalezas, acrecentó sus abastos, magnificóla con suntuosos edificios, y se mostró entero e inalterable en lo próspero, magnánimo en lo adverso, constante en los peligros, diligente en los acasos y grande honrador de los estudios." Aunque por tenor muy distinto, Guicciardini (1) reconoce también el talento de Alejandro VI. "Era (dice) de una penetración rara y de una habilidad peregrina, pero falso, pérfido, perverso, sin pudor, sin religión, devorado por una avaricia insaciable y dominado por la ambición más desaforada. Entre sus hijos, había uno que poseía todas las máculas del progeniter. Parece que César Borgia no había nacido sino para que los designios criminales de Alejandro encontrasen un hombre lo bastante malvado para que supiera llevarlos a ejecución." Guicciardini no exagera (2). Cuanto puede denigrar a los hombres, la bajeza, la adulación, la falsedad, la doblez, la vile-

(1) *Storia d'Italia,* I, I.

(2) Resulta curioso que fuese Voltaire quien, en su *Dissertation sur la mort de Henri IV,* atacase a Guicciardini y se pusiese de parte del Papa, por este tenor: "Sí, Guicciardini, vos habéis engañado a Europa, y a vos os ha engañado vuestra pasión. Vos erais enemigo del Papa, y habéis oído demasiado la voz de vuestro rencor." Mateos-Gago (*Colección de opúsculos,* IV, 166) niega que Alejandro VI, desde que tomó ese nombre, continuara todavía en los extravíos, devaneos y locuras de su mocedad, y pretende que conservó constantemente el espíritu del más acendrado españolismo, hallándose siempre dispuesto en nuestro favor, en las luchas que por entonces mantuvimos en Italia. De aquí, según él, la ojeriza con que de continuo le miraron, y los embustes y las calumnias que amontonaron sobre su cabeza muchos escritores franceses y los italianos afrancesados que escribieron a sueldo en favor de la casa de Anjou y contra la casa de Aragón. Pero estas especies no merecen consideración histórica alguna, como demuestro en el texto.

Digitized by Google

za, la codicia, la envidia, la crueldad, todo lo acumuló aquel Papa en su infanda empolladura, que ni siquiera supo hacer el mal con cinismo. Y, sin embargo, Alejandro VI no ofendió la conciencia general, puesto que los contemporáneos admiraron su inteligencia, y envidiaron su dicha. Oigamos a Maquiavelo (1): "Alejandro VI, durante toda su vida, convirtió en juego el fraude, y, a pesar de que todo el mundo conocía el doble fondo de su temperamento, triunfó en todos sus artificios. Protestas y juramentos le costaban muy poco, pero jamás hubo príncipe que más frecuentemente violase su palabra, y qué menos respetase sus compromisos, y es que conocía perfectamente esa parte del arte de gobernar." No hay ejemplo de una inmoralidad más espantosa, ni nunca el genio italiano ha sido tan atrozmente infame. Los Papas del siglo XV tenían por agentes ejecutivos el equívoco, el dolo, la felonía, el puñal y el veneno. ¿Qué mucho que fueran imitados por los monarcas? La falta de probidad germinó en unos y en otros, como los gusanos en el cuerpo insepulto.

En el primer año del siglo XVI, ocurrió un hecho demostrativo de cuál era entonces la política pontificia en el orden internacional. Años antes, el rey francés Carlos VIII había tenido la facilidad de tomar a Italia con greda, según frase de Alejandro VI, que comparaba a aquel monarca con un cuartel maestro, cuyo ministerio se reducía, como en tiempo de Maquiavelo, a preparar los alojamientos de las tropas, pero cuyo estilo era señalarlo con greda, y pasar adelante, sin pararse. Luis XII, sucesor de Carlos, atraído a Italia por la ambición de los venecianos, "que querían, por medio de su llegada, ganar la mitad del Estado de Lombardía" (2), emprendió una campaña, tan feliz en su comienzo como desastrosa en su desenlace. Según Maquiavelo, los errores de Luis XII fueron muchos, pero los dos principales consistieron en ayudar a Alejandro VI a apoderarse de la Romaña, por intermedio de su hijo César Borgia, duque de Valentinois, y en haber celebrado un convenio con el monarca español Fernando el Católico, para repartirse entre ambos el reino de Nápoles. ¿Qué mira lle-

(1) *Il principe*, XVIII.
(2) *Il principe*, III.

Digitized by Google

vaba Luis XII? ¿Evitar una guerra? Pero no la evitó, y solamente la aplazó. Y lo más notable fué que, ni Luis de Francia, ni Fernando de Aragón, eran legítimos herederos del trono de Nápoles, ocupado tranquilamente por un deudo del monarca español. No existió nada más absurdo, ni más fuera de razón, en el orden de la justicia internacional, que aquel despojo autorizado por el Papa, como señor feudal de Nápoles, desde la cátedra de San Pedro. Delito tan feo y tan contrario a los fueros de la nación, a la dignidad del soberano reinante y al derecho de gentes exigía un pretexto burdo, que le convirtiese en un acto de piedad. El preámbulo del acta de partición es una obra maestra de devota hipocresía. Si dos reyes se coaligaban para apoderarse de un reino en plena paz, era por amor a la paz, a fin de evitar las blasfemias de las gentes de armas, la profanación de los templos y la violación de las mujeres (1). Sin embargo, el pueblo napolitano estaba escandalizado y furioso, comprendiendo que el verdadero motivo era socorrer a la Iglesia, y protegerla contra la rabia de los turcos, cuya alianza había buscado Fernando, y, viendo que éste se apoderaba de su país sin disparar un tiro, y con pretexto de ir a combatir a los franceses. Mentira parece que un teólogo católico de la talla del alemán Hefelé (2) haya pretendido justificar aquella infamia diciendo: "Fernando, al advertir que Luis XII iba a conquistar a Nápoles, pensó que valía más tomarse la mitad, lo cual podía sostenerse en la esfera del derecho." De suerte que, si el autor de un hecho vandálico, amenazado de que otro le dispute el botín, se aviene con éste para repartírselo, el robado no tiene motivo para denunciar a ambos al juez, como un tercero aplauda la acción. Tal fué el caso aquí descrito: una villanía, una brutalidad, un atropello semejante a los golpes del

(1) Dumont, *Corpus diplomaticus*, III, II, 414.

(2) *Elisabeth von Castilla*, 86. Por mucho que Hefelé se esfuerce en tornar blanca la lóbrega fisonomía moral de aquel monarca, llamado por antonomasia *Rey Católico*, es indudable que Fernando V, soberano de Castilla y de Aragón, no debió la conquista de Nápoles y de Navarra más que a su mala fe y a sus perfidias.

Digitized by Google

hado antiguo, sin lógica, sin sentido común, sin sentido moral. Nada de aquello venía al caso, dentro de la órbita estricta del derecho. Si Alejandro VI hubiera saludado, desde la altura de su derecho de rey de Roma, al derecho de las demás naciones a regirse por sí mismas, ¡cuán distinta hubiera sido la suerte de Nápoles! A buen seguro que el confiado príncipe de este reino no hubiera abierto al monarca español sus puertas y sus ciudades.

En fin de cuentas, Alejandro VI se limitó a aprobar el reparto de Nápoles. Pero ved aquí que otro Papa más afamado, Julio II, amotinó a toda Europa contra la república de Venecia, interponiéndose entre Maximiliano de Austria y Luis de Francia, rogándoles, suspirándoles, aun dicen que amenazándoles, y acabando por concluir con ellos unos tratados tan hipócritas como inicuos. "El rey de Austria y el rey de Francia declaran que están aliados contra los venecianos a instancias del Pontífice, quien les ha instado repetidas veces para que acudan en auxilio de la Santa Sede, a fin de que recobre sus posesiones, usurpadas por Venecia, con desprecio de la fe, de la religión y de Dios. Los dos reyes, hijos obedientes de la Iglesia, se alían con Julio II en interés de la cristiandad, expuesta a los ataques de los infieles." ¡Singular medio de salvar a la cristiandad el de despojar a una república que era uno de los baluartes de Europa contra los turcos! (1). Después venían las quejas contra la tiranía de los venecianos y contra su insaciable ambición, que conspiraba la ruina de todos los Estados, los cuales debían unirse para apagar el incendio que amenazaba devorarlo todo, y se llegaba a la conclusión de que la liga, amén de útil, era honrosa y necesaria (2). Lo odioso del caso fué que, cuando Luis XII quiso poner el pie en Italia, no teniendo en ella amigos, y viendo cerradas todas las puertas, a causa de los estragos que había hecho allí Carlos VIII, recurrió, como a aliados únicos, a los venecianos, los cuales, únicamente para adquirir dos territorios de la provincia lombarda, hicieron al rey francés dueño de

(1) Laurent, *Les nationalités*, II, II, I.
(2) Dumont, *Corpus diplomaticus*, IV, I, 58, 113.

Digitized by Google

los dos tercios de Italia (1). Por su parte, Maximiliano, que acababa de pactar una tregua de tres años con Venecia, sentía escrúpulos de traicionarla, pero el Papa le tranquilizó: "El emperador, como protector nato de la Iglesia, debía acudir en su auxilio." Julio II se mostró, a no dudarlo, como el peor de los tres bandidos coronados, pues los aplastó a todos, saboreando lentamente el placer de la victoria. Si hubo algún alma que se hartase del goce de desgarrar, de ultrajar y de destruir, fué la suya. La crueldad y la fría impudencia de aquella su política no tuvo ejemplo en Europa. Para mayor escarnio empleó los rayos espirituales en su provecho, lanzando un entredicho contra la república adriática y contra cuantos se le uniesen, comprometiéndose, además, a dar los bienes de los venecianos al primer ocupante, santificando por una bula especial la liga, y proclamando que se había hecho "para la exaltación de la cruz y para la propagación del nombre cristiano". No contento con esto, hizo al mismo Sér Supremo cómplice de su vandalismo, declarando que la liga sería provechosa a Dios y a la cristiandad, "porque es de su causa de lo que se trata, y es su honor el que se procura" (2). El desbordamiento del desprecio a la justicia, la codicia implacable, la lógica insidiosa, la cruel sonrisa del combatiente, que marca de antemano el sitio mortal en que va a herir a su enemigo, que le pisotea, y que le atormenta a su sabor con deleite y con saña, ésos fueron los sentimientos que se apoderaron de su espíritu. Ahora bien: Julio II no era un malvado, y, si hubiese llevado, no la tiara, sino una corona (3), hubiera pasado por un grande hombre. "Dícese que le inspiraba la noble aspiración de librar a Italia de los bárbaros, y la liga contra Venecia fué bien pronto reemplazada por una nueva liga contra su aliado más poderoso: el rey de Francia. Julio II contaba con armar a los

(1) Maquiavelo, *Il principe*, III.
(2) Dumont, *Corpus diplomaticus*, IV, I, 116.
(3) Más propio hubiera sido de su temperamento belicoso. Napoleón le admiraba, al recordar que fué el único Pontífice que echó en el Tíber las llaves de San Pedro, para no servirse más que de la espada de San Pablo.

Digitized by Google

bárbaros unos contra otros, y arrojarlos a todos del italiano suelo. El fin parecía santo, y, para alcanzarlo, Julio II no retrocedió ante medio alguno. Engañó a sus aliados, y engañó al mismo Dios, de quien se decía vicario, afectando un celo religioso muy distante de sus intenciones, puesto que todas sus miras se dirigían al engrandecimiento de los Estados Pontificios. En una palabra: el jefe de la Iglesia seguía la funesta máxima que se atribuye a una poderosa orden, la Compañía de Jesús, y, según la cual, el fin justifica los medios. Pues he ahí todo el maquiavelismo. ¡Y cosa notable!, el fin que se proponía Maquiavelo era también el mismo del que se hace un título de gloria para Julio II. El secretario florentino era un patriota tan ardiente, por lo menos, como el Papa, y quería, como él, emancipar a Italia. ¿Por qué sigue pesando la maldición sobre la cabeza de Maquiavelo, mientras que los historiadores continúan enalteciendo a Julio?" (1). Uno y otro, en efecto, habían recibido de su siglo la máxima de que el fin justifica los medios, puesto que la veían practicada a su alrededor. Pero Maquiavelo sobrepujó en patriotismo a Julio II, dado que, al hacer la apología científica y hasta religiosa de aquella máxima, no tuvo el cinismo de querer legitimarla prácticamente con el auxilio de las armas extranjeras, como el Papa hizo. A semejanza de los grandes guerreros, que han sido grandes diplomáticos, ante todo, quería ganar sus batallas sin desenvainar la espada. El fin lo encontraba en su grande alma, digna de los ciudadanos de Roma, a quienes ensalza en todo momento, diciendo a sus contemporáneos: "¡Ah, ya no nacen hombres como aquéllos! No sé qué se ha hecho del jugo poderoso de esta tierra fecunda. ¡Generación de enanos, mira aquí los gigantes de que has nacido!" Cuanto a los medios, los identificaba con el fin, en el fondo. El libro de Il principe contiene esta tesis: "Italia debe estar unida, y ser libre y autónoma con relación al resto de Europa, por lo cual no debe aceptar la intervención del extranjero, y su fundamento debe ser la virtud patriótica." Lejos de juzgar las cosas con la socorrida y cómoda objetividad de los indiferentes, o con el ruin e

(1) Laurent, *Les nationalités*, II, II, I.

Digitized by Google

interesado egoísmo de los utilitarios, permaneció en constante indignación contra sus compatriotas cobardes o bienquistos con la situación desesperada de la nación, y sufrió hasta lo último, torturado por el avance de la política convencional, por el espectáculo de la miseria y de la opresión de Italia, por el sentimiento de su impotencia, por la ira de vivir entre esclavos, encadenado y vencido.

Un dato muy importante hay que añadir a lo expuesto, y es que algunas traducciones, tendenciosamente incorrectas, de Il príncipe, han contribuído no poco a la mala fama del gran secretario. La palabra crudelta, por ejemplo, que en Il príncipe se usa con frecuencia, viértenla muchos traductores por crueldad, en sentido de represión bárbara y cruenta, cuando, en italiano, esa palabra se aplica casi siempre a actos de severidad y de rigor, que no implican derramamiento de sangre, ni que la muerte sea resultado suyo. Lo mismo ocurre con el verbo dispérgere, que, en lengua italiana, vale por dispersar, y que un traductor tan reflexivo e instruído como Amelot de la Houssaie vierte por exterminar, aun en las partes del texto en que Maquiavelo pone dissipano (esparcen). El mismo traductor da a la voz spegnere la equivalencia de asesinar, cuando no significa más que desparramar, apagar, hacer desaparecer. ¡Y qué decir de las veces en que Amelot de la Houssaie añade al contexto odiosos epítetos, o deja incompletas las frases suprimiendo los períodos que le sirven a modo de incisos explicativos y aclaratorios! Ni le va en zaga otro traductor. Toussaint Guiradet, el cual omite de intento períodos de igual clase o precauciones de probidad que Maquiavelo toma, al exponer ciertos desvaríos, ofreciendo como pruebas de la fría indiferencia del secretario florentino por la buena fe y por la virtud, párrafos que acusan a la legua la pena condolida con que el autor de Il príncipe narra determinados hechos. No hay duda sino que estos y otros recursos de mala ley constituyen verdaderas piezas de convicción, demostrativas de la insidia con que los detractores de Maquiavelo han procedido siempre, al juzgarle.

Para mejor poner en evidencia que fueron las condiciones especiales de la época, más que las verdades generales de la filosofía, las que llevaron a Maquiavelo a opinar como

Digitized by Google

opinó, comparemos Il principe con otro librito de igual asunto, titulado De regimine principum, y escrito tres siglos antes por un eminente compatriota suyo: Santo Tomás de Aquino (1). El tema de ambos opúsculos era el mismo en todas sus partes, e idéntico el fin que guiaba a sus respectivos autores. Como el secretario florentino, el Aquinatense quería, en pleno período feudal, devolver al trono su esplendor primero y a la autoridad real el emblema de su origen divino, templado por el elemento humano que el pueblo supone, y sometido en gran parte a la voluntad de éste, que los municipios representaban. Como él, reconocía la licitud de las repúblicas, aun advirtiendo el defecto de la suma inestabilidad de sus Gobiernos, debido a la volubilidad de las multitudes y a las ambiciones y rivalidades de sus jefes. Como él, sentía el aliento de la ciudadanía, que con el regocijo de la legalidad igual para todos enardece el alma. Como él, se limitaba a poner de manifiesto las faltas de lógica en que incurrían los demagogos antipatriotas, y a burlarse constantemente de sus prejuicios. Como él, en fin, aspiraba a sacar a Italia del abatimiento y de la ruina en que yacía secularmente. Pero, mientras que Santo Tomás, en medio de una sociedad apaciguada y depurada por la fe, y de un Papado cuerdo y ennoblecido por un ideal de empresas grandiosas, realzaba al hombre y entronizaba la justicia, Maquiavelo, en medio de una sociedad revuelta y trastornada por la incredulidad, y de un Papado delirante y envilecido por un ideal de empresas ruines, degradaba al

---

(1) El mismo título lleva, y el mismo criterio sigue, el tratado de Egidio Colonna, contemporáneo de Maquiavelo y hombre de mentalidad elevada, de convicción firme, de emoción calurosa. En el *De regimine principum* de Egidio Colonna, las sinuosidades y las argucias de Maquiavelo desaparecen ante los desbordamientos de un gran corazón y las expansiones de un espíritu rebosante y abierto, y, al mismo tiempo, filósofo y liberal, en la mejor acepción de la palabra. Desgraciadamente, al autor le falta aquel conocimiento práctico del mundo, de la vida, del hombre y de la sociedad, que resplandece en cada página del secretario florentino.

Digitized by Google

hombre y entronizaba el éxito. Desde el punto de vista de la ambición, los Papas del siglo XIII no eran más sobrios que los del siglo XVI, Pero la ambición de los primeros era leal, desinteresada, sublime, y la de los segundos pérfida, sórdida, baja. Los unos trataban de pacificar al mundo, dándole unidad espiritual, e imprimiendo a la religión el carácter de universalidad que el catolicismo implica, y los otros pretendían alborotar la tierra en provecho suyo, utilizando las divisiones y las discordias de los Estados a ese objeto, y sometiendo al más anticristiano particularismo las viles normas de su política internacional. Por confesión del protestante Ancillón (1), "en la Edad Media, en que no había orden social, el Papado salvó quizás a Europa de una barbarie absoluta, promoviendo relaciones entre las naciones más distantes, y constituyendo un centro común y un punto de unión para los Estados aislados. Fué un tribunal supremo levantado en medio de la universal anarquía, cuyos decretos fueron tan respetables como respetados, y que previno y contuvo el despotismo de los emperadores, y aminoró los defectos e inconvenientes del régimen feudal." Roma católica representó para el mundo medieval lo que Roma pagana para el mundo antiguo, vale decir, un lazo universal, colocado en medio de los pueblos para reunir las partes más diversas de la cristiandad europea, fijando el derecho público, y arrancando a la fuerza la confesión de que la sociedad estaba sometida a una ley de justicia. "Sin los Papas (reconoce el protestante Juan de Müller) (2), ya no existiría Roma. Gregorio, Alejandro e Inocencio opusieron un dique al torrente que amenazaba toda la tierra, y sus manos paternales elevaron y realzaron la jerarquía a una que la libertad de todos los Estados." Cuando los Papas ponían en entredicho los reinos, o cuando forzaban a los emperadores a ir a dar cuenta a la Santa Sede de su conducta, se arrogaban un poder que no tenían, pero, ofendiendo la majestad del trono, "acaso causaban bienes a la humanidad, porque los reyes se ha-

(1) *Tableau des révolutions du système politique de l'Europe*, I, 15, 18, 28.
(2). *Reinsen des Papsten*, I, 78.

Digitized by Google

cían más circunspectos, y conocían que tenían un freno, y el pueblo una égida. Los rescriptos de los Pontífices jamás dejaban de mezclar las naciones y el interés general de los hombres con los resentimientos particulares. Ha llegado a nuestra noticia que Felipe, Fernando, Enrique, oprime a su pueblo, etc. Tal era regularmente el principio de todos los decretos de la Corte Romana" (1). Colocado en este ambiente de grandeza moral, ¿qué mucho que la política de Santo Tomás participase de ella? Así, quien lee el tratado De regimene principum, se encuentra en un mundo ético, lleno de dignidad civil, pero sin contacto con la existencia real. Por el contrario, quien lee a Maquiavelo, se encuentra en un mundo lógico, cruel, fundado sobre el estudio de la vida y del hombre. En su época, el imperio de las pasiones y el desprecio a toda norma de equidad, llevaron a los príncipes a resistir a los más elementales dictados de la justicia. Sus aduladores se apresuraron a justificar esta resistencia, que poco a poco se hizo sistemática con la autoridad de los ejemplos, y con la introducción del derecho romano, en que los jurisconsultos bebieron a la vez ideas republicanas y máximas de despotismo, que confundieron con la idea verdadera de la soberanía. Desde entonces, la política se separó más y más de la moral y de la religión, y pudo nuevamente definirse como la fuerza dirigida por el criterio. La decadencia fué tan rápida que esta doctrina se confesaba abiertamente en Francia, bajo el reinado de los Valois; y la historia de aquellos tiempos tan agitados y tan desgraciados nos presenta una continua aplicación de ella. Los mayores derechos y las mejores pretensiones de los soberanos, sin contrapuntearse sobre el honor y sobre la rectitud, consistían en la punta de sus espadas, y, como decía el duque Felipe de Borgoña, "los reinos pertenecen de jure a los que pueden redimirlos por la fuerza de las armas o de otra manera" (2). Ya no se preguntó si una cosa era justa, sino si era útil, y los príncipes quedaron sin freno, y los pueblos sin protección. "No estando ligados

(1) Chateubriand, *Génie du cristianisme*, I, VI, II.
(2) Brantome, *Homes illustres de la France*, VIII, 325.

Digitized by Google

por medio de tratados, no había más que treguas, y de aquí se originó aquel furor de las armas, que por tanto tiempo desoló a Europa, transformada en un campo de batalla en que sucesivamente chocaban todas las ambiciones. Se redujo a teoría la perfidia, la traición, el latrocinio y el asesinato. Maquiavelo se convirtió en el legislador de aquella sociedad de soberanos, que se declaraban independientes del deber y de Dios, y el libro de Il principe, comentado por las pasiones, sustituyó al Evangelio, interpretado por los Pontífices" (1). Inspirado en el Evangelio, también el Dios de Dante era el amor (l'amore che muove il sole ed altre stelle), fuerza unitiva del intelecto y del acto, y su resultado era la sabiduría. El Dios de Maquiavelo era el intelecto mismo, la rasón, la regla de la voluntad de poder, y su resultado era la ciencia. Hay que amar, decía Dante. Hay que entender, decía Maquiavelo. El alma del mundo dantesco estaba en el corazón, y el alma del mundo maquiavélico estaba en el cerebro.

La trama de las ideas de Maquiavelo se desarrollan en un ambiente de complicación que constituye una de las mayores dificultades de su interpretación recta. Esta complicación es la que hace tan ardua la comprensión del sistema de Maquiavelo, para los que emprenden su estudio sin la preparación necesaria. Se han conservado del secretario florentino algunas máximas concisas y rotundas, cuyo sentido han intentado descifrar varios comentaristas a base de ser consejos de autoritarismo, de retroceso, de deslealtad, de falacia, de engaño y de simulación. "Un señor prudente no debe conservar la fe, cuando tal observancia le es contraria, y han pasado las ocasiones que prometer le hicieron" (2). La política es siempre la ciencia de lo provechoso, y cuando se trata de engrandecimiento, los reyes no deben ser demasiado escrupulosos acerca de los arbitrios de que echen mano. "No le importe al príncipe incurrir en la infamia de cualquier vicio que pueda salvar al Estado" (3). El autor

(1) Lamennais, *La religión dans ses rapports avec l'ordre politique et civile*, II, VI.
(2) *Il principe*, XVIII.
(3) *Il principe*, XV.

Digitized by Google

del manual cortesano afirma que todos los medios son honrosos (i mezzi savanno sempre giudicati onerovoli), si conducen al fin propuesto, repitiendo así la astuta máxima de Loyola. Pero ¿a qué conduce pregonar el jesuitismo que late en el fondo de ciertos aspectos de Il principe, si antes no se ha comparado a Maquiavelo con Maquiavelo mismo, unos escritos suyos con otros escritos, un sentimiento suyo particular con la totalidad de sus sentimientos? Si se hiciese semejante confrontación, y si se contrastase debidamente el espíritu de Maquiavelo con el de sus obras, a buen seguro que se avergonzarían los detractores del secretario florentino de haber combatido un fantasma creado por su imaginación. Maquiavelo (1) expresó con admirable puntualidad lo odioso de toda trampa y de toda fullería, al decir que detestabile é la fraude in ogni azione. En cambio, laudabile é in un principe mantener la fede, e vivere con integritá, e non con astuzia (2). No quería Maquiavelo que los métodos políticos y las orientaciones civiles de un príncipe se apoyasen en la docilidad gregaria y en el atraso inculto de sus soldados y de sus súbditos, sino en la disciplina noble y en el afecto leal de unos y de otros (utile e un principe avere dai soldati e dai subditi l'ubidienza e l'amore) (3). Tampoco pretendía que un príncipe mantuviese en la ignorancia al pueblo, para mejor esclavizarle, pues consideraba desiderabile esser tenuto pietoso (4). Y en otra parte: Sono modi crudelisime violentare i popoli, e nemesi di ogni vivere, non solo cristiano, ma umano, e debbegli ogni uomo fuggire, e volere piuttosto vivere privato, che se con tanta rovina degli uomini (5). No conviene que del alma de un príncipe se hallen ausentes la sinceridad, la misericordia y el espíritu cristiano, por cuanto cosa abbominevole e ammarare le suoi cittadini, tradire gli amici, esser senza fede, senza pietá, senza religione (6). Nadie dirigió mayores in-

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, III, XL.
(2) *Il principe*, XVIII.
(3) *Discorsi sopra Tito Livio*, III, XXII.
(4) *Il principe*, XVII.
(5) *Discorsi sopra Tito Livio*, I, XXIV.
(6) *Il principe*, VIII.

Digitized by Google

vectivas que Maquiavelo contra el lujo y contra las costumbres de la Corte Romana, bajo León X, Adriano VI y Clemente VII. Pero tales invectivas obedecían a motivos harto diferentes y más laudables que las vituperaciones de los calvinistas al mismo respecto, porque acusaba a la Corte Romana de causar, con sus escándalos, la ruina de la religión católica, que él estimaba como el más sólido sustentáculo de los imperios. "Si la república cristiana (decía) (1) se hubiera mantenido en sus máximas, tal como estaba ordenada por su divino fundador, los Estados católicos se verían más unidos y más felices que se ven. Podemos adivinar fácilmente la causa de esta degeneración, cuando notemos que los pueblos más inmediatos a la Iglesia de Roma, cabeza de nuestra fe, son los que tienen menos piedad. Las provincias perdieron toda su religiosidad y toda su devoción con los ejemplos de la Corte Romana. De ello resultaron inmensos inconvenientes e infinitos desórdenes, ya que, así como en cuantas partes hay realmente fervor religioso, existe toda especie de bienes, así también en cuantas partes se carece de él encuéntrase toda especie de males. Somos deudores, pues, a la Corte romana y a nuestros sacerdotes italianos de habernos vuelto perversos e irreligiosos." Y no sólo esto, sino que en sus Discorsi sopra Tito Livio ensalzó Maquiavelo las virtudes de Escipión, de Teodorico, de Juan de Médicis, y, por el contrario, en los libros II, III, IV, V, VI y VII de sus Storie fiorentine pintó con colores vivísimos y puso en la picota la tiranía del duque de Atenas, la violencia y la corrupción del Gobierno de Florencia, la injusticia de Astorre Gianni, la vida de Bartolomé Orlandini y su venganza indigna sobre Baldaccio d'Anghari, y la traición de Fernando de Aragón al rey de Nápoles. En compensación, ¡cuánto no elogió la excelente conducta y las singulares cosas imaginadas por Barnabó Visconti, soberano de Milán en el siglo XIV, para la buena y recta gobernación de su Estado! (2). Era Maquiavelo demasiado perspicaz e instruído para dejarse engañar, con respecto a Barnabó, por el mal que de él habían dicho los aduladores del

(1) *Discorsi sopra Tito Livio*, I, XII.
(2) *Il principe*, XXI.

Digitized by Google

príncipe, que le había destronado, como acaece siempre en semejantes circunstancias. Si reconoció algunas durezas y brutalidad de su carácter, exaltó a la vez su equidad y su entereza. Barnabó no permitía que en su nombre se cometiesen vejaciones e injusticias, y era amigo de la seguridad y del orden público. Sus actos de humanidad marchaban al par que sus actos de rigor. Fundó hospicios para los peregrinos que iban a Roma o volvían de ella, y costeó abogados para los deudores cuyos negocios estaban descompuestos, a fin de que no les faltase medio alguno de reconstituirlos y de satisfacer después a sus acreedores. Pero al mismo tiempo fundó una casa de corrección, en que mandó encerrar a aquellos que no pagaban sus deudas, o por mala fe, o por el desorden de sus asuntos. Habiéndose extraviado en el monte, durante una cacería, Barnabó encontró a un leñador, a la hospitalidad de cuya cabaña se acogió, sin darse a conocer. Durante la frugal cena a que le invitó el leñador éste le habló de las vejaciones que sufría del señor feudal de su comarca de Lodi, y enterado de ellas, Barnabó le llevó a su palacio, y no obstante los andrajos que le cubrían, le sentó a su mesa, le procuró una cama suntuosa en que descansase y le restituyó el caserío que el señor feudal le quitara, con lo que se atrajo su amor y su reconocimiento. Finalmente, habiéndole enviado el Papa dos legados, para reclamarle una cosa injusta, Barnabó, después de recibirlos y de negarse a cumplir lo que le pedían, los puso de patitas en la frontera de sus Estados.

La importancia de la controversia pide mayor desarrollo, y, para mejor desvanecer las objeciones, procedamos con orden. El primer lugar toca al error de los que sostienen que Maquiavelo propuso a César Borgia, solo y en todo, por modelo a los demás príncipes. Juzgado a la siniestra luz que sus escritos han parecido arrojar sobre sus acciones, inconsultamente se ha supuesto que Maquiavelo, para servirme de la expresión de Montesquieu (1), "estaba lleno de su ídolo, el duque de Valentinois", y que éste es el héroe de Il príncipe. Así lo afirma también Sismondi (2), por las

(1) *Esprit des lois*, XXIX, XIX.
(2) *Biographie universelle* (en la palabra *César Borgia*).

Digitized by Google

siguientes palabras: "Maquiavelo, en su libro de Il principe, tomó por modelo al infame hijo de Alejandro VI, a cuya imagen y semejanza quería que se formasen todos los soberanos, y, en verdad, que no podía escoger a un héroe que infiriese más horror." Caen (1) estigmatiza a Maquiavelo, por haber elegido a un héroe que "prefería la traición a cualquier otro modo de tener acierto". ¿De dónde nació esta terrible fama, que rodeó, como un halo de maldición, la cabeza de César Borgia? De la opinión pública de su época, cierto que no, pues ella puso en su tumba este epitafio:

Aquí yace en poca tierra
el que toda le temía;
el que la paz y la guerra
en su mano las tenía.
¡Oh tú, que quieras buscar
cosas dignas de loar!
Si tú loas lo más dino,
aquí cese tu camino,
no cures de más andar.

Pero dejemos a un lado la opinión pública. La principal acusación que se ha dirigido a Maquiavelo es haber previsto y aconsejado el golpe mediante el cual destruyó César Borgia, en Sinigaglia, a sus traidores condottieri. ¡Como si César Borgia hubiese necesitado de enseñanzas para una hazaña de tal índole! (2). También ha sido censurado por recordarla, sin manifestar su reprobación. Pero ¿es que no vituperó con severidad muchas otras acciones suyas, como consta de las cartas que, a 26 y a 28 de noviembre de 1502, dirigió a los señores de la república florentina, y en las que calificó a dichas acciones de maldades abominables y horrendas? Si la acción de Sinigaglia no le inspiró los mismos sentimentos contemptorios, fué por hallarse persuadido de que César Borgia tenía que lidiar con hombres que no eran menos malvados que él, y contra los cuales no

(1) *Dictionnaire historique* (en la palabra *Machiavel*).
(2) Garnett, *The literature in Italy*, XII.

Digitized by Google

podía asegurarse más que valiéndose de las mismas armas que ellos, a menos de resignarse a quedar vencido. Todo el elogio de Maquiavelo a César Borgia se limita a estas frases de disculpa: "En tiempos en que se vertía más sangre fuera de los combates que en las batallas, y en que no se hacía realmente la guerra más que en los campos de la paz, érale menester a César Borgia, para sostenerse contra unos enemigos, cuyas más tremendas armas eran la perfidia y la astucia, usar de las que ellos manejaban con tanto beneficio, porque la sola fuerza hubiérale sido más perjudicial que beneficiosa". ¿Qué mucho que el hombre de aquel siglo, no viéndose a sí mismo, ni a sus semejantes, más que por la faz menospreciada, y abrigando tan baja idea de sí propio y del mundo, se presentase en escena tal como se mostraban todos en la conducta y en las costumbres, y careciese de escrúpulos morales? La perversidad humana llegaba entonces en Italia a los aledaños del cinismo, y ni aun hubiera tenido sentido para aquellos hombres la cauta observación hecha más tarde por Molière (1): Le scandale du monde est ce qui fait l'ofense et ce n'est pas pêcher que pêcher en silence. ¿Cómo no se creerían con derecho a hacer el mal quienes reducían la virtud a la fuerza, el bien a la mayor suma de goces, el deber a la utilidad, los principios éticos a simples convencionalismos, todo derecho al poder, todo arte a imágenes nefarias, toda ciencia al conocimiento de los cuerpos sensibles? En tal ambiente, César Borgia no era más que una resultante lógica y necesaria de su siglo, y si no hubiese hecho nunca ninguna cosa peor que desembarazar a la Romaña de su azote, la historia no habría sido severa con él. Así lo reconoce el nada sospechoso Toussaint Guiraudet (2), por el siguiente tenor: "Luego que César Borgia hubo vencido a los tiranuelos de la Romaña, ésta le miró como a un libertador... Es tanta verdad que aquella región respiraba con holgura en tiempo de César Borgia, que cuando éste, perdido su padre y arruinada su potestad, se vió abandonado de todos, la Romaña le permaneció fiel." No, no es verdad que Maquiavelo, en

(1) *Tartufe*, IV, V.
(2) *Discours préliminaire à Machiavel*, 86.

Digitized by Google

Il principe, ofreciese sistematizada a César Borgia la doctrina de la deslealtad, ni tampoco que quisiera, con ella, recomendarse a los Médicis. No fué tal, seguramente, el objeto de esa famosa obra, aunque aparentase en lo sucesivo haber sido éste su fin. Pero con César Borgia, ni aun pretendía aparentar nada, puesto que al final de su Decennale primo dirigió contra él y contra su padre las terribles estancias siguientes:

Maló Valenza, é per a ver riposo
portato su fra l'anime beate
lo spirito di Alessandro glorioso,
Del gual seguiró le sante pedate
tre sue familiari e care ancelle
lussuria, simonia e crudeltate...
Poi che Alessandro fu dal cielo ucciso,
lo Stato del suo duca de Valenza
in molte parti fu rotto e diviso...
Giulio sol lo nutri dis peme assay,
e quel duca in altrui trovar credete
quella pietá, che non connobe may...
E Borgia si fuggi per vie coperte,
e benche é fosse da Gonzalvo visto
con lieto volto, li pose la soma
che meritaba un ribellante á Cristo,
E per far ben tanta superbia doma,
in Ispagna mandó legato e vinto.

Lo que ha muerto de Maquiavelo no es el sistema, sino su exageración. Hay en el maquiavelismo una parte variable en la cantidad y en la calidad, parte relativa a la raza, al tiempo, al momento, al estado de la cultura a la condición moral del pueblo. Pero, en conjunto, Maquiavelo da a la política el punto de partida de la ciencia, cuando asienta que la fuérza es una reacción externa dirigida hacia una necesidad interior, y la ley una reacción interna dirigida hacia una necesidad exterior, y cuando, con esas dos nociones combinadas, fabrica todo el mundo civil. La humanidad venía encarrilada entre dos corrientes de ideas: la helénica o clásica, cuyo fundamento estaba en la naturaleza,

Digitized by Google

y la medieval o mística, que ponía su aspiración en Dios. Pero en el siglo XVI fué tomando cuerpo el humanismo, que basó en la razón y en el libre examen el principio de la vida individual y social. El maquiavelismo, en lo que tiene de sustancial y de absoluto, es el hombre considerado como ser autónomo, que se basta a sí mismo, y que halla en su esencia, en sus medios y en sus fines la ley de su desenvolvimiento, de su grandeza y de su decadencia, como individuo y como sociedad. El núcleo de ésta es el hombre, a pesar de todas las trabas que le imponen instituciones caducas. Y el maquiavelismo cae desde el primer momento sobre ese núcleo, aplasta la vegetación que lo cubre, la dispersa, la aniquila, y luego, concentrando sobre él todo su esfuerzo, lo entresaca, lo levanta, lo talla y le erige en un lugar visible, desde donde brillará en adelante, para todos y por siempre, como un cristal.

Aunque las condiciones de la sociedad moderna sean contrarias a la política de Maquiavelo, sería, sin embargo, el reverso de su propio error, como confiesa Garnett (1), introducir esa idea en la crítica de su propia obra. Pueden dirigírsele otras muchas censuras. No preveía, por ejemplo, que, desde su mismo punto de vista, se levantase posteriormente otra clase de patriotas, cuyo concepto del summum bonum en política fuese diferente del suyo, ni que, al cabo de pocos años, sus máximas servirían de arsenal a los jesuítas, cuyo objetivo hubiera merecido su mayor aprobación. Además, esas máximas, inaplicables muchas de ellas a todos los casos, no son a veces más que apreciaciones subjetivas. Peu de maximes sont vraies à tous egards, sentenció ya Vauvergaguer, y lo son menos cuando se las convierte en reglas de escasa eficacia práctica ante ocasiones y contingencias imprevisibles. Erigiendo costumbres en teoría, dando manuales de conducta, redactando fórmulas convertibles en actos, sólo se consigue ordenar categorías psicológicas carentes de universalidad y de realización imposible o muy difícil. Mas con todas estas faltas e imprevisiones no es posible privar a Maquiavelo de la gloria de haber hecho surgir de raíces objetivamente científicas una nueva histo-

(1) *The literature in Italy*, XII.

Digitized by Google

ria, una nueva política, toda una nueva filosofía social. Este es el maquiavelismo como ciencia y como método, y en él ha encontrado el pensamiento moderno su fundamento y su lenguaje.

Digan lo que quieran sus detractores, Maquiavelo era un republicano sincero, y en modo alguno deseaba el universal predominio de la tiranía de Italia. Bajo su vista convencionalista se escondía el burgués moderno, que a la democracia y al liberalismo debe todos sus triunfos. Conservador respecto a ciertos problemas, mostrábase revolucionario respecto a ciertos otros. Pero entendía que la revolución por la revolución (il culto della Dea Rivoluzione) era una idea que no podría nunca entrar en un espíritu sano. Creía en el orden y en la grandeza de la Roma antigua, y de ella le nacía la nobleza de la aspiración, que le daba cierta elevación moral. Y cuando en una nación, como en la Italia de su época, se había introducido la acedía patriótica en los espíritus conturbados, hacíase menester, según Maquiavelo, que apareciese un genio político enérgico que fortificase las conciencias vacilantes y que las doblegase, bajo el peso de la autoridad necesaria, a sufrir el yugo que su rebelde naturaleza, por no poderlo soportar, rehuía, o, de lo contrario, a falta de leyes justas, los intereses y las pasiones lanzarían al país por derroteros de perdición. Tal era, en efecto, el deseo que sugería el espectáculo de la decadencia italiana, y al glorificar su posible y futuro engrandecimiento, el secretario florentino buscaba remedio a los males presentes en la vuelta al pasado romano. Ese es el verdadero maquiavelismo, programa de un mundo mejor, que debemos a aquel escritor profundo, antipapal, antiimperial, antifeudal, civil, democrático, patriótico.

No cabe negar que el acentuado realismo empírico que caracteriza la política de Maquiavelo le llevó a disculpar, y aun a justificar, actos contrarios al sentimiento de la justicia. Pero este modelo sorprendente de la reservatio mentalis, que en lo sucesivo asumió tan importante papel, es un criterio más psicológico e histórico que moral y jurídico. Un monarca español y cristiano, Alfonso VI, tuvo ocasión de conocer a fondo, siendo huésped del rey de Toledo, el estado de las murallas y de los fuertes de aquella plaza, y

Digitized by Google

a pesar del juramento cambiado a su partida con el príncipe moro, aprovechó tal conocimiento para sorprender al enemigo, y la ciudad cayó en sus manos. ¿Condenaremos ese real perjuicio radicalmente y de plano, sin tomar en consideración los intereses de la religión y de la patria, que estimulaban a Alfonso VI? No puede juzgarse imparcialmente a un perjuro, mientras no se sopesen todas las razones que le llevaron a cometer su mala acción, que, si no una legitimidad absoluta, suele tener a veces una relativa. Sería simplista e incomprensible condenar como perjuros a los regimientos sajones que abandonaron a Napoleón en el campo de batalla de Lipsia, o al mariscal Ney, que de Luis XVIII volvió a pasarse a Bonaparte, sin primero indagar si la fidelidad a los tratados políticos y a los juramentos militares es verdaderamente incondicionada, en un mundo en el cual nada es incondicionado, salvo el mundo mismo (1).

Maquiavelo sabía perfectamente que la moral del Estado no guarda relación alguna con la moral del individuo. Este falta a la moral cuando, en vez de gobernar sus pasiones, se deja gobernar por ellas. Lorenzo el Magnífico, con su acostumbrada finura de ánimo y delineando un pensamiento profundamente ético, decía a su hijo Pedro, entregado a todo género de placeres y de caprichos: E'non mi vien mai voglia alcuna, che tu non te la cavi (2). El individuo deja de ser éticamente autónomo cuando se entrega a los influjos exteriores del medio en que vive, y si estos influjos son inmorales, él lo es también, por no saber dominarlos, ni dominarse a sí propio. La gobernación del Estado es cosa muy diferente, pues quien la ejercita obra siempre de un modo heteronómico sobre las fuerzas que mueven el mundo. Hombre de Estado es el que calcula y maneja esas fuerzas y las somete a sus fines. De aquí la inevitable antinomia entre la moral política y la moral individual. Aun en órdenes de hechos menos políticos, los cuales son también materia de discusión práctica, esa antinomia aparece otra vez en los llamados conflictos entre el interés y el deber, simbolizados en el legendario Tito Manlio, puesto en el dilema de

(1) Croce, *Filosofía della pratica*, 63.
(2) Domenichi, *Della sulta de motti, burle et facette*, 14.

Digitized by Google

aut republicae aut sui suorumque obliviscendi, y en la llamada cuestión de las dos morales, la pública y la privada, respecto a la cual el no legendario conde de Cavour decía, en 1860, que si lo que hacía por Italia lo hiciera por sus intereses personales, merecería estar en presidio (1).

Después de haber presentado las razones en que se funda mi juicio particular sobre Maquiavelo, no puedo menos de exponer las que han inspirado, en el curso de los tiempos, los juicios de los que, en sentido favorable o adverso, han apreciado sus doctrinas. Empezando por su contemporáneo y émulo Guicciardini, ¿podría afirmarse que éste era opuesto a aquéllas? No hubiera sido de esperar de quien consagró la seriedad científica del secretario florentino con las siguientes palabras: Capo di questa scuola e maestro inarrivale nell'arte di governo venne sempre e con giustizia reputato Machiavelli nelle dottrine politiche del quale erasi al cominciare del secolo XVI trasfusa tutta la sapienza civile degli statisti italiani (2). Servidor de los Médicis, historiador de las guerras de Italia y amigo de Maquiavelo, Guicciardini, si parece más frío y más rígido que éste, por indigna servidumbre y por cinismo político, tales defectos (conviene recordarlo) son los de las cualidades en que sobrepujaba al autor de Il principe (3). A causa de su posición cortesana, Guicciardini no tiene, para exponer sus opiniones, la independencia y el desenfado de Maquiavelo. Pero sus Avvisi e consigli in materia di Stato, publicados en Amberes y en 1525, refuerzan las teorías de Maquiavelo. Oigámosle: "La lealtad es alabada por todos los hombres como expresión de un alma generosa; pero en muchas ocasiones es perjudicial. Por el contrario, el fraude es útil, y aunque se deteste por vergonzoso, no deja de ser necesario, a causa de la mala fe y de la perfidia de los demás". Esto es maquiavelismo neto, y mantenedor fué también Guicciardini del fundamento de los Discorsi sopra Tito Livio, a sa-

(1) Croce, *Filosofia della pratica*, 84.

(2) *Considerazioni in torno ai discorsi del Machiavelli sopra la prima decade di Tito Livio*. (en el volumen I de las *Opere inedite*).

(3) Garnett, *The literature in Italy*, XII.

Digitized by Google

ber: que los hombres non sanno essere, ne in tutto buoni, ne in tutto tristi, porque, aunque la lógica gobierne al mundo en los acontecimientos de carácter general, no gobierna con igual constancia las acciones particulares de cada individuo. Pero donde no hay lógica no hay virtud, sino capricho; ni voluntad, sino veleidad. Por eso el aparentar bondad, aunque sea arbitrio preferible al cinismo de ostentar maldad, no siempre da resultados definitivos al hombre. Fate ogni cosa per parere buoni. Ma, perché le opinioni false non durano, difficilmente vi riuscirá il parere lungamente buoni, se in verità non sarete (1).

Del tiempo de Maquiavelo, y seguidor de su modo, fué Commines, autor desigual en tal manera que sus Mémoires, torpemente urdidas, nos dejan en la duda de si tenía el verdadero valor de sus convicciones. Servidor de Luis XI y de Carlos el Temerario, los dos príncipes de peor fama de su tiempo, dista mucho de juzgar sus acciones con la rigidez de un severo moralista. Tan pronto protesta de que no ocultará los defectos de ambos príncipes (2), como asegura que no quiere hablar mal de ellos (3). Un grave reparo ofrece a su procedimiento Villemain (4), en esta forma: "Las crueldades de sus amos le indignan poco. Tiene demasiado buen sentido para no comprender que la tiranía es un falso cálculo; pero no tiene virtud bastante para odiar al tirano. Le gusta mucho la habilidad, y disculpa de buen grado una mala acción, si está bien ejecutada." El filósofo de la historia Laurent (5), saca la espada y arremete animoso contra Villemain, con intento de hacer de Commines un hombre que se elevó por encima de la inmoralidad universal. Pero, a decir verdad, todos los argumentos del autor belga no prueban sino una cosa con plena satisfacción, y es haber sido Commines un escritor equívoco y un hombre de mundo que, habiendo viajado mucho y habiendo representado a Luis XI en una gran cantidad de

(1) *Ricordi politici e civile*, XLIV.
(2) *Mémoires*, prólogo.
(3) *Mémoires*, III, IX.
(4) *Cours de litterature française*, XVI.
(5) *Les nationalités*, II, II, 2.

Digitized by Google

negocios diplomáticos, sabía lo que se podía decir ostensiblemente, y lo que había que velar y disimular. Si consigna una traición, no la aprueba, pero la disculpa, calificándola de superchería o de habilidad, "por haber sido llevada a cabo diestramente" (1). Aplaude a los espías "cuando son buenos y seguros" (2), y excusa las trampas, cuando conducen al éxito, sin producir demasiado mal al engañado. ¿Cabe mayor maquiavelismo? Sostenía el gran secretario que "cuando una persona realizó en el orden civil una acción poco común, ya en bien, ya en mal, es menester que el príncipe encuentre, para premiarla o para castigarla, un modo notable, que dé al público amplio tema de conversación" (3). Commines (4) cuenta que Luis XI aplicaba duros castigos, para ser temido, y para que no le perdiesen la obediencia. Si asignaba diversas pensiones a los que bien le servían, asimismo expulsaba del servicio a oficiales y a guardias, si no lo cumplían a perfección. Pasaba el tiempo haciendo y deshaciendo a las gentes, y daba que hablar más de sí en el reino que monarca alguno de los anteriores." Según la observación de Maquiavelo (5), "el juicio que formamos sobre un príncipe y sobre sus dotes espirituales no es más que una conjetura; pero lleva siempre por base la reputación de los hombres de que se rodea." Commines (6) decía también: "Me parece que uno de los mayores aciertos que puede revelar un soberano es cercarse de personas honradas y virtuosas, porque, en la opinión de las gentes, pasará por poseer el temperamento y la condición de los que vivan más al lado suyo. En esto se fundaba el príncipe de Orange para decir que había que juzgar de la crueldad del rey Felipe II por todas aquellas que el duque de Alba ejercía impunemente en los Países Bajos." Continúa Commines en sus observaciones, evidentemente inspiradas

(1) *Mémoires*, III, IV.
(2) *Mémoires*, III, VIII.
(3) *Il principe*, XXI.
(4) *Mémoires*, VI, VIII.
(5) *Il principe*, XXII.
(6) *Mémoires*, II, III.

Digitized by Google

en las de Maquiavelo. Pero no le seguiré más lejos, y baste con lo que he referido.

La importancia del asunto me fuerza a darle alguna extensión, siguiendo el dictamen de los autores que hubieron de estudiar a fondo las doctrinas del maquiavelismo. Uno de ellos fué el célebre filósofo inglés Bacon de Verulam (1), quien dejó escrita esta sentencia: Est quod gratias agamus Machiavello, et hujusmodi scriptoribus, qui aperte et indissimulanter proferunt quid hominis facere soleant, non quid debeant. Amante y propugnador del método experimental en todas las disciplinas científicas, Bacon no podía menos de simpatizar con Maquiavelo, que se atenía a los hechos, ante todo, que consideraba los ideales como medios de estímulo psíquico, pero sin adorarlos. Bacon procuró mostrar con evidencia la utilidad del criterio realístico y positivo de Maquiavelo, para la situación en que a la sazón se hallaba Italia, y aun también para todas las circunstancias parecidas en que estuviesen otras naciones asoladas por la anarquía, y que quisieran salir de ella. Aun obras que parecían escritas contra el gran secretario, como la Doctrina civilis, de Lipsio, estaban impregnadas de maquiavelismo, dicho sea en el sentido peyorativo de la palabra. Lipsio admiraba en Maquiavelo el talento sagaz, ardiente, vigoroso, tanto como la fuerza de su sistema político (et qui utinam principem suum recta duxisset ad templum illud virtutis et honoris).

Quien oye el juicio de los hombres del Renacimiento que pasan por más distanciados de Maquiavelo en ideología, quédase atónito de ver cómo, a vueltas de sus ditirambos a la moral pública, rechazan las cláusulas absolutas de esta moral, aplicadas a los negocios del Estado. El escéptico Montaigne (2), de espíritu mucho más flexible que Maquiavelo, no le iba en zaga en pesimismos con respecto a los hombres, y en convencionalismo con respecto a los políticos. El príncipe, según Maquiavelo, debe aparentar ser religioso, justo, bueno, clemente, compasivo, protector de las artes y del ingenio. No tema que se le descubra,

(1) *De augmentis scietiarum*, VII, II.
(2) *Essais*, I, III, V, XVII.

Digitized by Google

pues los hombres son sencillos y crédulos en la misma medida en que son perversos y traidores. "Si los hombres fuesen buenos (añade Maquiavelo) (1), ese precepto sería detestable, pero, como son malos, y no guardan la fe jurada al príncipe, si encuentran ocasión de hacerlo, tampoco éste está obligado a guardarles la suya, si a ello se ve forzado." Pregúntase también Montaigne si puede el príncipe faltar alguna vez a su juramento, y responde: "El príncipe, cuando una urgente circunstancia o alguna inopinada necesidad del Estado le fuerza a torcer su palabra, y a faltar a su ordinario deber, debe atribuir tamaña fatalidad a un golpe airado de la vara divina... Le era preciso hacerlo, y, si lo hizo sin pensar y sin perjuicio suyo, señal de que su conciencia se hallaba en malos términos... Sin embargo, alguna vez es lícito imponer silencio a la conciencia, cuando la utilidad pública es visible y muy importante." ¿Qué fundamento da Montaigne a transigencias tan innobles? El mismo que le daba Maquiavelo: la maldad ingénita de la naturaleza humana. "Nuestra navecilla privada y pública está llena de imperfecciones, y nuestro ser cimentado en cualidades enfermizas... Ambición, celos, envidia, vergüenza, superstición y desesperación viven con nosotros en posesión tan natural, que su imagen se reconoce asimismo en las bestias con la crueldad, vicio que parece tan contrario a la naturaleza, porque, en medio de la compasión, sentimos en nuestro interior no sé qué agridulce punta de deleite maligno, y los niños la sienten más todavía que los adultos. El que quitara del hombre la semilla de esas propiedades, destruiría las condiciones fundamentales de nuestra vida. Por la misma razón, hay, en toda política, oficios que, siendo necesarios, son, sin embargo, no sólo viles, sino viciosos. En ellos hallan los vicios su lugar adecuado, y se emplean en el mantenimiento del buen trato civil, como ciertos venenos en la conservación de nuestra salud. Si los disculpamos, es porque los estimamos imprescindibles, a pesar de su perversia. Preciso es dejar jugar esta partida a los más vigorosos y menos tímidos, que sacrifican su honor y su conciencia, como los

(1) *Il principe*, XVIII.

Digitized by Google

antiguos sacrificaban su vida, por la salud pública, que era para ellos la suprema ley, y que, por ende, todos los medios legitimaba... El bien público requiere que se falte a la fe jurada, se mienta y aun se asesine, aunque en ello no haya más que ventaja momentánea, con perjuicio para lo futuro, lo cual sucede en todos los cálculos del egoísmo... Aprecio y honro la buena fe, mas no quiero privar de su puesto al engaño, pues equivaldría a entender mal el mundo. Sé que el engaño, sobre todo manejado por personas obedientes y de moralidad flexible, ha sido a menudo provechoso, y que mantiene y alimenta las más de las profesiones humanas. Hay vicios legítimos y virtudes ilegítimas. La justicia, natural y universal de suyo, se arregla de diferente modo y con más nobleza que esta otra justicia especial, nacional y limitada de nuestra política... En el reino de Ternate, entre esas naciones que llamamos bárbaras a boca llena, existe la costumbre de no emprender guerra alguna, sin denunciarla primero al enemigo, y hasta añaden la declaración de los medios que en ella van a emplear... Cuanto a nosotros, menos supersticiosos, creemos que el honor de la guerra está de parte de aquel que saca provecho de ella, y decimos, con Lisandro, que, cuando no basta la piel del león, es necesario agregar una tira de la piel de la zorra." ¿Quién no reconoce, en toda esta larga tirada de Montaigne, la esencia del más puro maquiavelismo?

Si de Montaigne pasamos a su discípulo Charron, le oiremos decir que, "aunque la perfidia y el perjuicio sean, en ciertos casos, más viles y más execrables que el ateísmo", no por ello "la justicia del soberano es enteramente igual a la de los particulares. Aquélla camina a pasos más largos y más libres, a causa del gran peso que sobre sí lleva. Por eso, le conviene andar con una marcha, que parecerá desarreglada y descompuesta, pero que le es necesaria y leal y legítima. Necesita algunas veces mezclar la justicia con la prudencia y coser a la piel del león, si preciso es, la de la zorra". Tenía este filósofo (1), por cosa averiguada, que, "si conviene no volver nunca la espalda a la pro-

(1) *De la sagesse,* III, II.

Digitized by Google

bidad, a veces, empero, hay que andar alrededor de ella y costearla, empleando al efecto el artificio y la astucia", y sacrificando la justicia civil a la utilidad política. Un poco más abajo, Charron (1) coloca la diferencia entre Maquiavelo y él, respecto a ser permitido "oponer un arma a otra arma, y, próximos a la zorra, imitar a la zorra", únicamente en la medida y en la discreción con que esto se haga. En el príncipe, la desviación del deber ha de dirigirse a conservarse, no a enriquecerse, y a precaverse de engaños, no a engañar. El canónigo Naudé (2) (que había adquirido en Italia su instrucción política, y en cuya ciencia tenía el cardenal Mazarino tanta confianza), va más lejos. Apoyándose en la doctrina de Charron, y reproduciendo sus cantinelas, no admite más justicia política que la prudencia política, que no es a sus ojos la prudencia ordinaria, sino la habilidad de "buscar los varios rodeos y las mejores y más fáciles invenciones para negociar y para obtener en los negocios el fin que uno se proponga". Entre los maestros de ese género de prudencia, Naudé cita, en primer término, a Tiberio, el cual decía que, "de todas las virtudes que poseía, ninguna tenía en más precio que el disimulo", y a Luis XI, "el más cuerdo y cauteloso de los reyes, cuya máxima principal de Gobierno era que el que no sabe fingir no sabe reinar". ¿Qué más se requiere para gobernar bien? Expónelo Naudé, diciendo: "Los príncipes no sólo necesitan usar de desconfianza y de hipocresía en su conducta, sino que necesitan, además, pasar a saltos de la omisión a la acción, y, para obtener alguna ventaja, realizar sus designios por medios sutiles, equívocos y encubiertos." Al mismo tono canta y recanta Magliabechi, en la Memoria que intitula Notizie letterarie, y que es un alegato férvido en pro del maquiavelismo.

Podría extender la lista de escritores del Renacimiento que sentían y que pensaban como Maquiavelo. No es necesario, porque viene más a mi propósito señalar los motivos por los cuales cundió, en el ambiente intelectual europeo, la idea de ser El príncipe un libro abominable, código

(1) *De la sagesse*, III, VIII.
(2) *Considérations politiques sur les coups d'Etat*, 54, 58.

Digitized by Google

de maldad, breviario de los ambiciosos y de los trapaceros, epítome horroroso de todos los delitos juntos, y su autor el escritor más perverso que hubiera existido (1). El primero en acreditar y en difundir opinión semejante, fué el cardenal Polo, cuya cabeza estaba pregonada, y cuya familia había sido perseguida por el monarca inglés Enrique VIII (de quien él era súbdito natural), a causa de su tratado De unitate Ecclesiae. En esta obra, Polo acusaba simplemente a Maquiavelo de haber favorecido con sus escritos la política del rey británico. Determinaron publicarla los grandes encomios que de Il príncipe hiciera Tomás Cromwell, ministro favorito de Enrique VIII, y que era mirado como el protector de las mudanzas religiosas a que Inglaterra debía su entonces reciente separación de la Iglesia Romana. ¿Puede extrañarse que, atribuyendo sus desgracias a ese panegirista de Maquiavelo, desarrollase una acre crítica contra el secretario florentino? Fué gran milagro que no le degollasen sumariamente, y, viendo amenazada su vida, tuvo que refugiarse en Italia. En el invierno de 1534, pasó a Florencia, y allí obtuvo informes amenazadores e insolentes para la memoria del autor de Il príncipe. No que los republicanos sinceros no conservasen a Maquiavelo cierto afecto romántico, pero los más estimábanle causante de la caída del Gobierno popular que establecieran en 1527, y que, en 1531, destruyera a mano armada Carlos V, quien les había dado por príncipe a un tirano como Alejandro de Médicis. Polo aprovechó aquel

(1) Los que quieran ampliar los datos concernientes a la historia seguida y circunstanciada de las diversas persecuciones a que estuvo expuesta la memoria del autor de *Il príncipe*, harán bien en consultar la óptima apología que, en 1779, publicó el caballero florentino Baldelli, con el título de *Elogio di Machiavelli, cittadini e segretario fiorentino, con un velli discorso intorno alla constituzione della società ed al goberno político*, disertación que ha solido ponerse a la cabeza de las principales ediciones de las obras de Maquiavelo. Baldelli presenta allí, en orden cronológico, una serie de anotaciones críticas sobre los detractores del insigne estadista, paisano suyo.

Digitized by Google

ambiente de descontento para sacar a luz, en 1535, y con miras casi exclusivamente políticas, su intrépida Apologia ad Carolum V Caesarem super librum "De unitate Ecclesiae" (1), alegato en que exhortaba al emperador a volver sus armas contra el monarca inglés (2). Aunque exagerado, este alegato era lógico, y porque era lógico, cabe desconfiar de la nobleza de los motivos que lo ocasionaron. Nada más peligroso para un crítico que ser excelente censor, pues el que censura no se aviene bien con el que jusga, y es muy capaz de arrojarse a cierraojos y audazmente en el camino tempestuoso de la injuria personal. Añádase que Polo se atuvo demasiado a las noticias de los que, olvidando que el libro de Il principe lo había compuesto Maquiavelo para un soberano tan liberal, tan culto y tan altamente dotado como Lorenzo el Magnífico, proclamaban que el secretario florentino no había llevado otra mira que la de estimular a aquel soberano a tamaños excesos despóticos que moviesen a los pueblos a arruinarle (3). Se ve de antemano que Polo, inclinado en este sentido por su espíritu atrabiliario, se encontraba muy proclive a dar crédito al infundio propalado por los que llegaban a decir que el mismo Maquiavelo, sin más excusa posible que su ceguedad e ignorancia (de hác coecitate et ignorantia aliqua ex parte excusari potest), había confiado a sus amigos que, al escribir su manual para Lorenzo el Magnífico, no había abrigado otra intención que aquella tan innoble (ad quod illi responderunt idem, quod dicebant de Maquiavelo cum idem illi aliquando opponeretur) (4). Puesto en esta vía lúbrica de difamación, Polo, que, en el De unitate Ecclesiae, limitaba sus cargos contra Maquiavelo a los consejos dados a los príncipes para sostener su autoridad vacilante, en la Apologia llevó sus reproches hasta el límite máximo del desenfreno. Después, en 1557, Paulo IV le acusó de fomentar la herejía, y Polo compuso, en justificación suya, otra Apologia, llena de pasajes muy vivos contra el Papa,

(1) Esta *Apología* reeditóse en Brescia y en 1744.
(2) *Apología*, prólogo.
(3) *Apología*, I, 28, 33.
(4) *Apología*, I, 152.

Digitized by Google

y, si bien se abstuvo de hacerla pública, y la arrojó al fuego, fué haciendo una insultante cita de la Biblia (non deteger verenda patruistui), con la cual sola, como nota Baldeli, descubría su falta de moderación e imparcialidad.

Habiéndose conocido en Roma la Apología de Polo, el dominico e inquisidor Lancelot-Politi, arzobispo de Consa y biógrafo de Savonarola, emprendió una verdadera cruzada, a la vez literaria y curialesca, contra el autor de Il principe. Para juzgar el valor espiritual de ese personaje, baste saber que el mismo Indice que él creara notó como perniciosos algunos escritos suyos, y, entre ellos, su Vita di Savonarola, producción en la que empezaba ensalzando a su compañero de hábito como a un santo, y acababa representándole como un malvado impostor y un insigne trapacero. En noviembre de 1550, Muzio, autor del Gentiluomo o sia della nobilitá, y a quien, en 1549, había encargado el Papa Julio III que redactase los anales del Concilio de Trento (1), denunció a Maquiavelo al Tribunal de la Inquisición. Lancelot-Politi, incitado por tal contraseña marcial, que refrendaba las acometidas de Polo, quiso hacer todavía más que éste, e impugnó, no sólo Il principe, sino que también los Discorsi sopra Tito Livio. Ya estaba compuesto su volumen en folio de Miscellanza seu de libris a christiano detestandis et a christianismo penitus eliminandis, que se imprimió en Roma en 1552, y, sin embargo, tomaba a pechos insertar en él un capítulo rotulado Quam execrandi sint Machiavelli discursus et institutio su principis. No sabiendo con qué enlazarlo, se vió reducido a intercalarlo en la disertación De divinis ac canonicis scripturis, que formaba ya parte del volumen, y con la que el capítulo no guardaba la menor conexión. En 1573, el Padre Posi, secretario del colegio de cardenales, propuso que no se condenase, sin más examen, el libro de Maquiavelo, a lo menos, cuanto al fondo de su doctrina política, y que únicamente se corrigiesen o se suprimiesen algunos de sus pasajes, que, aunque en corto número, no parecían muy acordes con los preceptos de la moral y de la religión.

(1) Véase a Tiraboschi, *Storia della letteratura italiana*, VI, 392.

Digitized by Google

Pero este prudente consejo resultó muy tardío, porque los manejos y los clamores de Lancelot-Politi habían obstruído tan sensato proyecto. En fin, después de zarandeado durante varios años, por el torbellino curialesco e inquisitorial de la Corte Romana, Il principe se vió colocado en el Indice, en 1559, por el Papa Paulo IV, medida que, en 1564, aprobó el Concilio de Trento. En realidad, la oposición a Maquiavelo venía de más atrás, puesto que ya Campanella (1) habíale atacado violentamente, proclamando que "la razón de Estado es una invención de los tiranos, que juzgan que su conservación o su grandeza les permiten violar todas las leyes de Dios". A Campanella hizo coro el escritor inglés Sancroft, en su Modern policies taken from Machiavelli, Borgia and other choice authors. Para ambos autores Maquiavelo representaba un principio de realismo experimental y práctico, injertado en una ambición patriótica, contraria a todo humanitarismo cosmopolita, y enemiga de las aspiraciones de la Edad Media. Campanella, que procuró resucitar la idea medieval de la Iglesia universal y del universal Imperio, aunque sustituyendo a España por Alemania, miraba con malos ojos el criterio autoritario y nacionalista de Maquiavelo, absolutamente opuesto a los destinos de los pueblos. "Me admira (decía) (2) que haya hombre que ensalce hasta las nubes la doctrina de Maquiavelo, como si fuera un programa de política, y mi admiración se trueca en indignación, cuando veo que en todas partes se aplica la funesta máxima de que la razón de Estado permite cosas que rechaza la conciencia. Sería difícil imaginar otra doctrina más impía y más absurda, porque aquel que niega que la conciencia tiene legítimo dominio, lo mismo en las relaciones públicas que en las privadas, acredita por ello sólo que carece de conciencia. Someter al hombre al culto de lo útil, es asemejarlo a las bestias, que también son arrastradas por instinto a buscar lo útil, y a apartarse de lo perjudicial. Pero al hombre le ha dado Dios la luz de la reflexión y la voz de la conciencia para distinguir el bien del mal. ¿Habría de faltarle

(1) *Philosophia realis*, III, IV, 6.
(2) *De monarchia hispanica*, 297.

Digitized by Google

esa luz en las relaciones públicas? ¿Se callaría esa voz en los negocios de mayor importancia?" He aquí palabras que respiran un vivo sentimiento de justicia internacional. Y Campanella no se limita a la crítica, sino que pone su doctrina enfrente de la que censura, y opone a la astucia la prudencia. "La prudencia encuentra su principio en Dios. Es un rayo de la eterna sabiduría, y se confunde con la rectitud. El maquiavelismo descansa en lo arbitrario de las pasiones humanas y de los intereses políticos. La prudencia tonifica y une a los hombres por el más fuerte de los vínculos, que es el derecho, mientras que la astucia los amedrenta y los divide. El fin de la prudencia es el interés de todos. El maquiavelismo habla mucho de salud pública, pero los que lo practican no miran más que a su propio interés. La prudencia eleva y mejora a los pueblos, y la astucia los envilece y los degrada" (1). Laurent (2) observa que Campanella merecería ser llamado el fundador del derecho de gentes, "si hubiera permanecido fiel a sus principios, en la aplicación que de ellos hace. Pero, al combatir el maquiavelismo, parece que el filósofo italiano no pensó más que en la gobernación interior de los Estados. En las cosas de la política exterior, le extravió su utopía de Iglesia universal y de universal Imperio, la cual destruye por sí misma la idea de una justicia internacional, toda vez que destruye las nacionalidades. Campanella reclama la dominación mundial para los descendientes de Carlos V, y basta tan falsa concepción para alterar todas las nociones de justicia internacional y de derecho de gentes, que enseña el autor. El adversario de Maquiavelo recomienda a su príncipe la fuerza, la intriga, la superchería, para apoderarse de Alemania, Francia e Inglaterra, y diríase que no es el mismo escritor el que habla. ¡Cosa irregular! Campanella y Maquiavelo están de acuerdo en el fondo, porque están dominados por la misma tendencia. El político del siglo XVI quiere la independencia de Italia, y lo sacrifica todo a ese

(1) *Philosophia realis*, III, IX, 3. *De monarchia hispanica*, 24.

(2) *Les nationaalités*, II, II, 3.

Digitized by Google

sagrado objeto. El político del siglo XVII quiere una monarquía de dominación mundial, en provecho del catolicismo, y su causa es todavía más santa, puesto que es la de Dios." De ahí que no respete ningún derecho de gentes, y que, para conseguir su fin hiperbólico, le parezcan legítimos todos los medios, incluso el tiránico odio. Séneca, que había de morir condenado por Nerón, aconsejaba el tiranicidio en sus tragedias, haciendo decir a uno de sus personajes: "No cabe inmolar víctima más agradable a los dioses que un rey injusto."

En 1576, el protestante delfinés Gentillet, publicó su Discours sur les moyens de bien gouverner, escrito más conocido por el Antimachiavel, y que es el precedente de la obra del mismo título, atribuída a Federico el Grande. Aparecido en el tercer año del turbulento reinado de Enrique III, ese escrito va precedido de una dedicatoria al duque de Alenzon, al cual confesaba con pesar Gentillet "que el monarca francés sacaba sumos beneficios de la lectura de Maquiavelo, para obstruir la guerra que los hugonotes habían reanudado contra la autoridad real". El duque de Alenzon, a quien Enrique III acababa de perdonar una conjuración contra su persona, se había puesto al frente de los rebeldes, y, al mismo tiempo, Gentillet, cómplice de la sublevación, iba a refugiarse en Ginebra, bajo los auspicios de Calvino. Como los demás secuaces de este reformador, Gentillet atribuía al influjo de las máximas políticas de Maquiavelo en la corte francesa la matanza horrible de Saint-Barthélemy, voz que (como observó el presidente de Thou, en el libro LII de su Histoire) bastaba para hacer odioso al gran secretario. Y, en la dedicatoria de referencia, declaraba sin embozo al duque de Alenzon jefe de los sublevados, que no había compuesto su Discours más que para vengarse de Catalina de Médicis, que aconsejaba a Enrique tomar contra ellos severas medidas, y que a la vez manifestaba aprecio sumo hacia el libro de su compatriota Maquiavelo. Tres años más tarde (1579), el protestante borgoñés Huberto Languet, alegaba un motivo muy semejante al de Gentillet, para justificar la aparición de la obra que, bajo el seudónimo de Stephanus Junius

Digitized by Google

Brutus Celta, y con el rótulo de Vindiciae contra tyrannos, publicó en Alemania contra el trono. Languet reconocía paladinamente, en el prólogo de las Vindiciae, que no las había redactado más que llevado de su odio a Enrique III, y movido por el resentimiento que experimentaba, al ver prevalecer, en Francia, la autoridad real sobre la fuerza de los hugonotes.

El prelado portugués Osorio, obispo del Algarve y muerto en 1580, sugestionado quizá por Lancelot-Politi, publicó su tratadito De nobilitate christiana, en el que cubrió de oprobio a Maquiavelo, acusándole de carecer de toda clase de virtudes. Lo mismo hizo, en su Ragione di Stato, otro católico, Bottero, que había sido jesuita, y que había conservado en tal grado las ideas de los secuaces de Loyola, que, a su fallecimiento, acaecido en 1617, los hizo herederos suyos. Indudablemente, las máximas de la política de Bottero diferían de las de Maquiavelo, pero sólo a base de discurrir dentro de la quimérica hipótesis de que los hombres son tales como deberían ser. Maquiavelo, por lo contrario, los había considerado tales como realmente son, y esta reflexión es indispensable para juzgar rectamente su doctrina (1). Otro jesuita, el Padre Possevin, levantó la voz, y puso el grito en el cielo, al tomar la defensa de la Iglesia injuriada por el secretario florentino. Seguramente Possevin había leído muy de corrida (hay quien supone que no las conocía siquiera) las obras de Maquiavelo, contra las cuales movía queja, y no había reparado que el estadista italiano miraba las cosas de la política más de cerca, y las tenía mejor sabidas que él, en todas sus partes. Corringio, en el docto prefacio a la edición latina de Il principe (1666), vindicó a Maquiavelo de las falsas imputaciones que le dirigiera Possevin, en su Judicio de Maquiavelo et Bodino (2), librejo impreso en 1592, y en el

---

(1) Tiraboschi, *Storia della letteratura italiana*, VI, 295.

(2) A risa mueve Possevin, en su refutación de Bodin, a quien equipara con Maquiavelo, cuando el tratado *De la république* (V, 801, 803, 808), de aquel autor, es un canto a la justicia civil e internacional y una diatriba contra la perfidia y el perjurio de los reyes. Para Bodin la moral

Digitized by Google

que figura un difuso capítulo titulado Cautio de iis qua scripsit tum Maquiavellus, tum is qui adversus eum scripsit "Antimaquiavellus", cui nomen haud adcripsit, capítulo que incorporó más tarde (1603) a su Bibliotheca selecta. Possevin pretendía curarse en salud, envolviendo en la misma condenación a Maquiavelo y a Gentillet, y no reconociendo al último sino en el sentido de que sus blasfemias contra el catolicismo igualaban, y aun sobrepujaban, a las del primero (1). Empero, Corringio llamó en su favor testimonios y argumentos críticos irrefutables, para demostrar, como demostró, que Possevin no poseía de Il principe otras noticias que las que encontrara en Gentillet, cuyas razones no hizo más que repetir ciegamente. Y, sin embargo, razones idénticas fueron las aducidas por el oratoriano Bozio, dos y tres años después (1594 y 1595), en sus tratados De antiquo et novo Italiae Statu, adversus Machiavellum y De Imperio virtutis, sive Imperia pendere à veris virtutibus, non à simulatis, escritos por orden de la Corte Romana (2). Se advierte en seguida que Bozio no tuvo

---

política de los gobernantes de su siglo era una moral menguada y perversa, que decía muy mal con los designios de rectitud y de equidad profesados en las mejores legislaciones. Lo mismo sintieron Lecler (*Biblioteca selecta*, XX, 26), Leibnitz (*Codex juris gentium*, prefacio) y Jannin (*Négotiations*, 2, 14, 120), contestes en comparar a los príncipes que juegan con los juramentos, con los niños que juegan con las tabas. "Muchos soberanos se divierten con la baraja en sus palacios y con los tratados en sus relaciones políticas." Según Saafel (*Geschichte dernuerten Zeit*, I, 68), la realeza se mostró siempre poco favorable a la diplomacia noble, siendo más afecta al método maquiavélico, cuyo ideal consiste en engañar.

(1) *Biblioteca selecta*, II, 403. *Sed ubi Machiavellus catolicam oppugnat Ecclesiam, vel ubi occasio sese dat, facile Antimachiavellus blasphemando equat et superat.*

(2) Bozio censuró también a Maquiavelo en su opúsculo *De robore bellico diuturnis et amplis catholicorum regnis*. En algunas ediciones, ese opúsculo aparece incluído en uno de los cuatro libros de que consta su primer tratado.

Digitized by Google

más motivos para componerlos que los del jesuíta de quien era competidor, pues por confesión propia, todo su conato puso en probar, frente al sentir de Maquiavelo, que Italia nunca había sido más feliz, floreciente y fecunda en varones que desde que los Pontífices eran soberanos temporales en ella. Bozio, dando por prueba de esto el tiempo en que vivía, dice grandes bienes del Papado, hasta el extremo de redondear sus lisonjas con arreglo a las miras particulares y concretas de Clemente VIII. Donde se ve que los enemigos de Maquiavelo eran dignos de lástima, por la superficialidad con que trataban materias importantes, cual si fuesen los primeros en saludarlas.

Para rastrear la notoria impiedad y la nefanda torpeza de Il príncipe, los jesuítas, conscientes de la profunda impresión que las doctrinas de Maquiavelo habían causado entre los preceptistas, los políticos y los pedagogos (1), se entregaron a un trabajo de análisis demoledor y difamatorio. Dos razones tenían para ello, siendo la una la apología que, en sus Discorsi sopra Tito Livio, había hecho Maquiavelo de dominicos y de franciscanos, y la otra su celo en ser los únicos conductores de Estados y de príncipes. ¿Cómo iban los jesuítas a perdonar a Maquiavelo que hubiese pasado en silencio su Compañía, al tiempo que exaltaba la grandeza espiritual de las Ordenes de Santo Domingo y de San Francisco? ¿Cómo iban a perdonarle que les disputase la prerrogativa que ellos creían poseer en punto a dirección de los Gobiernos? Así, en 1597, vemos al Padre Lucchesini sacar a luz el Saggio delle sciochezze scoperte nelle opere del Machiavelli, donde, no contento con calificar al gran secretario de impío, le tildó de necio, y pretendió poner en chacota su ideario. En una sátira atribuída a Menzini, se dijo que

> Tante sciochezze non contien quel bello
> Opusculo del Padre Lucchesini
> Che tacció di coglione il Machiavello,

y el público halló juiciosa la equivocación de un encuader-

(1) Véase a Azorín, *Il politico*, 52.

Digitized by Google

nador de libros, quien, para reducir el título del frontispicio de éste al estrecho espacio que presentaba el lomo del volumen, grabó en él estas palabras: Sciochezze del Padre Luchesini. Apresurémonos a añadir que las tonterías del tal Padre habían sido anticipadamente refutadas, desde 1508, por el tratado De legationibus, debido a la pluma de Gentili, catedrático de Derecho en Londres (1), y que el cardenal inglés Belarmino había vengado a Maquiavelo contra el odio de los jesuítas, que dijeron también de él mismo mucho mal (2). El holandés Grocio, en su tratado De jure belli ac pacis, pretendió superar la posición de Maquiavelo, sobre todo en materia de justicia internacional, pero sólo consiguió perderse en abstracciones, y jugar con equívocos. Voltaire, luchando con Grocio, como éste luchaba con las preocupaciones de su siglo, le trata de pedante, y advierte que la pedantería es incompatible con el juicio claro. En opinión de Rousseau (3), Grocio es decididamente un empírico injerto en teórico, por cuanto su constante manera de razonar es la de determinar el derecho por el derecho. Maquiavelo, más avisado y más lógico, supo dar al ideal cuerpo y raíz en la realidad, tal como la revelan la observación y la historia. Es lo que Montesquieu volvió a hacer en el siglo XVIII, por no sentir hacia el pasado el desdén que manifestaban los filósofos de su tiempo. Hasta su contemporáneo el dulce, sensible y simpático Vauvernagues, se vió impulsado por idéntica tendencia, y, aun rechazando con horror el maquiavelismo, se dejó seducir por la máxima de la salvación pública, y justificó el empleo de la autoridad en el interior y de la guerra en el exterior, en los casos de eclipse del derecho.

---

(1) Véase a Fontanini, *Opere*, I, 200. Este autor fué cuidadosamente anotado por el gran crítico Apóstolo Zeno, fundador, y a comienzos del siglo XVIII, del *Giornale dei Letterati*, que sirvió grandemente como punto de unión de los escritores italianos.

(2) Gentili era un protestante italiano desterrado y puesto felizmente a salvo en Oxford, en cuya Universidad acrecentó su ya no escasa cultura jurídica y política.

(3) *Contrat social*, I, II.

Digitized by Google

En España, fueron partidarios de las doctrinas del político florentino dos hombres de la talla de Arias Montano y Antonio Pérez, los cuales sabían bien que el más grande de los estadistas españoles, el preclito cardenal Cisneros, había bebido en Il principe los primeros elementos del arte de gobernar a los hombres. Pero otros muchos levantaron la voz contra Maquiavelo, yendo a la cabeza de todos Márquez, en el libro que intituló El gobernador cristiano (1612). Los jesuitas de nuestra patria protestaron en las más variadas formas, publicaron contra Maquiavelo libros grandes y pequeños, le combatieron incidentalmente, y le dedicaron tratados especiales. Entre estos últimos figuraron los tres volúmenes de máximas que "contra las vanas ideas de la política de Maquiavelo" publicó el Padre Garau; el Machiavellismus jugulatus, del Padre Clemente, que aporrea al político florentino sin piedad, y el tratado De religione et virtutibus principis christiani adversus Machiavellum, del Padre Rivadeneyra, si bien este último trabajo parece hecho más bien para incitar al rey de España contra los herejes que para confutar al autor de Il principe. El discreto Azorín (1), examinadas con atención las protestas españolas contra Maquiavelo, confiesa que "el coro de clamores fué unánime (2). Habrá estado el lector en el campo, y habrá oído algunas veces cómo al acercarse la zorra al gallinero todos los buenos canes de la casa

---

(1) *Il político*, 53.

(2) Todavía en 1854 el traductor anónimo que publicó en Madrid una versión española de *Il príncipe*, de Maquiavelo, la hizo seguir de otra versión del *Antimachiavel*, supuestamente atribuido a Federico el Grande, como queriendo dar el veneno neutralizado por su antídoto. El autor de esa traducción (que, con la aparecida a fines del siglo XIX, en la *Biblioteca Económica Filosófica*, que dirigió el ilustre publicista Zozaya, es una de las dos únicas versiones castellanas que conozco) considera *Il príncipe* como el procedimiento de todos los déspotas formulado en doctrina. Para él, si *Il príncipe* no se hubiese escrito para, inconsciente e involuntariamente, tornar aborrecibles a los déspotas, sería un libro abominable.

Digitized by Google

salen fuera, ladrando incesantemente. Los canes que aullaban, contra la vulpeja florentina, eran harto fieles y prudentes, y, entre ellos, hubo dos que clamaron con más fuerza que los otros. Estos dos canes clamorosos y sensatos eran Baltasar Gracián y Saavedra Fajardo, famosas zorras desfrazadas de mastines, y que, si ladraban más estentóreamente que los demás, lo hacían para que el dueño y señor del poder no reparase en su insidia." Baltasar Gracián (1) califica a Maquiavelo de "político falso", de "impostor elocuentísimo", de "prestidigitador matriculado", que tiene a la multitud pendiente de sus labios con aforismos tan seductores como absurdos, y llama a sus ideas "cosas sucias, asquerosidades repugnantes, inmundicias horribles". Empero Azorín (2) demuestra que, si abrimos el libro de Baltasar Gracián y lo leemos atentamente, veremos que la zorra aparece bajo la piel del can, mostrando su hocico y su larga cola. A Baltasar Gracián pertenece el aforismo de que "cuando uno no pueda adosarse la piel del león deberá adosarse la de la vulpeja". Baltasar Gracián dictó la recomendación de que conviene conocer a los afortunados, para acercarse a ellos "por la elección", y conocer a los desgraciados, para separarse de ellos "por la fuga". La pluma de Baltasar Gracián, y no otra, escribió la advertencia de que es necesario "saber infiltrar a los otros nuestros males", teniendo la agudeza y la sagacidad de hacer recaer en tercera persona "la censura de los errores, y el castigo común de la murmuración" que hayamos merecido por nuestros actos. La mano de Baltasar Gracián trazó los apotegmas de que "no es buena regla soportar una congoja por toda la vida, para contentar a los demás una vez"; que "no ha de pecarse nunca contra la propia dicha, para complacer a quien aconseja y permanece al margen", y que, en cualquier evento, "siempre que nos encontremos puestos en trance de procurar un placer a otros, y de acarrear un dolor a nosotros mismos, es lección de conveniencia que los otros se disgusten entonces, mejor que nosotros mismos nos aflijamos después, cuando ya no haya reme-

(1) *El Criticón*, I, VII.
(2) *El político*, 56, 58.

Digitized by Google

dio". Finalmente, de Baltasar Gracián fué la siguiente breve norma de vida, inexorable y despiadada, en la que se compendia toda su psicología del mundo y de la política: "Por la compasión del infeliz no se debe perder jamás la benevolencia del afortunado. Es desventura para unos lo que suele ser ventura para otros. No serían afortunados algunos, si muchos otros no fuesen desgraciados. Propio es de los infelices atraerse la benevolencia general, que quiere recompensar con su favor inútil los disfavores de la fortuna, y se ve a veces que quien en la prosperidad fué aborrecido de todos, fué compadecido en la adversidad, trocándose en compasión por el caído el odio de cuando se hallaba en auge. Pero el sagaz está atento a los cambios de la suerte. Sí, no obstante, algunos se acercan a los desgraciados y propenden hoy hacia un infeliz de que se recataban ayer, porque era dichoso, argüirán con esto mucha nobleza de índole, mas no sagacidad."

También Saavedra Fajardo abominó de la vulpeja florentina. En la XLI de sus Empresas políticas afirma que el hombre debe obrar con equidad, y que no debe querer para otros lo que no quiera para sí. Y añade, lleno de profunda indignación: "De donde se infiere cuán impío y feroz sea el intento de Maquiavelo, que forma su príncipe con naturaleza de león y de zorra, para que lo que no pueda conseguir con la razón, lo consiga con el engaño." Dice esto Saavedra Fajardo, sintiéndose vejado por la doctrina de la astuta vulpeja florentina. Mas de nuevo interviene Azorín (1) para advertir que, si leemos con atención el libro del gran diplomático y prosista español, veremos cómo también despuntan, bajo la piel del mastín, un hocico y una larga cola que dejan muy atrás los de la raposa italiana. Saavedra Fajardo dió el consejo de que "decir siempre la verdad sería una tontería, siendo el silencio el mejor medio para reinar". En su obra está escrita la sentencia de que "ninguna cosa es mejor y de mayor provecho a los mortales que la prudente diferencia". El autor de las Empresas políticas celebró cierta astucia de que, con respecto a Gonzalo de Córdoba, usó Fernando el Católi-

(1) *Il politico*, 60.

Digitized by Google

co, el cual "no tuvo nunca ocasión de sospechar de la fidelidad del Gran Capitán, y, sin embargo, tenía personas encargadas de vigilar secretamente sus actos, para que, comprendiendo aquél tal diligencia, obrase con más circunspección". El mismo Saavedra Fajardo trazó el apotegma de que "lo que no pueda facilitar la violencia, lo facilite la astucia, consultada en oportuno tiempo y lugar". Por último, y para no hacer demasiado enojosa la materia, ningún escritor impío y feroz llegó a estampar la siguiente advertencia, que resume el colmo de la astucia: "Los consejos y los designios de los príncipes deben tenerse ocultos con tanta cautela, que por ventura ni aun los ministros lleguen a comprenderlos, antes deben creerlos más bien diferentes, y ser los primeros en permanecer engañados, para que, más naturalmente y con mayor eficacia, sin el peligro del disimulo, que fácilmente se descubre, afirmen y acrediten lo que creen seguro, y el pueblo beba de ellos el engaño, y así se propague y se difunda por doquiera." Preciso es leer esta sentencia, sílaba por sílaba, para comprender toda la profundidad política y toda la complejidad psicológica que encierra.

Desde Maquiavelo en adelante, el arte de gobernar tuvo por campo, no el mundo ético, sino el mundo real, tal como se da en el espacio y en el tiempo. Nota muy acertadamente Croce (1) que a partir de Maquiavelo, muchos tratadistas doctrinales han mirado la política como actividad independiente de la moral, e instituído el precepto empírico de la razón de Estado. Mas, por empírico que fuese, el precepto no dejaba de plantear el problema de las relaciones entre la política y la moral, es decir, si estos dos términos podían considerarse nunca como inmediatamente idénticos. El pensamiento de Maquiavelo, en particular, se presentaba como un enigma, que todos probaron a interpretar en las más variadas guisas, a menudo vituperándolo, a ratos defendiéndolo con sutiles razones, y, entre estos defensores, el gran filósofo Espinosa (2) fué el más ilustre. Pero todo ello se hizo con escaso fruto, por no

(1) *Filosofía della pratica*, 266.
(2) *Tractatur theologico-politicus*, IV, 7.

Digitized by Google

haberse entendido el valor espiritual de la voluntad utilitaria, considerado en sí y sin interferencia de la ulterior determinación ética. Solamente cuando se entrevió en algún modo aquel difícil concepto, comenzó la crítica a una que la justificación de Maquiavelo (1), como cuantas veces volvió a ocultarse, la obra del secretario florentino no se sustrajo a la más o menos severa concepción del moralismo tirado a cordel (2). También Vico, en su Scienza nuova, trató de la moral en relación con la política, o mejor, con el derecho. Pero su obra, que aporta una nueva concepción de las conexiones entre el ideal y la historia, y originalísimas aplicaciones a la historia romana en particular, cuando después considera la cuestión en el aspecto de la filosofía del derecho, se detiene en una ética. Sin embargo, que haya en Vico un comienzo de distinción entre la moral y el derecho, por su oscuro concepto de lo cierto, contrapuesto a lo verdadero, del derecho en sí, surgió en el ánimo de Croce, después de un estudio de la Scienza nuova más cuidadoso que el que antes hiciera, y esta interpretación la desenvolvió en su Filosofía di Vico. Maquiavelo entendió la virtud en el sentido romano, como significando fuerza y energía, que lanza a los hombres a las más arriesgadas empresas. Vico aceptó el mismo criterio en su defensa de las pasiones, defensa en que virtud, utilidad, patria y gloria, son las palabras sagradas y los cuatro puntales de este mundo. Para Vico (3), como para Maquiavelo, las pasiones componen el hombre, porque son la misma actividad volitiva considerada en su dialéctica práctica, y porque representan, respecto a lo universal, que la moralidad persigue, el ánimo vuelto hacia lo particular y lo útil. Ahora bien: lo útil, tomado en sí mismo, no es bueno, ni malo (utilitates ex se neque turpes neque honestae, sed earum inaequalitas est turpido, aequalitas autem honesta). Siendo el mundo una mezcla de bien y de mal, Vico, al tenor de Maquiavelo, combate las opuestas y perversas direcciones prácticas del ammortamento dei sensi, y de far

(1) Sanctis, *Scriti vari*, I, introducción.
(2) Croce, *Una famiglia di patrioti*, 178, 180.
(3) *De uno universo juris principio*, 46.

Digitized by Google

regala di essi, condemando por igual a estoicos y a epicúreos, como filosofi monastici e solitari, y, respecto al filósofo político, sostiene que necesita, no convellevere all'uomo al propia natura ne ablandonarlo nella sua corruzione, sino moderare le umane passioni e fare virtú (1). Con relación a estoicos y a epicúreos, Vico se burla de sus rumori di parole y de sus arguzie di argomenti, y les advierte que ninguna filosofia salva de la angustia por le mogli che infantano o por los figliuoli qui nei morbi languiscono. Varias de estas afirmaciones, que en su tiempo fueron tenidas por erróneas, se hallan en conformidad con la tendencia general de Maquiavelo. La hipocresía humana, que éste convierte a menudo en autoengaño, y que pone por base de su pesimismo ético y político, se encuentra asimismo en la distinción hecha por Vico (2) entre el parecer y el ser. Naturalmente avviene che il uomo non d'altro paria che di ció che aff d'essere e non é. Si Vico sostiene que "la inteligencia sólo conoce lo que ella misma hace", la epistemología y la criteriología de Maquiavelo se resumen también en el cogito ergo sum, que inicia la ciencia moderna, y que renueva el método, no reconociendo a priori principios abstractos, ni autoridad a nadie con norma de lo verdadero. Y como, para Maquiavelo, el mundo no es un orden mistico, trascendente y ético, sino humano, natural y lógico, así también Vico estatuye su doctrina filosófica de la "Providencia inmanente", doctrina que le llevó a considerar la moralidad como nacida de "un instinto común a todos los hombres", y como "un juicio sin ninguna reflexión", fundamento del derecho natural del género humano. La idea de la autonomía de la actividad jurídica falta en el profundo tratado de Vico sobre el derecho universal (3), en el que hay solamente una distinción completamente empírica entre virtus y justitia, de las cuales la primera cum cupiditate pugnat, y la segunda utilitates dirigit et exaequat, derivando entrambas de la vis veri, o sea de la ratio humana, y como todas las virtudes se enlazan entre

(1) *Scienza nova seconda*, 5.
(2) *Scritti inediti*, 12.
(3) Véase a Croce, *Filosofia della pratica*, 360.

Digitized by Google

sí, y ninguna persiste por sí sola (nulla virtus solitaria), en el fondo virtus y justitia son una misma cosa (1). Reducido Dios a una Providencia inmanente, el universo a una incógnita indespejable, el hombre a una función razonadora, ¿qué viene a ser la historia? Una serie de ricorsi, en que las naciones nacen, viven y mueren, dentro de un círculo fatal, que las lleva de la frescura primitiva a la madurez espiritual y de la madurez espiritual a la decadencia inevitable. Esto se ve en seguida en Vico, y mejor todavía en Maquiavelo, para quien grandeza y caducidad de las naciones no son insólitos milagros, ni casuales accidentes, ni conscientes creaciones, sino efectos necesarios que tienen su causa en la cualidad de las fuerzas que las mueven. I buoni ordini fanno buona fortuna, e della buona fortuna nacqueró i felici successi delle imprese.

El maquiavelismo alcanzó su manifestación más conspicua en la filosofía inglesa, la cual puede vanagloriarse de haber engendrado al mayor y más consecuente de todos los maquiavelistas, Hobbes (2), autor de la fórmula de que in estato naturae mensuram juris esse utilitatem, doctrina semejante a la defendida también por Espinosa, y cuyo germen está en Maquiavelo. A ese grosero mecanismo reduce Hobbes la ley natural. Pero las verdaderas leyes, o sea, las leyes civiles, no son las de la naturaleza, sino las reveladas por Dios (in Scripturis sacris latae) (3), y Maquiavelo conservaba las leyes divinas junto a las civiles y a la pública opinión. A sus ojos, la religión es del mismo orden que la legislación civil, es decir, algo sobrepuesto a los instintos de la naturaleza. Sin embargo, Maquiavelo hubiera desechado con indignación, como una horrible e impía blasfemia, aquella afirmación de Hobbes de ser la religión únicamente "el miedo a poderes invisibles, fingidos por la mente o aceptados en virtud de historias públicamente autorizadas". Maquiavelo anduvo escrupuloso, por si acaso la aplicación de tan radical criterio a los asuntos de un buen Gobierno en acción fuese ocasionada a torpes consecuencias,

(1) *Deuno universo juris principio*, 41, 43, 86.
(2) *De cive*, I, 10.
(3) *De cive*, III, 33.

Digitized by Google

que hiciesen a los hombres crédulos o blasfemos, supersticiosos o ateos, cobardes o insultantes, y que les llevasen a no sospechar nada más allá de este dilema íntimo. Una cosa es que las reglas de la religión no sean aplicables a la política en todos los casos, y otra muy distinta que les sean opuestas. Cuanto a las reglas de la moral, Maquiavelo y Hobbes coinciden en más de un punto. Según el uno, como según el otro, "el primero de los bienes es la conservación de la vida y de los miembros, y el mayor de los males es la muerte, sobre todo con tortura". Los demás bienes y los demás males no son sino variantes atenuadas de ésos. Nadie desea y busca sino lo que le es agradable, ni "nadie da sino mirando a su propia conveniencia". ¿Por qué son bienes las amistades? Porque son útiles, toda vez que los amigos sirven para la defensa y para otras varias cosas. ¿Por qué compadecemos la desgracia ajena? Porque consideramos que podía ocurrirnos una desgracia semejante. ¿Por qué es hermoso perdonar a quien nos pide perdón? Porque es una prueba de confianza en nosotros mismos. Tal es la filosofía del instinto y del egoísmo, común a Maquiavelo y a Hobbes, y que borra del corazón todos los sentimientos nobles y delicados. Por aversión a los ideólogos optimistas, Maquiavelo reducía la vida humana a la ética del interés, y por aversión a los mismos ideólogos, Hobbes reducía la naturaleza humana a la ética de la utilidad. El uno era pesimista en la práctica, y el otro era pesimista en la especulación. Muerta la escolástica, había nacido la ciencia, que, para Maquiavelo, de igual modo que para Hobbes, valía como puede valer un placer complicado. Para uno, como para otro, el sentimiento, la fantasía, la abstracción, son cosas perniciosas en la ciencia como en la vida. En la ciencia, no hay ninguna dignidad teórica, que equivaldría a mero pasatiempo, sino eminente utilidad cuando se aplica a la vida con un sentido práctico. "Si la sabiduría es útil, es porque presta algún auxilio, y, si es deseable en sí, es porque es agradable." Dígase lo mismo del arte y de la literatura. Estas disciplinas constituyen una verdadera legislación del mundo estético (1), pero su base es tan volup-

(1) *Artes sunt litèrariæ republicæ leges, nam sunt om-*

Digitized by Google

tuosa y tan interesada como la base de las demás instituciones humanas. "La arquitectura, la escultura, la pintura, la música, la poesía, son agradables como imitaciones que recuerdan lo pasado, porque si lo pasado ha sido bueno, es agradable en imitación como bueno, y si ha sido malo, es agradable en imitación como pasado." Por eso Maquiavelo y Hobbes propugnan un racionalismo sistemático como solución definitiva al problema filosófico, pero racionalismo entreverado de realismo práctico, sensitivo, empírico. Hay que estudiar la verdad como cosa efectiva, y el hecho inteligentemente. De aquí que el estilo de Maquiavelo y de Hobbes sea sencillo hasta la negligencia y sobrio hasta la sequedad. Se ha observado con exactitud que, en el fondo, Maquiavelo ignora lo que fuese el arte de escribir, y que si producía como escritor, dejaba de ser hombre. A Hobbes le ocurría lo mismo, y su prosa, clara y llena como un mármol, anuncia la inteligencia ya adulta y emancipada de los elementos metafóricos, místicos, éticos. También la prosa de Maquiavelo, limpia como está de toda retórica abstracta, presiente la prosa moderna, desnuda de vanos adornos.

Descartes fué muy sensible a la noticia que le comunicó su discípula, la reina Cristina de Suecia, de haber ésta comentado Il principe, aunque de modo harto sumario. Ya antes la princesa palatina Isabel había preguntado al filósofo lo que pensaba del famoso libro de Maquiavelo. Descartes se puso a leerlo, y encontró en él preceptos que le parecieron muy buenos, y otros que no pudo aprobar. "Yo creo, dijo (1), que el autor no ha formulado la conveniente distinción entre los príncipes que han adquirido un Estado legítimamente, y los que lo han usurpado por medios injustos, y no ha hecho bien al dar a todos en general preceptos propios sólo para los últimos." ¿Quién no esperaría aquí que Descartes anatematizase los procedimientos injustos de la tiranía, y a los que los convierten en preceptos? Lejos de eso, Descartes continúa: "Para instruir a buen príncipe,

---

nium doctororum virûm animadversiones, quae in regulas disciplinarum abierunt (Vico, *De antiquissima italorum sapientia*, VII).

(1) *Œuvres*, IX, 387.

Digitized by Google

me parece que es preciso suponer que son justos los medios de que se ha servido para elevarse al poder, como, en efecto, opino que lo son todos, cuando aquél los considera tales, porque la justicia entre los soberanos tiene otros límites que entre los particulares, y parece que, en semejantes coyunturas, Dios da el derecho a aquellos a quienes da la fuerza." En verdad que si Maquiavelo pudiera ser aventajado lo quedaría con esa doctrina. Jamás ha sido negado el derecho con tanto aplomo, ni divinizada la fuerza más a las claras. Si Descartes llevara razón, sería inútil cuestionar sobre derecho internacional, pues no habría más derecho que aquel que dependiese de la apreciación individual de los príncipes (1). Sin embargo, ése fué también el criterio a que se ajustó el célebre fraile Sarpi, otro de los mantenedores del sistema del secretario florentino, y cuya obra, publicada en Venecia y en 1681, con el título de Opinione del Padre Paolo servita come debba governarsi la Republica Veneziana per avere il perpetuo dominio, hállase totalmente influída por Maquiavelo. Igual sucede con el Testament politique de Richelieu. Si la crítica ha negado su autenticidad, y considéralo apócrifo, no por ello deja de ser significativo el hecho de que Richelieu, nacido en Francia, no manifestó talento alguno en materias políticas, más que a su regreso de Italia. ¿No fué también en Roma donde otro cardenal francés, D'Ossat, escribió las más de aquellas cartas, que se miran como obras maestras de la ciencia política? No hay precisión de traer a la memoria que el célebre Alberoni era italiano, ni que Contelman, Mateo Toscan y monseñor Bottari (uno de los más doctos prelados de la corte de Benedicto XIV) dirigieron brillantes alabanzas y calurosos aplausos a Maquiavelo, por el modo y las razones con que intentó establecer los más altos principios del orden político. En 1623 y 1640, el conde Scioppio, a quien los jesuítas odiaban tanto, salió también a la defensa del maquiavelismo, con su Apologista, con su Machiavelicorum operae pretium y con su extenso libro intitulado Scioppii Caesarei et Reggi consiliarii politices sive supple-

(1) Laurent, *Les nationalités*, II, II, 3.

Digitized by Google

te logicae scriptoribus politicis latae adversus plebciorum quorumdam indiciorum. El conde Scioppio, que se había formado como estadista en la ciudad misma de Roma, se mantuvo en las alturas de la moderna investigación jurídica y legislativa, y defendió la validez de la gobernación pública al modo dictatorial, en todos los terrenos adonde puede alcanzar nuestro saber. Sin nombrar a Maquiavelo, justificó la tesis del libro de Il principe, tomando por guías a Aristóteles y a su comentarista Santo Tomás.

Desde 1720 vióse encendida de nuevo la guerra contra Maquiavelo, merced, sobre todo, a las absurdas fábulas contra él propaladas por Bayle y por Moreri, en sus Dictionnaires respectivos. En 1725, Muti combatió el maquiavelismo, en teoría a lo menos, con su libro intitulado Il trono di Salomone o si politica di governo a tutte le nazioni del mondo, dove s'impugna il Machiavelli, si combate il duello, si erudiscono il principi nel governo, etc. Hacia 1730, el jesuíta Binet inventó cuentos calumniosos para desacreditar a Maquiavelo y para hacer aborrecible su memoria. Pero en 1731 el docto Cristio, catedrático de Derecho en Leipzig, lo defendió victoriosamente, en su tratado De Machiavelli libri tres, in quibus de vita et scriptis, item de secta hujus viri atque universum de politica nostrorum post instauratas litteras tamporum ex instituto disseritur. Esta producción es un estudio exacto y amplio que agota la vindicación de Maquiavelo, y donde todo se dilucida y se examina con erudición prodigiosa y con criterio insuperable. Lejos de considerar a Maquiavelo como aconsejador del crimen, Cristio saca de su consulta la grande e importante lección de que el príncipe no debe asustarse con el crimen, porque éste le castigará, de no castigarle él. La indulgencia con el vicio es una conjuración contra la virtud, y si ésta no se estremece al aspecto de aquél, queda de él manchada, porque una virtud sin móvil es una virtud sin principios.

En Holanda, el ministro protestante Saurin (1725) censuró a Maquiavelo por no haber creído posible la unión de la moral, de la política y de la religión. En Inglaterra, el ministro anglicano Warbuton (1742) insistió en el mismo punto de vista. Pero en España, el sabio fraile Feijóo (1675 a

Digitized by Google

1764) puso, como observa Azorín (1), un buen epílogo a la escaramuza entre los canes y las vulpejas, tal como la hemos visto en acción en Baltasar Gracián y en Saavedra Fajardo. Feijóo se ríe de los canes. ¿Por qué ladramos y perseguimos a la vulpeja florentina? Diríase, al oír los incesantes ladridos de los canes, que en el mundo no ha habido más que una vulpeja, y que de ella haya venido todo el mal. Nada más falso, empero. Feijóo, en el tomo V de su Theatro crítico universal, establece que el maquiavelismo es antiquísimo. Muchos príncipes, políticos y conquistadores de la antigüedad lo han practicado, y en aquellos lejanos siglos había tanto maquiavelismo como en los tiempos modernos. "Los mismos arbitrios (dice Feijóo) y las mismas artes que aconsejó Maquiavelo y que ejercitaron los tiranos más sagaces de los tiempos posteriores, se encuentran practicados en aquellos remotos siglos." ¿Qué valor tenían en Grecia, por ejemplo, el juramento y la palabra dada? "En Grecia—escribe Feijóo—, faltar a la palabra dada y aun jurada, cuando su observancia se oponía al interés del Estado, era tan corriente que por ello raramente se perdía la opinión de príncipe justo y de hombre de bien." El mismo divino Platón, ¿no asevera, en el libro II de su República, que es lícito mentir, siempre que la mentira sea útil al Estado? No; los que proclaman que Maquiavelo ha turbado y perturbado el mundo están en un error. Son pobres canes que ladran sin saber por qué, y Feijóo se ríe de ellos. "No puedo contener la risa—exclama—cuando oigo tales discursos de boca de hombres que deberían tener la suficiente instrucción para razonar con más exactitud. Las máximas de la política tirana son tan antiguas entre los hombres como la dominación. El maquiavelismo debe su primera existencia a los más antiguos príncipes del mundo, y a Maquiavelo sólo el nombre. Su raíz se halla en nuestra naturaleza, y no ha necesitado la elaboración de los siglos."

La menos miserable de las refutaciones de Il principe, que aparecieron en el siglo XVIII, es el Antimachiavel ou essai critique sur le "Prince" de Machiavel, publié par Mon-

(1) *Il politico*, 62, 64.

Digitized by Google

sieur de Voltaire, libro célebre que se imprimió en Londres, en 1740, y en Amsterdam, en 1741. Siguiendo su impostora costumbre de dar por autores de sus obras políticas y religiosas a personas supuestas o muertas (1), Voltaire no vaciló en imputar a Federico II de Prusia un libro que no había escrito, y afirmó resueltamente que la redacción del Antimachiavel pertenecía de hecho a aquel príncipe, y que él se había limitado a corregir, anotar y editar su producción (2). En realidad hubo bastante más que acicalamiento por parte suya. Formado entre los ingleses, en la escuela antimonárquica de Milton, de Collins y de Pope, quiso hacer mirar como obra de un rey una declamación contra todos los preservativos de los tronos, a fin de que triunfase la facción filosófica a que estaba afiliado. Ya Toussaint Guiradet (3) sospechaba en ello alguna supercheria, y con no poca extrañeza presentaba el reparo de que "Voltaire dirigió desmesurados elogios a una mediana producción que "el monarca prusiano guardó un profundo silencio sobre el particular"; y que "la conducta que valió a Federico el sobrenombre de Grande probaba que tenía en mucho las máximas de Maquiavelo". Desdeñando aquel soberano confundir semejante error de otro modo que con su proceder, desengañó de él al público, y aun dió lustre a Maquiavelo, pues demostró negativamente que aquella obra era ajena a sus producciones literarias, al omitirla, cuando permitió que se imprimiera la colección de sus demás obras, en vida suya. Los editores de la nueva colección que de ellas se publicó después de su muerte, dieron a Voltaire el mismo desaire. Aunque supusiésemos que Federico atacase vehementemente el libro de Maquiavelo en su juventud, habríamos de convenir en que vivió lo bastante para darle cumplimiento, con lo que se ha descrito como la forma más baja de la adulación (4). Y en rigor, Federico había nacido

(1) Véase mi libro sobre *Voltaire*, 86.
(2) Véase a Trendelenburg (*Machiavelli und Antimachiavel*, 18, 55) y a Bernhardt (*Machiavelli's Buch von Fursten und Friedrichs II del Grossen Antimachiavel*, 18, 64).
(3) *Discours preliminaire à Machiavel*, 103.
(4) Garnett, *The literature in Italy*, XII.

Digitized by Google

con el espíritu que menos falta le hacía: con el de todos los sofistas políticos, negadores de la justicia y del derecho y representantes típicos del ateísmo práctico (1). Pretendiendo ser un alegato en favor de la moralidad política y una censura de la mala fe gubernamental, el Antimachiavel aprobaba en el fondo los procedimientos sinuosos del gran doctor de la diplomacia moderna. En 1915, Benoist publicó un volumen titulado Le machiavelisme de l'"Antimachiavel", donde se hacen abundantes citas de las cartas que se cruzaron entre el rey de Prusia y Voltaire, cartas que son de un valor inapreciable. En ellas se trasluce todo el maquiavelismo de aquel monarca, que, para ejercitar con más provecho la filosofía práctica del italiano célebre, había hecho un estudio muy serio de él antes de subir al trono, y que posteriormente a la publicación del Antimachiavel, tan reciamente había de practicar la doctrina pérfida del autor florentino, por él vituperada y estigmatizada. Macaulay estuvo acertadísimo cuando, hablando en su jugoso Essay on Frederick the Great, del Antimachiavel, le bautizó de "edificante homilía contra la rapacidad, el Gobierno arbitrario, las guerras injustas; en una palabra, contra casi todo lo que recuerda ahora a los hombres el nombre de su autor". Lo cual patentiza también Wheaton, en su History of the progress of international right, con evidente claridad: "El Antimachiavel sería digno de un Fenelón, por el espíritu de benevolencia que reina en él; pero los sentimientos que manifiesta son demasiado sutiles para poder ser aplicados a los negocios por un hombre de Estado." De igual modo Laurent, en su obra sobre La politique royale et le droit de gents, aprovechándose de la correspondencia cambiada entre Federico y Voltaire con posterioridad a la publicación del famoso libro, advierte que, si bien se encuentran allí ciertos arranques de filantropía, que sirvieron más tarde al rey para hacer versos, al lado de estas declamaciones se hallan en la supuesta refutación de Maquiavelo doctrinas que no hubiera rechazado el político italiano. Respecto de la guerra y de su legitimidad, el autor se muestra resuelto y decidido. "Como no hay tribunales superiores a

(1) Véase mi obra sobre *Voltaire*, 124, 126.

Digitized by Google

los reyes, los combates tienen que decidir de sus derechos y juzgar de la validez de sus razones. Los soberanos discuten con las armas en la mano. Por consiguiente, las guerras se emprenden para conservar la equidad, lo cual hace su uso sufrido y de una utilidad indiscutible." Cuanto al objetivo a conseguir en la guerra bien llevada, es "la destrucción del enemigo, aunque esté en los campanarios de Breslau, y, por lo que toca al orden diplomático, es bien sabido que Federico jamás se fijó en los medios para depredar y para adquirir, y que hasta atropelló la fidelidad jurada, como hizo atropellando a la emperatriz María Teresa y arrebatándole la Silesia de una manera solapada y traidora. La política astuta e inmoral de Maquiavelo no desmerecía del monarca que perpetró infamias como la negociación de Klein-Schnellendorf (1741), y que cometió bajezas como la de ocultar con sus pies una carta que había hurtado mañosamente del bolsillo de un embajador (1). El filósofo alemán Garve, que escribió un excelente comentario al tratado De oficiis, de Cicerón, incorporó a su obra una disertación sobre la unión de la moral y la política. "Al empezar a leerla se alegra uno de encontrar una sólida impugnación de las argucias de Federico. ¡Qué sorpresa, al hallar al filósofo alemán de acuerdo con el rey prusiano! Diríase, ciertamente, que Garve no tomó la pluma más que para ayudar a Federico. El moralista, lo mismo que el príncipe, detesta el maquiavelismo de todo corazón, pero debe creerse que no había leído nunca los escritos del secretario florentino, porque se forma de su contenido una idea completamente falsa. A tomar sus argumentos al pie de la letra, creeríase que uno de los más bellos genios de Italia se había entretenido en componer una ética para uso de bandoleros y de criminales. ¡Cuán dulce venganza para Maquiavelo ver que los mismos que le prodigan los insultos y los ultrajes sostienen doctamente sus principios!" (2). He refutado los sofismas de Federico. El filósofo alemán no añade a ellos más que una forma dogmática.

---

(1) Véase a Carlyle, *History of Frederick*, XIII, V.

(2) Laurent, *La politique royale et le droit de gens*, II, II, 4.

Digitized by Google

La crítica del maquiavelismo fué promovida, en el siglo XVIII, por Diderot, en sus Précis de politique des souverains. Diderot definió al maquiavelismo como hombre que lo calcula todo según su interés. Desde este aspecto, los príncipes son maquiavelistas por esencia. "Un rey no es padre, ni hijo, ni esposo, ni pariente, ni amigo. ¿Qué es, pues? Rey, hasta cuando duerme." La monarquía representa la encarnación del egoísmo más descarnado. "El ateísmo práctico apenas existe sino en el trono. Para la mayoría de los soberanos, no hay nada sagrado, ni leyes divinas en que las leyes humanas se funden." La política de los monarcas puede resumirse en una palabra: la fuerza. Tiridates decía: "Conservar su hacienda es la honra de un padre de familia, y apoderarse de la del prójimo es la honra de un monarca." De cuando en cuando aparece uno de esos pícaros indiscretos, como Tiridates, que revelan imprudentemente la doctrina de los reyes. En vano se obligan éstos por medio de tratados. "Un soberano que tuviese alguna confianza en esos pactos tan solemnemente jurados sería tan imbécil como el que, desconociendo nuestros usos, diese algún valor a los humildes cumplimientos con que terminan nuestras cartas."

Una inteligencia más poderosa que la de Diderot, aunque con una pluma menos perfecta, formó el trazo de unión entre la moral y la política. Mably se esforzó en convencer a los reyes y a los pueblos de que la Providencia ha establecido tal enlace entre ambas autoridades, que la felicidad de los Estados va unida a la práctica de las virtudes. Sin embargo, con relación a los tratados de paz, y, en general, a las relaciones exteriores de las naciones, Mably confesaba que podían sacarse de las máximas de Maquiavelo "consecuencias útiles a la humanidad", y he aquí lo que, con arreglo a ello, aconsejaba a las potencias de segundo orden, en sus Précis des negotiations: "Para hacerse recomendables, durante la paz, las potencias de segundo orden tienen interés en mantener las divisiones entre las grandes potencias; en lisonjear sus pasiones y especialmente su orgullo; en aparentar tomar parte en sus miras por medio de dobles negociaciones dirigidas con finura y de un modo equívoco, y en dar esperanzas a todas, sin contraer, empe-

Digitized by Google

ro, ningún empeño declarado. Es verdad que con semejante conducta un príncipe no concilia la amistad de las grandes potencias. Pero esta amistad le sería inútil, y las acostumbra tan sólo a no pasarse sin él. En cambio, la guerra le es útil, porque le vale varios subsidios, y la paz que le termine le será siempre provechosa, con tal que, fiel de continuo a las máximas de Maquiavelo, despliegue el arte poco difícil de procurar ser, al final de la guerra, aliado de la potencia que la haya hecho con más fortuna." Mably no hace aquí más que exponer, aunque en otros términos, el punto de vista desarrollado por Maquiavelo en el capítulo XXI de Il príncipe.

Durante los siglos XVI y XVII predominó en los tratados políticos el concepto de la razón de Estado, elaborado por los italianos e imitado por los alemanes y por los españoles. Croce (1) observa que aquellos arcana imperii, aquellos golpes secretos, aquellas sutilezas, astucias y picardías, aconsejadas misteriosamente en páginas impresas, tomaron el aspecto de una verdadera y propia contradicción estética. El siglo XVIII abandonó semejante forma de tratados políticos, y considerando que los hombres atribuyen de buen grado a virtud moral lo que es virtud o necesidad de otra naturaleza, los escritores de aquel siglo exaltaron el progreso ético y se libertaron de las máximas perniciosas e inverecundas de la razón de Estado. En el abate Galiani y en su tratado Dei doveri dei principi neutrali (1782) se insinúan, para edificación de los lectores, los actos repugnantes y los conjuros consiguientes, cuando después de discurrir ampliamente sobre la materia desde el punto de vista de la moralidad, pasa a examinarla en su aspecto político, y el autor se apresura, en pocas páginas, a abominar de aquella "malvada e insidiosa ciencia" que formó las delicias de los ingenios italianos, y después de casi todos los europeos, en los siglos XVI y XVII, y protesta a cada paso de "estar cansado de desarrollar enseñanzas de astucia y de perversidad". Pero lo que al abate Galiani desagradaba era que se tratase togada y escolásticamente una materia que él, llamado por sus amigos franceses Machiavellino,

(1) *Filosofia della pratica*, 72.

Digitized by Google

y que profesaba no admitir en política más que le machiavelismo pur, cru, vert, sans mélange, dans toute son apreté, desenvolvía, con otra sutileza y con otra elegancia, en los salones parisinos y en sus briosas cartas a Madame d'Epinay.

Ardiendo ya la Revolución francesa (1790), el gran estadista inglés Burke, expuso en su Letter to a noble lord y en sus Letters on a regicide peace, ideas políticas muy semejantes a las de Maquiavelo, y que chocaban con todo el ambiente liberal, humanitario, subversivo e irreligioso del siglo XVIII. En sus Reflexions of the French Revolution se burla de los badulaques que, despertados por los zumbidos de las sociedades democráticas, se creen en vísperas de una felicidad universal. Porque media docena de cigarras, cobijadas bajo un helecho, alboroten la pradera con su importuno chirrido, mientras miles de cabezas de ganado descansan a la sombra de las encinas nacionales, rumiando silenciosamente sus pastos, no vaya a creer nadie que los que hacen ruido son los únicos habitantes de la pradera, que deben ser muy numerosos, o que sean otra cosa que unos cuantos insectillos efímeros, aunque ruidosos y molestos. Según Burke, la verdadera Inglaterra, todos los que tenían buen techo en que abrigarse y buena ropa con que cubrirse, no sentían más que desdén o aversión por las máximas y por los actos de la Revolución francesa (1). Farsa llamaba a esta Revolución Burke, pues no creía que otro nombre mereciese. Su patriotismo, como el de Maquiavelo, suponía la libertad e independencia de la nación, pero a base de la conservación cuidadosa de sus instituciones eclesiásticas, políticas y civiles. "Miramos a los sacerdotes con respeto, a los reyes con veneración, a los nobles con deferencia, a los gobernantes con cariño, a los magistrados con sumisión. Estamos decididos a conservar nuestra Iglesia, nuestra monarquía, nuestra aristocracia, nuestra democracia, nuestra legislación, cada una en el grado que existe, y no en un grado mayor." La corona del príncipe y el privilegio del noble eran, para Burke, tan sa-

(1) Véase a Taine, *Histoire de la litterature anglaise*, III, III, 7.

Digitized by Google

grados como la tierra del campesino o la herramienta del menestral. "Respetamos la herencia o la adquisición de cada uno, sean las que fueren, y el objeto único de nuestra ley es conservar a cada cual su propiedad y su derecho... Veneramos la propiedad de todos, la de las corporaciones como la de los individuos, y la de los clérigos como la de los laicos." Donde más alto rayó la descomplacencia de Burke fué en las acciones vandálicas cometidas por los revolucionarios franceses con el clero y con la nobleza. "Hemos hecho independientes nuestro clero y nuestra nobleza, y no nos apena, ni nos contraría, que un arzobispo preceda a un duque, ni que un arzobispo de Durham o de Winchester posea una renta de diez mil libras esterlinas." Dirigiéndose a los revolucionarios franceses, exclamaba: "Nos repugnan vuestros despojos legales como un robo de grandes proporciones (magna latrocinia), como un ataque a la religión y como un atentado contra la propiedad. Nosotros no toleraríamos nunca que el dominio de nuestra Asamblea Nacional se convirtiese en una pensión, que la colocase bajo la dependencia del tesoro público." Burke rechazaba como un veneno la incredulidad que había mancillado los comienzos del siglo XVIII. "Ninguno de los hombres nacidos en nuestra patria desde hace cuarenta años ha leído una palabra de Collins, de Toland, de Tindall y de toda esa cáfila que tomaba el nombre de librepensadores." Pero donde Burke se acercó más a Maquiavelo fué en las concepciones políticas. "Una vez establecida la Constitución de un país, por un contrato tácito o expreso, no hay poder existente que pueda alterarla, sin violar el contrato mismo, a no ser con el consentimiento de todas las partes." Burke, como Maquiavelo, negaba que el mayor número tenga el derecho de hacer una Constitución, pues se necesitaría, ante todo, que la unanimidad hubiese conferido ese derecho al mayor número. Como Maquiavelo también, negaba que la fuerza brutal sea la autoridad legítima, y que el populacho sea la nación. "Una verdadera aristocracia natural no es un interés aparte en el Estado, ni separable de él. Cuando grandes multitudes obran acordes con la disciplina de la naturaleza, yo reconozco el pueblo. Pero si separáis al vulgo de los hombres de sus jefes naturales, yo no veo el cuer-

Digitized by Google

po venerable que se llama pueblo en esa muchedumbre desbandada de desertores y de vagabundos." Con toda su alma detestaba Burke el derecho de tiranía que las demagogias conceden a esos elementos sobre los demás, y detestaba más aún el derecho de insurrección que les otorgan contra sí mismos. Siguiendo a Maquiavelo creía Burke que una Constitución es un depósito que la generación presente recibe de las pasadas, para transmitirlo a las futuras, y que si una generación puede disponer de él como de cosa suya, debe asimismo respetarlo como de propiedad ajena. Estimaba que, si un reformador "pone la mano sobre los defectos del Estado, ha de ponerla como sobre las heridas de un padre, con piadosa veneración y trémula solicitud." El estatismo crudo de Maquiavelo reapareció, sin perder su radicalismo, en Burke, el cual abominaba de esa razón menguada y burda que desprende al hombre de sus vínculos, que no ve en él más que el presente, que separa el individuo de la sociedad, y que no le cuenta más que por una cabeza en un rebaño. Por el mismo motivo despreciaba "esa filosofía de escolares y esa aritmética de aduaneros", con que las democracias dividen el Estado y los derechos según las leguas cuadradas y las unidades numéricas. Finalmente la causaba horror esa grosería cínica que "despoja a la vida rudamente de su ropaje decoroso, que convierte a una reina en una simple mujer y a una mujer en un puro animal", y que arranca a la naturaleza humana sus dos más brillantes diademas: el espíritu caballeresco y el espíritu religioso.

El poeta y erudito Fóscolo, griego de nacimiento, italiano por educación, y que vivió de 1778 a 1827, fué acaso quien por vez primera en los dos últimos siglos defendió calurosamente al florentino genial, en un breve ensayo que intituló Della patria, della vita, degli scritti e della fama di Machiavelli. Esta obra es una serie de comentarios políticos y críticos, y en ella Fóscolo juzga al gran secretario con amplio y sólido criterio, y después de un proceso competente de datos en buenas fuentes recogidos. Fóscolo tomó en serio el maquiavelismo, como capaz de ser una escuela de entrenamiento y de capacitación para los hombres de Estado. Su biografía, aunque poco extensa, supera

Digitized by Google

en mucho a las más prolijas, pues en ninguna otra se encuentra tanta novedad en los documentos, ni tanta energía en su interpretación, ni tanto acierto en las apreciaciones que le inspiran. La conclusión que del libro de Fóscolo se saca es que al lado de Maquiavelo vienen a ser los demás políticos de su siglo como una especie de urracas al lado de un águila real, hecha a remontarse con su raudo vuelo a las más espaciosas regiones, poco frecuentadas, menos practicadas, de los pájaros rastreros.

Imparcial estuvo también el gran filósofo alemán Hegel en el despedir del campo de la crítica verdadera a los detractores del secretario florentino, notándoles de apasionados, calificando a Maquiavelo de buen patricio y de hombre profundamente versado en la ciencia política, y señalando las muchas equivocaciones a que dió lugar su obra, por haberse obstinado sus censores en arrojarle golpes a mantenimiento y sin reparo. En su Philosophie der Gerchichte, Hegel dice que "un alto sentido de necesidad dictó las máximas de Il principe". En pos suyo, otros grandes filósofos alemanes (Ranke, Gervino, Mohl, Feurlein, Fester, Knies, etcétera) han tratado al secretario florentino con aguda visión. Pero quien ha estudiado a Maquiavelo con más profundidad ha sido Clauss Wagner, en su obra Der Krieg als schaffendes Weltprinzip. Y aun le ha superado en epigonía maquiavelística el célebre Treitschke, quien, partiendo de aquel aforismo de Heráclito, conforme al cual "la guerra es el padre de todas las cosas" (πάλεμος πατήρ παντον) concluye que "siempre han sido tiempos de vulgaridad, debilidad y agotamiento aquellos en que se ha acariciado el sueño de la pez perpetua". Maquiavelo vivía en tiempos tan calamitosos, y tenía el clarísimo concepto de que, sin sólida preparación militar y sin resuelta disposición para la lucha, Italia no podía mantener su independencia, ni verse unida del todo o en gran parte bajo un solo príncipe. Treitschke (1) le aplaude, considerando "la enorme perversión de la moral que resultaría si se aboliese el heroísmo entre los hombres". El mismo Humboldt (Guillermo), que en sus Ideen zu einem Versuch die Grenzen der Wirksamken der

(1) *Politik*, I, 74.

Digitized by Google

Staates zu bestimmen, concibiendo el Estado como una institución puramente jurídica, detestó la guerra como a la mayor calamidad imaginable, reconoció en su influencia sobre el carácter del pueblo "uno de los fenómenos más saludables para la educación del género humano". Ya Hegel afirmó que "las guerras son temibles, pero necesarias, puesto que preservan al Estado de la petrificación civil y de la anquilosis interna. Conviene que la caducidad de los bienes de este mundo sea, no sólo reconocida y afirmada por medio de palabras, sino exporimentada y sufrida, y esto sucede en la guerra, y únicamente en ella" (1). Los contemporáneos de Maquiavelo no lo entendían así, porque la precisión del instinto nacional no era todavía, en la Italia de entonces, un atributo general, como en Alemania, Francia y España. Pero Treitschke (2) da la razón a Maquiavelo cuando advertía que Dios cuidaría de que la guerra apareciese siempre de nuevo como una temible medicina para el género humano. "En mil rasgos conmovedores (añade Treitschke) (3) se manifiesta el santo poder del amor que una guerra justa despierta en los pueblos nobles." Federico el Grande, en su Antimachiavel, confesaba asimismo la acción ennoblecedora de la guerra por estas palabras: "La guerra proporciona a todas las virtudes el campo más fructífero, pues a cada momento ofrece la ocasión de ejercitar alguna de ellas. En la guerra, mucho más que en la paz, brillan la compasión, la benignidad, la constancia, la entereza de corazón, la grandeza de alma, la nobleza de espíritu." No que la guerra sea un juicio de Dios, pues, según Treitschke (4), muchos éxitos son pasajeros, mientras que la vida de una nación se cuenta por siglos. El juicio definitivo solamente se obtiene consultando el conjunto de largas épocas, como Maquiavelo comprendió. Treitschke (5) asevera que con Maquiavelo consonaba Federico el Grande, al establecer que el deber del Estado es "educar a las generaciones jóvenes

(1) Kuno Fischer, *Hegel*, I, 737.
(2) *Politik*, I, 76, 81.
(3) *Deutsche Geschichte*, I, 482.
(4) *Politik*, I, 2.
(5) *Deutsche Geschichte*, I, 79.

Digitized by Google

para pensar independientemente, y para amar a la patria hasta el sacrificio." Sólo existe una virtud, que es olvidarse de uno mismo, y sólo existe un vicio, que es pensar en uno solo, como enseñó Fichte, en su Staatslehre, y, en último caso, el Estado es el depositario de toda cultura, y, por tanto, tiene derecho a disponer de todas las fuerzas del individuo (1). Unicamente él, según proclamaba Schleiermacher, proporciona al individuo el grado supremo de vida. Esta idea animó todas las predicaciones de aquel pensador excelso, y se concretó en la teoría de que todo el valor del hombre reside en la fuerza de su voluntad libre y en sus actos de abnegación en favor de la colectividad; que existencia y propiedad son sólo bienes que se nos dan en usufructo, y que deben ser empleados en más elevados fines; que el sentimiento egoísta y encerrado en sí propio degenera en sensiblería débil e infecunda (2); y que la verdadera dignidad ética no crece sino en el amor a la patria y al Estado, refugio para toda fe y hogar de estricta justicia y de noble rectitud. "El Estado es una comunidad moral, a la cual se imponen por su naturaleza funciones positivas en la educación del género humano, y su fin último consiste en que, en él y por él, llegue una nación a desenvolverse hasta adquirir un carácter real, lo que constituye el objetivo más alto, tanto para los pueblos como para los individuos." Es lo que Maquiavelo indicó el primero en su Mente di un uomo di Stato, y Treitschke (3) acaba por volver a la misma concepción de un Estado cuya grandeza estriba en saber unir el pasado con el presente y con el futuro, sin que el individuo tenga derecho a buscar en él un medio para lograr sus fines egoístas. Lo que en el individuo hay de consciente y de voluntario debe ser puesto al servicio del Estado, aun en los casos en que la fortuna ejerce adverso e implacable dominio sobre las cosas humanas, sin que nos sea imposible entrever sus designios, ni anticiparnos con el cálculo personal a los sucesos históricos. Como lo demos-

(1) *Deutsche Geschichte*, I, 150, 291, 636.
(2) *Deutsche Geschichte*, I, 305.
(3) *Politik*, I, 2.

Digitized by Google

tró Maquiavelo (1), la política es muchas veces un instrumento de la fortuna, o dígase, de la Providencia, que se sirve de la voluntad humana para alcanzar sus fines. "La historia es obra de los hombres", repite Treitschke (2), completando la interpretación saludable de aquel pensamiento de Maquiavelo en que se estima que "aunque la fortuna sea árbitro de la mitad de nuestras acciones, nos deja gobernar la otra mitad, o a lo menos una buena parte de ellas." De aquí nace ser malo "todo aumento de extensión en las actividades del Estado, si perturba o impide la independencia de los seres razonables y libres, pero legítimo y beneficioso si la purifica, la despierta y la fomenta" (3). Por esto hay que afirmar con Maquiavelo que, de todos los pecados políticos, el de la debilidad es el más despreciable y el más abominable. "En política la debilidad es el pecado contra el Espíritu Santo" (4), y el príncipe, como ya lo advirtió Federico el Grande, debe evitarlo siempre, y más cuando se halle en una situación anómala o en una posición insostenible, que le obliguen incluso a aumentar el territorio del Estado, y a corregir su figura (5). Si existe riesgo en que un Estado se mezcle en los asuntos de otro, los peligros que entraña la renuncia a esa intervención pueden ser mayores que los de la intervención misma, porque, como lo observó juiciosamente Maquiavelo, en todo este problema nada tiene que ver el derecho internacional, sino simplemente el poder y la conveniencia (6). De Maquiavelo (7) es también la idea de que en las cosas del Estado han de preverse los inconvenientes, aplicarles el remedio en su origen, y no dejarles seguir su curso, por el temor de una guerra, pues la guerra no se evita, y el diferirla redunda en provecho ajeno." Treitschke aprueba esta importante máxima de Maquiavelo, sosteniendo que en las

(1) *Il principe*, XXV.
(2) *Deutsche Geschichte*, I, 28.
(3) *Politik*, I. 2.
(4) *Politik*, I, 3.
(5) *Deutsche Geschichte*, I, 51.
(6) *Politik*, II, 27.
(7) *Il principe*, III.

Digitized by Google

ocasiones en que no es posible evitar la guerra en manera alguna, el punto más importante no está en retardarla lo más indefinidamente que sea factible, sino en provocarla en las circunstancia más favorables. A 3 de julio de 1761, Federico el Grande escribía a Pitt: "Es indudable que ninguna persona dotada de razón dará tiempo a su enemigo para que haga tranquilamente los preparativos destinados a destruirla, sino que, por el contrario, se le anticipará, aprovechándose de la ventaja que le lleve." Asimismo está Treitschke (1) de acuerdo con Maquiavelo en que no hay que confundir la moralidad del individuo con la del Estado, recurriendo a las sublimes máximas del Evangelio, como si Cristo hubiera sido un jefe político y no hubiese manifestado con demasiada claridad que su reino no era de este mundo. Para juzgar de la moralidad del individuo "importa saber si ha reconocido y desenvuelto su propio carácter hasta el grado de máxima perfección que le era dado alcanzar." Si con la misma medida quisiera juzgarse al Estado, resultaría que "la salvaguardia de su poderío constituye su más alto deber ético. El individuo debe sacrificarse en pro de la suprema colectividad de que forma parte, pero el Estado es lo más encumbrado en la sociedad humana, y, por consiguiente, nunca podrá incumbirle la obligación de aniquilarse a sí mismo. El deber cristiano de inmolarse a algo más elevado, no existe para el Estado, porque más allá de él no hay nada en la historia, y, por tanto, no puede sacrificarse por cosa más alta que él mismo. Cuando un Estado ve cierta su ruina, le aplaudimos si sucumbe espada en mano. Sacrificarse por un pueblo extraño, no sólo no sería plausible, éticamente hablando, sino que estaría en contradicción con la idea de la conservación propia, que para el Estado constituye el fin supremo." Así, la moralidad del Estado debe juzgarse por su naturaleza y por su razón de ser, y no por la naturaleza y por la razón de ser del ciudadano. El poder es la esencia y la finalidad del Estado, "y quien no posea fortaleza bastante para arrostrar esta verdad debe abandonar la política". Maquiavelo fué el primero en declarar que el poderío es el punto

(1) *Politik*, I, 3.

Digitized by Google

alrededor del cual debe girar toda política que merezca tal nombre. Pero, en sentir de Treitschke (1), ese principio ha adquirido, a partir de la Reforma Protestante de Alemania, otro significado distinto del que quiso darle el genial florentino. Para Maquiavelo, el poder era apetecible en sí mismo. Para Treitschke, "el objeto del Estado no es el poder físico en sí, sino el poder para proteger y fomentar los bienes superiores de la humanidad, poder que únicamente se justifica empleándolo en favor de esos bienes". Aun aquí, sin embargo, no sería difícil hallar concomitancia entre Treitschke y Maquiavelo, cuyo programa es, bajo una libertad bien ordenada, la prosperidad, el acrecentamiento, la independencia y la autonomía de las naciones. Según Maquiavelo, el príncipe provee al Estado proveyéndose a sí propio, pues es una misma cosa con él, y el interés público es su interés. No puede dar libertad, entendida como personal egoísmo, pero sí leyes que garanticen el bienestar, la propiedad, la vida y el honor de los ciudadanos.

L'ultimo allievo di Machiavelli titula Caristia una obra, publicada en Pavia, en 1910, y consagrada por entero a estudiar la personalidad y la labor del gran sociólogo austríaco Ratzenhofer. Para el crítico italiano, Ratzenhofer es el postrer discípulo del secretario florentino en Austria, y bien hubiera podido añadir otro sabio de la misma nación, Gumplowicz, cuya Rassenkampf y cuyo Philosophisch Politirechte son el canto del cisne del maquiavelismo en la Europa del siglo XX. Muy particularmente, empero, fué Ratzenhofer quien sufrió mayor influjo, así de las concepciones históricas de Maquiavelo como de su filosofía política. Ratzenhofer rechaza las explicaciones preternaturalísticas y contingentistas del universo, de la vida, del hombre y de la sociedad, y se atiene a las explicaciones causales, pero atemperadas por un amplio sentimiento de la espontaneidad cósmica y espiritual. Hay en su ideología algunas notas que parecen, con toda seguridad, un eco de Maquiavelo. Sus juicios sobre el autor de Il principe se hallan usualmente influidos por una comparación implícita

(1) *Politik*, II, 28.

Digitized by Google

con sus precursores, con sus contemporáneos y aun con el valor medio de sus sucesores. La crítica de Ratzenhofer es en este punto de una agudeza extraordinaria. El concepto del Estado se ofrece en él con la misma intensidad que en Maquiavelo, aunque las aplicaciones que de dicho concepto hace no sacrifiquen tanto la autonomía del individuo. Sin detenerme en detalles, puedo decir que Maquiavelo y Ratzenhofer convienen en un punto central, a saber: que por medio del Estado, el hombre, nacido en la naturaleza, producto de ella misma, se crea, en las condiciones de esta sociedad, una segunda existencia, conforme a su ideal como individuo, y que acrecienta el perfeccionamiento progresivo de éste dentro de la naturaleza y de la historia.

Los merecimientos de Maquiavelo fueron debidamente apreciados por el insigne escritor inglés Harrington, quien en sus Political Aforisms, preguntó: "Si no condenáis al médico que os descubre la enfermedad, ¿por qué queréis condenar al filósofo que os enseña el estado de vuestras desgracias civiles?" Los que dan de ojos cada vez que echan el pie en tal claro asunto, no lo han del pie, ni de los ojos, sino de la cabeza, que no sabe guiar por el camino trillado de la discreta comprensión. En razón está que el desacierto en el juzgar al secretario florentino hágalos ir trompicando por renglones enteros. Gran tope es éste, y dignísimo de atención. No dejó Dyer de baldonar con voces acerbas el abuso, en su Machiavelli and the modern State. Otro autor británico, Morley, elogia también a Maquiavelo en sus Romances Lectures, donde señala y censura las cotidianas incorrecciones que los modernos cometen contra un hombre que, si en algo pecó, fué en dar libre rienda a los patrióticos sentimientos que oprimían su alma, como si quisiera protestar de antemano del estigma que debía ir unido a su nombre. Dyer y Morley demuestran de modo cumplido que el Maquiavelo de la historia no es el Maquiavelo que concibieron los florentinos de su tiempo, y hacen breves análisis y muy atinadas consideraciones, que no debieran echar en saco roto aquellos que al examinar Il principe parece que sólo sienten devoradora comezón

Digitized by Google

de zaherirle, movidos tal vez de un prurito mal entendido de excesiva juridicidad.

No tengo aquí por cargo mío completar la anterior exposición con los dictámenes que la crítica más reciente (Amico, Mosca, Janni, Brunet, Mayer, Muray, Murri, etcétera) ha emitido sobre la persona y la obra del genial florentino, dictámenes que aun no siendo favorables, todos están lejos de confirmar lo que la crítica más antigua escribió de Maquiavelo: Tanto nomini, nullum par elogium. La figura y la labor del autor de Il principe sale de esas críticas nuevas no tal como las presentan sus apasionados detractores y sí tal como aparecen a los ojos del buen sentido y de la serena imparcialidad, porque la originalidad de Maquiavelo estriba no sólo en la peregrina concepción de los métodos políticos, que es de todo punto suya, sino que también en la manera como aconseja llevarlos a la práctica, sin perder nunca de vista las lecciones de la experiencia. Garnett (1) no exagera cuando afirma que "Maquiavelo es el primer italiano, y tal vez el primer moderno, que haya desplegado un poder eminente como escritor histórico y político". El gran mérito de Maquiavelo fué, sin duda alguna, haberse declarado contra el optimismo gubernativo de muchos de sus contemporáneos, o siquiera, haber expresado más categórica y formalmente que sus predecesores la convicción de que no alas, sino pies de plomo se requerían para marchar con tiento por los ámbitos de una política sabia. Para sentir tan profundamente como Maquiavelo la sentía la imperfección de las cosas humanas, es fuerza creer en el progreso de la civilización a base de ser gradualmente perfectible la sociedad. Mas para ignorar ese progreso con tranquila e inflexible convicción, es menester haber creído en su posibilidad y haber descubierto la vanidad de semejante creencia.

§ 7.—EL COMENTARIO DE NAPOLEON A MAQUIAVELO

A fines de julio de 1815 los periódicos europeos notifi-

(1) *The literature in Italy*, XII.

Digitized by Google

caron que entre los libros y los papeles encontrados en el coche de Bonaparte, después de su derrota en Waterloo y de su fuga el 18 de junio de aquel año, había un manuscrito encuadernado que contenía la traducción al francés de diversos fragmentos del secretario florentino. Varios editores franceses se apresuraron a procurarse el precioso hallazgo, con el propósito de darlo al público, y su curiosidad quedó satisfecho en medida mayor de lo que esperaban, pues el manuscrito de referencia era una versión completa de Il principe y de pasajes aislados de otras obras de Maquiavelo, versión acrecentada por multitud de notas marginales escritas de puño y letra de Napoleón. Y el 18 de septiembre del mismo año de 1815 salía a luz la primera edición de este verdadero documento histórico, que hoy en lengua española presento.

Excusar no puedo, al llegar aquí, la observación de que siendo Napoleón italiano y príncipe nuevo, como Maquiavelo hubiera dicho, tenía más motivos que traductor alguno para comprender mejor al secretario florentino, lingüística y espiritualmente. Su perfecto conocimiento del antiguo idioma toscano respondía de la fidelidad de la versión, y su temperamento racial y político le permitía entender a Maquiavelo con mayor calma, competencia y hondura que esos otros comentadores de Il principe, que, procediendo atropelladamente y sin dominio de la materia que tratan, creen ingenuamente que todo queda reducido a huecos discursos y a retóricas peroratas, sin enjundia alguna, y que al desnudo ponen su absoluta descalificación para la empresa que acometen. La interpretación de Napoleón es muy otra cosa, como el lector podrá comprobar. Examinadas atentamente sus anotaciones, no sólo se ve en ellas cuán familiarmente manejaba los métodos políticos preconizados por Maquiavelo, sino que también cuán penetrado estaba de la ideología jurídica en que el autor italiano se inspirara. Y ya en este terreno, conviene advertir que Napoleón tradujo y anotó Il principe, para su uso particular, y que la publicación de su trabajo en 1815 fué, por tal razón, una de las mayores indiscreciones editoriales de los tiempos modernos. Al reeditar yo críticamente dicho trabajo, ciento dieciocho años después de su primera aparición en letras de molde,

Digitized by Google

lo hago, pues, principalmente a título de curiosidad bibliográfica.

Pero otras razones de más miga me han impulsado a llevar a cumplida cima mi tarea. Aprovechando los momentos actuales, en que una ola fascista invade a casi toda Europa, y en que Rusia misma, dado de mano todo sentimiento democrático, vive en plena y temerosa dictadura, he creído oportuno resucitar una época histórica, que, como la napoleónica, tantos puntos de contacto guarda con la presente, y a la vez remover las cenizas del gran secretario, en compañía de las del gran corso. El ideal de Maquiavelo se realizó, en colosal escala, en la persona de Napoleón, el primero en llevar a la práctica, con trascendencia internacional, las doctrinas de Il principe. Y la enseñanza que de ello se saca no es, por cierto, optimista y confortadora, pues en Napoleón encontró Maquiavelo su gloria y su condenación, su triunfo y su fin, su prueba y su fracaso. Nunca como entonces se corroboró la sentencia maquiavélica de que metá o poco meno delle nostri azioni governadamo noi, e dell'altra è arbitra la fortuna.

Napoleón decía: "Tácito compuso novelas más que historias, y Gibbon es un vocinglero injerto en erudito. Maquiavelo me parece el único escritor digno de leerse." El lo leyó, en efecto, con más profundidad y con más provecho que ningún otro de los que también le apostillaron. La naturaleza dotó a Napoleón de las más raras cualidades: sentimentalidad apasionada, imaginación creadora, intuición certera, inteligencia robusta, voluntad firme, iniciativa audaz. Con estas grandes dotes entreverábanse otras menos simpáticas, a buen seguro, son a saber: origen agreste y vulgar, genio ardiente y tétrico, inclinación ambiciosa y feroz, extravagancia en sus planes, caprichoso arreglo de sus actos, cierta afición a lo exagerado y a lo innoble, crueldad e infidelidad sin escrúpulos, todas las características, en suma, que los más perspicaces etnógrafos e historiadores, desde Estrabón hasta Cardan, han atribuído a los corsos, habitantes de la isla maldecida por los romanos, los cuales deportaban a ella a los más viles esclavos suyos, a aquellos que les parecían más semejantes a los animales monteses que a los hombres civiles. Cuando Napoleón se

Digitized by Google

abandonaba a sus genuinas propensiones, su cinismo aparecía llevado al último exceso de la perversidad y al último grado de la más brutal franqueza, y en el comentario que va a leerse su alma se ofrece, efectivamente, al desnudo. Maquiavelo le sabe con frecuencia a poco, y de su pluma salen entonces los calificativos de pobre hombre, ánimo apocado, moralista cursi, el bueno del secretario, ave de mal agüero, etc., etc. Cuantas veces Maquiavelo quiere hermanar la honradez con la gobernación, e insiste sobre la necesidad de que el príncipe sea amado antes que obedecido, y que obre primero como padre que como tirano de sus súbditos, Napoleón se indigna contra él, le ultraja sin compasión, y resiste con ira a ciertos consejos de aquel estadista, cuya perspicacia y cuya prudencia repugnaban a su temperamento indómito y a su fiereza irreductible. Por dicha, no son demasiadas las notas marginales de Napoleón que ofenden por lo desarreglado del criterio y por lo apasionado del juicio, y hay, en cambio, un número considerable de ellas que podemos admirar con satisfacción, y que, si bien no exentas del todo de crítica, se distinguen por su ingeniosa penetración y por la aplicación oportuna que el comentarista hace de las observaciones maquiavelas a los lances que le ocurrieron en las diversas épocas de su vida pública. Son éstas, como nadie ignora, cuatro principales: 1) época del generalato, que le sirvió de preparación para la soberanía; 2) época del reinado consular, en que el soldado victorioso se convirtió en monarca de hecho bajo un régimen todavía de república; 3) época del reinado imperial, que ya no permitía equívocos políticos; 4) época de su confinamiento de diez meses en la isla de Elba, preludio de los reveses trágicos de los cien días. Las notas marginales correspondientes a la primera época llevan en mi versión la letra G; las de la segunda, las letras R C; las de la tercera, las letras R I; las de la cuarta, la letra E. Con estas indicaciones precisas, el lector puede seguir paso a paso y de una manera puntual y concreta los pensamientos de Napoleón en esas cuatro épocas de su vida pública, pensamientos que son hijos de un mismo padre, y que, por disparatados que sean algunos, descubren a porfía su procedencia, pero que se acomodan a cada instante a las cir-

Digitized by Google

cunstancias y a los tiempos que los provocaron, así como al estado de ánimo de su autor al escribirlos. Efecto penoso producen muchos de ellos, pero todos denuncian la política infernal que inspiró las empresas de Napoleón, y todos convierten el comentario de éste en un verdadero documento histórico, como dije antes. Ahora... sea el lector quien juzgue y quien sentencie.

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO

Madrid, 12 mayo 1933.

Digitized by Google

EL PRINCIPE

Digitized by Google

Digitized by Google

DEDICATORIA

A LORENZO EL MAGNIFICO, HIJO DE PEDRO DE MEDICIS

Los que desean alcanzar la gracia y el favor de un príncipe acostumbran a ofrendarle aquellas cosas que se reputan por más de su agrado, o en cuya posesión se sabe que él encuentra su mayor gusto. Así, unos le regalan caballos; otros, armas; quiénes, telas de oro; cuáles, piedras preciosas u otros objetos dignos de su grandeza. Por mi parte, queriendo presentar a Vuestra Magnificencia alguna ofrenda o regalo que pudiera demostraros mi rendido acatamiento, no he hallado, entre las cosas que poseo, ninguna que me sea más cara, ni que tenga en más, que mi conocimiento de los mayores y mejores gobernantes que han existido. Tal conocimiento sólo lo he adquirido gracias a una dilatada experiencia de las horrendas vicisitudes políticas de nuestra edad, y merced a una continuada lectura de las antiguas historias. Y luego de haber examinado durante mucho tiempo las acciones de aquellos hombres, y meditándolas con seria atención, encerré el resultado de tan profunda y penosa tarea en un reducido volumen, que os remito.

Aunque estimo mi obra indigna de Vuestra Magnificencia, abrigo, no obstante, la confianza de que bondadosamente la honraréis con una favorable acogida, si consideráis que no me era posible haceros un presente más precioso que el de un libro con el que os será fácil compren-

Digitized by Google

der en pocas horas lo que a mí no me ha sido dable comprender sino al cabo de muchos años, con suma fatiga y con grandísimos peligros. No por ello he llenado mi exposición razonada de aquellas prolijas glosas con que se hace ostentación de ciencia, ni envuéltola en hinchada prosa, ni recurrido a los demás atractivos con que muchos autores gustan de engalanar lo que han de decir (1), *porque he querido que no haya en ella otra pompa y otro adorno que la verdad de las cosas y la importancia de la materia. Desearía, sin embargo, que no se considerara como presunción reprensible en un hombre de condición inferior, y aun baja, si se quiere, la audacia de discurrir sobre la gobernación de los príncipes y de aspirar a darles reglas. Los pintores que van a dibujar un paisaje deben estar en las montañas, para que los valles se descubran a sus miradas de un modo claro, distinto, completo y perfecto* (2). *Pero también ocurre que únicamente desde el fondo de los valles pueden ver las montañas bien y en toda su extensión. En la política sucede algo semejante. Si, para conocer la naturaleza de las naciones, se requiere ser príncipe, para conocer la de los principados conviene vivir entre el pueblo. Reciba, pues, Vuestra Magnificencia mi modesta dádiva con la misma intención con que yo os la ofrezco. Si os dignáis leer esta producción y meditarla con cuidado reconoceréis en ella el propósito de veros llegar a aquella elevación que vuestro destino y vuestras eminentes dotes os permiten. Y si después os dignáis, desde la altura majestuosa en que os halláis colocado, bajar vuestros ojos a la humillación en que me encuentro, comprenderéis toda la injusticia de los rigores extremados que la malignidad de la fortuna me hace experimentar sin interrupción.*

(1) Tácito y Gibbon, por ejemplo. (G.) Aquí empiezan las notas de Napoleón Bonaparte.

(2) Así empecé yo, y así conviene empezar. Se conoce mucho mejor el fondo de los valles cuando se está en la cumbre de las montañas (R. C.).

Digitized by Google

CAPITULO I

DE LAS VARIAS CLASES DE PRINCIPADOS Y DEL MODO DE ADQUIRIRLOS

Cuantos Estados y cuantas dominaciones ejercieron y ejercen todavía una autoridad soberana sobre los hombres, fueron y son principados o repúblicas. Los principados se dividen en hereditarios y nuevos. Los hereditarios, en quien los disfruta, provienen de su familia, que por mucho tiempo los poseyó. Los nuevos se adquieren de dos modos: o surgen como tales en un todo (1), como el de Milán para Francisco Sforcia, que, generalísimo primero de los ejércitos de la república milanesa, fué proclamado más tarde príncipe y duque de los dominios milaneses; o aparecen como miembros añadidos al Estado ya hereditario del príncipe que los adquiere, y tal es el reino de Nápoles para el monarca de España, el cual lo conserva desde el año 1442, en que Alfonso V, rey de Aragón, se hizo proclamar rey de aquel país. Estos Estados nuevos ofrecen a su vez una subdivisión, porque: o están habituados a vivir bajo un príncipe, o están habituados a ser libres; o el príncipe que los adquirió lo hizo con armas ajenas, o lo hizo con las suyas propias; o se los proporcionó la suerte, o se los proporcionó su valor.

---

(1) **Tal surgió el mío, que se conservará, si Dios me da vida y fuerzas para ello (G.).**

Digitized by Google

CAPITULO II

DE LOS PRÍNCIPES HEREDITARIOS

Pasaré aquí en silencio las repúblicas, a causa de que he discurrido ya largamente sobre ellas en mis discursos acerca de la primera década de Tito Livio, y no dirigiré mi atención más que sobre el principado (1). Y, refiriéndome a las distinciones que acabo de establecer, y examinando la manera con que es posible gobernar y conservar los principados, empezaré por decir que en los Estados hereditarios, que están acostumbrados a ver reinar la familia de su príncipe, hay menos dificultad en conservarlos que cuando son nuevos (2). El príncipe entonces no necesita más que no traspasar el orden seguido por sus mayores, y contemporizar con los acontecimientos, después de lo cual le basta usar de la más socorrida industria, para conservarse siempre, a menos que surja una fuerza extraordinaria y llevada al exceso, que venga a privarle de su Estado. Pero, aun perdiéndolo, lo recuperará, si se lo propone, por muy poderoso y hábil que sea el usurpador que

---

(1) He aquí lo único bueno, por más que digan muchos. Pero, hasta nueva orden, tendré que cantar y recantar al mismo tono que mis ingenuos republicanos (G.).

(2) Procuraré suplirlo haciéndome el decano de los demás soberanos de Europa (G.).

Digitized by Google

se haya apoderado de él (1). Ejemplo de ello nos ofreció, en Italia, el duque de Ferrara, a quien no pudieron arruinar los ataques de los venecianos, en 1484, ni los del Papa Julio, en 1510, por el motivo único de que su familia se hallaba establecida en aquella soberanía, de padres a hijos, hacía ya mucho tiempo. Y es que el príncipe, por no tener causas ni necesidad de ofender a sus gobernados, es amado natural y razonablemente por éstos, a menos de poseer vicios irritantes que le tornen aborrecible. La antigüedad y la continuidad del reinado de su dinastía hicieron olvidar los vestigios y las razones de las mudanzas que le instalaron, lo cual es tanto más útil cuanto que una mudanza deja siempre una piedra angular para provocar otra (2).

---

(1) Por lo que a mí respecta, eso será lo que tase un sastre. Favoréceme el hecho de que yo no se lo he cogido a *él*, sino a un tercero, que no era más que un insufrible cenagal de republicanismo. La odiosidad de la usurpación no recae sobre mí, ciertamente, y los forjadores de frases a sueldo mío han persuadido ya de ello al gran público, proclamando que no *he destronado más que a la anarquía*. Mis derechos al trono de Francia no están mal establecidos en la novela de Lemont. Cuanto al trono de Italia, tendré una disertación de Montga. Esto les es necesario a los italianos, que presumen de oradores. Para los franceses bastaba una novela. El pueblo bajo, que no lee, contará con las homilías de los obispos, con las exhortaciones de los curas, y, sobre todo, con un catecismo aprobado por el legado del Papa. A esta magia no podrá resistir, supuesto que el Papa ha ungido mi frente imperial. Desde este aspecto, pareceré más inamovible aún que ninguno de los Borbones (R. I.).

(2) ¡Cuántas piedras angulares se me dejan! Los más de mis adictos están todavía allí, y preciso fuera que no quedase ni siquiera uno solo, para que perdiese yo toda esperanza. Volveré a hallar allí mis águilas, mis bustos, mis estatuas, y tal vez hasta la carroza imperial de mi coronación. Todo esto habla incesantemente a los ojos del pueblo en favor mío, y me trae a su memoria (E.).

Digitized by Google

CAPITULO III

DE LOS PRINCIPADOS MIXTOS

Hállanse grandes dificultades en esta clase de régimen político, muy principalmente cuando el principado no es enteramente nuevo, sino miembro añadido a un principado antiguo que se posee de antemano. Por tal reunión se le llama principado mixto (1), cuyas incertidumbres dimanan de una dificultad, que es conforme con la naturaleza de todos los principados nuevos, y que consiste en que los hombres, aficionados a mudar de señor, con la loca y errada esperanza de mejorar su suerte, se arman contra el que les gobernaba y ponen en su puesto a otro, no tardando en convencerse, por la experiencia, de que su condición ha empeorado. Ello proviene de la necesidad natural en que el nuevo príncipe se encuentra de ofender a sus nuevos súbditos, ya con tropas, ya con una infinidad de otros procedimientos molestos, que el acto de su nueva adquisición llevaba consigo (2). De aquí que el nuevo príncipe tenga por enemigos a cuantos ha ofendido al ocupar el principado, y que no pueda conservar por amigos a los que le colocaron en él, a causa de no serle posible satisfacer su

(1) Así será el mío sobre el Piamonte, Toscana, Roma, etcétera (R. C.).

(2) Poco me importa, pues el éxito justifica todas las causas (R. C.).

Digitized by Google

ambición en la medida en que ellos se habían lisonjeado, ni emplear medios rigurosos para reprimirlos, en atención a las obligaciones que le hicieron contraer con respecto a sí propio (1). Por muy fuertes que sean los ejércitos del príncipe, éste necesita siempre el favor de una parte, a lo menos, de los habitantes de la provincia, para entrar en ella. He aquí por qué Luis XII, después de haber ocupado a Milán con facilidad, lo perdió inmediatamente (2), y, para quitárselo aquella primera vez, bastaron las tropas de Ludovico, porque los milaneses, que habían abierto sus puertas al rey, vieron defraudada la confianza que pusieran en los favores de su Gobierno, así como las esperanzas que habían concebido para lo futuro (3), y no podían soportar ya la contrariedad de poseer un nuevo príncipe. Cierto que, al recuperar por segunda vez Luis XII los países que se le habían rebelado, no se los dejó arrebatar tan fácilmente. Prevaliéndose de la sublevación anterior, se mostró menos reservado y menos tímido en los medios de consolidarse, pues castigó a los culpables, desenmascaró a los sospechosos y fortaleció las partes más débiles de su anterior Gobierno (4). Si, para que la primera vez perdiese a Milán el rey de Francia, se requirió solamente la tremenda aparición del duque Ludovico en los confines del Milanesado, para que la perdiese por segunda vez necesitóse que se armasen todos contra él y que sus ejércitos fuesen destruídos o arrojados de Italia (5). Sin embargo,

---

(1) ¡Valientes bribones, que me dan a conocer cruelmente esa verdad! Si no lograra deshacerme de su tiranía ominosa, me sacrificarían (R. I.).

(2) Si en 1798 hubiera permanecido allí, no me lo hubieran quitado los austro-rusos (R. C.).

(3) De mí sé decir que no defraudé la confianza y las esperanzas de los que, en 1796, me abrieron sus puertas (R. C.).

(4) Lo mismo hice yo al recuperar ese país, en 1800. Pregúntese al príncipe Carlos si me fué bien con ello (R. I.).

(5) No sucederá esto ya, pues los milaneses no tienen ganas de sublevarse, y las cosas van para mí a pedir de boca (R. C.).

Digitized by Google

perdió a Milán ambas veces, y si conocemos las causas de la primera pérdida, réstanos conocer las de la segunda y considerar los medios de que disponía y de que podría disponer otro cualquiera en su mismo caso (1) para mantenerse en su conquista mejor que lo hizo (2).

Comenzaré estableciendo una distinción. O dichos Estados nuevamente adquiridos se reúnen con un Estado ocupado hace mucho tiempo por el que los ha logrado, siendo unos y otro de la misma provincia, y hablando la misma lengua, o no sucede así. Cuando son de la primera especie, hay suma facilidad en conservarlos, especialmente si no están habituados a vivir libres en república (3). Para poseerlos con seguridad basta haber extinguido la descendencia del príncipe que reinaba en ellos (4), porque, en lo demás, respetando sus antiguos estatutos, y siendo allí las costumbres iguales a las del pueblo a que se juntan, permanecen sosegados, como lo estuvieron Normandía, Bretaña, Borgoña y Gascuña, que fueron anexionadas a Francia hace mucho tiempo (5). Aunque existan algunas diferencias de lenguaje, las costumbres se asemejan, y esas diversas provincias viven en buena armonía. Cuanto al que hace tales adquisiciones, si ha de conservarlas, necesita dos cosas: la primera, que se extinga el linaje del príncipe que poseía dichos Estados (6); y la segunda, que el príncipe nuevo no altere sus leyes, ni aumente los im-

---

(1) No disponen mis enemigos de estos medios, ni aun tienen siquiera visos de sospecharlos, y les aconsejan otros contrarios. ¡Mejor que mejor! (E.).

(2) Sé más que Maquiavelo sobre este particular (R. C.).

(3) Aun cuando lo estuvieran, sabría yo reducirlos muy bien (G.).

(4) No me olvidaré de esto, en cuantas partes establezca mi dominación (G.).

(5) Bélgica, que no lo está sino hace poco, suministra, gracias a mí, un bello ejemplo de ello (R. C.).

(6) Le ayudarán (G.).

Digitized by Google

puestos (1). Con ello, en tiempo brevísimo, los nuevos Estados pasarán a formar un solo cuerpo con el antiguo suyo (2).

Pero cuando se adquieren algunos Estados que se diferencian del propio en lengua, costumbres y constitución, las dificultades se acumulan (3), y es menester mucha sagacidad y particular favor del cielo para conservarlos. Uno de los mejores y más eficaces medios a este propósito será que el príncipe vaya a residir en ellos, como lo hizo el sultán de Turquía con respecto a Grecia. A pesar de los otros medios de que se valió para conservarla, no habría logrado su fin, si no hubiera ido a establecer allí su residencia (4). Y es que, residiendo en su nuevo Estado, aunque se produzcan en él desórdenes, puede muy prontamente reprimirlos, mientras que, si reside en otra parte, aun no siendo los desórdenes de gravedad, tienen difícil remedio. Además, dada su permanencia, no es despojada la provincia por la codicia de sus empleados (5), y los súbditos se alegran más de recurrir a un príncipe que está al lado suyo que no a uno que está distante, porque encuentran más ocasiones de tomarle amor (6), si quieren ser buenos,

---

(1) ¡Pura simpleza de Maquiavelo! ¿Podía conocer él tan bien como yo todo el dominio de la fuerza? Le daré pronto una lección contraria en su país mismo, en Toscana, como también en el Piamonte, Parma, Roma, etc., etc. (R. I.).

(2) Conseguiré los mismos resultados sin estas precauciones de la debilidad (R. I.).

(3) ¡Pura simpleza! ¡La fuerza! (R. I.).

(4) Lo supliré con virreyes o con reyes, que no serán más que dependientes míos, ni obedecerán más que a mis órdenes, sin lo cual *los destituiré* (R. I.).

(5) Convendrá, sin embargo, que los empleados se enriquezcan, si a la vez me sirven a discreción (R. C.).

(6) Témanme ellos, y esto me basta (R. I.).

Digitized by Google

y temor, si quieren ser malos. Por otra parte, el extranjero que apeteciese atacar a dicho Estado tropezaría con más dificultades para atreverse a ello. Por donde, residiendo en él el príncipe, no lo perderá, sin que su rival experimente grandes obstáculos, al pretender arrebatárselo (1).

Después del precedente, el mejor medio consiste en enviar algunas colonias a uno o dos parajes, que sean como la llave del nuevo Estado, a falta de lo cual habría que tener allí mucha caballería e infantería (2). Formando el príncipe semejantes colonias, no se empeña en dispendios exagerados, porque aun sin hacerlos, o con dispendios exiguos, las mantiene en los contérminos del territorio. Con ello no ofende más que a aquellos de cuyos campos y de cuyas cosas se apodera, para dárselo a los nuevos moradores, que no componen, en fin de cuentas, más que una cortísima parte del nuevo Estado, y quedando dispersos y pobres aquellos a quienes ha ofendido, no pueden perjudicarle nunca (3). Todos los demás que no han recibido ninguna ofensa en sus personas y en sus bienes, se apaciguan con facilidad, y quedan temerosamente atentos a no incurrir en faltas, a fin de no verse despojados como los otros (4). De lo que se infiere que esas colonias, que no cuestan nada o casi nada, son más fieles y perjudican menos, a causa de la dispersión y de la pobreza de los ofendidos (5). Porque debe notarse que los hombres quieren ser agraciados o reprimidos, y que no se vengan de

---

(1) Imposible será el caso con respecto a mí. El terror a mi nombre valdrá allí tanto como mi propia presencia (R. C.).

(2) *Ad abundantiam juris*. Se hace una cosa y otra (R. C.).

(3) Es harto buena la reflexión, y me aprovecharé de ella (R. C.).

(4) He aquí cómo los quiero yo (R. C.).

(5) Ejecutaré todo esto en el Piamonte, al reunirlo a Francia. Para mis colonias, me servirán allí aquellos bienes confiscados ya antes de mí, y que se ha convenido en llamar *nacionales* (G.).

Digitized by Google

las ofensas, cuando son ligeras (1); pero que se ven incapacitados para hacerlo, cuando son graves. Así, pues, la ofensa que se les infiera ha de ser tal que les inhabilite para vengarse (2).

Si, en vez de colonias, se tienen tropas en los nuevos Estados, se expende mucho, ya que es menester consumir, para mantenerlas, cuantas rentas se sacan de dichos Estados (3). La adquisición suya que se ha hecho se convierte entonces en pérdida, ya que perjudica a todo el país con los ejércitos que hay que alojar en las casas particulares. Los habitantes experimentan la incomodidad consiguiente, y se convierten en perjudiciales enemigos, aun permaneciendo sojuzgados dentro de sus casas (4). De modo que ese medio de guardar un Estado es, en todos respectos, tan inútil cuanto el de las colonias es útil.

El príncipe que adquiere una provincia, cuyo idioma y cuyas costumbres no son los de su Estado principal, debe hacerse allí también el jefe y el protector de los príncipes vecinos que sean menos poderosos, e ingeniarse para debilitar a los de mayor poderío (5). Debe, otrosí, hacer de manera que no entre en su nueva provincia un extranjero

---

(1) Ligeras son las que a los míos hice, por espíritu de benignidad, lo que no les impidió vengarse en mí contra. ¿Conoce el a b c del arte de reinar quien ignora que desagradar poco es igual que desagradar mucho? (E.).

(2) No he observado bastante bien esta regla, pero mis enemigos aman a aquellos a quienes ofenden, y estos ofendidos me pertenecen (E.).

(3) Basta cargarlas de firme, a fin de que quede algo para uno (R. C.).

(4) No los temo, porque les obligo a quedarse en ellas, y a no salir de ellas, a lo menos para no reunirse en mi contra (R. C.).

(5) Para ello no hay mejor medio que desposeerlos y apoderarse de sus despojos. Módena, Florencia, Parma, Roma y Nápoles proporcionarán otros nuevos (R. C.).

Digitized by Google

tan poderoso como él, para evitar que no llamen a ese extranjero los que se hallen descontentos de su mucha ambición (1). Por tal motivo introdujeron los etolios a los romanos en Grecia y demás provincias en que éstos entraron, llamados por los propios habitantes (2). El orden común de las cosas es que, no bien un extranjero poderoso entra en un país, todos los príncipes que allí son menos poderosos se le unen, por efecto de la envidia que concibieran contra el que les sobrepujaba en poderío, y a los que éste ha despojado (3). Cuanto a esos príncipes menos poderosos, no cuesta mucho trabajo ganarlos, puesto que todos juntos gustosamente formarán cuerpo con el Estado que él conquistó (4). La única precaución que ha de tomar es la de impedir que adquieran fuerza y autoridad en demasía. El príncipe nuevo, con el favor de ellos y con la ayuda de sus armas, podrá abatir fácilmente a los que son poderosos, a fin de continuar siendo en todo el árbitro (5). El que, por lo que a esto toca, no gobierne hábilmente, muy pronto perderá todo lo adquirido, y aun mientras conserve el poder, tropezará con multitud de dificultades y de obstáculos (6).

Los romanos adoptaron siempre todas esas prevenciones en las provincias de que se hicieron dueños. Enviaron allá colonias; tuvieron a raya a los príncipes de las inmediaciones menos poderosos que ellos, sin aumentar su fuerza; debilitaron a los que poseían tanta como ellos mismos; no permitieron, en fin, que las potencias extranjeras ad-

---

(1) Sobre esto aguardo a Austria, en Lombardía (G.).

(2) Los que los lombardos pueden llamar, no son romanos (G.).

(3) ¡Qué buen socorro hallaría Austria contra mí en las flojas potencias actuales de Italia! (G.).

(4) ¡Ganarlos! No me tomaré este trabajo, pues les obligaré con mi fuerza a formar cuerpo conmigo, especialmente en mi plan de Confederación del Rhin (R. I.).

(5) Consejo bueno de tomar en cuenta para mis proyectos sobre Alemania e Italia (G.).

(6) Maquiavelo se admiraría del arte con que supe ahorrármelos (R. I.).

Digitized by Google

quirieran allí consideración ninguna (1). Como ejemplo de ello me bastará citar a Grecia, donde conservaron a los etolios y a los acayos, humillaron el reino de Macedonia y expulsaron a Antioco (2). El mérito que los etolios y los acayos contrajeron en el concepto de los romanos no fué suficiente para que éstos les consintiesen engrandecer ninguno de sus Estados (3). Nunca los redujeron los discursos de Filipo hasta el grado de tratarle como amigo, sin abatirle, ni nunca el poder de Antioco los llevó a tolerar que tuviera, en aquel país, ningún Estado (4). Los romanos hicieron en aquellas circunstancias lo que todos los príncipes cuerdos deben hacer cuando toman en consideración, no sólo los perjuicios presentes, sino más bien los futuros, y cuando quieren remediarlos con destreza. Sólo precaviéndolos de antemano es posible conseguirlo. Si se espera a que sobrevengan, ya no es tiempo de remediarlo, porque la enfermedad se ha vuelto incurable. En este respecto, ocurre lo que los médicos dicen de la tisis, que en los comienzos es fácil de curar y difícil de conocer, pero que más tarde, si no la discernieron en su principio, ni la aplicaron remedio alguno, es fácil de conocer y difícil de curar (5). Con las cosas del Estado sucede lo mismo. Si se conocen anticipadamente los males que pueden después manifestarse, lo que no concede el cielo más que a un hombre sabio y bien prevenido, quedan curados muy pronto. Pero cuando, por no haberlos conocido, se les deja tomar un incremento tal que llega a noticia de todo el mundo, no hay ya arbitrio que los remedie. Por eso, previendo los romanos de lejos los inconvenientes, les aplicaron siempre el remedio en su origen, y el temor de una guerra jamás les indujo a dejarles seguir su

---

(1) Ello se consigue desacreditándolos (R. C.).
(2) ¿Por qué no a todos los demás? (R. C.).
(3) Esto no bastaba. ¡Los hijos de Rómulo hubieran necesitado aprender en mi escuela!
(4) Es lo mejor que hicieron (R. C.).
(5) Al escribir esto Maquiavelo tenía enfermo el ánimo, y acababa de consultar con su médico (R. I.).

Digitized by Google

curso. Sabían que la guerra no se evita, y que el diferirla redunda en provecho ajeno (1). Al decidirse a hacerla contra Filipo y contra Antioco en Grecia, fué para no tener que hacérsela en Italia. Fácil les hubiera sido evitar a uno y a otro, pero no lo quisieron, ni les agradó el torpe consejo de *gozar de los beneficios del tiempo*, que no se les cae nunca de la boca a los sabios de nuestra edad (2). Les acomodó más el consejo que su prudencia y su valor les sugería, conviene a saber: que el tiempo, que echa abajo cuanto subsiste, puede acarrear tanto bien como mal, pero igualmente tanto mal como bien (3).

Volvamos a Francia y examinemos si hizo ninguna de esas cosas. Hablaré, no de Carlos VIII, sino de Luis XII, como de aquel cuyas operaciones se conocieron mejor, puesto que conservó más tiempo sus posesiones de Italia, y veremos que hizo lo contrario de lo que debió hacer para retener un Estado de diferente idioma y de diferentes costumbres (4). Luis XII fué atraído a Italia por la ambición de los venecianos, que querían, con su ayuda, ganar la mitad del Estado de Lombardía. No intento afear este paso del rey francés, ni su resolución sobre el particular, puesto que, apenas puso el pie en Italia, donde carecía de amigos, y donde encontró cerradas todas las puertas, a causa de los estragos que allí hiciera Carlos VIII, se vió forzado a respetar a los únicos aliados que en el país

---

(1) Importante máxima, de que he de formar una de las principales reglas de mi conducta, así guerrera como política (G.).

(2) Estos supuestos sabios son unos cobardes, y si en presencia mía se pusieran algunos consejeros de semejante temple, los exterminaría (R. C.).

(3) Preciso es saber dominar sobre uno y sobre otro (G.).

(4) Prescribiré allí el uso del idioma francés, empezando por el Piamonte, que es la provincia más próxima a Francia. Para introducir las costumbres de un pueblo en otro, nada más eficaz que acreditar la lengua del primero en el segundo (G.).

Digitized by Google

tenía (1), y su plan habría sido acertado si no hubiera cometido falta alguna en las demás operaciones. Tan pronto como conquistó a Lombardía volvió a ganar en Italia la consideración que Carlos VIII había hecho perder en ella a las armas francesas. Génova cedió, se hicieron amigos suyos los florentinos y el marqués de Mantua, el duque de Ferrara, el príncipe de Bolonia, el señor de Forli, los de Pézaro, Rímini, Camerino, Piombino, los luqueses, los pisanos, los sieneses, todos, en suma, salieron a recibirle, para solicitar su amistad (2). Los venecianos hubieran debido reconocer entonces la imprudencia de la decisión que habían tomado, únicamente para adquirir dos territorios de Lombardía, y para hacer al rey francés dueño de los dos tercios de Italia (3). Compréndase ahora la facilidad con que Luis XII, de haber seguido las reglas que acabo de formular, hubiese conservado su reputación en nuestra península, y asegurádose cuantos amigos había hecho en su territorio. Siendo éstos numerosos, aunque débiles, y temiendo unos al Papa y otros a los venecianos, se hallaban en la precisión de permanecer adictos al rey francés, a quien, por medio de ellos, le era posible contener sin dificultad a lo que quedaba de más poderoso en el resto de Italia (4). Pero no bien llegó Luis XII a Milán, obró de un modo contrario, supuesto que ayudó al Papa Alejandro VI a apoderarse de la Romaña, sin echar de ver que con semejante determinación se hacía débil, por una parte, desviando de sí a sus amigos, y a los que habían ido a

---

(1) Me fué mucho más fácil comprar a los genoveses, que, por especulación fiscal, me dieron entrada en Italia (G..)

(2) Supe procurarme el mismo honor, y no cometeré, ciertamente, las mismas faltas (G.).

(3) Los lombardos, a quienes aparenté dar la Valtelina, el Bergamasco, el Mantuano, el Bresciano, etc., comunicándoles la manía republicana, me hicieron ya el mismo servicio, y, una vez dueño de su territorio, tendré bien pronto el resto de Italia (G.).

(4) No necesitaré de ellos para conseguir la misma ventaja (G.).

Digitized by Google

ponerse bajo su protección, y que, por otra parte, extendía el poder de Roma (1), agregando tan vasta dominación temporal a la dominación espiritual, que le daba ya tanta autoridad (2). Esta primera falta le obligó a cometer otras, pues, para poner término a la ambición de Alejandro VI e impedirle adueñarse de la Toscana, hubo de volver al Norte. No le bastó haber dilatado los dominios del Papa, y desviado de sí a sus propios amigos, sino que el deseo de poseer el reino de Nápoles le indujo a repartírselo con el rey de España (3). Así, en los momentos en que era el primer árbitro de Italia, se buscó en ella un asociado, al que cuantos se hallaban descontentos con él debían, naturalmente, recurrir, y cuando podía haber dejado en aquel reino a un monarca que no era más que pensionado suyo (4), le echó a un lado para poner a otro, capaz de arrojarle a él mismo (5). En verdad, el deseo de adquirir es cosa ordinaria y lógica. Los hombres que adquieren, cuando pueden hacerlo, serán alabados y nadie los censurará. Pero cuando no pueden, ni quieren hacerlo como conviene, serán tachados de error, y todos les vituperarán (6). Si Francia podía atacar con sus fuerzas a Nápoles, debió hacerlo. Si no podía, no debió dividir aquel reino. Si el reparto que hizo de Lombardía con los venecianos es digno de disculpa, a causa de que el rey francés halló en ello un medio de poner el pie en Italia, la empresa sobre Nápoles merece condenarse, puesto que no había motivo al-

---

(1) ¡Falta enorme!

(2) Es absolutamente preciso que embote yo los dos filos de su espada. Luis XII no era más que un idiota (G.).

(3) Lo haré también; pero el reparto que yo haga no me quitará la supremacía, y mi buen hermano José no me la disputará (R. I.).

(4) Así será el que yo ponga allí (R. I.).

(5) Viéndome precisado a retirar de allí a mi hermano José, no dejo de abrigar serios temores sobre el sucesor que he de darle (R. I.).

(6) No faltaré en nada a las mías (G.).

Digitized by Google

guno de necesidad que excusarla pudiera (1). Luis XII, pues, cometió cinco faltas, dado que destruyó las reducidas potencias de Italia (2); aumentó la dominación de un príncipe ya poderoso, introdujo a un extranjero que lo era mucho, no residió allí él mismo, y no estableció colonias. Estas faltas, sin embargo, no le hubieran perjudicado en vida, si no hubiese cometido una sexta: la de ir a despojar a los venecianos (3). Era cosa muy razonable, y hasta necesaria, abatirlos, aunque él no hubiera dilatado los dominios de la Iglesia, ni introducido a España en Italia. Pero no debió consentir su ruina, ya que siendo por sí mismo poderoso, hubiera tenido distantes siempre a los otros de toda empresa sobre Lombardía, ya porque los venecianos no lo hubieran tolerado, sin ser ellos mismos los dueños, ya porque los otros no hubieran querido quitársela a Francia para dársela a ellos, o porque hubiera carecido de audacia para atacar a ambas potencias a la vez (4). Si alguien arguyera que Luis XII cedió la Romaña al Papa y el reino de Nápoles al monarca español, para evitar una guerra, contestaríale con las razones ya apuntadas, conviene a saber: que no debemos dejar nacer un desorden, para evitar una guerra, pues acabamos no evitándola, y sólo la diferimos, lo que redunda a la postre en perjuicio nuestro (5). Y si algún otro alegara la promesa que el rey francés había hecho al Papa de ejecutar en favor suyo la empresa, para obtener la disolución de su matrimonio con Juana, su esposa, y el capelo cardenalicio para el arzobispo de Rouen, replicaré a la objeción con las explicaciones que daré más tarde sobre la fe de

---

(1) Los motivos de este orden hay que hacerlos nacer (G.).

(2) No habría sido una falta, si no hubiese cometido las otras (G.).

(3) Su falta consistió en no haberse tomado el tiempo prudencial para ello (G.).

(4) El raciocinio es bastante bueno para aquel tiempo (R. I.).

(5) Al primer descontento, declarad la guerra: que la noticia de esta prontitud de resolución hará circunspectos a vuestros enemigos (G.).

Digitized by Google

los príncipes y el modo como deben guardarla (1). Si Luis XII perdió la Lombardía, fué por no hacer lo que hicieron cuantos tomaron provincias y quisieron conservarlas. No hay en ello milagro, sino una cosa natural y común. Hablé en Nantes con el cardenal de Rouen, cuando el duque de Valentinois, al que llamaban vulgarmente César Borgia, hijo de Alejandro VI, ocupaba la Romaña, y habiéndome dicho el cardenal que los italianos no entendían nada de cosas de guerra, le respondí que los franceses no entendían nada de cosas de Estado, puesto que de otro modo no hubieran dejado tomar al Papa tamaño incremento de dominación temporal (2). Se vió por experiencia que la que el Papa y España adquirieron en Italia les vino de Francia, y que la ruina de Francia en Italia dimanó del Papa y de España (3). De lo cual podemos deducir una regla general que no engaña nunca, o que, a lo menos, no extravía sino raras veces, y es que el que ayuda a otro a hacerse poderoso provoca su propia ruina (4). El es quien le hace tal con su fuerza o con su industria, y estos dos medios de que se ha manifestado provisto resúltanle muy sospechosos al príncipe que, por ministerio de ellos, se tornó más poderoso (5).

---

(1) Aquí está el mayor arte de la política, y mi dictamen es que no podemos poseerle en toda su plenitud (G.).
(2) ¿Era menester más para que Roma anatematizase a Maquiavelo? (G.).
(3) Uno y otra me lo pagarán caro (R. I.).
(4) Esto es lo que yo no haré nunca (G.).
(5) Los enemigos no aparentan recelarlo (G.).

Digitized by Google

CAPITULO IV

POR QUÉ, OCUPADO EL REINO DE DARÍO POR ALEJANDRO, NO SE REBELÓ CONTRA LOS SUCESORES DE ÉSTE, DESPUÉS DE SU MUERTE (1)

Considerando las dificultades que se ofrecen para conservar un Estado recientemente adquirido, podría preguntarse con asombro, como sucedió, que, hecho Alejandro Magno dueño de Egipto y del Asia Menor en un corto número de años, y habiendo muerto a poco de haber conquistado esos territorios sus sucesores, en unas circunstancias en que parecía natural que todo aquel Estado se rebelase (2), lo conservaron, sin embargo, y no hallaron al respecto más obstáculo que el que su ambición individual ocasionó entre ellos (3). He aquí mi respuesta al propósito. De dos modos son gobernados los principados conocidos. El primero consiste en serlo por su príncipe, asistido de otros individuos que, permaneciendo siempre como

---

(1) Digno es esto de atención para mí. Apenas puedo prometerme más que treinta años de reinado, y quisiera tener hijos idóneos para sucederme (R. I.).

(2) Le contenía el poder del solo nombre de Alejandro (R. I.).

(3) Carlomagno se mostró más sabio que lo había sido aquel loco de Alejandro, el cual quiso que sus sucesores celebrasen con las armas en la mano sus exequias (R. I.).

Digitized by Google

súbditos humildes al lado suyo, son admitidos, por gracia o por concesión, en clase de servidores, solamente para ayudarle a gobernar. El segundo modo como se gobierna se compone de un príncipe, asistido de barones, que encuentran su puesto en el Estado, no por la gracia o por la concesión del soberano, sino por la antigüedad de su familia (1). Estos mismos barones poseen Estados y súbditos que los reconocen por señores suyos, y les consagran espontáneamente su afecto. Y, en los primeros de estos Estados en que gobierna el mismo príncipe con algunos ministros esclavos, tiene más autoridad, porque en su provincia no hay nadie que reconozca a otro más que a él por superior, y si se obedece a otro, no es por un particular afecto a su persona, sino solamente por ser ministro y empleado del monarca (2).

Los ejemplos de estas dos especies de Gobiernos son, en nuestros días, el del Sultán de Turquía y el del rey de Francia. Toda la monarquía del Sultán de Turquía está gobernada por un señor único, cuyos adjuntos no son más que criados suyos, y él, dividiendo en provincias su reino, envía a él los diversos administradores, a los cuales coloca y muda en su nuevo puesto a su antojo (3). Pero el rey de Francia se halla en medio de un sinnúmero de personajes, ilustres por la antigüedad de su familia, señores ellos mismos de sus respectivos Estados, reconocidos como tales por sus particulares súbditos, quienes, por otra parte, les profesan afecto, y que están investidos de preeminencias personales que el monarca no puede quitarles sin peligrar él mismo (4). Así, cualquiera que considere aten-

---

(1) Antigualla feudal, que temo, ciertamente, verme obligado a resucitar, si mis generales persisten en imponérmela como ley (R. I.).

(2) ¡Famoso! Haré todo lo posible por lograrlo (R. I.).

(3) Respetables son siempre los antojos de los emperadores, los cuales tienen sus motivos para concebirlos (R. I.).

(4) No tengo, por dicha, este estorbo, aunque sí otros equivalentes (R. I.).

Digitized by Google

tamente ambas clases de Estados, comprenderá que existe dificultad suma en conquistar el del Sultán de Turquía, pero que, si uno le hubiere conquistado, lo conservará con suma facilidad. Las razones de las dificultades para ocuparlo son que el conquistador no puede ser llamado allí de las provincias de aquel Imperio, ni esperar ser ayudado en la empresa por la rebelión de los que el soberano conserva a su lado, lo cual dimana de las observaciones expuestas más arriba (1). Siendo todos esclavos suyos y estándole reconocidos por sus favores, no es posible corromperlos tan fácilmente, y, aunque esto se lograra, la utilidad no sería mucha mientras el soberano contase con el apoyo del pueblo (2). Conviene, pues, que el que ataque al Sultán de Turquía reflexione que va a hallarle unido al pueblo, y que habrá de contar más con sus propias fuerzas (3) que con los desórdenes que se manifestasen en el Imperio en su favor. Pero después de haberle vencido, derrotando en una campaña sus ejércitos, de modo que a él no le sea dable rehacerlos, no habrá que temer ya más que a la familia del príncipe. Si el conquistador la destruye, el temor desaparecerá por completo, pues los otros no gozan del mismo valimiento entre las masas populares. Si, antes del triunfo, el conquistador no contaba con ninguno de ellos, en cambio, no debe cogerles miedo alguno, después de haber vencido (4). Empero sucederá lo contrario con reinados gobernados como el de Francia. En él se puede entrar con facilidad, ganando a algún barón, porque nunca faltan nobles de genio descontento y

---

(1) **Discurriré medios extraordinarios, porque es absolutamente preciso que el Imperio de Oriente vuelva al de Occidente (R. I.).**

(2) **¡Ojalá que en Francia me hallase yo en una situación parecida! (R. C.).**

(3) **Mis fuerzas y mi nombre (R. I.).**

(4) **¿Por qué no podré mudar juntamente de lugar a Francia y a Turquía? (R. I.).**

Digitized by Google

amigos de mudanzas (1), que abran al conquistador camino para la posesión de aquel Estado y que le faciliten la victoria. Mas, cuando trate de conservarse en él, la victoria misma le dará a conocer infinitas dificultades, tanto de parte de los que le auxiliaron como de parte de los que oprimió (2). No le bastará haber extinguido la familia del príncipe, porque quedarán siempre allí varios señores que se harán cabezas de partido para nuevas mudanzas, y, como no podrá contentarlos a satisfacción de ellos, ni destruirlos enteramente (3), perderá el nuevo reino tan pronto se presente la ocasión oportuna (4).

Si consideramos ahora qué género de Gobierno era el de Darío, le encontraremos semejante al del Sultán de Turquía (5). Le fué necesario primeramente a Alejandro asaltarlo en su totalidad y ganar la campaña en toda la línea. Después de este triunfo murió Darío, quedando el Estado en poder del conquistador de una manera segura, por las causas que llevo apuntadas; y si los sucesores de Alejandro hubieran continuado unidos, habrían podido gozar de él sin la menor dificultad, puesto que no sobrevino otra disensión que la que ellos mismos suscitaron. Cuanto a los Estados constituídos, como el de Francia, es imposible poseerlos tan sosegadamente (6). Por esto hubo, tanto en Francia como en España, frecuentes rebeliones semejantes a las que los romanos experimentaron en Grecia a causa de los numerosos principados que había allí. Mientras subsistió en el país su memoria, su posesión fué, para los romanos, muy incierta. Pero tan pronto dejó de pensarse en ello, se hicieron poseedores seguros, gracias a la estabilidad de su imperial dominio (7). Cuando los roma-

(1) A estos malos bichos habría que cortarles los brazos, o que levantarles la tapa de los sesos (R. C.).
(2) ¡Harto lo echo de ver yo! (R. I.).
(3) ¡Se había comenzado tan bien en 1793! (R. I.).
(4) Esto es demasiado cierto, por desgracia (R. I.).
(5) Pero Darío no era el igual de Alejandro, como yo (R. C.).
(6) He provisto a esto, y proveeré más todavía (R. I.).
(7) Cuento con la misma ventaja, en lo que me concierne (R. I.).

Digitized by Google

nos pelearon, en Grecia, unos contra otros, cada uno de ambos partidos pudo atraerse la posesión de aquellas provincias, según la autoridad que en ellas había tomado, porque, habiéndose extinguido la familia de sus antiguos dominadores, dichas provincias reconocían ya por únicos a los dominadores nuevos. Si, pues, se presta atención a todas estas particularidades, no causará extrañeza la facilidad que Alejandro tuvo para conservar el Estado de Asia y las dificultades con que sus sucesores (Pirro y otros muchos) tropezaron en la retención de lo que habían adquirido. No provinieron ellas del poco o mucho talento de los vencedores, sino de la diversidad de los Estados que conquistaran.

Digitized by Google

CAPITULO V

DE QUÉ MANERA DEBEN GOBERNARSE LOS ESTADOS QUE, ANTES DE OCUPADOS POR UN NUEVO PRÍNCIPE, SE REGÍAN POR SUS LEYES PARTICULARES

Cuando el príncipe quiere conservar aquellos Estados que estaban habituados a vivir con su legislación propia y en régimen de república, es preciso que abrace una de estas tres resoluciones: o arruinarlos (1), o ir a vivir en ellos, o dejar al pueblo con su código tradicional (2), obligándole a pagarle una contribución anual y creando en el país un tribunal de corto número de miembros, que cuide de consolidar allí su poder. Al establecer este consejo consultivo, el príncipe, sabiendo que no puede subsistir sin su amistad y sin su dominación, tiene el mayor interés en fomentar su autoridad. Una ciudad acostumbrada a vivir libremente, y que el príncipe quiere conservar, se contiene mucho más fácilmente por medio del influjo directo de sus propios ciudadanos que de cualquier otro modo (3),

---

(1) **Esto de nada sirve en el siglo en que estamos (G.).**
(2) **Mala máxima, pues la renovación es lo que hay de mejor (G.).**
(3) **Por eso en Milán nombré una comisión ejecutiva de tres adictos, y en Génova otro triunvirato directorial (R. C.).**

Digitized by Google

como los espartanos y los romanos nos lo probaron con su ejemplo. Sin embargo, los espartanos, que poseyeron a Atenas y a Tebas mediante un consejo de un corto número de ciudadanos, acabaron perdiéndolas, y los romanos, que para poseer a Capua, a Cartago y a Numancia, las desorganizaron, no las perdieron. Cuando quisieron retener a Grecia, como la habían retenido los espartanos, dejándola libre con sus leyes, no les salió acertada esta operación, y se vieron obligados a desorganizar muchas de sus ciudades para guardarla. Hablando con verdad, el arbitrio más seguro para conservar semejantes Estados es el de arruinarlos (1). El que se hace señor de una ciudad acostumbrada a vivir libremente, y no descompone su régimen político, debe contar con ser derrocado por ella, a la postre. Para justificar tal ciudad su rebelión invocará su libertad y sus antiguas leyes, cuyo hábito no podrán hacerle perder nunca el tiempo y los beneficios del conquistador. Por más que éste se esfuerce, y aunque practique un expediente de previsión, si no se desunen y se dispersan sus habitantes, no olvidará nunca el nombre de aquella antigua libertad, ni sus particulares estatutos, y hasta recurrirá a ellos, en la primera ocasión, como lo hizo Pisa, a pesar de haber estado toda una centuria bajo la dominación de los florentinos (2). Pero cuando las ciudades o provincias se hallan avezadas a vivir en la obediencia a un príncipe, como, por una parte, conservan dicha obediencia y, por otra, carecen de su antiguo señor, no concuerdan los ciudadanos entre sí para elegir otro nuevo, y, no sabiendo vivir libres, son más tardos en tomar las armas, por lo cual cabe conquistarlos con más facilidad (3) y asegurar su posesión. En las repúblicas, por el contrario, hay más valor, mayor disposición de ánimo contra el conquistador que luego se hace príncipe, y más deseo de vengarse de él. Como no se pierde, en su ambiente, la memo-

(1) Pero esto puede hacerse de muchos modos, sin destruirlos, y mudando al mismo tiempo su Constitución (G.).

(2) Génova podría inspirarme alguna inquietud, pero nada tengo que temer de los venecianos (R. C.).

(3) Especialmente cuando se le dice al pueblo que se le trae la libertad y la igualdad (G.).

Digitized by Google

ria de la antigua libertad, antes le sobrevive más activamente cada día, el más cuerdo partido consiste en disolverlas (1), o en ir a habitar en ellas (2).

(1) A mi juicio, basta atemperar y revolucionar (G.).
(2) Esto no es necesario cuando se las ha revolucionado y, diciéndoles a todas horas que son libres, se las mantiene en obediencia (G.).

Digitized by Google

CAPITULO VI

DE LOS PRINCIPADOS NUEVOS QUE SE ADQUIEREN POR EL VALOR PERSONAL Y CON LAS ARMAS PROPIAS

No cause extrañeza que, al hablar de los Estados que son nuevos en todos los aspectos, o de los que sólo lo son en el del príncipe, o en el de ellos mismos, presente yo grandes ejemplos de la antigüedad. Los hombres caminan casi siempre por caminos trillados ya por otros, y apenas hacen más que imitar a sus predecesores en las empresas que llevan a cabo (1). Pero como no pueden seguir en todo la ruta abierta por los antiguos, ni se elevan a la perfección de los que por modelos se proponen, deben con prudencia elegir tan sólo los senderos trazados por algunos varones, especialmente por aquellos que sobrepujaron a los demás, a fin de que, si no consiguen igualarlos, a lo menos ofrezcan sus acciones cierta semejanza con las de ellos (2). En esta parte conviéneles seguir el ejemplo de los ballesteros advertidos, que, viendo su blanco muy distante para la fuerza de su arco, apuntan mucho más arriba que el objeto que tienen en mira, no para que su vigor y sus flechas alcancen a un punto dado en tal altura, sino

---

(1) **Espero desmentirte a veces (G.).**
(2) **Paso por esto (G.).**

Digitized by Google

a fin de, asestando así, llegar en línea parabólica a su verdadera meta (1). Lo cual digo porque en los principados que son nuevos en un todo, y cuyo soberano es, por ende, completamente nuevo también, hay más o menos dificultad en conservarlos, según que el que lo adquiere es más o menos valeroso. Como el éxito por el que un hombre se ve elevado de la categoría de particular a la de príncipe supone algún valor o alguna fortuna (2), parece que una cosa u otra allanan en parte muchos obstáculos. Sin embargo, ocurre a veces que se mantenga más tiempo el que no había sido auxiliado por la fortuna. Y lo que suele procurar algunas facilidades es que, no poseyendo semejante príncipe otros Estados, va a residir en aquel de que se ha hecho dueño.

Pero, volviendo a los hombres que por su propio valor, y no por ministerio de la fortuna, llegaron a ser príncipes (3), como Moisés, Ciro, Teseo, Rómulo y otros, digo que son los más dignos de imitación. Aunque sobre Moisés no debamos discurrir, puesto que no fué más que mero ejecutor de las cosas que Dios le había ordenado hacer, merece, no obstante, ser admirado, siquiera fuese por aquella gracia que le encumbró a hablar faz a faz con el Eterno (4). Pero, considerando a Ciro y a los demás que adquirieron o fundaron reinos, les hallamos merecedores de admiración asimismo (5). Y si se consideran sus hechos e instituciones de un modo especial, no parecerán diferentes de los hechos e instituciones de Moisés, por más que éste tuviese a Dios por señor. Examinando sus actos y su conducta no se encuentra que debiesen a la fortuna sino una ocasión propicia, que les permitió introducir en sus

---

(1) Haré ver que, aparentando asestar más bajo, se puede llegar allá fácilmente (G.).

(2) El valor es más necesario que la fortuna, puesto que la origina (G.).

(3) Esto me concierne (G.).

(4) No aspiro a tanta altura, sin la cual me paso (G.).

(5) Aumentaré esta lista (G.).

Digitized by Google

nuevos Estados la forma que les convenía (1). Sin la ocasión se hubiera extinguido el valor de su ánimo; pero sin éste se hubiera presentado en balde aquélla (2). Erale necesario a Moisés hallar al pueblo de Israel oprimido en Egipto, para que se dispusiese a seguirle, movido por el afán de salir de su esclavitud (3). Era menester que Ciro, para erigirse en soberano de los persas, les hallase descontentos del dominio de los medos, y a éstos afeminados por una larga paz (4). Teseo no hubiera podido desplegar su valor si no hubiese encontrado dispersados a los atenienses (5). Convenía que Rómulo, después de su nacimiento, se quedara en Alba, y que fuese expuesto, para que se hiciera rey de Roma y fundador de un Estado, de que formó la patria suya (6). No hay duda sino que tales ocasiones constituyeron la fortuna de semejantes héroes. Pero su excelente sabiduría les dió a conocer la importancia de dichas ocasiones, y de ello provinieron la prosperidad y la cultura de sus Estados (7).

Los que llegan a ser príncipes por esos medios no adquieren su soberanía sin trabajo, pero la conservan fácilmente, y las dificultades con que tropiezan, al conseguirla, provienen en gran parte de las nuevas leyes y de las nuevas instituciones que se ven obligados a introducir, para fundamentar su Estado y para proveer a su seguridad (8). Nótese bien que no hay cosa más ardua de manejar, ni que se lleve a cabo con más peligro, ni cuyo acierto sea más dudoso que el obrar como jefe, para dictar estatutos

---

(1) No me es necesario más. La ocasión vendrá, y entonces la cogeré (G.).
(2) ¡El valor ante todo! (G.).
(3) Situación idéntica es la de los frances de hoy día (G.).
(4) ¡Nada de eso! (G.).
(5) ¡Pobre héroe! (G.).
(6) Mi benéfica loba estuvo en Briene. ¡Te eclipsaré, Rómulo! (G.).
(7) ¿Bastaría esa poca sabiduría actualmente? (G.).
(8) Esto se logra con alguna astucia (R. C.).

Digitized by Google

nuevos (1), pues tiene por enemigos activísimos a cuantos sacaron provecho de los estatutos antiguos (2), y aun los que puedan sacarlo de los recién establecidos, suelen defenderlos con tibieza suma (3), tibieza que dimana en gran parte de la escasa confianza que los hombres ponen en las innovaciones, por buenas que parezcan, hasta que no haya pasado por el tamiz de una experiencia sólida (4). De donde resulta que los que son adversarios de tales innovaciones lo son por haberse aprovechado de las antiguas leyes, y hallan ocasión de rebelarse contra aquellas innovaciones por espíritu de partido, mientras que los otros sólo las defienden con timidez cautelosa, lo que pone en peligro al príncipe (5). Y es que cuando quiere uno discurrir adecuadamente sobre este asunto se ve forzado a examinar si los tibios tienen suficiente consistencia por sí mismos, o si dependen de los otros; es decir, si, para dirigir su operación, necesitan rogar o si pueden obligar. En el primer caso no aciertan nunca, ni conducen cosa alguna a buen fin (6), al paso que, si pueden obligar, rara vez dejan de conseguir su objeto (7). Por esto todos los profetas armados han sido vencedores y los desarmados abatidos (8).

Conviene notar, otrosí, que el natural de los pueblos es variable. Fácil es hacerles creer una cosa, pero difícil ha-

---

(1) Obviaré el inconveniente poniendo a mis órdenes algunos maniquíes legislativos (G.).

(2) Sabré inutilizar su actividad (G.).

(3) El buen Maquiavelo ignoraba cómo cabe proporcionarse defensores acalorados, que anulen los sofismas de los tibios (R. C.).

(4) Esto no sucede más que a los pueblos algo sabios y que conservan todavía alguna libertad (R. C.).

(5) Estoy a cubierto contra todo eso (R. C.).

(6) ¡Bello descubrimiento! ¿Quién puede ser lo bastante cobarde para hacer semejante demostración de debilidad? (G.).

(7) Entonces son infalibles todos los oráculos (G.).

(8) ¡Nada más natural! (G.).

Digitized by Google

cerles persistir en su creencia (1). Por cuyo motivo es menester componerse de modo que, cuando hayan cesado de creer, sea posible constreñirlos a creer todavía (2). Moisés, Ciro, Teseo, Rómulo, no hubieran conseguido que se observasen mucho tiempo sus respectivas constituciones, si hubiesen estado desarmados, como le sucedió al fraile Jerónimo Savonarola, que vió malogradas las nuevas instituciones que propusiera a la multitud. Apenas ésta comenzó a no creerle inspirado, se encontró sin medio alguno para mantener coercitivamente en su creencia a los que la perdían, ni para inducir voluntariamente a creer a los que no creían ya. Y cuenta que los príncipes de la especie a que vengo refiriéndome experimentan sumas dificultades en su manera de conducirse, porque todos sus pasos van acompañados de peligros y necesitan gran valor para superarlos (3). Pero cuando han triunfado de ellos y empiezan a ser respetados, como han subyugado a los hombres que les envidiaban su calidad de príncipes, quedan, al fin, asegurados, reverenciados, poderosos y dichosos (4).

A tan relevantes ejemplos quiero añadirle otro de clase inferior, y que, sin embargo, no guarda demasiada desproporción con ellos: el de Hieron el Siracusano (5). De simple particular que era, ascendió a príncipe de Siracusa, sin que la fortuna le procurase otro recurso que el de una favorable ocasión. Hallándose oprimidos los siracusanos, le proclamaron caudillo, en cuyo cargo hizo méritos suficientes para que después le nombrasen soberano su-

---

(1) Hoy día, especialmente después del testimonio del Papa, me tienen ellos por un enviado del cielo y por un pío restaurador de la religión (R. C.).

(2) Tendré siempre medios para ello (R. C.).

(3) Esto no me embaraza (G.).

(4) Este último punto no está todavía bien claro para mí, y debo contentarme con los otros tres (R. I.).

(5) No ha salido nunca de él mi pensamiento desde los estudios de mi infancia. Era de un país inmediato al mío, y quizá soy de su misma familia (G.).

Digitized by Google

yo (1). Había sido tan virtuoso en su condición privada que, en sentir de los historiadores, no le faltaba entonces para reinar más que poseer un trono (2). Y luego que hubo empuñado el cetro, licenció las antiguas tropas, formó otras nuevas, dejó a un lado a sus pretéritos amigos, buscó a otros y, hallándose así con soldados y con camaradas realmente suyos, pudo establecer sobre tales fundamentos cuanto quiso, y conservó sin trabajo lo que había adquirido tras afanes largos y penosos (3).

---

(1) Con alguna ayuda, indudablemente. ¡Heme aquí en su caso! (R. C.).

(2) Mi madre dijo a menudo lo mismo de mí, y, aparte motivos naturales, la amo especialmente a causa de su pronóstico (R. I.).

(3) Esto es, para mí, de buen agüero (R. I.).

Digitized by Google

CAPITULO VII

DE LOS PRINCIPADOS NUEVOS QUE SE ADQUIEREN POR LA FORTUNA Y CON LAS ARMAS AJENAS

Los que de particulares que eran se vieron elevados al principado por la sola fortuna, llegan a él sin mucho trabajo (1), pero lo encuentran máximo para conservarlo en su poder (2). Elevados a él como en alas y sin dificultad alguna, no bien lo han adquirido los obstáculos les cercan por todas partes (3). Esos príncipes no consiguieron su Estado más que de uno u otro de estos dos modos: o comprándolo o haciéndoselo dar por favor. Ejemplos de ambos casos ofrecieron, entre los griegos, muchos príncipes nombrados para las ciudades de la Iona y del Helesponto, en que Darío creyó que su propia gloria tanto como su propia seguridad le inducía a crear ese género de príncipes (4), y entre los romanos aquellos generales que subían al Imperio por el arbitrio de corromper las

---

(1) Como tontos que dejan llevarse y que no saben hacer nada por sí mismos (G.).

(2) Máximo hasta casi la imposibilidad (E.).

(3) Para gentes de tal calaña todo es un puro obstáculo (E.).

(4) Los aliados no llevan hoy más mira que ésa (E.).

Digitized by Google

tropas. Semejantes príncipes no se apoyan en más fundamento que en la voluntad o en la suerte de los hombres que los exaltaron, cosas ambas muy variables y desprovistas de estabilidad en absoluto. Fuera de esto, no saberr ni pueden mantenerse en tales alturas (1). No saben, porque a menos de poseer un talento superior, no es verosímil que acierte a reinar bien quien ha vivido mucho tiempo en una condición privada (2), y no pueden, a causa de carecer de suficiente número de soldados, con cuyo apego y con cuya fidelidad cuenten de una manera segura (3). Por otra parte, los Estados que se forman de repente, como todas aquellas producciones de la naturaleza que nacen con prontitud, no tienen las raíces y las adherencias que les son necesarias para consolidarse (4). El primer golpe de la adversidad los arruina (5), si, como ya insinué, los príncipes creados por improvisación carecen de la energía suficiente para conservar lo que puso en sus manos la fortuna, y si no se han proporcionado las mismas bases que los demás príncipes se habían formado, antes de serlo (6).

Con relación a estos dos modos de llegar al principado,

---

(1) Hay otros muchos que se hallan en idéntico caso(E.).

(2) Da lo mismo que haya vivido ese tiempo como simple particular, o lejos de los Estados en que se le exaltó (E..)

(3) En esto les aguardo (E.).

(4) Por mucha suerte que se haya tenido al nacer, cuando uno ha pasado veintitrés años en la vida privada, como en familia, lejos de un pueblo cuya índole ha cambiado casi totalmente, y se ve transportado de súbito a él, en alas de la fortuna y por manos extranjeras, para reinar allí, se encuentra con un Estado nuevo de la índole de los que Maquiavelo menciona. Los antiguos prestigios morales de convención se han interrumpido en dicho Estado con demasiada amplitud para que el príncipe nuevo pueda existir como tal de otro modo que de nombre (E.).

(5) Este oráculo es más seguro que el de Calchas (E.).

(6) Yo me había formado los míos antes de serlo (E.).

Digitized by Google

el valor o la fortuna (1), quiero traer dos ejemplos que la historia de nuestra época nos suministra; son a saber: el de Francisco Sforcia y el de César Borgia. Francisco, de simple particular que era, llegó a ser duque de Milán, tantopor su gran valor como por los recursos que su ingenio podía suministrarle (2), y, por lo mismo, conservó sin excesivo esfuerzo lo que había adquirido con sumos afanes. César, llamado vulgarmente el duque de Valentinois, no logró sus Estados más que por la fortuna de su padre, y los perdió apenas la fortuna le hubo faltado, no sin hacer uso entonces de todos los medios imaginables para retenerlos, y de practicar, para consolidarse en los principados que la fortuna y las armas ajenas le habían procurado, cuanto puede practicar un hombre prudente y valeroso (3). Ahora bien: he dicho que el que no preparó los fundamentos de su soberanía antes de ser príncipe podría hacerlo después, poseyendo un talento superior (4), aunque esos fundamentos no pueden formarse, en tal caso, más que con muchos disgustos para el arquitecto y con muchos peligros para el edificio (5). Si, pues, se consideran los progesos del duque de Valentinois, se verá que había preparado su dominación futura (6), y no juzgo inútil darlos a conocer (7), toda vez que no me es posible presentar lecciones más útiles a un príncipe nuevo que las acciones del segundo Borgia. Si sus instituciones no le

---

(1) Mi caso y el de mis enemigos (E.).

(2) ¿A quién me asemejo más? ¡Excelente agüero! (R. C.).

(3) A menudo bien, algunas veces mal (G.).

(4) Entiéndase talento superior *para reinar*, pues los demás casos lo son de mediocridades sobresalientes (E.).

(5) Especialmente cuando se forman a tientas y con timidez (E.).

(6) ¿Mejor que yo? ¡Es difícil! (G.).

(7) En verdad, Maquiavelo, quisiera yo que no lo hubieras dicho a otros antes que a mí, aunque, de todos modos, sería lo mismo, porque no saben leerte (G.).

Digitized by Google

sirvieron de nada, no fué culpa suya, sino de una extremada y extraordinaria malignidad de la suerte ciega (1).

Alejandro VI quería elevar a su hijo el duque a un gran dominio, y veía, para ello, fuertes dificultades en lo presente y en lo futuro. Primeramente, no sabía cómo hacerle señor de un Estado que no perteneciera a la Iglesia, y cuando volvía sus miras hacia un Estado de la Iglesia preveía que el duque de Milán y los venecianos no consentirían en ello (2), pues Faenza y Rimini, que él quería cederle ante todo, estaban ya bajo la protección de los últimos. Veía, además, que los ejércitos de Italia, y especialmente aquellos de que le hubiera sido dable servirse, se hallaban en poder de los que debían temer el engrandecimiento del Papa, y mal podía fiarse de tales ejércitos, mandados todos por los Ursinos, por los Colonnas o por allegados suyos. Era menester, por tanto, que se turbase este orden de cosas y que se introdujera el desorden en los Estados de Italia (3), a fin de que le fuera posible apoderarse con seguridad de una parte de ellos (4). Y lo fué, a causa de encontrarse en una coyuntura (5) en que, movidos de razones particulares, habían decidido los venecianos conseguir que los franceses volvieran otra vez a Italia. No sólo no se opuso a ello, sino que facilitó semejante maniobra y se mostró favorable a Luis XII, al

---

(1) Tengo motivos para quejarme de ella, pero la corregiré (E.).

(2) ¿Saldré yo mejor de un obstáculo mayor de esta especie para dar reinos a mis hermanos José y Jerónimo? Cuanto a Luis, acaso remueva el obstáculo, si queda alguno, del que yo no sepa qué hacer (R. C.). Mucha razón llevaba yo en vacilar tocante al último. ¡Pérfido, cobarde, traidor e ingrato Joaquín! El reparará sus faltas (E.).

(3) El Alejandro con tiara no me desconocería más que el Alejandro con casco (R. I.).

(4) ¿Una parte? Es poquísimo para mí (R. I.).

(5) He sabido originar otras más dignas de mi persona, de mi conveniencia y de mi siglo (R. I.).

Digitized by Google

sentenciar la disolución de su matrimonio con Juana de Francia (1), de suerte que aquel monarca llegó a Italia con la ayuda de los venecianos (2) y con el consentimiento de Alejandro VI, y no bien hubo llegado a Milán, cuando el Papa obtuvo de él algunas tropas para la empresa que había meditado sobre la Romaña, la cual le fué cedida a causa de la reputación cobrada por el rey. Habiendo, por fin, adquirido el duque aquella provincia, y aun derrotado a los Colonnas, quería conservarla e ir adelante, pero se le presentaban dos obstáculos. El uno se hallaba en el ejército de los Ursinos, de que se había servido, pero de cuya fidelidad desconfiaba, y el otro consistía en la oposición que Francia podía hacer a ello. Por una parte, temía que le faltasen las armas de los Ursinos, y que no sólo le impidiesen seguir conquistando, sino que también le quitasen lo que ya había adquirido. Por otra parte, temía que el rey de Francia siguiera a su respecto el mismo proceder que los Ursinos (3). Su recelo hacia los últimos fundábase en que cuando, después de haber tomado a Faenza asaltó a Bolonia, los vió obrar con tibieza. Cuanto al monarca francés, comprendió lo que podía esperar de él cuando, después de haberse apoderado del ducado de Urbindo, atacó a Toscana, pues aquél le hizo desistir de la empresa. En situación semejante, resolvió el duque no depender más de la fortuna y

---

(1) La prueba que hice yo cediendo el ducado de Urbino para lograr la firma del Concordato, me convence de que en Roma, como en otras partes, y hoy como entonces, una mano lava la otra, y esto permite nuevos éxitos (R. C.).

(2) Los genoveses me abrieron las puertas de Italia, llevados de la loca esperanza de que sus ventas sobre Francia se pagaran sin reducción. *Quid non cogit auri sacra fames?* A lo menos, consiguieron que mi benevolencia para con ellos sea mayor que para con los demás italianos (R. C.).

(3) Caro me ha costado el no haber sentido igual temor respecto a mis favorecidos aliados de Alemania (E.).

Digitized by Google

de las armas ajenas (1), a cuyo efecto comenzó debilitando hasta en Roma las facciones de los Ursinos y de los Colonnas, y ganando a cuantos nobles le eran adictos (2). Hízolos gentileshombres suyos, los honró con elevados empleos y les confió, según sus prendas personales, varios mandos o gobiernos, con que extinguió en ellos, a los pocos meses, el espíritu de la facción a que se hallaban adheridos y su afecto se volvió por entero hacia el duque (3). Después de esto, aceleró la ocasión de arruinar a los Ursinos (4), no sin haber dispersado antes a los partidarios de los Colonnas, que se le tornaron favorables, y a quienes trató mejor (5). Habiendo advertido muy tarde los Ursinos que el poder del duque, y el del Papa como soberano, acarreaba su ruina, convocaron una Dieta en Magione, país de Perusa. De ello resultó contra el duque la rebelión de Ursino, como también los tumultos de la Romaña e infinitos peligros para él (6), dificultades todas que superó con el auxilio de los franceses (7). Luego que hubo recuperado alguna consideración, no fiándose ya de ellos, ni de las demás fuerzas que le eran extrañas, y queriendo no verse en la necesidad de probarlos de nuevo, recurrió a la astucia, y supo encubrir sus maniobras en grado

---

(1) ¡Tampoco pude yo hacerlo de otro modo! (E).

(2) Mis Ursinos son los jacobinos, mis Colonnas los realistas, y mis nobles serán los jefes de unos y de otros (G.).

(3) En parte había comenzado yo todo esto antes aún de llegar al Consulado, en que me fué bien, sin más que completar al punto todas esas operaciones (R. I.).

(4) Yo la encontré en el senadoconsulto de la máquina infernal del Nivoso y en mi maquinación de Arena y de Topino en la Opera (R. I.).

(5) No pude perfeccionar estas dos cosas en la misma época, pero lo hice después (R. I.).

(6) Hallé otros semejantes (Pichegru, Mallet, etc.), y de todos triunfé, sin recurrir a los extranjeros (R. I.).

(7) Lo hice sin necesitar de nadie (R. I.).

Digitized by Google

tamaño (1) que los Ursinos, por mediación de Paulo, solicitaron una reconciliación. No ahorró recursos serviciales para asegurárselos, regalándoles caballos, dinero, trajes vistosos, y ello con tal suerte que, aprovechándose de la simplicidad de su confianza, acabó por reducirlos a caer en su poder en Sinigaglia (2). Aprovechó la coyuntura para destruir a sus jefes, convirtió a los que les seguían en otros tantos amigos de su persona (3) y proporcionó así una sólida base a su dominación sobre la Romaña y sobre el ducado de Urbino, con lo cual se ganó la voluntad de todos sus pueblos, que, bajo su gobierno, comenzaron a disfrutar de un bienestar por ellos hasta entonces desconocido (4). Y como esta parte de la vida del duque merece estudiarse, y aun imitarse por otros príncipes, no quiero dejar de exponerla con alguna especificación (5).

No bien ocupó la Romaña, hallóla mandada por señores inhábiles, que más habían despojado que corregido a sus gobernados (6), y que más habían dado motivo a desuniones que a convergencias (7), por lo que en la provincia abundaban los latrocinios, las contiendas y todo li-

---

(1) *Qui nescit dissimulare, nescit regnare.* Luis XI no sabía bastante, y debió decir: *Qui nescit fallere, nescit regnare* (R. I.).

(2) No corrió mejor suerte lo que entre mis Urbinos y mis Colonnas quedaba contra mí de más formidable (R. I.).

(3) Creo haber hecho a maravilla una cosa y otra (R. I.).

(4) ¿Conoció Francia, veinte años antes, el orden de que goza en el día, y que sólo mi brazo podía establecer? (R. I.).

(5) Especificación tan provechosa para los pueblos como odiosa para los forjadores de frases (R. I.).

(6) Como los artífices de repúblicas francesas (R. C.).

(7) Como en la Francia republicana (R. C.).

Digitized by Google

naje de desórdenes (1). Para remediar tamaños males estableció en ella la paz, hízola obediente a su príncipe, le impuso un Gobierno vigoroso (2), y envió allí por presidente a Ramiro d'Orco, hombre severo y expeditivo, en quien delegó una autoridad casi ilimitada (3), y que en poco tiempo restableció el sosiego en la comarca, reconcilió a los ciudadanos divididos y proporcionó al duque una grande consideración (4). Más tarde, empero, juzgó el duque que la desmesurada potestad de Ramiro no convenía allí ya (5), y temiendo que se tornara muy odiosa, erigió en el centro de la provincia un tribunal civil, presidido por un sujeto excelente, y en el que cada ciudad tenía su defensor (6). Le constaba, además, que los rigores ejercidos por Orco habían engendrado contra su propia persona sentimientos hostiles. Para desterrarlos del corazón de sus pueblos y ganarse la plena confianza de éstos, trató de persuadirles de que no debían imputársele a él aquellos rigores (7), sino al genio duro de su ministro. Y para acabar de convencerles de ello determinó castigar al último (8), y una mañana mandó dividirle en dos pedazos y mostrarle así hendido en la plaza pública de Cesena, con un cuchillo ensangrentado y un tajo de ma-

---

(1) Enteramente como en Francia, antes que yo reinara en ella (R. C.).

(2) ¿No es lo que yo hice? Para reprimir la anarquía requeríase firmeza dura (R. I.).

(3) ¡F***, tú serás mi Orco! (R. C.).

(4) No necesité de nadie para esto (R. I.).

(5) Por eso suprimo tu Ministerio y te agrego a la jubilación de mi Senado (R. C.).

(6) Crearé a mi vez una comisión senatorial de la libertad individual, que de hecho no hará más que lo que quiera yo (R. I.).

(7) A ser mi macho cabrío emisario, ninguno estaría más condenado que él por la opinión pública (R. I.).

(8) Rabio de no poder desgraciarle sin inutilizarlo (R. I.).

Digitized by Google

dera al lado (1). La ferocidad de espectáculo tan horrendo hizo que sus pueblos quedaran por algún tiempo tan satisfechos como atónitos.

Pero volviendo al punto de que he partido, digo que al encontrarse el duque muy poderoso, asegurado de los peligros de entonces en gran parte, armado en la necesaria medida, libre de las armas de los vecinos que podían inferirle daños, y ansioso de continuar sus conquistas, restábale, con todo, el temor a Francia. Sabedor de que el rey de esta nación, que se había dado cuenta algo tardíamente de sus propias torpezas, no permitiría que el duque se engrandeciese más, echóse a buscar nuevos amigos. Desde luego, tergiversó con respecto a Francia (2) cuando las tropas de esta nación marcharon hacia el reino de Nápoles contra el ejército español que sitiaba a Gaeta. Su intención era asegurarse de ellas, y el acierto habría sido rápido si Alejandro VI hubiera vivido aún (3).

Tales fueron sus precauciones en las circunstancias del momento. Cuanto a las futuras, temía, ante todo, que el sucesor de Alejandro VI no le fuera favorable y que intentase arrebatarle lo que le había dado aquél. Para precaver este inconveniente (4) imaginó cuatro recursos (5), conviene a saber: 1) extinguir las familias de los señores a quienes había despojado, a fin de quitar al Papa los socorros que ellos hubiesen podido suministrarle (6); 2) ganarse a todos los hidalgos de Roma, para oponerlos como freno al Pontífice, en la misma capital de sus Es-

---

(1) **Buen tiempo aquel en que no sólo se podían llevar a cabo semejantes castigos, sino conseguir que la multitud los estimase meritorios (R. I.).**

(2) **Muy bien hecho, en verdad (R. C.).**

(3) **Estos malditos son los que me impacientan (R. C.).**

(4) **Antes de *precaver* inconvenientes de esta índole, es menester *preverlos* (R. C.).**

(5) **Muy bien hallados, por cierto (R. C.).**

(6) **No faltaré a esto cuando pueda, y haré de modo que pueda siempre (R. C.).**

Digitized by Google

tados; 3) atraerse, hasta el límite de lo posible, al sacro colegio de los cardenales; 4) adquirir, antes de la muerte de Alejandro VI, dominio tamaño, que se hallara en estado de resistir por sí mismo al primer asalto, cuando no existiera ya su padre. Practicados por el duque los tres primeros recursos, tenía conseguido su fin principal, al morir el Papa, y el cuarto estaba ejecutándolo. Había hecho perecer a cuantos pudo coger de aquellos señores a quienes despojara, y se le escaparon pocos (1). Había ganado a los hidalgos de Roma (2) y adquirido grandísimo influjo en el sacro colegio. Cuanto a sus nuevas conquistas, después de haber proyectado erigirse en señor de la Toscana, veía a Pisa bajo su protección, y poseía a Perusa y a Piombino. Como tras ello no se creía obligado a guardar más miramientos con los franceses, y de hecho no les guardaba ninguno, por haberles despojado los españoles del reino de Nápoles, y porque unos y otros estaban forzados a solicitar su amistad (3), se echaba sobre Pisa, lo cual bastaba para que Luca y Siena le abriesen sus puertas, sea por celos contra los florentinos (que carecían de medios para evitarlo), sea por temor de la venganza suya. Si esta empresa le hubiera salido acertada, y si se hubiese puesto en ejecución el año en que murió Alejandro VI, habría adquirido tan grandes fuerzas y tanta consideración que por sí mismo se hubiera sostenido, sin depender de la fortuna y del poder ajeno (4), pues todo ello dependía ya de su dominación y de su talento (5). Pero Alejandro VI murió cinco años des-

---

(1) No estoy todavía tan adelantado como él (R. I.).

(2) No he podido hacer aún más que la mitad de esta maniobra. *Si vuol tempo?* (R. I.).

(3) Puesto que he atraído a esto a todos los príncipes de Alemania, pensaré en mi famoso proyecto del Norte, y acaecerá lo mismo, con resultados que ningún conquistador conoció (R. I.).

(4) Libre de esta condición, iré mucho más adelante (R. I.).

(5) Conviene no conocer otra dependencia (R. I.).

Digitized by Google

pués de haber comenzado el duque a desenvainar su espada y cuando sólo el Estado de la Romaña estaba consolidado. Los demás permanecían vacilantes e indecisos, hallándose, además, el duque entre dos ejércitos enemigos muy poderosos y viéndose últimamente asaltado por una enfermedad mortal (1). Sin embargo, valía tanto, poseía tanta inteligencia, sabía tan bien cómo puede ganarse o pèrderse la voluntad de los hombres, y se había creado en tan poco tiempo fundamentos tan sólidos, que, si no hubiera tenido por contrarios a aquellos ejércitos y le hubiesen ido mejor las cosas, habría triunfado de todos los demás obstáculos. La prueba de que tales fundamentos eran buenos es perentoria, puesto que la Romaña le aguardó sosegadamente más de un mes (2), y, moribundo ya, no tenía nada que temer de Roma (3). Aunque los Ursinos, los Vitelis y los Vagniolis habían ido allí, no emprendieron nada contra él. Si no pudo hacer Papa a quien quería, a lo menos impidió que lo fuese aquel a quien no quería (4). Pero si al morir Alejandro VI hubiese gozado de robusta salud, habría hallado facilidad para todo. El día en que Julio II fué nombrado Papa me dijo que había calculado cuanto podía acaecer, una vez muerto su padre, y halládole anticipado remedio, pero que no había pensado en que pudiera morir él mismo entonces (5).

---

(1) **Peor que peor para él. Es menester saber no estar enfermo nunca y hacerse invulnerable a toda contingencia de salud física (R. I.).**

(2) **Como me aguardó Francia después de mis desastres en Rusia (E.).**

(3) **Por muy moribundo que, políticamente hablando, estuviese en Smolensko, nada tuve que temer allí de los míos (E.).**

(4) **No encontré dificultad en esto. La sola noticia de mi desembarco en Frejus obstruyó unas elecciones que me hubieran sido contrarias (R. I.).**

(5) **En fin de cuentas, vale más no pensar en ello cuando se quiere reinar con gloria. Tal pensamiento hubiera cortado de raíz mis mejores proyectos (E.).**

Digitized by Google

Después de haber resumido todas las acciones del duque y de haberlas comparado unas con otras, no me es posible condenarle, y aun me atrevo a proponerle por modelo a cuantos la fortuna o ajenas armas elevaron a la soberanía (1). Con las relevantes prendas que poseía y las profundas miras que abrigaba no podía conducirse de diferente modo (2). No encontraron sus designios más impedimentos reales que la brevedad de la vida de su progenitor y su propia enfermedad (3). Así, el que en un principado nuevo necesite asegurarse de sus enemigos (4), ganarse amigos repetidamente, vencer por la fuerza o por el fraude, hacerse amar y temer de los pueblos, obtener el respeto y la fidelidad de los soldados, sustituir los antiguos estatutos por otros recientes, desembarazarse de los hombres que pueden perjudicarle, ser a la vez severo, agradable, magnánimo y liberal, y conservar la amistad de los monarcas, de suerte que éstos le sirvan de buen grado, o no le ofendan más que con mucho miramiento: el que en tal caso se halle, no encontrará ejemplo más fehaciente que el proceder del duque, a lo menos hasta la muerte de su padre (5). Su política cayó luego en graves faltas, sobre todo cuando, al ser nombrado el sucesor de Alejandro VI, dejó el duque hacer una elección

---

(1) Harto ignorantes son los escritorcillos que dijeron que Maquiavelo lo había propuesto por modelo a todos los príncipes, aun a los que no se hallan, ni pueden hallarse en el mismo caso. En Europa no conozco más que el mío, a quien mejor convenga dicho modelo (R. I.).

(2) Lo que hice de análogo, me lo impuso mi situación como una necesidad, y, por tanto, como un deber (E.).

(3) Mis reveses no dependieron más que de causas parecidas, contra las cuales nada podía mi ingenio (E.).

(4) Esto es cuanto necesito yo (G.).

(5) Espero ser un ejemplo, no sólo más fehaciente, sino más perfecto y más sublime (R. I.).

Digitized by Google

contraria a sus intereses en la persona de Julio II (1). No le era posible la creación de un Papa de su gusto (2), pero teniendo como tenía la facultad de impedir que éste o aquél fuesen Papas, no debió permitir nunca que se le confiriera el Pontificado a ninguno de los cardenales a quienes había ofendido, o que tuviesen motivo de temerle (3) (los hombres ofenden por miedo o por odio), y que eran, entre otros, los de San Pedro, San Jorge, Colonna y Ascagne (4). Elevados una vez todos los demás al Pontificado, estaban en el caso de temerle (5), excepto el cardenal de Rouen, a causa de su fuerza, puesto que contaba con el apoyo del reino de Francia, y con los cardenales españoles, con los que se había aliado, y a los que había hecho varios favores (6). Por ende, el duque debió, ante todo, conseguir que el Papa hubiera sido un español, y, a no lograrlo, debió permitir que se eligiese al cardenal de Rouen, y no al de San Pedro. Cualquiera que crea que los nuevos beneficios hacen olvidar a los eminentes personajes las antiguas injurias (7), camina errado. De donde se infiere que, en aquella elección, el duque cometió una falta, y tan grave, que ocasionó su ruir;

---

(1) Es que su cabeza estaba debilitada por su enfermedad (R. I.).

(2) Si hubiera sido elegido contra mi gusto, le hubiera depuesto yo bien pronto (R. C.).

(3) Todos, menos el que fué elegido, sabían o preveían que debían temerme (R. C.).

(4) Pasó ya el tiempo en que podía temerse su resentimiento (R. I.).

(5) Mi nombre les hizo temblar, y os haré traer como carneros al pie de mi trono (R. C.).

(6) Bello motivo para contar con esa gente. Maquiavelo tenía a ratos demasiada buena fe (R. I.).

(7) Parecen olvidar cuando su pasión lo quiere, pero no hay que fiarse (R. I.).

Digitized by Google

CAPITULO VIII

DE LOS QUE LLEGARON AL PRINCIPADO POR MEDIO DE MALDADES

Supuesto que aquel que de simple particular asciende a príncipe, lo puede hacer todavía de otros dos modos, sin deberlo todo al valor o a la fortuna, no conviene omita yo tratar de uno y de otro de esos dos modos, aun reservándome discurrir con más extensión sobre el segundo, al ocuparme de las repúblicas (1). El primero es cuando un hombre se eleva al principado por una vía malvada y detestable (2), y el segundo cuando se eleva con el favor de sus conciudadanos (3). Cuando al primer modo, la historia presenta dos ejemplos notables: uno antiguo y otro moderno. Me ceñiré a citarlos, sin profundizar demasiado la cuestión, porque soy de parecer que enseñan bastante por sí solos, si cualquiera estuviese en el caso de imitarlos (4).

---

(1) ¡Se lo dispenso! (G.).

(2) La expresión es duramente improbativa. ¿Qué importa el camino que se sigue con tal que se llegue al término deseado? Maquiavelo comete una falta al hacer de moralista en semejante materia (G.).

(3) Puede aparentarlo siempre (G.).

(4) Discreción de moralista, muy intempestiva en materia de Estado (G.).

Digitized by Google

El primer ejemplo es el del siciliano Agátocles, quien, habiendo nacido en una condición, no sólo común y ordinaria, mas también baja y vil, llegó a empuñar, sin embargo, el cetro de Siracusa (1). Hijo de un alfarero, había llevado en todas las circunstancias una conducta reprensible (2). Pero sus perversas acciones iban acompañadas de tanto vigor de cuerpo y de tanta fortaleza de ánimo (3), que habiéndose dedicado a la profesión de las armas, ascendió, por los diversos grados de la milicia, hasta el de pretor de Siracusa (4). Luego que se vió elevado a este puesto resolvió hacerse príncipe, y retener con violencia, sin debérselo a nadie, la dignidad que le había concedido el libre consentimiento de sus conciudadanos (5). Después de haberse entendido sobre el asunto con el general cartaginés Amílcar, que estaba en Sicilia con su ejército (6), juntó una mañana al Senado y al pueblo en Siracusa, como si tuviera que deliberar con ellos sobre cosas importantes para la república, y, dando en aquella asamblea a los soldados la señal convenida, les mandó matar a todos los senadores y a los ciudadanos más ricos que allí se hallaban. Librado de ambos estorbos de su ambición, ocupó y conservó el principado de Siracusa, sin que se encendiera contra él ninguna guerra civil (7). Aun-

---

(1) De país próximo al mío, como Hieron, y de una era más cercana a la nuestra que la de él. Agátocles pertenecerá con más seguridad a la genealogía de mis ascendientes (G.).

(2) En esta especie de hombres, la constancia es el indicio más seguro de un carácter atrevido y resuelto (G.).

(3) El ánimo principalmente es lo esencial (G.).

(4) Llegaré a él (G.).

(5) Concédanme por diez años el Consulado, y lo convertiré en vitalicio. ¡Ya se verá (G.).

(6) No necesito de semejante auxilio, aunque sí de otros, que, por lo demás, me será fácil lograr (G.).

(7) Compárese con mi 18 Brumario y con sus efectos. Sin necesidad de ninguno de esos crímenes, alcancé la superioridad de un modo más amplio (R. C.).

Digitized by Google

que después fué dos veces derrotado, y aun sitiado, por los cartagineses, no solamente pudo defender su ciudad, sino que, además, dejó una parte de sus tropas custodiándola, y marchó a actuar a Africa con otra. De esta suerte, en poco tiempo libró a la cercada Siracusa, y puso en tal aprieto a los cartagineses, que se vieron forzados a tratarle de potencia a potencia, se contentaron con la posesión de Africa, y le abandonaron enteramente a Sicilia (1). Donde se advierte, reflexionando sobre la decisión y las hazañas de Agátocles, que nada o casi nada puede atribuirse a la fortuna. No por el favor ajeno, como indiqué más arriba, sino por medio de los grados militares, adquiridos a costa de muchas fatigas y de muchos riesgos, consiguió la soberanía (2), y, si se mantuvo en ella merced a multitud de acciones temerarias, pero llenas de resolución (3), no cabe, ciertamente, aprobar lo que hizo para lograrla. La traición de sus amigos, la matanza de sus conciudadanos, su absoluta falta de humanidad y de religión, son, en verdad, recursos con los que se llega a adquirir el dominio, mas nunca la gloria (4). No obstante, si consideramos el valor de Agátocles en la manera como arrostró los peligros y salió triunfante de ellos, y la sublimidad de su alma en soportar y en vencer los acontecimientos que le eran más adversos (5), no vemos por qué conceptuarle como inferior al mayor campeón de diferente especie moral a la suya (6). Por desdicha, su inhumanidad despiadada y su crueldad feroz son maldades evidentes, que no permiten alabarle, como

---

(1) He conseguido mucho más. Agáticles era un enano en comparación mía (R. I.).

(2) A la misma costa la he adquirido (R. I.).

(3) Hice mis pruebas de esta clase (R. I.).

(4) Preocupaciones pueriles La gloria, de cualquier modo que sobrevenga, acompaña siempre al acierto y al triunfo (R. I.).

(5) ¿Los venció mejor que yo? (R. I.).

(6) Dignense exceptuarme (R. I.).

Digitized by Google

si mereciera ocupar un lugar eminente entre los hombres insignes (1). Pero repito que no puede atribuirse a su valor o a su fortuna lo que adquirió sin el uno y sin la otra (2).

El segundo ejemplo, más inmediato a nuestros tiempos, es el de Oliverot de Fermo (3). Educado en su niñez por su tío materno, Juan Fogliani, fué colocado por éste más tarde en la tropa del capitán Pablo Viteli (4), a fin de que allí llegase, bajo semejante maestro, a alguna alta graduación en las armas. Habiendo muerto después Pablo, y sucedídole en el mando su hermano Viteloro, a sus órdenes peleó Oliverot, y como, amén de robusto y de valiente, era inteligentísimo, llegó a ser en breve plazo el primer hombre de su ejército. Juzgando entonces cosa servil su permanencia en él, confundido entre el vulgo de los capitanes, concibió el proyecto de apoderarse de Fermo, con ayuda de Viteloro y de algunos ciudadanos de aquella ciudad que amaban más la esclavitud que la libertad de su país (5). Para mejor llevar a cabo su plan escribió, ante todo, a su tío Juan Fogliani. En la carta le decía ser muy natural, al cabo de tan prolongada ausencia, que quisiera abrazarle, ver de nuevo su patria, volver a Fermo y reconocer en algún modo su patrimonio. Añadíale que, en efecto, regresaba, pero que, no habiéndose fatigado, durante tan larga separación, más que para adquirir algún honor, y deseando mostrar a sus compatriotas que no había perdido el tiempo en tal respecto, creía deber presentarse con cierto atuendo, acompañado de amigos suyos, de varios servidores y de cien soldados de a caballo. Por ende, le rogaba hiciera de modo que

---

(1) ¡Otra vez la moral! El bueno de Maquiavelo carecía de audacia (R. I.).

(2) Yo conté con el concurso de ambos (R. I.).

(3) Astuto personaje, que me hizo concebir excelentes ideas desde mi niñez (G.).

(4) ¡Vaubois, tú fuiste mi Viteli! Sé mostrarme agradecido, cuando llega el momento oportuno (G.).

(5) Reflexión de republicano sentimental (G.).

Digitized by Google

los ciudadanos de Fermo le acogiesen con distinción, "atendiendo a que semejante recibimiento no sólo le honraría a él mismo, sino que redundaría también en gloria del tío, su segundo padre y su primer preceptor" (1). Juan no dejó de hacer los favores que solicitaba, y a los que le parecía ser acreedor, su sobrino. Procuró que los ciudadanos de Fermo le recibiesen con gran honra, y le alojó en su palacio. Oliverot, luego de haberlo dispuesto todo para la maldad que había premeditado, dió en el palacio un espléndido banquete, al que invitó a Juan Fogliani y a las personas de más viso de la población (2). Al final del convite, y cuando, conforme al uso de entonces, se departía sobre cosas de que se habla comúnmente en la mesa, Oliverot hizo recaer diestramente la conversación sobre la grandeza de Alejandro VI y de su hijo César Borgia, como asimismo sobre sus empresas. Mientras él respondía a los discursos de los otros, y los otros contestaban a los suyos, se levantó de repente, manifestando ser aquélla una materia de que no debía hablarse más que en apartado sitio, y se retiró a un cuarto particular, al que Fogliani y las demás personas de viso le siguieron. Apenas se hubieron sentado allí cuando, por salidas ignoradas de ellos, entraron diversos soldados, que los degollaron a todos, sin perdonar a Fogliani. Terminada la matanza, Oliverot montó a caballo, recorrió la ciudad, fué a sitiar al primer magistrado en su propio alcázar, y los habitantes de Fermo, poseídos de súbito e inaudito temor, se vieron obligados a obedecerle, y a formar un nuevo Gobierno, de que se constituyó soberano (3). Desembarazado por tal arte de

---

(1) ¡Travieso intrigante! Hay en toda esta historia de Oliverot muchas cosas de que sabré aprovecharme en ocasión oportuna (G.).

(2) No deja de asemejarse aquel banquete al famoso de la iglesia de San Sulpicio, que me hice ofrecer por los diputados a mi vuelta de Italia, después de Fructidor. Pero el fruto no estaba maduro todavía (R. C.).

(3) Perfeccioné bastante esta maniobra el 18 Brumario, y, sobre todo, al día siguiente, en Saint Cloud (R. C.).

Digitized by Google

todos aquellos hombres cuyo descontento podía serle fatal (1), fortificó su autoridad con nuevos estatutos civiles (2) y militares (3), de suerte que, por espacio del año que conservó su soberanía (4), no sólo se mantuvo seguro en la ciudad de Fermo, sino que, además, se hizo respetar y temer de sus vecinos, y hubiera sido tan perdurable como Agátocles, si no se hubiese dejado engañar por César Borgia, cuando, en Sinigaglia, sorprendió éste, como indiqué ya, a los Ursinos y a los Vitelios. Aprehendido con éstos el propio Oliverot en aquella ocasión, un año después de su parricidio (5), le ahorcaron en compañía de Viteloro, que había sido su mentor de audacia y de maldad (6).

Podría preguntarse por qué Agátocles, Oliverot y algún otro de la misma especie lograron, a pesar de tantas traiciones y de tamañas crueldades, vivir largo tiempo seguros en su patria, y defenderse de los enemigos exteriores, sin seguir siendo traidores y crueles. También podría preguntarse por qué sus conciudadanos no se conjuraron nunca

---

(1) A mí me bastó espantarlos, dispersarlos y ponerlos en fuga. Tenía que mantener la orden solemne que di a Barras de evitar el derramamiento de sangre, por no ser de mi gusto (R. C.).

(2) ¡Acábenme pronto ese Código Civil, al que quiero unir mi nombre! (R. C.).

(3) Lo militar dependía enteramente de mí, y a ello he provisto progresivamente, pero a mi placer y satisfacción (R. C.).

(4) ¡Pobre tonto, que con la soberanía se dejó quitar la vida! (E.).

(5) Con esta palabra de improbación aparenta Maquiavelo convertir el hecho en un crimen. ¡Pobre hombre! (R. C.).

(6) La gente buenaza dirá que Oliverot lo tenía bien merecido, y que César Borgia fué el instrumento de un castigo justo. Sin embargo, lo siento por Oliverot, y ello sería un mal agüero para mí, si en la tierra hubiese otro César Borgia que no fuera yo (R. I.).

Digitized by Google

contra ellos, al paso que otros, empleando iguales recursos, no consiguieron conservarse jamás en sus Estados, ni en tiempo de paz, ni en tiempo de guerra. Creo que esto dimana del uso bueno o malo que se hace de la traición y de la crueldad. Permítame llamar buen uso de los actos de rigor el que se ejerce con brusquedad, de una vez (1), y únicamente por la necesidad de proveer a la seguridad propia (2), sin continuarlos luego (3), y tratando a la vez de encaminarlos cuanto sea posible a la mayor utilidad de los gobernados (4). Los actos de severidad mal usados son aquellos que, pocos al principio, van aumentándose y se multiplican de día en día, en vez de disminuirse y de atenerse a su primitiva finalidad (5). Los que se atienen al primer método, pueden, con los auxilios divinos y humanos, remediar, como Agátocles, su situación, en tanto que los demás no es posible que se mantengan (6). Es menester, pues, que el que adquiera un Estado ponga atención, en los actos de rigor que le es preciso ejecutar, a ejercerlos todos de una sola vez e inmediatamente (7), a

---

(1) Si mis enemigos hubieran empezado por esto, como Carlos II y otros infinitos, hoy estaría perdida mi causa. Todos contaban con que así fuera, no lo habría censurado nadie, y bien pronto el pueblo no hubiera pensado más en ello, y me hubiese olvidado (E.).

(2) Por fortuna, esto es lo que menos preocupa a mis enemigos (E.).

(3) Si se acaloran por mucho tiempo en esta operación, obran contra sus intereses. Cuando la memoria de la acción que debe castigarse, se ha inveterado, el que la castiga no parecerá ya más que un hombre de temperamento cruel, porque habrá olvidado lo que hace justo el castigo (E.).

(4) Cosa fácil es ésta (E.).

(5) Semejante método, único que les queda a los ministros, no puede menos de serme favorable (E.).

(6) Se verá bien pronto una nueva prueba de ello (E.).

(7) El precepto es inmejorable, y la consecuencia justa (E.).

Digitized by Google

fin de no verse obligado a volver a ellos todos los días, y poder, no renovándolos, tranquilizar a sus gobernados, a los que ganará después fácilmente, haciéndoles bien. El que obra de otro modo, por timidez, o guiado por malos consejos (1), se ve forzado de continuo a tener la cuchilla en la mano (2), y no puede contar nunca con sus súbditos, porque estos mismos, que le saben obligados a proseguir y a reanudar los actos de severidad, tampoco pueden estar jamás seguros con él. Precisamente porque semejantes actos han de ejecutarse todos juntos, y porque ofenden menos, si es menor el tiempo que se tarda en pensarlos (3), los beneficios, en cambio, han de hacerse poco a poco, a fin de que haya lugar para saborearlos mejor (4). Así, un príncipe debe, ante todas las cosas, conducirse con sus súbditos de modo que ninguna contingencia, buena o mala, le haga variar (5), dado que, si sobrevinieran tiempos difíciles y penosos, no le quedaría ya ocasión para remediar el mal (6), y el bien que hace entonces no se convierte en provecho suyo (7), pues lo miran como forzoso, y no se lo agradecen.

---

(1) Una y otra causa de ruina están al lado de mis enemigos, y la segunda casi por entero a mi disposición (E.).

(2) Cuando se lo permiten (E.).

(3) Los que, empezados muy tarde, comienzan tímidamente, y se ceban principalmente en los más débiles, hacen clamar y rebelarse a los más fuertes. Aprovechémonos de esta verdad (E.).

(4) Cuando se derraman a manos llenas, los recogen muchos indignos, y no los agradecen a los demás (E.).

(5) ¡Y parece que uno está sobre un eje! (E.).

(6) Mis enemigos lo experimentarán (E.).

(7) Por mucho que se prometa y se dé entonces, de nada sirve, porque el pueblo permanece indiferente para el que sucumbe por falta de previsión y de longanimidad (E.).

Digitized by Google

CAPITULO IX

DEL PRINCIPADO CIVIL

Vengamos al segundo modo con que un particular llega a hacerse príncipe, sin valerse de nefandos crímenes, ni de intolerables violencias (1). Es cuando, con el auxilio de sus conciudadanos, llega a reinar en su patria. A este principado lo llamo civil. Para adquirirlo, no hay necesidad alguna de cuanto el valor o la fortuna pueden hacer, sino más bien de cuanto una acertada astucia puede combinar (2). Pero nadie se eleva a esta soberanía sin el favor del pueblo o de los grandes (3). En toda ciudad existen dos inclinaciones diversas, una de las cuales proviene de que el pueblo desea no ser dominado y oprimido por los grandes, y la otra de que los grandes desean dominar y oprimir al pueblo. Del choque de ambas inclinaciones dimana una de estas tres cosas: o el establecimiento del principado, o el de la república, y el de la licencia y la anarquía. Cuanto al principado, su establecimiento se pro-

---

(1) Lo que yo quisiera, pero la cosa es difícil (G.).

(2) Este medio no está fuera de mis facultades, y me ha servido ya bastante acertadamente (G.).

(3) Procuraré reunir, en la medida de lo posible, las apariencias del uno y de los otros (G.).

Digitized by Google

mueve por el pueblo o por los grandes, según que uno u otro de estos dos partidos tengan ocasión para ello. Si los grandes ven que no les es posible resistir al pueblo (1), comienzan por formar una gran reputación a uno de ellos (2), y, dirigiendo todas las miradas hacia él, acaban por hacerle príncipe (3), a fin de poder dar, a la sombra de su soberanía, rienda suelta a sus deseos. El pueblo procede de igual manera con respecto a uno solo, si ve que no le es posible resistir a los grandes, a fin de que le proteja con su autoridad (4).

El que consigue la soberanía con el auxilio de los grandes se mantiene en ella con más dificultad que el que la consigue con el del pueblo (5), porque, desde que es príncipe, se ve cercado de muchas personas que se tienen por iguales a él, no puede mandarlas y manejarlas a su discreción (6). Pero el que consigue la soberanía con el auxilio del pueblo (7) se halla solo en su exaltación, y, entre cuantos le rodean, no encuentra ninguno, o encuentra poquísimos que no estén prontos a obedecerle (8). Por otra parte, es difícil, con decoro y sin agraviar a los otros, contentar los deseos de los grandes (9). Pero se contentan

---

(1) Es la situación actual del partido del Directorio, y me valdré de él para aumentar mi consideración en el concepto del pueblo (G.).

(2) Se verán arrastrados a esto (G.).

(3) Acepto este vaticinio (G.).

(4) Le haré trabajar en este sentido, a fin de que, por un motivo enteramente opuesto, se dirija al mismo objeto que los del Directorio (G.).

(5) Fingiré no haberla conseguido más que por y para él (G.).

(6) Las personas de esta clase me han obstruido siempre cruelmente (E.).

(7) No acerté a hacer creer que me hallaba en ese caso, pero me las compondré para parecerlo así a mi regreso (E.).

(8) A este punto llegué a atraerles yo (E.).

(9) Los de los míos eran insaciables. Aquellos hombres de la Revolución no tenían bastante nunca. No la hicieron

Digitized by Google

fácilmente los del pueblo, porque los deseos de éste llevan un fin más honrado que el de los grandes, en atención a que los grandes quieren oprimir, y el pueblo sólo quiere no ser oprimido.

Añádase a lo dicho que, si el pueblo es enemigo del príncipe, éste no se verá jamás seguro, pues el pueblo se compone de un número grandísimo de hombres, mientras que, siendo poco numerosos los grandes, es posible asegurarse de ellos más fácilmente. Lo peor que el príncipe puede temer de un pueblo que no le ama, es ser abandonado por él. Pero, si le son contrarios los grandes, debe temer, no sólo verse abandonado, sino que también atacado y destruído por ellos, que, teniendo más previsión y más astucia que el pueblo, emplean bien el tiempo para salir del apuro, y solicitan dignidades de aquel que esperan ver sustituir al príncipe reinante (1). Además, el príncipe se ve obligado a vivir siempre con un mismo pueblo, al paso que le es factible obrar sin unos mismos grandes, puesto que está en su mano hacer otros nuevos, y deshacerlos

---

más que por enriquecerse, y su codicia crecía con sus adquisiciones. Si se anticipaban al partido que iba a triunfar, y le favorecían, era para sacar provecho. Destruían después al que ellos habían elevado, no bien les distribuía todas sus dádivas. Queriendo recibir siempre, arruinaban al nuevo triunfador, tan pronto cesaba de darles. Habrá siempre el mayor peligro en servirse de semejantes factodes. Pero ¿cómo pasarse sin ellos, especialmente yo, que no cuento con otra ayuda? Si tuviera el título de sucesión al trono, esos hombres no podrían venderme ni perjudicarme (E.).

(1) ¿Cómo no previ que estos ambiciosos, siempre prontos a anticiparse a los barruntos de la fortuna, me abandonarían, y aun me entregarían, apenas me asaltara la adversidad? Harán otro tanto por mí contra el nuevo triunfador, si me contemplan en decidida actitud, sin perjuicio de volver a empezar contra mí, si me encuentran vacilante. ¡Porque no puedo formar grandes con hombres nuevos! (E.).

Digitized by Google

todos los días, como también darles crédito, o quitarles el de que gozan, cuando le venga en gana (1).

Para aclarar más lo relativo a los grandes, digo que deben considerarse en dos principales aspectos: o se conducen de modo que se unan en un todo con la fortuna, o proceden de modo que se pasen sin ella. Los primeros, si no son rapaces (2), deben ser estimados y honrados. Los segundos, que no se ligan al príncipe personalmente, pueden considerarse en otros dos aspectos. Unos obran así por pusilanimidad o falta de ánimo, y entonces el príncipe debe servirse de ellos como de los primeros, especialmente cuando le den buenos consejos, porque le son fieles en la prosperidad e inofensivos en la adversidad (3). Pero los que obran por cálculo o por ambición (4), manifiestan que piensan más en él que en su soberano, y éste debe prevenirse contra ellos y mirarlos como a enemigos declarados, porque en la adversidad ayudarán a hacerle caer (5).

Un ciudadano llegado a príncipe por el favor del pueblo ha de tirar a conservar su afecto, lo cual es fácil, ya que el pueblo pide únicamente no ser oprimido. Pero el que llegó a ser príncipe con el auxilio de los grandes y contra el voto del pueblo, ha de procurar conciliárselo, tomándolo bajo su protección (6). Cuando los hombres reciben bien de quien no esperaban más que mal, se apoyan más y más

---

(1) Esto no es cosa fácil, a lo menos tanto como yo (que siempre procuré hacerlo) quisiera. Lo intenté con dos, que resultaron los más peligrosos para mí. El primero me entregó, y el segundo, del cual necesito aún, permanece en actitud equívoca. Pero me lo ganaré de un modo o de otro (E.).

(2) No tengo casi ninguno de esta especie (R. I.).

(3) No temo a los magnates de este temperamento (R. I..)

(4) Es el mayor número de los míos (R. I.).

(5) No había yo conocido bien esta verdad, de que sólo la dura experiencia me ha convencido. ¿Podré aprovecharme de ella en lo venidero? (E.).

(6) Procuraré hacérselo creer (G.).

Digitized by Google

en él (1). Así, el pueblo sometido por un príncipe nuevo, que se erige en bienhechor suyo, le coge más afecto que si él mismo, por benevolencia, le hubiera elevado a la soberanía. Luego el príncipe puede captarse al pueblo de varios modos, pero tan numerosos y dependientes de tantas circunstancias variables, que me es imposible formular una regla fija y cierta sobre el asunto, y me limito a insistir en que es necesario que el príncipe posea el afecto del pueblo (2), sin lo cual carecerá de apoyo en la adversidad (3). Nabis, príncipe nuevo entre los espartanos, resistió el sitio de todas las tropas griegas y de un ejército romano curtido en las victorias, y resistió fácilmente contra ambas fuerzas su patria y su Estado, por bastarle, al acercarse el peligro, asegurarse de un corto número de enemigos interiores. Pero no hubiera logrado tamaños triunfos, si hubiera tenido al pueblo por enemigo.

Y no se crea impugnar la opinión que estoy sentando aquí, con objetarme el tan repetido adagio de que "quien fía en el pueblo edifica sobre arena" (4). Confieso ser esto verdad para un ciudadano privado, que, satisfecho con semejante fundamento, creyera que el pueblo le libraría, si le viera oprimido por sus enemigos o por los magistrados. En tal caso, podría engañarse a menudo en sus esperanzas, como ocurrió a los Gracos en Roma, y a Jorge Scali en Florencia. Pero, si el que se funda en el pueblo, es príncipe suyo, y puede mandarle, y es hombre de corazón, no se atemorizará en la adversidad. Como haya tomado las disposiciones oportunas y mantenido, con sus estatutos y con su valor, el de la generalidad de los ciudadanos, no será engañado jamás por el pueblo, y reconocerá que los fundamentos que se ha formado con éste,

---

(1) Sin perjuicio de contar con este apego, necesito también de fuertes contribuciones y de numerosos conscriptos (R. C.).

(2) Este era mi flaco (E.).

(3) Me lo han dado a conocer cruelmente (E.).

(4) Verdad indiscutible, porque el pueblo no es absolutamente más que arena (E.).

Digitized by Google

son buenos (1). Porque las soberanías de esta clase sólo peligran cuando se las hace subir del orden civil al de una monarquía absoluta, en que el príncipe manda por sí mismo, o por intermedio de sus magistrados. En el último caso, su situación es más débil y más temerosa, por depender enteramente de la voluntad de los que ejercen las magistraturas, y que pueden arrebatarle sin gran esfuerzo el Estado, ya sublevándose contra él, ya no obedeciéndole (2). En los peligros, semejante príncipe no encuentra ya razón para recuperar su omnímoda autoridad, por cuanto los súbditos, acostumbrados a recibir las órdenes directamente de los magistrados, no están dispuestos, en tales circunstancias críticas, a obedecer a las suyas (3), y, en tiempos tan dudosos, carece siempre de gentes en quienes pueda fiarse (4). No se halla en el caso de los momentos pacíficos, en que los ciudadanos necesitan del Estado, porque entonces todos se mueven, prometen y quieren morir por él, en atención a que ven la muerte remota (5). Pero en épocas revueltas, cuando el Estado más necesita de los ciudadanos, son poquísimos los que le secundan. Y la experiencia es tanto más peligrosa, cuanto que no cabe hacerla más que una vez (6). Por ende, un soberano prudente debe imaginar un método por el que sus gobernados tengan de continuo, en todo evento y en circunstancia de

---

(1) De todo esto no me faltó más que la ventaja de ser amado por el pueblo, y, sin embargo... Pero hacerse amar en la situación en que me hallaba, y con las dificultades que tenía, resultaba muy difícil (E.).

(2) ¿Volverá a suceder esto? (E.).

(3) Cuento con ello (E.).

(4) ¿En dónde las hallaría? (E.).

(5) Mis enemigos, incapaces de comprender cómo esto sucede, ni siquiera lo vislumbran en aquellas mis protestas férvidas y cartas congratulatorias, que les tranquilizan (E.).

(6) Si mis enemigos salieran bien del apuro una primera vez, me desquitaría yo con ventaja, bien por mí mismo, bien por otro (E.).

Digitized by Google

cualquier índole, una necesidad grandísima de su principado (1). Es el medio más seguro de hacérselos fieles para siempre.

(1) No se pensará nunca bastante en esta verdad (E.).

Digitized by Google

CAPITULO X

CÓMO DEBEN MEDIRSE LAS FUERZAS DE TODOS LOS PRINCIPADOS

O el principado es bastante grande para que en él halle el soberano, en caso necesario, con qué sostenerse por sí propio (1), o es tal, que, en el mismo caso, se vea obligado a implorar el auxilio ajeno (2). Pueden los príncipes sostenerse por sí mismos cuando tienen suficientes hombres y dinero para formar el correspondiente ejército, con que presentar batalla a cualquiera que vaya a atacarlos (3), y necesitan de otros los que, no pudiendo salir a campaña contra los enemigos, se encuentran obligados a encerrarse dentro de sus muros, y de limitarse a defenderlos (4). Se habló ya del primer caso y aun se volverá sobre él, cuando se presente ocasión oportuna. Cuanto al segundo caso, no puedo menos de alentar a semejantes príncipes a fortificar la ciudad de su residencia, sin inquietarse por las res-

---

(1) Como Francia con las conscripciones, los embargos, etcétera (G.).

(2) Esto es cosa baladí (G.).

(3) Con mayor razón cuando pueden tomar la ofensiva, y hacer temblar al adversario (G.).

(4) ¡Triste contingencia, en que no quisiera hallarme nunca! (G.).

Digitized by Google

tantes del país (1). Cualquiera que haya artillado fuertemente el lugar de su mansión, y se haya portado bien con sus súbditos, no será atacado nunca sino con mucha circunspección, porque los hombres miran siempre con cautela suma las empresas que les ofrecen dificultades, y no cabe esperar un fácil triunfo cercando o asaltando la ciudad de un príncipe que la ha fortalecido en buenas condiciones y que cuenta con el amor de su pueblo (2).

Las ciudades de Alemania son muy libres; tienen en sus alrededores poco territorio que les pertenezca; obedecen al emperador a la medida de su gusto; no le temen a él, ni a ningún otro potentado, a causa de la solidez de sus murallas, por lo que los agresores temen perder mucho tiempo, y hasta sufrir un descalabro, si toman la ofensiva contra ellas (3). Todas tienen fosos, muros muy fuertes, cañones en abundancia, y conservan en sus almacenes, bodegas y habitaciones vituallas bastantes para comer, beber y encender fuego durante un año. Fuera de esto, y a fin de alimentar suficientemente al populacho, no les falta con qué darle trabajo, también por espacio de un año, en aquellas obras públicas que son el nervio y el alma de toda ciudad, y se cuidan con esmero de que los servicios militares estén continuamente en vigor (4). Así, un príncipe que posee por punto de residencia una plaza fuerte y se hace amar dentro de ella, difícilmente será sitiado, y, si lo fuera, el que lo intentase acabaría por levantar el cerco con oprobio. Son tan variables las cosas terrenas, que es casi imposible que el que ataca, si se ve llamado a su país por alguna inevitable vicisitud de sus Estados, permanezca un año rondando con su ejército,

---

(1) Esto no va conmigo (G.).

(2) Me he hallado en este caso alguna vez, y aprovecharé la primera ocasión para fortificar mi capital, sin que nadie adivine el motivo (E.).

(3) Esto era bueno para el tiempo pasado, y aquí no se trata de que fueran franceses los agresores (G.).

(4) ¿De qué sirvieron estas precauciones contra nuestro ardor, en Alemania y en Suiza? (R. C.).

Digitized by Google

cabe unos muros muy fuertes, que no le es posible asaltar (1).

Si alguien objetare que, en el caso de que, teniendo un pueblo sus posesiones afuera, las viera quemar, perdería la paciencia, y su interés le haría olvidar el de su príncipe, responderé que un monarca poderoso y valiente superará siempre esas dificultades, ya dando esperanzas a sus gobernados de que el mal no durará mucho, ya amenazándoles con las represalias y crueldades que cometería el enemigo, ya, en fin, poniendo a buen recaudo a aquellos súbditos que le pareciesen muy osados en sus quejas (2). Aparte lo cual, habiendo el enemigo, desde su llegada, incendiado y devastado el país, cuando estaban los sitiados en el ardor de la defensa, el príncipe debe abrigar tanta menos desconfianza después, cuanto que, pasados varios días, los ánimos se habrán enfriado, los males se habrán sufrido, los daños estarán hechos, y no quedará ya remedio alguno. Los ciudadanos entonces se unirán mejor a él, precisamente porque ha contraído con ellos una nueva obligación, a consecuencia de haberse arruinado sus casas y sus posesiones en defensa suya (3). La naturaleza de los hombres es de obligarse unos a otros, lo mismo por los beneficios que conceden que por los que reciben. De donde es preciso concluir que, considerándolo todo bien, no le es difícil a un príncipe prudente, desde el comienzo hasta el final de un sitio, conservar inclinados a su persona los ánimos de sus conciudadanos, si no les falta con qué vivir, ni con qué defenderse (4).

---

(1) No ando yo rondando un año, sin hacer nada provechoso, cabe muros ajenos (R. C.).

(2) El mejor, y aun único medio es contenerlos igualmente a todos por medio de un terror y de una opresión tales, que no se atrevan a sublevarse, ni a respirar siquiera (R. I.).

(3) Sea o no esto así, se me da poco, pues no necesito de ello (R. I.).

(4) Con qué defenderse es lo esencial (R. I.).

Digitized by Google

CAPITULO XI

DE LOS PRINCIPADOS ECLESIÁSTICOS

Réstame hablar ahora de los principados eclesiásticos, en cuya adquisición y posesión no existe ninguna dificultad, pues no se requiere al efecto, ni de valor, ni de buena fortuna. Tampoco su conservación y mantenimiento necesita de una de ambas cosas, o de las dos reunidas, por cuanto el príncipe se sostiene en ellos por ministerio de instituciones que, fundadas de inmemorial, son tan poderosas, y poseen tales propiedades, que la aferran a su Estado, de cualquier modo que proceda y se conduzca (1). Unicamente estos príncipes tienen Estados sin verse obligados a defenderlos, y súbditos, sin experimentar la molestia de gobernarlos. Los Estados, aunque indefensos, no les son arrebatados, y los súbditos, aun careciendo de Gobierno, no se preocupan de ello lo más mínimo, ni piensan en mudar de soberano en modo alguno, y ni siquiera podrían hacerlo, por lo cual semejantes principados son los únicos en que reinan la prosperidad y la seguridad. Pero, como son gobernados por causas superiores, a que la razón no alcanza, los pasaré en silencio. ¿No habría temeridad presuntuosa en discurrir sobre unas soberanías

(1) ¡Ah, si yo pudiera, en Francia, hacerme a mí mismo César civil, a la vez que Pontífice religioso! (G.).

Digitized by Google

establecidas y conservadas por Dios mismo? (1). Sin embargo, alguien me preguntará la causa de que la Iglesia romana se haya elevado, aun en las cosas temporales, a tan superior grandeza como la que contemplamos hoy. Porque, antes del Papa Alejandro VI, la dominación pontificia era tan limitada que no ya los potentados italianos, sino el más modesto barón y el más humilde señor hacían escaso aprecio de ella en las cosas temporales, mientras que ahora arruina a Venecia y atemoriza a todo un rey de Francia, hasta el punto de echarle de la península. Y, por muy conocidos que estos hechos sean, no juzgo inútil representarlos con toda puntualidad (2).

Con anterioridad a la venida del monarca francés Carlos VIII a Italia, ésta hallábase políticamente distribuída en cinco nacionalidades: Estados Pontificios, Venecia, reino de Nápoles, ducado de Milán y Florencia. Los soberanos de los tres últimos principados sólo cuidaban de dos cosas: que ningún extranjero trajese ejércitos a Italia, y que ninguno de los grupos políticos de ésta se engrandeciera a costa de los otros. Aquellos contra quienes más les importaba tomar tales precauciones, eran los venecianos y el Papa. Para contener a los venecianos requeríase la unión de los demás grupos, y, para contener al Papa, valíanse los soberanos en cuestión de los barones de Roma, que, por hallarse divididos en dos facciones, la de los Ursinos y la de los Colonnas, hallaban incesantes motivos de disputa y desenvainaban la espada unos contra otros a la vista misma del Pontífice, a quien inquietaban continuamente, de donde resultaba que la potestad temporal de la Santa Sede permanecía siempre débil y vacilante (3). Y, por más que a veces sobreviniese un Papa de recio temple, como Sixto IV, ni la energía, ni el genio de alguno de estos excepcionales representantes

(1) Esta ironía merecía, por cierto, todos los rayos espirituales de la potestad temporal del Vaticano (G.).

(2) Entendió mal Maquiavelo los intereses de su representación, y la corte de Roma no le perdonó esta historia indiscreta (G.).

(3) Reflexiones juiciosas y dignas de meditarse (G.).

Digitized by Google

suyos podían desembarazarle del obstáculo de referencia, a causa de la breve duración de su mandato. Sobre diez años, uno con otro, reinaba cada Papa, y por muchas molestias que se tomaran, no les era posible abatir una de aquellas facciones. Si uno de ellos, por ejemplo, conseguía extinguir la de los Colonnas, otro la resucitaba, por ser enemigo de los Ursinos, no quedándole ya suficiente tiempo para aniquilarlos después, con lo que sucedía que hacían poco caso de las fuerzas temporales del Papa en Italia (1). Pero se presentó Alejandro VI, el cual, mejor que sus predecesores, demostró hasta qué punto le era dable a un Papa, con su dinero y con sus fuerzas, triunfar de los demás príncipes (2). Tomando por instrumento a su hijo César Borgia, duque de Valentinois, y aprovechando la ocasión del paso de los franceses, ejecutó cuantas cosas llevo referidas, al hablar de las acciones de dicho duque. Bien que su intención no hubiese sido aumentar los dominios de la Iglesia, sino únicamente proporcionar otros grandísimos a su hijo, ocasionó el engrandecimiento del Papa, que, a la muerte del duque, heredó el fruto de sus guerras. Cuando luego advino Julio II al Solio Pontificio, encontró a la Iglesia muy poderosa y en posesión de toda la Romaña. Los barones de Roma carecían de fuerza, porque Alejandro VI, con los diferentes modos de lograr la derrota de sus facciones, los había destruído (3). Julio II halló también abierto el camino para atesorar, por algunos medios que Alejandro VI no había puesto en práctica nunca. No sólo siguió el curso trazado por éste, sino que, además, formó el designio de conquistar a Bolonia, reducir a los venecianos y arrojar de Italia a los franceses (4), empresas todas que le salieron bien, y con tanta más gloria para él mismo, cuanto que no llevaban la mira de acrecentar el patrimonio de la Iglesia, y no el

(1) El mismo hago yo (G.).
(2) En su país y en aquel tiempo (G.).
(3) Bien hubiera querido yo poder haber hecho lo mismo en Francia (G.).
(4) He aquí lo que se llama obrar como grande hombre (G.).

Digitized by Google

de ningún particular. Amén de esto, mantuvo las facciones de los Ursinos y de los Colonnas en los mismos términos en que las halló (1), y, aunque había en ellas algunos jefes capaces de turbar el Estado, permanecieron sumisos, porque les tenía espantado el poder de la Iglesia, y no había, en el Sacro Colegio, cardenales que fuesen de sus familias, lo que era causa de sus disensiones. Tales facciones no se sosegarán mientras cuenten con algunos cardenales (2), por ser éstos los que mantienen, en Roma y fuera de ella, unos partidos que sus deudos se ven obligados a defender, y así es como las discordias y las guerras entre los barones dimanan de la ambición de dichos prelados (3). Por ende, al suceder León X a Julio II, halló al Papado elevado a un altísimo grado de dominación, y hay motivos para esperar que, si sus predecesores lo engrandecieron con las armas, el nuevo Pontífice lo engrandecerá más aún, y le hará venerar, con su ingenio, con su cultura, con su bondad y con las infinitas virtudes que sobresalen en su persona.

---

(1) Es la única cosa que me conviene hacer en Francia (R. C.).

(2) No haría yo mal en tener allí muchos cardenales, que me debieran su birrete encarnado (R. C.).

(3) Me serviré de ella para el triunfo de la mía (R. C.).

Digitized by Google

CAPITULO XII

DE LAS DIFERENTES ESPECIES DE TROPAS Y DE LOS SOLDADOS MERCENARIOS

Después de haber hablado en particular de todas las especies de principados, sobre las cuales me había propuesto discurrir, considerando, en algunos aspectos, las causas de su buena o mala constitución, y mostrando los medios con que muchos soberanos trataron de adquirirlos y de conservarlos, me resta ahora reflexionar acerca de los ataques y de las defensas que pueden ocurrir en cada uno de los Estados de que llevo hecha mención. Porque los principales fundamentos de todos los Estados, ya antiguos, ya nuevos, ya mixtos, están en las armas y en las leyes, y, como no se conciben leyes malas a base de armas buenas, dejaré a un lado las leyes y me ocuparé de las armas (1). Empero las armas con que un príncipe defiende su Estado pueden ser tropas propias, o mercenarias, o auxiliares, o mixtas, y me ocuparé por separado de cada una de ellas.

Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas (2).

---

(1) ¿Por qué, pues, el visionario de Montesquieu se refiere a Maquiavelo en su capítulo sobre los "legisladores"? (R. C.).

(2) Esto es evidente de todo punto, cuando no se poseen tropas propias, o las mercenarias y auxiliares son más numerosas que ellas (G.).

Digitized by Google

Si un príncipe apoya su Estado en tropas mercenarias, no se hallará seguro nunca, por cuanto esas tropas, carentes de unión, ambiciosas, indisciplinadas, infieles, fanfarronas en presencia de los amigos y cobardes frente a los enemigos, no tienen temor de Dios, ni buena fe con los hombres. Si un príncipe, con semejantes tropas, no queda vencido, es únicamente cuando no hay todavía ataque. En tiempo de paz, despojan al príncipe, y, en el de guerra, dejan que le despojen sus enemigos. Y la causa de esto es que no han más amor, ni más motivo que las apegue al príncipe, que su escaso sueldo, el cual no basta para que se resuelvan a morir por él. Se acomodan a ser soldados suyos, mientras no hacen la guerra. Pero si ésta sobreviene, huyen y quieren retirarse (1).

No me costaría mucho trabajo persuadir a nadie de lo que acabo de decir, puesto que la ruina de Italia en estos tiempos proviene de que, por espacio de muchos años, delegó confiadamente su defensa en tropas mercenarias, que lograron, en verdad, algunos triunfos en favor de tal o cual príncipe peninsular, y que se mostraron valerosas contra varias tropas del país, pero que a la llegada del extranjero manifestaron lo que realmente eran, valían y significaban. Por eso Carlos VIII, rey de Francia, halló la facilidad de tomar a Italia con greda, y quien dijo que nuestros pecados fueron la causa de ello, dijo verdad, y tuvo razón, pero no fueron los pecados que él creía, sino los que llevo mencionados. Y como estos pecados caían sobre la cabeza de los príncipes, sobre ellos también recayó el castigo (2).

Quiero demostrar todavía mejor la desgracia que el uso de semejante especie de tropas acarrea. O los capitanes mercenarios son hombres excelentes, o no lo son. Si lo son, no puede el príncipe fiarse de ellos, porque aspiran

---

(1) Exceptúo, sin embargo, a los suizos (E.).

(2) En tiempo del bueno de Maquiavelo, toda falta, ya moral, ya política, se llamaba pecado, y no se era entonces más indulgente con las faltas de los estadistas que lo son los jansenistas con los pecados del vulgo (G.).

Digitized by Google

siempre a elevarse a la grandeza, sea oprimiéndole a él, que es dueño suyo, sea oprimiendo a los otros contra sus intenciones (1), y, si el capitán no es un hombre de valor (2), causa comúnmente su ruina. Y por si alguien replica que todo capitán que mande tropas procederá del mismo modo, sea o no mercenario, mostraré cómo las tropas mercenarias deben emplearse por un príncipe o por una república. El príncipe debe ir en persona a su frente, y practicar por sí mismo el oficio de capitán (3). La república debe enviar a uno de sus ciudadanos para mandarlas, y, si desde las primeras acciones de guerra no manifiesta bélica capacidad, debe reemplazársele por otro. Si, por el contrario, se manifiesta apto marcialmente, conviene que la república le contenga por medio de sabias leyes, para impedirle pasar del punto que se le haya fijado (4). La experiencia enseña que únicamente los príncipes que poseen ejércitos propios y las repúblicas que gozan del mismo beneficio, triunfan con facilidad, en tanto que los príncipes y las repúblicas que se apoyan sobre ejércitos mercenarios, no experimentan más que reveses (5). Por otra parte, una república cae menos fácilmente bajo el yugo del ciudadano que manda, y que quisiera esclavizarla, cuando está armada con sus propias armas (6) que cuando no dispone más que de ejércitos extranjeros. Roma

---

(1) Ejércitos formados por un predecesor enemigo, y que no tenemos realmente a nuestro servicio más que porque los pagamos, no están a nuestro servicio más que como mercenarios (E.).

(2) Puede, sin embargo, tener fama de valeroso entre sus adictos (E.).

(3) Sé esto por experiencia, y mis enemigos deberían saberlo, pero parecen todavía ignorarlo (E.).

(4) No hay decreto ni orden para un capitán decidido, que no recibe ni acata la ley, sino que la da e impone (G.).

(5) Cuenten con esto mis enemigos, puesto que no tienen más que mercenarios (E.).

(6) Pero, al fin, una república puede caer (G.).

Digitized by Google

y Esparta se conservaron libres con sus propias armas por espacio de muchos siglos, y los suizos, que están armados de la misma manera, se mantienen también libres en alto grado.

Por lo que mira a los inconvenientes de los ejércitos mercenarios de la antigüedad, tenemos el ejemplo de los cartagineses, que, después de la primera guerra con los romanos, acabaron siendo sojuzgados por sus soldados a sueldo, no obstante ser cartagineses los capitanes. Habiendo sido Filipo de Macedonia nombrado capitán de los tebanos, a la muerte de Epaminondas, los llevó al triunfo, es cierto, pero, a continuación del triunfo, los esclavizó. Constituídos los milaneses en república, tras el fallecimiento del duque Felipe Visconti, emplearon contra los venecianos a Francisco Sforcia y a sus tropas, pagándoles. Sforcia, luego que hubo vencido a los venecianos en Caravagio, se unió con ellos contra los milaneses, que, sin embargo, eran sus amos (1). Cuando el otro Sforcia, padre de Francisco, estaba a sueldo de la reina de Nápoles, la abandonó de repente, y ella quedó tan desarmada, que, para no perder su trono, se vió precisada a echarse en los brazos del monarca de Aragón (2).

Si los venecianos y los florentinos extendieron su dominación con armas alquiladas, durante los años últimos, y si los capitanes de esas armas no se hicieron príncipes de

---

(1) Puede hacerse lo mismo con tropas que no reciben sueldo más que del Estado, infundiéndolas el espíritu característico de las tropas mercenarias, lo cual es fácil cuando tiene uno la caja militar a su disposición, y la convierte en propia con las contribuciones que impone, y que hace entrar en ella. La facilidad es mayor, si está uno en países lejanos con sus tropas, y éstas no pueden recibir más influjo que el de su general (G.).

(2) En cualesquiera brazos que caigamos, y aunque ellos colmen nuestro principal deseo, nos harán a la postre más mal que bien (E.).

Digitized by Google

Venecia (1), y con ellos se defendieron bien ambos pueblos, el de Florencia, que tuvo más particularmente esta dicha, debe dar gracias a la suerte, que de manera singularísima le favoreció. Entre aquellos valerosos capitanes, que podían ser temibles, unos no tuvieron la dicha de haber ganado batallas (2), otros encontraron obstáculos insuperables en su ruta (3), y algunos orientaron hacia otra parte su ambición (4). En el número de los primeros se contó Juan Acat, capitán inglés, que, al frente de cuatro mil hombres de su nación, peleó por cuenta de los gibelinos de Toscana, y sobre cuya fidelidad no cabe formar juicio, por no haber salido vencedor. Pero convendrá todo el mundo en que, si hubiese salido, los florentinos habrían quedado a su discreción. Si Jacobo Sforcia no invadió los Estados que le tenían a sueldo, provino de que encontró siempre frente a sí a los Braceschis, que le contenían a la vez que él les contenía también a ellos (5). Por último, si Francisco Sforcia (que ya vimos destruyó la república de Milán y se hizo proclamar allí duque) (6), orientó eficazmente su ambición hacia la Lombardía, dependió de que Bracio dirigía la suya hacia los dominios de la Igle-

---

(1) Hombre honrado a secas y sin lucimiento fué aquel famoso Bartolomé Coleoni, que con tantos arbitrios contó para hacerse rey de Venecia, y que no quiso serlo. ¡Soberbio tonto! Al morir aconsejó ingenuamente a los venecianos que no entregasen a otro tanto poder militar como le habían entregado a él (G.).

(2) Por ahí conviene empezar siempre (G.).

(3) Veremos si después resultan insuperables para mí (G.).

(4) En este punto lo importante es ver anticipadamente aquello que promete más (G.).

(5) En vez de limitarse a contenerlos, hubiera debido destruirlos (G.).

(6) ¡Sublime campeón y el mejor modelo de su clase! (G.).

Digitized by Google

sia y hacia Nápoles, contra cuya reina, Juana II, peleó, después de haberse apoderado de Perusa y de Montona, en los Estados Pontificics. Pero volvamos a hechos más cercanos a nosotros (1), y tomemos la época en que los florentinos eligieron por capitán suyo a Pablo Vitelli, varón habilísimo y que había adquirido grande reputación, a pesar de que naciera en condición vulgar. ¿Quién negará que, si se hubiera apoderado de Pisa, sus soldados, por muy florentinos que fuesen, habrían tenido por conveniente continuar a su lado? Si hubiera pasado a sueldo del enemigo, no habría sido posible remediar cosa alguna, puesto que, habiéndole conservado por capitán, era natural que le obedeciesen sus tropas (2).

Si se consideran los progresos conseguidos por los venecianos se verá que obraron con seguridad y con gloria, mientras ellos mismos hicieron la guerra, no intentando nada contra la tierra firme, y dejando a su nobleza el cuidado de pelear valerosamente con hombres del pueblo bajo armado (3). Pero, cuando se pusieron a luchar en tierra firme, siguieron los estilos del resto de Italia, se sirvieron de legiones pagadas, y perdieron todo su valor. Al comienzo de su adquisición, no desconfiaron mucho de aquellas tropas mercenarias, porque no poseían entonces, en tierra firme, un país considerable, y porque gozaban todavía de respetable reputación. Mas luego que se hubieron engrandecido bajo el mando del capitán Carmagnola, advirtieron muy pronto el error en que habían incurrido. Viendo a aquel hombre, tan valiente como hábil, dejarse derrotar, al defenderles contra el duque de Milán, su soberano natural, y sabiendo, otrosí, que en tal guerra se conducía con tibieza, comprendieron que no podrían

---

(1) ¡Bien se conoce que no pudiste seguirme! (R. C.).

(2) El Directorio murmurará y decretará lo que guste, pero yo permaneceré en mi puesto, y haré que mi ejército me obedezca sin rechistar (G.).

(3) Gran beneficio aportan a este método las conscripciones (R. C.).

Digitized by Google

triunfar con él ya (1). Pero, como hubieran corrido el riesgo de perder lo adquirido, si hubiesen licenciado a dicho capitán, que se había pasado al servicio del enemigo, y como, por otra parte, la prudencia no les permitía dejarle en su puesto, tomaron la resolución de hacerle perecer (2), para conservar lo ganado. Tuvieron después por capitanes a Bartolomé Coleoni de Bérgamo, a Roberto de San Severino, al conde de Pitigliano y a otros semejantes, que les auguraban menos ganancias que pérdidas, como sucedió en Vaila, donde, en una sola batalla, fueron despojados de adquisiciones que les habían costado ochocientos años de enormes fatigas (3).

Deduzco de todo ello que con tropas mercenarias las conquistas son lentas, tardías, limitadas, y los fracasos bruscos, repentinos e inmensos. Y ya que estos ejemplos me han conducido a hablar de Italia, en que hace muchos años que se utilizan semejantes tropas, quiero tomar de más arriba lo que le concierne, a fin de que, habiendo dado a conocer su origen y su desarrollo, pueda reformarse mejor su uso (4). Desde luego, hay que traer a la memoria cómo, en los pasados siglos, Italia, después de echar de su seno al emperador de Alemania (5), y ver al Papa adquirir una gran dominación temporal dentro de ella, se encontró dividida en varios Estados (6). En las ciudades más importantes se armó el pueblo contra los nobles, quienes, favorecidos al comienzo por el emperador, oprimían

---

(1) Yo lo hubiera visto, sabido y comprendido más pronto (R. I.).

(2) Es, por cierto, lo más seguro, y yo hubiera debido hacerlo con más frecuencia de lo que lo hice. Dos veces no bastaban, y tengo que temerlo todo, por no haberlo hecho tres, a lo menos (R. I.).

(3) Peor que peor para ellos. ¡Todavía no lo han visto todo! (G.).

(4) Digresión superflua para mí (G.).

(5) Restableceré allí el Imperio (G.).

(6) La división desaparecerá (G.).

Digitized by Google

a los restantes ciudadanos, mientras que el Papa auxiliaba aquellas rebeliones de la plebe, para adquirir valimiento en las cosas terrenas (1). En otras muchas ciudades se elevaron diversos individuos a la categoría de príncipes suyos (2). Con ello cayó casi toda Italia bajo el poder de los Papas, sin más excepción que algunas repúblicas (3), y no estando habituados, ni los Pontífices, ni los cardenales, a la profesión de las armas, hubieron de tomar a sueldo tropas extranjeras. El primer capitán que puso en crédito a estas tropas fué el romañol Alberico de Como, en cuya escuela se formaron, entre otros varios, aquel Bracio y aquel Sforcia, que fueron después los árbitros de Italia. Tras ellos vinieron todos aquellos otros capitanes que hasta nuestros días mandaron los ejércitos de nuestra vasta península, y el resultado de su valor fué que, a pesar de él, nuestro hermoso país pudo ser recorrido libremente por Carlos VIII, tomado por Luis XII, sojuzgado por Fernando el Católico e insultado por los suizos (4). El método seguido por tales capitanes consistía principalmente en privar de toda consideración a la infantería. Y obraban así porque, no poseyendo Estado alguno, no podían alimentar y sostener a muchos hombres de a pie, y, por ende, la infantería no les procuraba gran renombre (5). Preferían la caballería, cuya cantidad estaba en proporción con los recursos del país que había de mantenerla, y en el que era tanto más honrada cuanto más fácil resultaba su congrua sustentación. Las cosas llegaron hasta el punto de que, en un ejército de veinte mil hombres, no

---

(1) **Muy particularmente fué hábil en ello el Papa Gregorio VII (G.).**

(2) **Haré observar a un mismo tiempo estos tres móviles por mí solo y para mí solo (G.).**

(3) **Cambiaré radicalmente todo esto (R. C.).**

(4) **A éstos les hago temblar, después de haber conseguido yo solo tanto como aquellos tres monarcas juntos, y ello contra fuerzas mucho más formidables (R. C.).**

(5) **¡Miserable y lastimoso! (G.).**

Digitized by Google

se contaban dos mil infantes (1). Además, se habían esforzado todo lo posible para desterrar de sus soldados y de sí mismos las penalidades y el miedo, introduciendo el uso de no matar en las refriegas, y limitándose a hacer prisioneros sin degollarlos (2). De noche, los de las tiendas no iban a acampar en las tierras, y los de las tierras no volvían a las tiendas. No hacían fosas, ni empalizadas alrededor de su campo, y no moraban allí durante el invierno. Todas estas cosas, permitidas por la disciplina militar de los referidos capitanes, las imaginaron éstos para ahorrarse fatigas y peligros (3). Pero, con semejantes precauciones, condujeron a Italia a la esclavitud y al envilecimiento (4).

---

(1) Carece de sentido común. ¡Y los alaban, sin embargo! (G.).

(2) ¡Necia cobardía! En casos tales hay que aterrar, aniquilar, despedazar, acuchillar, etc.

(3) Para tener buenas tropas, es menester hacer lo contrario (G.).

(4) ¿Podía haber sido de otro modo? (G.).

Digitized by Google

CAPITULO XIII

DE LOS SOLDADOS AUXILIARES, MIXTOS Y PROPIOS

Las armas de ayuda que he contado entre las inútiles, son las que un príncipe presta a otro para socorrerle y para defenderle (1). Así, en estos últimos tiempos, habiendo hecho el Papa Julio II una desacertada prueba de las tropas mercenarias en el ataque de Ferrara, convino con Fernando, rey de España, que éste iría a incorporársele con su ejército. Tales armas pueden ser útiles y buenas en sí mismas (2), pero resultan infaustas siempre para el que las llama, porque, si pierde la batalla, queda derrotado, y, si la gana, se constituye en algún modo en prisionero de quien le auxilió (3). Aunque las historias antiguas se hallan llenas de ejemplos que demuestran tan clara verdad (4) quiero detenerme en el de Julio II que está toda-

---

(1) ¿Inútiles? Es mucho decir. Cabe imaginar un medio de infundir al auxiliar la idea de una incorporación con sus propias armas, utilizando la estratagema de una confederación o agregación a un gran Imperio (R. C.).

(2) Ello me basta (R. C.).

(3) Mi sistema de alianzas debe precaver estos dos inconvenientes (R. C.).

(4) ¡Hube yo de confirmarla, hasta cuando me vi destinado a desmentirla! (E.).

Digitized by Google

vía muy reciente. Si el partido que tomó de ponerse por entero en manos de un extranjero para conquistar a Ferrara no le fué funesto es que su buena fortuna engendró una tercera causa que le preservó de los efectos de tan mala determinación (1). Habiendo sido derrotados sus auxiliares en Rávena, los suizos que sobrevivieron contra su esperanza y la de todos los demás desplazaron a los franceses que habían obtenido la victoria. No quedó hecho prisionero de sus enemigos por la sencilla razón de que éstos habían emprendido la fuga, ni de sus auxiliares porque él había vencido realmente, pero con armas distintas de las de ellos (2). Los florentinos que se encontraban sin ejército en absoluto llamaron a diez mil franceses para acuciarlos a apoderarse de Pisa y esta resolución les hizo correr más riesgos que jamás se les hubieran presentado en empresa marcial alguna. Queriendo el emperador de Constantinopla oponerse a sus vecinos envió a Grecia diez mil turcos, los cuales, acabada la guerra, no quisieron ya salir de allí (3), y éste fué el principio de la sujeción de los griegos al yugo de los infieles (4).

Unicamente el que no quiere habilitarse para vencer (5) es capaz de valerse de semejantes armas, que miro como mucho más peligrosas que las mercenarias. Cuando son vencidas, no por ello quedan todas menos unidas y dispuestas a obedecer a otros que al príncipe, mientras que las mercenarias, después de la victoria, necesitan de una ocasión favorable para atacarle, por no formar todas un mismo cuerpo. De otra parte, hallándose reunidas y pagadas por el príncipe, el tercero a quien éste ha conferido

---

(1) Estas terceras causas nunca dieron sino los más pesados chascos a mi buena fortuna (E.).

(2) Esto se llama ser afortunado, y vencer como Papa (G.).

(3) Haremos lo mismo en Italia, en la que no entramos más que desplazando a los coaligados (G.).

(4) Le ha ido mucho mejor a Italia con ello (R. I.).

(5) ¡Necio! ¿Puede haber nadie que obre así? (G.).

Digitized by Google

el mando suyo no puede adquirir sobre ellas autoridad tan suficiente y tan súbita que le sea fácil disponerlas inmediatamente para atacarle. Si la cobardía es lo que más debe temerse en las tropas mercenarias, lo más temible en las auxiliares es la valentía (1). Pero un príncipe sabio evitará siempre valerse de unas y de otras, y recurrirá a sus propias armas, prefiriendo perder con ellas a ganar con las ajenas. No miro jamás como un triunfo real el que se logra con las armas de otros. No titubearé nunca (2) en citar, sobre esta materia, a César Borgia, y en traer a colación su conducta en semejante caso. Entró con armas auxiliares en la Romaña, conduciendo a ella las tropas francesas con que tomó a Imola y a Forli (3). Pero, no pareciéndole seguras tales armas, y juzgando que había menos peligro en servirse de las mercenarias, tomó a sueldo las de los Ursinos y de los Vitelis. Mas, como no tardase en notar que éstas obraban de un modo sospechoso e infiel, se deshizo de ellas y recurrió a armas que fuesen suyas propias (4). Puede apreciarse fácilmente la diferencia que hubo entre la reputación de César Borgia sostenido por los Ursinos y los Vitelis, y la que granjeó no bien se quedó con sus propios soldados, y no se apoyó más que en sí mismo. Esto resultó muy superior a lo precedente, y no se le estimó, en el respecto militar, más que cuando se vió que era poseedor absoluto de las armas que empleaba.

Aunque no he querido desviarme de los ejemplos italianos tomados de una época inmediata a la nuestra, no olvidaré por ello a Hieron de Siracusa, del que ya anterior-

---

(1) **Observación magnífica y de gran profundidad (R. I.).**

(2) **¿Y por qué titubearías? ¿Es que no apreciabas sus prendas morales? ¿Acaso no sabías que le odiaban muchos tontos, pero que esto, en política, no importa un bledo? (G.).**

(3) **¿Que no se toma con estas tropas? Pero ¿se conserva tan fácilmente lo tomado? (G.).**

(4) **Siempre éstas antes que todas las otras (G.).**

Digitized by Google

mente hice mención (1). Desde que, como queda dicho, le eligieron los siracusanos por jefe de su ejército, conoció al punto que no le era útil la tropa mercenaria, por ser sus capitanes los que fueron capitanes de Italia posteriormente; y, al comprender que no podía conservarlos, ni licenciarlos, tomó la resolución de destruirlos (2), e hizo después la guerra con sus propias armas, y nunca ya con las ajenas (3). Y todavía quiero traer a la memoria un episodio del Antiguo Testamento, que guarda relación con mi asunto (4). Me refiero al ofrecimiento hecho a Saúl por David de ir a pelear contra el filisteo Goliath. Para darle alientos, Saúl revistió a David con su real armadura. Pero el arriesgado mancebo, después de habérsela puesto, la desechó, diciendo que, cargado así, no podía servirse libremente de sus propias fuerzas, y que prefería acometer al gigante fanfarrón con su honda y con su palo. Símbolo hermoso es éste del príncipe que toma ajenas armaduras. O se le caen de los hombros, o le pesan mucho, o le aprietan y le embarazan.

Carlos VII, padre de Luis XI, apenas con su valor y con su fortuna hubo librado a Francia de la presencia de los ingleses, experimentó la necesidad de disponer de armas que fuesen suyas (5), y quiso que hubiera caballería e infantería en su reino. Su hijo Luis XI suprimió la infantería, y tomó a sueldo suizos (6). Imitada esta falta

---

(1) Maquiavelo vuelve a hacerme la corte con la nueva mención de este héroe de mi genealogía (G.).

(2) Feliz fué en haber podido hacerlo, y más aún en haberlo hecho (R. I.).

(3) Jamás conviene pasar por vencedor que debe a otros, y no a sí mismo, una parte, siquiera sea mínima, de su poder civil y de su gloria (G.).

(4) La elección de este ejemplo es una simpleza (G.).

(5) Para comprender lo que es indispensable en este punto, hay que pasar por la prueba del tiempo y de experiencias desastrosas (G.).

(6) ¡Necio! Sin embargo, hubo en Luis XI algo digno de aplauso, y es que todo su consejo y toda su consulta

Digitized by Google

por sus sucesores, ahora (en este año de 1613) es cuando vemos la causa de los peligros en que el reino se halla. Al dar cierta importancia a los suizos, desalentó a su propio ejército, y al prescindir por completo de la infantería, puso bajo la dependencia de las armas ajenas su propia caballería. Acostumbrada ésta a luchar con el socorro de los suizos, creyó no poder ya vencer sin ellos (1). De donde resulta que los franceses no bastan para pelear contra los suizos, y que, sin el auxilio de éstos, no intentan nada contra nadie.

Los ejércitos de Francia se componen, pues, en parte, de sus armas propias y en parte de las mercenarias. Reunidas unas y otras valen más que si sólo fueran mercenarias o auxiliares. Pero un ejército así formado es inferior con mucho a lo que sería si se compusiese de armas francesas únicamente (2). Y este ejemplo basta, porque el reino de Francia se contaría entre los invencibles, si se hubiera acrecentado, o a lo menos conservado, la institución militar de Carlos VII (3). Pero a menudo cualquier cosa que los hombres establecen, fundados en algún bien que augura, esconde en sí misma un funestísimo veneno, como insinué antes, al comparar el caso con el del proceso patológico de la tisis. Por lo cual, el que, estando al frente de un principado, no descubre el mal en su raíz, ni lo advierte hasta que se manifiesta, no es verdaderamente sabio. Pero semejante perspicacia se ha concedido a pocos príncipes (4), y si, recurriendo a un nuevo ejemplo,

---

los llevaba en su propia cabeza, y que miraba a Francia como un prado que podía segar todos los años, y tan de raíz como quisiera. Tuvo también su hombre de Saint-Jean de Angeli, y se condujo muy bien en el negocio de Odet (R. C.).

(1) ¡Qué diferencia de conmigo! No hay ni siquiera un soldado mío que no crea poder vencer por sí solo (R. I.).

(2) En grandísima parte (G.).

(3) Hoy es invencible, porque le he procurado otras muchas mejoras aún (R. I.).

(4) ¡Aun en este siglo de tantas luces! (E.).

Digitized by Google

queremos buscar el origen de la ruina del Imperio Romano, encontraremos que su fecha data de la fecha en que empezó a tomar godos a sueldo, puesto que desde entonces comenzaron a enervarse sus fuerzas (1), y cuanto vigor se le hacía perder, redundaba en beneficio de aquellos soldados mercenarios.

Infiero de lo dicho que ningún principado puede estar seguro, cuando no tiene armas que le pertenezcan en propiedad (2). Hay más, y es que depende enteramente de la suerte ciega, por carecer de la valentía patriótica que se requiere para defenderse en la adversidad. Opinión y máxima de los políticos sabios fué siempre que nada es tan débil ni tan vacilante como la reputación de una potencia que no esté fundada en las fuerzas propias. Son éstas las que se componen de soldados y de ciudadanos, hechuras del príncipe, y todas las demás son mercenarias o auxiliares (3). Cuanto a la manera de crearse armas propias, es fácil de hallar (4), con sólo examinar las instituciones de que antes hablé, y considerar cómo Filipo, padre de Alejandro, igualmente que otros príncipes y muchas repúblicas, se formaron ejércitos, y los ordenaron. Sobre esta materia remito por entero a sus constituciones (5).

---

(1) Lo mismo juzgué la primera vez que, niño todavía, leí la historia de esa decadencia (G.).

(2) Las de mis enemigos no son suyas, sino mías (E.).

(3) Mis enemigos no tienen realmente otras, si es que las tienen, y están por ellos (E.).

(4) No para mis enemigos, a lo menos tan pronto (E.).

(5) Muy bien, pero, en lo futuro, habrá que referirse a mí de modo principal y con más acierto (R. C.).

Digitized by Google

CAPITULO XIV

DE LAS OBLIGACIONES DEL PRÍNCIPE EN LO CONCERNIENTE AL ARTE DE LA GUERRA

El príncipe no ha de tener otro objeto, ni abrigar otro propósito, ni cultivar otro arte, que el que enseña el orden y la disciplina de los ejércitos (1), porque es el único que se espera ver ejercido por el que manda. Este arte encierra utilidad tamaña, que no solamente mantiene en el trono a los que nacieron príncipes, sino que también hace subir con frecuencia a la clase de tales a hombres de condición privada (2). Por una razón opuesta, sucedió que varios príncipes, que se ocupaban más en las delicias de la vida que en las cosas militares, perdieron sus Estados (3). La primera causa que haría a un príncipe perder el suyo, sería abandonar el arte de la guerra, como la causa que hace adquirir un reino al que no lo tenía, es

---

(1) Dicen que voy a tomar la pluma para escribir mis *Memorias*. ¡Yo escribir! ¿Me toman por imbécil o tonto? Ya es mucho que mi hermano Luciano pierda el tiempo en componer versos. Cuanto a mí, entretenerme en semejantes puerilidades, me parecería tanto como renunciar a reinar (R. I.).

(2) He mostrado ambas cualidades (R. I.).

(3) Es indefectible (E.).

Digitized by Google

sobresalir en ese arte. Mostróse superior en ello Francisco Sforcia, por el solo hecho de que no siendo más que un simple particular, llegó a ser duque de Milán (1), mientras que sus hijos, por haber renunciado a las fatigas e incomodidades de la profesión de las armas, de duques que eran, pasaron a ser simples particulares (2).

Entre las demás raíces del mal que acaecerá a un príncipe si por sí mismo no ejercita el oficio de las armas, debe contarse el menosprecio que habrán concebido contra su persona (3), lo cual es una de aquellas infamantes notas de que debe preservarse siempre, como se dirá más adelante, al hablar de aquellas otras que pueden serle útiles. Entre el que es guerrero y el que no lo es, no hay ninguna proporción. La razón y la experiencia nos enseñan que el hombre que se halla armado no obedece con gusto al que está desarmado (4), y que el amo desarmado no se encuentra seguro entre sirvientes armados (5). Con el desdén que late en el corazón del uno y la sospecha que el ánimo del otro abriga, no es posible que lleven a cabo juntos buenas operaciones (6).

Amén de las demás calamidades que se atrae un príncipe que no entiende nada de la guerra, existe la de no ser estimado de sus soldados, ni poder fiarse de ellos (7). El príncipe no debe cesar de ocuparse en el ejercicio de las armas, dándose a ellas más en los tiempos de paz que en los de guerra, y pudiendo hacerlo de dos modos: el uno, con acciones, y el otro, con pensamientos. Cuanto a sus acciones, debe no solamente tener bien ordenadas y ejercitadas a sus tropas, sino que también ir a menudo

---

(1) ¿Y yo? (E.).

(2) Como ellos me veo yo ahora (E.).

(3) La espada y las charreteras no preservan de él, cuando no se posee algo más que esas exterioridades (R. I.).

(4) ¿No lo ven ahora los franceses? (E.).

(5) ¡Y mis enemigos creen estarlo! (E.).

(6) Aun cuando yo no me mezclara en ello (E.).

(7) ¡Qué secreto les revelas, Maquiavelo! Pero no te leen, ni te leerán nunca (E.).

Digitized by Google

de caza, con la que, por una parte, acostumbra su cuerpo a la fatiga, y, por otra, aprende a conocer la calidad de los sitios, el declive de las montañas, la entrada de los valles, la situación de las llanuras, la naturaleza de los ríos y de los lagos, y éste es un estudio en que debe poner la mayor atención (1). Porque conocimientos semejantes le son útiles por dos conceptos. En primer lugar, dándole a conocer el país, le sirven para defenderlo mejor, y, además, cuando ha frecuentado mucho los lugares, comprende fácilmente lo que debe ser otro país que no tenga a la vista, y en el que aún no haya combinado operaciones militares. Los sitios, las montañas, los valles, las llanuras, los ríos y los lagos de la Toscana ofrecen con los de otros países cierta semejanza, que hace que, por medio del conocimiento de una provincia, se puedan conocer fácilmente las otras (2).

El príncipe que carece de esta ciencia práctica, no posee el primero de los talentos necesarios a un capitán, porque ella enseña a hallar al enemigo, a tomar alojamiento, a conducir los ejércitos, a dirigir las batallas, a talar con acierto un territorio (3). Entre las alabanzas que los escritores antiguos prodigaron a Filopemenes, rey de los acayos, la mayor fué la de no haber pensado nunca, aun en tiempo de paz, más que en los diversos modos de hacer la guerra (4). Cuando se paseaba con sus amigos por el campo, se paraba a menudo, y discurría con ellos sobre cualquier supuesto táctico, diciendo: "Si los enemigos se hallasen en aquella colina y nosotros nos encontrásemos aquí con nuestro ejército, ¿de parte de quién estaría la superioridad? ¿Cómo se podría ir seguramente contra ellos, observando las reglas de la táctica? ¿Cómo convendría

---

(1) Este consejo me ha servido de mucho (R. I.).
(2) Añádanse a esto buenas cartas geográficas (G.).
(3) ¡Me he aprovechado bien de tus consejos! (G.).
(4) En ella pienso aun durmiendo..., si es que alguna vez duermo con sueño verdadero y profundo (G.).

Digitized by Google

darles alcance, si se retiraran?" (1). Les proponía, andando, todos los casos en que puede hallarse un ejército, oía sus pareceres, emitía el suyo, y lo corroboraba con buenas razones, de suerte que por tener continuamente ocupado su ánimo en lo que concierne al arte de la guerra, nunca, al conducir a sus tropas, había sido sorprendido por un accidente para el que no hubiese preparado de antemano el remedio oportuno (2).

El príncipe, para ejercitar su espíritu, debe leer las historias (3), y, al contemplar las acciones de los varones insignes, debe notar particularmente cómo se condujeron en las guerras, examinando las causas de sus victorias, a fin de conseguirlas él mismo, y las de las derrotas, a fin de no experimentarlas. Debe, sobre todo, como lo hicieron ellos, escoger entre los antiguos héroes, cuya gloria se celebró más, un modelo cuyas proezas estén siempre presentes en su ánimo (4). Alejandro Magno imitaba a Aquiles, César seguía a Alejandro, y Escipión caminaba tras las huellas de Ciro. Cualquiera que lea la vida de este último, escrita por Jenofonte, reconocerá cuántos triunfos obtuvo Escipión por haber calcado su conducta con la de Ciro, no sólo cuanto a la valentía, la destreza, la disciplina y el arrojo, mas también cuanto a la continencia, la afabilidad, la humanidad y la liberalidad, que, según el autor griego, resplandecieron en el monarca persa (5). En resolución: de acuerdo con las reglas que debe observar

---

(1) ¡Cuántas veces, desde mi juventud, he hecho lo mismo! (R. I.).

(2) No es posible preverlos nunca todos. Pero, si se piensa en ellos de continuo, suelen surgir en la mente de súbito (G.).

(3) ¡Desgraciado del estadista que no las lee! (E.).

(4) ¿Por qué no ha de escoger uno solo aquel que quiere ser mayor que todos? Carlomagno me parece el más indicado al efecto, aunque no sea de despreciar César, Atila y Tamerlán (G.).

(5) ¡Necia observación! (G.).

Digitized by Google

un príncipe sabio, éste, lejos de permanecer ocioso en tiempo de paz, ha de formarse entonces un copioso caudal de recursos bélicos, que puedan serle de provecho en la adversidad, a fin de que, si la fortuna se le torna contraria, le halle dispuesto a resistírsele.

Digitized by Google

CAPITULO XV

DE LAS COSAS POR LAS QUE LOS HOMBRES, Y ESPECIALMENTE LOS PRÍNCIPES, SON ALABADOS O CENSURADOS

Conviene ahora ver cómo debe conducirse un príncipe con sus amigos y con sus súbditos. Muchos escribieron ya sobre esto, y, al tratarlo yo con posterioridad, no incurriré en defecto de presunción, pues no hablaré más que con arreglo a lo que sobre esto dijeron ellos (1). Siendo mi fin hacer indicaciones útiles para quien las comprenda, he tenido por más conducente a este fin seguir en el asunto la verdad real (2), y no los desvaríos de la imaginación (3). porque muchos concibieron repúblicas y principados, que jamás vieron, y que sólo existían en su fantasía acalorada (4). Hay tanta distancia entre saber cómo

---

(1) Primera advertencia que ha de tomarse en consideración, para comprender bien a Maquiavelo (R. C.).

(2) Es preciso siempre ver las cosas tales como son en realidad, y no tales como nos las imaginamos (R. C.).

(3) En la práctica, los desvaríos de Platón no valen mucho más que los de Rousseau (R. C.).

(4) Con arreglo a estas utopías juzgan a los estadistas los visionarios de la filosofía y de la moral (R. C.).

Digitized by Google

viven los hombres, y cómo debieran vivir, que el que para gobernarlos aprende el estudio de lo que se hace, para deducir lo que sería más noble y más justo hacer, aprende más a crear su ruina que a preservarse de ella, puesto que un príncipe que a toda costa quiere ser bueno, cuando de hecho está rodeado de gentes que no lo son (1), no puede menos de caminar hacia un desastre. Por ende, es necesario que un príncipe que desee mantenerse en su reino, aprenda a no ser bueno en ciertos casos, y a servirse o no servirse de su bondad, según que las circunstancias lo exijan (2).

Dejando, pues, a un lado las utopías en lo concerniente a los Estados, y no tratando más que de las cosas verdaderas y efectivas, digo que cuantos hombres atraen la atención de sus prójimos, y muy especialmente los príncipes, por hallarse colocados a mayor altura que los demás, se distinguen por determinadas prendas personales, que provocan la alabanza o la censura. Uno es mirado como liberal y otro como *miserable*, en lo que me sirvo de una expresión toscana, en vez de emplear la palabra avaro, dado que en nuestra lengua un avaro es también el que tira a enriquecerse con rapiñas, mientras que llamamos miserable únicamente a aquel que se abstiene de hacer uso de lo que posee. Y para continuar mi enumeración añado: uno se reputa como generoso, y otro tiene fama de rapaz; uno pasa por cruel, y otro por compasivo; uno por carecer de lealtad, y otro por ser fiel a sus promesas; uno por afeminado y pusilánime, y otro por valeroso y feroz; uno por humano, y otro por soberbio; uno por casto, y otro por lascivo; uno por dulce y flexible, y otro por duro e intolerante; uno por grave, y

(1) Si todos no son malos, los que lo son utilizan de tal suerte los recursos de su actividad, que hacen como si todos lo fueran, y los más perversos aparentan muy bien a menudo ser los mejores (R. C.).

(2) Dígase lo que se quiera, lo esencial para el príncipe, en un estado, es conservarlo, y mantener en él el orden (R. C.).

Digitized by Google

otro por ligero; uno por creyente y religioso, y otro por incrédulo e impío, etc. (1).

Sé (y cada cual convendrá en ello) que no habría cosa más deseable y más loable que el que un príncipe estuviese dotado de cuantas cualidades buenas (2) he entremezclado con las malas que le son opuestas. Pero como es casi imposible que las reúna todas, y aun que las ponga perfectamente en práctica, porque la condición humana no lo permite, es necesario que el príncipe sea lo bastante prudente para evitar la infamia de los vicios que le harían perder su corona, y hasta para preservarse, si puede, de los que no se la harían perder (3). Si, no obstante, no se abstuviera de los últimos, quedaría obligado a menos reserva, abandonándose a ellos (4). Pero no tema incurrir en la infamia aneja a ciertos vicios si no le es dable sin ellos conservar su Estado, ya que, si pesa bien todo, hay cosas que parecen virtudes, como la benignidad y la clemencia, y, si las observa, crearán su ruina, mientras que otras que parecen vicios, si las practica, acrecerán su seguridad y su bienestar.

---

(1) ¡Elegid, si podéis! (R. C.).
(2) Luis XVI las reunía todas, y, sin embargo, acabó perdiendo su trono y su cabeza (R. I.).
(3) Consejo de moralista (R. I.).
(4) Cuanto a esto, me burlo del *qué dirán* (R. I.).

Digitized by Google

CAPITULO XVI

DE LA LIBERALIDAD Y DE LA AVARICIA

Comenzando por la primera de estas prendas, reconozco cuán útil resultaría al príncipe ser liberal. Sin embargo, la liberalidad que impidiese le temieran, sería perjudicial en grado sumo. Si la ejerce con prudencia y de modo que no lo sepan (1), no incurrirá por ello en la infamia del vicio contrario. Pero, como el que quiere conservar su reputación de liberal no puede abstenerse de parecer suntuoso, sucederá siempre que un príncipe que aspira a semejante gloria, consumirá todas sus riquezas en prodigalidades, y al cabo, si pretende continuar pasando por liberal, se verá obligado a gravar extraordinariamente a sus súbditos, a ser extremadamente fiscal, y a hacer cuanto sea imaginable para obtener dinero. Ahora bien: esta conducta comenzará a tornarlo odioso a sus gobernados (2), y, empobreciéndose así más y más, perderá la estimación de cada uno de ellos, de tal suerte que después de haber perjudicado a muchas personas para ejercitar una liberalidad que no ha favorecido más que a un cortísimo número de ellas, sentirá vivamente la prime-

(1) Es también muy evangélico esto. ¿De qué serviría ser liberal, si no lo fuera uno por interés vanidoso? (R. C.).

(2) Algo de esto me atañe a mí, pero recobraré la estimación con engañosas hazañas (R. I.).

Digitized by Google

ra necesidad (1) y peligrará al menor riesgo (2). Y, si reconoce entonces su falta, y quiere mudar de conducta, se atraerá repentinamente el oprobio anejo a la avaricia (3).

No pudiendo, pues, un príncipe, sin que de ello le resulte perjuicio, ejercer la virtud de la liberalidad de un modo notorio, debe, si es prudente, no inquietarse de ser notado de avaricia, porque con el tiempo le tendrán más y más por liberal, cuando observen que, gracias a su parsimonia, le bastan sus rentas para defenderse de cualquiera que le declare la guerra, y para acometer empresas, sin gravar a sus pueblos (4). Por tal arte, ejerce la liberalidad con todos aquellos a quienes no toma nada, y cuyo número es inmenso, al paso que no es avaro más que con aquellos a quienes no da nada, y cuyo número es poco crecido (5). ¿Por ventura no hemos visto, en estos tiempos, que solamente los que pasaban por avaros lograron grandes cosas, y que los pródigos quedaron vencidos? El Papa Julio II, después de haberse servido de la fama de liberal para llegar al Pontificado (6), no pensó posteriormente (especialmente al habilitarse para pelear contra el rey de Francia) en conservar ese renombre. Sostuvo muchas guerras, sin imponer un solo tributo extraordi-

---

(1) Iré en busca de dinero, a todos los países extranjeros (R. I.).

(2) ¡Ave de mal agüero, has mentido en esto! (R. I.).

(3) Apenas me inquietaría yo de ello (R. I.).

(4) ¡Animo apocado! (R. I.).

(5) ¡Pobre hombre! (R. I.).

(6) La palabra *liberalidad* me sirvió de mucho, pero tomada metafóricamente. Las expresiones de sentimientos *liberales* y de modo de pensar *liberal*, que, ciertamente, no arruinan, y que embelesan a los ideólogos, son, en realidad, de mi invención. Forjado por mí este talismán, no aprovechará nunca más que a mi causa, y abogará siempre por mi reinado, aun en poder de los que me destronaron (E.).

Digitized by Google

nario, y su continua economía le suministró cuanto era necesario para gastos superfluos (1). El actual monarca español (Fernando, rey de Aragón y de Castilla) no habría llevado a feliz término tan famosas empresas, ni triunfado en tantas ocasiones, si hubiera sido liberal (2). Así, un príncipe que no quiera verse obligado a despojar a sus gobernados, ni que le falte nunca con qué defenderse, ni sufrir pobreza y miseria, ni necesitar ser rapaz, debe temer poco incurrir en la reputación de avaro, puesto que su avaricia es uno de los vicios que aseguran su reinado (3). Si alguien me objetara que César consiguió el Imperio con su liberalidad (4) y que otros muchos llegaron a puestos elevadísimos porque pasaban por liberales, responderíale yo que, o estaban en camino de adquirir un principado, o lo habían adquirido ya. En el primer caso, hicieron bien en pasar por liberales (5), y, en el segundo, les hubiese sido perniciosa la liberalidad. César era uno de los que querían conseguir el principado de Roma. Pero, si hubiera vivido algún tiempo después de haberlo logrado, y no moderado sus dispendios costosos, había destruído el Imperio.

¿Esforzarán que con sus ejércitos hicieron grandes cosas, y que tenían, sin embargo, nombradía de muy liberales? (6). Replico que, o el príncipe dispersa sus propios bienes y los de sus súbditos, o dispone de los bienes ajenos. En el primer caso, debe ser económico, y, en el

---

(1) ¡Idea mezquina! (R. I.).

(2) ¡Tontería! (R. I.).

(3) No es éste el vicio con que contaría más (R. I.).

(4) Mis generales saben lo que les di al principio (después de mi primera campaña de Italia), para más tarde llegar al punto de conferirles mariscalatos, ducados y hasta reinos (R. I.).

(5) Yo lo fuí en palabra y en acciones. ¡A cuántos necios no se engaña con el falso oropel de las ideas liberales! (R. C.).

(6) ¡No tardarás en juzgarme! (R. C.).

Digitized by Google

segundo, no debe omitir ninguna especie de liberalidad (1). El príncipe que, con sus ejércitos, va a efectuar saqueos, y a llenarse de botín, y a apoderarse de los caudales de los vencidos, está obligado a ser pródigo con sus soldados, que no le seguirían sin ese estímulo (2). Puede entonces mostrarse ampliamente generoso, puesto que da lo que no es suyo, ni de sus soldados, como lo hicieron Ciro, Alejandro, César (3), y ese dispendio que en semejante ocasión hace con los bienes ajenos, lejos de dañar a su reputación, le agrega una más resaltante (4). Lo único que puede perjudicarle es gastar sus propios bienes, porque nada hay que agote tanto como la liberalidad desmedida. Mientras la ejerce, pierde poco a poco la facultad misma de ejercerla, se torna pobre y despreciable (5), y, cuando quiere evitar su ruina total por la tacañería, se hace rapaz y odioso (6). Ahora bien: uno de los inconvenientes mayores de que un príncipe ha de precaverse, es el de ser menospreciado y aborrecido. Y, conduciendo a ello la liberalidad, concluyo que la mejor sabiduría es no temer la reputación de avaro, que no produce más que infamia sin odio, antes que verse, por el gusto de gozar renombre de liberal, en el brete de incurrir en la nota de rapacidad, cuya infamia va acompañada siempre del odio público (7).

---

(1) ¿Quién lo hizo mejor que yo? (R. I.).

(2) He aquí el secreto de la licencia que dejé para las devastaciones y para los pillajes. Daba a mis soldados cuanto podían tomar, de donde su inmutable apego a mi persona (E.).

(3) Y yo (R. I.).

(4) Que sirve para aumentar la otra (R. I.).

(5) Ello sólo ocurre cuando no se sabe inventar otros medios de abastecerse (R. I.).

(6) Esto no me inquieta (R. I.).

(7) Poco me importa, en fin de cuentas. Como compensación al odio público, tendré el amor de mis soldados y el aprecio de mis prefectos, de mis senadores, etc. (R. I.).

Digitized by Google

CAPITULO XVII

DE LA CLEMENCIA Y DE LA SEVERIDAD, Y SI VALE MÁS SER AMADO QUE TEMIDO

Descendiendo a las otras prendas de que he hecho mención, digo que todo príncipe ha de desear que se le repute por clemente y no por cruel. Advertiré, sin embargo, que debe temer en todo instante hacer mal uso de su clemencia (1). César Borgia pasaba por cruel, y su crueldad, no obstante, reparó los males de la Romaña, extinguió sus divisiones, restableció allí la paz, y consiguió que el país le fuese fiel (2). Si profundizamos bien su conducta, veremos que fué mucho más clemente que lo fué el pueblo florentino cuando permitió la ruina de Pistoya, para evitar la reputación de crueldad en orden a las familias Panciatici y Cancellieri, que tenían a la ciudad dividida en dos partidos y enteramente asolada con sus contiendas. Y es que al príncipe no le conviene dejarse llevar por el te-

---

(1) Ello sucede siempre que alcanza uno la gloria de la clemencia con exageradas pretensiones (E.).

(2) No cesan mis enemigos de clamar que este Borgia era un monstruo de que había que apartar la vista, a fin de que no aprendan de él lo que desconcertaría mis planes (E.).

Digitized by Google

mor de la infamia inherente a la crueldad, si necesita de ella para conservar unidos a sus gobernados e impedirles faltar a la fe que le deben (1), porque, con poquísimos ejemplos de severidad, será mucho más clemente que los que por lenidad excesiva toleran la producción de desórdenes, acompañados de robos y de crímenes, dado que estos horrores ofenden a todos los ciudadanos, mientras que los castigos que dimanan del jefe de la nación no ofenden más que a un particular (2). Por lo demás, a un príncipe nuevo le es dificilísimo evitar la fama de cruel (3), a causa de que los Estados nuevos están llenos de peligros. Virgilio disculpa la inhumanidad del reinado de Dido, observando que su Estado era un Estado naciente (4), puesto que hace decir a aquella soberana:

Res dura et regni novitus me talia cognut
Moliri, et late fines custode tueri.

Un tal príncipe no debe, sin embargo, creer de ligero en el mal de que se le avisa, sino que debe siempre obrar con gravedad suma y sin él mismo atemorizarse (5). Su obligación es proceder moderadamente, con prudencia y aun con humanidad, sin que mucha confianza le haga imprórido, y mucha desconfianza le convierta en un hombre insufrible (6). Y aquí se presenta la cuestión de saber si

---

(1) Guárdate bien de decir esto a mis enemigos, que, por otra parte, parecen poco dispuestos a comprenderte (E.).

(2) Necesito que todos los particulares queden ofendidos, aun a costa de la impunidad de algunos de ellos (E.).

(3) A pesar de ser mis enemigos nuevos, y nuevo su Estado, ¡quieren no pasar más que por clementes! (E.).

(4) Por dicha, no es Virgilio el poeta que más agrada al común de los hombres (E.).

(5) Cosa es ésta más fácil de decir que de hacer (R. C.).

(6) ¡Sublime! ¡Perfecto! (R. C.).

Digitized by Google

vale más ser temido que amado (1). Respondo que convendría ser una y otra cosa juntamente, pero que, dada la dificultad de este juego simultáneo, y la necesidad de carecer de uno o de otro de ambos beneficios, el partido más seguro es ser temido antes que amado (2).

Hablando *in genere*, puede decirse que los hombres son ingratos, volubles, disimulados, huidores de peligros y ansiosos de ganancias. Mientras les hacemos bien y necesitan de nosotros, nos ofrecen sangre, caudal, vida e hijos, pero se rebelan cuando ya no les somos útiles. El príncipe que ha confiado en ellos (3), se halla destituído de todos los apoyos preparatorios, y decae, pues las amistades que se adquieren, no con la nobleza y la grandeza de alma (4), sino con el dinero, no son de provecho alguno en los tiempos difíciles y penosos, por mucho que se las haya merecido. Los hombres se atreven más a ofender al que se hace amar que al que se hace temer (5), porque el afecto no se retiene por el mero vínculo de la gratitud, que, en atención a la perversidad ingénita de nuestra condición, toda ocasión de interés personal llega a romper, al paso que el miedo a la autoridad política se mantiene siempre con el miedo al castigo inmediato, que no abandona nunca a los hombres (6). No obstante, el príncipe que se hace temer, sin al propio tiempo hacerse amar, debe evitar que le aborrezcan (7), ya que cabe inspirar un temor saludable y exento de odio, cosa que logrará

---

(1) ¡Esto no es una cuestión para mí! (R. C.).

(2) Me basta con uno de estos dos beneficios (R. C.).

(3) ¡Buen billete tiene Lachâtre! (E.).

(4) Pero convendría saber en qué consisten esa nobleza y esa grandeza de alma, tratándose del príncipe de un Estado tan dificultoso (E.).

(5) Mis enemigos creen todo lo contrario (E.).

(6) Preciso es que el príncipe los castigue de continuo (R. C.).

(7) ¡Arduo y complicado caso, por cierto! (R. I.).

Digitized by Google

con sólo abstenerse de poner mano en la hacienda de sus soldados y de sus súbditos, así como de despojarles de sus mujeres, o de atacar al honor de éstas (1). Si le es indispensable derramar la sangre de alguien, no debe determinarse a ello sin suficiente justificación y patente delito (2). Pero, en tal caso, ha de procurar, ante todo, no incautarse de los bienes de la víctima (3), porque los hombres olvidan más pronto la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio (4). Si sus inclinaciones le llevasen a raptar la propiedad del prójimo, le sobrarán ocasiones para ello, pues el que comienza viviendo de rapiñas, encontrará siempre pretextos para apoderarse de lo que no es suyo (5), al paso que las ocasiones de derramar la sangre de sus gobernados son más raras, y le faltan más a menudo (6).

Cuando el príncipe esté con sus tropas y tenga que gobernar a miles de soldados, no debe preocuparle adquirir fama de cruel, ya que, sin esta fama, no logrará conservar un ejército unido, ni dispuesto para cosa alguna (7). Entre las acciones más admirables de Aníbal, resalta la que, mandando un ejército integrado por hombres de los países más diversos, y que iba a pelear en tierra extra-

---

(1) **Maquiavelo restringe demasiado las prerrogativas de los príncipes (R. I.).**

(2) **Cuando no hay delito real, lo forja uno. Para mis grandes providencias gubernativas, dispongo de hombres más sabios que Gabriel Naudé (R. C.).**

(3) **Es el único chasco que me ha dado la carta promulgada por mis enemigos (E.).**

(4) **Observación profunda, que se había escapado a mi penetración (E.).**

(5) **Esta facilidad de encontrar pretextos es una de las ventajas de mi autoridad (R. C.).**

(6) **¡Ignorante Maquiavelo! No sabía que las ocasiones las provoca uno mismo (R. C.).**

(7) **Así empecé procediendo yo, para hacer marchar a Italia el ejército cuyo mando se me confirió en 1796 (G.).**

Digitized by Google

ña (1), su conducta fué tal que en el seno de aquel ejército, tanto en la favorable como en la adversa fortuna, no hubo la menor disensión entre los soldados ni la más leve iniciativa de sublevación contra su jefe (2). Ello no pudo provenir sino de su despiadada inhumanidad, que, juntada a las demás dotes suyas, que eran muchas y excelentes, le hizo respetable por el terror para sus hombres de armas, y, sin su crueldad, no hubieran bastado las demás partes de su persona para obtener tal efecto (3). Poco reflexivos se muestran los escritores que, a la vez que admiran sus proezas, vituperan la causa principal que las produjo (4). Para convencerse de que las demás virtudes suyas le hubieran resultado insuficientes en última instancia, basta recordar el ejemplo de Escipión, hombre extraordinario si los hubo, no sólo en su tiempo, mas también en cuantas épocas sobresalientes conmemora la Historia (5). En España, sus ejércitos se sublevaron contra él únicamente a causa de su mucha clemencia, que dejaba a sus guerreros más libertad que la que la disciplina militar podía permitir (6). De tan extremada clemencia le reconvino en pleno Senado Fabio, acusándole de corruptor de la milicia romana, y alegando que destruídos los locrios por un lugarteniente de Escipión, éste no los había vengado, ni castigado siquiera la insolencia de dicho lugarteniente. Todo esto derivaba de su natural blando y flexible, que él llevó hasta el punto de que, al disculparse de ello en el Senado, dijo que muchos hombres sabían mejor no cometer faltas que corregir las de los demás (7). Si

---

(1) **El mío no presentaba menos elementos de discordia, cuando le hice entrar en Italia (G.).**

(2) **Puede decirse otro tanto del mío (G.).**

(3) **¡Indiscutible! (G.).**

(4) **¡Así nos juzgan siempre! (G.).**

(5) **Admiración muy necia (G.).**

(6) **Esa libertad sólo debe dejarse cuando redunda en beneficio propio (G.).**

(7) **Lo segundo vale más que lo primero (G.).**

Digitized by Google

con semejante temperamento, hubiera conservado el mando, habría alterado a la larga su reputación y su nombradía. Pero, como laboró después bajo la fiscalización del Senado, desapareció de su carácter cualidad tan perniciosa, y aun la memoria que de ella se hacía, fué causa de que se convirtiese en gloria suya (1). De donde infiero que amando los hombres a su voluntad y temiendo a la del príncipe, debe el último, si es cuerdo, fundarse en lo que depende de él (2), no en lo que depende de los otros, y únicamente ha de evitar que se le aborrezca (3), como llevo dicho.

---

(1) ¡Extravagante gloria! (G.).
(2) Es siempre lo más seguro (R. C.).
(3) A no ser que esto dé mucho trabajo y sea fuente de estorbo (R. C.).

Digitized by Google

CAPITULO XVIII

DE QUÉ MODO DEBEN GUARDAR LOS PRÍNCIPES LA FE DADA

¡Cuán digno de alabanza es un príncipe cuando mantiene la fe que ha jurado, cuando vive de un modo íntegro y cuando no usa de doblez en su conducta! (1). No hay quien no comprenda esta verdad (2), y, sin embargo, la experiencia de nuestros días muestra que varios príncipes, desdeñando la buena fe y empleando la astucia para reducir a su voluntad el espíritu de los hombres (3), realizaron grandes empresas (4) y acabaron por triunfar de los que procedieron en todo con lealtad (5). Es necesario que el príncipe sepa que dispone, para defenderse, de dos recursos: la ley y la fuerza. El primero es propio de hombres, y el segundo corresponde esencialmente a los

---

(1) Al admirar hasta este punto la honradez, la franqueza y la buena fe, Maquiavelo no parece ya un estadista (G.).

(2) De hecho, sólo la comprende el vulgo (G.).

(3) Arte que puede perfeccionarse todavía (G.).

(4) Los magnos ejemplos obligan a Maquiavelo a discurrir conforme a mi modo de dar otros semejantes (G.).

(5) Los tontos están en el mundo para favorecer nuestros gastos secretos (G.).

Digitized by Google

animales. Pero, como a menudo no basta el primero, es preciso recurrir al segundo (1). Le es, por ende, indispensable a un príncipe hacer buen uso de uno y de otro, ya simultánea, ya sucesivamente. Tal es lo que con palabras encubiertas enseñaron los antiguos autores a los príncipes, cuando escribieron que muchos de ellos, y particularmente Aquiles, fueron confiados en su niñez al centauro Chiron, para que les criara y les educara bajo su disciplina (2). Esta alegoría no significa otra cosa sino que tuvieron por preceptor a un maestro que era mitad hombre y mitad bestia, o sea que un príncipe necesita utilizar a la vez o intermitentemente de una naturaleza y de la otra, y que la una no duraría, si la otra no la acompañara.

Desde que un príncipe se ve en la precisión de obrar competentemente conforme a la índole de los brutos, los que ha de imitar son el león y la zorra, según los casos en que se encuentre. El ejemplo del león no basta, porque este animal no se preserva de los lazos, y la zorra sola no es suficiente, porque no puede librarse de los lobos. Es necesario, por consiguiente, ser zorra, para conocer los lazos, y león, para espantar a los lobos (3); pero los que toman por modelo al último animal no entienden sus intereses (4). Cuando un príncipe dotado de prudencia advierte que su fidelidad a las promesas redunda en su perjuicio, y que los motivos que le determinaron a hacerlas, no existen ya, ni puede, ni siquiera debe guardarlas, a no ser que consienta en perderse (5). Y obsérvese que, si todos los hombres fuesen buenos, este precepto sería detestable (6). Pero, como son malos, y no observarían su

---

(1) Es el mejor, puesto que el soberano no trata más que con bestias (R. C.).

(2) Explicación que nadie había sabido dar antes de Maquiavelo (G.).

(3) Verdad indiscutible en la aplicación que a la política hace de ella Maquiavelo (G.).

(4) Con todo, el modelo es admirable (G.).

(5) En casos tales, no cabe tomar otro partido (G.).

(6) ¡Retractación pública de moralista! (G.).

Digitized by Google

fe respecto al príncipe, si de incumplirla se presentara la ocasión, tampoco el príncipe está obligado a cumplir la suya, si a ello se viese forzado (1). Nunca faltan razones legítimas a un príncipe para cohonestar la inobservancia (2) de sus promesas, inobservancia autorizada en algún modo por infinidad de ejemplos demostrativos de que se han concluído muchos felices tratados de paz, y se han anulado muchos empeños funestos, por la sola infidelidad de los príncipes a su palabra (3). El que mejor supo obrar como zorra, tuvo mejor acierto.

Pero es menester saber encubrir ese proceder artificioso y ser hábil en disimular y en fingir (4). Los hombres son tan simples, y se sujetan a la necesidad en tanto grado, que el que engaña con arte, halla siempre gente que se deje engañar (5). No quiero pasar en silencio un ejemplo fehacientísimo. El Papa Alejandro VI no hizo jamás otra cosa que engañar a sus prójimos, pensando incesantemente en los medios de inducirles a error, y encontró siempre ocasiones de poderlo hacer (6). No hubo nunca nadie que conociera mejor el arte de las protestas persuasivas ni que afirmara una cosa con juramentos más respetables, ni que a la vez cumpliera menos lo que había prometido. A pesar de que todos le consideraban como un trapacero, sus engaños le salían siempre al tenor de

---

(1) *Par pari refertur* (G.).

(2) Dispongo de hombres ingeniosos para el caso (R. I.).

(3) Por mucho escándalo que esto produzca, a la larga redunda en bien de los gobernados (R. I.).

(4) Los más astutos no podrían negarme esta habilidad, y el Papa daría noticia de ella (R. C.).

(5) El mundo está compuesto de necios, y, entre la multitud esencialmente crédula, se encontrarán pocas personas que duden, aunque no se atrevan a decirlo (R. C.).

(6) Las ocasiones no faltan (R. C.).

Digitized by Google

sus designios, porque, con sus estratagemas, sabía dirigir a los hombres (1).

No hace falta que un príncipe posea todas las virtudes de que antes hice mención, pero conviene que aparente poseerlas. Hasta me atrevo a decir que, si las posee realmente, y las practica de continuo, le serán perniciosas a veces, mientras que, aun no poseyéndolas de hecho, pero aparentando poseerlas, le serán siempre provechosas (2). Puede aparecer manso, humano, fiel, leal, y aun serlo (3). Pero le es menester conservar su corazón en tan exacto acuerdo con su inteligencia que, en caso preciso, sepa variar en sentido contrario. Un príncipe, y especialmente uno nuevo, que quiera mantenerse en su trono, ha de comprender que no le es posible observar con perfecta integridad lo que hace mirar a los hombres como virtuosos, puesto que con frecuencia, para mantener el orden en su estado, se ve forzado a obrar contra su palabra, contra las virtudes humanitarias o caritativas y hasta contra su religión (4). Su espíritu ha de estar dispuesto a tomar el giro que los vientos y las variaciones de la fortuna exijan de él, y, como expuse más arriba, a no apartarse del bien, mientras pueda (5), pero también a saber entrar en el mal, cuando no queda otro recurso. Debe cuidar mucho de ser circunspecto, para que cuantas palabras salgan de su boca, lleven impreso el sello de las virtudes mencionadas, y para que, tanto viéndole, como oyéndole, le crean enteramente lleno de buena fe, ente-

---

(1) ¡Tremendo Pontífice! Si no honró la tiara, supo extender sus Estados, y la Santa Sede le debe muchos favores. Pero ha sonado la hora del contrapunto (R. I.).

(2) Los necios que se figuran que Maquiavelo dirigió este consejo a todo el mundo, no saben la enorme diferencia que hay entre el príncipe y los gobernados (R. I.).

(3) En los tiempos que corren vale mucho más parecer hombre honrado que serlo efectivamente (R. I.).

(4) Dado que tenga una (R. C.).

(5) En este punto, Maquiavelo es demasiado severo (R. C.).

Digitized by Google

reza, humanidad, caridad y religión (1). Entre estas prendas, ninguna hay más necesaria que la última (2). En general, los hombres juzgan más por los ojos que por las manos, y, si es propio a todos ver, tocar sólo está al alcance de un corto número de privilegiados. Cada cual ve lo que el príncipe parece ser, pero pocos comprenden lo que es realmente (3), y estos pocos no se atreven a contradecir la opinión del vulgo, que tiene por apoyo de sus ilusiones la majestad del Estado que le protege (4). En las acciones de todos los hombres, pero particularmente en las de los príncipes, contra los que no cabe recurso de apelación, se considera simplemente el fin que llevan. Dedíquese, pues, el príncipe a superar siempre las dificultades y a conservar su Estado. Si logra con acierto su fin, se tendrán por honrosos los medios conducentes al mismo, pues el vulgo se paga únicamente de exterioridades y se deja seducir por el éxito (5). Y como el vulgo es lo que más abunda en las sociedades, los escasos espíritus clarividentes que existen no exteriorizan lo que vislumbran hasta que la inmensa legión de los torpes no sabe ya a qué atenerse (6). En nuestra edad vive un príncipe que nunca predica más que paz, ni habla más que de buena fe, y que, a haber observado una y otra, hubiera perdido la estimación que se le profesa, y habría visto arrebatados más de una vez sus dominios. Pero creo que no conviene nombrarle (7).

---

(1) **Exigencia muy excesiva, pues la cosa no es tan fácil, y se hace únicamente lo que se puede (R. C.).**

(2) **Consejo bueno para aquel tiempo (R. C.).**

(3) **Y aunque lo comprendiesen, como si no (R. C.).**

(4) **Con esto es con lo que yo cuento (R. I.).**

(5) **Triunfad siempre, aun por el peor medio, y os darán siempre la razón (R. I.).**

(6) **¡Fatal y mil veces fatal retirada de Moscou! (E.).**

(7) **Maquiavelo se refiere aquí a Fernando el Católico, prototipo del monarca de mala fe y prez de la perfidia (N. del T.).**

Digitized by Google

CAPITULO XIX

EL PRÍNCIPE DEBE EVITAR SER ABORRECIDO Y DESPRECIADO

Habiendo considerado todas las dotes que deben adornar a un príncipe, quiero, después de haber hablado de las más importantes, discurrir también sobre las otras, a lo menos de un modo general y brevemente, estatuyendo que el príncipe debe evitar lo que pueda hacerle odioso y menospreciable (1). Cuantas veces lo evite, habrá cumplido con su obligación, y no hallará peligro alguno en cualquiera otra falta en que llegue a incurrir (2). Lo que más que nada le haría odioso sería mostrarse rapaz, usurpando las propiedades de sus súbditos, o apoderándose de sus mujeres, de lo cual ha de abstenerse en absoluto (3). Mientras no se quite a la generalidad de los hombres sus bienes o su honra, vivirán como si estuvieran contentos, y no hay ya más que preservarse de la ambición de un corto número de individuos, ambición reprimible fácilmente (4) y de muchos modos.

---

(1) No temo al menosprecio, pues hice grandes cosas, y todos me admiraron, a pesar suyo. Cuanto al odio, le pondré vigorosos contrapesos (R. C.).
(2) Esto me es necesario (R. C.).
(3) *Est modus in rebus* (R. C.).
(4) No tan fácilmente (R. I.).

Digitized by Google

Un príncipe cae en el menosprecio cuando pasa por variable, ligero, afeminado, pusilánime e irresoluto. Ponga, pues, sumo cuidado en preservarse de semejante reputación como de un escollo, e ingéniese para que en sus actos se advierta constancia, gravedad, virilidad, valentía y decisión (1). Cuando pronuncie juicio sobre las tramas de sus súbditos, determínese a que sea irrevocable su sentencia (2). Finalmente, es preciso que los mantenga en una tal opinión de su perspicacia, que ninguno de ellos abrigue el pensamiento de engañarle o de envolverle en intrigas (3). El príncipe logrará esto, si es muy estimado, pues difícilmente se conspira contra el que goza de mucha estimación (4). Los extranjeros, por otra parte, no le atacan con gusto, con tal, empero, que sea un excelente príncipe y que le veneren sus gobernados.

Dos cosas ha de tener el príncipe, son a saber: 1) en lo interior de su Estado, alguna rebelión de sus súbditos. 2) en el exterior, un ataque de alguna potencia vecina. Se preservará del segundo temor con buenas armas, y, sobre todo, con buenas alianzas, que logrará siempre con buenas armas (5). Ahora bien: cuando los conflictos exteriores están obstruídos, lo están también los interiores, a menos que los haya provocado ya una conjuración (6). Pero, aunque se manifestara exteriormente cualquier tem-

---

(1) ¿Ingeniarse? Imposible, si no se ha empezado por hacerlo (E.).

(2) Esencial para quitar toda esperanza de rebelión, sin lo cual perecerá el príncipe (R. C.).

(3) Cuando poseen la esperanza del triunfo, abrigan bastante más que el pensamiento. Abrigan la esperanza de llevarlo fácilmente a cabo (E.).

(4) Hay siempre valentones que no le estiman (E.).

(5) He dado admirable prueba de saber elegir buenas alianzas, hoy día refrendadas por mi matrimonio (R. I.).

(6) Destruí cuantas conjuraciones se me presentaron (R. I.).

Digitized by Google

pestad contra el príncipe que interiormente tiene bien arreglados sus asuntos, si ha vivido según le he aconsejado, y si no le abandonan sus súbditos (1), resistirá todos los ataques foráneos, como hemos visto que hizo Nabis, el rey lacedemonio. Sin embargo, con respecto a sus gobernados, aun en el caso de que nada se maquine contra él, fuera, podrá temer que se conspire ocultamente dentro. Pero esté seguro de que ello no acaecerá, si evita ser aborrecido y despreciado, y si, como antes expuse por extenso (2), logra la ventaja esencial de que el pueblo se muestre contento de su gobernación. Por consiguiente, uno de los más poderosos preservativos de que contra las conspiraciones puede disponer el soberano, es no ser aborrecido y despreciado de sus súbditos, porque al conspirador no le alienta más que la esperanza de contentar al pueblo, haciendo perecer al príncipe (3). Pero cuando tiene motivos para creer que ofendería con ello al pueblo, le falta la necesaria amplitud de valor para consumar su atentado, pues avizora las innúmeras dificultades que ofrece su realización (4). La experiencia enseña que hubo muchas conspiraciones, y que pocas obtuvieron éxito, porque, no pudiendo obrar solo y por cuenta propia el que conspira, ha de asociarse únicamente a los que juzga descontentos. Mas, por lo mismo que ha descubierto a uno de ellos (5), le ha dado pie para contentarse por sí mismo, ya que al revelar al príncipe la trama que se le ha confiado, bástale para esperar de él un buen premio. Y como de una parte encuentra una ganancia segura (6), y de otra parte una em-

---

(1) Tendré a los míos con la rienda firme y apretada (R. C.).

(2) ¡Machaconería impertinente! (R. I.).

(3) No es esto lo que se trama respecto a mí (R. C.).

(4) Me aquietas (R. C.).

(5) Especialmente si lo ha comprado de antemano (R. C.).

(6) Puede contar con una buena recompensa (R. C.).

Digitized by Google

presa dudosa y llena de peligros (1), para que mantenga la palabra que dió a quien le inició en la conspiración será menester, o que sea un amigo suyo como hay pocos, o un enemigo irreconciliable del príncipe.

Para reducir la cuestión a breves términos, haré notar que del lado del conjurado todo es recelo, sospecha y temor a la pena que le impondrán, si fracasa, mientras que del lado del príncipe están las leyes, la defensa del Estado, la majestad de su soberanía y la protección de sus amigos, de suerte que, si a todos estos preservativos se añade la benevolencia del pueblo, es casi imposible que nadie sea lo bastante temerario para conspirar (2). Si todo conjurado, antes de la ejecución de su plan, siente comúnmente miedo de que se malogre, lo sentirá mucho más en tal caso, pues, aun triunfando, tendrá por enemigo al pueblo (3), y no le quedará entonces ningún refugio. Sobre esto podría citar infinidad de ejemplos (4), pero me ciño a uno solo, cuya memoria nos transmitieron nuestros padres. Siendo Aníbal Bentivoglio (abuelo del Aníbal de hoy día) príncipe de Bolonia, le asesinaron los Cannuchis (1445), familia rival suya, a continuación de una conjuración, y cuando estaba todavía en mantillas su hijo único Juan. Naturalmente, éste no podía vengarle, pero el pueblo se sublevó acto seguido contra los asesinos, y los mató atrozmente. Fué un efecto lógico de la simpatía popular que los Bentivoglio se habían ganado en Bolonia por aquellos tiempos, simpatía tan grande, que, no disponiendo ya la ciudad de persona alguna de dicha casa que, muerto

---

(1) Tiene la conciencia de ganarlo todo, por una parte, y de perderlo, por la otra (R. C.).

(2) Mis preservativos en este orden llegan al más alto grado de eficacia, aunque quedan siempre, es cierto, émulos bastante numerosos (R. I.).

(3) No hay tal cosa. El pueblo es ingrato, y se pone siempre del lado del que triunfa, especialmente si éste le deslumbra por algún concepto (R. I.).

(4) El afeminado espíritu de nuestra edad no permite que tales ejemplos se renueven (R. C.).

Digitized by Google

Aníbal, pudiera regir el Estado, y habiendo sabido los ciudadanos que existía en Florencia un descendiente de la misma familia, hijo de un modesto artesano, fueron en busca suya, y le confirieron el mando de su comunidad, que rigió de hecho hasta que Juan llegó a edad de gobernar de derecho por sí mismo (1). De donde se deduce que un príncipe debe inquietarse poco de las conspiraciones, cuando le manifiesta buena voluntad el pueblo (2), al paso que si éste le es contrario, y le odia, sóbranle motivos para temerlas en cualquier ocasión y de parte de cualquier individuo (3).

Los príncipes sabios y los Estados bien ordenados cuidaron siempre tanto de contentar al pueblo (4) como de no descontentar a los nobles hasta el punto de reducirlos a la desesperación (5). Es ésta una de las cosas más importantes a que debe atender el príncipe. Uno de los reinos mejor concertados y gobernados de nuestra época es Francia. Hállase allí una infinidad de excelentes estatutos, el primero de los cuales es el Parlamento y la amplitud de su autoridad, estatutos a que van unidas la libertad del pueblo y la seguridad del rey (6). Conociendo el fundador del actual orden político la ambición e insolencia de

---

(1) ¡Si fueran capaces en Viena de hacer algo semejante, ya que no lo han sido de venir a buscarme *oamus et non!* (E.).

(2) Maquiavelo olvida aquí lo que antes dijo de ser los hombres malos por naturaleza (R. I.).

(3) El sueño huye de mí (R. I.).

(4) Nadie puede aquietar a los ambiciosos más que descontentando al pueblo (R. I.).

(5) La cosa no es tan fácil como parece. Los nobles que me vi obligado a crear, se ponen furiosos desde el momento en que ceso de colmarles de beneficios (R. I.).

(6) Lleva razón Maquiavelo al admirar este régimen. Pero me fué necesario subvertirlo para lograr la destrucción del trono de los Borbones, sin lo cual me hubiera sido imposible erigir el mío. Haré yo mismo los nuevos estatutos, lo antes que pueda (R. I.).

Digitized by Google

los nobles, juzgando ser preciso ponerles un freno que los contuviese, sabiendo, por otra parte, cuánto les aborrecía el pueblo, a causa del miedo que les tenía, y deseando, sin embargo, sosegarlos, no quiso que quedase a cargo particular del monarca esa doble tarea. A fin de quitarle esta preocupación, que podía repartir con la aristocracia, y de favorecer a la vez a los nobles y al pueblo, estableció por juez a un tercero, que, sin participación directa del monarca, reprimiera a los primeros y beneficiase al segundo (1). No cabe imaginar disposición alguna más prudente, ni mejor medio de seguridad para el príncipe y para la nación. Y de aquí infiero la notable consecuencia de que los príncipes deben dejar a otros la disposición de las cosas odiosas, y reservarse a sí mismos las de gracia (2), estimando siempre a los nobles, pero sin hacerse nunca odiar del pueblo.

Al considerar la vida y la muerte de diversos emperadores romanos, quizá crean muchos que existen ejemplos contrarios a mi opinión. Tal César, en efecto, perdió el Imperio, y tal otro fué asesinado por los suyos, conjurados contra él, a pesar de haber procedido con rectitud y mostrado magnanimidad. Proponiéndome responder a semejante objeción, examinaré las dotes personales de aquellos emperadores, y probaré que la causa de su ruina no se diferencia de la misma contra la que he querido preservar a mi príncipe, y haré cuenta de ciertas cosas que no han de omitir los que leen las historias de tales épocas (3). Para ello me bastará limitarme a los Césares que se sucedieron en el Imperio desde Marco Aurelio hasta Maximino, es decir, Marco Aurelio, su hijo Cómodo, Pertinax, Juliano, Séptimo Severo, su hijo Caracalla, Máximo, Heliogábalo, Alejandro Severo y Maximino.

---

(1) ¡Admirable! (R. I.).

(2) En el actual Estado competen a él todas las cosas de rigor, y sus ministros se reservan a maravilla todas las gracias menudas (E.).

(3) Hoy día esas historias no se leen ya más que como novelas (R. C.).

Digitized by Google

Notemos, ante todo, que en principados de otra especie que el suyo, apenas hay que luchar más que contra la ambición de los grandes y contra la violencia de los pueblos, mientras que los emperadores romanos tropezaban, además, con un tercer obstáculo, la avaricia y la crueldad de los soldados, obstáculo de tan difícil remoción (1), que muchos se desgraciaron en ello. No es, en efecto, fácil contentar a la vez a los soldados y al pueblo, porque el pueblo es amigo del descanso, y lo es asimismo el príncipe de moderada condición (2), al paso que los soldados quieren un príncipe que tenga espíritu marcial, y que sea rapaz, cruel e insolente. La voluntad de los soldados del Imperio era que su príncipe ejerciera sobre la plebe tan funestas disposiciones, y para obtener una paga doble, y para dar rienda suelta a su codicia (3), de lo cual resultaba que los emperadores a quienes no se consideraba capaces de imponer respeto al ejército y al pueblo (4), quedaban siempre vencidos. Los más de ellos, especialmente los que habían ascendido a la soberanía en calidad de príncipes nuevos, conocieron cuán arduo resultaba conciliar ambas cosas, y abrazaron el partido de contentar a los soldados (5), sin temer mucho ofender al pueblo, por

---

(1) Por mi experiencia lo sé demasiado (R. I.).

(2) Mi llamada ambición guerrera no debe imputárseme a mí, sino a mis generales y a mis soldados, que me la convierten en primera necesidad. Me matarían si dejara pasar más de dos años sin presentarles el cebo de una guerra (R. I.).

(3) A ello me obligan iguales motivos. Los soldados son los mismos en todas partes, cuando uno depende de ellos (R. I.).

(4) He logrado imponer respeto a uno y a otro, pero no lo bastante todavía (R. I.).

(5) No puedo desentenderme de semejante arbitrio, por hallarme aún en el primer caso en todos conceptos (R. I.).

Digitized by Google

casi no serles posible obrar de otro modo (1). No pudiendo los príncipes evitar que les aborrezcan unos cuantos (2), han de esforzarse, ante todo, en que no les aborrezca el mayor número. Pero, cuando tampoco les es dable conseguir este fin, deben precaverse, mediante todo linaje de expedientes, del odio de la clase más poderosa (3).

Así, aquellos emperadores que, en razón de ser nuevos, necesitaban de extraordinarios favores, se apegaron con más gusto al ejército que al pueblo, lo cual se convertía en su beneficio o en su daño, según la mayor o menor reputación que sabían conservar en el concepto de sus tropas (4). Tales fueron las causas de que Pertinax y Alejandro Severo, a pesar de ser tan moderados en su conducta, tan amantes de la justicia, tan enemigos de la crueldad, tan buenos y tan humanos (5) como Marco Aurelio, cuyo fin fué feliz, tuviesen, sin embargo, uno muy desdichado (6). Unicamente Marco Aurelio vivió y murió venerado de todos, por haber sucedido al emperador por derecho hereditario, y por no hallarse en la necesidad de portarse como si debiera su trono al ejército o al pueblo (7). Dotado, por otra parte, de muchas virtudes que le hacían respetable, contuvo siempre al ejército y al pueblo dentro de justos límites, y no fué aborrecido ni despreciado nunca (8). Por lo contrario, Pertinax, nombrado emperador contra la voluntad de los soldados, que, bajo

---

(1) Esta será mi disculpa a los ojos de los venideros (R. I.).

(2) ¡Verdad indiscutible!

(3) La clase más numerosa es siempre el ejército, sobre todo cuando es tan numeroso como el mío (R. I.).

(4) Véome forzado a hacer lo mismo (R. I.).

(5) Virtudes intempestivas en el caso aquél. El que no sabe plegar a las circunstancias sus virtudes políticas, es digno de compasión (R. I.).

(6) Así debía de ser, y yo lo hubiera previsto (R. I.).

(7) Esta fortuna sólo a mi hijo está reservada (R. I.).

(8) Yo sería adorado, si me fuera concedido renacer, para suceder a mi hijo (R. I.).

Digitized by Google

el Imperio de Cómodo, se habían habituado a la vida licenciosa, quiso reducirlos a una vida decente, que se les hacía insoportable (1), lo que engendró en ellos odio contra su persona (2), odio a que se unió el desprecio, a causa de ser viejo (3), y, en los comienzos de su reinado, le asesinaron sus tropas. Este ejemplo nos pone en el caso de observar que el príncipe se hace aborrecer tanto con nobles como con perversas acciones, y por eso indiqué que, si quiere conservar sus dominios, se halla con frecuencia obligado a no ser bueno (4). Si la mayoría de hombres (grandes, soldados o pueblo) de que necesita para sostenerse, está corrompida, debe seguirle el humor, y contentarla (5), pues las nobles acciones que entonces realizara, se volverían contra él mismo (6). Alejandro Severo era un hombre de bondad tamaña, que, entre las demás alabanzas que se le prodigaron, encuéntranse las de que, en los catorce años que reinó, no hizo morir a nadie sin juicio. Empero, habiéndose conjurado en contra suya el ejército, pereció a sus golpes, por haberle tornado despreciable su fama de hombre de genio débil (7), y que se dejaba gobernar por su madre (8).

Comparando las buenas prendas de aquellos príncipes con el carácter y con la conducta de Cómodo, Séptimo Severo, Caracalla y Maximino, hallamos a los últimos sumamente rapaces y crueles. Para contentar a los soldados,

---

(1) No pueden excusarse de ello (E.).

(2) Era inevitable (E.).

(3) No estoy en este caso (E.).

(4) ¡Y mis enemigos no aciertan a dejar de serlo! (E.).

(5) Es lo que mis enemigos quieren hacer también. Pero desconocen y bastardean la fuerza de su partido (E.).

(6) Esto no puede dejer de sucederle (E.).

(7) Todo el que sea continuamente bueno, no podrá evitar nunca reputación semejante (E.).

(8) Fama mucho peor cuando tiene la de dejarse gobernar por ministros ineptos o descalificados (E.).

Digitized by Google

no perdonaron al pueblo injuria alguna, y todos, menos Séptimo Severo, murieron desgraciadamente. Pero éste poseía tanto valor, que, conservando en favor suyo el afecto de los soldados, pudo, aun oprimiendo al pueblo, reinar con toda felicidad (1). Sus dotes le hacían tan admirable en el concepto de los unos y del otro, que los primeros le admiraban hasta el paroxismo (2), y el segundo le respetaba y permanecía contento (3). Pero, como las acciones de Séptimo Severo tuvieron tanta grandeza cuanta podían tener en un príncipe nuevo, quiero mostrar brevemente cómo supo diestramente ejercer de león y de zorra, lo cual es indispensable a un soberano, como ya llevo dicho (4). Habiendo conocido Séptimo Severo la cobardía de Desiderio Juliano, que acababa de hacerse proclamar emperador, persuadió al ejército, que estaba bajo su mando en Esclavonia, a que haría bien en marchar a Roma, para vengar la muerte de Pertinax, asesinado por la guardia pretoriana (5). Queriendo con tal pretexto mostrar que no aspiraba al Imperio, arrastró a su ejército contra Roma, y llegó a Italia, antes que nadie se hubiese enterado siquiera de su partida (6). Entrado que hubo en Roma, forzó al Senado, atemorizado, a nombrarle emperador (7), y

---

(1) ¡Modelo sublime, que no he cesado de contemplar! (R. I.).

(2) En mí no admiraron más que las grandes cosas, que hice, sin embargo, por medio de ellos (R. I.).

(3) El respeto hace que simule contentarse, aunque no lo esté (R. I.).

(4) Yo estuve siempre convencido de ello (R. I.).

(5) Quise imitar este rasgo en Fructidor (1797), cuando dije a mis soldados de Italia que el cuerpo legislativo había asesinado la libertad republicana en Francia. Pero no pude conducirlos allá, ni transportarlos yo mismo. Errado esta vez el tiro, no lo fué después (R. I.).

(6) Hay en esto manifiesta semejanza con mi vuelta de Egipto (R. I.).

(7) Se me nombró, por lo pronto, director de ambos

Digitized by Google

fué muerto Desiderio Juliano, al que se había conferido aquella dignidad (1). Después de este primer principio le quedaban a Séptimo Severo dos dificultades que vencer, para constituirse en señor de todo el Imperio. La primera estaba en Oriente, donde Niger, jefe de los ejércitos asiáticos, se había hecho proclamar emperador. La segunda se hallaba en Bretaña, y era su fautor Albino, que también aspiraba al Imperio (2). Juzgando peligroso declararse a la vez enemigo de uno y de otro, resolvió engañar al segundo, mientras atacaba al primero (3). Al efecto, escribió a Albino para decirle que, habiendo sido elegido emperador por el Senado, quería repartir con él aquella dignidad. Hasta le envió el título de César, después de haber hecho declarar al Senado que Séptimo Severo tomaba por asociado a Albino (4), el cual tuvo por sinceros todos aquellos actos, y les prestó su adhesión. Pero, no bien Séptimo Severo hubo vencido y muerto a Niger, y regresado a Roma, se quejó de Albino en pleno Senado, alegando que aquel colega, poco reconocido a los beneficios que recibiera de él, había intentado asesinarle a traición,

---

Consejos, y jefe de todas las tropas reunidas en París y en sus inmediaciones (R. I.).

(1) Mi Desiderio Juliano no era más que el Directorio, y me bastaba disolverlo, para destruirlo (R. I.).

(2) Mi Niger fué Barras, y mi Albino fué Sièyes, émulos poco formidables. Ninguno de ambos obraba por cuenta propia, y yo quería que divergieran en su fin. El primero pretendía restablecer al rey, y el segundo entronizar al elector de Brunswinck. Pero yo deseaba otra cosa, y Séptimo Severo, puesto en mi lugar, no lo hubiera hecho mejor que yo lo hice (R. I.).

(3) Yo no necesitaba más que retirar a mi Niger, y me era fácil engañar a mi Albino (R. I.).

(4) También hizo nombrar a Sièyes por colega mío en la comisión consular, y Ducos, al que admití asimismo en ella, no podía ser más que una máquina de contrapeso a mi disposición (R. I.).

Digitized by Google

por lo que se veía obligado a ir a castigar su ingratitud. Partió, pues, para Francia a su encuentro y le quitó el Imperio con la vida (1). Donde se ve que Séptimo Severo era a la vez un león ferocísimo (2) y una zorra muy astuta, que consiguió que le temiesen y le respetaran todos, sin que le aborreciesen los soldados. No se extrañará, por ende, que, aun siendo príncipe nuevo, lograse conservar un Imperio tan vasto. Su grandísima reputación (3) le preservó del odio que hubieran podido tomarle los pueblos, a causa de sus rapiñas.

Pero su mismo hijo Caracalla, que se hacía llamar *Alejandro* y *Antonino el Grande,* fué también un hombre excelente en el arte de la guerra. Poseía bellísimas dotes, que le atraían la admiración de los pueblos y el amor de los soldados. Estos le querían, por ser un guerrero que sobrellevaba hasta el último límite todo género de fatigas, despreciaba los alimentos delicados, y desechaba las satisfacciones de la molicie (4). Pero le hicieron extremadamente odioso a todos sus continuas matanzas, pues, en muchas ocasiones, había hecho perecer una gran parte del pueblo de Roma y todo el de Alejandría, sobrepujando su ferocidad y su crueldad a cuanto se había visto hasta entonces (5). El temor que por él se sentía alcanzó a los mismos que le rodeaban, y un centurión le mató en presencia de su propio ejército. Con cuyo motivo conviene notar que semejantes atentados, cuyo golpe parte de un

---

(1) No necesité llegar a tanto para desembarazarme de Sièyes. Más zorro que él, lo logré fácilmente en mi Junta de 22 de Primario, en que yo mismo arreglé la Constitución que me hizo primer cónsul, y que relegó a mis dos colegas a la jubilación de mi Senado (R. I.).

(2) Ni por asomo me reconvendrán de haberlo sido (R. I.).

(3) La mía no puede ser mayor, por ahora, y la sostendré (R. I.).

(4) En las ocasiones oportunas, no omití este medio de hacerme querer de mis soldados (R. I.).

(5) Caracalla fué poco hábil (R. I.).

Digitized by Google

propósito deliberado y tenaz, no puede el príncipe evitarlos en modo alguno, porque al que tiene en poco la vida no le asusta dar a otro la muerte. Pero el príncipe no debe temer demasiado perecer de ese modo, porque tales agresiones son rarísimas (1), y únicamente ha de cuidar de no ofender gravemente a ninguno de los que emplea (2), y en especial a los que tiene a su lado y a su servicio, como lo hizo Caracalla, que abandonó la custodia de su persona a un centurión, a cuyo hermano había mandado matar ignominiosamente, y que a diario amenazaba con vengarse. Temerario hasta ese punto (3), Caracalla no podía menos de ser asesinado, y lo fué.

Vengamos ahora a Cómodo (4), a quien tan fácil le hubiera sido conservar el trono, puesto que lo había adquirido, por herencia, de su padre. Bastábale seguir las huellas de éste para contentar al pueblo y a los soldados. Pero, hombre de genio brutal, de condición perversa y de rapacidad inaudita, ejercitó ésta sin tasa sobre el pueblo, y, para favorecer al ejército, lo lanzó al libertinaje. Todo ello junto le tornó odioso al pueblo, y los soldados empezaron a menospreciarle en su prez, cuando le vieron rebajarse hasta el extremo de ir a luchar con los gladiadores en los circos, y de hacer otras cosas vilísimas y poco dignas de la majestad imperial. Aborrecido por una parte y despreciado por otra, se conjuraron contra él, y le asesinaron (5).

Maximino, cuyas cualidades me queda por exponer, fué un hombre muy belicoso. Elevado al Imperio por algu-

---

(1) No ocurren nunca, si el príncipe sabe imponer respeto con entereza y con decisión (R. I.).

(2) Cuando se les ha ofendido, hay que apartarlos, trasladarlos, destituirlos, honradamente o no (R. I.).

(3) En vez de temerario, dígase necio, estúpido, embrutecido (R. I.).

(4) Lastimoso personaje que no es digno de que yo detenga mis miradas en él (R. I.).

(5) No hicieron más que estricta justicia, porque Cómodo era enteramente indigno de reinar (R. I.).

Digitized by Google

nos ejércitos disgustados de la molicie de Alejandro Severo, a que antes aludí, no lo poseyó mucho tiempo, porque le hacían menospreciable y aborrecible dos cosas (1). Era la primera su bajo origen (2), pues había guardado rebaños en Tracia, lo cual nadie ignoraba, y le atraía general contumelia. La otra era su reputación de hombre sanguinario. Durante las dilaciones de que usó después de su elección al Imperio, para trasladarse a Roma, y tomar allí posesión del trono, ordenó a sus prefectos que cometiesen todo género de crueldades en las provincias (3). Indignado todo el mundo, así de la ruindad de su abolengo como del miedo que su ferocidad engendraba, resultó de esto que el Africa se sublevó contra él, y que luego el Senado, el pueblo romano e Italia entera conspirara contra su persona. Su propio ejército, que estaba acampado bajo los muros de Aquilea, y que no acababa de tomar esta ciudad, juró igualmente su ruina (4). Fatigado de su crueldad y temiéndole menos, desde que le veía con tantos enemigos, le mató atrozmente.

Evito hablar de Heliogábalo, de Máximo y de Juliano, que, despreciables en un todo, perecieron muy poco después de elevados a la soberanía, y vuelvo a las consecuencias de este discurso, arguyendo que los príncipes de nuestra era no experimentan ya tanto esa dificultad de contentar a las tropas por medios extraordinarios (5). A pesar de los miramientos que con ellas están obligados a guardar, aquella dificultad se allana bien pronto, porque ninguno de nuestros príncipes tiene ningún cuerpo de ejército, que, por su larga residencia en las provincias, se amalgame con las autoridades y con las administraciones de éstas, como lo hacían las legiones del Imperio roma-

---

(1) La peor de ambas es el desprecio (R. I.).

(2) Hay siempre medio de encubrir esto (R. I.).

(3) ¿Por qué no las desaprobaba después, mandando castigarlos? (R. I.).

(4) Digno es de ella quien deja llegar las cosas a ese punto (R. I.).

(5) No la experimento, en efecto (R. I.).

Digitized by Google

no (1). Si convenía entonces contentar más a los soldados que al pueblo, era porque los primeros podían más que el segundo. Hoy día, los términos se han invertido, y conviene contentar más al pueblo que a los soldados, porque aquél posee más poder que éstos (2). Hago excepción, sin embargo, del Sultán de Turquía y del Soldán de Egipto. El Sultán, rodeado continuamente, como prenda de su fuerza y de su seguridad, de doce mil infantes y de quince mil caballos (3), y que no hace caso alguno del pueblo, se ve obligado a conservar en sus guardias el afecto hacia su persona (4). Sucede lo mismo con el Soldán, que tampoco atiende en nada al pueblo (5), y cuya fuerza está depositada por entero en sus soldados, que ha de procurar no le pierdan cariño. Por cierto que el Estado del Soldán es diferente de todas las soberanías, y que se asemeja no poco al Pontificado cristiano, que no es principado hereditario, ni nuevo (6). No heredan la soberanía los hijos del príncipe difunto, sino un particular elegido por hombres que tienen facultad para ello (7). Sancionado

---

(1) El inconveniente se obvia mudando las guarniciones a menudo (R. I.).

(2) Mi interés quiere que entre el pueblo y los soldados se mantenga cierto equilibrio, de suerte que la balanza no se incline demasiado ni a un lado ni a otro (R. C.).

(3) Mi guardia imperial puede, en caso necesario, hacer las veces de los genízaros (R. I.).

(4) Debo hacer otro tanto (R. I.).

(5) Atiéndase o no se atienda al pueblo, es preciso tener una fuerte guardia con la que se pueda contar, hasta cuando hubiera deserción, entre las tropas, que al pueblo se apegan muchísimo aún (R. I.).

(6) La comparación, tan atrevida como curiosa, es de todo punto verdadera para quien haya meditado profundamente en política (R. I.).

(7) Los cardenales, efectivamente, hacen al soberano temporal de Roma como los magnates de Egipto hacían a su Soldán (R. I.).

Digitized by Google

de inmemorial este orden, el principado del Soldán no puede llamarse nuevo, y no presenta ninguna de las dificultades que existen en las soberanías nuevas. El príncipe es nuevo, pero las constituciones de semejante Estado son antiguas, y están constituídas de modo que le reciban en él como si fuera poseedor suyo por derecho hereditario (1).

Volviendo al asunto, digo que, cualquiera que reflexione sobre lo que dejo expuesto, verá que el odio, o el menosprecio, o ambas cosas juntas, fueron la causa de la ruina de los emperadores que he mencionado. Sabrá también por qué, habiendo obrado parte de ellos de una manera, y otra parte de la manera contraria, sólo dos, correspondientes cada uno a cada manera, tuvieron un fin dichoso, mientras que los demás tuvieron un fin desastrado. Comprenderá, en fin, por qué Pertinax y Alejandro Severo quisieron imitar a Marco Aurelio, no sólo en balde, sino en perjuicio suyo, por no considerar que el último reinaba por derecho hereditario, al paso que ellos eran príncipes nuevos (2). Igualmente les fué adversa a Caracalla, a Cómodo y a Máximo su pretensión de imitar a Séptimo Severo, por no hallarse dotados del valor suficiente para seguir sus huellas en todo. Así, un príncipe nuevo en una soberanía nueva no puede, sin peligro, imitar las acciones de Marco Aurelio, y no le es fácil, ni indispensable, imitar las de Séptimo Severo (3). Debe, pues, tomar de éste cuantos procederes le sean necesarios para fundar y asegurar bien su Estado, y de aquél lo que hubo en su conducta de conveniente y de glorioso, para conservar un Estado ya fundado y asegurado (4).

---

(1) El serlo así es la más excelente suerte de la rueda de la fortuna (R. I.).

(2) Hay algo de bueno en cada uno de estos modelos, y es menester saber elegir. Unicamente los necios pueden atenerse a uno solo, e imitarle en todo (R. I.).

(3) ¿Quién será capaz de imitarlas? (R. I.).

(4) Perfectamente razonado y concluído. Pero todavía no puedo desistir de los procederes de Séptimo Severo (R. I.).

Digitized by Google

CAPITULO XX

SI LAS FORTALEZAS Y OTRAS MUCHAS COSAS QUE LOS PRÍNCIPES HACEN CON FRECUENCIA, SON ÚTILES O PERJUDICIALES

Para conservar con seguridad sus Estados unos creyeron necesario desarmar a sus súbditos, y otros promovieron divisiones en los países que les estaban sometidos. Unos mantuvieron enemistades contra sí mismos, y otros se consagraron a ganarse a los hombres que en el comienzo de su reinado les eran sospechosos. Unos construyeron en sus dominios fortalezas, y otros demolieron y arrasaron las que existían (1). Ahora bien, aunque no es posible formular una regla fija sobre todos estos casos, a no ser que quepa, por la consideración de algunos detalles significativos, decidirse a tomar la determinación que implique mayor cordura, hablaré, sin embargo, sobre ello del modo más extenso y más general que la materia misma permita (2).

Jamás hubo príncipe alguno nuevo que desarmara a sus

---

(1) Un mismo príncipe puede verse obligado a hacer todo eso, en el curso de su reinado, según las circunstancias y los tiempos (R. I.).

(2) Habla tú, y yo me encargo de sacar y de explicar las consecuencias prácticas (R. I.).

Digitized by Google

súbditos, y, cuando los halló desarmados, los armó siempre él mismo. Obrando así (1), las armas de sus gobernados se convirtieron en las suyas propias; los que eran sospechosos se tornaron fieles; los que eran fieles se mantuvieron en su fidelidad, y los que no eran más que sumisos se transformaron en partidarios de su reinado. Pero como el príncipe no puede armar a todos sus súbditos, aquellos a quienes arma reciben realmente un favor de él, y puede entonces obrar más seguramente con respecto a los otros (2). Por esa distinción, de que se reconocen deudores al príncipe, los primeros se le apegan y los demás le disculpan, juzgando que es menester, ciertamente, que aquéllos tengan más mérito que ellos mismos, puesto que el soberano los expone así a más peligros, y les hace contraer más obligaciones.

Cuando el príncipe desarma a sus súbditos, empieza ofendiéndoles, puesto que manifiesta que desconfía de ellos, y que les sospecha capaces de cobardía o de poca fidelidad (3). Una u otra de ambas opiniones que le supongan

---

(1) Así obraron los hábiles fautores de la Revolución Francesa. Al constituirse en amos de Francia, con la transformación que hicieron de los Estados generales en Asamblea Nacional, armaron inmediatamente al pueblo entero, para formar con él un ejército *patriótico* en provecho suyo. ¿Por qué conservaron los guardias urbanos y municipales el título de *nacionales*, que no les conviene ya hoy día? ¿Guarda cada uno de ellos a la nación entera? Menester es que, aunque gradualmente, pierdan ese improcedente título. No son, ni deben ser, más que guardias de las poblaciones y de las provincias, como exige un orden civil bueno y juicioso (R. I.).

(2) Los grandes forjadores de la Revolución Francesa no querían armar realmente más que al pueblo, y los pocos nobles a quienes dejaron introducirse en su guardia nacional, no les espantaban, pues sabían bien que no tardarían en echarlos, y que el pueblo, sabiéndose favorecido únicamente por ellos, les guardaría lealtad firme (R. I.).

(3) ¿Cómo saldrán de este difícil paso mis enemigos,

Digitized by Google

contra sí mismos engendrará el odio hacia él en sus almas. Como no puede permanecer desarmado, está obligado a valerse de la tropa mercenaria, cuyos inconvenientes he dado a conocer (1). Pero, aunque esa tropa fuera buena, no puede serlo bastante para defender al príncipe a la vez de los enemigos poderosos que tenga por de fuera, y de aquellos gobernados que le causen sobresalto en lo interior (2). Por esto, como ya dije, todo príncipe nuevo en su soberanía nueva se formó siempre una tropa suya (3). Nuestras historias presentan innumerables ejemplos de ello.

Pero cuando un soberano adquiere un Estado nuevo, que se incorpora en calidad de nuevo miembro a su antiguo principado, es preciso que lo desarme inmediatamente, no dejando armados en él más que a los hombres que en el acto de la adquisición se declararon abiertamente partidarios suyos (4), y, aun con respecto a estos mismos, le convendrá, con el tiempo, y aprovechando las ocasiones propicias, debilitar su genio belicoso, y provocar su afeminamiento progresivo (5). Debe, en suma, hacer de manera que todas las armas de su nuevo Estado permanezcan en poder de los soldados que le pertenecen a él solo, y que, de años atrás, viven en su antiguo Estado, al lado de su persona (6). Nuestros mayores, los florentinos, y princi-

---

habiendo muchos guardias nacionales que no están por ellos? (E.).

(1) Yo no los tengo de esta clase (E.).

(2) Dudo que los aliados que están en Francia puedan impedir esto, y, por otra parte, saldrán bien pronto de allí (E.).

(3) Para mis enemigos, ello les es imposible en este instante, a pesar de serles urgente. Pero retienen mi tropa, para lo cual lo soy todo aún (E.).

(4) Hice esto en Italia (R. C.).

(5) Los vi con gusto fastidiarse del servicio, y comprendí que, pasado el 1 de febrero, se cansarían de él (R. C.).

(6) Para consolidar el país conquistado, no conservo más que regimientos de cuya adhesión estoy seguro (R. C.).

Digitized by Google

palmente los que pasan por sabios, decían que para conservar a Pisa, requeríase tener en ella fortalezas, y que, para retener a Pistoya, convenía fomentar allí algunas facciones. Por tal causa, para hacer más fácil su dominación en determinados distritos, mantenían en ellos ciertas contiendas, método útil en una época en que existía algún equilibrio en Italia, pero que no juzgo tan útil hoy día, porque no creo que en una ciudad las divisiones proporcionen ningún bien (1). Hasta me parece imposible que, a la llegada de algún enemigo, las ciudades así divididas no se pierdan al punto, por cuanto de los dos partidos que encierran, el más débil se entiende siempre con las fuerzas que atacan, y el otro no es suficiente para resistir por sí solo. En mi entender, los venecianos se guiaron por las mismas consideraciones que los florentinos, para fomentar en las ciudades que dominaban las facciones de los güelfos y de los gibelinos, aunque no les dejaban propasarse en sus pendencias hasta llegar a la efusión de sangre, y únicamente alimentaban en su seno el espíritu de oposición, a fin de que, ocupados en sus rencillas los secuaces de una o de otra, no se sublevaran contra ellos. Pero se vió que esta estratagema no se convirtió en beneficio suyo (2) cuando les derrotaron en Vaila, pues una

---

(1) No debe aceptarse literalmente este raciocinio, porque, en tiempo de Maquiavelo, los ciudadanos eran soldados, en caso de ataque a su ciudad. Hoy día, para la defensa de una plaza no se cuenta con los ciudadanos, sino con las tropas que la guarnecen. Pienso, pues, como los antiguos florentinos, que es bueno mantener partidos en las ciudades y en las provincias, para ocuparlas cuando son de índole inquieta, pero a base de que ninguno de ellos se dirija contra mí (R. C.).

(2) A mí, por el contrario, me salió acertadamente. A menudo, les doy algunas leyes que sean semilla de particulares discordias, cuando quiero distraerlos de los negocios del Estado, o preparo en secreto alguna gran providencia gubernativa (R. I.).

Digitized by Google

parte de aquellas facciones cobró entonces aliento, y les arrebató sus dominios de tierra firme.

Semejantes recursos dan a conocer que el soberano adolece de alguna debilidad (1), ya que nunca, en un principado vigoroso, se tomará nadie la libertad de sostener tales divisiones, provechosas solamente en tiempo de paz, en que, por su medio, cabe dirigir más fácilmente a los súbditos, pero flojas y peligrosas, como expediente político, si sobreviene la guerra (2). Incontestablemente los príncipes son grandes, cuando superan las dificultades y las resistencias que se les oponen (3). Ahora bien: la fortuna, si quiere elevar a un príncipe nuevo, que, más que un príncipe hereditario, necesita adquirir fama, le suscita enemigos, y le inclina a varias empresas contra ellos, a fin de hacerle triunfar, y con la escala que ellos mismos le traen, subir más arriba (4). Por esto, piensan muchos que un príncipe sabio debe, siempre que le sea posible, procurarse con arte algún enemigo, para que, atacándole y reprimiéndole, provoque un aumento de su propia grandeza (5).

Los príncipes, y especialmente los nuevos, hallaron muchas veces más fidelidad y más provecho en los hombres que al principio de su reinado les eran sospechosos, que en aquellos en quienes al empezar ponían toda su confianza (6). Pandolfo Petruci, príncipe de Siena, se servía, en la gobernación de su Estado, mucho más de los que habían

---

(1) Quizá también a veces de alguna prudencia y de algún arte (R. I.).

(2) Si sobreviene la guerra, hay que distraerlos de otro modo para contentarlos (R. I.).

(3) ¿Ha podido nadie superarlas más que yo? (R. I.).

(4) Me aprovecharé de cuantas escalas se me suministren (R. I.).

(5) Maquiavelo, si viviese, se alegraría de la utilidad que saqué de este consejo (R. I.).

(6) Esto, que puede ser verdad para otros, no lo es para mí (R. I.).

Digitized by Google

sido sospechosos que de los que no se lo habían sido nunca. Pero no puede darse sobre esto una regla general, porque los casos no son siempre unos mismos (1). Me limitaré, pues, a decir que si los hombres que al comienzo de un reinado se mostraron enemigos del príncipe no son capaces de mantenerse en su posición sin apoyos, aquél podrá ganarlos fácilmente (2), y, después, tanto más obligados se verán a servirle con fidelidad cuanto más comprendan lo necesario que les es borrar con sus acciones la siniestra opinión que el soberano había formado de ellos (3). Y sacará mayor provecho de estos tales que de aquellos otros que, sirviéndole con tranquilidad en interés de sí mismos (4), descuidan el del príncipe forzosamente.

Puesto que la materia lo exige, no dejaré de recordar al príncipe que adquirió un Estado con el favor de algunos ciudadanos, que ha de considerar muy bien el motivo que les inclinó a favorecerle. Si lo hicieron, no por afecto natural a su persona, sino únicamente por no estar contentos con el Gobierno que tenían, no podrá conservar su amistad sino muy trabajosa y dificultosamente, porque le resultará casi imposible contentarlos (5). Discurriendo sobre el particular, se advierte que es más hacedero con-

---

(1) Estoy conforme (R. I.).

(2) Así gané a ciertos nobles que, por ambición o por penuria de fortuna, necesitaban puestos elevados o lucrativos, y a los emigrados a quienes abrí las puertas de Francia, y les restituí sus bienes (R. I.).

(3) ¿Qué no hicieron al efecto conmigo? (R. I.).

(4) Es menester saber turbar esta tranquilidad, cuando se sospecha que los tales afiojan, y, aunque no hubiera motivos para presumirlo, unos cuantos intempestivos arranques surten siempre buen efecto (R. I.).

(5) No me quisieron más que para que yo les colmase de beneficios, y, como son insaciables, procederían lo mismo con otro príncipe que me sustituyera. Su alma es un tonel de las Danaides, y su ambición el buitre de Prometeo (R. I.).

Digitized by Google

seguir la amistad de los hombres que se conformaban con el Gobierno anterior, aunque no gustasen de él (1), que la de aquellos otros que, siéndole contrarios (2), se declararon por este solo motivo adictos al príncipe nuevo, y le ayudaron a apoderarse del Estado (3). Los príncipes que querían conservar más seguramente el suyo acostumbraron a construir fortalezas que sirvieran de freno a quien concibiera designios contra ellos (4); y de seguro refugio a sí mismos en el primer asalto de una rebelión (5). Aplaudo esta medida, puesto que la practicaron nuestros mayores. Sin embargo, en nuestro tiempo se vió a Nicolás Viteli demoler dos fortalezas en la ciudad de Castelo, para conservarla. Guido Ubaldo, duque de Urbino, de regreso en su Estado, del que le había expulsado César Borgia, arruinó hasta sus cimientos todas las fortalezas de la próxima, para retener más fácilmente aquel Estado, si alguien quisiera quitárselo otra vez (6). Habiendo de entrar en Polonia, los Bentivoglis procedieron del mismo modo. Y es que las fortalezas son útiles o inútiles, según las circunstancias y los tiempos, y si proporcionan algún

---

(1) Ejemplo de esto son nuestros realistas moderados (R. I.).

(2) Por despecho de ambición (R. I.).

(3) Reflexión altamente poderosa (R. I.)

(4) Así se construyó el castillo de la Bastilla, de París, en el reinado de Carlos el Sabio, para asegurarse de los parisinos, y así también se construyó el castillo de la Trompeta, de Burdeos, en el reinado de Carlos VIII, para asegurarse de los bordeleses. No perdamos esto de vista (R. I.).

(5) En la primera ocasión oportuna, construiré un castillo en las alturas de Montmartre, para inspirar respeto a los habitantes de París. Por no tenerlo, se entregaron cobardemente a los aliados. El castillo de la Trompeta bastará para contener a los traidores del Garona (E.).

(6) Destruiré todas las de Italia, excepto las de Alejandría y las de Mantua, que fortificaré lo más posible (G.).

Digitized by Google

beneficio al príncipe en algunos respectos, le perjudican en otros. La cuestión puede reducirse a breves y claros términos. El príncipe que tema más a sus pueblos que a los extranjeros, debe construirse fortalezas (1). Pero el que tema más a los extranjeros que a sus pueblos, debe pasarse sin la defensa de esos baluartes. El castillo que Francisco Sforcia edificó en Milán, atrajo y atraerá a sus descendientes más guerras que cualquier otro desorden posible en aquel Estado. La mejor fortaleza con que puede contar un príncipe es no ser aborrecido de sus pueblos (2). Si le aborrecen, no le servirán de nada las fortalezas como medio de salvación (3), porque se levantarán en armas contra él y no les faltarán extranjeros que acudan en su auxilio (4). En nuestro tiempo, no hemos comprobado que las fortalezas hayan redundado en provecho de ningún príncipe. Caso único de excepción ha sido el de la condesa de Forli, después de la muerte de su esposo, el conde Jerónimo. Su ciudadela le sirvió para evitar el primer asalto de la rebelión del pueblo, para esperar sin sobresalto algunos socorros de Milán y para recuperar su Estado (5). Las circunstancias de entonces no permitían que los extranjeros fueran a ayudar al pueblo (6). Pero, más tarde, cuando César Borgia atacó a la condesa, y su pueblo, que era enemigo suyo, se reunió con el extran-

---

(1) Cuando se teme a los unos tanto como a los otros conviene a toda costa tenerlas en cuantas partes sea justificado el temor (E.).

(2) Por desgracia, si aborrecen al príncipe, le hacen a menudo más mal que bien podrán hacerle cien amigos (E.).

(3) No creo esto (E.)

(4) No puede evitarse este auxilio de los extranjeros al pueblo francés. Entonces, como entonces. ¡Hoy veríamos! (E.).

(5) Paréceme esto bastante como justificación de las fortalezas (E.).

(6) La condesa no disponía de un ejército como el mío (E.).

Digitized by Google

jero contra ella, las fortalezas le resultaron inútiles (1). Más que poseer estos baluartes expugnables le hubiera servido con el baluarte invencible del amor del pueblo (2). Así, bien considerado todo, elogiaré tanto al que haga fortalezas como al que no las haga. Pero censuraré a los que, fiándose demasiado en ellas, tengan el odio del pueblo por cosa de poca monta (3).

---

(1) Créolo muy bien, si no tenía más que eso para defenderse (E.).

(2) ¿El amor del pueblo? Maquiavelo se vuelve cargante insistiendo en esta puerilidad. Las fortalezas eficaces reemplazan perfectamente aquel amor (E.).

(3) Puedes alabarme anticipadamente (E.).

Digitized by Google

CAPITULO XXI

CÓMO DEBE CONDUCIRSE UN PRÍNCIPE PARA ADQUIRIR ALGUNA CONSIDERACIÓN

Nada granjea más estimación a un príncipe que las grandes empresas y las acciones raras y maravillosas (1). De ello nos presenta nuestra edad un admirable ejemplo en Fernando V, rey de Aragón y actualmente monarca de España. Podemos mirarle casi como a un príncipe nuevo (2), porque, de rey débil que era, llegó a ser el primer monarca de la cristiandad, por su fama y por su gloria (3). Pues bien: si consideramos sus empresas las hallaremos todas sumamente grandes, y aun algunas nos parecerán extraordinarias (4). Al comenzar a reinar, asaltó el reino de Granada (5), y esta empresa sirvió de punto de partida a su grandeza. Por de contado, la había iniciado sin temor a hallar estorbos que se la obstruyesen, por cuanto su pri-

(1) Con ellas me he elevado, y únicamente con ellas conseguiré mantenerme en mi altura. Si no hubiese otras nuevas, que sobrepujasen a las anteriores, decaería (R. I.).

(2) Los hay de muchas especies (E.).

(3) Yo también llegaré a serlo (E.).

(4) No más que las mías (R. I.).

(5) Me convendrá hacer otro tanto con el reino español entero (R. C.)

Digitized by Google

mer cuidado había sido tener ocupado en aquella guerra el ánimo de los nobles de Castilla. Haciéndoles pensar incesantemente en ella, les distraía de cavilar y maquinar innovaciones durante ese tiempo, y por tal arte adquiría sobre ellos, sin que lo echasen de ver, mucho dominio, y se proporcionaba suma estimación (1). Pudo en seguida, con el dinero de la Iglesia y de los pueblos, sostener ejércitos, y formarse, por medio de la guerra tan larga, buenas tropas, lo que redundó en pro de su celebridad como capitán (2). Además, alejando siempre el pretexto de la religión, para poder llevar a efecto mayores hazañas, recurrió al expediente de una crueldad devota, y expulsó a los moros de su reino, que quedó así libre de su presencia (3). No cabe imaginar nada más cruel, y a la vez más extraordinario, que lo que ejecutó en ocasión semejante. Después, bajo la misma capa de religión, se dirigió contra Africa, emprendió la conquista de Italia, y acaba de atacar recientemente a Francia. Concertó de continuo grandes cosas, que llenaron de admiración a sus pueblos, y que conservaron su espíritu preocupado por las resultas que podían traer (4). Hasta hizo seguir unas empresas de otras

---

(1) **Mis circunstancias se diferenciaban demasiado de las suyas en mi empresa contra España para que tuvieran en mi Imperio iguales victorias. Por lo demás, me podía pasar sin ello (R. I.).**

(2) **Fernando fué más feliz que yo, o tuvo ocasiones más favorables. Yo hube de hacer obrar a mi hermano. (¡Ah, qué hermano!) ¿No fué como si yo mismo obrara? (R. I.)**

(3) **Mi devoción al Concordato no pudo autorizarme más que para expulsar a los sacerdotes que se habían mostrado, y se mostraban todavía, reacios a los juramentos y a las promesas, por serme únicamente necesarios los muy dóciles y muy jesuíticos. De cuando en cuando vejaré por cálculo a los padres de la fe. Fesche los protegerá, y ellos le harán Papa (R. C.)**

(4) **No podrá menos de serme utilísimo el tener siempre embobados a mis pueblos, dándoles continuamente que ha-**

Digitized by Google

en grado tamaño (1), que no dejaron tiempo a sus gobernados ni siquiera para respirar, cuanto menos para urdir trama alguna contra él (2).

Es también un expediente muy provechoso para el príncipe que imagine, en la gobernación interior de su Estado, cosas singulares (3), como las que se cuentan de Barnabó Visconti de Milán. Cuando sucede que una persona realizó, en el orden civil, una acción poco común, ya en bien, ya en mal, es menester encontrar, para premiarla (4), o para castigarla (5), un modo notable, que dé al público amplio tema de conversación. El príncipe debe, ante todas las cosas, ingeniarse para que cada una de sus operaciones políticas se ordene a procurarle nombradía de grande hombre y de soberano de superior ingenio (6). Y asimismo se hace estimar, cuando es resueltamente amigo o enemigo de los príncipes puros, es decir, cuando sin timidez se declara resueltamente en favor del uno o del otro (7). Esta resolución es siempre más conveniente que la de permanecer neutral (8), porque si dos potencias de su vecindad se

---

blar sobre mis triunfos o sobre mis miras, engrandecidas por el genio de la ambición (R. C.)

(1) A ello me dediqué especialmente en mis tratados de paz, haciendo insertar siempre en ellos alguna cláusula propia, para engendrar el pretexto de una nueva e inmediata guerra (R. I.).

(2) Es también uno de mis fines, en la atropellada sucesión de mis empresas (R. I.)

(3) Pero conviene, ciertamente, que estas cosas deslumbren por su fausto, y que no estén desnudas enteramente de algunos visos de utilidad pública (R. I.).

(4) Tal ha sido la institución de mis premios decenales (R. I.).

(5) En este punto, nada nuevo puede inventarse ya (R. I.).

(6) Te comprendo, florentino, y me conformo con tus consejos (R. I.)

(7) Salvo el hacer después el contrapunto (R. C.).

(8) Permanecer neutral es indicio de la mayor debilidad posible de armas y de carácter (R. C.).

Digitized by Google

declaran la guerra entre sí, no es posible que ocurra más que uno de estos dos casos: o que, vencedora la una, tenga motivo para temerla después, o que ninguna de ellas sea propia para infundirle semejante temor (1). En un caso, como en el otro, le convendrá declarar guerra franca a alguna de ellas (2). En el primero, si no la declara, será el despojo del vencedor (3), lo que agradará en gran manera al vencido (4), y no hallará a ninguno que se compadezca de él, ni que vaya a socorrerle, ni siquiera que le ofrezca un asilo. El vencedor no quiere amigos sospechosos, que no le auxilien en la adversidad, y el vencido no acogerá al neutral, puesto que se negó a tomar las armas, para correr las contingencias de su fortuna (5). Habiendo pasado Antioco a Grecia, de donde le llamaban los etolios, para echar de allí a los romanos, envió un embajador a los acayos, para inducirles a permanecer neutrales, mientras rogaban a los otros que se armasen en favor suyo. Esto fué materia de una deliberación en los consejos de los acayos. El enviado de Antioco insistía en que se resolviesen a la neutralidad. Pero el diputado de los romanos, que estaba presente, le refutó por el siguiente tenor: "Se os dice que el partido más sabio para vosotros, y más útil para vuestro Estado, es que no intervengáis en la guerra que hacemos, en lo cual se os engaña (6). No podéis tomar

---

(1) Yo no temo a ninguna en particular, y las mantendré divididas hasta que pueda reunirlas a mí (R. C.).

(2) No hay otro recurso que éste (R. I.).

(3) Por eso, los neutrales de las ligas anteriores fueron despojo mío (R. I.).

(4) Disposición de ánimo de que me aprovecho siempre a costa suya (R. I.).

(5) Buena reflexión para los príncipes que no se me parecen, y particularmente para los que no tuvieren nunca, para hacerla, juicio bastante sano (R. I.).

(6) Así obligaré a hablar a los príncipes de Alemania, cuando se trate de mi famosa expedición a Rusia. A los demás les haré marchar sin necesidad de ello (R. I.).

Digitized by Google

resolución más contraria a vuestros intereses, porque, si no intervenís en nuestra guerra, privados entonces de toda consideración, e indignos de toda gracia, infaliblemente serviréis de premio al vencedor." Note bien el príncipe que quien le pide la neutralidad no es amigo, y que lo es, por el contrario, quien solicita que se declare en su favor, y que tome las armas en defensa de su causa. Los príncipes irresolutos que quieren evitar los peligros del momento retrasan a menudo el rompimiento de su neutralidad, pero también a menudo caminan hacia su ruina (1). Cuando el príncipe se declara generosamente en favor de una de las potencias beligerantes, si triunfa aquella a la que se une, aunque ella posea una gran fuerza, y él quede a discreción suya, no tiene por qué temerla, pues le debe algunos favores, y le habrá cogido afecto. Los hombres, en ocasiones tales, no son lo bastante cínicos para dar ejemplo de la enorme ingratitud que habría en oprimir al que les ayudó (2). Por otra parte, los triunfos nunca son tan prósperos que dispensen al vencedor de tener algún miramiento a la justicia (3). Si, por el contrario, es derrotado aquel a quien el príncipe se une, conservará su consideración, contará con su socorro, en caso posible para él, y será el compañero de su fortuna, que puede mejorar algún día (4).

En el segundo caso, esto es, cuando las potencias que luchan una contra otra son tales que el príncipe nada ten-

---

(1) Se mostraron risibles, y por eso deberían considerarse como perdidos (R. I.).

(2) ¿Valían, pues, los hombres de entonces más que los de ahora, en que semejantes consideraciones no sirven para nada? Nuestro siglo de luces dilató maravillosamenc la esfera de la ciencia política (R. I.).

(3) Cada cual entiende la justicia a su modo (R. I.).

(4) Consuelo bueno únicamene para príncipes de poca monta (R. I.).

Digitized by Google

CAPITULO XV

DE LAS COSAS POR LAS QUE LOS HOMBRES, Y ESPECIALMENTE LOS PRÍNCIPES, SON ALABADOS O CENSURADOS

Conviene ahora ver cómo debe conducirse un príncipe con sus amigos y con sus súbditos. Muchos escribieron ya sobre esto, y, al tratarlo yo con posterioridad, no incurriré en defecto de presunción, pues no hablaré más que con arreglo a lo que sobre esto dijeron ellos (1). Siendo mi fin hacer indicaciones útiles para quien las comprenda, he tenido por más conducente a este fin seguir en el asunto la verdad real (2), y no los desvaríos de la imaginación (3). porque muchos concibieron repúblicas y principados, que jamás vieron, y que sólo existían en su fantasía acalorada (4). Hay tanta distancia entre saber cómo

---

(1) Primera advertencia que ha de tomarse en consideración, para comprender bien a Maquiavelo (R. C.).

(2) Es preciso siempre ver las cosas tales como son en realidad, y no tales como nos las imaginamos (R. C.).

(3) En la práctica, los desvaríos de Platón no valen mucho más que los de Rousseau (R. C.).

(4) Con arreglo a estas utopías juzgan a los estadistas los visionarios de la filosofía y de la moral (R. C.).

Digitized by Google

viven los hombres, y cómo debieran vivir, que el que para gobernarlos aprende el estudio de lo que se hace, para deducir lo que sería más noble y más justo hacer, aprende más a crear su ruina que a preservarse de ella, puesto que un príncipe que a toda costa quiere ser bueno, cuando de hecho está rodeado de gentes que no lo son (1), no puede menos de caminar hacia un desastre. Por ende, es necesario que un príncipe que desee mantenerse en su reino, aprenda a no ser bueno en ciertos casos, y a servirse o no servirse de su bondad, según que las circunstancias lo exijan (2).

Dejando, pues, a un lado las utopías en lo concerniente a los Estados, y no tratando más que de las cosas verdaderas y efectivas, digo que cuantos hombres atraen la atención de sus prójimos, y muy especialmente los príncipes, por hallarse colocados a mayor altura que los demás, se distinguen por determinadas prendas personales, que provocan la alabanza o la censura. Uno es mirado como liberal y otro como *miserable,* en lo que me sirvo de una expresión toscana, en vez de emplear la palabra avaro, dado que en nuestra lengua un avaro es también el que tira a enriquecerse con rapiñas, mientras que llamamos miserable únicamente a aquel que se abstiene de hacer uso de lo que posee. Y para continuar mi enumeración añado: uno se reputa como generoso, y otro tiene fama de rapaz; uno pasa por cruel, y otro por compasivo; uno por carecer de lealtad, y otro por ser fiel a sus promesas; uno por afeminado y pusilánime, y otro por valeroso y feroz; uno por humano, y otro por soberbio; uno por casto, y otro por lascivo; uno por dulce y flexible, y otro por duro e intolerante; uno por grave, y

(1) Si todos no son malos, los que lo son utilizan de tal suerte los recursos de su actividad, que hacen como si todos lo fueran, y los más perversos aparentan muy bien a menudo ser los mejores (R. C.).

(2) Dígase lo que se quiera, lo esencial para el príncipe, en un estado, es conservarlo, y mantener en él el orden (R. C.).

Digitized by Google

otro por ligero; uno por creyente y religioso, y otro por incrédulo e impío, etc. (1).

Sé (y cada cual convendrá en ello) que no habría cosa más deseable y más loable que el que un príncipe estuviese dotado de cuantas cualidades buenas (2) he entremezclado con las malas que le son opuestas. Pero como es casi imposible que las reúna todas, y aun que las ponga perfectamente en práctica, porque la condición humana no lo permite, es necesario que el príncipe sea lo bastante prudente para evitar la infamia de los vicios que le harían perder su corona, y hasta para preservarse, si puede, de los que no se la harían perder (3). Si, no obstante, no se abstuviera de los últimos, quedaría obligado a menos reserva, abandonándose a ellos (4). Pero no tema incurrir en la infamia aneja a ciertos vicios si no le es dable sin ellos conservar su Estado, ya que, si pesa bien todo, hay cosas que parecen virtudes, como la benignidad y la clemencia, y, si las observa, crearán su ruina, mientras que otras que parecen vicios, si las practica, acrecerán su seguridad y su bienestar.

---

(1) ¡Elegid, si podéis! (R. C.).
(2) Luis XVI las reunía todas, y, sin embargo, acabó perdiendo su trono y su cabeza (R. I.).
(3) Consejo de moralista (R. I.).
(4) Cuanto a esto, me burlo del *qué dirán* (R. I.).

Digitized by Google

CAPITULO XVI

DE LA LIBERALIDAD Y DE LA AVARICIA

Comenzando por la primera de estas prendas, reconozco cuán útil resultaría al príncipe ser liberal. Sin embargo, la liberalidad que impidiese le temieran, seríale perjudicial en grado sumo. Si la ejerce con prudencia y de modo que no lo sepan (1), no incurrirá por ello en la infamia del vicio contrario. Pero, como el que quiere conservar su reputación de liberal no puede abstenerse de parecer suntuoso, sucederá siempre que un príncipe que aspira a semejante gloria, consumirá todas sus riquezas en prodigalidades, y al cabo, si pretende continuar pasando por liberal, se verá obligado a gravar extraordinariamente a sus súbditos, a ser extremadamente fiscal, y a hacer cuanto sea imaginable para obtener dinero. Ahora bien: esta conducta comenzará a tornarlo odioso a sus gobernados (2), y, empobreciéndose así más y más, perderá la estimación de cada uno de ellos, de tal suerte que después de haber perjudicado a muchas personas para ejercitar una liberalidad que no ha favorecido más que a un cortísimo número de ellas, sentirá vivamente la prime-

(1) Es también muy evangélico esto. ¿De qué serviría ser liberal, si no lo fuera uno por interés vanidoso? (R. C.).

(2) Algo de esto me atañe a mí, pero recobraré la estimación con engañosas hazañas (R. I.).

Digitized by Google

ra necesidad (1) y peligrará al menor riesgo (2). Y, si reconoce entonces su falta, y quiere mudar de conducta, se atraerá repentinamente el oprobio anejo a la avaricia (3).

No pudiendo, pues, un príncipe, sin que de ello le resulte perjuicio, ejercer la virtud de la liberalidad de un modo notorio, debe, si es prudente, no inquietarse de ser notado de avaricia, porque con el tiempo le tendrán más y más por liberal, cuando observen que, gracias a su parsimonia, le bastan sus rentas para defenderse de cualquiera que le declare la guerra, y para acometer empresas, sin gravar a sus pueblos (4). Por tal arte, ejerce la liberalidad con todos aquellos a quienes no toma nada, y cuyo número es inmenso, al paso que no es avaro más que con aquellos a quienes no da nada, y cuyo número es poco crecido (5). ¿Por ventura no hemos visto, en estos tiempos, que solamente los que pasaban por avaros lograron grandes cosas, y que los pródigos quedaron vencidos? El Papa Julio II, después de haberse servido de la fama de liberal para llegar al Pontificado (6), no pensó posteriormente (especialmente al habilitarse para pelear contra el rey de Francia) en conservar ese renombre. Sostuvo muchas guerras, sin imponer un solo tributo extraordi-

---

(1) Iré en busca de dinero, a todos los países extranjeros (R. I.).

(2) ¡Ave de mal agüero, has mentido en esto! (R. I.).

(3) Apenas me inquietaría yo de ello (R. I.).

(4) ¡Animo apocado! (R. I.).

(5) ¡Pobre hombre! (R. I.).

(6) La palabra *liberalidad* me sirvió de mucho, pero tomada metafóricamente. Las expresiones de sentimientos *liberales* y de modo de pensar *liberal*, que, ciertamente, no arruinan, y que embelesan a los ideólogos, son, en realidad, de mi invención. Forjado por mí este talismán, no aprovechará nunca más que a mi causa, y abogará siempre por mi reinado, aun en poder de los que me destronaron (E.).

Digitized by Google

nario, y su continua economía le suministró cuanto era necesario para gastos superfluos (1). El actual monarca español (Fernando, rey de Aragón y de Castilla) no habría llevado a feliz término tan famosas empresas, ni triunfado en tantas ocasiones, si hubiera sido liberal (2). Así, un príncipe que no quiera verse obligado a despojar a sus gobernados, ni que le falte nunca con qué defenderse, ni sufrir pobreza y miseria, ni necesitar ser rapaz, debe temer poco incurrir en la reputación de avaro, puesto que su avaricia es uno de los vicios que aseguran su reinado (3). Si alguien me objetara que César consiguió el Imperio con su liberalidad (4) y que otros muchos llegaron a puestos elevadísimos porque pasaban por liberales, responderíale yo que, o estaban en camino de adquirir un principado, o lo habían adquirido ya. En el primer caso, hicieron bien en pasar por liberales (5), y, en el segundo, les hubiese sido perniciosa la liberalidad. César era uno de los que querían conseguir el principado de Roma. Pero, si hubiera vivido algún tiempo después de haberlo logrado, y no moderado sus dispendios costosos, había destruído el Imperio.

¿Esforzarán que con sus ejércitos hicieron grandes cosas, y que tenían, sin embargo, nombradía de muy liberales? (6). Replico que, o el príncipe dispersa sus propios bienes y los de sus súbditos, o dispone de los bienes ajenos. En el primer caso, debe ser económico, y, en el

---

(1) ¡Idea mezquina! (R. I.).

(2) ¡Tontería! (R. I.).

(3) No es éste el vicio con que contaría más (R. I.).

(4) Mis generales saben lo que les dí al principio (después de mi primera campaña de Italia), para más tarde llegar al punto de conferirles mariscalatos, ducados y hasta reinos (R. I.).

(5) Yo lo fuí en palabra y en acciones. ¡A cuántos necios no se engaña con el falso oropel de las ideas liberales! (R. C.).

(6) ¡No tardarás en juzgarme! (R. C.).

Digitized by Google

segundo, no debe omitir ninguna especie de liberalidad (1). El príncipe que, con sus ejércitos, va a efectuar saqueos, y a llenarse de botín, y a apoderarse de los caudales de los vencidos, está obligado a ser pródigo con sus soldados, que no le seguirían sin ese estímulo (2). Puede entonces mostrarse ampliamente generoso, puesto que da lo que no es suyo, ni de sus soldados, como lo hicieron Ciro, Alejandro, César (3), y ese dispendio que en semejante ocasión hace con los bienes ajenos, lejos de dañar a su reputación, le agrega una más resaltante (4). Lo único que puede perjudicarle es gastar sus propios bienes, porque nada hay que agote tanto como la liberalidad desmedida. Mientras la ejerce, pierde poco a poco la facultad misma de ejercerla, se torna pobre y despreciable (5), y, cuando quiere evitar su ruina total por la tacañería, se hace rapaz y odioso (6). Ahora bien: uno de los inconvenientes mayores de que un príncipe ha de precaverse, es el de ser menospreciado y aborrecido. Y, conduciendo a ello la liberalidad, concluyo que la mejor sabiduría es no temer la reputación de avaro, que no produce más que infamia sin odio, antes que verse, por el gusto de gozar renombre de liberal, en el brete de incurrir en la nota de rapacidad, cuya infamia va acompañada siempre del odio público (7).

---

(1) ¿Quién lo hizo mejor que yo? (R. I.).

(2) He aquí el secreto de la licencia que dejé para las devastaciones y para los pillajes. Daba a mis soldados cuanto podían tomar, de donde su inmutable apego a mi persona (E.).

(3) Y yo (R. I.).

(4) Que sirve para aumentar la otra (R. I.).

(5) Ello sólo ocurre cuando no se sabe inventar otros medios de abastecerse (R. I.).

(6) Esto no me inquieta (R. I.).

(7) Poco me importa, en fin de cuentas. Como compensación al odio público, tendré el amor de mis soldados y el aprecio de mis prefectos, de mis senadores, etc. (R. I.).

Digitized by Google

CAPITULO XVII

DE LA CLEMENCIA Y DE LA SEVERIDAD, Y SI VALE MÁS SER AMADO QUE TEMIDO

Descendiendo a las otras prendas de que he hecho mención, digo que todo príncipe ha de desear que se le repute por clemente y no por cruel. Advertiré, sin embargo, que debe temer en todo instante hacer mal uso de su clemencia (1). César Borgia pasaba por cruel, y su crueldad, no obstante, reparó los males de la Romaña, extinguió sus divisiones, restableció allí la paz, y consiguió que el país le fuese fiel (2). Si profundizamos bien su conducta, veremos que fué mucho más clemente que lo fué el pueblo florentino cuando permitió la ruina de Pistoya, para evitar la reputación de crueldad en orden a las familias Panciatici y Cancellieri, que tenían a la ciudad dividida en dos partidos y enteramente asolada con sus contiendas. Y es que al príncipe no le conviene dejarse llevar por el te-

---

(1) Ello sucede siempre que alcanza uno la gloria de la clemencia con exageradas pretensiones (E.).

(2) No cesan mis enemigos de clamar que este Borgia era un monstruo de que había que apartar la vista, a fin de que no aprendan de él lo que desconcertaría mis planes (E.).

Digitized by Google

mor de la infamia inherente a la crueldad, si necesita de ella para conservar unidos a sus gobernados e impedirles faltar a la fe que le deben (1), porque, con poquísimos ejemplos de severidad, será mucho más clemente que los que por lenidad excesiva toleran la producción de desórdenes, acompañados de robos y de crímenes, dado que estos horrores ofenden a todos los ciudadanos, mientras que los castigos que dimanan del jefe de la nación no ofenden más que a un particular (2). Por lo demás, a un príncipe nuevo le es dificilísimo evitar la fama de cruel (3), a causa de que los Estados nuevos están llenos de peligros. Virgilio disculpa la inhumanidad del reinado de Dido, observando que su Estado era un Estado naciente (4), puesto que hace decir a aquella soberana:

Res dura et regni novitus me talia cognut
Moliri, et late fines custode tueri.

Un tal príncipe no debe, sin embargo, creer de ligero en el mal de que se le avisa, sino que debe siempre obrar con gravedad suma y sin él mismo atemorizarse (5). Su obligación es proceder moderadamente, con prudencia y aun con humanidad, sin que mucha confianza le haga imprévido, y mucha desconfianza le convierta en un hombre insufrible (6). Y aquí se presenta la cuestión de saber si

---

(1) Guárdate bien de decir esto a mis enemigos, que, por otra parte, parecen poco dispuestos a comprenderte (E.).

(2) Necesito que todos los particulares queden ofendidos, aun a costa de la impunidad de algunos de ellos (E.).

(3) A pesar de ser mis enemigos nuevos, y nuevo su Estado, ¡quieren no pasar más que por clementes! (E.).

(4) Por dicha, no es Virgilio el poeta que más agrada al común de los hombres (E.).

(5) Cosa es ésta más fácil de decir que de hacer (R. C.).

(6) ¡Sublime! ¡Perfecto! (R. C.).

Digitized by Google

vale más ser temido que amado (1). Respondo que convendría ser una y otra cosa juntamente, pero que, dada la dificultad de este juego simultáneo, y la necesidad de carecer de uno o de otro de ambos beneficios, el partido más seguro es ser temido antes que amado (2).

Hablando *in genere*, puede decirse que los hombres son ingratos, volubles, disimulados, huidores de peligros y ansiosos de ganancias. Mientras les hacemos bien y necesitan de nosotros, nos ofrecen sangre, caudal, vida e hijos, pero se rebelan cuando ya no les somos útiles. El príncipe que ha confiado en ellos (3), se halla destituído de todos los apoyos preparatorios, y decae, pues las amistades que se adquieren, no con la nobleza y la grandeza de alma (4), sino con el dinero, no son de provecho alguno en los tiempos difíciles y penosos, por mucho que se las haya merecido. Los hombres se atreven más a ofender al que se hace amar que al que se hace temer (5), porque el afecto no se retiene por el mero vínculo de la gratitud, que, en atención a la perversidad ingénita de nuestra condición, toda ocasión de interés personal llega a romper, al paso que el miedo a la autoridad política se mantiene siempre con el miedo al castigo inmediato, que no abandona nunca a los hombres (6). No obstante, el príncipe que se hace temer, sin al propio tiempo hacerse amar, debe evitar que le aborrezcan (7), ya que cabe inspirar un temor saludable y exento de odio, cosa que logrará

---

(1) ¡Esto no es una cuestión para mí! (R. C.).

(2) Me basta con uno de estos dos beneficios (R. C.).

(3) ¡Buen billete tiene Lachâtre! (E.).

(4) Pero convendría saber en qué consisten esa nobleza y esa grandeza de alma, tratándose del príncipe de un Estado tan dificultoso (E.).

(5) Mis enemigos creen todo lo contrario (E.).

(6) Preciso es que el príncipe los castigue de continuo (R. C.).

(7) ¡Arduo y complicado caso, por cierto! (R. I.).

Digitized by Google

con sólo abstenerse de poner mano en la hacienda de sus soldados y de sus súbditos, así como de despojarles de sus mujeres, o de atacar al honor de éstas (1). Si le es indispensable derramar la sangre de alguien, no debe determinarse a ello sin suficiente justificación y patente delito (2). Pero, en tal caso, ha de procurar, ante todo, no incautarse de los bienes de la víctima (3), porque los hombres olvidan más pronto la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio (4). Si sus inclinaciones le llevasen a raptar la propiedad del prójimo, le sobrarán ocasiones para ello, pues el que comienza viviendo de rapiñas, encontrará siempre pretextos para apoderarse de lo que no es suyo (5), al paso que las ocasiones de derramar la sangre de sus gobernados son más raras, y le faltan más a menudo (6).

Cuando el príncipe esté con sus tropas y tenga que gobernar a miles de soldados, no debe preocuparle adquirir fama de cruel, ya que, sin esta fama, no logrará conservar un ejército unido, ni dispuesto para cosa alguna (7). Entre las acciones más admirables de Aníbal, resalta la que, mandando un ejército integrado por hombres de los países más diversos, y que iba a pelear en tierra extra-

---

(1) **Maquiavelo restringe demasiado las prerrogativas de los príncipes (R. I.).**

(2) **Cuando no hay delito real, lo forja uno. Para mis grandes providencias gubernativas, dispongo de hombres más sabios que Gabriel Naudé (R. C.).**

(3) **Es el único chasco que me ha dado la carta promulgada por mis enemigos (E.).**

(4) **Observación profunda, que se había escapado a mi penetración (E.).**

(5) **Esta facilidad de encontrar pretextos es una de las ventajas de mi autoridad (R. C.).**

(6) **¡Ignorante Maquiavelo! No sabía que las ocasiones las provoca uno mismo (R. C.).**

(7) **Así empecé procediendo yo, para hacer marchar a Italia el ejército cuyo mando se me confirió en 1796 (G.).**

Digitized by Google

ña (1), su conducta fué tal que en el seno de aquel ejército, tanto en la favorable como en la adversa fortuna, no hubo la menor disensión entre los soldados ni la más leve iniciativa de sublevación contra su jefe (2). Ello no pudo provenir sino de su despiadada inhumanidad, que, juntada a las demás dotes suyas, que eran muchas y excelentes, le hizo respetable por el terror para sus hombres de armas, y, sin su crueldad, no hubieran bastado las demás partes de su persona para obtener tal efecto (3). Poco reflexivos se muestran los escritores que, a la vez que admiran sus proezas, vituperan la causa principal que las produjo (4). Para convencerse de que las demás virtudes suyas le hubieran resultado insuficientes en última instancia, basta recordar el ejemplo de Escipión, hombre extraordinario si los hubo, no sólo en su tiempo, mas también en cuantas épocas sobresalientes conmemora la Historia (5). En España, sus ejércitos se sublevaron contra él únicamente a causa de su mucha clemencia, que dejaba a sus guerreros más libertad que la que la disciplina militar podía permitir (6). De tan extremada clemencia le reconvino en pleno Senado Fabio, acusándole de corruptor de la milicia romana, y alegando que destruídos los locrios por un lugarteniente de Escipión, éste no los había vengado, ni castigado siquiera la insolencia de dicho lugarteniente. Todo esto derivaba de su natural blando y flexible, que él llevó hasta el punto de que, al disculparse de ello en el Senado, dijo que muchos hombres sabían mejor no cometer faltas que corregir las de los demás (7). Si

---

(1) El mío no presentaba menos elementos de discordia, cuando le hice entrar en Italia (G.).

(2) Puede decirse otro tanto del mío (G.).

(3) ¡Indiscutible! (G.).

(4) ¡Así nos juzgan siempre! (G.).

(5) Admiración muy necia (G.).

(6) Esa libertad sólo debe dejarse cuando redunda en beneficio propio (G.).

(7) Lo segundo vale más que lo primero (G.).

Digitized by Google

con semejante temperamento, hubiera conservado el mando, habría alterado a la larga su reputación y su nombradía. Pero, como laboró después bajo la fiscalización del Senado, desapareció de su carácter cualidad tan perniciosa, y aun la memoria que de ella se hacía, fué causa de que se convirtiese en gloria suya (1). De donde infiero que amando los hombres a su voluntad y temiendo a la del príncipe, debe el último, si es cuerdo, fundarse en lo que depende de él (2), no en lo que depende de los otros, y únicamente ha de evitar que se le aborrezca (3), como llevo dicho.

---

(1) ¡Extravagante gloria! (G.).
(2) Es siempre lo más seguro (R. C.).
(3) A no ser que esto dé mucho trabajo y sea fuente de estorbo (R. C.).

Digitized by Google

CAPITULO XVIII

DE QUÉ MODO DEBEN GUARDAR LOS PRÍNCIPES LA FE DADA

¡Cuán digno de alabanza es un príncipe cuando mantiene la fe que ha jurado, cuando vive de un modo íntegro y cuando no usa de doblez en su conducta! (1). No hay quien no comprenda esta verdad (2), y, sin embargo, la experiencia de nuestros días muestra que varios príncipes, desdeñando la buena fe y empleando la astucia para reducir a su voluntad el espíritu de los hombres (3), realizaron grandes empresas (4) y acabaron por triunfar de los que procedieron en todo con lealtad (5). Es necesario que el príncipe sepa que dispone, para defenderse, de dos recursos: la ley y la fuerza. El primero es propio de hombres, y el segundo corresponde esencialmente a los

---

(1) Al admirar hasta este punto la honradez, la franqueza y la buena fe, Maquiavelo no parece ya un estadista (G.).

(2) De hecho, sólo la comprende el vulgo (G.).

(3) Arte que puede perfeccionarse todavía (G.).

(4) Los magnos ejemplos obligan a Maquiavelo a discurrir conforme a mi modo de dar otros semejantes (G.).

(5) Los tontos están en el mundo para favorecer nuestros gastos secretos (G.).

Digitized by Google

animales. Pero, como a menudo no basta el primero, es preciso recurrir al segundo (1). Le es, por ende, indispensable a un príncipe hacer buen uso de uno y de otro, ya simultánea, ya sucesivamente. Tal es lo que con palabras encubiertas enseñaron los antiguos autores a los príncipes, cuando escribieron que muchos de ellos, y particularmente Aquiles, fueron confiados en su niñez al centauro Chiron, para que les criara y les educara bajo su disciplina (2). Esta alegoría no significa otra cosa sino que tuvieron por preceptor a un maestro que era mitad hombre y mitad bestia, o sea que un príncipe necesita utilizar a la vez o intermitentemente de una naturaleza y de la otra, y que la una no duraría, si la otra no la acompañara.

Desde que un príncipe se ve en la precisión de obrar competentemente conforme a la índole de los brutos, los que ha de imitar son el león y la zorra, según los casos en que se encuentre. El ejemplo del león no basta, porque este animal no se preserva de los lazos, y la zorra sola no es suficiente, porque no puede librarse de los lobos. Es necesario, por consiguiente, ser zorra, para conocer los lazos, y león, para espantar a los lobos (3); pero los que toman por modelo al último animal no entienden sus intereses (4). Cuando un príncipe dotado de prudencia advierte que su fidelidad a las promesas redunda en su perjuicio, y que los motivos que le determinaron a hacerlas, no existen ya, ni puede, ni siquiera debe guardarlas, a no ser que consienta en perderse (5). Y obsérvese que, si todos los hombres fuesen buenos, este precepto sería detestable (6). Pero, como son malos, y no observarían su

---

(1) Es el mejor, puesto que el soberano no trata más que con bestias (R. C.).

(2) Explicación que nadie había sabido dar antes de Maquiavelo (G.).

(3) Verdad indiscutible en la aplicación que a la política hace de ella Maquiavelo (G.).

(4) Con todo, el modelo es admirable (G.).

(5) En casos tales, no cabe tomar otro partido (G.).

(6) ¡Retractación pública de moralista! (G.).

Digitized by Google

fe respecto al príncipe, si de incumplirla se presentara la ocasión, tampoco el príncipe está obligado a cumplir la suya, si a ello se viese forzado (1). Nunca faltan razones legítimas a un príncipe para cohonestar la inobservancia (2) de sus promesas, inobservancia autorizada en algún modo por infinidad de ejemplos demostrativos de que se han concluído muchos felices tratados de paz, y se han anulado muchos empeños funestos, por la sola infidelidad de los príncipes a su palabra (3). El que mejor supo obrar como zorra, tuvo mejor acierto.

Pero es menester saber encubrir ese proceder artificioso y ser hábil en disimular y en fingir (4). Los hombres son tan simples, y se sujetan a la necesidad en tanto grado, que el que engaña con arte, halla siempre gente que se deje engañar (5). No quiero pasar en silencio un ejemplo fehacientísimo. El Papa Alejandro VI no hizo jamás otra cosa que engañar a sus prójimos, pensando incesantemente en los medios de inducirles a error, y encontró siempre ocasiones de poderlo hacer (6). No hubo nunca nadie que conociera mejor el arte de las protestas persuasivas ni que afirmara una cosa con juramentos más respetables, ni que a la vez cumpliera menos lo que había prometido. A pesar de que todos le consideraban como un trapacero, sus engaños le salían siempre al tenor de

---

(1) *Par pari refertur* (G.).

(2) Dispongo de hombres ingeniosos para el caso (R. I.).

(3) Por mucho escándalo que esto produzca, a la larga redunda en bien de los gobernados (R. I.).

(4) Los más astutos no podrían negarme esta habilidad, y el Papa daría noticia de ella (R. C.).

(5) El mundo está compuesto de necios, y, entre la multitud esencialmente crédula, se encontrarán pocas personas que duden, aunque no se atrevan a decirlo (R. C.).

(6) Las ocasiones no faltan (R. C.).

Digitized by Google

sus designios, porque, con sus estratagemas, sabía dirigir a los hombres (1).

No hace falta que un príncipe posea todas las virtudes de que antes hice mención, pero conviene que aparente poseerlas. Hasta me atrevo a decir que, si las posee realmente, y las practica de continuo, le serán perniciosas a veces, mientras que, aun no poseyéndolas de hecho, pero aparentando poseerlas, le serán siempre provechosas (2). Puede aparecer manso, humano, fiel, leal, y aun serlo (3). Pero le es menester conservar su corazón en tan exacto acuerdo con su inteligencia que, en caso preciso, sepa variar en sentido contrario. Un príncipe, y especialmente uno nuevo, que quiera mantenerse en su trono, ha de comprender que no le es posible observar con perfecta integridad lo que hace mirar a los hombres como virtuosos, puesto que con frecuencia, para mantener el orden en su estado, se ve forzado a obrar contra su palabra, contra las virtudes humanitarias o caritativas y hasta contra su religión (4). Su espíritu ha de estar dispuesto a tomar el giro que los vientos y las variaciones de la fortuna exijan de él, y, como expuse más arriba, a no apartarse del bien, mientras pueda (5), pero también a saber entrar en el mal, cuando no queda otro recurso. Debe cuidar mucho de ser circunspecto, para que cuantas palabras salgan de su boca, lleven impreso el sello de las virtudes mencionadas, y para que, tanto viéndole, como oyéndole, le crean enteramente lleno de buena fe, ente-

---

(1) ¡Tremendo Pontífice! Si no honró la tiara, supo extender sus Estados, y la Santa Sede le debe muchos favores. Pero ha sonado la hora del contrapunto (R. I.).

(2) Los necios que se figuran que Maquiavelo dirigió este consejo a todo el mundo, no saben la enorme diferencia que hay entre el príncipe y los gobernados (R. I.).

(3) En los tiempos que corren vale mucho más parecer hombre honrado que serlo efectivamente (R. I.).

(4) Dado que tenga una (R. C.).

(5) En este punto, Maquiavelo es demasiado severo (R. C.).

Digitized by Google

reza, humanidad, caridad y religión (1). Entre estas prendas, ninguna hay más necesaria que la última (2). En general, los hombres juzgan más por los ojos que por las manos, y, si es propio a todos ver, tocar sólo está al alcance de un corto número de privilegiados. Cada cual ve lo que el príncipe parece ser, pero pocos comprenden lo que es realmente (3), y estos pocos no se atreven a contradecir la opinión del vulgo, que tiene por apoyo de sus ilusiones la majestad del Estado que le protege (4). En las acciones de todos los hombres, pero particularmente en las de los príncipes, contra los que no cabe recurso de apelación, se considera simplemente el fin que llevan. Dedíquese, pues, el príncipe a superar siempre las dificultades y a conservar su Estado. Si logra con acierto su fin, se tendrán por honrosos los medios conducentes al mismo, pues el vulgo se paga únicamente de exterioridades y se deja seducir por el éxito (5). Y como el vulgo es lo que más abunda en las sociedades, los escasos espíritus clarividentes que existen no exteriorizan lo que vislumbran hasta que la inmensa legión de los torpes no sabe ya a qué atenerse (6). En nuestra edad vive un príncipe que nunca predica más que paz, ni habla más que de buena fe, y que, a haber observado una y otra, hubiera perdido la estimación que se le profesa, y habría visto arrebatados más de una vez sus dominios. Pero creo que no conviene nombrarle (7).

---

(1) **Exigencia muy excesiva, pues la cosa no es tan fácil, y se hace únicamente lo que se puede (R. C.).**

(2) **Consejo bueno para aquel tiempo (R. C.).**

(3) **Y aunque lo comprendiesen, como si no (R. C.).**

(4) **Con esto es con lo que yo cuento (R. I.).**

(5) **Triunfad siempre, aun por el peor medio, y os darán siempre la razón (R. I.).**

(6) **¡Fatal y mil veces fatal retirada de Moscou! (E.).**

(7) **Maquiavelo se refiere aquí a Fernando el Católico, prototipo del monarca de mala fe y prez de la perfidia (N. del T.).**

Digitized by Google

CAPITULO XIX

EL PRÍNCIPE DEBE EVITAR SER ABORRECIDO Y DESPRECIADO

Habiendo considerado todas las dotes que deben adornar a un príncipe, quiero, después de haber hablado de las más importantes, discurrir también sobre las otras, a lo menos de un modo general y brevemente, estatuyendo que el príncipe debe evitar lo que pueda hacerle odioso y menospreciable (1). Cuantas veces lo evite, habrá cumplido con su obligación, y no hallará peligro alguno en cualquiera otra falta en que llegue a incurrir (2). Lo que más que nada le haría odioso sería mostrarse rapaz, usurpando las propiedades de sus súbditos, o apoderándose de sus mujeres, de lo cual ha de abstenerse en absoluto (3). Mientras no se quite a la generalidad de los hombres sus bienes o su honra, vivirán como si estuvieran contentos, y no hay ya más que preservarse de la ambición de un corto número de individuos, ambición reprimible fácilmente (4) y de muchos modos.

---

(1) No temo al menosprecio, pues hice grandes cosas, y todos me admiraron, a pesar suyo. Cuanto al odio, le pondré vigorosos contrapesos (R. C.).
(2) Esto me es necesario (R. C.).
(3) *Est modus in rebus* (R. C.).
(4) No tan fácilmente (R. I.).

Digitized by Google

Un príncipe cae en el menosprecio cuando pasa por variable, ligero, afeminado, pusilánime e irresoluto. Ponga, pues, sumo cuidado en preservarse de semejante reputación como de un escollo, e ingéniese para que en sus actos se advierta constancia, gravedad, virilidad, valentía y decisión (1). Cuando pronuncie juicio sobre las tramas de sus súbditos, determínese a que sea irrevocable su sentencia (2). Finalmente, es preciso que los mantenga en una tal opinión de su perspicacia, que ninguno de ellos abrigue el pensamiento de engañarle o de envolverle en intrigas (3). El príncipe logrará esto, si es muy estimado, pues difícilmente se conspira contra el que goza de mucha estimación (4). Los extranjeros, por otra parte, no le atacan con gusto, con tal, empero, que sea un excelente príncipe y que le veneren sus gobernados.

Dos cosas ha de tener el príncipe, son a saber: 1) en lo interior de su Estado, alguna rebelión de sus súbditos. 2) en el exterior, un ataque de alguna potencia vecina. Se preservará del segundo temor con buenas armas, y, sobre todo, con buenas alianzas, que logrará siempre con buenas armas (5). Ahora bien: cuando los conflictos exteriores están obstruídos, lo están también los interiores, a menos que los haya provocado ya una conjuración (6). Pero, aunque se manifestara exteriormente cualquier tem-

---

(1) ¿Ingeniarse? Imposible, si no se ha empezado por hacerlo (E.).

(2) Esencial para quitar toda esperanza de rebelión, sin lo cual perecerá el príncipe (R. C.).

(3) Cuando poseen la esperanza del triunfo, abrigan bastante más que el pensamiento. Abrigan la esperanza de llevarlo fácilmente a cabo (E.).

(4) Hay siempre valentones que no le estiman (E.).

(5) He dado admirable prueba de saber elegir buenas alianzas, hoy día refrendadas por mi matrimonio (R. I.).

(6) Destruí cuantas conjuraciones se me presentaron (R. I.).

Digitized by Google

pestad contra el príncipe que interiormente tiene bien arreglados sus asuntos, si ha vivido según le he aconsejado, y si no le abandonan sus súbditos (1), resistirá todos los ataques foráneos, como hemos visto que hizo Nabis, el rey lacedemonio. Sin embargo, con respecto a sus gobernados, aun en el caso de que nada se maquine contra él, fuera, podrá temer que se conspire ocultamente dentro. Pero esté seguro de que ello no acaecerá, si evita ser aborrecido y despreciado, y si, como antes expuse por extenso (2), logra la ventaja esencial de que el pueblo se muestre contento de su gobernación. Por consiguiente, uno de los más poderosos preservativos de que contra las conspiraciones puede disponer el soberano, es no ser aborrecido y despreciado de sus súbditos, porque al conspirador no le alienta más que la esperanza de contentar al pueblo, haciendo perecer al príncipe (3). Pero cuando tiene motivos para creer que ofendería con ello al pueblo, le falta la necesaria amplitud de valor para consumar su atentado, pues avizora las innúmeras dificultades que ofrece su realización (4). La experiencia enseña que hubo muchas conspiraciones, y que pocas obtuvieron éxito, porque, no pudiendo obrar solo y por cuenta propia el que conspira, ha de asociarse únicamente a los que juzga descontentos. Mas, por lo mismo que ha descubierto a uno de ellos (5), le ha dado pie para contentarse por sí mismo, ya que al revelar al príncipe la trama que se le ha confiado, bástale para esperar de él un buen premio. Y como de una parte encuentra una ganancia segura (6), y de otra parte una em-

---

(1) Tendré a los míos con la rienda firme y apretada (R. C.).

(2) ¡Machaconería impertinente! (R. I.).

(3) No es esto lo que se trama respecto a mí (R. C.).

(4) Me aquietas (R. C.).

(5) Especialmente si lo ha comprado de antemano (R. C.).

(6) Puede contar con una buena recompensa (R. C.).

Digitized by Google

presa dudosa y llena de peligros (1), para que mantenga la palabra que dió a quien le inició en la conspiración será menester, o que sea un amigo suyo como hay pocos, o un enemigo irreconciliable del príncipe.

Para reducir la cuestión a breves términos, haré notar que del lado del conjurado todo es recelo, sospecha y temor a la pena que le impondrán, si fracasa, mientras que del lado del príncipe están las leyes, la defensa del Estado, la majestad de su soberanía y la protección de sus amigos, de suerte que, si a todos estos preservativos se añade la benevolencia del pueblo, es casi imposible que nadie sea lo bastante temerario para conspirar (2). Si todo conjurado, antes de la ejecución de su plan, siente comúnmente miedo de que se malogre, lo sentirá mucho más en tal caso, pues, aun triunfando, tendrá por enemigo al pueblo (3), y no le quedará entonces ningún refugio. Sobre esto podría citar infinidad de ejemplos (4), pero me ciño a uno solo, cuya memoria nos transmitieron nuestros padres. Siendo Aníbal Bentivoglio (abuelo del Aníbal de hoy día) príncipe de Bolonia, le asesinaron los Cannuchis (1445), familia rival suya, a continuación de una conjuración, y cuando estaba todavía en mantillas su hijo único Juan. Naturalmente, éste no podía vengarle, pero el pueblo se sublevó acto seguido contra los asesinos, y los mató atrozmente. Fué un efecto lógico de la simpatía popular que los Bentivoglio se habían ganado en Bolonia por aquellos tiempos, simpatía tan grande, que, no disponiendo ya la ciudad de persona alguna de dicha casa que, muerto

---

(1) Tiene la conciencia de ganarlo todo, por una parte, y de perderlo, por la otra (R. C.).

(2) Mis preservativos en este orden llegan al más alto grado de eficacia, aunque quedan siempre, es cierto, émulos bastante numerosos (R. I.).

(3) No hay tal cosa. El pueblo es ingrato, y se pone siempre del lado del que triunfa, especialmente si éste le deslumbra por algún concepto (R. I.).

(4) El afeminado espíritu de nuestra edad no permite que tales ejemplos se renueven (R. C.).

Digitized by Google

Aníbal, pudiera regir el Estado, y habiendo sabido los ciudadanos que existía en Florencia un descendiente de la misma familia, hijo de un modesto artesano, fueron en busca suya, y le confirieron el mando de su comunidad, que rigió de hecho hasta que Juan llegó a edad de gobernar de derecho por sí mismo (1). De donde se deduce que un príncipe debe inquietarse poco de las conspiraciones, cuando le manifiesta buena voluntad el pueblo (2), al paso que si éste le es contrario, y le odia, sóbranle motivos para temerlas en cualquier ocasión y de parte de cualquier individuo (3).

Los príncipes sabios y los Estados bien ordenados cuidaron siempre tanto de contentar al pueblo (4) como de no descontentar a los nobles hasta el punto de reducirlos a la desesperación (5). Es ésta una de las cosas más importantes a que debe atender el príncipe. Uno de los reinos mejor concertados y gobernados de nuestra época es Francia. Hállase allí una infinidad de excelentes estatutos, el primero de los cuales es el Parlamento y la amplitud de su autoridad, estatutos a que van unidas la libertad del pueblo y la seguridad del rey (6). Conociendo el fundador del actual orden político la ambición e insolencia de

---

(1) ¡Si fueran capaces en Viena de hacer algo semejante, ya que no lo han sido de venir a buscarme *oamus et non!* (E.).

(2) Maquiavelo olvida aquí lo que antes dijo de ser los hombres malos por naturaleza (R. I.).

(3) El sueño huye de mí (R. I.).

(4) Nadie puede aquietar a los ambiciosos más que descontentando al pueblo (R. I.).

(5) La cosa no es tan fácil como parece. Los nobles que me vi obligado a crear, se ponen furiosos desde el momento en que ceso de colmarles de beneficios (R. I.).

(6) Lleva razón Maquiavelo al admirar este régimen. Pero me fué necesario subvertirlo para lograr la destrucción del trono de los Borbones, sin lo cual me hubiera sido imposible erigir el mío. Haré yo mismo los nuevos estatutos, lo antes que pueda (R. I.).

Digitized by Google

los nobles, juzgando ser preciso ponerles un freno que los contuviese, sabiendo, por otra parte, cuánto les aborrecía el pueblo, a causa del miedo que les tenía, y deseando, sin embargo, sosegarlos, no quiso que quedase a cargo particular del monarca esa doble tarea. A fin de quitarle esta preocupación, que podía repartir con la aristocracia, y de favorecer a la vez a los nobles y al pueblo, estableció por juez a un tercero, que, sin participación directa del monarca, reprimiera a los primeros y beneficiase al segundo (1). No cabe imaginar disposición alguna más prudente, ni mejor medio de seguridad para el príncipe y para la nación. Y de aquí infiero la notable consecuencia de que los príncipes deben dejar a otros la disposición de las cosas odiosas, y reservarse a sí mismos las de gracia (2), estimando siempre a los nobles, pero sin hacerse nunca odiar del pueblo.

Al considerar la vida y la muerte de diversos emperadores romanos, quizá crean muchos que existen ejemplos contrarios a mi opinión. Tal César, en efecto, perdió el Imperio, y tal otro fué asesinado por los suyos, conjurados contra él, a pesar de haber procedido con rectitud y mostrado magnanimidad. Proponiéndome responder a semejante objeción, examinaré las dotes personales de aquellos emperadores, y probaré que la causa de su ruina no se diferencia de la misma contra la que he querido preservar a mi príncipe, y haré cuenta de ciertas cosas que no han de omitir los que leen las historias de tales épocas (3). Para ello me bastará limitarme a los Césares que se sucedieron en el Imperio desde Marco Aurelio hasta Maximino, es decir, Marco Aurelio, su hijo Cómodo, Pertinax, Juliano, Séptimo Severo, su hijo Caracalla, Máximo, Heliogábalo, Alejandro Severo y Maximino.

---

(1) ¡Admirable! (R. I.).

(2) En el actual Estado competen a él todas las cosas de rigor, y sus ministros se reservan a maravilla todas las gracias menudas (E.).

(3) Hoy día esas historias no se leen ya más que como novelas (R. C.).

Digitized by Google

Notemos, ante todo, que en principados de otra especie que el suyo, apenas hay que luchar más que contra la ambición de los grandes y contra la violencia de los pueblos, mientras que los emperadores romanos tropezaban, además, con un tercer obstáculo, la avaricia y la crueldad de los soldados, obstáculo de tan difícil remoción (1), que muchos se desgraciaron en ello. No es, en efecto, fácil contentar a la vez a los soldados y al pueblo, porque el pueblo es amigo del descanso, y lo es asimismo el príncipe de moderada condición (2), al paso que los soldados quieren un príncipe que tenga espíritu marcial, y que sea rapaz, cruel e insolente. La voluntad de los soldados del Imperio era que su príncipe ejerciera sobre la plebe tan funestas disposiciones, y para obtener una paga doble, y para dar rienda suelta a su codicia (3), de lo cual resultaba que los emperadores a quienes no se consideraba capaces de imponer respeto al ejército y al pueblo (4), quedaban siempre vencidos. Los más de ellos, especialmente los que habían ascendido a la soberanía en calidad de príncipes nuevos, conocieron cuán arduo resultaba conciliar ambas cosas, y abrazaron el partido de contentar a los soldados (5), sin temer mucho ofender al pueblo, por

---

(1) Por mi experiencia lo sé demasiado (R. I.).

(2) Mi llamada ambición guerrera no debe imputárseme a mí, sino a mis generales y a mis soldados, que me la convierten en primera necesidad. Me matarían si dejara pasar más de dos años sin presentarles el cebo de una guerra (R. I.).

(3) A ello me obligan iguales motivos. Los soldados son los mismos en todas partes, cuando uno depende de ellos (R. I.).

(4) He logrado imponer respeto a uno y a otro, pero no lo bastante todavía (R. I.).

(5) No puedo desentenderme de semejante arbitrio, por hallarme aún en el primer caso en todos conceptos (R. I.).

Digitized by Google

casi no serles posible obrar de otro modo (1). No pudiendo los príncipes evitar que les aborrezcan unos cuantos (2), han de esforzarse, ante todo, en que no les aborrezca el mayor número. Pero, cuando tampoco les es dable conseguir este fin, deben precaverse, mediante todo linaje de expedientes, del odio de la clase más poderosa (3).

Así, aquellos emperadores que, en razón de ser nuevos, necesitaban de extraordinarios favores, se apegaron con más gusto al ejército que al pueblo, lo cual se convertía en su beneficio o en su daño, según la mayor o menor reputación que sabían conservar en el concepto de sus tropas (4). Tales fueron las causas de que Pertinax y Alejandro Severo, a pesar de ser tan moderados en su conducta, tan amantes de la justicia, tan enemigos de la crueldad, tan buenos y tan humanos (5) como Marco Aurelio, cuyo fin fué feliz, tuviesen, sin embargo, uno muy desdichado (6). Unicamente Marco Aurelio vivió y murió venerado de todos, por haber sucedido al emperador por derecho hereditario, y por no hallarse en la necesidad de portarse como si debiera su trono al ejército o al pueblo (7). Dotado, por otra parte, de muchas virtudes que le hacían respetable, contuvo siempre al ejército y al pueblo dentro de justos límites, y no fué aborrecido ni despreciado nunca (8). Por lo contrario, Pertinax, nombrado emperador contra la voluntad de los soldados, que, bajo

---

(1) Esta será mi disculpa a los ojos de los venideros (R. I.).

(2) ¡Verdad indiscutible!

(3) La clase más numerosa es siempre el ejército, sobre todo cuando es tan numeroso como el mío (R. I.).

(4) Véome forzado a hacer lo mismo (R. I.).

(5) Virtudes intempestivas en el caso aquél. El que no sabe plegar a las circunstancias sus virtudes políticas, es digno de compasión (R. I.).

(6) Así debía de ser, y yo lo hubiera previsto (R. I.).

(7) Esta fortuna sólo a mi hijo está reservada (R. I.).

(8) Yo sería adorado, si me fuera concedido renacer, para suceder a mi hijo (R. I.).

Digitized by Google

el Imperio de Cómodo, se habían habituado a la vida licenciosa, quiso reducirlos a una vida decente, que se les hacía insoportable (1), lo que engendró en ellos odio contra su persona (2), odio a que se unió el desprecio, a causa de ser viejo (3), y, en los comienzos de su reinado, le asesinaron sus tropas. Este ejemplo nos pone en el caso de observar que el príncipe se hace aborrecer tanto con nobles como con perversas acciones, y por eso indiqué que, si quiere conservar sus dominios, se halla con frecuencia obligado a no ser bueno (4). Si la mayoría de hombres (grandes, soldados o pueblo) de que necesita para sostenerse, está corrompida, debe seguirle el humor, y contentarla (5), pues las nobles acciones que entonces realizara, se volverían contra él mismo (6). Alejandro Severo era un hombre de bondad tamaña, que, entre las demás alabanzas que se le prodigaron, encuéntranse las de que, en los catorce años que reinó, no hizo morir a nadie sin juicio. Empero, habiéndose conjurado en contra suya el ejército, pereció a sus golpes, por haberle tornado despreciable su fama de hombre de genio débil (7), y que se dejaba gobernar por su madre (8).

Comparando las buenas prendas de aquellos príncipes con el carácter y con la conducta de Cómodo, Séptimo Severo, Caracalla y Maximino, hallamos a los últimos sumamente rapaces y crueles. Para contentar a los soldados,

---

(1) No pueden excusarse de ello (E.).

(2) Era inevitable (E.).

(3) No estoy en este caso (E.).

(4) ¡Y mis enemigos no aciertan a dejar de serlo! (E.).

(5) Es lo que mis enemigos quieren hacer también. Pero desconocen y bastardean la fuerza de su partido (E.).

(6) Esto no puede dejar de sucederle (E.).

(7) Todo el que sea continuamente bueno, no podrá evitar nunca reputación semejante (E.).

(8) Fama mucho peor cuando tiene la de dejarse gobernar por ministros ineptos o descalificados (E.).

Digitized by Google

no perdonaron al pueblo injuria alguna, y todos, menos Séptimo Severo, murieron desgraciadamente. Pero éste poseía tanto valor, que, conservando en favor suyo el afecto de los soldados, pudo, aun oprimiendo al pueblo, reinar con toda felicidad (1). Sus dotes le hacían tan admirable en el concepto de los unos y del otro, que los primeros le admiraban hasta el paroxismo (2), y el segundo le respetaba y permanecía contento (3). Pero, como las acciones de Séptimo Severo tuvieron tanta grandeza cuanta podían tener en un príncipe nuevo, quiero mostrar brevemente cómo supo diestramente ejercer de león y de zorra, lo cual es indispensable a un soberano, como ya llevo dicho (4). Habiendo conocido Séptimo Severo la cobardía de Desiderio Juliano, que acababa de hacerse proclamar emperador, persuadió al ejército, que estaba bajo su mando en Esclavonia, a que haría bien en marchar a Roma, para vengar la muerte de Pertinax, asesinado por la guardia pretoriana (5). Queriendo con tal pretexto mostrar que no aspiraba al Imperio, arrastró a su ejército contra Roma, y llegó a Italia, antes que nadie se hubiese enterado siquiera de su partida (6). Entrado que hubo en Roma, forzó al Senado, atemorizado, a nombrarle emperador (7), y

---

(1) ¡Modelo sublime, que no he cesado de contemplar! (R. I.).

(2) En mí no admiraron más que las grandes cosas, que hice, sin embargo, por medio de ellos (R. I.).

(3) El respeto hace que simule contentarse, aunque no lo esté (R. I.).

(4) Yo estuve siempre convencido de ello (R. I.).

(5) Quise imitar este rasgo en Fructidor (1797), cuando dije a mis soldados de Italia que el cuerpo legislativo había asesinado la libertad republicana en Francia. Pero no pude conducirlos allá, ni transportarlos yo mismo. Errado esta vez el tiro, no lo fué después (R. I.).

(6) Hay en esto manifiesta semejanza con mi vuelta de Egipto (R. I.).

(7) Se me nombró, por lo pronto, director de ambos

Digitized by Google

fué muerto Desiderio Juliano, al que se había conferido aquella dignidad (1). Después de este primer principio le quedaban a Séptimo Severo dos dificultades que vencer, para constituirse en señor de todo el Imperio. La primera estaba en Oriente, donde Niger, jefe de los ejércitos asiáticos, se había hecho proclamar emperador. La segunda se hallaba en Bretaña, y era su fautor Albino, que también aspiraba al Imperio (2). Juzgando peligroso declararse a la vez enemigo de uno y de otro, resolvió engañar al segundo, mientras atacaba al primero (3). Al efecto, escribió a Albino para decirle que, habiendo sido elegido emperador por el Senado, quería repartir con él aquella dignidad. Hasta le envió el título de César, después de haber hecho declarar al Senado que Séptimo Severo tomaba por asociado a Albino (4), el cual tuvo por sinceros todos aquellos actos, y les prestó su adhesión. Pero, no bien Séptimo Severo hubo vencido y muerto a Niger, y regresado a Roma, se quejó de Albino en pleno Senado, alegando que aquel colega, poco reconocido a los beneficios que recibiera de él, había intentado asesinarle a traición,

---

Consejos, y jefe de todas las tropas reunidas en París y en sus inmediaciones (R. I.).

(1) Mi Desiderio Juliano no era más que el Directorio, y me bastaba disolverlo, para destruirlo (R. I.).

(2) Mi Niger fué Barras, y mi Albino fué Sièyes, émulos poco formidables. Ninguno de ambos obraba por cuenta propia, y yo quería que divergieran en su fin. El primero pretendía restablecer al rey, y el segundo entronizar al elector de Brunswinck. Pero yo deseaba otra cosa, y Séptimo Severo, puesto en mi lugar, no lo hubiera hecho mejor que yo lo hice (R. I.).

(3) Yo no necesitaba más que retirar a mi Niger, y me era fácil engañar a mi Albino (R. I.).

(4) También hizo nombrar a Sièyes por colega mío en la comisión consular, y Ducos, al que admití asimismo en ella, no podía ser más que una máquina de contrapeso a mi disposición (R. I.).

Digitized by Google

por lo que se veía obligado a ir a castigar su ingratitud. Partió, pues, para Francia a su encuentro y le quitó el Imperio con la vida (1). Donde se ve que Séptimo Severo era a la vez un león ferocísimo (2) y una zorra muy astuta, que consiguió que le temiesen y le respetaran todos, sin que le aborreciesen los soldados. No se extrañará, por ende, que, aun siendo príncipe nuevo, lograse conservar un Imperio tan vasto. Su grandísima reputación (3) le preservó del odio que hubieran podido tomarle los pueblos, a causa de sus rapiñas.

Pero su mismo hijo Caracalla, que se hacía llamar *Alejandro* y *Antonino el Grande*, fué también un hombre excelente en el arte de la guerra. Poseía bellísimas dotes, que le atraían la admiración de los pueblos y el amor de los soldados. Estos le querían, por ser un guerrero que sobrellevaba hasta el último límite todo género de fatigas, despreciaba los alimentos delicados, y desechaba las satisfacciones de la molicie (4). Pero le hicieron extremadamente odioso a todos sus continuas matanzas, pues, en muchas ocasiones, había hecho perecer una gran parte del pueblo de Roma y todo el de Alejandría, sobrepujando su ferocidad y su crueldad a cuanto se había visto hasta entonces (5). El temor que por él se sentía alcanzó a los mismos que le rodeaban, y un centurión le mató en presencia de su propio ejército. Con cuyo motivo conviene notar que semejantes atentados, cuyo golpe parte de un

---

(1) No necesité llegar a tanto para desembarazarme de Sièyes. Más zorro que él, lo logré fácilmente en mi Junta de 22 de Primario, en que yo mismo arreglé la Constitución que me hizo primer cónsul, y que relegó a mis dos colegas a la jubilación de mi Senado (R. I.).

(2) Ni por asomo me reconvendrán de haberlo sido (R. I.).

(3) La mía no puede ser mayor, por ahora, y la sostendré (R. I.).

(4) En las ocasiones oportunas, no omití este medio de hacerme querer de mis soldados (R. I.).

(5) Caracalla fué poco hábil (R. I.).

Digitized by Google

propósito deliberado y tenaz, no puede el príncipe evitarlos en modo alguno, porque al que tiene en poco la vida no le asusta dar a otro la muerte. Pero el príncipe no debe temer demasiado perecer de ese modo, porque tales agresiones son rarísimas (1), y únicamente ha de cuidar de no ofender gravemente a ninguno de los que emplea (2), y en especial a los que tiene a su lado y a su servicio, como lo hizo Caracalla, que abandonó la custodia de su persona a un centurión, a cuyo hermano había mandado matar ignominiosamente, y que a diario amenazaba con vengarse. Temerario hasta ese punto (3), Caracalla no podía menos de ser asesinado, y lo fué.

Vengamos ahora a Cómodo (4), a quien tan fácil le hubiera sido conservar el trono, puesto que lo había adquirido, por herencia, de su padre. Bastábale seguir las huellas de éste para contentar al pueblo y a los soldados. Pero, hombre de genio brutal, de condición perversa y de rapacidad inaudita, ejercitó ésta sin tasa sobre el pueblo, y, para favorecer al ejército, lo lanzó al libertinaje. Todo ello junto le tornó odioso al pueblo, y los soldados empezaron a menospreciarle en su prez, cuando le vieron rebajarse hasta el extremo de ir a luchar con los gladiadores en los circos, y de hacer otras cosas vilísimas y poco dignas de la majestad imperial. Aborrecido por una parte y despreciado por otra, se conjuraron contra él, y le asesinaron (5).

Maximino, cuyas cualidades me queda por exponer, fué un hombre muy belicoso. Elevado al Imperio por algu-

---

(1) No ocurren nunca, si el príncipe sabe imponer respeto con entereza y con decisión (R. I.).

(2) Cuando se les ha ofendido, hay que apartarlos, trasladarlos, destituirlos, honradamente o no (R. I.).

(3) En vez de temerario, dígase necio, estúpido, embrutecido (R. I.).

(4) Lastimoso personaje que no es digno de que yo detenga mis miradas en él (R. I.).

(5) No hicieron más que estricta justicia, porque Cómodo era enteramente indigno de reinar (R. I.).

Digitized by Google

nos ejércitos disgustados de la molicie de Alejandro Severo, a que antes aludí, no lo poseyó mucho tiempo, porque le hacían menospreciable y aborrecible dos cosas (1). Era la primera su bajo origen (2), pues había guardado rebaños en Tracia, lo cual nadie ignoraba, y le atraía general contumelia. La otra era su reputación de hombre sanguinario. Durante las dilaciones de que usó después de su elección al Imperio, para trasladarse a Roma, y tomar allí posesión del trono, ordenó a sus prefectos que cometiesen todo género de crueldades en las provincias (3). Indignado todo el mundo, así de la ruindad de su abolengo como del miedo que su ferocidad engendraba, resultó de esto que el Africa se sublevó contra él, y que luego el Senado, el pueblo romano e Italia entera conspirara contra su persona. Su propio ejército, que estaba acampado bajo los muros de Aquilea, y que no acababa de tomar esta ciudad, juró igualmente su ruina (4). Fatigado de su crueldad y temiéndole menos, desde que le veía con tantos enemigos, le mató atrozmente.

Evito hablar de Heliogábalo, de Máximo y de Juliano, que, despreciables en un todo, perecieron muy poco después de elevados a la soberanía, y vuelvo a las consecuencias de este discurso, arguyendo que los príncipes de nuestra era no experimentan ya tanto esa dificultad de contentar a las tropas por medios extraordinarios (5). A pesar de los miramientos que con ellas están obligados a guardar, aquella dificultad se allana bien pronto, porque ninguno de nuestros príncipes tiene ningún cuerpo de ejército, que, por su larga residencia en las provincias, se amalgame con las autoridades y con las administraciones de éstas, como lo hacían las legiones del Imperio roma-

(1) La peor de ambas es el desprecio (R. I.).

(2) Hay siempre medio de encubrir esto (R. I.).

(3) ¿Por qué no las desaprobaba después, mandando castigarlos? (R. I.).

(4) Digno es de ella quien deja llegar las cosas a ese punto (R. I.).

(5) No la experimento, en efecto (R. I.).

Digitized by Google

no (1). Si convenía entonces contentar más a los soldados que al pueblo, era porque los primeros podían más que el segundo. Hoy día, los términos se han invertido, y conviene contentar más al pueblo que a los soldados, porque aquél posee más poder que éstos (2). Hago excepción, sin embargo, del Sultán de Turquía y del Soldán de Egipto. El Sultán, rodeado continuamente, como prenda de su fuerza y de su seguridad, de doce mil infantes y de quince mil caballos (3), y que no hace caso alguno del pueblo, se ve obligado a conservar en sus guardias el afecto hacia su persona (4). Sucede lo mismo con el Soldán, que tampoco atiende en nada al pueblo (5), y cuya fuerza está depositada por entero en sus soldados, que ha de procurar no le pierdan cariño. Por cierto que el Estado del Soldán es diferente de todas las soberanías, y que se asemeja no poco al Pontificado cristiano, que no es principado hereditario, ni nuevo (6). No heredan la soberanía los hijos del príncipe difunto, sino un particular elegido por hombres que tienen facultad para ello (7). Sancionado

---

(1) El inconveniente se obvia mudando las guarniciones a menudo (R. I.).

(2) Mi interés quiere que entre el pueblo y los soldados se mantenga cierto equilibrio, de suerte que la balanza no se incline demasiado ni a un lado ni a otro (R. C.).

(3) Mi guardia imperial puede, en caso necesario, hacer las veces de los genízaros (R. I.).

(4) Debo hacer otro tanto (R. I.).

(5) Atiéndase o no se atienda al pueblo, es preciso tener una fuerte guardia con la que se pueda contar, hasta cuando hubiera deserción, entre las tropas, que al pueblo se apegan muchísimo aún (R. I.).

(6) La comparación, tan atrevida como curiosa, es de todo punto verdadera para quien haya meditado profundamente en política (R. I.).

(7) Los cardenales, efectivamente, hacen al soberano temporal de Roma como los magnates de Egipto hacían a su Soldán (R. I.).

Digitized by Google

de inmemorial este orden, el principado del Soldán no puede llamarse nuevo, y no presenta ninguna de las dificultades que existen en las soberanías nuevas. El príncipe es nuevo, pero las constituciones de semejante Estado son antiguas, y están constituídas de modo que le reciban en él como si fuera poseedor suyo por derecho hereditario (1).

Volviendo al asunto, digo que, cualquiera que reflexione sobre lo que dejo expuesto, verá que el odio, o el menosprecio, o ambas cosas juntas, fueron la causa de la ruina de los emperadores que he mencionado. Sabrá también por qué, habiendo obrado parte de ellos de una manera, y otra parte de la manera contraria, sólo dos, correspondientes cada uno a cada manera, tuvieron un fin dichoso, mientras que los demás tuvieron un fin desastrado. Comprenderá, en fin, por qué Pertinax y Alejandro Severo quisieron imitar a Marco Aurelio, no sólo en balde, sino en perjuicio suyo, por no considerar que el último reinaba por derecho hereditario, al paso que ellos eran príncipes nuevos (2). Igualmente les fué adversa a Caracalla, a Cómodo y a Máximo su pretensión de imitar a Séptimo Severo, por no hallarse dotados del valor suficiente para seguir sus huellas en todo. Así, un príncipe nuevo en una soberanía nueva no puede, sin peligro, imitar las acciones de Marco Aurelio, y no le es fácil, ni indispensable, imitar las de Séptimo Severo (3). Debe, pues, tomar de éste cuantos procederes le sean necesarios para fundar y asegurar bien su Estado, y de aquél lo que hubo en su conducta de conveniente y de glorioso, para conservar un Estado ya fundado y asegurado (4).

---

(1) El serlo así es la más excelente suerte de la rueda de la fortuna (R. I.).

(2) Hay algo de bueno en cada uno de estos modelos, y es menester saber elegir. Unicamente los necios pueden atenerse a uno solo, e imitarle en todo (R. I.).

(3) ¿Quién será capaz de imitarlas? (R. I.).

(4) Perfectamente razonado y concluído. Pero todavía no puedo desistir de los procederes de Séptimo Severo (R. I.).

Digitized by Google

CAPITULO XX

SI LAS FORTALEZAS Y OTRAS MUCHAS COSAS QUE LOS PRÍNCIPES HACEN CON FRECUENCIA, SON ÚTILES O PERJUDICIALES

Para conservar con seguridad sus Estados unos creyeron necesario desarmar a sus súbditos, y otros promovieron divisiones en los países que les estaban sometidos. Unos mantuvieron enemistades contra sí mismos, y otros se consagraron a ganarse a los hombres que en el comienzo de su reinado les eran sospechosos. Unos construyeron en sus dominios fortalezas, y otros demolieron y arrasaron las que existían (1). Ahora bien, aunque no es posible formular una regla fija sobre todos estos casos, a no ser que quepa, por la consideración de algunos detalles significativos, decidirse a tomar la determinación que implique mayor cordura, hablaré, sin embargo, sobre ello del modo más extenso y más general que la materia misma permita (2).

Jamás hubo príncipe alguno nuevo que desarmara a sus

---

(1) Un mismo príncipe puede verse obligado a hacer todo eso, en el curso de su reinado, según las circunstancias y los tiempos (R. I.).

(2) Habla tú, y yo me encargo de sacar y de explicar las consecuencias prácticas (R. I.).

Digitized by Google

súbditos, y, cuando los halló desarmados, los armó siempre él mismo. Obrando así (1), las armas de sus gobernados se convirtieron en las suyas propias; los que eran sospechosos se tornaron fieles; los que eran fieles se mantuvieron en su fidelidad, y los que no eran más que sumisos se transformaron en partidarios de su reinado. Pero como el príncipe no puede armar a todos sus súbditos, aquellos a quienes arma reciben realmente un favor de él, y puede entonces obrar más seguramente con respecto a los otros (2). Por esa distinción, de que se reconocen deudores al príncipe, los primeros se le apegan y los demás le disculpan, juzgando que es menester, ciertamente, que aquéllos tengan más mérito que ellos mismos, puesto que el soberano los expone así a más peligros, y les hace contraer más obligaciones.

Cuando el príncipe desarma a sus súbditos, empieza ofendiéndoles, puesto que manifiesta que desconfía de ellos, y que les sospecha capaces de cobardía o de poca fidelidad (3). Una u otra de ambas opiniones que le supongan

---

(1) Así obraron los hábiles fautores de la Revolución Francesa. Al constituirse en amos de Francia, con la transformación que hicieron de los Estados generales en Asamblea Nacional, armaron inmediatamente al pueblo entero, para formar con él un ejército *patriótico* en provecho suyo. ¿Por qué conservaron los guardias urbanos y municipales el título de *nacionales*, que no les conviene ya hoy día? ¿Guarda cada uno de ellos a la nación entera? Menester es que, aunque gradualmente, pierdan ese improcedente título. No son, ni deben ser, más que guardias de las poblaciones y de las provincias, como exige un orden civil bueno y juicioso (R. I.).

(2) Los grandes forjadores de la Revolución Francesa no querían armar realmente más que al pueblo, y los pocos nobles a quienes dejaron introducirse en su guardia nacional, no les espantaban, pues sabían bien que no tardarían en echarlos, y que el pueblo, sabiéndose favorecido únicamente por ellos, les guardaría lealtad firme (R. I.).

(3) ¿Cómo saldrán de este difícil paso mis enemigos,

Digitized by Google

contra sí mismos engendrará el odio hacia él en sus almas. Como no puede permanecer desarmado, está obligado a valerse de la tropa mercenaria, cuyos inconvenientes he dado a conocer (1). Pero, aunque esa tropa fuera buena, no puede serlo bastante para defender al príncipe a la vez de los enemigos poderosos que tenga por de fuera, y de aquellos gobernados que le causen sobresalto en lo interior (2). Por esto, como ya dije, todo príncipe nuevo en su soberanía nueva se formó siempre una tropa suya (3). Nuestras historias presentan innumerables ejemplos de ello.

Pero cuando un soberano adquiere un Estado nuevo, que se incorpora en calidad de nuevo miembro a su antiguo principado, es preciso que lo desarme inmediatamente, no dejando armados en él más que a los hombres que en el acto de la adquisición se declararon abiertamente partidarios suyos (4), y, aun con respecto a estos mismos, le convendrá, con el tiempo, y aprovechando las ocasiones propicias, debilitar su genio belicoso, y provocar su afeminamiento progresivo (5). Debe, en suma, hacer de manera que todas las armas de su nuevo Estado permanezcan en poder de los soldados que le pertenecen a él solo, y que, de años atrás, viven en su antiguo Estado, al lado de su persona (6). Nuestros mayores, los florentinos, y princi-

---

habiendo muchos guardias nacionales que no están por ellos? (E.).

(1) Yo no los tengo de esta clase (E.).

(2) Dudo que los aliados que están en Francia puedan impedir esto, y, por otra parte, saldrán bien pronto de allí (E.).

(3) Para mis enemigos, ello les es imposible en este instante, a pesar de serles urgente. Pero retienen mi tropa, para lo cual lo soy todo aún (E.).

(4) Hice esto en Italia (R. C.).

(5) Los vi con gusto fastidiarse del servicio, y comprendí que, pasado el 1 de febrero, se cansarían de él (R. C.).

(6) Para consolidar el país conquistado, no conservo más que regimientos de cuya adhesión estoy seguro (R. C.).

Digitized by Google

palmente los que pasan por sabios, decían que para conservar a Pisa, requeríase tener en ella fortalezas, y que, para retener a Pistoya, convenía fomentar allí algunas facciones. Por tal causa, para hacer más fácil su dominación en determinados distritos, mantenían en ellos ciertas contiendas, método útil en una época en que existía algún equilibrio en Italia, pero que no juzgo tan útil hoy día, porque no creo que en una ciudad las divisiones proporcionen ningún bien (1). Hasta me parece imposible que, a la llegada de algún enemigo, las ciudades así divididas no se pierdan al punto, por cuanto de los dos partidos que encierran, el más débil se entiende siempre con las fuerzas que atacan, y el otro no es suficiente para resistir por sí solo. En mi entender, los venecianos se guiaron por las mismas consideraciones que los florentinos, para fomentar en las ciudades que dominaban las facciones de los güelfos y de los gibelinos, aunque no les dejaban propasarse en sus pendencias hasta llegar a la efusión de sangre, y únicamente alimentaban en su seno el espíritu de oposición, a fin de que, ocupados en sus rencillas los secuaces de una o de otra, no se sublevaran contra ellos. Pero se vió que esta estratagema no se convirtió en beneficio suyo (2) cuando les derrotaron en Vaila, pues una

---

(1) No debe aceptarse literalmente este raciocinio, porque, en tiempo de Maquiavelo, los ciudadanos eran soldados, en caso de ataque a su ciudad. Hoy día, para la defensa de una plaza no se cuenta con los ciudadanos, sino con las tropas que la guarnecen. Pienso, pues, como los antiguos florentinos, que es bueno mantener partidos en las ciudades y en las provincias, para ocuparlas cuando son de índole inquieta, pero a base de que ninguno de ellos se dirija contra mí (R. C.).

(2) A mí, por el contrario, me salió acertadamente. A menudo, les doy algunas leyes que sean semilla de particulares discordias, cuando quiero distraerlos de los negocios del Estado, o preparo en secreto alguna gran providencia gubernativa (R. I.).

Digitized by Google

parte de aquellas facciones cobró entonces aliento, y les arrebató sus dominios de tierra firme.

Semejantes recursos dan a conocer que el soberano adolece de alguna debilidad (1), ya que nunca, en un principado vigoroso, se tomará nadie la libertad de sostener tales divisiones, provechosas solamente en tiempo de paz, en que, por su medio, cabe dirigir más fácilmente a los súbditos, pero flojas y peligrosas, como expediente político, si sobreviene la guerra (2). Incontestablemente los príncipes son grandes, cuando superan las dificultades y las resistencias que se les oponen (3). Ahora bien: la fortuna, si quiere elevar a un príncipe nuevo, que, más que un príncipe hereditario, necesita adquirir fama, le suscita enemigos, y le inclina a varias empresas contra ellos, a fin de hacerle triunfar, y con la escala que ellos mismos le traen, subir más arriba (4). Por esto, piensan muchos que un príncipe sabio debe, siempre que le sea posible, procurarse con arte algún enemigo, para que, atacándole y reprimiéndole, provoque un aumento de su propia grandeza (5).

Los príncipes, y especialmente los nuevos, hallaron muchas veces más fidelidad y más provecho en los hombres que al principio de su reinado les eran sospechosos, que en aquellos en quienes al empezar ponían toda su confianza (6). Pandolfo Petruci, príncipe de Siena, se servía, en la gobernación de su Estado, mucho más de los que habían

---

(1) Quizá también a veces de alguna prudencia y de algún arte (R. I.).

(2) Si sobreviene la guerra, hay que distraerlos de otro modo para contentarlos (R. I.).

(3) ¿Ha podido nadie superarlas más que yo? (R. I.).

(4) Me aprovecharé de cuantas escalas se me suministren (R. I.).

(5) Maquiavelo, si viviese, se alegraría de la utilidad que saqué de este consejo (R. I.).

(6) Esto, que puede ser verdad para otros, no lo es para mí (R. I.).

Digitized by Google

sido sospechosos que de los que no se lo habían sido nunca. Pero no puede darse sobre esto una regla general, porque los casos no son siempre unos mismos (1). Me limitaré, pues, a decir que si los hombres que al comienzo de un reinado se mostraron enemigos del príncipe no son capaces de mantenerse en su posición sin apoyos, aquél podrá ganarlos fácilmente (2), y, después, tanto más obligados se verán a servirle con fidelidad cuanto más comprendan lo necesario que les es borrar con sus acciones la siniestra opinión que el soberano había formado de ellos (3). Y sacará mayor provecho de estos tales que de aquellos otros que, sirviéndole con tranquilidad en interés de sí mismos (4), descuidan el del príncipe forzosamente.

Puesto que la materia lo exige, no dejaré de recordar al príncipe que adquirió un Estado con el favor de algunos ciudadanos, que ha de considerar muy bien el motivo que les inclinó a favorecerle. Si lo hicieron, no por afecto natural a su persona, sino únicamente por no estar contentos con el Gobierno que tenían, no podrá conservar su amistad sino muy trabajosa y dificultosamente, porque le resultará casi imposible contentarlos (5). Discurriendo sobre el particular, se advierte que es más hacedero con-

---

(1) Estoy conforme (R. I.).

(2) Así gané a ciertos nobles que, por ambición o por penuria de fortuna, necesitaban puestos elevados o lucrativos, y a los emigrados a quienes abrí las puertas de Francia, y les restituí sus bienes (R. I.).

(3) ¿Qué no hicieron al efecto conmigo? (R. I.).

(4) Es menester saber turbar esta tranquilidad, cuando se sospecha que los tales afiojan, y, aunque no hubiera motivos para presumirlo, unos cuantos intempestivos arranques surten siempre buen efecto (R. I.).

(5) No me quisieron más que para que yo les colmase de beneficios, y, como son insaciables, procederían lo mismo con otro príncipe que me sustituyera. Su alma es un tonel de las Danaides, y su ambición el buitre de Prometeo (R. I.).

Digitized by Google

seguir la amistad de los hombres que se conformaban con el Gobierno anterior, aunque no gustasen de él (1), que la de aquellos otros que, siéndole contrarios (2), se declararon por este solo motivo adictos al príncipe nuevo, y le ayudaron a apoderarse del Estado (3). Los príncipes que querían conservar más seguramente el suyo acostumbraron a construir fortalezas que sirvieran de freno a quien concibiera designios contra ellos (4); y de seguro refugio a sí mismos en el primer asalto de una rebelión (5). Aplaudo esta medida, puesto que la practicaron nuestros mayores. Sin embargo, en nuestro tiempo se vió a Nicolás Viteli demoler dos fortalezas en la ciudad de Castelo, para conservarla. Guido Ubaldo, duque de Urbino, de regreso en su Estado, del que le había expulsado César Borgia, arruinó hasta sus cimientos todas las fortalezas de la próxima, para retener más fácilmente aquel Estado, si alguien quisiera quitárselo otra vez (6). Habiendo de entrar en Polonia, los Bentivoglis procedieron del mismo modo. Y es que las fortalezas son útiles o inútiles, según las circunstancias y los tiempos, y si proporcionan algún

---

(1) Ejemplo de esto son nuestros realistas moderados (R. I.).

(2) Por despecho de ambición (R. I.).

(3) Reflexión altamente poderosa (R. I.)

(4) Así se construyó el castillo de la Bastilla, de París, en el reinado de Carlos el Sabio, para asegurarse de los parisinos, y así también se construyó el castillo de la Trompeta, de Burdeos, en el reinado de Carlos VIII, para asegurarse de los bordeleses. No perdamos esto de vista (R. I.).

(5) En la primera ocasión oportuna, construiré un castillo en las alturas de Montmartre, para inspirar respeto a los habitantes de París. Por no tenerlo, se entregaron cobardemente a los aliados. El castillo de la Trompeta bastará para contener a los traidores del Garona (E.).

(6) Destruiré todas las de Italia, excepto las de Alejandría y las de Mantua, que fortificaré lo más posible (G.).

Digitized by Google

beneficio al príncipe en algunos respectos, le perjudican en otros. La cuestión puede reducirse a breves y claros términos. El príncipe que tema más a sus pueblos que a los extranjeros, debe construirse fortalezas (1). Pero el que tema más a los extranjeros que a sus pueblos, debe pasarse sin la defensa de esos baluartes. El castillo que Francisco Sforcia edificó en Milán, atrajo y atraerá a sus descendientes más guerras que cualquier otro desorden posible en aquel Estado. La mejor fortaleza con que puede contar un príncipe es no ser aborrecido de sus pueblos (2). Si le aborrecen, no le servirán de nada las fortalezas como medio de salvación (3), porque se levantarán en armas contra él y no les faltarán extranjeros que acudan en su auxilio (4). En nuestro tiempo, no hemos comprobado que las fortalezas hayan redundado en provecho de ningún príncipe. Caso único de excepción ha sido el de la condesa de Forli, después de la muerte de su esposo, el conde Jerónimo. Su ciudadela le sirvió para evitar el primer asalto de la rebelión del pueblo, para esperar sin sobresalto algunos socorros de Milán y para recuperar su Estado (5). Las circunstancias de entonces no permitían que los extranjeros fueran a ayudar al pueblo (6). Pero, más tarde, cuando César Borgia atacó a la condesa, y su pueblo, que era enemigo suyo, se reunió con el extran-

---

(1) Cuando se teme a los unos tanto como a los otros conviene a toda costa tenerlas en cuantas partes sea justificado el temor (E.).

(2) Por desgracia, si aborrecen al príncipe, le hacen a menudo más mal que bien podrán hacerle cien amigos (E.).

(3) No creo esto (E.)

(4) No puede evitarse este auxilio de los extranjeros al pueblo francés. Entonces, como entonces. ¡Hoy veríamos! (E.).

(5) Paréceme esto bastante como justificación de las fortalezas (E.).

(6) La condesa no disponía de un ejército como el mío (E.).

Digitized by Google

jero contra ella, las fortalezas le resultaron inútiles (1). Más que poseer estos baluartes expugnables le hubiera servido con el baluarte invencible del amor del pueblo (2). Así, bien considerado todo, elogiaré tanto al que haga fortalezas como al que no las haga. Pero censuraré a los que, fiándose demasiado en ellas, tengan el odio del pueblo por cosa de poca monta (3).

---

(1) Créolo muy bien, si no tenía más que eso para defenderse (E.).

(2) ¿El amor del pueblo? Maquiavelo se vuelve cargante insistiendo en esta puerilidad. Las fortalezas eficaces reemplazan perfectamente aquel amor (E.).

(3) Puedes alabarme anticipadamente (E.).

Digitized by Google

CAPITULO XXI

CÓMO DEBE CONDUCIRSE UN PRÍNCIPE PARA ADQUIRIR ALGUNA CONSIDERACIÓN

Nada granjea más estimación a un príncipe que las grandes empresas y las acciones raras y maravillosas (1). De ello nos presenta nuestra edad un admirable ejemplo en Fernando V, rey de Aragón y actualmente monarca de España. Podemos mirarle casi como a un príncipe nuevo (2), porque, de rey débil que era, llegó a ser el primer monarca de la cristiandad, por su fama y por su gloria (3). Pues bien: si consideramos sus empresas las hallaremos todas sumamente grandes, y aun algunas nos parecerán extraordinarias (4). Al comenzar a reinar, asaltó el reino de Granada (5), y esta empresa sirvió de punto de partida a su grandeza. Por de contado, la había iniciado sin temor a hallar estorbos que se la obstruyesen, por cuanto su pri-

(1) **Con ellas me he elevado, y únicamente con ellas conseguiré mantenerme en mi altura. Si no hubiese otras nuevas, que sobrepujasen a las anteriores, decaería (R. I.).**

(2) **Los hay de muchas especies (E.).**

(3) **Yo también llegaré a serlo (E.).**

(4) **No más que las mías (R. I.).**

(5) **Me convendrá hacer otro tanto con el reino español entero (R. C.)**

Digitized by Google

mer cuidado había sido tener ocupado en aquella guerra el ánimo de los nobles de Castilla. Haciéndoles pensar incesantemente en ella, les distraía de cavilar y maquinar innovaciones durante ese tiempo, y por tal arte adquiría sobre ellos, sin que lo echasen de ver, mucho dominio, y se proporcionaba suma estimación (1). Pudo en seguida, con el dinero de la Iglesia y de los pueblos, sostener ejércitos, y formarse, por medio de la guerra tan larga, buenas tropas, lo que redundó en pro de su celebridad como capitán (2). Además, alejando siempre el pretexto de la religión, para poder llevar a efecto mayores hazañas, recurrió al expediente de una crueldad devota, y expulsó a los moros de su reino, que quedó así libre de su presencia (3). No cabe imaginar nada más cruel, y a la vez más extraordinario, que lo que ejecutó en ocasión semejante. Después, bajo la misma capa de religión, se dirigió contra Africa, emprendió la conquista de Italia, y acaba de atacar recientemente a Francia. Concertó de continuo grandes cosas, que llenaron de admiración a sus pueblos, y que conservaron su espíritu preocupado por las resultas que podían traer (4). Hasta hizo seguir unas empresas de otras

---

(1) Mis circunstancias se diferenciaban demasiado de las suyas en mi empresa contra España para que tuvieran en mi Imperio iguales victorias. Por lo demás, me podía pasar sin ello (R. I.).

(2) Fernando fué más feliz que yo, o tuvo ocasiones más favorables. Yo hube de hacer obrar a mi hermano. (¡Ah, qué hermano!) ¿No fué como si yo mismo obrara? (R. I.)

(3) Mi devoción al Concordato no pudo autorizarme más que para expulsar a los sacerdotes que se habían mostrado, y se mostraban todavía, reacios a los juramentos y a las promesas, por serme únicamente necesarios los muy dóciles y muy jesuíticos. De cuando en cuando vejaré por cálculo a los padres de la fe. Fesche los protegerá, y ellos le harán Papa (R. C.)

(4) No podrá menos de serme utilísimo el tener siempre embobados a mis pueblos, dándoles continuamente que ha-

Digitized by Google

en grado tamaño (1), que no dejaron tiempo a sus gobernados ni siquiera para respirar, cuanto menos para urdir trama alguna contra él (2).

Es también un expediente muy provechoso para el príncipe que imagine, en la gobernación interior de su Estado, cosas singulares (3), como las que se cuentan de Barnabó Visconti de Milán. Cuando sucede que una persona realizó, en el orden civil, una acción poco común, ya en bien, ya en mal, es menester encontrar, para premiarla (4), o para castigarla (5), un modo notable, que dé al público amplio tema de conversación. El príncipe debe, ante todas las cosas, ingeniarse para que cada una de sus operaciones políticas se ordene a procurarle nombradía de grande hombre y de soberano de superior ingenio (6). Y asimismo se hace estimar, cuando es resueltamente amigo o enemigo de los príncipes puros, es decir, cuando sin timidez se declara resueltamente en favor del uno o del otro (7). Esta resolución es siempre más conveniente que la de permanecer neutral (8), porque si dos potencias de su vecindad se

---

blar sobre mis triunfos o sobre mis miras, engrandecidas por el genio de la ambición (R. C.)

(1) A ello me dediqué especialmente en mis tratados de paz, haciendo insertar siempre en ellos alguna cláusula propia, para engendrar el pretexto de una nueva e inmediata guerra (R. I.).

(2) Es también uno de mis fines, en la atropellada sucesión de mis empresas (R. I.)

(3) Pero conviene, ciertamente, que estas cosas deslumbren por su fausto, y que no estén desnudas enteramente de algunos visos de utilidad pública (R. I.).

(4) Tal ha sido la institución de mis premios decenales (R. I.).

(5) En este punto, nada nuevo puede inventarse ya (R. I.).

(6) Te comprendo, florentino, y me conformo con tus consejos (R. I.)

(7) Salvo el hacer después el contrapunto (R. C.).

(8) Permanecer neutral es indicio de la mayor debilidad posible de armas y de carácter (R. C.).

Digitized by Google

declaran la guerra entre sí, no es posible que ocurra más que uno de estos dos casos: o que, vencedora la una, tenga motivo para temerla después, o que ninguna de ellas sea propia para infundirle semejante temor (1). En un caso, como en el otro, le convendrá declarar guerra franca a alguna de ellas (2). En el primero, si no la declara, será el despojo del vencedor (3), lo que agradará en gran manera al vencido (4), y no hallará a ninguno que se compadezca de él, ni que vaya a socorrerle, ni siquiera que le ofrezca un asilo. El vencedor no quiere amigos sospechosos, que no le auxilien en la adversidad, y el vencido no acogerá al neutral, puesto que se negó a tomar las armas, para correr las contingencias de su fortuna (5). Habiendo pasado Antioco a Grecia, de donde le llamaban los etolios, para echar de allí a los romanos, envió un embajador a los acayos, para inducirles a permanecer neutrales, mientras rogaban a los otros que se armasen en favor suyo. Esto fué materia de una deliberación en los consejos de los acayos. El enviado de Antioco insistía en que se resolviesen a la neutralidad. Pero el diputado de los romanos, que estaba presente, le refutó por el siguiente tenor: "Se os dice que el partido más sabio para vosotros, y más útil para vuestro Estado, es que no intervengáis en la guerra que hacemos, en lo cual se os engaña (6). No podéis tomar

---

(1) Yo no temo a ninguna en particular, y las mantendré divididas hasta que pueda reunirlas a mí (R. C.).

(2) No hay otro recurso que éste (R. I.).

(3) Por eso, los neutrales de las ligas anteriores fueron despojo mío (R. I.).

(4) Disposición de ánimo de que me aprovecho siempre a costa suya (R. I.).

(5) Buena reflexión para los príncipes que no se me parecen, y particularmente para los que no tuvieren nunca, para hacerla, juicio bastante sano (R. I.).

(6) Así obligaré a hablar a los príncipes de Alemania, cuando se trate de mi famosa expedición a Rusia. A los demás les haré marchar sin necesidad de ello (R. I.).

Digitized by Google

resolución más contraria a vuestros intereses, porque, si no intervenís en nuestra guerra, privados entonces de toda consideración, e indignos de toda gracia, infaliblemente serviréis de premio al vencedor." Note bien el príncipe que quien le pide la neutralidad no es amigo, y que lo es, por el contrario, quien solicita que se declare en su favor, y que tome las armas en defensa de su causa. Los príncipes irresolutos que quieren evitar los peligros del momento retrasan a menudo el rompimiento de su neutralidad, pero también a menudo caminan hacia su ruina (1). Cuando el príncipe se declara generosamente en favor de una de las potencias beligerantes, si triunfa aquella a la que se une, aunque ella posea una gran fuerza, y él quede a discreción suya, no tiene por qué temerla, pues le debe algunos favores, y le habrá cogido afecto. Los hombres, en ocasiones tales, no son lo bastante cínicos para dar ejemplo de la enorme ingratitud que habría en oprimir al que les ayudó (2). Por otra parte, los triunfos nunca son tan prósperos que dispensen al vencedor de tener algún miramiento a la justicia (3). Si, por el contrario, es derrotado aquel a quien el príncipe se une, conservará su consideración, contará con su socorro, en caso posible para él, y será el compañero de su fortuna, que puede mejorar algún día (4).

En el segundo caso, esto es, cuando las potencias que luchan una contra otra son tales que el príncipe nada ten-

---

(1) Se mostraron risibles, y por eso deberían considerarse como perdidos (R. I.).

(2) ¿Valían, pues, los hombres de entonces más que los de ahora, en que semejantes consideraciones no sirven para nada? Nuestro siglo de luces dilató maravillosamenc la esfera de la ciencia política (R. I.).

(3) Cada cual entiende la justicia a su modo (R. I.).

(4) Consuelo bueno únicamene para príncipes de poca monta (R. I.).

Digitized by Google

ga que temer de la que triunfe, cualquiera que sea, habrá, por su parte, tanta más prudencia en unirse a una de ellas, cuanto por este medio concurra a la ruina de la otra, con ayuda de la misma que, si fuera discreta, debiera salvarla (1). Siendo imposible que con el socorro del aludido príncipe no triunfe, su victoria no puede menos de ponerla a disposición de aquél (2). Y es necesario notar aquí que cuando un príncipe quiere atacar a otros, ha de cuidar siempre de no asociarse a un príncipe más poderoso que él, a menos que la necesidad le obligue a hacerlo, como queda indicado (3), puesto que si dicho príncipe triunfa se convertirá en esclavo suyo en algún modo (4). Ahora bien: los príncipes deben evitar, cuanto les sea posible, quedar a discreción de los otros príncipes (5). Los venecianos se aliaron con los franceses para luchar contra el duque de Milán, y esta alianza, de la que hubieran podido excusarse, causó su ruina (6). Pero si no cabe evitar semejantes alianzas, como les sucedió a los florentinos cuando con el Papa fueron, con tres ejércitos reunidos, a atacar la Lombardía, entonces, a causa de las razones que llevo apuntadas, conviene a un príncipe unirse a los otros. Por lo demás, ningún Estado crea poder nunca, en tal circunstancia, tomar una resolución segura (7). Piense, por el contrario, que no puede tomarla

---

(1) Rusia olvidó esto, cuando abandonó Austria a mis armas. Veré, pues, lo que debo hacer, al dirigirme contra Rusia. Prusia y Austria, por mucho que les interese su conservación, pueden dejarse llevar de mí contra ella (R. I.).

(2) A la mía acabarán todas las potencias por ponerse (R. I.).

(3) Ofreceré esto, cuando me convenga (R. I.).

(4) En esclavas mías se convertirán todas las potencias (R. I.).

(5) No me importa que las potencias puedan evitarlo con relación a mí (R. I.).

(6) ¡Pobre y mezquino ejemplo! (R. C.).

(7) Puede uno contar con su buena suerte (R. C.).

Digitized by Google

sino dudosa, por ser conforme al curso ordinario de las cosas que no trate uno de evitar jamás un inconveniente, sin caer en otro (1). La prudencia estriba en conocer su respectiva calidad, y en tomar el partido menos malo.

Ha de manifestarse el príncipe amigo generoso de los talentos y honrar a todos aquellos gobernados suyos que sobresalgan en cualquier arte (2). Por ende, debe estimular a los ciudadanos a ejercer pacíficamente su profesión y oficio, agrícola, mercantil o de cualquier otro género, y hacer de modo que, por el temor de verse quitar el fruto de sus tareas, no se abstengan de enriquecer al Estado, y que, por el miedo a los tributos, no se persuadan a dedicarse a negocios diferentes (3). Debe, otrosí, preparar algunos premios para quien funde establecimientos útiles, y para quien trate, en la forma que quiera, de multiplicar los recursos de su ciudad (4). Finalmente, está obligado a proporcionar fiestas y espectáculos a sus pueblos (5), en las fechas anuales que estime oportunas. Como toda ciudad se halla repartida en tribus municipales o en gremios de oficios (6), conviénele guardar miramientos con estas corporaciones, reunirse a veces con ellas en sus juntas (7), y dar en éstas ejemplo de humanidad y de munificencia, conser-

---

(1) Los hay siempre más numerosos o más graves unos que otros (R. C.).

(2) Multiplicas en demasía los privilegios de invención (R. C.).

(3) Los tributos no amedrentan jamás la codicia de los mercaderes (R. C.).

(4) ¿Se multiplicaron nunca tanto estos recursos como bajo mi mandato? (R. I.).

(5) Las solemnidades eclesiásticas no podían servirse, y su supresión se ha compensado, mucho más útilmente para mí, con la pompa de las solemnidades civiles (R. I.).

(6) ¡Excesivamente popular! (R. C.).

(7) Basta ciertamente con mostrarse en las funciones de teatro (R. C.).

Digitized by Google

vando, empero, inalterablemente la majestad de su clase, y cuidando que, en tales casos de popularidad (1), no se humille su dignidad regia en manera alguna (2).

(1) Es menester ser sobrio en ello (R. C.).
(2) Por poca atención que en ello se ponga, lo último resulta demasiado cierto (R. I.).

Digitized by Google

CAPITULO XXII

DE LOS MINISTROS O SECRETARIOS DE LOS PRÍNCIPES

No es cosa de poca importancia para los príncipes la buena elección de sus ministros, los cuales son buenos o malos, según la prudencia usada en dicha elección (1). El primer juicio que formamos sobre un príncipe y sobre sus dotes espirituales, no es más que una conjetura (2), pero lleva siempre por base la reputación de los hombres de que se rodea. Si manifiestan suficiente capacidad y se muestran fieles al príncipe (3) tendremos a éste por prudente, puesto que supo conocerlos bien, y mantenerlos adictos a su persona (4). Si, por el contrario, reúnen condiciones

---

(1) Pero esta prudencia debe acomodarse a las circunstancias, pues las hay tales que el más difamado resulta el más recomendable (R. C.).

(2) ¿Qué hubiera pensado de mí, viéndome tomar por ministros y por consejeros a varios amigos declarados de los Borbones, condecorados con sus cruces de San Luis y colmados de mercedes por aquel a quien yo sustituía, y que aspiraba a suplantarme? (R. I.).

(3) Puede hallarse todo esto en un sujeto desacreditado, mucho mejor que en otro cuya reputación hueia como un aroma (R. C.).

(4) Aquí está la gran dificultad, y en ella hallan muchos príncipes su ruina (R. C.).

Digitized by Google

opuestas, formaremos sobre él un juicio poco favorable, por haber comenzado su reinado una grave falta, escogiéndolos así (1). No hubo nadie que, viendo a Venafío nombrado consejero de Petruci, príncipe de Siena, no estimara que el último fué un hombre prudente en alto grado, por el mero hecho de haber tomado al primero por ministro (2). Pero es necesario saber que hay entre los príncipes, como entre los demás hombres, tres especies de cerebros. Los primeros piensan y obran por sí y ante sí (3); los segundos, poco aptos para inventar, poseen sagacidad selectiva en el atenerse a lo que le proponen otros (4); los terceros no conciben nada por sí mismos, ni nada tampoco sacan en limpio de ajenos discursos (5). Los primeros son ingenios superiores; los segundos son talentos estimables; los terceros son como si no existiesen (6). Si Patruci no era de la primera especie, perteneció, indudablemente, a la segunda. Cuando un príncipe, carente de originalidad creadora, posee inteligencia suficiente para discernir con mesura juiciosa lo que se dice y lo que se hace (7), conoce las buenas y malas operaciones de sus consejeros, para apoyar las primeras y corregir las segundas, y no pudiendo sus ministros abrigar esperanzas de engañarle, se le conservan íntegros, discretos y sumisos. Pero ¿cómo alcanzar tan sabia prudencia y tan loable discerni-

(1) No sabrá evitarlo el que no conozca a los hombres, y se deje dirigir por otro en la elección que haga (E.).

(2) Véanse mis elecciones y júzguese (E.).

(3) A esto me apego más (R. C.).

(4) No falté a ello, pero sólo cuando de antemano había reconocido en mis consultores una máxima superioridad intelectual (R. C.).

(5) Estos son tan estúpidos como brutos. Maquiavelo olvidó a los espíritus sistemáticos y encaprichados con abstractas concepciones (R. C.).

(6) Faltóle a Maquiavelo añadir una cuarta especie: la de los que se pierden, creyendo, en su soberbia gratuita, que hacen siempre lo mejor de lo mejor (E.).

(7) Mi hermano José tiene, a lo menos, esta clase de discreción (R. I.).

Digitized by Google

miento? He aquí un recurso que no induce jamás a error. Cuando el príncipe vea a sus ministros pensar en ellos más que en él, y regirse en todas sus acciones por afán de provecho personal, quede persuadido de que tales hombres jamás le servirán bien (1). No podrá estar seguro de su actuación ni un momento, porque faltan a la primera de las máximas morales de su condición. Esta máxima es que los que manejan los negocios de un Estado no deben nunca pensar en sí mismos, sino en el príncipe (2), ni recordarle nunca nada que no se refiera a los intereses de su reinado (3). Pero también, por otra parte, el príncipe, a fin de no perder a sus ministros buenos y de generosas disposiciones, debe pensar en ellos, revestirles de honores, enriquecerlos, y atraérselos por la gratitud, con las dignidades y los cargos que les confiera. Los honoríficos grados y las pingües riquezas que les conceda, colman los deseos de su ambición (4), y los importantes puestos de que les haya provisto les hacen temer que el príncipe caiga, o sea suplantado, porque saben perfectamente que sólo con él los conservarán (5). Si príncipe y ministro se conducen así recíprocamente, la confianza será no menos mutua (6). Pero, si no se portan de tal modo, uno y otros acabarán mal (7).

---

(1) Haré cuanto esté en mi mano para que no puedan pensar en sus intereses más que ocupándose en los míos (R. C.).

(2) ¡Nunca! Si piensan más en sí mismos que en mí, lo veré al punto, y *vía vía* (R. C.).

(3) ¡Cómo saben ocultar sus intereses bajo los de mi reinado! (R. I.).

(4) Cuando no son, como los míos, gente que ha perdido toda vergüenza. ¡Más honradez queda en mi reino de Italia! (R. I.).

(5) ¡Valientes trapaceros! En la actualidad han aprendido a hacerse importantes en todos los gobiernos, aun en los más disparatados y contradictorios (E.).

(6) Bueno para otros tiempos o en otra parte que en Francia (R. I.).

(7) ¿Quién hubiera ni aun soñado que ése iba a ser mi destino? Pero ya me desquitaré (E.).

Digitized by Google

CAPITULO XXIII

CUÁNDO DEBE HUIRSE DE LOS ADULADORES

Cúmpleme no pasar en silencio un punto importante, conviene a saber: la falta de que con dificultad se preservan los príncipes (si no son muy prudentes, o si carecen de tacto fino), y que es falta más bien de los aduladores de que todas las cortes están llenas y atestadas (1). Pero se complacen tanto los príncipes en lo que por sí mismos hacen, y se engañan en ello con tan natural propensión, que librarse del contagio de las adulaciones les cuesta Dios y ayuda, y aun con frecuencia les sucede que por inhibirse sistemáticamente de semejante contagio corren peligro de caer en el menosprecio (2). Para obviar inconveniente tamaño bástale al príncipe dar a comprender a los que le rodean que no le ofenden por decirle la verdad (3). Pero si todos pueden decírsela (4), se expone

---

(1) En algún modo son necesarios, pues un príncipe no puede pasarse sin su incienso. Pero no debe dejarse desvanecer por él, y esto es lo difícil (R. I.).

(2) Si no me alabaran con ponderación, el pueblo me tendría por inferior a un hombre vulgar (R. I.).

(3) Consentiría yo en ello, pero ¿querrán decírmela? (R. C.).

(4) Es ya muchísimo permitirlo a dos o tres tan sólo (R. C.).

Digitized by Google

a que le falten al respeto. Así, un príncipe advertido y juicioso debe seguir un curso medio, escogiendo en su Estado a algunos sujetos sabios, a los cuales únicamente otorgue licencia para decirle la verdad, y esto exclusivamente sobre la cosa con cuyo motivo les pregunte, y no sobre ninguna otra (1). Sin embargo, le conviene preguntarles sobre todas (2), oír sus opiniones, deliberar después por sí mismo y obrar últimamente como lo tenga por conveniente a sus fines personales (3). Es necesario que su conducta con sus consejeros reunidos y con cada uno de ellos en particular se desarrolle en tal forma que todos conozcan que cuanto más sinceramente le hablen tanto más le agradarán. Pero, excepto éstos, ha de negarse a oír los consejos de cualquier otro, poner inmediatamente en práctica lo que por sí propio haya resuelto y mostrarse tenaz en sus determinaciones (4). Si obra de diferente manera, la diversidad de pareceres le obligará a variar muy a menudo (5), de lo cual resultará que harán muy corto aprecio de su persona. Acerca de este punto quiero presentar un ejemplo moderno. El sacerdote Luc, dependiente de Maximiliano, actual emperador, dice de él que "no toma consejo de nadie, y que, sin embargo, nunca hace nada a su gusto" (6). Ello proviene de que Maxi-

---

(1) A estos mismos hay que prohibirles abrir la boca, si no se les pregunta (R. C.).

(2) *C'est trop!* (R. C.).

(3) No falté a esto, y me va muy bien (R. I.).

(4) Así procedí siempre yo (R. I.).

(5) Añádase la fuerza de las actuales circunstancias, que hacen más inevitables ambos peligros. ¡Bien veo el fin a que los aduladores arrastran! (E.).

(6) Tuvo Maximiliano buenos pensamientos, especialmente cuando quiso ser igual al Papa, aun en materia de religión, apropiándose al efecto el título de *Pontifex Maximus*. Pero carecía de genial entereza y se contentó con decir que "si fuera el Creador y tuviera dos hijos, el primero sería Dios, y el segundo, rey de Francia". Por mi parte, omnipotente como soy en Europa, haré de modo que mi hijo, de quedar único, tenga por sí solo la soberanía de la Santa Sede con toda la del Imperio (R. I.).

Digitized by Google

miliano sigue un rumbo opuesto al que he indicado. Es un hombre misterioso, que no solicita el parecer ajeno ni comunica sus designios a persona alguna. Pero cuando los lleva a ejecución, sus cortesanos empiezan a contradecírselos (1), y desiste fácilmente de ellos (2). De aquí resulta que las cosas que hace un día las deshace al siguiente, que no prevé jamás sus proyectos ni sus actos y que no es posible contar con sus resoluciones (3).

Si un príncipe debe pedir consejos sobre todos los asuntos, no debe recibirlos cuando a sus consejeros les agrade (4), y hasta debe quitarles la gana de aconsejarle sobre negocio ninguno, a no ser que él lo solicite (5). Pero debe con frecuencia, y sobre todos los negocios, oír pacientemente y sin desazonarse la verdad acerca de las preguntas que haya hecho, sin que motivo alguno de respeto sirva de estorbo para que se la digan (6). Los que piensan que un príncipe, si se hace estimar por su prudencia, no la debe a sí propio, sino a la sabiduría de los consejeros que le circundan, se engañan en la mitad del justo precio (7). Para juzgar de esto hay una regla general, que nunca induce al error, y es que un príncipe que no es prudente de suyo no puede aconsejarse bien, a menos que por casualidad dispusiera de un hombre excepcional y ha-

---

(1) ¡Desgraciado del que imaginara siquiera hacer eso conmigo! (R. I.).

(2) Maximiliano tenía una imaginación hermosa, pero aposentada en una cabeza débil (R. I.).

(3) No recibimos realmente auxilio sino cuando aquellos que queremos que nos lo presten saben que somos invariables (R. I.).

(4) No me los darían a mí sin haber antes adivinado mi opinión y pulsado mi estado de ánimo (R. I.).

(5) A los míos les he quitado la gana de ello en absoluto (R. I.).

(6) Maquiavelo exige mucho. Sé mejor que él lo que conviene a mi situación (R. I.).

(7) La opinión pública sabe que yo puedo decir, como Luis XI: "Mi verdadero consejo está dentro de mi cráneo" (R. I.).

Digitized by Google

bilísimo que le gobernara en todo (1). Pero en tal caso la buena gobernación del príncipe no duraría mucho, porque su conductor se encargaría de quitarle en breve tiempo su Estado. Cuanto al príncipe que consulta con muchos y que carece él mismo de la prudencia necesaria (2) no recibirá jamás pareceres que concuerden, no sabrá corregirlos por sí propio y ni aun echará de ver que cada uno de sus consejeros piensa en sus personales intereses nada más (3). No existe posibilidad de hallar dispuestos de otra manera a los ministros, porque los hombres son siempre malos, a no ser que se les obligue por la fuerza a ser buenos (4). De donde concluyo que conviene que los buenos consejos, de cualquier parte que vengan, dimanen, en definitiva, de la prudencia del propio príncipe y que no se funden en sí mismos como tales (5).

(1) Sed un Luis XIII, y veréis bien pronto que Anmand hará como Pepino (R. I.).

(2) En tal caso, no debe uno cargar con el peso de otro (R. I.).

(3) Así sucede, en efecto (E.).

(4) Verdad irrechazable, que basta para que los ministros y los cortesanos alejen del príncipe toda lectura de Maquiavelo (E.).

(5) ¿En dónde está la cabeza reinante capaz de esto? En un islote del Mediterráneo (E.).

Digitized by Google

CAPITULO XXIV

POR QUÉ MUCHOS PRÍNCIPES DE ITALIA PERDIERON SUS ESTADOS (1)

El príncipe nuevo que siga con prudencia las reglas que acabo de exponer adquirirá la consistencia de uno antiguo y alcanzará en muy poco tiempo más seguridad en su Estado que si llevara un siglo en posesión suya (2). Siendo un príncipe nuevo mucho más cauto en sus acciones que otro hereditario, si las juzgan grandes y magnánimas sus súbditos, se atrae mejor el afecto de éstos que un soberano de sangre inmemorial esclarecida (3), porque se ganan los hombres mucho menos con las cosas pasadas que con las presentes (4). Cuando hallan su provecho en éstas, a ellas se reducen, sin buscar nada en

---

(1) Este capítulo es el más curioso de la obra (E.).

(2) Hice la comprobación de ello en más de un caso (R. I.).

(3) El afecto que los más de los nobles me manifiestan, indícame que casi han olvidado a su antiguo soberano (R. I.).

(4) Especialmente si son emigrados a quienes se restituyeron sus haciendas, o hidalgos pobres a los que se hizo ricos, y aun los ricos de abolengo me agradecen que les haya habilitado para aumentar su caudal (R. I.).

Digitized by Google

otra parte. Con mayor motivo abrazan la causa de un nuevo príncipe (1) si éste no cae en falta en lo restante de su conducta (2). Así obtendrá una doble gloria: la de haber originado una soberanía y la de haberla corroborado y consolidado con buenas armas, buenas leyes, buenos ejemplos y buenos amigos (3). Obtendrá, por lo contrario, una doble afrenta el que, habiendo nacido príncipe, haya perdido su Estado por su poca prudencia (4).

Si se consideran aquellos príncipes de Italia que en nuestros tiempos perdieron sus Estados, como el rey de Nápoles, el duque de Milán y algunos otros, se reconocerá desde luego que todos cometieron la misma falta en lo relativo a la preparación militar, según que ya extensamente lo explané. Se notará además que uno de ellos tuvo por enemigo a su pueblo (5), o que el que lo tuvo por amigo careció de arte para asegurarse de los nobles (6). Sin estas faltas no se pierden los Estados que presentan bastantes recursos para poder disponer de ejércitos en campaña (7). Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro, sino el que fué vencido por Tito Quincio, poseía un Estado harto pequeño con relación al de los griegos y al de los romanos, que le atacaron juntos. Sin embargo, sostuvo contra ambos la guerra durante muchos años, por ser belicoso en extremo y porque sabía contener a su pueblo no menos que asegurarse de los nobles (8).

---

(1) Hice de ello felices experiencias (R. I.).

(2) Falta que me echarán en cara algunos para justificar el haberme vuelto la espalda (E.).

(3) He alcanzado ambas glorias (R. I.).

(4) Esto no reza conmigo (R. I.).

(5) Basta con no tener más que una parte del pueblo por enemigo (E.).

(6) Ello resulta imposible con los que uno conserva cerca de sí (E.).

(7) ¡Ay, ya no puedo yo disponer de ellos! (E.).

(8) Procuraré ponerme en mejor postura que lo hice con respecto a la Confederación, si se renueva (E.).

Digitized by Google

Si al cabo perdió la soberanía de algunas ciudades, conservó el resto de su reino (1).

Aquellos príncipes de Italia que después de haber ocupado mucho tiempo sus Estados los perdieron, acusen de ello a su cobardía, y no a la fortuna (2). Como en épocas de paz no habían imaginado nunca que pudieran cambiar las cosas, porque es un defecto común a todos los hombres no inquietarse de las borrascas mientras disfrutan de bonanza (3), sucedió que al llegar los tiempos adversos no pensaron más que en huir, en vez de defenderse (4), esperando que, fatigados sus pueblos por la insolencia del vencedor, no dejarían de llamarlos otra vez (5). Semejante partido sólo es bueno cuando faltan los otros. Pero abandonar éstos por aquél es cosa malísima, pues un príncipe no debería caer nunca por haber creído contar más tarde con alguien que le recibiera. Ello no suele ocurrir, o si ocurre no dará al príncipe ninguna seguridad, por cuanto esa especie de defensa es vil y no depende de él (6). Las únicas defensas buenas, ciertas y durables

---

(1) Aunque consintiera yo en la ya hecha cesión de los países conquistados por mí, y me restringiera a los límites fijados, sería siempre emperador de los franceses (E.).

(2) No pueden quejarse de no haber sido favorecidos por ella (E.).

(3) Sé cómo esto sucede. Cuanto les rodea en sus cortes les pavonea, en medio de sus satisfacciones suicidas, y temerían hacer malas digestiones, si dieran entrada en sus pechos a la menor inquietud. Seguro estoy de que, si volviera, no querrían creer todavía en la posibilidad de mi regreso. Y su natural isposición se presta grandemente a mis estratagemas narcotizantes (E.).

(4) No tendrán ya lugar para hacerlo (E.).

(5) Si vuelvo a reinar, como espero, me produciré como un príncipe que se ha hecho moderado, sabio, humano (E.).

(6) ¿Tendrán mis enemigos otra? Es posible que los des-

Digitized by Google

son las que dependen del príncipe mismo y de su propio valor (1).

---

amparen sus pueblos al verme volver de esta isla. De todos modos me aseguraré con la mayor actividad (E.).

(1) No conté nunca más que con ellas, ¡y volveré a procurármelas! (E.).

Digitized by Google

CAPITULO XXV

DOMINIO QUE EJERCE LA FORTUNA EN LAS COSAS HUMANAS, Y CÓMO RESISTIRLA CUANDO ES ADVERSA

No se me oculta que muchos creyeron y creen que la fortuna, o dígase la Providencia, gobierna de tal modo las cosas del mundo, que a los hombres no les es dable, con su prudencia, dominar lo que tienen de adverso esas cosas, y hasta que no existe remedio alguno que oponerles (1). Con arreglo a semejante fatalismo, llegan a juzgar que es en balde fatigarse mucho en las ocasiones temerosas, y que vale más dejarse llevar entonces por los caprichos de la suerte. Esta opinión goza de cierto crédito en nuestra época a causa de las grandes mudanzas que, fuera de toda conjetura humana, se vieron y se ven cada día (2). Yo mismo, reflexionando sobre ello, me incliné en alguna manera a la indicada opinión. Sin embargo, como nuestro libre albedrío no queda completamente anonadado, estimo que la fortuna es árbitro de la mitad de nuestras acciones, pero también que nos deja gobernar

---

(1) Sistema de los débiles y de los perezosos. Con energía y con actividad, ayudadas por el ingenio, es posible dominar la más adversa fortuna (E.).

(2) ¿Las había visto él mayores y más numerosas que las que engendré yo, y que puedo producir aún? (E.).

Digitized by Google

la otra mitad, o, a lo menos, una buena parte de ellas (1). La fortuna me parece comparable a un río fatal que cuando se embravece (2) inunda llanuras, echa a tierra árboles y edificios, arranca terreno de un paraje para llevarlo a otro. Todos huyen a la vista de él y todos ceden a su furia, sin poder resistirle. Y, no obstante, por muy formidable que su pujanza sea, los hombres, cuando el tiempo está en calma, pueden tomar precauciones contra semejante río construyendo diques y esclusas (3), para que al crecer de nuevo se vea forzado a correr por un canal, o, a lo menos, para que no resulte su fogosidad tan anárquica y tan dañosa (4). Pues con la fortuna sucede lo mismo (5). No ostenta su dominación más que cuando encuentra un alma y una virtud preparadas (6), porque cuando las encuentra tales vuelve su violencia hacia la parte en que sabe que no hay muros ni otras defensas capaces de contenerla. Ahora bien: si pensamos en Italia, que es teatro de parecidas revoluciones y el receptáculo que les da impulso, vemos que es una campiña sin diques y sin esclusas de ninguna clase. Si hubiera estado preservada por virtudes militares y cívicas (7), como lo están Alemania, Francia y España, la inundación de tropas extranjeras que sufrió no hubiese ocasionado las grandes mudanzas que ha experimentado (8), y ni siquiera la

---

(1) San Agustín no discurrió mejor sobre el libre albedrío. El mío ha domado a Europa, y hasta á la misma naturaleza (R. I.).

(2) ¡Esta fortuna asoladora soy yo mismo! (R. I.).

(3) No les dejé a mis enemigos tiempo ni facilidad para tomar esta prevención (R. I.).

(4) La fortuna que mi persona representa no se reduce con esa facilidad (R. I.).

(5) Como sucedió con la de mis enemigos (R. I.).

(6) Me hallara siempre dispuesto a abrumarla con el peso de mi alma y de mi virtud (R. I.).

(7) Lo estará (G.).

(8) Le esperan otras muchas (G.).

Digitized by Google

inundación hubiera venido (1). Y basta esta reflexión para lo concerniente a la necesidad de oponerse a la fortuna en general (2).

Refiriéndome ahora a casos más concretos, digo que cierto príncipe que prosperaba ayer se encuentra caído hoy, sin que por ello haya cambiado de carácter ni de cualidades (3). Esto dimana, a mi entender, de las causas que antes explané con extensión al insinuar que el príncipe que no se apoya más que en la fortuna cae según que ella varía (4). Creo también que es dichoso aquel cuyo modo de proceder se halla en armonía con la índole de las circunstancias, y que no puede menos de ser desgraciado aquel cuya conducta está en discordancia con los tiempos (5). Se ve, en efecto, que los hombres, en las acciones que los conducen al fin que cada uno se propone, proceden diversamente: uno con circunspección, otro con impetuosidad; uno con mafia, otro con violencia; uno con paciente astucia, otro con contraria disposición; y cada uno, sin embargo, puede conseguir el mismo fin por medios tan diferentes (6). Se ve también que, de dos hombres moderados, uno logra su fin, otro no; y que dos hombres, uno ecuánime, otro aturdido, logran igual acierto con dos expedientes distintos, pero análogos a la diversidad de sus respectivos genios. Lo cual no proviene de otra cosa más que de la calidad de las circunstancias

---

(1) ¡Si me vieras en ella hoy día y conocieras mis planes! (G.).

(2) A pesar de tu discreción te he adivinado, y me aprovecharé de ello (G.).

(3) ¡Tristes formalistas! (R. I.).

(4) Es menester saber seguirla en sus variaciones, sin apoyarse nunca enteramente sobre ella, y aparentar a la vez que se está seguro de sus favores (R. C.).

(5) Jamás la benignidad estuvo más en discordancia con mi situación (E.).

(6) Se consigue, si no obramos intempestivamente, a una que seguimos nuestro espontáneo modo de ser (R. C.).

Digitized by Google

y de los tiempos, que concuerdan o no con su modo de obrar (1). De donde resulta que, procediendo diferentemente, dos hombres logran idéntico efecto, y procediendo del mismo modo, uno consigue su fin y otro no. De esto depende asimismo la variación de su felicidad, porque si para el que se conduce con ponderación y con calma las circunstancias y los tiempos se tornan de arte que su gobierno sea bueno, prospera, mientras que si cambia sobreviene su ruina, por no haber mudado de modo de obrar. Pero no hay hombre alguno, por muy dotado de prudencia que esté, que sepa concordar bien sus procederes con las circunstancias y con los tiempos, ya por no serle posible desviarse de la propensión a que su naturaleza le inclina (2), ya por el hecho de que, habiéndole procurado éxito el caminar siempre por una senda, no se persuade con facilidad de que obrará bien con desviarse de ella (3). Cuando ha llegado para el hombre de temperamento fríamente tardo la ocasión de obrar con calurosa celeridad, no sabe hacerlo (4) y provoca su propia ruina. Si supiese cambiar de naturaleza con las circunstancias y con los tiempos (5) no se le mostraría tornadiza la fortuna.

El Papa Julio II procedió con verdadero arrebato en todas sus acciones (6), y halló las circunstancias y los

---

(1) El variar, según las circunstancias y los tiempos, sin perder nada del propio vigor es lo que hay de más difícil en el mundo y lo que exige mayor entereza. Dentro de poco se verá la excelencia y la flexibilidad de la mía (E.).

(2) Es difícil, pero lo conseguiré (E.).

(3) Mostrarse uno bueno reinando, por haberse mostrado bueno antes de reinar y para reinar, es el sistema más ruinoso (E.).

(4) Espero hacerlo con perfecta e indefectible confianza en mi buen sino (E.).

(5) Esto me parece completamente imposible (E.).

(6) Por dicha mía, ya no hay Papas como éste, que echó en el Tiber las llaves de San Pedro para no servirse más que de la espada de San Pablo (G.).

Digitized by Google

tiempos tan conformes con su modo de obrar, que logró acertar siempre. Considérese la primera empresa que dirigió contra Bolonia, en vida todavía de Bentivoglio. Los venecianos la veían con disgusto, y los monarcas de Francia y España estaban deliberando aún sobre lo que harían en el trance aquél, cuando Julio II, con valerosa rapidez, se puso él mismo a la cabeza de la expedición (1). Semejante paso dejó suspensos e inmóviles a los venecianos y a los monarcas de Francia y de España (2), a los primeros por miedo y a los segundos por su afán de recuperar el reino de Nápoles. Pero consiguió atraer a su partido al monarca francés, que habiéndole visto en movimiento, y deseando que se le uniese para abatir a los venecianos (3), juzgó que no podía negarle sus tropas sin hacerle una ofensa formal. Así, Julio II, con su alarde impetuoso, llevó a cumplida cima una empresa que un Pontífice más prudente no hubiera sabido dirigir nunca (4). Si al partir de Roma hubiera gastado tiempo en madurar su determinación y en proveerse de lo preciso, como cualquier otro Papa hubiera hecho (5), habría fracasado, a no dudarlo, pues el monarca francés le hubiese alegado mil disculpas y los otros le hubiesen infundido mil nuevos temores (6). Me abstengo de examinar las demas acciones suyas, las cuales fueron todas de esa misma especie y se

(1) He seguido esta táctica, no como él, por maquinal propensión, sino por cálculo, y oportunamente siempre (R. I.).

(2) Si después de mi regreso piensan los aliados en tomar de nuevo las armas, convendrá que yo produzca entre ellos el mismo efecto (E.).

(3) Imaginaré algo semejante con respecto a los aliados, según el curso de su política (E.).

(4) Son necesarias, a menudo, algunas imprudencias, pero conviene que estén calculadas (E.).

(5) ¡Cuántos reyes, aun no siendo sacerdotes, obran con esa lenta y necia prudencia! (E.).

(6) Si no evito todo esto, consiento en que me juzguen indigno de reinar (E.).

Digitized by Google

vieron coronadas por el triunfo. La brevedad de su Pontificado (1) no le dejó lugar para experimentar lo contrario, que seguramente le hubiera acaecido, porque, de habérsele presentado algún caso en que le conviniese usar de tranquilidad circunspecta, no se habría apartado de aquella atropellada conducta a que su genio le inclinaba y hubiera provocado su propia ruina (2).

Concluyo, pues, que si la fortuna varía y los príncipes continúan obstinados en su natural modo de obrar, serán felices, ciertamente, mientras semejante conducta vaya acorde con la fortuna misma. Pero serán desgraciados, en cambio, no bien su habitual proceder se ponga en discordancia con ella. Sin embargo, pensándolo bien todo, me parece que juzgaré sanamente si declaro que vale más ser violento que ponderado (3), porque la fortuna es mujer y por ello conviene, para conservarla sumisa, zaherirla y zurrarla. En calidad de tal se deja vencer más de los que la tratan con aspereza que de los que la tratan con blandura. Por otra parte, como hembra, es siempre amiga de los jóvenes (4), porque son menos circunspectos, más irascibles y se le imponen con más audacia.

---

(1) Sin embargo, es prodigioso seguir con acierto durante diez años el mismo método. Maquiavelo hubiera debido decir que Julio II sabía distraer con tratados de paz a la potencia que quería sorprender (R. C.).

(2) Cuando salimos siempre adelante con tal conducta, y ésta es conforme a nuestro genio, tenemos sin duda motivos poderosos para seguir aferrados a ella, aunque no sin mezclarle algo de hipócrita moderación diplomática (R. I.).

(3) ¡Bien visto el hecho! Las reiteradas experiencias que de él hice no me permiten ya la menor duda sobre el particular (E.).

(4) ¡Me lo probó tantas veces! Pero, si yo fuera menos joven, no contaría con sus favores ya. ¡Fuerza es, pues, que me apresure! En la concurrencia que se avecina, espero que por mí esté (E.).

Digitized by Google

CAPITULO XXVI

EXHORTACIÓN PARA LIBRAR A ITALIA DE LOS BÁRBAROS (1)

Después de haber meditado sobre cuantas cosas acaban de exponerse, me he preguntado a mí mismo si existen ahora en Italia circunstancias tales que un príncipe nuevo pueda adquirir en ella más gloria y si se halla en la nación cuanto es necesario para proporcionar a aquel a quien la naturaleza hubiera dotado de un gran valor y de una prudencia poco común la ocasión de introducir aquí una nueva manera de gobernar por la que, honrándose a sí mismo, hiciera la felicidad de los italianos (2). La conclusión de mis reflexiones en la materia es que

---

(1) Maquiavelo hablaba como romano, y tenía siempre en su mente a los franceses. Cuanto a mí, por lo contrario, los bárbaros que es preciso que eche de Italia son las casas de Austria, de España, el Papa, etc. (G.).

(2) Plan magnífico, cuya ejecución me estaba reservada. Valiéndome de italianos afeminados, como lo están al presente, no me hubiera sido posible hacerlo. Pero, siendo italiano yo mismo, puedo hacerlo con los franceses, de quienes, bajo mis órdenes, aprenderán los italianos a sustituirlos en los actos de valor marcial (G.).

Digitized by Google

tantas cosas parecen concurrir en Italia al beneficio de un príncipe nuevo, que no sé si se presentará nunca coyuntura más propicia para semejante empresa (1). Porque si, como ya dije, fué necesario que el pueblo de Israel estuviera esclavo en Egipto para que pudiese apreciar el valor y los raros talentos de Moisés, que los persas gimiesen bajo el duro dominio de los medos para que conociesen la grandeza y la magnanimidad de Ciro, que los atenienses experimentasen los inconvenientes de la vida errante y vagabunda para que comprendiesen vivamente la magnitud de los beneficios de Teseo, así también, para apreciar el mérito de un libertador de Italia, ha sido preciso que ésta se haya visto traída al miserable estado en que está ahora. Sus habitantes, en efecto, se han encontrado más ferozmente vejados que el pueblo de Israel, más cruelmente maltratados que los persas, más extensamente dispersados que los atenienses. Sin jefes y sin estatutos, han sufrido de los extranjeros todo género de robos, despojos, desgarramientos, vejaciones, desolaciones y ruinas (2).

Aunque en los tiempos corridos hasta hoy se haya notado en este o en aquel hombre algún indicio de inspiración que podía hacerle creer destinado por Dios para la redención de Italia (3), no tardó en advertirse que la fortuna no le acompañaba en sus más sublimes acciones, antes le reprobaba de una manera tal, que, continuando la nación exánime, aguarda todavía un salvador que la cure de sus heridas y que ponga fin a los destrozos y a los saqueos de la Lombardía no menos que a los pillajes y a las matanzas del reino de Nápoles (4). Vémosla rogando a

---

(1) El tiempo presente es mucho más propicio aún, puesto que al ser rechazada la Revolución Francesa en Italia produjéronse allí hondas conmociones políticas y una gran fermentación en los espíritus (G.).

(2) Conviene hoy ponerla en la misma situación para restablecerla después bajo un cetro único (G.).

(3) ¿Tanto como yo? No, en verdad (G.).

(4) Heme aquí. Pero antes de salvarla, en mi provecho,

Digitized by Google

Dios que le envíe a alguno que la redima de las crueldades y de los ultrajes que los bárbaros le infirieron (1). Por abatida que esté, la encontramos en disposición de seguir una bandera si hay quien la despliegue y enarbole. Pero en el día no encontramos en qué elemento prestigioso podría poner sus esperanzas si no es en la ilustre casa a que pertenecéis (2). Vuestra familia, elevada por el valor y por la suerte a los favores de Dios y de la Iglesia, a la que ha dado un príncipe en la persona del insigne León X, es la única capaz de emprender nuestra redención (3). Ello no os será difícil si tenéis presentes en el ánimo las acciones y los ejemplos de los eminentes príncipes que he nombrado (4). Aunque los varones de su temple hayan sido raros y maravillosos (5), no por eso fueron menos hombres (6), y ninguno de ellos tuvo tan propicia ocasión como la del tiempo presente. Sus empresas no fueron más justas ni más fáciles que la que os indico, y Dios no les fué más favorable de lo que es a vuestra causa. Nunca sobrevino justicia tan sobresaliente, porque una guerra es legítima por el mero hecho de ser necesaria, y es un acto de humanidad cuando no queda esperanza más que en ella. Ni cabe facilidad mayor siendo grandísimas las disposiciones de los pueblos (7)

---

es menester que introduzca el hierro y el fuego en sus heridas (G.).

(1) Al mando de estos mismos bárbaros oiré tus ruegos (G.).

(2) Así hubiera ocurrido de haber formado yo entonces parte de ella (G.).

(3) De emprenderla, sí; mas no de consumarla, por incapacidad de hacer mas que lo que ella hizo (G.).

(4) Pero es preciso poseer su fuerza para bien imitarlos (G.).

(5) Lorenzo de Médicis no era tal (G.).

(6) Mal raciocinio, pues hay hombres y hombres (G.).

(7) Algo de verdad existe en todo esto. Pero lo que aquí veo más claro es el extremo ardimiento que Maquiavelo desplegaba al proponer semejante operación (G.).

Digitized by Google

y con tal que éstas abarquen algunas de las instituciones que por modelo os propuse.

Fuera de estos socorros, sucesos extraordinarios y sin ejemplo parecen dirigidos patentemente por Dios mismo. El mar se abrió, la nube os mostró el camino, la peña abasteció de agua, el maná cayó del cielo (1). Todo concurre al acrecentamiento de vuestra grandeza, y lo demás debe ser obra propia vuestra (2). Dios no quiere hacerlo todo, para no privarnos de nuestro libre albedrío ni quitarnos una parte de la obra que en nuestro bien redundará (3). No es sorprendente que hasta la hora de ahora ninguno de cuantos italianos he citado haya sido capaz de llevar a cumplido término lo que cabe esperar de vuestra esclarecida estirpe. Si en las numerosas revoluciones de nuestro país y en tantas maniobras guerreras pareció siempre que se había extinguido la antigua virtud militar de los italianos, provenía esto de que no eran buenas sus instituciones y de no haber nadie que supiera inventar otras nuevas (4). Nada honra tanto a un hombre recién elevado al dominio político como las nuevas instituciones por él ideadas (5), las cuales, si se basan en buenos fundamentos y llevan algo grande en sí mismas, le hacen digno de respeto y de admiración (6).

---

(1) Otros tantos milagros que se renovaron para mí mucho más realmente que para Lorenzo de Médicis (R. C.).

(2) Lo será (R. C.).

(3) Se ve que Maquiavelo quería tener su participación en ello, y yo se la doy, porque me ha servido bien con sus avisos (R. I.).

(4) Con las mías, ya tan gloriosamente experimentadas en Francia, y que ellos tendrán también, cualquier triunfo es infalible (R. C.).

(5) Mi táctica es de mi invención, y todos los potentados europeos se han rendido a sus resultas (R. I.).

(6) Toda Europa ha rendido este doble homenaje a las mías (R. I.).

Digitized by Google

Actualmente no carece Italia de cuanto es preciso para introducir en ella formas militares, legales y políticas de toda especie (1). Sóbrale valor, que, aun faltándoles a los jefes, permanecía con eminencia en los soldados. En los desafíos y en los combates de un corto número de contendientes, los italianos se muestran superiores en fuerza, destreza e ingenio a sus enemigos (2). Si no se manifiestan así en los ejércitos, la única causa estriba en la debilidad de sus capitanes, pues los que la conocen no quieren obedecer, y cada cual cree conocerla. Hasta nuestros días no hubo, en efecto, varón alguno de bastante prestancia por su valor y por su fortuna para que los otros se le sometiesen de modo incondicional (3). De aquí proviene el que durante tan largo transcurso de tiempo y en tan crecida abundancia de guerras hechas durante los veinte últimos años, siempre que se dispuso de un ejército exclusivamente italiano (4), se desgració sin remisión, como se vió primero en Faro y sucesivamente en Alejandría, Capua, Génova, Vaila, Bolonia y Mestri. Si, pues, vuestra ilustre casa quiere imitar a los preclaros varones que libertaron sus provincias, ante todas cosas será bien que os proveáis de ejércitos únicamente vuestros, ya que no hay soldados más fieles que los propios, y, si cada uno en particular es bueno, todos juntos serán mejores desde que se vean asistidos, mandados y honrados por su príncipe (5). Conviene en tal concepto proporcionarse ejércitos

---

(1) Esto es siempre alentador (G.).

(2) ¡Yo también soy italiano! Mis émulos no son más que franceses (G.).

(3) Al siglo XVIII, y sólo a él, estaba reservado producir a este hombre, inhallable hasta entonces (G.).

(4) Este ejército no me servía mucho sino después de una incorporación preliminar al ejército francés (G.).

(5) ¡Qué no haré yo, cuando, como príncipe particular, disponga de un ejército italiano asimilado a otro francés! (G.).

Digitized by Google

de esa índole, a fin de poder defenderse de los extranjeros con una bizarría genuinamente italiana (1).

Aunque las infanterías suiza y española tienen fama de terribles, adolecen una y otra de un defecto capital, a causa del cual un tercer género de tropas no solamente las resistiría, sino que lograría vencerlas (2). Los suizos temen a la infantería contraria cuando se encuentran con una que pelea con tanta obstinación como ellos, y los españoles resisten con suma dificultad los asaltos de la caballería. Por ello se ha visto a la infantería suiza abrumada por la española, y a ésta realizar esfuerzos increíbles, casi sobrehumanos, para sostenerse contra los ataques de la caballería francesa (3). Por más que no poseamos todavía la prueba íntegramente experimental del hecho, algo de eso se vió en la batalla de Rávena, cuando los infantes españoles llegaron a las manos con las tropas alemanas, que observaban el mismo método que las suizas. Los españoles, ágiles de cuerpo y escudados por sus brazaletes, penetraron por entre las picas de los alemanes, sin dejarles medio alguno posible de defensa, y a no haberles embestido la caballería los hubieran acuchillado a todos. Así, una vez reconocido el inconveniente de ambas infanterías, cabe imaginar una nueva que resista bien a la caballería y a la que no amedrenten las fuerzas de la misma arma, lo que se conseguirá no de esta o de aquella nación de combatientes, sino cambiando el modo de guerrear (4). Trátase de invenciones que, tanto por su

---

(1) Maquiavelo no habla más que de *defenderse* de los extranjeros. Yo aspiro a más, pues quiero *conquistarlos* y hacerlos súbditos míos.

(2) Lastimoso uso que la pólvora hizo olvidar. Aquellos supuestos maestros del arte militar no eran más que unos niños (G.).

(3) Quizá ocurra lo mismo hoy día, por lo cual, cuando llegue el momento oportuno, sabré obviar todos los inconvenientes (G.).

(4) Todo está hecho ya por mí (G.).

Digitized by Google

novedad como por sus beneficios, darán reputación y procurarán gloria a un príncipe nuevo (1).

Después de tantos años de expectación inquietante, Italia espera que aparezca, al fin, su redentor en el tiempo presente (2). No puedo expresar con cuánta fe, con cuánto amor, con cuánta piedad, con cuántas lágrimas de alegría será recibido en todas las provincias que han sufrido los desmanes de los extranjeros. ¿Qué puertas estarían cerradas para él? ¿Qué pueblos le negarían la obediencia? ¿Qué italiano no le seguiría? Todos se hallan cansados de la dominación bárbara (3). Acepte, pues, vuestra ilustre casa este proyecto de restauración nacional con la audacia y con la confianza que infunden las empresas legítimas, a fin de que la patria se reúna bajo vuestras banderas (4) y de que bajo vuestros auspicios se cumpla la predicción del Petrarca: *El valor peleará con furia, y el combate será corto, porque el denuedo antiguo aún no ha muerto en los corazones de los italianos* (5).

---

(1) Mi táctica, cuyo secreto no poseen ellos todavía, me la procurará en medida mucho mayor de la que hubiera sido factible a Lorenzo de Médicis (G.).

(2) Italia lo ha reconocido, al fin, en mí (R. I.).

(3) He visto todas estas predicciones verificadas en favor mío. Todos, hasta los habitantes de la ciudad eterna, se glorian de estar bajo mi Imperio (R. I.).

(4) Se ennoblecerá más todavía si puede hacerlo sin peligro para mí (R. I.).

(5) Casi enteramente revive hoy, gracias a mí. Me guardaré bien, sin embargo, de dejarlos reunirse en un solo cuerpo de nación, a no ser que yo quiera destruir a Francia, a Alemania y a Europa entera (R. I.).

Digitized by Google

EXTRACTOS DE LOS DISCURSOS DE MAQUIAVELO SOBRE LAS DECADAS DE TITO LIVIO

§ I.—Es difícil que un pueblo que, después de haberse acostumbrado a vivir bajo un príncipe, cayó, por alguna eventualidad, bajo un Gobierno republicano, permanezca en él

Numerosos ejemplos referidos por las antiguas historias nos muestran la verdad de esta tesis, significándonos que, acaecido el caso en cuestión, el pueblo, por no saber raciocinar sobre las defensas y las ofensas públicas, torna muy fácilmente a la obediencia del príncipe. Si entonces no cuida éste de asegurarse de aquellos súbditos suyos que son enemigos del nuevo orden por él establecido, no constituirá más que un Estado cuya existencia será breve (1). Pero como en todas las repúblicas, de cualquier modo que se rijan, no hay más que cuarenta o cincuenta ciudadanos que consigan los altos cargos, y como tal número es corto, no representará ardua labor para el príncipe inutilizarlos, ya quitándolos de en medio (2), ya con-

(1) Seguiré puntualmente tus consejos para que la del mío sea larga (G.).

(2) Mediante deportaciones, destierros o, por lo menos, retiros celados (G.).

Digitized by Google

firiéndoles tantos honores que ellos mismos, según su condición, queden contentos en la mayor medida (1). Lo restante puede satisfacerse socorridamente por virtud de leyes o instituciones que a una que la seguridad del príncipe procuren la seguridad general. Si el mismo príncipe las hace y el pueblo ve que ningún accidente desordena el curso de dichas leyes, bien pronto vivirán uno y otro calmados y tranquilos. Sirva de ejemplo el reino de Francia, en el que si existe paz pública es porque allí los reyes están sujetos a unas leyes en las que sus pueblos hallan la suya propia. El que ordenó el Estado francés quiso que sus monarcas dispusieran a su arbitrio de los ejércitos y del erario público, pero vedándoles disponer de lo restante de diferente modo a como lo habían arreglado las leyes (2).

§ II.—Un pueblo corrompido que se dió una república, no puede mantenerse en ella sino con suma dificultad

Sin volver al ejemplo de Roma, me limito al de los milaneses, que, después de muerto el duque Felipe Visconti, se constituyeron en república y no pudieron permanecer en ella más que dos años y medio, a causa de su extremada corrupción. Y es que cuando en un Estado la masa está corrompida, las buenas leyes no sirven ya de nada, a no ser que se confíe su ejecución a un hombre con fuerza suficiente para hacerlas observar y que torne a la masa virtuosa (3). Pero no creo que esto haya acaecido jamás y ni aun que sea posible que acaezca. Cuando se ha restablecido una república caída en decadencia por

(1) Seré pródigo por todos estilos, y les dejaré robar, con tal que usen en ello de disimulo e industria (G.).

(2) Esto era antes un obstáculo para los soberanos franceses. Pero hoy, si dicta uno las leyes y aparenta conformarse con ellas, dispone de todo, en realidad (G.).

(3) Este papel sería bastante bello, pero no llenaría mis deseos (G.).

Digitized by Google

la corrupción de la masa no se ha restablecido por la generosidad de esa misma masa, convertida a la virtud, sino por la acción de algún individuo de mérito superior que, viviendo en su seno, hizo revivir buenas instituciones. Muerto él, la república cae en sus vicios anteriores, como se vió en Tebas. La virtud de Epaminondas pudo, mientras él vivió, conservar allí la forma de república e imperio. Pero no bien murió, Tebas volvió a sus antiguos desórdenes (1). La vida de un varón de tamaño temple no puede durar lo bastante para que le permita acostumbrar perfectamente al bien a una ciudad habituada por mucho tiempo al mal. Y si ese hombre viviera dilatados años, y hasta si tuviera dos sucesores virtuosos, tampoco esto bastaría para dirigirla completamente al bien, antes perecería de súbito, tan pronto faltase uno de ellos, a menos que éste la hiciese renacer a costa de muchos peligros y de mucha sangre. La corrupción y la escasa aptitud para la vida libre de la república provienen de las desigualdades que en ella se hallan (2), y el que aspire a restablecer la igualdad necesitará recurrir a numerosos y extraordinarios medios, que pocos hombres saben o quieren emplear (3).

§ III.—Cuando un Estado monárquico empieza bien, puede mantenerse un príncipe débil en su trono; pero cuando el sucesor de ese príncipe es tan débil como él, no hay Estado monárquico que perdure

Considerando la virtud y el modo de obrar que tuvieron Rómulo, Numa Pompilio y Tulo Hostilio, los tres primeros reyes de Roma, se advierte la suerte extrema-

(1) Necesito hacer algo más duradero (G.).
(2) En Francia no se logrará borrarlas nunca (G.).
(3) Danton, con sus *cordeliers*, los había hallado, pero Robespierre, con sus *jacobinos*, vino a descomponerlos, em-

Digitized by Google

damente feliz que alcanzó la ciudad bajo semejantes monarcas. El primero fué belicoso y brutal; el segundo, pacífico y piadoso, y el tercero, igual a Rómulo por su ferocidad y más amante de la guerra que de la paz. En sus principios era necesario para Roma que después de Rómulo tuviera un hombre como Numa Pompilio, que fuese capaz de introducir en ella la civilización. Pero más tarde resultó igualmente preciso que los demás reyes tuviesen el valor de Rómulo, sin lo cual aquella ciudad habríase afeminado y convertido en despojo de sus vecinos (1).

Esto presenta ocasión de hacer observar que el sucesor de un príncipe valeroso, aunque carezca de su brío, puede mantener un Estado por la subsistencia del esfuerzo del rey que le antecedió (2). Goza del fruto de sus fatigas; pero si acaece que viva mucho tiempo o que tras él sobrevenga uno que no le sobrepuje en ánimo, su reino caerá forzosamente en ruinas (3). Si, por lo contrario, dos príncipes, uno en pos del otro, son de grandísima valentía, se ve con frecuencia que hacen grandes cosas, las cuales se ensalzan con su reputación hasta las nubes (4). Indudablemente, David fué un hombre célebre en el respecto de las armas, de la ciencia, del buen juicio, y tan eminente en valor, que, después de haber vencido y abatido a todos

---

brollándolo todo, y la falsa aplicación de sus principios, que de intento llevaron a cabo sus secuaces, hizo inejecutable el plan e imposible para siempre la república (G.).

(1) Para evitarlo, mantendré siempre en mis Estados el ardor guerrero (G.).

(2) Consolador es esto para la suerte de mi hijo (R. I.).

(3) Entonces como entonces. Mi gloria subsistirá perpetuamente (R. I.).

(4) Mi hijo se me asemejará. El primer rey de Roma en nuestra era será digno del primer rey de Roma en la era antigua (R. I.).

Digitized by Google

sus vecinos (1), dejó a su hijo Salomón un reino sosegado, que éste, por efecto de la fama belicosa de su padre, pudo conservar en paz con su talento y su sabiduría. Pero si disfrutó felizmente de los frutos debidos a la nombradía guerrera de David, no logró hacer gozar por entero del reino a su hijo Roboam, al cual, no siendo igual a su abuelo en valentía, y no teniendo la misma suerte que su padre alcanzó, costóle sumo trabajo retener en herencia sólo la sexta parte de sus Estados.

Aunque Baïsit, Sultán de los turcos, gustaba más de la paz que de la guerra, también, como Salomón, disfrutó felizmente del resultado de los esfuerzos de su padre Mohammed, quien, habiendo vencido y abatido a sus vecinos, al modo de David, dejó a su hijo un trono seguro, que éste conservó fácilmente con prudencia y con tranquilidad. Pero si Sali, nieto de Mohammed y soberano actual de Turquía, hubiera imitado a su padre, habría perdido el reino, y le vemos, por lo contrario, sobrepujar a su abuelo en gloria (2). Con arreglo a cuyos ejemplos, digo y repito que, aun siendo débil, el sucesor de un gran príncipe puede conservarse, a menos que su reino sea como el de Francia y que sus antiguas instituciones no basten para sostenerle. Y es claro que los príncipes son débiles cuando de continuo no están habilitados para hacer la guerra (3).

De todo este discurso concluiré que el sumo valor del primer rey del Lacio proporcionó a Numa Pompilio la facilidad facultativa de gobernar pacíficamente a la ciudad, pero que fué una gran dicha para Roma que después viniese Tulo Hostilio, el que, con su marcial arrogancia, se granjeó la fama de Rómulo. Anco Marcio, que le su-

---

(1) Me enorgulleoe, a no dudarlo, el parecerme a este famoso rey de la Biblia (R. I.).

(2) Por lo que a esto toca, no siento inquietud por mi descendencia legítima (R. I.).

(3) Recomendaré muy expresamente a mi descendencia legítima que se halle siempre preparada para hacerla (R. I.).

Digitized by Google

cedió, poseía un natural de tal índole, que consiguió permanecer en paz a una que hacer la guerra (1). Mostróse al comienzo pacífico en sus propósitos y en sus acciones. Mas como viera que sus vecinos le juzgaban afeminado y le apreciaban poco por ello, entendió que para conservar a Roma le convenía más guerrear, imitando a Rómulo más que a Numa Pompilio. Y es que todo príncipe que se parezca al último conservará o no su Estado según que los tiempos o la fortuna le sean propicios o adversos, al paso que el que se asemeje al primero y se encuentre, como él, provisto a la vez de armas y de prudencia en la conducta, lo conservará en todos los casos, a no ser que una fuerza excesiva y tenaz se lo quite. Con entera certidumbre se puede resolver que si Roma hubiera contado por tercer rey a un hombre que no hubiese sabido restituirle su primera reputación con las armas, nunca habría podido, o lo habría podido con suma dificultad, asegurarse y conseguir los grandes triunfos que obtuvo. Así, mientras existió como monarquía corrió el peligro de perecer bajo un rey débil o malo.

§ IV.—El príncipe que entra en un Estado, nuevo para él, debe renovarlo allí todo

El que se haga príncipe de un Estado, especialmente si se siente en él asentado débilmente, no cuenta con mejor recurso para conservar su poder, desde que sea soberano nuevo allí, que el de renovarlo todo. Es menester que establezca en las ciudades nuevos gobiernos con nuevos nombres, una autoridad nueva y personas nuevas, aunque para lograrlo necesite hacer ricos a los que eran pobres, como apenas llegó a ser rey lo hizo David, quien, según la Biblia, *esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes* (2). Amén de ello, debe edificar nuevas poblaciones,

(1) Es lo que más deseo yo a mi hijo (R. J.).

(2) No omití esto, y me fué bien. Ahora que mis favorecidos de antaño no me han imitado en modo alguno. Autori-

Digitized by Google

destruir las viejas, trasladar a los moradores de uno a otro paraje, no dejar nada sin mudanza en sus nuevos dominios y lograr que en ellos no haya dignidad, empleo, condición o emolumento que no se miren con gratitud y como dimanados de él por los que los disfrutan (1). Sirva de ejemplo Filipo de Macedonia, padre de Alejandro, que de reyezuelo que era consiguió convertirse, gracias a semejantes medios, en príncipe de Grecia toda. El historiador de su vida dice que trasplantaba a los habitantes de una provincia a otra muy diferente, bien como los guardas de rebaños transportan sus reses de unos a otros pastos. Pero estos arbitrios son muy crueles y contrarios a las ideas no sólo del cristianismo, sino que también de la humanidad, por lo cual, viéndose precisado a abstenerse de ellos, todo hombre sensible y honesto prefiere vivir como particular antes que reinar sobre la ruina de tantas personas (2). Con todo, el que no limitándose a tan sabio partido quiera dominar en un Estado nuevo, se ve obligado a realizar tamaño mal si quiere mantenerse contra viento y marea (3). Ciertas vías medias que algunos toman les son perniciosas, a causa de que no saben ser ni completamente buenos ni completamente malos.

---

dad, puestos, riquezas, erario público, todo quedó en poder de los que únicamente a mí fueron deudores de estos beneficios. En mis adversidades, ¿qué otra cosa podría consolarme, ni tranquilizar más mi conciencia? (E.).

(1) Hacia mí se dirige hoy todavía toda gratitud (E.).

(2) Escrúpulo de devoto (G.).

(3) Cuanto conduce a este fin es loable, porque es el método de las almas grandes destinadas a reinar sin el ánimo estrecho y tímido de un trapense (R. C.)

Digitized by Google

§ V.—El populacho es audaz, pero débil en el fondo

Después de la ruina de su patria, ocasionada por el paso de los franceses (1), muchos romanos habían ido a domiciliarse en Veyes, contra los estatutos y las prohibiciones del Senado. Para remediar semejante desorden prescribió éste a los tránsfugas, por medio de edictos públicos y bajo la amenaza de determinadas penas, que volvieran a Roma dentro de un plazo fijo. Al recibir la noticia de esas disposiciones se mofaron, al principio, de ellas. Pero luego, cuando el término señalado para obedecer se acercó a su fin, todos se sometieron y regresaron (2). Tito Livio refiere el hecho por el tenor siguiente: "Cada uno de aquellos hombres, todos los cuales eran feroces, obedeció a su propio temor" *(en ferocibus universis singuli metui suo obediente fuere)*, y realmente no cabe hacer mejor pintura de la índole del vulgo en semejantes contingencias que la hecha en este pasaje. El vulgo es audaz muy a menudo en sus discursos contra las providencias de su soberano. Pero no bien se le acerca el castigo, desconfiando cada uno de su prójimo, todos se creen obligados a dar pruebas de su obediencia.

Es cierto, por tanto, que cuanto se dice de la buena o mala disposición del pueblo es cosa de poca monta si el príncipe se halla en situación adecuada para contenerle y si sus providencias son eficaces para no ser ofendido por ningún individuo, cualquiera que sea su buena o mala

---

(1) Maquiavelo llama así a los antiguos galos, y lleva razón, pues yo los encuentro y los reconozco todavía en los actuales franceses (G.).

(2) Si en 1792 no regresaron los emigrados fué porque contaban con las resultas del Congreso de Pilnitz. ¡Pero se sometieron y volvieron bien pronto, cuando yo se las aposté después! Los *chones* y otros rebeldes no pueden resistirse contra el uso que hago de esta reflexión de Maquiavelo (R. C.).

Digitized by Google

disposición. No quiero hablar aquí más que de aquellas malas disposiciones que infunden en los pueblos causas que no sean la pérdida de su libertad, o la de un príncipe a quien aman, si está vivo todavía (1). Las malas disposiciones que dimanan de tales causas son formidables y superiores a todo encarecimiento (2), pues requiérense remedios máximos para reprimirlas, o para simplemente contenerlas, mientras que resulta fácil con respecto a otras malas disposiciones, siempre que los pueblos no tengan jefe alguno a quien recurrir. Nada hay que, por un lado, sea más temible que un vulgo desenfrenado y sin cabeza, pero nada tampoco que, por otro lado, sea más débil en el mundo (3). Aun encontrándole con las armas en la mano, no le es difícil al príncipe reducirle si sabe librarse del primer choque (4), porque más tarde, cuando los espíritus se enfrían y cada uno ve que ha de volver a su hogar, comienza a dudar sobre la bondad de su causa y sobre la fuerza de su valor y piensa en mirar por su pellejo, ya con la huída, ya con la sumisión. Por eso, un vulgo sublevado que quiera evitar semejantes peligros habrá de elegir un caudillo en su seno (5) y pensar en su defensa, como lo hizo el populacho de Roma cuando, después de la muerte de Virginia, salió de la ciudad y creó veinte tribunos escogidos en su seno, a quienes encargó que le salvasen. Pero al tomar la plebe semejantes precauciones, le acontece siempre lo que decía Tito Livio, a saber: que todos juntos son audaces, y que luego cada uno se torna

(1) ¿Será, pues, indestructible esta última causa de mala disposición en mis pueblos? (R. I.).

(2) Nadie en el mundo sabe hasta qué punto me fatigan esas causas (R. I.).

(3) No temblando uno delante de él, jamás le hace temblar siempre (R. C.).

(4) Es algo que ellos parecen ignorar, y la simple proximidad de un choque acabaría de desconcertarlos (R. C.).

(5) Para evitarlo, hay que impedir de antemano que lo encuentre (R. C.).

Digitized by Google

cobarde y débil tan pronto empieza a pensar en los riesgos que le amenazan (1).

§ VI.—Quien, de una condición baja, llega a una elevación suma, más lo consigue por el fraude que por la fuerza

Miro como cosa muy verdadera que no sucede nunca, o sucede rarísimas veces, que, nacido un hombre en una condición humilde, llegue a un puesto eminente sin la fuerza o sin el dolo, a no ser que ese puesto lo haya adquirido por vía hereditaria, o se le haya conferido por herencia. Pero no creo que se haya visto jamás que haya bastado la fuerza sola, mientras que se reconocerá a menudo que no hubo necesidad más que del fraude (2). Lo verá claramente cualquiera que haya leído la biografía de Filipo de Macedonia, la de Agátocles el Siciliano y las de otros muchos de esta especie, que de condición muy humilde, y aun de baja ascendencia, llegaron a reinar o a ejercer grandes mandos. Jenofonte, en su historia de Ciro (3), nos muestra la necesidad de engañar, cuando reconstruye íntegramente con fraudes la primera empresa de su héroe contra el rey de Armenia, y cuando le hace ocupar su trono, no con la fuerza, sino con embustes. Y no se crea que yo quiera sacar de semejante conducta otra cosa sino que un príncipe que aspire a realizar altos hechos se pone en la precisión de aprender a engañar (4).

---

(1) No existe hombre que, en lo concerniente a los negocios públicos, no se produzca así, cuando le dejan solitario de uno u otro modo (R. I.).

(2) Hay necesidad de ambas cosas, en mayor o menor medida, según los casos (R. I.).

(3) ¡Admirable obra! (G.).

(4) Adolecerían de tanta vanidad como mala fe los que supusieren que éste es un Consejo que Maquiavelo da a

Digitized by Google

Jenofonte nos presenta también a su héroe engañando de muchas maneras a Ciajar, rey de los medos y tío materno suyo, y muestra que Ciro, sin los artilugios de que usó con él, no hubiera conseguido la grandeza a que llegó.

No me parece que pueda afirmarse nunca que entre los que, nacidos en condición humilde, han logrado empuñar el cetro, hay ni siquiera uno solo que lo haya hecho únicamente a viva fuerza y con franqueza (1), al paso que hay muchos que lo lograron sin más medio que el fraude, y de cuyo número es Juan Galeas, el cual, por ese simple medio, arrebató el Estado y el mando de la Lombardía a su tío Barnabó (2). Y es que lo que los príncipes se ven obligados a hacer para su elevación es también forzoso hacerlo en las nuevas repúblicas, hasta que se hayan tornado poderosas y no necesiten ya más que de la fuerza para sostenerse. Como Roma empleó en plan sistemático, unas veces por efectos de la casualidad y otras advertidamente y con deliberado propósito, todos los expedientes necesarios para llegar a la grandeza, no dejó de hacer uso del fraude. ¿Le era posible en sus principios imaginar un engaño más fuerte que la estratagema de que se valió para procurarse algunos aliados, supuesto que bajo este nombre esclavizó y dominó a los latinos y a los demás pueblos de las inmediaciones? Después de haberse servido de los primeros para sujetar a los segundos y adquirir reputación de Estado poderoso, se vió acrecentada en tamaña medida, no bien los hubo sojuzgado, que pudo derrotar más tarde a cada uno de sus aliados. No echaron de ver los latinos que se habían convertido enteramente en siervos suyos, más que cuando los vieron abatir completamente a los samnitas y forzarlos a tratar con ella. Como este triunfo acrecentó singularmente su fama entre los príncipes distantes, que cono-

---

todos, como si todos fuesen capaces de ilustrarse como yo (G.).

(1) Imposible (G.).

(2) La historia, con especialidad la de Italia, nos ofrece otros muchos ejemplos del mismo género (G.).

Digitized by Google

cieron la fuerza del pueblo romano, sin que él les diera a conocer la de sus armas, los que la experimentaban, entre los que se hallaban los latinos, concibieron celos y temor de los vencedores. Esta envidia y este miedo fueron de tanta eficacia que, no sólo los latinos, mas también las colonias que los romanos poseían en el Lacio, unidos con los campanios, a los que aún aquéllos habían defendido poco antes, se conjuraron contra ellos. De aquí aquella pelea que los latinos suscitaron contra sus dominadores, no atacándolos, sino defendiendo a los sidicinos contra los samnitas, que les hacían la guerra con el beneplácito de Roma (1). Tan cierto es que los latinos, por haber descubierto la trapacería de los romanos, lucharon contra éstos de aquel modo, que Tito Livio pone las siguientes palabras en boca de Anio Setino, pretor latino, cuando habló sobre la materia, en su Consejo. "¿Podríamos sufrir el ser todavía esclavos a la sombra de un secreto hecho de buena fe por nuestra parte?" (*Nam si etiam nunc sub umbra foederis aequi servitutum pate posumus?*) Donde se ve que los romanos, en sus primeros acrecentamientos, hicieron tamaño empleo del fraude que necesitaron de él siempre los que, partiendo de un punto muy poco apreciado, querían subir a puestos sublimes. Por eso hoy y siempre se le condena tanto menos cuanto más disfrazado está, como lo estuvo el de los romanos.

§ VII.—El príncipe que, por su deferencia con los gobernados, cree templar su osadía, se engaña comúnmente

A menudo se ha visto que esta deferencia es, no solamente del todo inútil, sino perjudicial, especialmente cuando el príncipe la ejercita en hombres insolentes, que,

(1) Estas galadas me han sido muy útiles, y aunque su secreto es un secreto a voces, siempre halla bobos que no se dan cata de él (G.).

Digitized by Google

por envidia u otro motivo, le tienen odio (1). Tito Livio lo testifica a propósito de la guerra entre los romanos y los latinos. Habiéndose quejado los samnitas a los primeros de que les habían atacado los segundos, no quisieron los romanos impedir que los latinos hicieran aquella guerra, para no irritarlos. Pero la reserva de los romanos, no sólo irritó a los latinos, sino que también les hizo más osados contra ellos, y se declararon enemigos suyos más pronto que lo hubieran hecho sin la reserva antedicha. Tenemos la prueba de esto en las palabras del pretor latino Anio Setino, que decía en su Consejo: "Habéis puesto a prueba su paciencia negando las tropas que habéis prometido suministrarles hace cerca de doscientos años, y ¿quién duda de que con ello hubierais debido enardecerlos contra nosotros? Sufrieron, sin embargo, el desaire sosegadamente, y hasta cuando supieron que preparábamos ejércitos contra los samnitas, aliados suyos, no salieron de su ciudad contra nosotros. ¿De qué les viene tamaña moderación sino del conocimiento que tienen de sus fuerzas y de las nuestras?" *Tentastis patientiam negando militen: quis dubitet exarcisse eos? Pertulerent tamen hunc dolorem. Exircitus nos parare adversus samnites federatos suos audierunt, nec moverunt se ab urbe. Unde haec illis tanta modestia, nisi a conscientia virium et nostrarum et suarum?* Por cuyo texto se reconoce claramente que la paciencia de los romanos no sirvió más que para engendrar la arrogancia de los latinos.

Así, pues, un príncipe no debe consentir nunca en descender de su clase, ni abandonar jamás cosa alguna, a no ser que no pueda o crea no poder retener lo que quieren obligarle a abandonar (2). Cuando el apremio del adversario llega a un extremo tal que no cabe ceder la corona con gusto, vale más que el príncipe se la haga quitar

---

(1) Regla general: despreciar y humillar a cualquiera que solicite con audacia (R. C.).

(2) ¿Resistí bastante, o podía haber resistido más, en mi abdicación de Fontainebleau? (E.).

Digitized by Google

por la fuerza, que no robar por ésta (1). Si la cede por miedo, no es más que para ahorrarse una guerra, y el resultado final es que casi nunca la evita. Aquel a quien cobardemente haya concedido lo que quería, no se detendrá en su primer éxito, sino que querrá arrebatarle otras cosas, y se enardecerá tanto más contra él cuanto menos le estime a causa de su flojedad anterior. Por otra parte, encontrará tibios a sus propios defensores, a quienes parecerá pusilánime y débil. Pero si, habiendo descubierto prontamente las intenciones del enemigo, prepara al punto sus fuerzas contra él, éste comenzará a estimarle y los demás príncipes le redoblarán asimismo su aprecio (2). Alguno de aquellos que, si se abandonara a sí mismo, no le auxiliaría nunca, siente ganas de prestarle ayuda tan pronto le ve volar a las armas. Esto se refiere al caso de que el príncipe tuviera enemigos que atacar. Si careciera de ellos, obraría prudentemente devolviendo a alguno de los que lo hubieran sido lo que el príncipe poseyera todavía de las cosas que le pertenecen (3), y debería hacerle esta restitución para ganársele, aunque le hubiera declarado la guerra ya, porque tan generoso procedimiento le separaría infaliblemente de la liga de sus enemigos (4).

§ VIII.—Cuán peligroso es, tanto para un príncipe como para una república, no castigar el ultraje hecho a una nación o a un particular

Fácil es comprender cuántas cosas funestas suele acarrear la indignación que produce la impunidad de los cul-

(1) En mí no era el miedo a la fuerza ajena, sino la confianza en que recobraría pronta e íntegramente la fuerza propia (E.).

(2) Verdades comunes y triviales (R. I.).

(3) Recurso de manifiesta debilidad (R. I.).

(4) Un enemigo de más o de menos importa poco, cuando disponemos de fuerza suficiente para derrotarlos a todos juntos, y hacerlos esclavos nuestros (R. I.).

Digitized by Google

pables, si se considera lo que aconteció a los romanos, por no haber castigado la perfidia de los tres embajadores por ellos enviados cerca de los franceses (1) a Clusi, ciudad de Toscana, cuyos moradores les habían pedido auxilio. Los tres embajadores, que eran tres Fabios, habían recibido la orden de, en nombre del pueblo romano, disuadir a los franceses de hacer la guerra a los toscanos. Pero hallándose trabada ya la pelea cuando ellos llegaron allí, se pusieron inmediatamente de parte de los últimos, contra los franceses, los cuales, indignados, abandonaron al punto la Toscana, para dirigirse a Roma. Y en su marcha incrementaron su fuerza, porque supieron que los diputados que habían enviado al Senado de Roma para quejarse de los suyos y pedir que éstos, en satisfacción del perjuicio causado, se les entregasen, o fuesen castigados de otro modo, no sólo no habían sido atendidos en su justa demanda, sino que, de añadidura, y en su propia presencia, los comicios habían concedido honores tribunicios a los tres pérfidos embajadores, y hasta les habían conferido la potestad consular. Viendo los franceses enaltecidos en medida tamaña a los que estimaban acreedores a un castigo enérgico, consideraron esta conducta ofensiva e ignominiosa para sí mismos, y, enardecidos de furia, cayeron sobre Roma y la tomaron, excepto únicamente el Capitolio (2). Ahora bien: no acaeció esta desgracia a los romanos sino por haber faltado a la justicia, y porque sus embajadores, en vez de ser castigados, por obrar de un modo criminal contra el derecho de gentes, se vieron colmados de honores por esta misma infamia.

Cuiden, pues, los príncipes y los jefes de repúblicas de no hacer nunca injuria grave a una nación, ni siquiera a un simple particular, ya que si ofendido un hombre, bien

---

(1) Siempre los franceses por los galos (G.).

(2) Los galos de hoy día probaron igualmente que no se asesina impunemente a su embajador, y que la muerte de un Basseville puede dar pretexto a terribles represalias (G.).

Digitized by Google

por el público, bien por un individuo, no recibe pronta y severa satisfacción de ello, se vengará de una manera terrible para el Estado. Si esto sucediera en una república, la venganza del ofendido se dirigiría a arruinarla (1), y si la impunidad se consiente bajo la gobernación de un príncipe, y el ofendido es hombre prestante y de honorable condición, no se sosegará mientras no se haya cobrado en la persona del mismo soberano, aunque en su acto vindicativo encuentre su total desventura (2). No puedo recordar ejemplo más palpable de tal verdad que lo ocurrido a Filipo de Macedonia, padre de Alejandro Magno. Tenía en su corte al joven Pausanias, tan hermoso como noble. Otro de los palaciegos, llamado Atalo, sintió por Pausanias una pasión vergonzosa, y, habiendo tratado en balde que el joven accediese a sus deseos, concibió el designio de lograr por la astucia o por la fuerza lo que no había conseguido por la franqueza y por la persuasión. Al efecto, invitó a un gran festín a Pausanias, juntamente con otros muchos caballeros de la nobleza, y luego que hubo llevado a éstos a la bestialidad de la destemplanza por la abundancia de manjares y de vinos, hizo secuestrar al mancebo, mandando le condujeran a lugar remoto, en el que, no contento con profanarle, dejó que otros varios le profanasen también. Pausanias se quejó repetidas veces del horrendo ultraje a Filipo, quien, después de haberle prometido que le vengaría, no solamente no cumplió su palabra, sino que agravó el perjurio, proponiendo a Atalo para gobernador de una de las provincias de Grecia (3). Pausanias, al ver que

---

(1) La venganza de Carlota Corday hubiera podido tener este efecto (G.).

(2) También yo debo contar mucho con ciertas resultas de resentimientos de parte de aquellos a quienes no se ha sabido más que ofender, pero no inutilizarlos para perjudicar, y aun se les ha dejado medios para conseguirlo (E.).

(3) Faltas de esta índole continúan cometiéndose con frecuencia lamentable (E.).

Digitized by Google

el perpetrador de la infamia, lejos de ser castigado, era honrado, le olvidó, para dirigir su resentimiento contra Filipo, al que asesinó la mañana de un día solemne, en que el rey se dirigía a celebrar las bodas de su hija con Alejandro de Epiro, en compañía de éste y de su hijo, el otro Alejandro. Caso como el referido, tan semejante al que los romanos me han suministrado, es de los que deben impresionar a cuantos gobiernen. El príncipe no ha de tener jamás a ninguno de sus súbditos en tan poco que crea que, añadiendo su mal proceder al que uno de ellos haya sufrido, no ha de temer, en su daño, la represalia sangrienta del último.

§ IX.—La fortuna trastorna la razón de los hombres, cuando no quiere que se opongan a sus designios

Si consideramos bien cómo marchan las cosas humanas, reconoceremos que a menudo sobrevienen accidentes de los que el hado no quiso que se preservase nuestra especie (1). Si esto aconteció en Roma, donde había tanto valor, tanta piedad y tan perfecto orden, no es maravilla lo veamos suceder en ciudades o en regiones que no poseen las mismas ventajas. Y que Roma es la prueba más notable del dominio que, favorable o adverso, el cielo ejerce en las cosas humanas, lo demostró cumplidamente Tito Livio al hacer la historia de aquel pueblo magnífico, cuya exposición termina con las palabras siguientes: "Así ciega el destino a los espíritus, cuando no quiere que se reprima su fatal fuerza, ansiosa de triunfar" (*adeo oboccat animos fortuna cum vism suam ingreuentem refringint non vult*).

Cosa es altamente verdadera que los hombres cuya vida

(1) Esta razón explica y justifica mis reveses en gran parte (E.).

Digitized by Google

está repleta de grandes adversidades o de prosperidad perenne, no merecen censura ni elogio (1). Con frecuencia se ve que los que alcanzan gloriosa elevación, como los que caminan hacia su ruina, son conducidos del modo más necesario por la suerte, que les procura ocasiones propicias, o les priva de la facultad de obrar con acierto (2), Cuando la fortuna quiere que se realicen grandes cosas, obra con tino, eligiendo a un hombre del suficiente ingenio para conocer las ocasiones que aquélla va a presentarle, y de la adecuada decisión para aprovecharse de ellas (3). También procede idóneamente la fortuna cuando, queriendo que ocurran magnos desastres, pone al frente de los negocios a hombres de bastante limitación, timidez o torpeza, que no saben más que ayudarla en sus proyectos ruinosos (4). Si entonces surge alguien con fuerzas bastantes para oponerse a ellos, le hace perecer, o le priva de todo medio de llevar a cabo alguna empresa útil (5). Es, pues, mucha verdad que los hombres pueden auxiliar a la fortuna, y aun dirigirla, mas no cortar el hilo de sus operaciones. Sin embargo, no deben desanimarse nunca, porque, no sabiendo los motivos que ella lleva, y caminando ellos mismos por sendas desviadas y desconocidas, quédales siempre tiempo de esperar, y, por ende, de sostenerse en su esperanza, cualesquiera que sean las circunstancias críticas o incómodas en que se vean (6).

---

(1) Sin contratiempos no hay mérito digno del nombre de tal (E.).

(2) ¿Estaba condenado yo a verme privado de esta facultad, después de haberme sobrado las ocasiones de retenerla? (E.).

(3) Yo había justificado la elección gloriosamente para ellas (E.).

(4) Ello constituye mi consuelo (E.).

(5) Espero que quedarán reducidos a eso (E.).

(6) Lejos d abandonarme la esperanza, a causa del obstáculo de diciembre, se aviva más y más cada día (E.).

Digitized by Google

§ X.—Un Gobierno debe guardarse mucho de confiar mandos o administraciones importantes a los que haya ofendido

Esta verdad es de tanta evidencia que basta con exponer aquí el gran ejemplo suyo que nos ofrece la historia romana. Claudio Nerón había abandonado el ejército que tenía a la vista del de Aníbal, y llevado una parte de él a la Marca, dirigiéndose a buscar al otro cónsul, para con la colaboración suya, batir a Asdrúbal, para evitar que éste se incorporase a las tropas de su cuñado. Antes, se había encontrado en España frente a Asdrúbal, y le había estrechado en tanto grado con su ejército, que era menester, o que el último combatiese con mucha inferioridad de fuerzas, o que capitulase por hambre. Pero Asdrúbal le entretuvo con tan hábiles ardides, que salió del apuro, y le malogró la ocasión de vencerle. Al conocer el Senado y el pueblo de Roma la falta que Claudio Nerón cometiera en aquella circunstancia, le censuró severamente, y en toda la ciudad se habló de él en sentido indignado y difamatorio. Hecho después cónsul y enviado contra Aníbal, tomó la resolución que indiqué, y esta resolución, tomada mientras Roma permanecía en perplejidad angustiosa, continuó siendo un peligro, hasta que hubo noticia de la derrota de Asdrúbal. Preguntado más tarde Claudio Nerón sobre el motivo que le impulsara a tomar tan arriesgada determinación, que comprometía la libertad de Roma, sin que para ello hubiese extrema necesidad, respondió que la había tomado por saber que, si triunfaba, recuperaría la gloria que en España perdiera, y sobre todo porque, en el caso contrario, el fracaso le vengaría de los gobernantes y de los ciudadanos que tan indiscreta e ingratamente le habían ofendido (1). Ahora bien: si el resentimiento hubiera ejercido tamaño influjo sobre un ciudadano romano, en una

(1) Yo hubiera hecho otro tanto (G.).

Digitized by Google

época en que la nación no estaba corrompida, puede preverse cuánto lo ejercerá, tratándose de un Estado en que se haya introducido la corrupción, y cuyos miembros se hallan destituídos de la antigua magnanimidad (1). Pero como no es posible aplicar ningún remedio cierto a los desórdenes de esa índole, cuando nacen en las repúblicas, síguese que es imposible constituir una república perpetua, por cuanto lleva en su seno mil causas imprevistas de repentina destrucción (2).

§ XI.—Por qué los franceses fueron y son todavía mirados, al comienzo de un combate, como más que hombres, y como menos que mujeres cuando aquél se prolonga demasiado

La arrogancia de aquel francés (3) que a orillas del río Anio provocaba a cualquier romano a combatir con él, me hace recordar, como apostilla a lo ocurrido a continuación de la lucha que tuvo que sostener, lo que Tito Livio dijo con mucha frecuencia de los hombres de aquella nación, es a saber: que al comienzo de una batalla son más que hombres, y en lo sucesivo de la misma, menos que mujeres. Muchos políticos, que han indagado la causa de esta singularidad, supusieron que se la hallaba en el temperamento natural de los franceses. Yo creo que esto es verdad, mas no que su temperamento natural, que les hace tan temibles en el principio, no pueda combinarse con el arte de la guerra, de modo que permanezcan siendo los mismos hasta el fin de la batalla (4).

---

(1) Poderoso motivo de esperanza y de confianza (E.).

(2) Sin contarme a mí, pues la república del Directorio sólo espera mi intervención para definitivamente acabar (G.).

(3) Galo (G.).

(4) He llevado esta combinación hasta el supremo grado del acierto (G.).

Digitized by Google

Para probar mi opinión, debo notar que hay tres especies de ejércitos. La primera es aquella en que el orden disciplinario se enlaza con el ardor combativo, y en que el último dimana del primero, y tal fué la norma que, en el arreglo de sus ejércitos, observaron los romanos. Todos los historiadores nos afirman que dichos ejércitos estuvieron perfectamente ordenados, y que los jefes los habían sujetado a una disciplina militar que debía conservar su fuerza mucho tiempo. Ningún soldado hacía nada que no estuviese previamente dispuesto, y por eso en aquel ejército romano, que todos los demás deben tomar por modelo, supuesto que llegó a hacerse dueño del orbe, no se comía, no se dormía, no se compraba, no se vendía, no se llevaba a cabo ninguna acción, ya doméstica, ya marcial, sin la orden del cónsul. Los ejércitos en que las cosas no pasan así, no son verdaderos ejércitos, y si parecen serlo al primer choque es por su impetuosidad, y no por el género de valor que los antiguos llamaban virtud. En cuantas partes se halla un valor bien concertado, la violencia guerrera se emplea según métodos planeados de antemano, y según los tiempos convenientes. Las dificultades no espantan ni desalientan a los soldados, porque las excelentes órdenes que les dirigen avivan su denuedo, que, por otra parte, conserva la fe en el triunfo, que no les abandona jamás, mientras reine la serenidad en las filas. Sucede lo contrario en aquellos ejércitos en que hay ardor combativo sin orden disciplinario, como en el de los franceses (1). Flaquean al pelear, porque, no habiendo logrado la victoria al furioso ímpetu de su primer choque, y no sosteniéndose su brío por los resultados del valor impulsivo en que habían puesto su confianza, ni teniendo con qué reanimarla cuando se entibia, acaban por perderla enteramente, los romanos, por

(1) En tiempo de los romanos y de Maquiavelo, no cabe duda. Pero hemos probado ya terriblemente a los italianos que sus antepasados no valían lo que los franceses de hoy día (Q.).

Digitized by Google

el contrario, como temían menos los peligros, a causa del buen sistema que les guiaba, y no desconfiaban de la victoria definitiva, permanecían firmemente obstinados, combatían con el mismo ánimo al fin que al principio, y aun, estimulados por la acción de las armas, se inflamaban más y más (1). En fin, la tercera especie de ejércitos es aquella en que no hay ardor combativo, ni orden disciplinario, y tales son los ejércitos italianos de nuestro tiempo, que, por tal razón, resultan absolutamente inútiles, y que por sí mismos me dispensan de presentar ningún otro ejemplo, para mostrar que los ejércitos de semejante especie no poseen ninguna virtud guerrera.

Para hacer comprender, con el testimonio de Tito Livio, lo que distingue a una buena tropa de otra mala, citaré las palabras de Papirio Cursor, cuando quiso castigar a Fabio, general de caballería, y que rezan lo siguiente: "Si no se respeta a los dioses, ni a los hombres; si no se atiende a los oráculos de los auspicios, ni se observan las órdenes de los generales; si varios soldados vagabundos y no licenciados todavía andan errantes en tiempo de guerra, como en el de paz; si, olvidando la palabra dada, se eximen de su servicio a voluntad, y van donde quieren; si abandonan totalmente sus banderas, por ellos apenas frecuentadas; si no acuden a los mandos, ni hacen distinción alguna entre el día y la noche; si pelean, aunque valerosamente, en el lugar que no deben, ora con orden del jefe, ora sin ella; si no obedecen a las señales y dejan sus filas, no se tendrá más que bandoleros que combatirán ciegamente y a la ventura, en vez de una tropa gobernada por el juramento hecho y por usos inviolables." *Nemo deorum, nemo hominum verecundiam habeat; non auspicia observentur, non edicta imperatorium; sine commentu, vagi milites, in pacato, in hostico errent, inmemores sacramenti, se ubi velint exauctorem; infrecuentia deserant signa; neque conveniant ad edictum, nec discerniant inter diu, nocte, aque, iniquo loco, jussu imperatoris pugnent; et non signa,*

(1) He aquí los franceses actuales (G.).

Digitized by Google

non ordines seruent, latrocinii modo, cœca et fortuita, pro solemni et sacrata, militia sit. Por cuyo texto puede comprenderse fácilmente cuánto falta a la milicia de nuestro tiempo para asemejarse a una verdadera milicia, y cuán lejos se halla de ser ardiente a la vez que disciplinada, como la romana, o, a lo menos, furiosa, como la francesa (1).

§ XII.—Del genio de los franceses (2)

Los franceses sienten con tanta viveza los beneficios y los perjuicios del momento, que conservan escasa memoria de los favores y de los ultrajes pasados, y apenas se inquietan de los bienes y de los males futuros. Tercos antes que prudentes, hacen poco caso de lo que sobre ellos se dice o se escribe. Más avaros de su dinero que de su sangre, no se muestran liberales más que verbalmente. El señor o el hidalgo que desobedecen a su rey en cosa que concierne a un tercero, suelen obedecer de cualquier modo, si tienen lugar para ello, y si no lo tienen, permanecen cuatro meses sin presentarse en la corte, y ello nos hizo perder a Pisa dos veces: una cuando D'Entraigues poseía su ciudadela, y otra cuando los franceses acamparon allí. Quien quiere negociar un asunto en aquella corte necesita disponer de mucho dinero y desplegar una actividad enorme. Cuando se les pide un servicio, antes de discurrir si les es dable hacerlo, piensan en el provecho que de él sacarán. Si no pueden prestarlo, lo prometen, y si pueden, lo prestan con trabajo, o no lo prestan nunca. No hay mejores convenios que los primeros que con ellos se terminan. Humildes en la mala fortuna, se manifiestan insolentes en la buena. Hacen bueno

(1) Del tiempo antiguo (G.).

(2) Aquí Maquiavelo describe el lado malo de los franceses, que, en lo moral, son y serán siempre los mismos. Por eso han justificado el menosprecio que hacia ellos me infundió, desde mi primera juventud, este capítulo de Maquiavelo (E.).

Digitized by Google

por medio de la fuerza lo que han proyectado con cautela suma, aun hallándolo malo en sí. El que ha logrado éxito en una grande empresa de Estado está frecuentemente con el rey, y el que ha fracasado, no lo está sino en contadas ocasiones. Así, al intentar dicha empresa, más considera si saldrá o no saldrá acertada, que si agradara o desagradará al rey. Por conocer perfectamente esta táctica, fué el duque de Valentinois con su ejército a Florencia. En muchas cosas estiman su honor groseramente y de un modo muy distinto del de los señores de Italia, por lo cual no se dieron por ofendidos de nuestras negativas, cuando enviaron embajadores a Siena, para pedir que se les entregara Montepulciano. Variables y ligeros, su fe es la que los antiguos llamaban *fe del vencedor*. Enemigos del lenguaje de los romanos, lo son también de su reputación. De aquí que los italianos no se encuentren cómodamente en la corte de Francia, y que sólo pueda residir allí el que, no teniendo ya nada que perder, se ve obligado a navegar a la ventura, como un hombre de incierto porvenir.

§ XIII.—Pintura de las cosas de Francia

Los franceses son más fogosos que atrevidos o diestros, y cuando logra uno resistir a su furor en la primera embestida, humíllanse y pierden el valor en grado tamaño, que se tornan cobardes como mujeres. Por otra parte, no pueden soportar estrecheces e incomodidades, y las demoras les debilitan tanto en campaña, que si es posible hacerles esperar después del primer encuentro, y se les entretiene, para ganar tiempo, se les ve bien pronto en desorden, y entonces es fácil vencerlos. Por esto decía César que los franceses (1) eran, al principio más que hombres, y al fin, menos que mujeres (2).

Su temperamento natural les inclina a desear el bien

(1) Galos (G.).
(2) Sobre todo esto han cambiado completamente (G.).

Digitized by Google

ajeno, pero son después pródigos de él, como del suyo propio. Algo, sin embargo, debe decirse en alabanza suya, y es que si el soldado francés roba cuanto ve, es para comer, disfrutar a deshora de ello y aun divertirse con aquel a quien lo ha cogido. Los españoles, por el contrario, se llevan y ocultan todo lo que han hurtado, de tal suerte que no hay posibilidad de volverlo a ver nunca. Por lo demás, los pueblos de Francia son muy obedientes a su rey, al cual veneran en grado sumo (1).

§ XIV.—Rasgos de la vida de Castrucio Castrasani, señor de Luca

En una terrible batalla que este grande hombre sostenía contra los florentinos, viendo que la acción había durado lo bastante para que los enemigos estuviesen tan cansados como sus propias tropas, mandó que se adelantaran mil infantes por detrás de los suyos, y ordenó a aquellos de los últimos que estaban en vanguardia abrirse y hacer un movimiento de conversión, los unos a la derecha y los otros a la izquierda, como si se retiraran (2). Esta maniobra dejó a los florentinos la facilidad de avanzar y de ganar algún terreno. Pero habiendo llegado los cinco mil hombres de tropas frescas de Castrucio a las manos con los enemigos, fatigadísimos ya, no resistieron éstos, y fueron echados al río.

Castrasini acostumbraba a decir que debemos arriesgarnos a todo, sin espantarnos de nada, y que Dios es amante de los hombres valerosos, puesto que le vemos castigar siempre a los débiles por medio de los fuertes (3). En

(1) En todo esto, más hay que alabar que censurar. Lo importante es únicamente convertir en beneficio lo que en ello pueda haber de vituperable (R. C.).

(2) Excelente táctica de mis ejércitos de reserva (G.).

(3) Todo el que se cree más está seguro de tener a Dios por sí, y los pueblos no lo dudan cuando le ven vencedor (R. C.).

Digitized by Google

cierta ocasión mandó ejecutar a un ciudadano de Luca que había contribuído a elevarle al poder, y como le echaran en cara el haber hecho perecer a un antiguo amigo suyo, respondió que padecían un error, porque no había ordenado matar más que a un nuevo enemigo (1).

(1) ¿Son otra cosa los más de los que sirvieron para mi elevación? Un príncipe no debe conocer más que al amigo del momento, es decir, al que puede serle útil en el instante adecuado, y olvidar todo sentimentalismo ante el peligro presente y futuro (R. C.).

F I N

Digitized by Google

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN:

Págs.

§ 1.—Vida de Maquiavelo 5
§ 2.—Personalidad de Maquiavelo... 21
§ 3.—Obra de Maquiavelo... 56
§ 4.—Sistema de Maquiavelo 79
§ 5.—Influjo de los autores clásicos sobre Maquiavelo... 122
§ 6.—Los detractores de Maquiavelo... 153
§ 7.—El comentario de Napoleón a Maquiavelo ... 226
DEDICATORIA... 233
Capítulo I.—De las varias clases de principados y del modo de adquirirlos 235
Cap. II.—De los príncipes hereditarios 236
Cap. III.—De los príncipes mixtos 238
Cap. IV.—Por qué, ocupado el reino de Darío por Alejandro, no se rebeló contra los sucesores de éste después de su muerte 251
Cap. V.—De qué manera deben gobernarse los Estados que, antes de ser ocupados por un nuevo príncipe, se regían por sus leyes particulares ... 260
Cap. VI.—De los principados nuevos que se adquieren por el valor personal y con las armas propias. 259
Cap. VII.—De los principados nuevos que se adquieren por la fortuna y con las armas ajenas ... 265
Cap. VIII.—De los que llegaron al principado por medio de maldades... 278
Cap. IX.—Del principado civil 286
Cap. X.—Cómo deben medirse las fuerzas de todos los principados... 293

Digitized by Google

Págs.

Capítulo XI.—De los principados eclesiásticos 296
Cap. XII.—De las diferentes especies de tropas y de los soldados mercenarios 300
Cap. XIII.—De los soldados auxiliares, mixtos y propios... 309
Cap. XIV.—De las obligaciones del príncipe en lo concerniente al arte de la guerra... 315
Cap. XV.—De las cosas por las que los hombres, y especialmente los príncipes, son alabados o censurados 320
Cap. XVI.—De la liberalidad y de la avaricia 323
Cap. XVII.—De la clemencia y de la severidad, y si vale más ser amado que temido... 327
Cap. XVIII.—De qué modo deben guardar los príncipes la fe dada... 333
Cap. XIX.—El príncipe debe evitar ser aborrecido y despreciado 338
Cap. XX.—Si las fortalezas y otras muchas cosas que los príncipes hacen con frecuencia son útiles o perjudiciales 354
Cap. XXI.—Cómo debe conducirse un príncipe para adquirir alguna consideración 363
Cap. XXII.—De los ministros o secretarios de los príncipes... 371
Cap. XXIII.—Cuándo debe huirse de los aduladores. 374
Cap. XXIV.—Por qué muchos príncipes de Italia perdieron sus Estados... 378
Cap. XXV.—Dominio que ejerce la fortuna en las cosas humanas, y cómo resistirla cuando es adversa 382
Cap. XXVI.—Exhortación para librar a Italia de los bárbaros 388

EXTRACTOS DE LOS DISCURSOS DE MAQUIAVELO SOBRE LAS DÉCADAS DE TITO LIVIO

§ I.—Es difícil que un pueblo que, después de haberse acostumbrado a vivir bajo un príncipe,

Digitized by Google

Págs.

cayó, por alguna eventualidad, bajo un Gobierno republicano, permanezca en él... 395
§ II.—Un pueblo corrompido que se dió una república no puede mantenerse en ella sino con suma dificultad 396
§ III.—Cuando un Estado monárquico empieza bien, puede mantenerse un príncipe débil en su trono; pero cuando el sucesor de ese príncipe es tan débil como él, no hay Estado monárquico que perdure 397
§ IV.—El príncipe que entra en un Estado nuevo para él, debe renovarlo allí todo... 400
§ V.—El populacho es audaz, pero débil en el fondo. 402
§ VI.—Quien, de una condición baja, llega a una elevación suma, más lo consigue por el fraude que por la fuerza... 404
§ VII.—El príncipe que, por su deferencia con los gobernados, cree templar su osadía, se engaña comúnmente 406
§ VIII.—Cuán peligroso es, tanto para un príncipe como para una república, no castigar el ultraje hecho a una nación o a un particular... 408
§ IX.—La fortuna trastorna la razón de los hombres cuando no quiere que se opongan a sus designios 411
§ X.—Un Gobierno debe guardarse mucho de confiar mandos o administraciones importantes a los que haya ofendido 413
§ XI.—Por qué los franceses fueron y son todavía mirados, al comienzo de un combate, como más que hombres, y como menos que mujeres cuando aquél se prolonga demasiado 414
§ XII.—Del genio de los franceses 417
§ XIII.—Pintura de las cosas de Francia 418
§ XIV.—Rasgos de la vida de Castrucio Castresani, señor de Luca 419

Digitized by Google

TERMINÓSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA,
EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE SÁEZ
MARTÍN DE LOS HEROS, 65,
EL DÍA 23 DE ABRIL DE 1936

22.190 - 25 Digitized by Google

This book is a preservation photocopy
produced for the Northwestern University Library.

It is made in compliance with copyright law
and produced on acid-free archival
60# book weight paper
which meets the requirements of
ANSI/NISO Z39.48-1992 (permanence of paper)

Preservation photocopying and binding
by
Acme Bookbinding
Charlestown, Massachusetts

2003

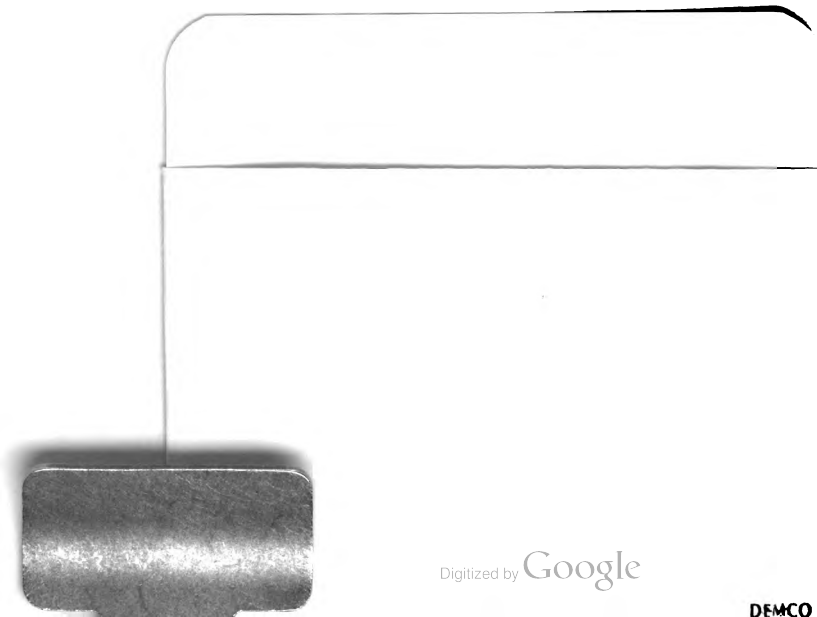
Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

3 5556 034 283630



Digitized by Google

DEMCO